

ÍNDICE

Editorial	3
¿Otra vez los '70?	
Debates e intervenciones a raíz de la carta de Oscar del Barco	
Presentación	7
Victoria Basualdo, <i>Derivaciones posibles de la polémica iniciada por Oscar del Barco: reflexiones para una agenda de investigación</i>	9
Horacio Tarcus, <i>Notas para una crítica de la razón instrumental. A propósito del debate en torno a la carta de Oscar del Barco</i>	14
A 30 años del golpe de 1976. Las izquierdas, los intelectuales y la cultura frente a la dictadura militar	
Presentación	27
Jorge Cernadas · Horacio Tarcus, <i>Las izquierdas argentinas y el golpe del 24 de marzo de 1976. Una selección documental</i>	29
Emiliano Álvarez, <i>Los intelectuales del "Proceso". Una aproximación a la trama intelectual de la última dictadura militar</i>	79
Cecily Marcus, <i>En la Biblioteca Vaginal: un Discurso Amoroso</i>	86
Entrevista a Enzo Traverso:	
"Si hay un marxismo posible hoy, tiene que ser utópico y melancólico"	
Por Ernesto Bohoslavsky, Jorge Cernadas, Fernando Falappa, Daniel Lvovich y César Mónaco	97
El antiimperialismo, ese objeto múltiple.	
En torno a las derivas del antiimperialismo latinoamericano de los años '20	
Presentación	103
Laura Ehrlich, <i>Manuel Ugarte entre el modernismo latinoamericano y el socialismo. Una convivencia difícil</i>	105
Alexandra Pita González, <i>La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación, 1923-1930. Algunas consideraciones</i>	120
Martín Bergel, <i>Manuel Seoane y Luis Heysen: el entrelugar de los exiliados apristas peruanos en la Argentina de los veinte</i>	124
Daniel Kersfeld, <i>La Liga Antiimperialista de las Américas: una construcción política entre el marxismo y el latinoamericanismo</i>	143
Ricardo Melgar Bao, <i>Un neobolivarismo antiimperialista: La Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA)</i>	149
Escrituras libertarias	
Presentación	165
Michael Löwy, <i>Franz Kafka y el socialismo libertario</i>	167
Martín Albornoz, <i>El instante de Rafael Barrett</i>	175
Armando V. Minguzzi, <i>La literatura anarquista de Alberto Ghirardo: de la libertad, de la razón y del instinto</i>	182
Claudia Bacci · Laura Fernández Cordero, <i>Feroces de lengua y pluma. Sobre algunas escrituras de mujeres anarquistas</i>	190

Archivos del sur	
Presentación	197
Roberto Pittaluga, <i>Notas a la relación entre archivo e historia</i>	199
Adriana Petra, <i>Los documentos particulares como fuentes históricas: la experiencia del CeDInCI con los fondos de archivo de las izquierdas argentinas</i>	206
Mariana Nazar · Andrés Pak Linares, <i>El hilo de Ariadna</i>	212
Vida del Cedinci	219
Novedades Editoriales	
• El antifascismo argentino. Selección documental y estudio preliminar de Andrés Bisso (Buenos Aires, CeDInCI/Buenos Libros, 2007)	220
• Guido Indij, <i>Gráfica Política de Izquierdas, 1890-2001</i> (Buenos Aires, La Marca Editora, 2006)	221
• Horacio Tarcus, <i>Catálogo de revistas culturales argentinas, 1890-2006</i> (Buenos Aires, CeDInCI, 2007)	222
• <i>Presentación de Historia, memoria y fuentes orales</i> , de Vera Carnovale, Federico Lorenz y Roberto Pittaluga (comps.) (Buenos Aires, CeDInCI/Memoria Abierta, 2006)	225
Archivos. Curso de Archivística general: balance y perspectivas	229
Microfilmación 2005-2006	230
Grupo de Estudios Feministas del CeDInCI	230
Reseñas críticas	
Ernesto Bohoslavsky, a propósito de Andrés Bisso, <i>Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial</i>	232
Jorge Cernadas, a propósito de Daniel Campione, <i>El comunismo en Argentina. Sus primeros pasos</i>	234
Lucía Brienza, a propósito de Marcelo Larraquy, <i>Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera</i>	237
Vera Carnovale, a propósito de Pilar Calveiro, <i>Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70</i>	239
Omar Acha, a propósito de Blas de Santos, <i>La fidelidad del olvido. Notas para el psicoanálisis de la subjetividad militante</i>	241
Mariana Canavese, a propósito de Oscar Terán, <i>De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual</i>	244
Laura Fernández Cordero, a propósito de Nuestra Tribuna, <i>Hojita del sentir anárquico femenino (1922-1925)</i>	245
Verónica García Viale, a propósito de Gabriel D. Lerman, <i>La Plaza política. Irrupciones, vacíos y regresos en Plaza de Mayo</i>	247
Sergio D. Morresi, a propósito de Alfredo Raúl Pucciarelli (coord.), <i>Los Años de Alfonsín ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?</i>	248
Ezequiel Adamovsky, a propósito de Sheila Fitzpatrick, <i>La revolución rusa</i>	251

EDITORIAL

Este nuevo anuario del CeDInCI —**Políticas de la memoria** n° 6/7— expresa la continuidad del esfuerzo y el compromiso con la promoción de la investigación y la reflexión en el campo de estudios de las izquierdas y los movimientos emancipatorios y de las problemáticas de la historia, la memoria y el archivo. Un nuevo número de **Políticas de la memoria** que fortalece una política de ediciones que durante el año 2006 ha puesto a disposición del público volúmenes importantes —como compilaciones o como ediciones de fuentes— y que próximamente se ampliará con la publicación de tres nuevos catálogos y de un volumen documental. Esperamos que este anuario, además de una herramienta de difusión sea también un aporte a los debates actuales en el campo cultural de nuestro país.

Quizás por ello, el número se inicia con los artículos de Victoria Basualdo y Horacio Tarcus referidos al debate que se abiera con una carta que Oscar del Barco envió a fines de 2004 a la revista cultural cordobesa **La Intemperie**, intervención motivada por el relato de Héctor Juvé sobre el fusilamiento de dos militantes por sus mismos compañeros del Ejército Guerrillero del Pueblo, la guerrilla que en Salta intentó Jorge Ricardo Massetti en 1964. Tal debate ha resultado ser uno de los más prolongados e interesantes entre los referidos al pasado reciente argentino, sobre un tema a todas luces delicado y difícil como es el relativo a las relaciones entre la violencia política y las prácticas que se pretenden emancipatorias. Victoria Basualdo, a partir de una mirada histórica que busca situar las implicancias histórico-sociales y políticas del uso de la violencia por parte de las organizaciones guerrilleras, propone una agenda de temas para investigar, mientras Horacio Tarcus rastrea y reconstruye las críticas al accionar de las organizaciones armadas realizados por militantes e intelectuales de izquierda para desde allí sostener un abordaje crítico de las tensiones entre una ética humanista y los proyectos revolucionarios.

A continuación, publicamos una entrevista que Ernesto Bohoslavsky, Jorge Cernadas, Fernando Falappa, Daniel Lvovich y César Mónaco le realizaron a Enzo Traverso durante su visita a la Argentina en junio de 2005. En el diálogo con los investigadores argentinos, el autor de **La historia desgarrada** incursiona sobre temas bien diversos, como las relaciones entre judaísmo y marxismo, las polémicas en torno al nazismo y la shoá, la izquierda y el Gulag, las recepciones de su obra en nuestro país, los lazos entre su pasión militante y su trabajo como intelectual, etc., resultando tanto en una panorámica sobre dichas cuestiones como en un estímulo para pensarlas.

El siguiente *dossier* de este anuario, “El antiimperialismo, ese objeto múltiple”, reúne un conjunto de trabajos de investigadores de distintos lugares de América Latina relativos a las modalidades discursivas de dicho fenómeno durante la década de 1920. En momentos en los cuales los debates sobre los conceptos “imperialismo” y “antiimperialismo” han vuelto a la primera plana de los movimientos de contestación política y cultural, resulta particularmente atractivo volver sobre las distintas significaciones y tradiciones que modelaron dichos términos, pues el universo de sentidos que entonces aparece sirve para enriquecer la problemática. Por un lado, Laura Ehrlich se adentra en las tensiones entre el intelectual modernista y el hombre de partido que atraviesan a Manuel Ugarte; Alexandra Pita nos presenta un esbozo de su tesis doctoral dedicada a la Unión Latinoamericana y a su periódico, **Renovación**, mientras que Martín Bergel analiza una de las derivas de la Reforma Universitaria iniciada en 1918 en la trayectoria de dos jóvenes intelectuales peruanos exiliados en la Argentina. Cierran el *dossier* las reconstrucciones de dos instancias de coordinación y organización de políticas continentales o regionales de corte antiimperialista: Daniel Kersfeld presenta la trayectoria de la Liga Antiimperialista de las Américas, mientras que Ricardo Melgar Bao repone la historia de la olvidada Unión Centro Sud Americana y de las Antillas, organización que coordinó grupos de México y Centroamérica.

El *dossier* “A 30 años del golpe de 1976” reúne investigaciones y documentos sobre las izquierdas, los intelectuales y la cultura frente a la última dictadura militar. Jorge Cernadas y Horacio Tarcus se han propuesto rever, a través de una selección documental, cómo pensaron las izquierdas argentinas el golpe militar y en qué medida contribuyeron con sus análisis a alumbrar la conciencia política sobre un acontecimiento que marcó a fuego la historia reciente de nuestro país. A continuación, dos estudios abordan la problemática de la cultura bajo el llamado “Proceso”. Emiliano Álvarez ofrece un fresco de las formaciones intelectuales que circularon en el espa-

cio liberal-conservador, a través de diarios y revistas como así también en diferentes congresos o encuentros culturales durante aquellos años. Mientras Emiliano Álvarez exploró la cultura de las élites intelectuales, Cecily Marcus examinó la cultura de la resistencia, la cultura “desde abajo”. Ofreciendo un tramo de su tesis de doctorado, Marcus muestra cómo hombres y mujeres trabajaron para documentar y reflexionar sobre ese período de terror a través de actos creativos e intelectuales que generalmente no encontraron una audiencia fuera del ambiente hermético e improbable de lo que denomina la “biblioteca vaginal”.

El siguiente *dossier*, “Escrituras libertarias”, agrupa varios textos que incursionan en el análisis de los variados vínculos entre distintos tipos de escritura y el/los pensamiento/s libertario/s, vínculos que van desde la coherencia conceptual al gesto inspirador de actitudes libertarias, de la contradicción más o menos oculta al desplazamiento y la negación o la denuncia, etc. Así, mientras Michael Löwy señala las marcas libertarias en el antiautoritarismo de la literatura de Franz Kafka, Martín Albornoz se introduce en la trayectoria y las palabras de ese libertario siempre vuelto a citar, Rafael Barret. Por su lado, Armando Minguzzi revisa la construcción del sujeto anarquista en la obra de Alberto Ghirardo, y Claudia Bacci y Laura Fernández Cordero cierran el *dossier* con su trabajo sobre el carácter revulsivo que tuvieron, aún para el anarquismo, las publicaciones periódicas de las mujeres anarquistas.

El último de los varios *dossiers* que componen este anuario reúne artículos que, desde distintos ángulos y en diferentes registros, incursionan en la cuestión del archivo, una problemática que ha cobrado cierta relevancia en nuestro país durante los últimos años. Roberto Pittaluga se interroga sobre las relaciones entre el principio arcóntico de los archivos de los sectores subalternos, la escritura de la historia y las nuevas tecnologías de la información. En su texto, Adriana Petra reflexiona sobre la doble condición de los archivos particulares, como fuentes históricas y como documentos sometidos a tratamientos específicos. Finalmente, Mariana Nazar y Andrés Pak Linares exponen las diferencias entre archivo y centro de documentación, para plantear las especificidades del uso de documentos de archivo.

Cierran el anuario la sección “Vida del CeDInCI” en la que se difunden las novedades y actividades del Centro (presentaciones, anuncios, grupos de investigación), y un importante conjunto de reseñas y ensayos bibliográficos críticos sobre libros publicados recientemente.



¿OTRA VEZ LOS '70?

Debates e intervenciones a raíz de la carta de Oscar del Barco

El 30º aniversario del golpe militar de marzo de 1976 ha dado lugar a una importante producción de discursos, jornadas y publicaciones sobre los años '60 y '70, así como a numerosas reflexiones sobre las relaciones que se dieron entre prácticas políticas y violencia, en particular desde la perspectiva general de la cultura de las izquierdas en nuestro país. En este marco, diversos textos referidos a las experiencias de las organizaciones armadas de los '70, suscitaron un debate sobre la relación entre ética y política en los proyectos revolucionarios, siendo uno de los más fructíferos, el generado a propósito de la carta de Oscar del Barco publicada en la revista cordobesa **La Intemperie** en diciembre del 2004.

Políticas de la Memoria presenta aquí dos intervenciones que parten de aquella polémica para reflexionar sobre los efectos que el uso de la violencia tuvo sobre las prácticas y los valores sostenidos por las organizaciones armadas de los años '60 y '70, así como sobre la *praxis* de todo proyecto que se pretenda emancipatorio.

La pregunta con la que introducimos estas intervenciones quiere llamar la atención sobre dicha proliferación discursiva desde una perspectiva crítica de los relatos estereotipados de “los '70” y de sus figuras arquetípicas —el héroe idealista, la víctima, el militante, etc.—. Apostamos así a la recuperación de las tensiones y los dilemas ético-políticos a los que se enfrentaron, con resultados variables, las prácticas políticas de izquierdas del periodo. Estas intervenciones pretenden ampliar el espacio de análisis y reflexión crítica desplegando nuevas figuraciones sobre la experiencia de los '70, a la vez que imaginar caminos posibles para las políticas emancipatorias futuras.

Victoria Basualdo nos propone pensar desde una mirada histórica las implicancias histórico-sociales y políticas del uso de la violencia en las organizaciones armadas, y sugiere una agenda de cuestiones abiertas para la investigación del periodo. Basualdo es historiadora por la Universidad de Buenos Aires y se encuentra actualmente preparando su tesis doctoral en la Universidad de Columbia (NY) sobre la historia de los trabajadores industriales argentinos en las últimas décadas. Ha publicado numerosos artículos sobre esta temática, entre ellos “Dictadura militar, sindicalismo combativo y relaciones internacionales. Apuntes para una historia de los trabajadores industriales argentinos” aparecido en la antología **A 30 años del golpe**, editada por la CTA con apoyo de la Secretaría de Cultura de la Nación.

En su ensayo, el historiador Horacio Tarcus llama nuestra atención sobre la temprana y olvidada genealogía de la crítica al accionar de las organizaciones armadas de las izquierdas, que preanunciaba en cierta forma el debate provocado por la carta de del Barco. Esta intervención, que parte del cuestionamiento al uso instrumental de la violencia en relación con la política, realiza un abordaje crítico de la ética humanista como fundamento de los proyectos emancipatorios, y propone un diálogo franco acerca del rol futuro de la violencia en la emancipación. Sus libros más recientes son **La recepción de Marx en la Argentina**, y **Diccionario biográfico de la izquierda argentina. 1870-1976**, de próxima aparición.

Derivaciones posibles de la polémica iniciada por Oscar del Barco: reflexiones para una agenda de investigación

Victoria Basualdo (UBA-Universidad de Columbia)

La revista cordobesa **La Intemperie** publicó en octubre y noviembre de 2004 un reportaje a Héctor Jouvé, militante del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) que, liderado por Jorge Ricardo Masetti y con apoyo de Ernesto "Che" Guevara, intentó insertarse en zonas rurales de Salta durante los primeros años de la década del '60, siendo finalmente desarticulado por las fuerzas de seguridad.¹ En dichas entrevistas Jouvé narra lo sucedido con dos de los militantes del EGP (Adolfo Rotblat y Bernardo Groswald) quienes quisieron abandonar la lucha, fueron considerados peligrosos para la seguridad del resto y traidores, y a raíz de ello fueron fusilados por sus propios compañeros. En diciembre del 2004, la misma revista publicó una carta de Oscar del Barco, filósofo cordobés, miembro del grupo fundador de la revista **Pasado y Presente**, quien, declarándose profundamente conmovido al leer la entrevista a Jouvé, se refirió a las implicancias de la toma de las armas.² Esta misiva desencadenó una larga lista de respuestas, publicadas en diversas revistas del país, e incluso cartas de circulación privada o semi-privada entre grupos de militantes y amigos.³

La intervención de del Barco invoca una suerte de revelación sobre su responsabilidad respecto a las muertes referidas. Partiendo de su reacción ante el relato de estas dos muertes en el seno del EGP, se refiere a todas las causadas por las distintas organizaciones guerrilleras, y sostiene que no hay asesinatos justificados e injustificados, sino asesinatos a secas: "No hay "causas" ni "ideales" que sirvan para eximirnos de culpa. Se trata, por lo tanto, de asumir ese acto esencialmente irredimible, la responsabilidad inaudita de haber causado intencionalmente la muerte de

un ser humano", para luego reiterar: "no existe ningún 'ideal' que justifique la muerte de un hombre, ya sea del general Aramburu, de un militante o de un policía." Afirma asimismo que la existencia de la comunidad se basa en el mandato inmanente de no matar a otro ser humano, y que la opción por la vía armada implicó una negación de este mandato esencial: "El principio que funda toda comunidad es el *no matarás*. No matarás al hombre porque todo hombre es sagrado y cada hombre es todos los hombres."⁴

Esta carta suscitó desde su aparición (y aún sigue suscitando) una gran serie de respuestas y reflexiones, tanto manifestando acuerdo con la totalidad o parte del texto original, como expresando críticas e impugnaciones. La cantidad y el tenor de las intervenciones parece demostrar que la instalación pública del tema de las muertes causadas por las organizaciones político-militares por parte de un intelectual de izquierda que fue en su momento simpatizante de las mismas, causó conmoción en algunos círculos militantes y profesionales.

Sin pretender referirme a los aportes de los distintos textos, que abrieron numerosos frentes de debate, me gustaría aquí plantear algunos de los aportes centrales derivados de esta controversia en su conjunto, así como algunas limitaciones de la discusión tal y como se ha planteado hasta el momento. En términos de las contribuciones, tanto la carta original de del Barco como un conjunto de intervenciones posteriores tienen el mérito de reintroducir en la discusión sobre la violencia en la historia reciente argentina una dimensión importante: la de la capacidad de los sujetos de reflexión, decisión y acción, y por lo tanto su responsabilidad sobre los propios actos.

Desde los primeros años de la transición democrática, la teoría de los dos demonios intentó atribuir las responsabilidades por las violaciones a los derechos humanos tanto al accionar

1 Ver <http://www.revistalaintemperie.com.ar/entrevista1.php> (primera parte de la entrevista: "La guerrilla") y <http://www.revistalaintemperie.com.ar/entrevista2.php> (segunda parte: "Tiempo de cárcel y reflexiones posteriores").

2 Ver <http://www.revistalaintemperie.com.ar/carta1.php>.

3 Algunas de las respuestas están disponibles en internet, aunque muchas otras fueron publicadas en revistas que sólo tienen una circulación en papel. Ver: <http://www.revistalaintemperie.com.ar/debates.php>, http://elinterpretador.blogspot.com/2005_09_01_elinterpretador_archive.html y artículos selectos en <http://www.foroplanetario.com.ar/docs/Articulos.php>. Ver también el n° 42 de la revista **Conjetural**, varias notas en la revista **Confinés**, y el n° 5 de la revista **Lucha Armada en la Argentina**, entre muchos otros.

4 En palabras de del Barco: "Frente a una sociedad que asesina a millones de seres humanos mediante guerras, genocidios, hambrunas, enfermedades y toda clase de suplicios, en el fondo de cada uno se oye débil o imperioso el *no matarás*. Un mandato que no puede fundarse o explicarse, y que sin embargo está aquí, en mí y en todos, como presencia sin presencia, como fuerza sin fuerza, como ser sin ser. No un mandato que viene de afuera, desde otra parte, sino que constituye nuestra inconcebible e inaudita inmanencia."

de las fuerzas armadas como al de la guerrilla. La reacción desde las distintas organizaciones y grupos de izquierda consistió en poner de manifiesto la abismal diferencia entre el terrorismo estatal, que desarrolló burocratizados y eficientes dispositivos centralizados de tortura, desaparición, encarcelamiento, exilio y asesinato, además de robo de niños y de bienes, y cualquier tipo de acción armada desarrollada por grupos u organizaciones políticas. Como consecuencia de esta reivindicación, y de una postura defensiva respecto a los fuertes ataques y persecuciones a militantes y corrientes desde el campo de la derecha durante muchos años de la transición a la democracia, el esfuerzo de investigación y denuncia se concentró en el funcionamiento y las consecuencias del terrorismo estatal, mientras que el estudio del impacto de la acción de las organizaciones armadas quedó relegado a un segundo plano.

La principal explicación del fenómeno de la violencia, en particular de la participación de miles de militantes en un proyecto de lucha armada, se ha centrado en la confluencia de dos factores. Por un lado, la estructura político-institucional de la Argentina, que desde la década del '30 en adelante estuvo marcada en forma recurrente por golpes militares y/o gobiernos ilegítimos, electos en un contexto de proscripción del Peronismo, en combinación con los cambios en la estructura económica y social, que acompañaron cambios de magnitud en la clase trabajadora y los sectores estudiantiles. Por otro, las fuertes influencias del escenario internacional, en particular de otros países del Tercer Mundo que estaban experimentando un proceso de radicalización, en el contexto de la descolonización africana y los movimientos de liberación nacional latinoamericanos, cuyo epicentro fue la Revolución Cubana (acompañados por movimientos varios en el corazón del Primer Mundo). Las organizaciones guerrilleras argentinas habrían surgido entonces ante la imposibilidad sostenida de una genuina participación democrática, la represión vigente en la vida social, cultural y política y bajo la influencia de otros movimientos radicalizados en el contexto internacional, en un período de fuerte agitación y movilización social, no sólo en los países periféricos, sino también en muchos de los centrales.

La carta de Del Barco tiene el mérito de recordar que, más allá de estos factores esenciales para explicar el fenómeno, existió una decisión de tomar las armas y por lo tanto una responsabilidad respecto a las consecuencias.⁵ Como explícitamente sostiene Héctor Schmucler en un texto posterior, es que existe “una responsabilidad primordial, previa a todo acto, que acompaña nuestra condición humana y que deriva de la fundante responsabilidad por el otro tanto como de la libertad que nos permite decidir y sin la cual la idea misma de lo humano se desvanece.” Desde esta perspectiva, entonces, se desprende que más allá de las características específicas del contexto histórico de los '60 y '70, de las condiciones de opresión y represión imperantes, y de que la historia de la guerrilla argentina no fue atípica ni aislada sino que se enmarcó en un proceso más amplio de radicalización y opción por las armas como estrategia revolucionaria, existió

un acto de voluntad, una elección consciente de la vía armada (entendida como posibilidad, siquiera remota, de matar).⁶ Esto queda claro, además, al recordar que la decisión de tomar las armas fue asumida por algunos de los grupos y rechazada por otros en un mismo contexto histórico, lo cual generó ricos y extensos debates hoy olvidados, tanto entre las organizaciones políticas que rechazaban la opción armada y las organizaciones político-militares, como al interior de estas últimas.⁷

Del Barco considera que esta decisión de arrogarse el derecho de matar a otro ser humano constituye una violación de un mandato interno, inherente a todos los seres humanos: el “no matarás”, y por ello se asume públicamente como “responsable” de estas muertes. Sin embargo reconoce, al mismo tiempo, que la revelación de su responsabilidad se produjo “muy tarde, es cierto”. Me parece interesante preguntarse qué factores activaron su reconocimiento de esta responsabilidad cuarenta años después de haber tomado la decisión de apoyar el accionar de un grupo armado como el EGP. Creo que la explicación del propio Del Barco apunta hacia temas que, si bien fueron centrales en el origen de este debate, fueron dejados de lado en la mayor parte de las intervenciones. En sus palabras: “Al leer cómo Jouvé relata suscita y claramente el asesinato de Adolfo Rotblat (al que llamaban Pupi) y de Bernardo Groswald, tuve la sensación de que habían matado a mi hijo y que quien lloraba preguntando por qué, cómo y dónde lo habían matado, era yo mismo. En ese momento me di cuenta clara de que yo, por haber apoyado las actividades de ese grupo, era tan responsable como los que lo habían asesinado.” Un disparador central de estas reflexiones de Del Barco sobre los principios éticos fundamentales y la responsabilidad respecto a las consecuencias de la violencia armada fue, entonces, una mirada histórica sobre los efectos y desarrollos de una de las organizaciones armadas en Argentina.

La referencia a “responsabilidades,” esencial para restaurar “agencia” a los sujetos, sólo tiene sentido en el contexto de una investigación profunda sobre el contexto en el que éstas se insertan.

Creo que este debate, que se produce en el contexto de la proliferación de encuentros, jornadas y publicaciones sobre los años '70, pone de manifiesto la necesidad de una reevaluación crítica de la historia reciente, y en particular de las organizaciones armadas, que, al permitir observar las tensiones entre propósitos iniciales y resultados, entre el proyecto original y su concreción histórica, proporcionaría claves decisivas para la reconstrucción

6 Cabe destacar que versiones varias de la discusión sobre la dimensión ética de la utilización de la violencia se dieron en numerosas encrucijadas políticas en distintos lugares del mundo, desde las distintas tradiciones anarquistas del siglo XIX en adelante, pasando por los procesos de descolonización (India, en especial), los movimientos de “liberación nacional” (Irlanda, País Vasco entre otros), hasta los movimientos por los derechos civiles en Estados Unidos, por nombrar sólo algunos, y se saldó de manera diferente en cada caso.

7 Estas controversias, extremadamente interesantes, han sido escasamente abordadas por la historiografía hasta el momento. Sería interesante también indagar en los debates a nivel latinoamericano sobre las “estrategias nacionales”, en los que se discutía la “vía pacífica al socialismo” llevada adelante por Salvador Allende en Chile, en cuyo contexto también se desarrollaron discusiones profundas sobre las potencialidades y limitaciones del uso de la violencia armada.

5 Un factor de controversia y disgusto de varios de los participantes en el debate se relaciona con la mención de personas específicas, como Juan Gelman, y sus responsabilidades.

de un proyecto de izquierda en la Argentina. Para ello se requieren, a mi juicio, dos movimientos simultáneos: distancia analítica y perspectiva histórica.

En este proceso de reconstrucción es tan necesario analizar ese período con una mirada desprejuiciada, como tomar conciencia de lo transcurrido desde entonces. Una primera dificultad de reexaminar críticamente la historia de las organizaciones armadas se relaciona con una serie de fracturas y transformaciones, subjetivas y estructurales, que tuvieron lugar en las últimas décadas y que aún no han sido estudiadas ni conceptualizadas de manera satisfactoria, las cuales ocasionaron que muchos códigos y convicciones de aquella época resulten incomprensibles o imposibles de traducir treinta años más tarde, muchas veces incluso para los mismos protagonistas. La experiencia de represión extrema por parte del estado terrorista, y la transformación radical de las condiciones estructurales (económicas, políticas, sociales y culturales) que tuvieron lugar en Argentina y en el mundo, fueron algunos de los factores que ocasionaron una profunda transformación en el seno de la izquierda, y contribuyeron a que algunos de los parámetros de hoy sean radicalmente diferentes a los de hace treinta años (y que otros, lamentablemente, no se hayan alterado lo suficiente). Desde finales de los años '70 y durante la década del '80 se produjo un profundo replanteo político tanto por parte de los militantes exiliados, como de aquellos que se quedaron en el país. En ambos casos, aunque en plazos y formas diferentes, se produjo una revalorización de la democracia, y un fuerte énfasis en la importancia del respeto a la ley y a los derechos constitucionales que hasta ese momento habían ocupado un lugar marginal en los postulados, principios y prácticas de la izquierda en sus distintas denominaciones.⁸

Uno de los capítulos más importantes de esta transformación enmarcada en el final de la guerra fría es la relación crecientemente estrecha de la izquierda con el discurso de los derechos humanos. La conformación de los movimientos por los derechos humanos, y la conceptualización de los militantes sociales, sindicales, políticos y guerrilleros como víctimas de la dictadura significó un cambio de visión importante respecto a las concepciones políticas previas. Como señaló la historiadora uruguaya Vania Markarian, quien estudió la transformación del discurso político de la izquierda uruguaya en el exilio: "Integrarse al trabajo de derechos humanos requería una revisión del lenguaje heroico tradicional de la izquierda que veía en la represión parte de la experiencia política de los militantes y eludía las denuncias y referencias legalistas para enfatizar reclamos sociales y económicos".⁹ La visión de sí mismos como militantes, de la tortura, de

la militancia, del "enemigo", de las formas legítimas de confrontación, entre muchos otros elementos se transformó de manera radical. La propia práctica de la lucha armada comenzó a verse en una luz completamente diferente. Si antes había sido posible aprobar y hasta, en casos particulares, festejar el "ajusticiamiento" (la palabra no es casual, y remite a la discusión original sobre la "justicia" o "justificación" de los asesinatos) de determinados personajes, muchos de ellos verdugos, torturadores, opresores de distinto tipo, las apreciaciones al respecto comenzaron a cambiar con el retorno a la democracia, la reflexión sobre la dictadura y los profundos cambios políticos y económicos en marcha.

La reevaluación crítica, la "distancia" analítica respecto al proceso, ha resultado especialmente difícil durante décadas porque muchos de aquellos que la asumieron como vía válida no están hoy para participar de este debate, debido a que estuvieron dispuestos no sólo a matar en una situación extrema, sino fundamentalmente a morir por la transformación de una realidad que consideraban injusta e inaceptable. La ausencia de miles de militantes desaparecidos y asesinados, la presencia de muchos que fueron desaparecidos y luego liberados, o encarcelados, torturados, exiliados y reprimidos de formas diversas, y la incógnita respecto al paradero de centenares de niños apropiados, entre otros muchos legados de la dictadura, vuelven aún más difícil y sensible la discusión sobre el impacto y las consecuencias de la opción por la vía armada. Para muchos de los sobrevivientes resulta extremadamente difícil reconsiderar lo actuado no sólo porque implica poner en jaque su pasado, sus decisiones y opciones de vida, sino también porque involucra un cuestionamiento a compañeros que hoy no pueden participar de este replanteo, y cuya muerte se encuentra signada por esta historia.

Sin embargo, resulta hoy vital examinar críticamente la historia argentina de las últimas décadas, y el papel que jugaron las organizaciones armadas en ella: la discusión sobre la violencia tiene implicancias no sólo históricas sino también políticas, de cara al futuro. De hecho, esta reevaluación resulta especialmente significativa a la luz de un fenómeno particular y extendido de la política post-dictatorial argentina. Me refiero a la persistente, empecinada y desconcertante renuncia al ejercicio de la violencia organizada en contra de los represores y torturadores, pasados y presentes. Esta ausencia de violencia parece expresar una posición implícita sobre el legado de la historia política previa, y está fundada en razones que no son fáciles de descifrar.¹⁰

¿Cómo comprender que víctimas de las peores atrocidades concebibles o familiares directos de desaparecidos, presos y

8 Un análisis muy interesante de la transformación de la izquierda uruguaya en el exilio y el encuentro con la doctrina de los derechos humanos se encuentra en Vania Markarian, *Idos y Recién Llegados, la Izquierda Uruguaya en el Exilio y Las Redes Transnacionales de Derechos Humanos*, 1967-1984, México, Correo del Maestro-Ediciones La Vasija/ CEIU-FHCE, 2006. Una primera versión sintética de este trabajo fue publicada por *Políticas de la Memoria*, n° 4, Buenos Aires, CeDInCI, verano 2003/2004, pp.182-188.

9 Markarian, *Idos y Recién Llegados*, p. 9. Aclara asimismo que "Los exiliados uruguayos no reemplazaron totalmente esta concepción con un lenguaje cargado de apelaciones humanitarias y desprovisto de llamados al cambio social. De hecho, la mayoría mantuvo su ideología revolucionaria y muchos resistieron la definición

de derechos humanos que dejaba de lado las creencias de las víctimas y los victimarios. Pero, a la larga, esta forma de hablar sobre las violaciones de derechos humanos tiñó todo su lenguaje político y también sus referencias heroicas".

10 El único y excepcional caso de utilización de las armas por parte de un grupo de izquierda durante los gobiernos democráticos post-dictatoriales fue la toma del Tercer Regimiento de Infantería Mecanizada General Belgrano, situado en La Tablada en enero de 1989 por parte de un grupo de militantes del Movimiento Todos por la Patria (MTP), que terminó con el encarcelamiento de los sobrevivientes (y, de acuerdo a denuncias pendientes, con el asesinato ilegal de militantes luego de su rendición). Este hecho fue lamentado por una gran mayoría de organizaciones, líderes y militantes del campo de la izquierda y no se repitió en los 17 años posteriores.

torturados, sabiendo que muchos de los torturadores y directos responsables están en la calle, y en muchos casos sabiendo exactamente adónde viven, hayan decidido no “tomar las justicia en sus manos” o “ajusticiarlos”?¹¹ ¿Qué significa que muchos de estos militantes o familiares de militantes reivindiquen la lucha de los años ‘70 y al mismo tiempo, habiendo enfrentado un nivel de violencia inédito, decidan no responder con la misma moneda?¹² Por el contrario, los distintos movimientos de derechos humanos como Madres, Abuelas, Familiares, Hijos, han apelado a estrategias varias de lucha como la investigación y denuncia a través de medios diversos (desde el cine documental a la prensa escrita, pasando por libros y testimonios), marchas y movilizaciones, presentación de peticiones y solicitudes, escraches, todos los cuales constituyen formas de acción colectiva que implican una renuncia a la violencia directa y una apelación a la movilización y condena social. A esto deben sumarse las elecciones implícitas de otras organizaciones sociales, no necesariamente relacionadas con el campo de los derechos humanos, quienes aún después de ver compañeros asesinados por las fuerzas represivas (los sucesos del 19 y 20 de Diciembre de 2001 y los de Puente Pueyrredón del 26 de Junio de 2002 son algunos ejemplos), siguen apostando a la organización colectiva y a la construcción política y social sin recurrir a las armas. Resulta necesario explorar las razones de esta renuncia a la violencia (en la forma de lucha armada) y esta elección de las formas de lucha que, lejos de caracterizar a grupos específicos, fue sostenida de manera unánime por la sociedad civil y por décadas, a pesar de las fallas del sistema de justicia que hizo que una gran cantidad de crímenes haya quedado impune.

Quizás el mérito mayor de esta controversia sea la alusión indirecta a una serie de interrogantes que, aunque han comenzado a ser explorados de manera fragmentaria desde hace años, no han sido, sin embargo, sistematizados en una interpretación cabal de conjunto. Resulta necesario detenerse en las múltiples dimensiones no ya ligadas al asunto primigenio de la responsabilidad sobre los muertos, o al uso de la violencia armada, sino al desarrollo histórico de la lucha armada en nuestro país, y sus consecuencias en términos subjetivos, políticos y sociales.

Un primer grupo de interrogantes posibles se refiere al impacto social y político, voluntario o involuntario, de la opción por la lucha armada. Esto es: ¿Qué consecuencias tuvo el accionar armado respecto a la disociación creciente entre las organiza-

ciones guerrilleras y los movimientos de base?, y ¿cuál fue el impacto en el creciente distanciamiento de grandes sectores de la sociedad civil con respecto a las organizaciones sociales y los proyectos de cambio transformación radical? ¿Cuáles fueron las relaciones entre la clase obrera y las organizaciones guerrilleras? ¿Existieron responsabilidades por parte de las organizaciones armadas respecto al involucramiento y exposición de comunidades de base que luego fueron masacradas por las fuerzas represivas por no contar con coberturas mínimas ni medios de escape? ¿Qué responsabilidades tuvieron las organizaciones en la aceleración de la “espiral de violencia” y cómo influyeron sus decisiones en el desenlace de esta historia?

Otras preguntas posibles se refieren a la relación entre la opción por la vía armada y la transformación de la subjetividad de los militantes y las formas de estructuración interna de las organizaciones, así como la transformación de sus proyectos políticos: ¿Cuáles fueron las consecuencias de la violencia (padecida y ejercida) en la subjetividad de los militantes? ¿Qué transformaciones se operaron sobre aquellos sujetos que se involucraron en actividades armadas en las que potencial o efectivamente otros podían perder la vida? ¿Y sobre sus estructuras familiares? ¿Qué relaciones existieron entre la opción por las armas como un recurso o medio y el militarismo, esto es, la consideración de las actividades armadas como el núcleo central de la militancia de las organizaciones? ¿Qué relación existió entre militarismo y verticalismo, compartimentación y pérdida de la democracia interna en las organizaciones? ¿Cuáles fueron las consecuencias de todos los fenómenos recién mencionados en el desarrollo de las organizaciones en el tiempo y en las vidas de sus militantes? Y fundamentalmente: ¿Cuáles fueron los efectos de la vía armada sobre el propio proyecto originario de transformación radical de las relaciones sociales por el que luchaban? Es decir: ¿Qué características tenían estos proyectos revolucionarios en el discurso y cómo fueron modificándose al calor de la práctica de la acción armada?

Muchas de estas preguntas y cuestiones han comenzado a ser abordadas por investigaciones que, aunque en algunos casos son fragmentarias y tentativas, contienen aportes significativos que demandan más esfuerzos y abren nuevos interrogantes.¹³ A la discusión sobre las dimensiones éticas de la opción por las armas se sumaría, de esta manera, el análisis sobre la relación entre medios y fines, praxis y subjetividad, así como la evaluación de las consecuencias históricas y políticas de la lucha armada en tanto estrategia para acceder al poder. La presente coyuntura constituye una valiosa oportunidad para atreverse a pensar estos temas sin respuestas memorizadas ni discursos preconcebidos. Esta es la única manera de profundizar la reflexión y el debate crítico sobre la historia reciente, lo que constituye un punto de partida imprescindible para todo intento de transformación futura.

11 Un argumento tradicional, y válido en cierto sentido, para comprender este “legalismo” y la falta de revancha refiere al Juicio a las Juntas como una instancia fundacional de justicia, inédita en América Latina. Sin desmerecer en lo más mínimo el papel del Juicio y las condenas, la posibilidad que tuvieron las víctimas de dar testimonio frente a los Comandantes de las Fuerzas Armadas en el banquillo de los acusados, así como la enorme difusión mediática de muchos de los testimonios y del informe de la CONADEP, no es menos cierto que las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final, y el Indulto constituyeron hitos de impunidad que podrían haber provocado reacciones de violencia, sea por mano propia o de forma colectiva.

12 Un trabajo que ha comenzado a dilucidar estos interrogantes es Ludmila Da Silva Catela, **No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos**, La Plata, Ediciones Al Margen, 2001.

13 Un libro reciente, importante en este sentido, y que se suma a una considerable cantidad de trabajos de militantes e historiadores, muchos de ellos aparecidos en revistas y publicaciones diversas desde los años finales de la dictadura en adelante, es Pilar Calveiro, **Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años ‘70**. Norma, Buenos Aires, 2005.

Resumen:

La presente intervención analiza algunos de los aportes y limitaciones de la controversia en curso en torno a la lucha armada en Argentina durante los años '60 y '70. Sostiene que, por un lado, la reincorporación de la noción de "agencia" de los sujetos, así como de la responsabilidad de las elecciones y acciones constituye una importante contribución a las interpretaciones vigentes sobre el fenómeno. Por otro lado, argumenta que resulta necesario reintroducir una distancia crítica respecto al objeto y una perspectiva de análisis histórico que permita estudiar en profundidad las causas, características y efectos de la opción por las armas de miles de militantes en esos años. Propone algunos elementos tendientes a constituir una agenda de investigación sobre las organizaciones armadas, en el convencimiento de que un análisis crítico de las implicancias de la violencia armada sería un aporte importante no sólo en términos históricos sino también políticos.

Palabras clave: Historia argentina reciente; Organizaciones armadas de los '60 y '70; Violencia política

Abstract:

This piece focuses on the contributions and limits of the ongoing debate about the armed struggle in Argentina during the 1960s and 1970s. It contends that, on the one hand, the reintroduction of the notion of "agency" and responsibility for the choices and actions of the subjects constitutes an important contribution to the current interpretations of this phenomena. On the other hand, it argues that it is necessary to institute a critical distance with respect to the object of study, as well as a historical analytical perspective that allows the in-depth causes, characteristics and effects of the option for the armed struggle that made thousands of activists in those years. It proposes some preliminary questions towards a research plan on the Argentine armed organizations, based on the conviction that a critical analysis of the implications of the armed struggle would be an important contribution not only in historical but also political terms.

Keywords: Recent Argentine history; Armed organizations 1960s-70s; Political Violence

Notas para una crítica de la razón instrumental

A propósito del debate en torno a la carta de Oscar del Barco

Horacio Tarcus

“Matar a un hombre para defender una idea no es defender una idea. Es matar a un hombre”.

Sebastián Castelio citado por Juan Goytisolo en el film “Nuestra música” de Jean-Luc Godard

Las izquierdas y el balance de la lucha armada: ¿otro muro de silencio?

Con la carta de Oscar del Barco dirigida en diciembre de 2004 a la revista cordobesa **La Intemperie**,¹ se abrió finalmente en nuestro país el debate ético-político más dilatado, profundo y productivo de los últimos treinta años acerca de la violencia revolucionaria. Aunque acaso el impersonal “se abrió” no sea la expresión más adecuada para describir esta suerte de explosión en cadena entre los más diversos sectores político-intelectuales *provocada* por del Barco.

Es cierto que para muchos de los que se han sentido interpe- lados, la carta de del Barco no fue más que un exabrupto que, en el mejor de los casos, desató un debate que hubiese sido preferible evitar. Para brindar una primera aproximación al lector que no lo siguió en su totalidad, transcribamos algunos de los epítetos cosechados por del Barco: religioso, metafísico, místico, idealista, abstracto, ahistórico, fundamentalista, prescriptivo, formal, reduccionista vulgar, demonizador de la izquierda... Se dijo también que: postula una historia ejemplar, desconoce el rol de la violencia en la historia, iguala víctimas y victimarios y se desliza hacia la “teoría de los dos demonios”. Asimismo, se calificó a su carta como *mea culpa*, grito, catarsis, contrición, autoexculpación, etc., etc.

Otros, los menos en verdad, han querido ver en la carta de del Barco una mano tendida para un diálogo franco y abierto, un diálogo que pudiese partir de cierto sinceramiento colectivo. Uno de ellos, Luis Rodeiro, teme que “quizá no hayamos alcanzado en el amplio campo de la izquierda la madurez para el diálogo, que es mucho más rico que un debate”, pues el debate supone un adversario, mientras que el diálogo requiere un compañero con el que tenemos algo en común. Otro participante, Ricardo Panzetta, la entiende como una invitación a “cuestionarlo todo”

y a “construir nuevas redes de comunicaciones”. Y añade: “Pa- reciera desear que la sociedad se contamine de ácratas y que la libertad sea contagiosa”. Es así que algunos, como Diego Tatián, Héctor Schmucler, Christian Ferrer, se sumaron como interlocu- tores al diálogo desatado por del Barco.

Otros, finalmente, en desacuerdo con los argumentos, o bien con los fundamentos de del Barco, han propuesto en términos de debate otros argumentos y otros fundamentos. Tal el caso del reciente trabajo de León Rozitchner.² Quisiera presentar aquí mi propia evaluación de los argumentos de del Barco y de muchos de los contrargumentos.

Y quisiera hacerlo comenzando por inscribir el debate de **La Intemperie** en cierta genealogía de pensamiento político argentino. Porque entiendo que del Barco logró *provocar* con su texto un debate ético-político acerca de la violencia revolucionaria que hace muchos años amenazaba con emerger, pero que finalmente lograba ser acallado por aquellas fuerzas político-intelectuales que, pasiva o activamente, la resistieron como una problemática inapropiada, “mal formulada” o incluso “peligrosa”.

Efectivamente, algunas voces aisladas buscaron romper, a lo lar- go de estas últimas tres décadas, cierto pacto de silencio institui- do al interior de las izquierdas políticas e intelectuales que fijaba un techo, un cierto límite para pensar en profundidad las razo- nes intrínsecas de la derrota sufrida a mediados de la década de 1970. El pacto implicaba no ir más allá del señalamiento de cier- tos errores tácticos de las izquierdas armadas, de admitir “des- viaciones militaristas” que las habrían “alejado de las acciones de masas”. En la década del ‘80 esta autocrítica colectiva alcanzó a reconocer que las izquierdas armadas habían “subestimado la democracia”, como lo pondría en evidencia la continuidad de las prácticas guerrilleras bajo regimenes constitucionales como el inaugurado en marzo de 1973.

En suma: una inadecuada evaluación del poder militar y político de las fuerzas armadas; una creciente militarización y aparatismo paralelos a una gradual despolitización, abroquelamiento interno que habría llevado a una pérdida del contacto con las acciones de masas; y, finalmente, una indebida valorización de las con- signas y los valores democráticos. Este fue el *non plus ultra* de

1 “Carta de Oscar del Barco”, **La Intemperie** n° 17, Córdoba, diciembre 2004.

2 León Rozitchner, “Primero hay que saber vivir. Del Vivirás materno al No mata- rás patriarcal”, en **El ojo mocho** n° 20, invierno/primavera 2006, pp. 18-31.

la autocrítica de las cúpulas guerrilleras, así como de la mayor parte de los intentos de historia retrospectiva de los militantes, de Mario Firmenich a Roberto Perúa, desde Luis Mattini hasta Enrique Gorriarán Merlo.

Una derrota tan profunda de las izquierdas armadas no alcanza a ser explicada por estas razones. Se hace necesario ir más allá de la derrota militar, para pensar que, en verdad, previamente a la derrota militar, las izquierdas armadas habían sufrido una grave derrota política. Pero incluso es necesario atreverse a plantear y a pensar si en la base de la derrota política no hay incluso una derrota ética. Esto es: si el uso cada vez más extendido de la violencia revolucionaria no condujo a las izquierdas armadas a una contradicción insalvable entre medios y fines. Es necesario preguntarse si las formas de contrapoder de las izquierdas no se fueron asemejando a las formas del poder que se quería combatir, si la violencia revolucionaria no fue reproduciendo en forma especular aquellas formas de violencia del poder represor que se buscaba cuestionar.

Avanzar en el sentido de una crítica de la *concepción instrumental de la política y del poder*, resultó (y resulta aún) intolerable para el pensamiento hegemónico de las izquierdas argentinas, no sólo para aquellas que estuvieron comprometidas en la lucha armada, sino en casi toda la variedad de sus tendencias.³ Hoy, a 30 años del golpe militar de marzo de 1976, ¿es posible hablar de ética y política en la cultura de izquierdas?, ¿es posible horadar aquel techo?, ¿derribar ese muro de silencio? Creo que, por lo menos en ese sentido, hay que admitir que la carta de del Barco ha jugado un extraordinario papel de catalizador del debate.

¿Es posible volver a hablar de ética y política en la cultura de izquierdas?

"Nada hace más desiguales a dos seres humanos que un arma. Nada menos libre al que no la tiene"
Helios Prieto⁴

Sería necesario recordar que a lo largo de los últimos treinta años surgieron voces lúcidas y valientes que, aunque disímiles, abrieron caminos a la carta de del Barco y al debate que éste provocó.⁵ Algunas emergieron tempranamente en **Controversia**,

la revista del exilio argentino en México, como "Actualidad de los derechos humanos" y "Testimonio de los sobrevivientes", ambos de Héctor Schmucler; y los textos de Rubén Sergio Caletti, sobre todo sus notas sucesivas publicadas bajo el título de "Focos y vanguardias".⁶

Schmucler tuvo la audacia de señalar, ya en 1979, que en la Argentina de esos duros '70, además de las víctimas del genocidio militar —una de las cuales era su propio hijo—, "hubo policías sin especial identificación muertos a mansalva, hubo militares asesinados sólo por ser militares, dirigentes obreros y políticos exterminados por grupos armados 'revolucionarios' que reivindicaban su derecho a privar de la vida a otros seres en función de la 'justeza' de la lucha que desarrollaban". Y se atrevió a preguntar, aunque sonara "a herejía": "¿Los derechos humanos son válidos para unos y no para otros? ¿Existen formas de medir que otorgan valor a una vida y no a otra? ¿Los llamados derechos humanos evocan valores ecuménicos y transhistóricos o es necesario situarlos en una visión política donde los valores se dirimen de acuerdo a la relación de fuerzas con los sectores sociales en conflicto?".

La brillante crítica de Caletti al vanguardismo y al foquismo fue retomada y desarrollada por Carlos Alberto Brocato en sus libros **La Argentina que quisieron** (1985) y **El exilio es el nuestro** (1986). En el primero de ellos Brocato desplegó una crítica ético-política a lo que llamó la "violencia foquista" argentina de los años '60 y '70. Allí se preguntaba si aquellos hombres y mujeres que habían empuñado las armas, además de su condición de "rebeldes contra la estructura social" y de "víctimas en sentido histórico", no habían adquirido también, aún sin perder ese carácter histórico, "el carácter moral de *victimarios*". Brocato no condena cualquier uso de la violencia revolucionaria; entiende que, políticamente hablando, "la violencia se legitima históricamente por la intervención de las masas" al mismo tiempo que, éticamente, se justifica por "la *inevitabilidad defensiva* de las muertes que produce".⁷ Brocato concluye que el foquismo argentino no pasó por ninguna de ambas pruebas y eso está en las causas de su fracaso.

Pero lo que desató las iras sobre su libro fue su hincapié en la derrota moral del foquismo argentino,⁸ su crítica al método de los

provenientes del Partido Comunista —como los editoriales sobre el "terrorismo" que Fernando Nadra publicaba semanalmente en **Nuestra Palabra** bajo el seudónimo de Polemos— quedaban ética y políticamente desautorizados, en la medida que provenían de un partido neostalinista que, mientras avalaba los regímenes totalitarios del Este, abogaba aquí por una política de frentes cívico-militares. Pero hubo también críticas desde perspectivas de izquierda, como aquellas provenientes de las vertientes más obreristas e insurreccionalistas del trotskismo (como la del boliviano Guillermo Lora en **Revolución y foquismo**) o aquellas precursoras del maoísta Elías Semán en su folleto "El Partido Marxista-Leninista y el guerrillerismo" (1964).

⁶ Las dos notas de Schmucler aparecieron en el n° 1 de **Controversia**, octubre 1979 y en el n° 9/10, 1980, respectivamente; las notas sucesivas de Caletti aparecieron en el n° 1, octubre 1979 y n° 2/3, noviembre-diciembre 1979.

⁷ Carlos A. Brocato, **La Argentina que quisieron**, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1985, p. 137 y 157 respectivamente.

⁸ Bastaría una recorrida por la prensa de los años 1985-86 para corroborar la escasisima repercusión que lograron estos polémicos libros de Brocato —recuerdo que apenas se hicieron eco voces aisladas, como Emilio Fermín Mignone, Andrés

³ Diversas razones (o racionalizaciones) convergieron en acallar un debate de este orden y, cuando emergía alguna voz, se buscó desacreditarlo o ponerle la debida sordina. Sumariamente, podrían señalarse entre las causas de la resistencia: (a) la inaudita magnitud de la represión político-militar desatada sobre las izquierdas y el campo popular; (b) la necesidad jurídico-política, durante la resistencia a la dictadura y, luego, durante la transición democrática, de focalizar los análisis y las denuncias contra el poder represor y sus agentes con vistas a hacer justicia; (c) el temor a que el cuestionamiento de la "propia" violencia condujera a un deslizamiento hacia la teoría de "los dos demonios", haciéndole así el "juego al enemigo"; y, finalmente, (d) el compromiso imaginario o bien la culpa de los sobrevivientes para con los compañeros caídos.

⁴ Helios Prieto, "10 tesis sobre la crisis de la izquierda", en **El Rodaballo** n° 5, verano 1996-97, pp. 8-9.

⁵ Deberíamos recordar que durante los mismos "años de plomo" las críticas al accionar guerrillero provenientes de la izquierda fueron débiles, pero existieron. Las

secuestros extorsivos, de los asesinatos de civiles, policías y militares, al “método del rehén y la cárcel del pueblo”: “No vamos a hacer aquí —precisaba Brocato— una disquisición de en qué circunstancias especialísimas un revolucionario puede apelar a este procedimiento desesperado: no tiene nada que ver con lo que hicieron los foquistas como método de ‘presión’ y ‘negociación’. Como ‘justicia popular’ es una parodia. Como aplicación de la pena de muerte en juicio sumario fuera de las condiciones de guerra civil, un simple crimen” (p. 171).

No menos revulsivo resultó el testimonio y la ácida reflexión de Helios Prieto, quien fuera uno de los cuadros dirigentes del PRT (“Memorias volterianas con final maquiavélico”, en **El Rodaballo** n° 11/12, 2000). Reaccionando vivamente frente a las historias y los testimonios heroicos acerca de la experiencia de esta organización y de su máximo líder, Mario R. Santucho, Prieto hace aquí un ensayo de memoria anti-heroica. Describe un complejo proceso que se opera al interior del PRT en la segunda mitad de los años ‘60 donde confluyen factores de política internacional (el “partido cubano”, por un lado; la IVa Internacional por otro) y de política nacional (el golpe militar de 1966, el carácter irreduciblemente peronista y reformista de la clase obrera argentina...), debates ideológicos que se van empobreciendo y mitos políticos que se van reforzando, el peso de los liderazgos personales y las relaciones fraccionales de poder, los prejuicios de clase y hasta ciertos resentimientos raciales. Estaríamos ante un proceso por el cual se va instalando no sólo un culto por las armas sino una suerte de “cultura de la violencia” al interior de la organización que lleva a que las decisiones políticas se tomen crecientemente en términos de audacia voluntarista: el “tener o no tener huevos” para llevar a cabo una acción. Según el testimonio de Prieto, se va operando en el PRT una suerte de testiculización de la política, a través de la cual van quedando en el camino aquellos militantes más comprometidos con las ideas, los análisis políticos y los valores éticos que en cierta medida contenía el viejo trotskismo, al mismo tiempo que se afirman aquellos más dispuestos a llevar a cabo, sin mayores disquisiciones políticas ni éticas, las acciones armadas. En 1996 Prieto había anticipado muchas de estas ideas sobre la violencia en forma de tesis:

La lucha armada requiere organizaciones jerarquizadas y no democráticas. El resultado es siempre más poder para los violentos de una y otra parte. Menos libertad, por lo tanto, para la mayoría de los ciudadanos y fortalecimiento del Estado. En situaciones límite es inevitable el recurso a la violencia, pero estas situaciones nos alejan de la libertad, nos hundén en la necesidad. Nada hace más desiguales a dos seres humanos que un arma. Nada menos libre al que no la tiene.⁹

Estos análisis y testimonios no son, desde luego, los únicos. Quise rescatarlos aquí sobre todo por el injusto olvido que han merecido. Otros textos más recientes, como los de Pilar Calveiro,

Rivera y Alejandro Kaufman—y, en cambio, la eficacia de aquellos que lo denostaron porque le hacía “el juego al enemigo”, como sostuvo, entre otros, Julio Hausi desde las páginas de **El Periodista** y desde el periódico **Madres de Plaza de Mayo**.

9 Helios Prieto, *cit.*, p. 8-9.

son también agudísimos para pensar la lucha armada en los años ‘70.¹⁰ Aunque Calveiro se propone sobre todo evaluarla a partir de un balance muy ponderado entre las responsabilidades específicas y asimétricas de la violencia estatal y de la violencia revolucionaria, y en un registro distinto al de la crítica ética (cuando éste emerge, va dirigido sobre todo a la cúpula montonera). Sin embargo mucho de su lógica de análisis la conduce a ciertos puntos de encuentro con los autores citados.

La autora parte de reconocer legitimidad histórica a la violencia revolucionaria en un contexto latinoamericano signado en los ‘60 y ‘70 por el descrédito generalizado de la democracia y el uso de la violencia represiva por parte de los Estados nacionales y el poder imperial de los Estados Unidos. En dicho contexto, afirma, “el uso de la violencia pasó a ser casi condición *sine qua non* de los movimientos radicales de la época” (**PyD**, p. 14). Pero la guerrilla argentina, aún la que se amparó en el movimiento peronista, derivó hacia una práctica foquista y una concepción crecientemente militar de la política. Calveiro considera que la guerrilla argentina no fue “terrorista”, en tanto su objetivo no era la “violencia indiscriminada”. Sin embargo, reconoce que sobrepasado el período 1972-74, al que recupera como un momento de integración política de los Montoneros en el peronismo y de un “trabajo político de base” pronto malogrado, y en el contexto de la violencia paraestatal de las Tres A, las formas de la violencia revolucionaria tendían a tornarse más “indiscriminadas”. Cuando las organizaciones se militarizan y se despolitizan internamente, se vuelven verticalistas y autoritarias al mismo tiempo que se aíslan políticamente de la sociedad. “La guerrilla había comenzado a reproducir en su interior, por lo menos en parte, el poder autoritario que intentaba cuestionar”, el ejército popular comienza a adquirir las “mismas características de un ejército regular”:

Las armas son potencialmente “enloquecedoras”: permiten matar y, por lo tanto, crean la ilusión de control sobre la vida y la muerte. Como es obvio, no tienen por sí mismas signo político alguno, pero puestas en manos de gente muy joven que, además, en su mayoría, carecía de una experiencia política consistente funcionaban como una muralla de arrogancia y soberbia que encubría, sólo en parte, una cierta ingenuidad política. Frente a un ejército tan poderoso como el argentino, en 1974 los guerrilleros ya no se planteaban ser francotiradores, debilitar, fraccionar y abrir brechas en él; querían construir otro de semejante o mayor potencia, igualmente homogéneo y estructurado. Poder contra poder. La guerrilla había nacido como forma de resistencia y hostigamiento contra la estructura monolítica militar pero ahora aspiraba a parecerse a ella y disputarle el lugar. Se coloca así en el

10 El estudio unitario de Pilar Calveiro sobre el poder desaparecedor y la violencia revolucionaria en los años 70 no encontró durante muchos años un editor argentino interesado en publicarlo en su integridad. Es así que en 1998 vio la luz sólo la primera parte bajo el título de **Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina**, Buenos Aires, Colihue, 1998. Sólo siete años después logró la publicación de la otra parte: **Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70**, Buenos Aires, Norma, 2005. Véase también de esta misma autora: “Antiguos y nuevos sentidos de la violencia política” en **Lucha armada en la Argentina** n° 4, setiembre-noviembre 2005.

lugar más vulnerable; las Fuerzas Armadas respondieron con todo su potencial de violencia (PyD, 16-17).

Además de la unidad temática, todos estos textos tienen, aún en su amplia diversidad política y teórica, algunos elementos en común. Todos fueron resistidos por una “opinión pública” de izquierdas porque, como se señaló arriba, rompían cierto pacto de silencio. No es casual que todos fueran concebidos fuera del país: Schmucler y Caletti redactaron sus textos desde su exilio mexicano. También en México elaboró sus trabajos Pilar Calveiro. Brocato escribió su crítica al foquismo en Barcelona en el año 1980 (aunque luego se publicó en la Argentina desglosada en dos libros a mediados de los 80). Helios Prieto también firma sus textos en Barcelona, donde se exilió a fines de la década de 1970. ¿Es posible deducir de aquí una relación necesaria entre distanciamiento del país y una mayor radicalidad para pensar sus mitos?

Pareciera que del Barco escapa a la regla. Sin embargo, este filósofo cordobés comenzó su labor crítica de las izquierdas durante su exilio mexicano. Son testimonio de ello sus artículos en **Controversia** y sus libros **Esencia y apariencia en El Capital** (1977), **Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas** (1980), y **El otro Marx** (1983). En uno de aquellos artículos de **Controversia**, que también adoptaba la forma de una carta, anticipaba muchas de las ideas de su carta de diciembre de 2004, bajo el título “Desde el fragor del mundo”. Invitado por el director de la revista a escribir sobre la democracia, señalaba del Barco:

Ante todo sería bueno que comenzáramos sincerándonos, reconociendo que si algo ha caracterizado la historia de la ‘izquierda es su profunda y constante falta de democracia. Todos sabemos que detrás de la palabra ‘democracia’ se oculta una carnicería: tanto la llamada ‘democracia burguesa’ como la ‘democracia proletaria’ han hecho de la violencia y la masacre su *hábitat*. No quiero insistir aquí sobre Lenin, Trotski, Stalin y *tutti quanti*, quienes pusieron en práctica una ‘democracia’ que hoy culmina en los ‘manicomios socialistas’, para no hablar de los ‘campos’, las torturas y las ejecuciones de los rusos en Hungría-Checoslovaquia. Afganistán, de los chinos en Vietnam, de los vietnamitas en Camboya y de los camboyanos en sí mismos.¹¹

Esto en 1980, una década antes de la caída del Muro de Berlín y del hundimiento de la URSS y los regímenes del Este. Y también dirigía la crítica a las organizaciones políticas en las que él mismo y su generación habían participado:

...me permito dudar de nuestra particularidad democrática. Si analizamos las estructuras y las prácticas de nuestras organizaciones de izquierda, ya se llamen PC, Montoneros, ERP, PCR o cualquiera de las tantas siglas que andan sueltas por ahí, no puede dejar de correr un ‘frío por la espalda’ —como decía Robert Paris— si los imaginamos en el poder (digo de las organizaciones de ‘izquierda’, dejando de lado el peronismo, pues éste

siempre hizo gala de su estructura ‘verticalista’ y de la preponderancia absoluta de su ‘líder’).¹²

Las tesis de del Barco

“¿Y si alguien saca como conclusión de este texto que tengo mala conciencia me dará por bien pagado; efectivamente, tengo; y me pregunto ¿cómo no tenerla en un mundo donde la derecha y la ‘izquierda’ compiten en el manejo del más siniestro despotismo”
Oscar del Barco, 1980

La Carta de Oscar del Barco a **La Intemperie** puede ser resumida en cinco proposiciones fuertes, que, según entiendo, son los cinco núcleos duros que están en juego en el debate actual. Aún a riesgo de que se pierda el dramatismo propio de la narrativa epistolar, aventuro esta condensación en cinco tesis:

1. *Si hay compromiso radical con la verdad, los implicados en el accionar del EGP durante los años 1963-64 —dirigentes, militantes y simpatizantes— deben asumir su responsabilidad política y moral por los dos fusilamientos de sus propios militantes.*

En efecto, a partir del desgarrador testimonio del combatiente del EGP Héctor Juvé a la revista **La Intemperie**, del Barco parte de asumir él mismo la responsabilidad moral por los asesinatos internos de los militantes Adolfo Rotblat y Bernardo Groswald llevados a cabo por el EGP. Él mismo, afirma, aunque haya sido un mero simpatizante del EGP, así como todos los que “de alguna manera lo apoyamos”, deberíamos considerarnos tan responsables “como los que lo habían asesinado”.

2. *Si hay compromiso radical con la verdad, los implicados en la lucha armada desplegada en la Argentina durante las décadas de 1960 y 1970 —dirigentes, militantes y simpatizantes— deben asumir su responsabilidad política y moral por los asesinatos que provocó el accionar guerrillero.*

Aquí del Barco va más allá de los fusilamientos internos del EGP u otros grupos armados, condenando también ética y políticamente las prácticas de todos aquellos grupos armados que apelaron, como herramienta de lucha emancipatoria, al asesinato de sus enemigos. Postula entonces “reconocer que todos los que de alguna manera simpatizamos o participamos, directa o indirectamente, en el movimiento Montoneros, en el ERP, en la FAR o en cualquier otra organización armada, somos responsables de sus acciones”.

3. *Si hay compromiso radical con la verdad, los implicados en la edificación y la defensa de los llamados “socialismos reales” —dirigentes, militantes y simpatizantes— deben asumir su responsabilidad política y moral por los crímenes cometidos en las purgas y en los gulags “de izquierdas”.*

11 Oscar del Barco, “Desde el fragor del mundo”, en **Controversia** n° 9/10, México, 1980, pp. 37-38.

12 *Ibid.*

Sostiene del Barco que el fracaso de los socialismos reales —URSS, Rumania, Yugoslavia, China, Corea, Cuba, etc.— “se debió principalmente al crimen”. Los llamados revolucionarios —“desde Lenin, Trotsky, Stalin y Mao hasta Fidel Castro y Ernesto Guevara”— se convirtieron en “asesinos seriales”, ahogando en sangre el ideal de una sociedad libre. Si Marx había señalado que el capitalismo había nacido chorreando sangre por todos los poros, la crítica se volvió en el siglo XX contra el “socialismo real”, que no sólo nació sino que incluso “se hundió chorreando sangre por todos sus poros”.

Por lo tanto, también aquí es necesario sincerar la responsabilidad con los crímenes cometidos en los regímenes totalitarios. “Gelman y yo —confiesa del Barco— fuimos partidarios del comunismo ruso, después del chino, después del cubano, y como tal(es) callamos el exterminio de millones de seres humanos que murieron en los diversos *gulags* del mal llamado ‘socialismo real’. ¿No sabíamos? El no saber, el hecho de creer, de tener una presunta buena fe o buena conciencia, no es un argumento, o es un argumento bastardo. No sabíamos porque de alguna manera no queríamos saber. Los informes eran públicos. ¿O no existió Gide, Koestler, Víctor Serge e incluso Trotsky, entre tantos otros?”.

4. *No hay distinción ética posible entre asesinatos legítimos e ilegítimos. Al intentar distinguirlos no sólo incurre en una contradicción lógica aquel que sostenga una ética humanista, sino en la duplicidad moral y la mala conciencia.*

“Ningún justificativo nos vuelve inocentes. No hay ‘causas’ ni ‘ideales’ que sirvan para eximirnos de culpa”, afirma del Barco. Es que “no existe ningún ‘ideal’ que justifique la muerte de un hombre, ya sea del general Aramburu, de un militante o de un policía”. No hay “buenos” con “derecho a matar” y “malos” que “no pueden asesinar”. Para del Barco se trata, entonces, de reconocer “la responsabilidad inaudita de haber causado intencionalmente la muerte de un ser humano”, de “asumir ese acto esencialmente irredimible”.

“La maldad, como dice Levinas, consiste en excluirse de las consecuencias de los razonamientos, es decir una cosa y hacer otra, el apoyar la muerte de los hijos de otros y levantar el *no matarás* cuando se trata de nuestros propios hijos”. Es necesario reconocer que si “los otros mataban, [...] los ‘nuestros’ también mataban”. Por eso, “Hay que denunciar con todas nuestras fuerzas el terrorismo de Estado, pero sin callar nuestro propio terrorismo”. Y concluye del Barco: “Así de dolorosa es lo que Gelman llama la ‘verdad’ y la ‘justicia’. Pero la verdad y la justicia deben ser para todos”. ¿Es esto, se pregunta del Barco, regalarle argumentos a la derecha? No, se trata de llegar a la verdad, la diga quien la diga y le “convenga” a quien le “convenga”.

5. *El principio fundante de toda comunidad es el no matarás.*

Del Barco pone el fundamento de toda su argumentación en el *no matarás*, no como mandato divino sino como mandato inmanente a la humanidad. “El principio que funda toda comunidad es el *no matarás*. No matarás al hombre porque todo hombre es sagrado y cada hombre es todos los hombres”. El principio del *no matarás* es el que funda toda comunidad y, al mismo tiempo,

reconoce del Barco, es un principio imposible. Esto es, el autor de la Carta no desconoce el carácter fundante de la violencia en la historia, sólo sostiene que “defender este principio imposible es lo único posible”. En esta proposición descansa la utopía humanista de del Barco, con apoyo en Levinas pero donde resuenan ciertas tesis de Feuerbach y del joven Marx: “Asumir lo imposible como posible es sostener lo absoluto de cada hombre, desde el primero al último”.

Quisiera ahora presentar aquí mi propia evaluación de los argumentos de del Barco y de muchos de los contrargumentos. Seguiré para ello el camino inverso a del Barco: su reflexión partió del relato trágico de Juvé sobre las “ejecuciones” internas a los militantes del EGP y se desenvolvió hasta encontrar el fundamento del mandato humanista. Aquí quisiera recorrer este camino pero en sentido contrario: partiendo del debate acerca del fundamento humanista, me propongo llegar hasta la guerrilla de Masetti.

Lo absoluto y lo relativo en la historia

“El hombre es el ser supremo para el hombre”.
Karl Marx¹³

En primer lugar, la cuestión del mandato “no matarás”, que todos los contradictores de del Barco han considerado idealista, abstracto, ahistórico, religioso, eticista, etc. A mi modo de ver, el autor de la carta escogió instalar su reflexión en un plano que podríamos denominar antropológico, para pensar desde allí el problema de la violencia y de la muerte de un hombre por otro hombre. Partió, pues, de un reconocimiento obvio: para ningún ser humano significa lo mismo matar, digamos, a un insecto que matar a otro hombre. El homicidio nunca es gratuito, no sólo por la vida segada del hombre asesinado, sino que tampoco es gratuito para el que mata. Esa muerte, por naturalizada que estuviere para quien la ejecuta en su condición de guerrero o de verdugo, ha comprometido íntima e irreversiblemente su subjetividad. Es así que del Barco identifica una suerte de mandato íntimo, que resuena al interior de la conciencia de cada hombre, sea cual fuere su confesión religiosa o su cultura, que impulsa a rechazar la muerte de otro hombre y le dice “no matarás”. Este mandato está, pues, en el fundamento de toda comunidad humana.

El punto de partida es el mismo que el de Feuerbach, o el del joven Marx, para quien “el hombre es lo supremo del hombre”. Marx partía incluso de un humanismo radical: “Ser radical —escribió en 1844— es atacar las cosas de raíz; pero para el hombre la raíz es el hombre mismo”.¹⁴ Llevado a la dialéctica de lo relativo y lo absoluto, Feuerbach y el joven Marx hacían descender, con su crítica a la religión, el absoluto desde el cielo a la tierra. El absoluto pasaba a ser el hombre, ciertamente no el hombre individual, considerado como “mónada aislada”, sino el “mundo del hombre”, la *praxis* humana. Para Marx son las relaciones entre los hombres las que constituyen el único absoluto, “porque

13 Karl Marx, *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, Buenos Aires, Ediciones Nuevas, 1968, p. 30-31.

14 *Ibid.*, p. 30.

no hay nada más y ningún destino. Por nuestra praxis total, ya que no por el conocimiento, tocamos el absoluto, o más bien la praxis interhumana es el absoluto".¹⁵

Por el contrario, las posturas que sostienen, sin más, que la ética es siempre relativa a la historia se deslizan hacia el relativismo ético. Niegan —a la manera de los historicistas— cualquier valor absoluto que atraviese transhistóricamente a las diversas épocas, pero al costo de hacer un Absoluto de cada época histórica.

Si hay algo que define la tragedia de la izquierda en los '60 y '70 —y acaso podríamos decir de la izquierda en todo el siglo XX— es dicha escisión, la creciente distancia entre la promesa y la realidad. Por eso, cuando se le reclama a del Barco que "descienda" del plano de las abstracciones éticas al plano "concreto" de la historia, sus contradictores, en su reclamo de politicidad, historicidad y concreción materialista, no siempre son conscientes de que son ellos los que están estableciendo un dualismo entre una dimensión abstracta y otra concreta, entre lo absoluto y lo relativo, entre valores y facticidad, entre ética y política, entre derecho y fuerza, entre verdad y realidad, entre medios y fines.

La tragedia a la que alude del Barco no ha consistido en otra cosa que en la escisión de la praxis humana concebida como unidad de lo absoluto en lo relativo y de lo relativo en lo absoluto. No como un absoluto que precede a la historia, o en el que desemboca la historia, sino como creación del absoluto en la historia. Cuando esa unidad dialéctica se escinde, la realidad se concibe, por una parte, como el mundo relativizado de la facticidad histórica y, por otra, como el mundo absoluto de los valores suprahistóricos.¹⁶

En otros términos, cuando desaparece la dialéctica entre el fin y los medios —según la cual el fin requiere de sus propios medios así como los medios conducen a su propio fin, o mejor: *el medio ya entraña en sí su fin*—, se produce el deslizamiento hacia una concepción instrumental de la política, según la cual el fin justifica los medios. Cuando desaparece la dialéctica entre la verdad y la realidad en nombre de que "la única verdad es la realidad" (el General *dixit*), se cae en una concepción pragmatista de la verdad: la prueba de la verdad está en su éxito. Finalmente, cuando se escinde la realidad entre un reino de los valores y un reino de la política, se deriva hacia una concepción utilitarista de la moral: lo bueno es aquello que me [nos] es útil.

Como ha señalado Schmucler en el marco de este mismo debate: "La bienvenida discusión sobre la lucha armada corre el riesgo de llevar a la creencia (como ocurre en la ciencia) de que hay métodos independientes de los fines. Como en la ficción de Dostoievsky, cuando la revolución ocupa el lugar de Dios, los hombres (que son quienes piensan la revolución) se encuentran habilitados a actuar como dioses, la 'razón revolucionaria' se autojustifica, no hay otra libertad que la que se deriva del reconocimiento de la 'necesidad' revolucionaria" (**La Intemperie** n° 20).

15 Maurice Merleau-Ponty, **Humanismo y terror**, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1956, trad. de León Rozitchner, p. 58.

16 Karel Kosik, **Dialéctica de lo concreto**, México, Grijalbo, 1967, p. 162 y ss.

Humanismo y violencia

"...el humanismo, cuando quiere realizarse rigurosamente, se transforma en su contrario, es decir en violencia".

Maurice Merleau-Ponty¹⁷

En segundo lugar, habíamos señalado que para del Barco no es posible establecer una distinción ética entre asesinatos legítimos e ilegítimos. Al intentar distinguirlos no sólo se incurriría en una contradicción lógica desde una ética humanista, sino en la duplicidad moral y la mala conciencia. Se le ha objetado que su perspectiva postula una historia ejemplar, que desconoce el rol de la violencia en la historia y que, por lo tanto, iguala víctimas y victimarios, deslizando hacia la "teoría de los dos demonios".

Ahora bien, el mandato interior que nos dice "no matarás" no impide que efectivamente se asesine. La perspectiva humanista no significa desconocer la voluntad humana de dominio, de persecución e incluso de exterminio de los diferentes (de los concebidos como "otros"), ni el rol jugado por las guerras y las conquistas; en fin: el carácter fundante de la violencia en la historia. Si el "no matarás" tiene algún sentido como mandato ético humanista, es precisamente porque la historia humana está atravesada por la muerte. De ahí que del Barco reconozca que es un "principio imposible" y al mismo tiempo postule, como base de su utopía humanista, que "defender este principio imposible es lo único posible".

Entonces, ¿cómo conviven humanismo y violencia en la historia? Desde luego, no como escisión sino como momentos de una dialéctica histórica. Porque el humanismo del Alma Bella, que se recoge en la propia conciencia y se niega a intervenir en la historia, mantiene su conciencia limpia al costo de practicar una observación pasiva del mal y de la violencia en la historia.¹⁸ En otros términos, el humanismo no puede desconocer la violencia de los opresores, o la violencia sistémica, a riesgo de negarse, convirtiéndose en cómplice de dichas formas de violencia.

Como señalaba hace medio siglo atrás Merleau-Ponty en un libro memorable (**Humanismo y terror**, 1947), "la pureza de los principios no solamente tolera sino que, más aún, necesita de las violencias". La no-violencia predicada desde el plano de la Buena Conciencia se convierte así en el "complemento solemne" de violencia real —para recuperar la imagen del joven Marx. De ahí que el humanismo, cuando quiere realizarse rigurosamente, se transforme en su contrario, y deviene violencia revolucionaria.

Entonces, la violencia revolucionaria no surgió en la historia y en el pensamiento político moderno como expresión de ningún "demonio". Antes bien, el terrorismo revolucionario es una consecuencia del humanismo moderno llevado hasta sus últimas

17 M. Merleau-Ponty, *op. cit.*, p. 54.

18 Para una exposición magistral de las figuras del Alma Bella y el Comisario, v. Karel Kosik, "Dialéctica de la moral y moral de la dialéctica", en Della Volpe y otros, **Moral y sociedad**, Córdoba, Editorial Universitaria de Córdoba, 1967, p. 94 y ss.

consecuencias. Fue para liberar al hombre de la violencia que se legitimó el ejercicio de la violencia sobre el hombre.

La historia conoce diversas teorizaciones sobre la legitimidad o el “derecho” de los oprimidos a responder la “violencia de los de arriba” con la “violencia de los de abajo”, desde el Terror jacobino hasta la teoría del “foco revolucionario” del Che Guevara, pasando por la “dictadura del proletariado” de Marx, los “magnicidios” de los populistas rusos, la “acción directa” de los anarquistas o el “terror rojo” de los bolcheviques, por citar algunos hitos.

La crítica marxiana que, como señalamos, partía del humanismo radical, terminaba por formular el “imperativo categórico de derribar todas las relaciones sociales en que el hombre es un ser rebajado, humillado, abandonado, despreciado...” (Marx, *op. cit.*, pp. 30-31). Es cierto que Marx no llama a los humillados y ofendidos a “ajusticiar” a opresores y explotadores sino a “derribar todas las relaciones sociales” que se fundan en la opresión, la explotación y la humillación. Pero su lógica no ignora que para derribar dichas relaciones sociales puede ser necesario un enfrentamiento e incluso una lucha a muerte con aquellos dispuestos a defender “a muerte” el régimen opresor.

En esta lógica se inscribía la “dictadura del proletariado”. “La tarea esencial del marxismo —señalaba Merleau-Ponty— será buscar una violencia que se supere en el sentido del porvenir humano. Marx cree haberlo encontrado en la violencia proletaria, es decir, en el poder de esta clase de hombres que, porque están en la sociedad actual despojados de su patria, de su trabajo y de su propia vida, son capaces de reconocerse los unos a los otros más allá de todas las particularidades, y crear una humanidad. La astucia, la mentira, la sangre derramada, la dictadura, se justifican si hacen posible el poder del proletariado, y en esa medida solamente. La política marxista es, en su forma, dictatorial y totalitaria. Pero esta dictadura es la de los hombres más puramente hombres, esa totalidad es la de los trabajadores de toda clase que vuelven a tomar posesión del Estado y de los medios de producción. La dictadura del proletariado no es la voluntad de algunos funcionarios...; sigue el movimiento espontáneo de los proletarios de todos los países, se apoya en el ‘instinto’ de las masas” (*op. cit.*, pp. 12-13).

El jacobinismo, el marxismo, el anarquismo, el leninismo, entonces, no inventan la violencia, la encuentran establecida. A la violencia establecida, le oponen la violencia revolucionaria. La cuestión, argumenta Merleau-Ponty, “no es saber si se acepta o se rechaza la violencia sino si la violencia con la cual se pacta es ‘progresista’ y tiende a suprimirse o si tiende a perpetuarse”. No se trata, pues, de juzgar y condenar en abstracto el crimen, sino de situarlo “en la lógica de una situación, en la dinámica de un régimen, en la totalidad histórica a la cual pertenece” (*Ibid.*, p. 43).

Entonces, si no se trata de juzgar *a priori* las buenas intenciones del humanista que apela a la violencia, analicemos las experiencias de violencia revolucionaria en el siglo XX, tanto en los estados del llamado “socialismo real” como en las organizaciones que apelaron a la lucha armada.

La violencia revolucionaria en los “socialismos reales”

“Fue la indignación masiva y no el hambre masiva lo que hizo que los radicals [de la URSS y Europa del Este] pasaran a la ofensiva, incitaran a las masas populares a la protesta y rompieran la resolución de los dirigentes de mantenerse pasara lo que pasara”.

Teodor Shanin¹⁹

El problema actual, entonces, no consiste en reconocer la dialéctica entre humanismo y violencia que efectivamente se opera en la historia. Ni en la intencionalidad emancipatoria de la conciencia del oprimido cuando asume la acción directa contra el opresor. Ni en la legitimidad de la violencia colectiva que ejercen las grandes masas en las revoluciones sociales (que por regla general se reduce al mínimo imprescindible).

El problema, a mi modo de ver, está en el balance acerca de los resultados históricos de la violencia revolucionaria, en tanto y en cuanto los regímenes surgidos de las revoluciones del siglo XX, los llamados “socialismos reales”, no han cumplido la promesa de la “dictadura de los hombres más puramente hombres” sino que devinieron en la dictadura de los funcionarios...; no han realizado una violencia transitoria para acabar con toda violencia, sino que erigieron regímenes totalitarios fundados en nuevas formas de violencia y opresión.

El problema surge cuando se impone en los procesos sociales y políticos la lógica sustituita de las vanguardias, que brillantemente cuestionaran Rosa Luxemburg y el joven Trotsky en polémica con Lenin.²⁰ Es una lógica política de progresiva sustitución de los sujetos sociales por los aparatos, que conduce “a la organización del Partido a ‘reemplazar’ al Partido, al Comité Central a ‘sustituir’ a la organización del Partido y, finalmente, a un dictador a reemplazar al Comité Central”. En definitiva, la “dictadura del proletariado” se convierte en la ideología de los funcionarios de un Estado burocrático, en una “dictadura *sobre* el proletariado”. Ya no se trata, entonces, de una dictadura transitoria para acabar con toda dictadura, de la mínima violencia imprescindible que encontraba su legitimidad ético-política en que se ejercía para acabar con la violencia. La dialéctica entre humanismo y violencia, entonces, se ha roto: el humanismo ha devenido en su contrario: el terror.

Por supuesto, hay neostalinistas que se empeñan en seguir ignorando que la debacle de los “socialismos reales” no fue tanto el resultado de un “fracaso en el desarrollo” como de una “derrota ética”, que en todo caso posibilitó la derrota en lo económico, lo técnico y lo militar. Como ha señalado agudamente Teodor Shanin, los socialismos reales se hundieron en una “crisis moral” a causa de “la distancia que hay entre las premisas socialistas asumidas por los regímenes y las realidades conocidas por todos.

¹⁹ Teodor Shanin, “La cuestión del socialismo: ¿fracaso en el desarrollo o derrota ética?”, en *Debats* n° 40, Valencia, junio 1992, p. 24 y ss.

²⁰ V. especialmente León Trotsky, *Nuestras tareas políticas*, México, Juan Pablos, 1975, p. 97.

Su existencia fue hasta cierto punto condonada y justificada por la esperanza de que dicha distancia se colmaría de forma natural y de que todos los gloriosos objetivos llegarían a coincidir con la vida real de los que trabajaban por ellos. Pero la distancia no se redujo y antes bien, se convirtió en un reto que con el tiempo no sólo produjo la embestida furiosa de una revolución sino también, y lo que es más importante en cuanto a resultados, el desmoronamiento de la capacidad de actuación de la confianza en sí mismos de los gobernantes. La crisis económica estaba allí pero su impacto demoledor residía de manera primordial en el hecho de que todavía ofrecía otra prueba de la distancia entre las promesas y los hechos, entre el modelo y la realidad, al irse al traste la legitimación de la confianza en un futuro mejor.²¹

Cuando Marx escribía que el capitalismo venía al mundo “sudando sangre y lodo por todos sus poros”, lo impugnaba éticamente mientras que su sucesor, el socialismo, era aún pura promesa. Pero tras la experiencia de los “socialismos reales”, que no sólo nacieron sino que incluso se hundieron “chorreando sangre por todos sus poros”, la promesa fue defraudada.

Para todos aquellos que no están dispuestos a cerrar los ojos de modo tan flagrante ante la historia y que reconocen que los resultados históricos de la violencia revolucionaria han sido distintos e incluso contrarios a los que se esperaban de ella, es posible asumir dos actitudes. Por una parte, están quienes proponen renovar la fe en los fundamentos de la violencia revolucionaria pidiéndole otra oportunidad a la Historia para reducir la brecha entre la promesa y los hechos. Apuestan a que la experiencia adquirida permitiría sortear las trampas del pasado y que, por lo tanto, la próxima Revolución daría resultados genuinos. Suelen creer que el actual Estado Cubano, además de garantizar salud, educación y trabajo para todos sus habitantes, ofrece un modelo de socialismo posible.

Pero no es menos legítimo, como postula del Barco, concluido el siglo de los “socialismos reales”, revisar los fundamentos de la violencia revolucionaria, desconfiando del humanismo que asume la “dictadura del proletariado” como una de las formas que asume la astucia de la razón burocrática.

Los medios y los fines

“La maldición de la política consiste precisamente en esto: que debe traducir los valores en el mundo de los hechos”.
Maurice Merleau-Ponty²²

En efecto, si partimos del epígrafe del autor de **Humanismo y terror**, sabemos que de nada vale enarbolar los valores en sí mismos, por fuera de la historia real: una legitimidad que no encuentra los medios de hacerse valer, muere con el tiempo. Pero, a la inversa, también debemos aceptar que cuando se reduce la política a la eficacia y se acude instrumentalmente a cualquier

medio para realizar el fin que nos proponíamos, los medios nos envuelven en su propia lógica y nos conducen a su propio fin. Si se entiende a la política como un arte de combinar los medios y calcular las consecuencias con vistas a construir poder, si se piensa y se practica la política en términos instrumentales —porque entonces se trata al otro como un medio y no como un semejante—, si se acepta que “la acción política es en sí impura”, porque “es acción de uno sobre otro”, si la política es por esencia inmoral, o por lo menos “amoral”, es necesario aceptar que una acción puede producir algo distinto de lo que se proponía (*op. cit.*, pp. 27-29).

En este marco conceptual quiso Merleau-Ponty, hace medio siglo, fundar su juicio crítico sobre el comunismo. Creo que tanto su marco conceptual como su perspectiva de intelectual comprometido pueden ayudarnos también a pensar nuestro balance de la lucha armada revolucionaria, con el proceso de ascenso, estabilización y caída de los “socialismos reales” como horizonte epocal. Apropriados muchos de estos conceptos para nuestro presente, quisiera plantear la problemática en estos términos: a la hora de evaluar histórica y teóricamente la experiencia de la lucha armada en la Argentina de los años '60 y '70, no se trata de heroizarla ni de demonizarla; ni de condenarla a priori como producto de un “demonio” rojo ávido de violencia, ni de salvarla por las genuinas intenciones emancipatorias o el coraje de quienes empuñaron las armas. No fueron ángeles ni demonios, fueron hombres y mujeres comprometidos en una acción política que persiguieron determinados fines y acudieron a determinados medios. No fueron arrastrados por las fuerzas del Destino: optaron, ética y políticamente, por la violencia revolucionaria. Y esa opción, su acción y sus resultados reclaman desde hace tiempo un juicio histórico que logre escapar tanto de la victimización y la heroización como de la demonización.

Desde mi punto de vista, se trata de pensar si esos medios devinieron (aunque más no sea, parcialmente) en sus fines; si la violencia revolucionaria fue eficaz en aplacar la violencia opresora o si desató una violencia opresora mayor; si hizo a los hombres y mujeres que empuñaron las armas más libres, o más esclavos de la necesidad.

León Rozitchner, por ejemplo, en una de las contribuciones más ricas y polémicas al debate, reclama a del Barco descender del plano metafísico de la abstracción —la condena de violencia “en abstracto”— al plano histórico de las clases sociales, de la dominación y de la explotación, donde es posible distinguir entre la violencia en que se funda la dominación (que declara ilegítima) y la violencia que la resiste (la legítima). Rozitchner contraponen violencia a secas a “contraviolencia”, violencia sistémica a “violencia social” y, finalmente, “violencia ofensiva” a “violencia defensiva”.

La distinción parece sencilla de establecerse si se trata de una insurrección popular o de una guerra civil. En principio, una perspectiva humanista revolucionaria no pondría en duda la legitimidad de la “contraviolencia” ejercida por la guerrilla cubana del Movimiento 26 de Julio contra las fuerzas represivas de la dictadura de Fulgencio Batista, por la guerrilla del Viet-Cong con-

21 Teodor Shanin, *op. cit.*

22 M. Merleau-Ponty, *op. cit.*, p. 27.

tra el ejército invasor imperialista, o por las milicias populares y el ejército republicano español frente al levantamiento militar franquista de 1936. Por ejemplo, matar a los que se alzaron en armas contra el gobierno democráticamente elegido de la república española se inscribe plenamente en el marco de la “violencia defensiva”.

Sin embargo, aunque sea inevitable y, por lo tanto, legítimo, enfrentarse con las armas a los golpistas para defender la república democrática, el humanista se ve ante una íntima y desgarradora contradicción cuando debe matar, enfrentado al dilema entre el “no matarás” y el deber de matar. Estos dilemas derivan necesariamente en una serie de preguntas que no son sólo político-instrumentales, sino ético-políticas. Aceptemos, en principio, que es imprescindible, para lograr la liberación, matar al enemigo. Pero, ¿cómo se delimita el enemigo? ¿Es el militar alzado en armas, es todo militar, es todo policía? ¿Es la cúpula eclesialística comprometida con el Poder, o toda la Iglesia con cada uno de sus curas y sus monjas? ¿Es el representante local del imperialismo, es el gran burgués nativo, es todo miembro de la burguesía, es el pequeñoburgués fluctuante entre las clases, es incluso el campesino o el proletario sin conciencia de clase que apoya al enemigo?

No se trata sólo de establecer *dónde* termina la violencia legítima y comienza la ilegítima. También se trata de saber *quién* la determina, cuál es el sujeto que *decide* ese límite: ¿las masas a través de organismos de autodeliberación? ¿o las vanguardias armadas por su propia cuenta y riesgo, interpretando un “reclamo” de las masas? ¿o esperando su “aprobación” después de los hechos? Parafraseando a Lenin, podría decirse que el foquismo es la forma superior del sustituisimo.

Mientras el humanista que combate en las filas de las fuerzas emancipatorias se hace incesantemente estas preguntas, los hombres de las fuerzas opresoras pueden estar reeducados en la total negación del humanismo. Como declaró alguna vez orgulloosamente el Capitán de Navío Alfredo Astiz, él y otros como él habían sido formados como “máquinas de matar”. Se plantea entonces una asimetría estructural entre ambos ejercicios de la violencia, entre el combatiente popular, por un lado, y el miembro de las “fuerzas regulares”, por otro; entre la “vacilación” del humanista asaltado por los escrúpulos de la ética política y la eficacia práctica del matar sin vacilación, a sangre fría, propia del verdugo, del represor.

Ahora bien, si el humanista quiere alcanzar la eficacia del represor, necesita liberarse de las ataduras de sus escrúpulos, desacreditándolos, por ejemplo, bajo el rótulo de una “moral pequeñoburguesa”, o “religiosa”. Se autoconvencerá, entonces, de que es el brazo ejecutor del Pueblo, de que el foco que enciende es sólo el catalizador de un ejército popular, o de una guerra civil; que toda la población irá sumándose progresivamente a una lucha donde la consigna es “vencer o morir”. Se repetirá en ese proceso los aforismos del combatiente: “La violencia es la partera de la historia”; “Ninguna revolución puede hacerse sin derramar sangre”; etc. La muerte de sus compañeros muertos heroicamente en combate lo comprometerán en una lógica de lucha hasta el final: “avanzar siempre, retroceder jamás”.

Aunque llegó a la militancia política por una sensibilidad social y una vocación humanista, el combatiente tiene que negarlas para ser un soldado eficaz. Asimismo, el ejército popular, para ser eficaz, necesita replicar el verticalismo, la jerarquización y, en suma, el autoritarismo del ejército que combate. La violencia revolucionaria, para ser eficaz frente a la violencia oficial, va reproduciendo en forma especular aquellas formas de violencia del poder represor que buscaba cuestionar.²³

Ahora bien, señalar el proceso por el cual el contrapoder va adoptando especularmente las figuras y los valores del poder que combate, no equivale a pensar dicho combate como la oposición entre dos “demonios”. Del Barco no desconoce la asimetría entre la violencia de los grupos armados y la violencia estatal. Señala que los oprimidos, en la lucha por su emancipación, no pueden apelar a los métodos de los opresores... a riesgo de confundirse con ellos y perder así su lucha toda legitimidad. Ellos mismos comprometen así su subjetividad, devienen otros. Es a partir de entonces que comienzan a borrarse, señala del Barco, las diferencias entre Santucho, Firmenich, Quieto y Galimberti, por una parte, y Menéndez, Videla o Massera, por otra. Aunque los primeros nunca hayan llevado la lógica de la violencia hasta las últimas consecuencias de la inhumanidad tal como fueron capaces de hacerlo los represores al acudir a “la tortura, el dolor intencional, la sevicia”, a las que del Barco califica como “formas de maldad suprema e incomparable”.

Cuando en marzo de 1976 las fuerzas armadas perpetraron el golpe militar, las dos organizaciones armadas habían llegado tan lejos en esta lógica política instrumental que sus acciones de violencia habían perdido toda legitimidad ético-política. Sus análisis, según los cuales las masas los acompañarían en la guerra popular, eran el producto de un microclima organizacional que revelaba, en verdad, una creciente alienación de las masas reales. Éstas se sintieron crecientemente ajenas a lo que aparecía como una “guerra de aparatos”. La dificultad para comprender la gravedad de la situación contrarrevolucionaria y llamar responsablemente al repliegue y al resguardo de los militantes se fundaba en su imposibilidad de detener una lógica de la violencia que ya los había tomado completamente. Quedaron presos de una serialidad de que, efectivamente, era difícil sustraerse: “Si uno mata al otro, el otro también mata —afirmaba del Barco. Esta es la lógica criminal de la violencia”.

Así como los bolcheviques creyeron que tomarían el Poder cuando en realidad el Poder terminó por tomarlos a ellos, así los guerrilleros argentinos creyeron que pondrían la Violencia a su servicio cuando fue la Violencia la que, desplegando su propia lógica hasta el final, se sirvió de los guerrilleros.

“El foquismo no movilizó a las clases dominadas; movilizó a las clases dominantes”, apuntó agudamente Brocato.²⁴ Entre 1974

23 En ese sentido, el libro de Oscar Terán *Nuestros años sesentas* (1991) puede ser leído provechosamente como la fenomenología de la conciencia colectiva de la juventud argentina de los '60. Una conciencia que, partiendo del humanismo sartreano de mediados de los '50, y luego de atravesar toda una serie de figuras de la conciencia de izquierdas sesentista, a fines de la década se ha negado completamente a sí misma para devenir acción armada.

24 Carlos A. Brocato, *op. cit.*, p. 135.

y principios de 1976, la creciente espiral de violencia entre las fuerzas de la guerrilla y los grupos parapoliciales no condujo a las masas a sumarse a la revolución, sino que sirvió como legitimación del golpe militar. La guerrilla, repitámoslo, no fue la *causante* del golpe militar, pero la dictadura se sirvió de ella como una excusa eficazísima. El poder militar inventó incluso una sobrevida de la guerrilla más allá de 1977, pues se servía de ella para prolongar la “legitimidad” de su accionar represivo.

Por otra parte, una vez afirmado el poder militar, ¿qué fue lo decisivo para deslegitimarlo? Desde luego, no los atentados terroristas a los comandantes (o a sus familiares), acciones que, por el contrario, legitimaban aún más el terrorismo de Estado. La acción política que permitió desacreditar a la dictadura militar no provino de las organizaciones políticas sino de la sociedad civil; no fue el producto de la acción armada del combatiente heroico dispuesto a “vencer o morir”, sino el resultado de la acción ético-política de hombres y mujeres desarmados que reclamaban principios tan “burgueses” como los “derechos humanos”. El símbolo del fin de la dictadura no fue el fusil, ni la tacuara, ni la estrella roja, sino el pañuelo blanco; no fue el desfile de las tropas rebeldes en traje verde olivo, sino la vuelta de las Madres en torno a la Plaza de Mayo.

La violencia retorna sobre quienes la ejercen

“...si se entra en el juego de la violencia, existe la posibilidad de quedarse en ella para siempre”.
Maurice Merleau-Ponty²⁵

Aceptemos, en principio, la proposición de que es justo matar al enemigo. Pero, ¿cuál es la línea divisoria entre nosotros y ellos, amigos y enemigos? Si aceptamos que se trata de un proceso social y político donde hay alianzas, negociaciones y relaciones de fuerzas cambiantes, y no de “amigos” y “enemigos” concebidos como esencias fijas, esa línea no está trazada de una vez y para siempre.

Por otra parte, si el enemigo es poderoso, y cuenta con medios materiales e intelectuales para engañar con sus potentes medios de difusión al campo popular; si cuenta con apoyo exterior, con recursos de inteligencia, infiltración, soborno y espionaje, ¿no es razonable pensar que el enemigo tiende a confundirnos, a debilitarnos, a dividir nuestras filas, creando en nuestro seno una “quinta columna”?

En el seno de los partidos y grupos de corte leninista en los cuales el modelo de revolucionario profesional es un verdadero conspirador político y sobre todo en las pequeñas organizaciones armadas, obligadas por su propio accionar a la clandestinidad, el riesgo de la “infiltración” de personas y de “ideas extrañas” suele convertirse en una verdadera obsesión. Dado que este tipo de organización requiere de una cohesión política muy fuerte, la *excomunió*n del disidente funciona como el modo privilegiado de reforzar una cohesión que se siente

amenazada. Aquel que se atreve a plantear una diferencia con la línea oficial es considerado un disidente. Como la Verdad es una sola, la existencia del disidente sólo puede ser concebida como el resultado de la presión política externa ejercida por el enemigo sobre la Clase y la organización. Ahora bien, si el disidente se ha convertido en una “correa de transmisión” *inconsciente* de las ideas del enemigo, o si intenta “contrabandear” dentro de las “filas obreras” concepciones pequeñoburguesas (porque es un “irredimible pequeñoburgués”), quizás pueda ser reeducado. Pero si se reafirma en su disidencia, entonces ha devenido un enemigo consciente. Y es doblemente peligroso, porque está adentro del partido, porque es el enemigo disfrazado de amigo. En este caso, el disidente sobra, es un “cuerpo extraño”, un “infiltrado”. La organización necesita “expulsarlo” o “eliminarlo” para “purificarse” y así “fortalecerse”. El castigo deberá ser “ejemplar” pues así se templará la moral de la organización (esto es, el futuro disidente ya sabe lo que le espera...).

Sujetos a esta lógica política, en las organizaciones partidarias de las izquierdas y en las estructuras estatales de los “socialismos reales” los argumentos del disidente son descalificados sumariamente como una “correa de transmisión” del pensamiento burgués, una proyección de la lógica de los dominadores entre los dominados, que encuentran eco entre los “elementos” menos “conscientes”, menos “combativos”, menos “proletarios”... Desde la lógica del partido hegemónico, el partido o la fracción minoritaria “ponen en riesgo la unidad de clase” y “sirven objetivamente al enemigo”. Consecuentes con esta lógica, los bolcheviques deben aplastar a los marineros anarquistas de Kronstadt, así como los stalinistas deben liquidar a poumistas y anarquistas en las *chekas* españolas durante la guerra civil.

En una estructura partidaria fundada en la unanimidad,²⁶ la disidencia debe ser aplastada o expulsada. Como la unanimidad es a la larga imposible (e insoportable) en toda comunidad humana, las estructuras partidarias viven generando, al mismo tiempo que purgando, disidentes bajo las figuras del “revisionista”, el “fundido”, el “quebrado”, el “loco”, etc. Pero la vida del disidente corre un riesgo mucho mayor en las organizaciones armadas. Para estas últimas, el disidente no es alguien que plantea un debate político para reorientar una línea de acción o disputar la hegemonía de la dirección, sino alguien que desobedece las órdenes militares, alguien que rompe la cadena de mandos y por lo tanto cuestiona la autoridad superior. También las organizaciones armadas tienen su mandato: no es posible disentir y salirse de la organización argumentando disidencias, porque nadie, una vez que ingresó, puede salir. Un disidente no puede salir vivo de una organización guerrillera: se corre el riesgo de que rota la disciplina hable “de más” con “cualquiera”, de que sea capturado, de que brinde información confiden-

26 Unanimidad que no ha sido patrimonio exclusivo de las organizaciones fundadas en el modelo leninista, como lo muestra la historia expulsiva del Partido Socialista Argentino. Podría afirmarse incluso que la historia del Partido Socialista de la Argentina es casi la historia de sus expulsiones, así como que su vida intelectual más rica provino de los debates que quisieron promover, no siempre con éxito, sus sucesivos disidentes, desde Ingenieros a Julio V. González, pasando por Palacios, Ugarte, Dardo Cúneo...

25 *Op. cit.*, p. 12.

cial al enemigo... Si disiente, o flaquea, debe ser fusilado. Son las reglas que rigen la guerrilla: aquel que ingresó las conocía y las aceptó.

Por eso resulta ingenua la condena de Rozitchner al fusilamiento de Rotblat y Groswald por parte del EGP, como si éste hubiera sido un hecho repudiable, pero aislado y excepcional, y no hubiera constituido —junto a los asesinatos de Roque Dalton y Armando Arteaga por parte del ERP salvadoreño, los asesinatos de Lil Milagro y Eduardo Sancho por parte de esta misma organización diez años después, el asesinato de la Comandante Ana María que arrastró al suicidio de Marcial, el fusilamiento de los ciento sesenta y cuatro disidentes del frente guerrillero Ricardo Franco de las FARC colombianas, por citar sólo los casos más resonantes— un acontecimiento inscripto en la lógica misma de la acción armada en toda América Latina. ¿No habría que inscribirlo incluso en la genealogía del terror jacobino que se volvió contra los propios jacobinos; del terror bolchevique contra anarquistas y socialistas revolucionarios; del terror stalinista contra los bolcheviques y contra los trotskistas?

Además, ¿no se deberían inscribir los fusilamientos perpetrados por Masetti en la misma línea de la persecución y el fusilamiento de los disidentes en Cuba? Porque, ¿desde qué humanismo revolucionario se pueden condenar dos fusilamientos aborrecibles perpetrados hace cuarenta años y silenciar los que se siguen perpetrando en el presente en nombre de la misma lógica y con los mismos argumentos del bloqueo, del aislamiento, etc.? ¿Se puede seguir argumentando que estas persecuciones y fusilamientos son el precio que tiene que pagar la Revolución Cubana para sostenerse? Pero, ¿qué Revolución es ésta que luego de casi medio siglo de historia no ha logrado construir una base de legitimidad que le permita a su dirección histórica refrendarse en un sistema político democrático, tanto de opinión, de prensa y de partidos y, en cambio, siga devorando con sus purgas a sus propios hijos?

En la cultura de izquierdas que se hizo hegemónica en el siglo XX se tornó insoportable la figura del “disidente”. Se cuestiona el “pensamiento único” que habría querido imponer el neoliberalismo, pero tanto los “socialismos reales” como los partidos y organizaciones de izquierda, sean o no organizaciones armadas, también buscaron imponer en su seno su propio “pensamiento único” y fueron asimismo expulsivos, si no destructivos, con sus disidentes.

Señalemos, además, que estas prácticas no fueron privativas de los estalinistas: aún los partidos críticos del comunismo ortodoxo —trotskistas, maoístas, guevaristas— se estructuraron sobre una base centralista y verticalista y una cultura interna sofocante que si bien vive de los pleitos internos, al mismo tiempo ha sido históricamente intolerante con los disidentes.²⁷

27 Ni siquiera los anarquistas, que han hecho del antiautoritarismo un fetiche, han escapado al autoritarismo y la violencia criminal en el seno de su propio movimiento, como lo muestran en nuestro país experiencias como el asalto armado de un grupo “forista” de Buenos Aires al periódico libertario **Pampa Libre** de General Pico en 1924, o el asesinato de Emilio López Arango perpetrado por Severino Di Giovanni en 1929.

Recapitulemos. Quise mostrar a través de estas notas que el humanismo había girado otra vuelta en la espiral de la dialéctica histórica. Primero, vimos que para afirmarse como humanismo activo, se había negado a sí mismo asumiéndose como violencia revolucionaria. Pero también vimos que en ella había terminado por perderse completamente. Ahora, entendemos que comienza a recuperarse criticando el momento de la violencia revolucionaria para afirmarse nuevamente como humanismo.

¿Hemos vuelto acaso al humanismo inicial? No, no estamos en el punto de partida, puesto que el nuevo humanismo, después del momento de la violencia revolucionaria, ha perdido la inocencia. Prosigue su lucha, pero con beneficio de inventario. Entre otras cosas, ya no es posible decir “nosotros no sabíamos”. Aquel humanismo inicial sabía que “el arma de la crítica no puede reemplazar la crítica de las armas”.²⁸ El humanismo que perdió la inocencia sabe ahora que la inversa no es menos cierta: “la crítica de las armas no puede reemplazar las armas de la crítica”.

Quisiera concluir, pues, estas notas con una última cita de Merleau-Ponty, quien a pesar de trazar hace ya medio siglo un balance crítico de la experiencia de los socialismos reales, renovaba su fe en el humanismo socialista y en las armas de la crítica: “Si Marx aceptaba ‘suprimir’ la libertad, la discusión, la filosofía y en general los valores del hombre interior, lo hacía para poder ‘realizarlos’ en la vida de todos. Si esta realización se ha hecho problemática, es indispensable mantener los hábitos de discusión, de crítica y de investigación, los instrumentos de la cultura política y social. Necesitamos conservar la libertad, a la espera de que un nuevo latido de la historia nos permita, tal vez, comprometerla en un movimiento popular sin ambigüedad”.²⁹

28 K. Marx, *op. cit.*, p. 30.

29 *Op. cit.*, p. 17.

Resumen

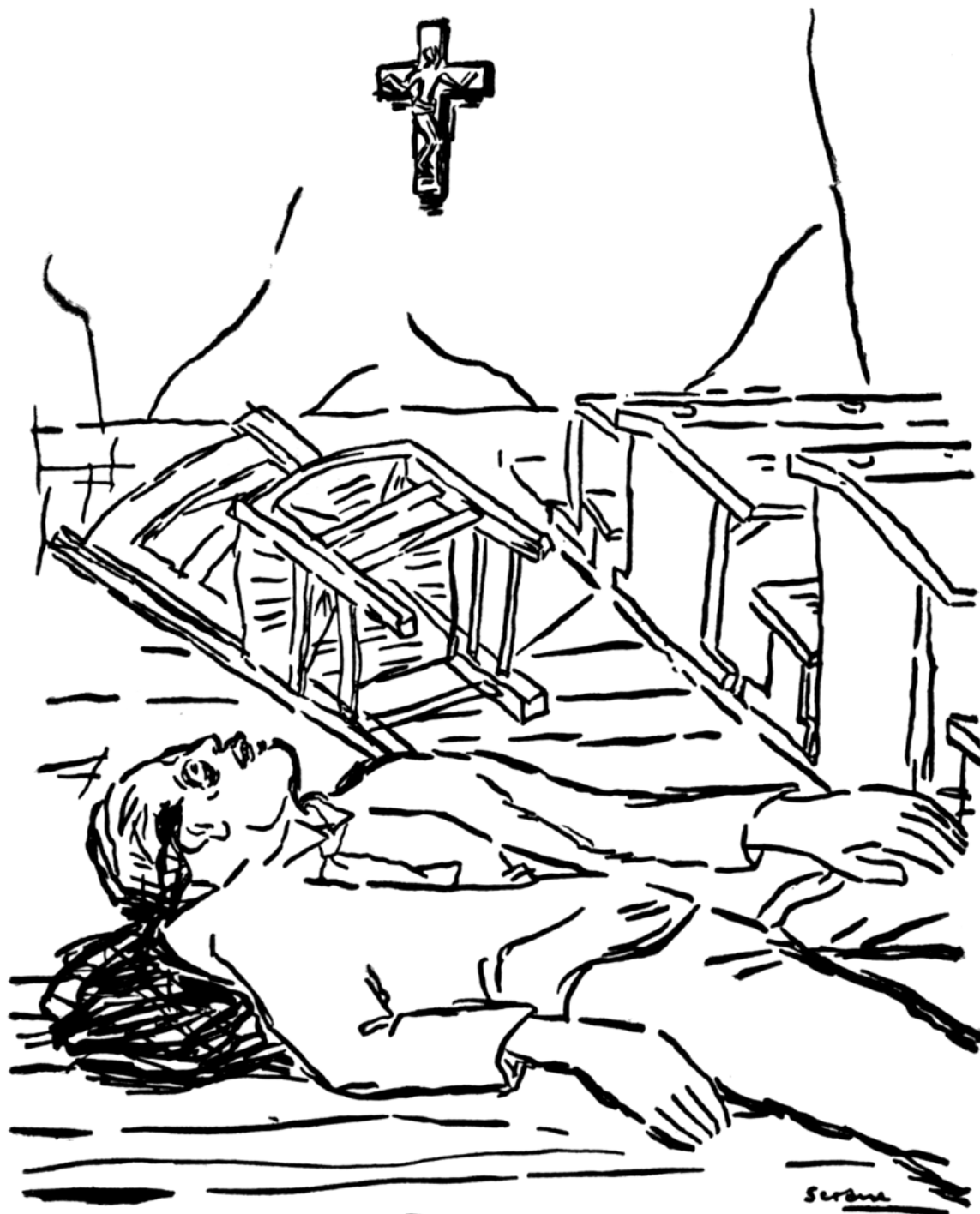
Inscribiendo el debate actual acerca de la violencia revolucionaria en la genealogía de cierto pensamiento político argentino de izquierdas, este artículo aborda críticamente las concepciones instrumentales de la política y del poder en los proyectos revolucionarios de izquierdas, resaltando sus relaciones con el pensamiento humanista y las paradojas que subyacen en esta concepción antropológica del contrapoder. Afirma además que al adoptar las figuras y los valores del poder que combate, de manera ingenua o instrumental, las izquierdas políticas e intelectuales han obturado el debate acerca de las relaciones entre ética y política humanistas.

Palabras clave: Violencia política; ética humanista; política de las izquierdas.

Abstract:

Keeping count of the debate on revolutionary violence, this piece inscribe it within the genealogy of part of left political thought in Argentine. It takes the instrumental conceptions of politics and power within the left revolutionary projects in a critical way, stressing on its relationship with humanist thought and the paradoxes underlying this anthropological counterpower conception. In addition, it maintains that left-wing politicians and intellectuals blocked up the debate about relations between humanist ethics and politics whenever they adopt figures and values from the power they struggle against, such as the use of violence by armed organizations during the 1960s and 1970s.

Keywords: Political Violence; Humanist ethics; left-wing politics



Impusieron o Cristo n.a escola

A 30 AÑOS DEL GOLPE DE 1976

Las izquierdas, los intelectuales y la cultura frente a la dictadura militar

A medida que se suceden las décadas y crece por lo tanto nuestra perspectiva respecto del año 1976, más se afirma entre los argentinos la convicción de que el golpe militar del 24 de marzo de ese año marcó un punto de quiebre en nuestra historia. Es que del nudo histórico de 1976 arrancan una serie de transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales profundas e irreversibles que todavía están signando nuestra vida presente. Estas conclusiones son el producto de una conciencia histórica, esto es, el resultado de un largo proceso de luchas sociales y políticas, de investigaciones y de denuncias, de esfuerzos político-intelectuales por conceptualizar y de prolongados debates. Jorge Cernadas y Horacio Tarcus se han propuesto rever a través de los documentos de época cómo pensaron las izquierdas argentinas el golpe militar y en qué medida contribuyeron con sus documentos, a menudo clandestinos, a alumbrar esa conciencia histórica. Jorge Cernadas es profesor de Historia Argentina contemporánea en la Carrera de Sociología de la UBA y en la Universidad Nacional de Gral. Sarmiento. Es coautor de **Cultura y política en los años '60** (1997), de **Argentina en el siglo XIX** (México, 2005) y autor de diversos artículos sobre las izquierdas argentinas. Horacio Tarcus es profesor e investigador de la UBA y autor, entre otros, de dos libros de inminente aparición: **La recepción de Marx en la Argentina. 1871-1910** y **Diccionario biográfico de la izquierda argentina**.



A continuación, presentamos dos estudios sobre la problemática de la cultura durante los años de la dictadura militar. Emiliano Álvarez, docente en la Carrera de Sociología de la UBA e investigador del Conicet, ofrece un fresco de las formaciones intelectuales que circularon en el espacio liberal-conservador entre 1976 y 1983, a través de diarios y revistas como así también en diferentes congresos o encuentros culturales de la época. Mientras Emiliano Álvarez exploró la cultura de las élites intelectuales, Cecily Marcus, investigadora de la University of Minnesota Libraries, examinó la cultura de la resistencia, la cultura “desde abajo”. Partiendo de la expresión de la “biblioteca vaginal” nacida de las prácticas de las prisioneras, extendió su alcance hacia todas las formas de resistencia cultural a la dictadura militar. Desde el microcosmos de las revistas subterráneas hasta la experiencia del Teatro Cucaño, un pequeño grupo teatral rosarino, Marcus muestra cómo hombres y mujeres trabajaron para documentar y reflexionar sobre ese período de terror a través de actos creativos e intelectuales que generalmente no encontraron una audiencia fuera del ambiente hermético e improbable de la “biblioteca vaginal”. Este trabajo constituye un tramo de su tesis de doctorado, **The Mollecular Intellectual: Cultural Magazines and Clandestine Life Under Argentina’s Last Dictatorship** (University of Minnesota, 2005).

Las izquierdas argentinas y el golpe del 24 de marzo de 1976

Una selección documental

Jorge Cernadas · Horacio Tarcus

Presentación

La conmemoración del 30° aniversario del golpe de Estado de 1976 generó, como era esperable, una multiplicación de actos y manifestaciones públicas, eventos académicos, publicaciones y declaraciones de distinta naturaleza. Ello quizá se corresponde, por un lado, con un “clima” y unas circunstancias histórico-políticas precisos (entre ellas, los efectos jurídicos de la inconstitucionalidad y anulación de las “leyes de impunidad” sancionadas en los años ‘80); pero también, seguramente, con la convicción, crecientemente extendida desde 1983, acerca de la profundidad de las transformaciones de todo orden que la dictadura iniciada en aquella fecha promovió en la sociedad argentina. Hoy caben pocas dudas acerca de que la crisis del tercer gobierno peronista y la intervención militar de 1976 que le puso fin constituyen un punto de inflexión mayor en la historia argentina del siglo XX, tanto por aquello que la dictadura procesista vino a destruir, como por las herencias que, en su faz “productiva”, logró instalar perdurablemente.

Con independencia de antecedentes más lejanos, las raíces inmediatas del golpe pueden ubicarse en la rápida erosión y crisis del compromiso populista que intentó revitalizar Perón a su regreso al poder en 1973, compromiso cristalizado en la fórmula de la “democracia integrada” (articulación del “pacto social” corporativo con un acuerdo de gobernabilidad con la oposición política “leal”), fórmula proclamada por el viejo líder como base de un “modelo argentino”. La figura de Perón resulta, en 1973, la encarnación política visible de un polo de poder que logra aglutinar a amplios y heterogéneos sectores sociales, incluidos la inmensa mayoría de los trabajadores y otros sectores populares. Sin embargo, las dificultades de la “democracia integrada”, tanto para encauzar la formidable conflictividad social y política emergente desde el “Cordobazo” de 1969, y prolongada bajo el breve interregno camporista, como para relanzar la acumulación capitalista con el sustento de una alianza social y política diferente de aquella que había cobrado forma en los arrogantes tiempos iniciales de la “Revolución Argentina” de 1966-1973, se hicieron muy tempranamente evidentes. Ya a partir de 1974, aunque más nítidamente tras la muerte de Perón en julio de ese año y, sobre todo, a partir del fracaso del “Rodrigazo” a mediados de 1975, comienza a constituirse otro polo de poder en torno de las FF.AA., y son cada vez más los sectores empresariales, políticos, eclesiásticos, periodísticos, etc., que entienden (y proclaman

abiertamente) que no hay otra “solución” a la crisis argentina que una brutal salida de fuerza, salida en la cual convergen, a comienzos de 1976, también múltiples actores, tanto internos como externos.

Aquí nos proponemos esbozar sintéticamente algunas líneas de fuerza del vertiginoso devenir político de los años 1973-1976, y trazar algunas reflexiones y observaciones preliminares acerca del desenvolvimiento de un conjunto acotado pero relevante de fuerzas de las izquierdas argentinas en esa coyuntura, a modo de presentación de la selección documental que se transcribe luego, en la que se recogen producciones escritas de esas fuerzas, según criterios explicitados en la última sección de este texto.

En ese escenario¹, y en términos generales, las izquierdas argentinas parecen haber recortado privilegiadamente un doble defasaje para trazar sus líneas de intervención política. El primero de ellos remite a los desajustes entre las enormes expectativas acumuladas por los sectores populares (tanto en términos de reparación por los largos años de proscripción política, como de vuelta a la bonanza de los primeros gobiernos peronistas), y las magras realidades ofrecidas en lo inmediato a esos sectores por el “Pacto Social”, piedra angular del proyecto de Perón, quien remarcaba que dicho convenio era también un “pacto político” que no debía ser quebrado bajo ninguna circunstancia. Un segundo defasaje remite al hiato subsistente entre aquellas expectativas populares, inscriptas aún mayoritariamente en el ideario y la identidad política peronistas, y los horizontes contrahegemónicos de largo alcance de las izquierdas, particularmente de sus vertientes revolucionarias, desde los tumultuosos y esperanzados días de la retirada del gobierno militar lanussista. La misma convocatoria a elecciones con participación del peronismo les habían planteado complejos desafíos: sus diversas vertientes oscilaron entre el voto en blanco y el “apoyo crítico” al movimiento policlasista, a su vez, más heterogéneo internamente que nunca antes. Cabe señalar aquí la casi general subestimación de

1 Retomamos en esta sección algunos párrafos de un trabajo previo: A. M. Barletta y J. Cernadas: “De la ‘démocratie intégrée’ au terrorisme d’Etat: 1973-1976”, en *Matériaux pour l’histoire de notre temps* n° 81, Paris, Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine, janvier-mars 2006.

la densidad de esas expectativas populares y de su adscripción político-identitaria mayoritaria (de nuevo, particularmente en las izquierdas revolucionarias), tanto como la dificultad para traducir en términos políticos y programáticos aquellos horizontes propios, en un contexto político rápida pero profundamente alterado desde el aún cercano enfrentamiento a la dictadura militar. En el primer defasaje señalado, diversas vertientes de la izquierda sólo parecen haber percibido una preciosa oportunidad de resolver la contradicción que aquél conllevaba en favor de las clases populares (y, simultáneamente, de alcanzar un ascendiente sobre las masas que les era esquivo desde los años '40), minimizando — cuando no directamente omitiendo — la potencial capacidad de recomposición de sus adversarios de dentro y fuera de la alianza gobernante, y la consiguiente posibilidad de resolución de esa contradicción a expensas (y no a favor) de los sectores subalternos, y de las propias izquierdas. A este respecto, gran parte de la literatura existente ha remarcado la “descolocación”, en particular de las formaciones de la “nueva izquierda”, en el nuevo escenario político de 1973, atribuyéndola en gran medida sea a los déficit de sus propias concepciones de la política y lo político², sea a sus “errores” de apreciación del campo de fuerzas del momento, o bien a su propia “inmadurez” o inexperiencia políticas, en tanto organizaciones en muchos casos de reciente creación. Asimismo, se ha argumentado que el crecimiento orgánico de tales formaciones en el interior de las fuerzas sociales movilizadas desde fines de los años sesenta era aún molecular hacia 1973³. En cualquier caso, lo cierto es que sus adversarios, en un contexto de agudización del enfrentamiento clasista, comenzaron a producir temprana y vertiginosamente hechos y discursos contundentes, tanto los que podían inscribirse formalmente dentro de la nueva legalidad liberal-democrática restablecida en 1973, como los que caían abiertamente fuera de ella. Entre los primeros, cabe contabilizar el propio desplazamiento de Cámpora de la presidencia, la sanción de una nueva Ley de Asociaciones Profesionales que reforzaba el poder interno de la burocracia sindical tradicional para enfrentar los desafíos de las corrientes gremiales combativas; la reforma de orientación represiva del Código Penal, que restablecía medidas de la anterior dictadura militar; la promoción del poderoso secretario privado de Perón y ministro de Bienestar Social, José López Rega, de modesto cabo de la policía a comisario general... Entre los segundos, la masacre de Ezeiza, nunca investigada; la destitución del gobernador de Córdoba, cercano a la “Tendencia Revolucionaria” hegemónizada por Montoneros, por parte del jefe de policía local, hecho conocido como el “navarrazo” y convalidado por el presidente Perón; las primeras acciones públicas de la banda paraestatal de ultraderecha conocida como “Triple A” desde fines de 1973... Estamos lejos, como se ve, de la benévola figura del “león herbívoro” con la que Perón gustó presentarse a su retorno del exilio, y más cerca de los es-

trechos límites del desfiladero de la “democracia integrada”. Ésta suponía desafíos políticos mayúsculos para las formaciones de izquierda, que procuraron ensayar respuestas diversas, políticas y político-militares, aunque su destino común resultaría a la postre la derrota. También en aquellos límites quizá radique una de las claves de la creciente “militarización” de la práctica política de algunas de las principales organizaciones armadas peronistas y marxistas (proceso que sin embargo no parece haber resultado contradictorio con su crecimiento “cuantitativo” antes del golpe⁴), llevadas al terreno que, por otra parte, más convenía a sus adversarios para aislarlas y eliminarlas, y abriendo de paso la puerta a la relegitimación de las fuerzas armadas como actor político. Ésta tuvo una oportunidad relevante a propósito de las tareas de represión del foco de guerrilla rural lanzado por el Ejército Revolucionario del Pueblo en la provincia de Tucumán, en el llamado “Operativo Independencia”, verdadero banco de prueba de los métodos de represión clandestina que se generalizarían tras el golpe de Estado de 1976.

Tras la muerte de Perón, una alianza temporaria entre el “entorno” de la nueva presidente Isabel Perón, encabezado por López Rega, y la burocracia sindical, abandonó lo que quedaba del Pacto Social, forzando la renuncia del ministro de Economía José Ber Gelbard, y ajustó cuentas con los núcleos antiburocráticos de disidencia gremial (representados por dirigentes como Agustín Tosco, René Salamanca y Raimundo Ongaro) y con los funcionarios afines a la izquierda peronista subsistentes en el aparato estatal. Estos conflictos se tramitaban en un cuadro de acelerada crisis y reversión del largo ciclo populista que había consolidado en los años cuarenta el mismo movimiento gobernante⁵: a mediados de 1975, Isabel Perón y su “entorno” lopezreguista intentaron un drástico cambio de alianzas y de orientación económica a través del llamado Plan Rodrigo, que involucraba un alejamiento categórico de las líneas tradicionales de la economía del peronismo, y la apuesta a un esquema de poder que, empezando por el frontal ataque a la “columna vertebral” del movimiento (los sindicatos), poco o nada tenía que ver ya con el agonizante “modelo nacional-popular”. Aunque la CGT (temerosa de verse desbordada por el malestar y la movilización de hecho de sus bases) consiguió bloquear el proyecto decretando la primera huelga general contra un gobierno peronista, y producir el desplazamiento del elenco que lo impulsaba, logró algo cercano a una victoria pírrica, en la que acaso constituyó la última expresión de esa clase obrera “madura” caracterizada por Juan Carlos Torre⁶.

El frustrado “desempate” intentado mediante el Plan Rodrigo colocó en primer plano la beligerancia política cada vez más visible de los sectores económicos predominantes⁷, que en ese contex-

2 Tal lo que sucede, especialmente, en algunos ensayos de los años '80, fuertemente permeados por la revalorización de la institucionalidad democrática posterior a 1983. Véase, por ejemplo, M. M. Ollier: *El fenómeno insurreccional y la cultura política*, Bs. As., CEAL, 1986; C. Hilb y D. Lutzky: *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (Política y violencia)*, Bs. As., CEAL, 1984.

3 O. Landi: “La tercera presidencia de Perón: gobierno de emergencia y crisis política”, *Documento CEDES/CLACSO* n° 10, Buenos Aires, 1978.

4 R. Gillespie: *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987; P. Pozzi: “Por las sendas argentinas...” *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.

5 H. Tarcus: “La crisis del Estado populista: Argentina, 1976-1990”, en *Realidad Económica* n° 107, 1992.

6 J.C. Torre: *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

7 R. Sidicaro: *Los tres peronismos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

to empezaron a denunciar el “excesivo” poder de los dirigentes sindicales, aun de los negociadores —que la izquierda consideraba “traidores” al movimiento obrero—, como una “amenaza” que podría desembocar, en última instancia, en el “colectivismo”. A la temprana oposición de los grandes propietarios rurales, se agregó la de otros sectores patronales, nucleados en la Asamblea Permanente de Entidades Gremiales Empresarias (APEGE), promotora de una campaña periodística sistemática y de un lock-out patronal ya claramente orientados hacia el golpe de Estado, mientras los dirigentes sindicales, por su parte, criticaban el desabastecimiento, la especulación y la demanda de liberalización de precios y de pauperización de la clase obrera como el “verdadero terrorismo económico y social”. El aliento al golpe fue acompañado también por la inercia —cuando no la complicidad abierta— de numerosas fuerzas políticas “democráticas”, por los grandes medios de prensa como los tradicionales diarios La Nación y La Prensa, y por connotados voceros de la poderosa Iglesia católica, como los monseñores Bonamín y Tortolo, quienes, en la segunda mitad del año '75, ya profetizaban la proximidad de “un proceso de purificación” encabezado por las fuerzas armadas. Éstas, por su parte, encargadas desde principios de 1975 del “aniquilamiento de la subversión” por disposición del Poder Ejecutivo nacional, se instalaron en una posición de aparente “profesionalismo” y “prescindencia” política que, en realidad, encubría su cuidadosa preparación para hacerse del poder del Estado en el momento que juzgaran propicio. Algunas espectaculares acciones de las principales organizaciones armadas, Montoneros y el ERP, en Formosa y en Monte Chingolo, sintomáticas del fracaso de su estrategia en el terreno estrictamente militar, y de su creciente aislamiento político (producto, en parte, de su accionar exclusivamente clandestino desde 1974), crisparon aún más el clima político a fines de 1975 y principios de 1976.

La nueva dictadura, inaugurada sin mayores oposiciones en marzo de 1976, ya no se autotituló “Revolución”, como sus predecesoras de 1955 y 1966, sino, en apariencia más modestamente, “Proceso de Reorganización Nacional”, aunque en realidad se propuso un proyecto mucho más ambicioso que aquéllas: la salvaje “reorganización” de una sociedad que había desafiado el orden y la autoridad en múltiples ámbitos de la vida social, y no sólo en el terreno más visible de los enfrentamientos en los grandes escenarios de la política. ¿Podían los militares y sus aliados civiles apelar nuevamente a la palabra revolución para denominar su proyecto? ¿No había que hacerla desaparecer, incluso del lenguaje, ahora que había estado presente en las imágenes y las palabras de una sociedad movilizadada con voluntad de cambio, que había ganado las calles y que había disputado por nuevas formas de organización social y política en la universidad, en las fábricas, en los sindicatos, en las iglesias, en los barrios, en los medios de comunicación, en las corporaciones profesionales, en el arte y la cultura? La revolución era, ahora, algo que debía ser combatido y conjurado en todos los frentes.

El nuevo régimen apuntó, sin dudas, a desandar el camino de movilización y politización que la clase trabajadora y otros sectores subalternos habían recorrido desde 1969. Pero, aprovechando

do el vaciamiento del proyecto de poder del gobierno peronista y el reflujo y la desmoralización de aquéllos tras las jornadas del “Rodrigazo”, en lo interno, y la incipiente reestructuración del capitalismo mundial, en lo externo, comenzó a ejecutar, en nombre de la lucha contra la “subversión” (elemento aglutinante al interior de las fuerzas armadas), una revancha clasista⁸ cuyo alcance excedía ampliamente al ciclo abierto con el “Cordobazo”, para alcanzar a los avances que los sectores subordinados habían logrado desde la década del '40. En este sentido, la dictadura inició el “desempate” que el mismo gobierno peronista había intentado transitar infructuosamente con el “Rodrigazo” de mediados de 1975. La nueva transición a un gobierno civil en 1983, aunque los militares y sus aliados no lograran (comparativamente con otras experiencias del Cono Sur) imponer las condiciones que hubieran deseado para su retirada del gobierno, mal puede considerarse, más de veinte años después, como un total fracaso para aquéllos. En efecto, la dictadura logró dejar sentadas “herencias” bien conocidas, que condicionarían poderosamente el rumbo ulterior de la economía, la sociedad y la política argentinas: liquidación física de numerosos cuadros políticos de las clases populares, descomunal endeudamiento externo, deterioro de las capacidades institucionales del Estado, concentración económica de las capas propietarias y fragmentación de las clases subordinadas, brutal regresividad en la distribución del ingreso, etc. Como señalara provocativamente Perry Anderson en Buenos Aires en 1987 —cuando comenzaban a apagarse los tenues brillos iniciales de la “transición democrática”—, los nuevos regímenes democráticos de la región, incluido el argentino, se erigieron sobre una derrota, y no sobre una victoria, de las clases populares⁹. Sin ello, resulta imposible entender la continuidad de la expropiación material y simbólica de la que éstas siguieron siendo objeto en las dos décadas siguientes, décadas de plena “estabilidad democrática” para los parámetros argentinos de gran parte del siglo XX.

En este trienio vertiginoso, las perspectivas específicas adoptadas por las diversas fuerzas políticas y político-militares de izquierdas oscilaron entre el apoyo desembozado al golpe militar por parte de las vertientes más “liberales” y antiperonistas del viejo socialismo (PS Democrático ghioyolista), y la acentuación del enfrentamiento militar al nuevo régimen, en clave de “guerra civil revolucionaria” (PRT-ERP) o de “guerra integral” (Montoneros).

El Partido Comunista, congruente con un perfil “legalista” cristalizado a lo largo de décadas, siempre preocupado por no alejarse de las orientaciones (e intereses) de la URSS en la región y en nuestro país, pero también (y acaso principalmente) por la preservación de su aparato partidario, insistió en diferenciarse de la “ultraizquierda” armada, bregó primero por un recambio institucional que desplazara a Isabel Perón incruentamente, por la constitución de un gobierno de coalición cívico-militar “pro-

8 G. O'Donnell: “Democracia en la Argentina: micro y macro”, Buenos Aires, 1983.

9 P. Anderson: “Dictadura y democracia en América Latina”, en **Democracia y socialismo. La lucha democrática desde una perspectiva socialista**, Buenos Aires, Tierra del Fuego, 1989.

gresista” y, finalmente, consumado el golpe, brindó su apoyo a una supuesta ala “moderada” (cuando no “democrática y progresista”) del régimen militar, encarnada, a sus ojos, por oficiales como el presidente Jorge Videla, como contrapeso frente a las acechanzas de un ala presuntamente “pinochetista”. Las críticas se centraron preferentemente en la política económica “liberal” de Martínez de Hoz, y encontraron su contracara en sus ilusiones por el sesgo más “desarrollista” de la corta gestión del ministro de Planeamiento (y teórico de la “guerra contrarrevolucionaria”), Gral. Díaz Bessone. Como es sabido, el PCA sólo ajustaría cuentas con esta vergonzosa línea política en su XVI Congreso, tras el fin de la dictadura procesista.

El Partido Comunista Revolucionario, de orientación maoísta, defendió al gobierno peronista de Isabel Martínez (e incluso de Isabel-López Rega), frente a la posibilidad de un golpe, fuera éste “institucional” o abierto, golpe que a su juicio sería de orientación “pro-yanqui” o “pro-rusa”, en la medida que ambas superpotencias disputarían la hegemonía mundial procurando abatir —o bien controlar y subordinar— a los gobiernos nacionalistas y antiimperialistas de la periferia mundial. De allí el tono del primer documento presentado, que parece brindar respetuosos “consejos” a la “Sra. Presidente”: desplazada en lo esencial, siquiera temporariamente, la influencia del “socialimperialismo” soviético, que habría vehiculizado el ministro José Gelbard dentro del Estado, se trataba de bloquear concesiones del gobierno al imperialismo yanqui, para mantenerse en una suerte de intermedio nacionalista, con el respaldo del movimiento revolucionario del Tercer Mundo y de la China Popular. En las vísperas mismas del golpe de Estado, éste es denunciado como “lanussista prosoviético”, convocando a la defensa del gobierno isabelino junto a peronistas y “patriotas argentinos”, para caracterizar ulteriormente a la dictadura ya instalada como “fascista”.

La otra fuerza política maoísta relevante, Vanguardia Comunista, aunque también con fluidas relaciones con la China maoísta, mantuvo una posición de enfrentamiento más nítido que el PCR frente al gobierno peronista, esperanzándose con las grandes huelgas que en 1975 forzaron el alejamiento del gabinete de Rodrigo y López Rega, huelgas a las que consideró “un gran ensayo revolucionario” que, en lo inmediato, debía abrir paso a la completa liquidación del lopezreguismo y a la constitución de un gabinete “patriótico”. Lamentablemente, no pudimos acceder en esta ocasión a documentación posterior a la que abajo presentamos.

Montoneros, la principal organización armada peronista, que había retornado a la clandestinidad en setiembre de 1974, poco después de la ruptura con Perón y la muerte del viejo caudillo del movimiento, denunciando que el gobierno isabelino no era popular ni peronista y que había “traicionado” el programa de marzo de 1973, profundizó desde entonces su línea militarista, en la hipótesis de que se estaba desarrollando un conflicto que, si no excluía instancias propiamente políticas —como la creación, en 1975, del Partido Peronista Auténtico—, tenía su verdadero centro y último reaseguro en la “guerra popular integral” sostenida por la organización. Consecuente con esta línea, apenas producido el golpe, Montoneros se propuso modestamente “llenar el vacío de conducción” del “movimiento de liberación nacional”, a

través de la conformación del Partido Montonero, articulado al Ejército Montonero que debía enfrentar militarmente al ejército regular. La dictadura, a su vez, es caracterizada, al igual que lo hicieran otras formaciones políticas, como defensora de los intereses imperialistas y del capital monopolista, pero especialmente de la oligarquía agraria.

También el PRT-ERP, pese a su formal distinción entre partido (creado en 1968) y “ejército popular” (en 1970), según la noción de que “la política dirige al fusil”, tras ilusionarse con una hipotética apertura “democrática” luego de la caída de López Rega, calificaba en 1975 la situación argentina como “pre-revolucionaria”, y al borde de una “guerra civil” abierta y generalizada poco más tarde. En ese contexto, abordó el golpe con una pieza escrita por su máximo líder, Mario Roberto Santucho, de título por demás elocuente: “Argentinos ¡A las armas!”. Allí se conminaba a “los argentinos” a definirse en un conflicto binario que, a juicio del PRT-ERP, el golpe de Estado no había sino aclarado a los ojos de todos. Poco antes del asesinato de Santucho y otros dirigentes partidarios por un comando del ejército en julio de 1976, un Comité Ejecutivo alcanzó a advertir, al menos formalmente, la existencia de un período de “reflujo” en las masas, aunque la continuidad del triunfalismo revolucionario se revelaba en las tareas centrales partidarias, que se mantenían inalterablemente orientadas al sostenimiento de la actividad militar, las que prácticamente cesarían a comienzos de 1977.

Las dos más relevantes organizaciones de matriz trotskista, el PST y Política Obrera, aún con sus diferencias, coincidieron al menos, en términos generales, en la minimización de la posibilidad, alcance y significado del golpe de Estado, esforzándose por argumentar en torno de la relativa continuidad de la situación anterior a marzo del 76: “prerrevolucionaria” (PST) o “revolucionaria” (PO), situación que se habría abierto con el ciclo de movilizaciones de masas que inaugura el Cordobazo, y profundizado con las grandes huelgas de junio y julio de 1975 contra el Plan Rodrigo. De allí la recurrencia de caracterizaciones de la situación posterior al golpe como “interrevolucionaria”, “contrarrevolucionaria inestable” aunque inscripta en un “período netamente pre-revolucionario a escala mundial”, etc., al tiempo que se destacaban las diferencias entre el régimen pinochetista, ejemplo de derrota acabada de la clase trabajadora chilena, y la situación argentina, signada por la inexistencia de enfrentamiento abierto de las masas con las FF.AA. y por la “resistencia” de aquellas a la dictadura.

La selección documental presentada a continuación constituye un primer acercamiento a las posiciones de un conjunto de organizaciones, expresivas de diversas vertientes relevantes de las izquierdas actuantes en el período (PC, PCR, VC, Montoneros, PRT-ERP, PST y PO). Ella no agota, naturalmente, todos los matices y adaptaciones tácticas de las formaciones partidarias consideradas durante el período. Asimismo, no incluye la consideración de otros grupos, como el PCML, la OCPO, el Peronismo de Base, los grupos anarquistas, los de la “izquierda socialista”, la llamada “izquierda nacional” (sobre todo el FIP), etc. Se tra-

ta por lo tanto, insistimos, de un primer acercamiento, sobre la base de un recorte de formaciones políticas parcial aunque —a nuestro criterio— no arbitrario, que esperamos poder enriquecer y ampliar en futuros trabajos.

No obstante los límites señalados, unos breves comentarios finales pueden agregarse aquí. El primero refiere a la extendida incapacidad de entender la relativa “novedad” y alcances del golpe de 1976 (más llamativa, por ejemplo, a la luz de la entonces reciente experiencia chilena bajo Pinochet), y, por consiguiente, de ofrecer a sus militantes, a sus simpatizantes y en todo caso a las masas que pudieron seguirlos, una táctica defensiva para sostener una dura resistencia en un prolongado período de reacción brutal, sin precedentes en la historia nacional, reacción apoyada tanto en una previa derrota política de las izquierdas (armadas y no armadas) y de las propias clases populares, como en un consenso —siquiera pasivo— de amplias capas de la población deseosas de alguna forma de “orden”.

El segundo, consistente con el anterior, refiere a la dificultad (aunque por entonces no privativa de las izquierdas) para advertir el también novedoso costado productivo de la dictadura en los más diversos órdenes.

Un tercero, ya adelantado arriba, remite a la subestimación de las posibilidades de resolución de la aguda crisis de 1975-1976 “por derecha”, y, simétricamente, a la sobrevaloración tanto de la disposición a la lucha de las clases subalternas, como de las propias posibilidades de incidencia política en la definición del curso y resolución de esa crisis, posibilidades que, hacia comienzos de 1976, se revelaron penosamente limitadas.

Más allá de esta prospección general, preguntarnos por qué ninguna de las fuerzas del amplio arco de las izquierdas argentinas fue capaz de producir, ya sea antes, durante o después del golpe militar, un análisis realista y crítico de la coyuntura clave de 1976, escapa al marco de esta presentación. Señalemos simplemente que un análisis de estas características hubiese permitido resguardar físicamente y armar políticamente a las propias fuerzas de la izquierda y eventualmente a aquellos sectores de las clases subalternas sobre los que ejerciera alguna influencia para sostener con mayor eficacia la resistencia a la dictadura militar. La consideración de los obstáculos políticos, organizacionales e incluso epistemológicos que impidieron a las izquierdas pensar productivamente la derrota, el golpe y la dictadura militar será objeto de un futuro trabajo.

Nota sobre criterios de transcripción

El objetivo de la selección apunta a esbozar cómo apreciaron políticamente las organizaciones escogidas la crisis del tercer peronismo, la coyuntura previa al golpe de 1976, el golpe mismo, y las percepciones acerca de la situación en los primeros tiempos de la dictadura militar. Para ello, en la medida en que resultaron accesibles, se seleccionaron y transcribieron fuentes de época, elaboradas y publicadas entre fines de 1974 y comienzos de 1977, excluyendo consideraciones retrospectivas producidas por las propias formaciones políticas. La transcripción respeta la

grafía de los documentos originales, que se presentan completos, sin interpolaciones ni cortes. Los originales se encuentran en el CeDInCi, salvo el documento n° 10 que, como se indica al pie del mismo, es transcrito según la presentación realizada por Roberto Baschetti.

I. Documentos del Partido Comunista de la Argentina

Documento n° 1: “Qué intranquiliza a los argentinos”

Con la defenestración de la corriente lopezreguista del gobierno —aunque aún quedan raíces—, las masas populares obtuvieron un gran triunfo. Sin embargo, todavía queda mucho por hacer para terminar con la zozobra política y social. La gente del pueblo está acuciada por la carestía de la vida y por el aumento de la desocupación; preocupada por la inestabilidad política del gobierno y sobrecogida por los crímenes, sin solución de continuidad, de las Tres A y de otros grupos fascistas. Esta situación, que ya se prolonga demasiado, es la que inquieta al hombre y la mujer argentinos. El Partido Comunista fijó una posición constructiva ante el nuevo gabinete, basada en el apoyo a todos los pasos positivos que tendieran a resolver los graves problemas nacionales y, como es natural, de crítica a todos los aspectos negativos. Empero, se subrayó que debe encararse con urgencia la solución de las cuestiones más apremiantes si no se quiere llevar al pueblo a una nueva frustración, la cual crearía al mismo tiempo el caldo de cultivo que busca la reacción para dar un golpe de Estado e implantar una dictadura al estilo Pinochet, con el fin de servir mejor a los intereses de los monopolios y de la oligarquía vacuna. Ya se observan síntomas que demuestran que estos sectores están levantando su cabeza de víbora para devorar las conquistas obreras y populares. En efecto, los golpistas comienzan a agitar hechos ciertos y a tomar cuestiones que preocupan a las masas, pero no para darles solución, sino para usarlas como trampolín y, luego de haber logrado su objetivo, descargar la crisis y la represión sobre las espaldas del pueblo. Para terminar con la intranquilidad popular hay que liquidar los graves problemas económico-sociales y para ello es imprescindible y urgente la unidad de todas las fuerzas democráticas, antiimperialistas y antioligárquicas, civiles y militares, pertenecientes al peronismo y a los partidos y corrientes no oficialistas, una unidad que dé como resultado la formación de un gabinete cívico-militar de amplia coalición democrática.

[Nuestra Palabra. Órgano del Partido Comunista
Segunda Época, año II, n° 113, 17/9/1975, p. 1]

Documento n° 2: “Estado de ánimo de las fuerzas armadas”

Desde hace algunos años el pueblo y las fuerzas armadas han sabido encontrar diversidad de formas y grados de coincidencia. Tal vez la más relevante por su forma y contenido haya sido la lucha contra la expresión fascizante del lopezreguismo —en lo que se diera en llamar tácito acuerdo cívico-militar— con las masas en la calle y el asentimiento militar a las luchas populares. A este proceso de reencuentro se suma la democratización y toma de conciencia que se sigue operando entre el personal militar.

Sectores de la oficialidad analizan con sentido crítico al capitalismo como formación económico-social incapaz de dar solución a los problemas del pueblo y de la Nación; precisan el enemigo fundamental en las empresas monopolistas y se desarrolla un creciente sentimiento antiimperialista; a la vez se mira a los países socialistas con creciente espíritu de investigación, estudio y comprensión y se sigue con atención los procesos de los países que habiendo roto la dependencia adoptan formas de desarrollo no capitalista. Es motivo de análisis también la cuestión agraria, siendo aún insuficiente la comprensión del papel nefasto de la oligarquía terrateniente.

En lo inmediato, se observa con seriedad —y en algunos casos coincidentemente— la salida propuesta por los comunistas de gabinete cívico-militar de amplia coalición democrática.

Entre las masas de suboficiales y la tropa se abren paso posiciones antioligárquicas y antiimperialistas y se pone de manifiesto una creciente resistencia a ser utilizados en aventuras golpistas.

Ante este estado de ánimo en las fuerzas armadas, y frente al desarrollo de la combatividad y la tendencia a la unidad de las masas, los sectores gorilas que no pudieron capitalizar en su favor la crisis del 27 y 28 de agosto [de 1975], tratan de reagrupar sus fuerzas y reubicar sus objetivos, contando con el sostén de la C.I.A. Su táctica consiste en desdibujar al enemigo —los monopolios y la oligarquía latifundista—, poniendo en primer plano la lucha contra la subversión, con el propósito de alcanzar las siguientes metas: dejar de lado o minimizar el Marco Regional, que, bajo la comandancia de Carcagno y Anaya, situaba al Ejército en la defensa nacional, ante los peligros del cerco imperialista y el papel asignado al Brasil de Golbery; poner el acento en el Marco Interno y, bajo la cobertura de la represión, poner distancia al proceso de reencuentro pueblo-fuerzas armadas, obstaculizando las relaciones cívico-militares y creando de tal manera condiciones para el golpe que, pese a su fracaso reciente, no ha sido liquidado.

Son palancas importantes de este plan, los enemigos de la democracia y de la independencia, los que siembran el caos para “desestabilizar” a la Nación, el terrorismo de las Tres A —aún no perseguido— y la guerra psicológica. Sirven a estos planes —objetivamente— el terrorismo llamado de ultraizquierda, el que considera “revolucionario” matar militares por el sólo hecho de ser militares.

El argumento fundamental de los gorilas es la lucha contra la subversión y el terrorismo —que en muchos casos ellos mismos generan— unilateralizando la respuesta al plano represivo. Esa experiencia ya fue hecha y resultó nefasta para la Nación y para sus fuerzas armadas, las que por ese camino fueron arrastradas a una profunda crisis.

En este marco cobran vuelo las declaraciones del comandante, Gral. Videla, al ubicar el problema del terrorismo como un problema de dimensiones políticas, sociales y económicas, las que interpretan el sentir de vastos sectores del arma.

Es una aspiración que la cohesión, la estabilización del proceso, el respeto a las instituciones democráticas y a la continuidad

constitucional se logren transitando el camino de la liberación nacional. No existe otra solución a la crisis.

Ramón Fuentes

**[Nuestra Palabra. Órgano del Partido Comunista
Segunda Época, año II, n° 114, 24/9/1975, p. 7]**

Documento n° 3: “Acción unida ante el país en peligro”

El pueblo argentino se encuentra sobrecogido, como nunca en su historia, por la ola de sangre que cubre a todo el país, a lo cual se agrega la angustia por el deterioro del nivel de vida y por los anuncios de golpes de Estado que quebrarían la vigencia de las instituciones, anuncios que se multiplican al entrar en prensa esta edición en la mañana del 23. El país está ante un grave peligro. Por eso, las masas populares miran esperanzadas las reuniones de la UCR, el PI, el PC, el PRC y el PSP, con el representante del PJ, Escribano Bittel, tratando de encontrar los puntos de coincidencia con todas las fuerzas democráticas y patrióticas para salvar a la Nación. El Partido Comunista, que valora altamente estos pasos unitarios, bregará con toda decisión para que alcancen señalados éxitos y para que tal tipo de organización, multipartidaria y multisectorial, se extienda a todo el ámbito del país. Únicamente con la movilización de las masas, encabezadas por la clase obrera, y con la unidad de las fuerzas políticas y organizaciones profesionales, junto a los militares patriotas, se podrá poner fin al caos y al crimen e impedir que un nuevo golpe de Estado reaccionario retrase por años el desarrollo de la Argentina y ahonde drásticamente todos los males que padecemos en este momento. En esta hora de prueba, cada militante comunista, los simpatizantes y todos los hombres, mujeres y jóvenes democráticos están llamados a poner lo mejor de sí para salvar las vidas amenazadas y la Patria.

**[Nuestra Palabra. Órgano del Partido Comunista
Segunda Época, año III, n° 40, 24/3/1976, p. 1]**

Documento n° 4: “Los comunistas y la nueva situación argentina. Declaración del Partido Comunista”

Ayer, 24 de marzo, las fuerzas armadas depusieron a la Presidente María Estela Martínez reemplazándola por una Junta Militar integrada por los comandantes de las tres armas. No fue un suceso inesperado. La situación había llegado a un límite extremo “que agravia a la Nación y compromete su futuro” como se dice en uno de los comunicados de las fuerzas armadas. Cargan, por esta situación, inmensa responsabilidad el lopezrreguismo reaccionario y su protectora María Estela Martínez, que habían pisoteado el programa por el cual había votado el pueblo en 1973 y que en la etapa anterior habían empezado, aunque con timidez e inconsecuencia, a realizarse. Comparten la responsabilidad jerrarcas sindicales que sofocaron al movimiento obrero.

La movilización de tropas del 24 de marzo había sido precedida de una intensa campaña que reclamaba “rectificar el rumbo”. Efectivamente, era necesario y urgente cambiar de rumbo, pero no en la dirección indicada por La Prensa y Clarín, por APEGE (ex

Acuel de infausta memoria), el MID frigerista, Alsogaray y Manrique; la alianza del poder del dinero con políticos inescrupulosos sin respaldo popular.

En vísperas de los dramáticos sucesos del 24, bandas fascistas impunes asolaron con sus crímenes el país. La muerte rondaba calles y caminos, fábricas, universidades, hospitales; penetraba en la intimidad de los hogares. Nunca se había visto en nuestro país nada tan cruel.

El Partido Comunista siempre se pronunció contra los golpes de estado. La experiencia indica que desde 1930 los golpes de estado tuvieron por objeto defender el latifundio improductivo y aumentar el grado de dependencia del país. Esta vez ¿se romperá esa nefasta tradición?

El Partido Comunista está convencido de que no ha sido el golpe del 24 el método más idóneo para resolver la profunda crisis política y económica, cultural y moral. Pero estamos ante una nueva realidad. Estamos ante el caso de juzgar los hechos como ellos son. Nos atenderemos a los hechos y a nuestra forma de juzgarlos: su confrontación con las palabras y promesas.

Los actores de los sucesos del 24 expusieron en sus primeros documentos sus objetivos, que podríamos resumir de la siguiente manera:

Fidelidad a la democracia representativa con justicia social, revitalización de las instituciones constitucionales, reafirmación del papel de control del Estado sobre aquellas ramas de la economía que hacen al desarrollo y a la defensa nacional, defensa de la capacidad de decisión nacional. El Partido Comunista, aunque no comparte todos los puntos de vista expresados en los documentos oficiales, no podría estar en desacuerdo con tales enunciados, pues coinciden con puntos de su Programa, que se propone el desarrollo con independencia económica; la seguridad con capacidad nacional de decisión, soberanía y justicia social. No se concibe la seguridad a la brasileña, la que MacNamara propuso a los países latinoamericanos. El triste ejemplo de Brasil es elocuente: allí se logró la “seguridad” con injusticia social, con asesinatos y presos, con dependencia y agresividad exterior. Este camino puede dar apariencia de fuerza a una nación intrínsecamente débil, podrida por dentro.

Subrayamos este concepto porque no se puede ignorar la aspiración estadounidense y su socio, la cúpula brasileña, a dominar la Cuenca del Plata, controlar la pampa húmeda, la costa sudatlántica y la Antártida; no se puede ignorar su apetito de petróleo de la plataforma submarina, del uranio y otras riquezas nacionales. ¡Es inconcebible la sola idea de Argentina factoría!

Entre los objetivos expuestos por la Junta Militar está el de combatir la corrupción que pudre donde penetra; y en nuestro país ha penetrado hondo en ciertos medios. Nada tan necesario. El Partido Comunista advierte empero el peligro de que se poden las ramas y se deje el tronco, se ataquen las consecuencias y no las causas, se quede en la superficie sin llegar a la fuente. Así se podrá castigar a un corrompido o a muchos corrompidos; pero no erradicar la corrupción; la fuente es el cáncer del latifundio y de los monopolios internacionales.

También expuso su propósito de poner fin a la subversión. Es conocido el punto de vista del Partido Comunista sobre las actividades de la supuesta ultraizquierda, que siempre repudió. La guerrilla se combate, sobre todo, suprimiendo las causas sociales que la generan, como se reconoce en documentos militares. Pero, ¿se sobreentiende también investigar y castigar con el máximo rigor a las bandas hasta ahora impunes de criminales fascistas? De no ser así, además de defraudar la expectativa popular, quedaría flotando el peligro de la guerra civil.

El Partido Comunista considera que es un serio error suspender la actividad de los partidos políticos. Los partidos políticos democráticos pueden y deben, en esta nueva situación, contribuir sólidamente a encontrar las mejores soluciones, a encauzar el proceso por vía constitucional respetando los derechos del hombre y del ciudadano, sobre todo la libertad de expresión. La opinión pública espera sean puestos en libertad los presos sin causa ni proceso y sea abolida la pena de muerte.

La lucha por la multipartidaria ha sido un gran aporte a las soluciones nacionales. Y el hecho de que se haya podido plasmar, aunque aún de manera inconclusa, es alta expresión de madurez política. Si la multipartidaria no pudo todavía jugar su papel es porque surgió al borde del abismo. Lo que no invalida su enorme significación política.

El Partido Comunista considera auspicioso que la Junta Militar haya desechado una solución pinochetista. Sin embargo, nadie tiene derecho a desarmarse. En el seno de las fuerzas armadas y fuera de ellas se esconden también pinochetistas. El enemigo interno y externo está en acecho. Los imperialistas y fascistas sueñan con el pinochetazo, con un baño de sangre. ¡Sepa la voluntad y la unidad democrática de nuestro pueblo impedir tales desbordes medievales!

El pueblo espera que no se repita la descorazonadora experiencia de 1930-1966. Y que no se repita el delirante ensayo de 1955 de querer suprimir el peronismo de la realidad nacional, sobre todo castigando a los nobles y patriotas trabajadores peronistas. Nadie tiene derecho a engañarse por el alboroto de quienes tienen interés en confundir las cosas charlando de “soviets y guerrillas fabriles”. Los obreros luchan —y con razón— por sus reivindicaciones económicas justas, por su inalienable derecho a tener trabajo y a vivir con dignidad. Relacionado con esto cabe resaltar la importancia que tiene la democracia sindical, el mantenimiento de la CGT democrática, independiente de los patrones, del Estado y de los partidos políticos. La clase obrera reclama la pronta normalización democrática de la vida de los sindicatos.

El pueblo espera, además, que la Junta Militar no se deje seducir por el canto de sirena de demagogos irresponsables que parlotean acerca de la “partidocracia” y la “votocracia”. Que no se incurra en el riesgoso error de menospreciar el grado de conciencia política de la clase obrera y el pueblo. Es una ilusión dañina pretender resolver los problemas nacionales a espaldas del pueblo, eludiendo la consulta popular en elecciones democráticas y libres. Alsogaray habla del “colapso de la democracia de masas”. El MID frigerista fustiga la “partidocracia”. ¿Es acaso el MID una orden monacal y no un partido político? Odian el

sufragio universal porque nada pueden lograr de él. Quien hable irresponsablemente de “votocracia” revela ser partidario de la plutocracia, el gobierno de los que monopolizan la riqueza.

El camino de la Argentina hacia su grandeza nacional sigue un curso zigzagueante. Ello no debe impedir comprobar que se han dado, a pesar de la situación aparentemente caótica, algunos pasos irreversibles. La idea de la justicia social ha penetrado hondamente. Se expande la conciencia de que hay que incrementar el mercado interno y ampliar hacia todos los horizontes el mercado exterior. Se manifiesta cada vez con más fuerza la idea del desarrollo con independencia y soberanía, base de una política internacional sin discriminaciones ideológicas

Lo que está en crisis en la Argentina es algo más hondo que un gobierno fugaz, incapaz y corrompido. Es su estructura económico-social basada sobre dos pilares carcomidos: el latifundio y el monopolio internacional. La Argentina está embarazada de cambios profundos; nada ni nadie podrá impedir el alumbramiento.

Las fuerzas armadas justifican su acción expresando que tienen el deber de salvar la Nación. Esta no es su tarea privativa, sino la de todos los argentinos, civiles y militares. La gravedad de la situación no podrá ser superada por ninguna fuerza política por separado, ni por sector social o por las fuerzas armadas. Existe sin duda una situación de emergencia nacional que se debe abordar con medidas de emergencia. El Partido Comunista dio a conocer su opinión en su Documento del 9 de marzo; y avanzó sus proposiciones constructivas en su plataforma de puntos mínimos publicada en Nuestra Palabra del 23 de marzo.

Para hacer viable una plataforma de emergencia nacional se requiere llegar a un *Convenio nacional democrático que sirva de fundamento a un gobierno cívico-militar de amplia coalición democrática*.

El Partido Comunista reconoce el papel que juegan las fuerzas armadas en la vida nacional. Si la Junta Militar es una transición al tipo de gobierno que el país necesita, se habría dado un paso adelante. Se derrumbaría la barrera que separa las fuerzas armadas del pueblo.

No creemos en la bancarrota de la Argentina de que hablan agoreros y merodeadores. La República no está en liquidación. El Partido Comunista tiene fe en el país, en su bella geografía, en sus riquezas inmensas, en su pueblo generoso y valiente. Confía en que las fuerzas armadas sean fieles al mensaje sanmartiniano: “Mis promesas a los pueblos por quienes he hecho la guerra se han cumplido: lograr su independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobernantes.

“La presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible en los estados que de nuevo se constituyen”. O que se debaten —agregamos— en crisis profunda.

Comité Central del Partido Comunista
Buenos Aires, 25 de marzo de 1976

[Resoluciones y declaraciones. Año 1976/77,
Buenos Aires, Editorial Fundamentos, 1978, pp. 10-14]

Documento nº 5: “Es la hora del diálogo abierto y fecundo”

“Cuando el interés general exige las atenciones de la sociedad, deben callar los intereses particulares, sean cual fuesen los perjuicios que experimentasen; este es un gran principio que sólo desconocen los egoístas, los esclavos y que no quieren admitir los enemigos de la patria...”

(Manuel Belgrano. De un bando, Jujuy, 14 de Julio de 1812).

El discurso del general Videla, con motivo del aniversario de la Batalla de Tucumán, y en ocasión de cumplirse el sexto mes, desde el 24 de Marzo, cuando las FF. AA. se hicieron cargo del gobierno nacional, tiene indudable importancia.

Confirma enunciados programáticos y condiciones mínimas de convivencia hacia “la Fundación de un orden justo para todos, sin excepciones: para gobernantes y gobernados; para la solución pacífica de las controversias sectoriales; para quienes aspiran a competir con sus méritos y conductas por las posiciones de mando, y para quienes inicien el curso honorífico de su vocación por el bien público; para quienes se arriesgan con su espíritu de empresa, y para quienes abonan con su trabajo el esfuerzo común; para quienes quieren enseñar y aprender; y para que los que trabajan reciban prestaciones dignas y no dependan de caprichos demagógicos; para que se pueda criticar y aplaudir sin temores”.

“El proceso no está dirigido contra ningún sector” —reitera el General Videla, en momentos en que esta afirmación es atacada por los voceros del oscurantismo y la desunión de los argentinos— agregando que la “reorganización nacional en que las FF. AA. están comprometidas tiene por finalidad instaurar, en su momento, una democracia republicana, representativa y federal, adecuada a la realidad y exigencias de evolución y progreso del pueblo argentino.”

El General Videla insistió en la necesidad de “revitalizar con imaginación y realismo el sistema institucional que el país requiere, a fin de concluir de una vez por todas con el tradicional ciclo pendular de gobiernos constitucionales y gobiernos militares”; considerando que es “condición previa, imprescindible, que se elaboren, en su momento, las pautas básicas para lograr en la República un futuro de estabilidad política, proyección internacional valiosa y permanente, progreso económico sostenido, bienestar del pueblo y desarrollo cultural y científico acorde con la calidad de su población”.

Por ello, el General Videla aconseja que “los hombres que tienen en las actuales circunstancias y en las distintas funciones la responsabilidad de llevar a cabo esta empresa, no deben aislarse, por el contrario (...) deben mantener un diálogo fluido y permanente con los diversos sectores de la comunidad”.

Pues bien: de eso se trata. Y no hay tiempo que perder: para acortar caminos hacia la urgente pacificación democrática del país, que necesitamos alcanzar cerrando paso a la conspiración pinochetista; para avanzar en el diálogo abierto y fecundo; para encarar los problemas de hoy y para avanzar hacia el futuro.

El gobierno debe escuchar —y proceder en consecuencia— los angustiosos requerimientos del pueblo y las altas voces que se han alzado contra el crimen terrorista. Antes que nada, hay que poner fin al baño de sangre que está sufriendo el país y que apunta también al deterioro del gobierno y a la inestabilidad política. Esa es la tarea primordial del momento que vivimos, y que toda la ciudadanía patriótica reclama, dispuesta a brindar su decidido apoyo para poner fin a este flagelo nacional. (Sin hablar ya de las miles de víctimas de la represión y del terrorismo, de uno y de otro signo; tan solo los comunistas tienen en este momento, más de 200 presos injustamente detenidos, antes y después del 24 de marzo, cantidad de asesinados y torturados, y decenas de secuestrados que no aparecen desde hace meses, y por cuyas vidas hay serios temores.)

Urge escuchar la voz del pueblo, asegurando el pleno ejercicio de las libertades democráticas. Urge concretar una convocatoria generosa que permita referendar públicamente la solidaridad para converger en los grandes objetivos comunes, superando nuestras diferencias. Los distintos sectores populares, de la cultura y de la economía, de la ciencia y de la política, de la Iglesia y de las FF. AA., de la juventud y de las mujeres, de la ciudad y del campo, pueden acordar las bases de un auténtico convenio nacional, amplio y democrático.

Esas bases para enfrentar la emergencia grave, que conmueve hasta los cimientos de la Nación, deben llevarse a la práctica, sin postergaciones, a fin de asegurar las libertades democráticas al pueblo y comenzar a corregir otros males de los que pueden nutrirse el terrorismo político y la inestabilidad (“desestabilización”). Entre ellos: el desconocimiento de un salario justo y de los derechos sindicales de los obreros, cuyas luchas nada tienen de subversivo; la postergación de la normalidad democrática de la Universidad y ciertos planes educacionales retrógrados; la acentuación amenazante de la crisis económica y de la carestía de la vida, que no cederán si no se descartan, decididamente, las recetas e imposiciones del Fondo Monetario Internacional que sostiene Martínez de Hoz, y que nos lleva a la entrega del patrimonio nacional, con el falso pretexto de que “no hay otra salida”. La experiencia nacional y la de otros países, tanto en los aspectos positivos como negativos, demuestran que hay una solución digna y liberadora, que deberá encararse con espíritu patriótico.

Sería bueno, pues, y promisorio para el país, que lo tengan en cuenta las autoridades que se designen para el nuevo Ministerio de Planeamiento que se anuncia.

La necesaria correspondencia entre los hechos y las palabras — que hasta ahora tuvo dificultades, tropiezos y altibajos—, aminorará los peligros y permitirá superar definitivamente el sentimiento de frustración que limitó en el pasado, en algunos momentos, la iniciativa del pueblo. En una carta del 25 de diciembre de 1813, Manuel Belgrano aconsejaba a San Martín: “La guerra no sólo la ha de hacer Ud. con las armas, sino con la opinión”. La opinión democrática de la inmensa mayoría del país, que rechaza el pinochetismo, apoyará decididamente aquellos enunciados programáticos formulados por el Presidente Videla en Tucumán, y que

por su carácter democrático y progresista pueden contribuir a la construcción, entre todos, de la Argentina que queremos.

Gerónimo Arnedo Alvarez, Rodolfo Ghioldi, Rubens Iscaro, Pedro Tadioli, Fernando Nadra y Oscar Arévalo

Buenos Aires, 25 de setiembre de 1976.

[Resoluciones y declaraciones. Año 1976/77, Buenos Aires, Editorial Fundamentos, 1978, pp. 17-20]

II. Documentos del Partido Comunista Revolucionario

Documento n° 6: “Unirse para enfrentar el golpismo”

El país vive horas de tensión y de inquietud.

Es evidente para todos que utilizando la oleada terrorista se ha ido creando un caldeado clima golpista.

Hace apenas año y medio se acabó con una dictadura militar que durante siete años escribió algunas de las páginas más negras de la historia argentina.

Y ya se habla, de nuevo, de otro posible gobierno militar.

Generales encumbrados anuncian que “ha sonado nuestra hora” o afirman “el Ejército argentino habrá de jugar una vez más el papel protagónico que la Argentina libre y fuerte del mañana le tiene reservado” y se proponen, públicamente, diversos tipos de gobierno militar.

Algunos quieren un gobierno militar que convierta a la Sra. Presidente en un títere en manos de un gabinete de las FFAA. Sería un gobierno semejante al actual gobierno de Bordaberry en Uruguay, o al tristemente célebre “gobierno Guido”.

Entre los partidarios de esa salida hay quienes quieren un tal gobierno militar para aplicar una línea proyanqui y proterrateniente. Así lo declara el actual rector de la Universidad Nacional de Buenos Aires que defiende un camino de represión antipopular basado *primero*, dice, “en el Estado de Sitio”, y *luego* en la “dictadura” y las “facultades extraordinarias”.

Otros quieren un gobierno semejante (con la Sra. Presidente prisionera de los militares) para aplicar una política “progresista y antiyanqui”. Este ha sido el sueño del Sr. Gelbard y los sectores prosoviéticos a los que representa.

También se trabaja, de fracasar estos planes, para un golpe abierto.

Los proyanquis preparan, para en tal caso, un golpe semejante al de Pinochet en Chile. El diario **La Prensa**, con no muchos tapujos, ha manifestado sus simpatías por un tal tipo de gobierno.

Y los prosoviéticos, aprovechando los sentimientos nacionalistas de una gran parte de la oficialidad de las FFAA apoyarían, de ser desplazada la Sra. Presidente, la instauración de un gobierno “peruanista” al que esperan transformar en una dictadura militar aliada a la URSS. Sectores de izquierda, como los dirigentes montoneros, defienden las conveniencias de un golpe de este tipo, porque estiman que los grillos, cadenas y barrotes que el

mismo colocaría al pueblo serán de oro, porque ese será un gobierno “antiimperialista”.

En la alta jerarquía sindical unos trabajan con los golpistas proyanquis y otros con los prorosos. Sus declaraciones de apoyo a Isabel son hipócritas. También durante la dictadura militar usaban la camiseta peronista pero saboteaban la lucha obrera y popular y pactaron con Onganía, con Levingston y luego con Lanusse.

El pueblo, y especialmente la clase obrera y las grandes masas trabajadoras de la ciudad y el campo, que son en su inmensa mayoría peronistas, no quieren el golpe de estado, se lo disfrace como se lo disfrace.

La voluntad antigolpista de la clase obrera y grandes sectores populares se manifiesta en todos lados y en toda ocasión. Existen por ello condiciones favorables para impedir el golpe de Estado, o, en caso que el mismo se dé, para que el pueblo tercie en la lucha e imponga su voluntad.

¿Por qué se ha llegado a esta situación?

Si hace poco más de un año, más de siete millones de votantes apoyaron la fórmula Perón-Isabel de Perón *¿cómo ha podido prosperar tan fácilmente un clima golpista como el actual y cómo han podido crecer amenazadoras fuerzas golpistas como las que cercan al gobierno?*

Esta es una pregunta que se hacen millones de argentinos.

Hay que recordar que el gobierno peronista no tomó el gobierno como resultado de la *destrucción revolucionaria* de la dictadura militar y su aparato estatal. Ganó el gobierno gracias a elecciones que organizó esa dictadura, con un estatuto y condiciones proscripivas. Y subió al gobierno habiendo previamente apoyado el acuerdo CGT-CGE (llamado luego Pacto Social) y el pacto de la Hora del Pueblo, que, junto al llamado Encuentro de los Argentinos y a las coincidencias programáticas de los partidos reunidos en el Restaurant Nino, fueron el soporte político de las elecciones de la dictadura.

El país había sido conmovido sobre todo desde 1969, por gigantescos estallidos de insurgencia popular como los cordobazos, rosariazos, mendozazo, tucumanazo, rocazo, y por grandiosas luchas obreras y populares. Se fueron creando condiciones para derribar por un “argentinazo” insurreccional a la dictadura. Pero la dictadura, apoyándose en las fuerzas terratenientes, burguesas y reformistas, acosada y debilitada, pudo pese a todo elegir el campo de su derrota. Eligió el campo electoral. Así cerró el camino a su derrota revolucionaria y sólo fue derrotada parcialmente.

Así subió Cámpora y así subió, luego, el Gral. Perón al gobierno. El Gral. Perón repitió insistentemente que su programa era reformista y no revolucionario.

Es ese programa reformista el que ha fracasado. Como fracasó antes de 1955, y como fracasó el programa reformista de Allende en Chile. Porque los males de nuestra Patria y nuestro pueblo, originados en la dependencia al imperialismo, primero inglés y luego yanqui, y en la subsistencia del latifundio oligárquico, no se curan con los paños tibios de algunas reformas. Requieren medidas revolucionarias que, como tales, sólo pueden ser aplicadas por un gobierno y un estado revolucionarios.

Sin revolución no habrá solución a problemas tales como la desocupación, los bajos salarios, la falta de vivienda, la falta de tierra y precios compensatorios para los campesinos pobres y medios, el acceso a la educación y la cultura para las grandes masas populares, la sanidad pública, etcétera.

El enemigo principal de nuestra Patria y nuestro pueblo, el imperialismo yanqui, ha clavado profundamente sus garras en la vida económica, social y política del país. Es un enemigo poderoso. Debe ser aniquilado internamente para poder derrotar sus arremetidas. Y esto no se puede hacer pacíficamente. Como no fue posible en 1810 derrotar pacíficamente a los colonialistas españoles.

De no arrancarse de raíz la dominación yanqui, liquidando las bases de su poder y las de sus aliados internos, aprovechando las contradicciones de una política reformista que los asusta pero no los aplasta, como enseña el reciente ejemplo chileno, y al amparo de la blandura de los reformistas para con los reaccionarios proyanquis, estos se reagrupan y en el momento favorable, contragolpean.

Al imperialismo yanqui —debilitado internacionalmente— y a sus socios nacionales, era y es posible barrerlos para siempre de la Argentina.

Pero para ello es necesario seguir un *camino revolucionario* y no un camino reformista. Pero un camino revolucionario sólo lo puede encabezar el proletariado con un partido de vanguardia y no la burguesía.

Por eso hoy planea sobre la Argentina el fantasma de un nuevo 1955.

Por eso hoy crece la conjura golpista incubada en cuarteles, salones oligárquicos y algunas embajadas.

El incremento del clima golpista también tiene relación con la aguda lucha interimperialista que se libra a escala mundial. Especialmente entre el imperialismo yanqui y el socialimperialismo soviético.

El enfrentamiento de ambas superpotencias es mundial.

El Gral. Perón acordó con los socialimperialistas soviéticos y sus testaferros —como Gelbard— para retornar al gobierno.

Pero los imperialistas rusos, como ya han mostrado en Checoslovaquia, Egipto, Cuba o la India, no quieren alianzas con gobiernos nacionalistas. *Quieren subordinarlos y someterlos a sus planes de hegemonía mundial.* Más aún cuando, en el caso argentino, les interesa el valor político de nuestro país en América Latina y el posible control del Atlántico Sur.

Los soviéticos, pese a haber infiltrado durante años al peronismo, al igual que hicieron con otros movimientos nacionalistas de Asia, África y América Latina, al ver que sus sueños de dominio se frustran por la resistencia de las masas y la negativa a subordinarse a sus planes de Perón, y ahora de Isabel de Perón, han pasado a conspirar abiertamente. Así vemos a la camarilla dirigente del PC, reemplazar la bandera antigolpista por la de la propaganda del golpe portugués o la de las virtudes del “modelo” peruano. Y vemos a todo el periodismo prosoviético, como **Crónica** y **Clarín**, transformarse en agitadores del clima golpista.

Yanquis y rusos disputan la presa argentina.

En el marco de esa disputa los yanquis amenazan con encender una guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia que incendiaría a todo el Cono Sur de América Latina; y los rusos no descartan la posibilidad de desencadenar un conflicto entre estos países que distraiga a los yanquis de la disputa por Europa y el Medio Oriente.

Y, así como los yanquis estimulan el terrorismo de derecha, los soviéticos instrumentan el terrorismo de “izquierda”, aprovechando para sus planes expansionistas el heroísmo de miles de combatientes revolucionarios, y se montan en los sentimientos antiyanquis de sectores de la oficialidad y la suboficialidad (que admiran el rumbo antiimperialista del gobierno peruano) para sus maquinaciones golpistas.

El gobierno frente al golpe

El gobierno de Isabel de Perón (al igual que hizo antes el gobierno de Perón) enfrenta al peligro de golpe realizando reformas (algunas relativamente importantes como la nacionalización de las bocas de expendio de combustibles, o la “argentinización” de la Standard Electric, la Siemens y la Ítalo de electricidad); concediendo, alternativamente, a uno u otro sector proimperialista y golpista, y dirigiendo una política represiva que inevitablemente cae sobre las masas obreras y populares, al tiempo que escapa al control del gobierno que pretende instrumentarla.

Así como la política de apoyarse en los soviéticos para golpear a los yanquis (política representada por el equipo Gelbard), no resolvió los grandes problemas nacionales ni permitió avanzar a fondo en la lucha liberadora, y fue impotente para impedir que los yanquis se reagruparan para contragolpear, tampoco la política de apoyarse en proyanquis como Ivanishevich, o reaccionarios como Lacabanne, le servirá a la Sra. Presidente para evitar la conspiración prosoviética o proyanqui que crece en los cuarteles.

Esa política es la del abrazo de la muerte. Es creer que se arrastra a otro y ser en realidad arrastrado por el otro.

Esa política desune y confunde al pueblo. Medidas destinadas a reprimir fundamentalmente a la clase obrera y al pueblo, como el Estado de Sitio, o la ley antisubversiva (aunque esta haya sido prácticamente consentida por la oposición burguesa y reformista), contribuye a ir aislando al gobierno convirtiéndolo en fácil presa de los golpistas.

Cómo evitar el golpe de Estado y derrotar a los golpistas

Es posible evitar el golpe de estado, cualquiera sea su firma y sus protagonistas.

Se puede evitar porque la mayoría de la clase obrera y el pueblo están dispuestos a luchar —como lo vienen haciendo desde años— contra los yanquis y los gorilas que los apoyan y tampoco quieren, como decían los patriotas de Mayo, “cambiar el amo viejo por el nuevo”, es decir, cambiar el amo yanqui por el amo ruso.

Se puede evitar porque la Argentina tiene recursos humanos y materiales como para construir una patria independiente sin necesidad de entregarse a ningún imperialismo.

Se puede evitar porque los pueblos del Tercer Mundo se alzan cada día más como una enorme fuerza revolucionaria del mundo actual, fortalecidos por la consolidación y los avances de la Revolución China, y los triunfos de los pueblos oprimidos por el imperialismo en todo el mundo, y porque crecen las fuerzas del movimiento obrero revolucionario en Europa y EEUU.

Se puede evitar porque hoy existe en la Argentina un partido auténticamente comunista, auténticamente marxista-leninista, dispuesto a luchar hasta el fin contra el imperialismo yanqui y contra el golpe gorila, proyanqui o prosoviético, a diferencia de 1955, cuando el PC concilió con los golpistas gorilas.

Pero para evitar el golpe de estado, o para derrotar a los golpistas si estos se atreven a operar, es necesario que el pueblo, especialmente el pueblo peronista, no espere que otros hagan por él lo que sólo él puede hacer. El pueblo con la clase obrera al frente debe encabezar la lucha antigolpista, luchando, al mismo tiempo, por sus reivindicaciones económicas, sociales, y políticas, especialmente por las libertades democráticas y el libre accionar del movimiento popular; y *debe unirse, organizarse y armarse para derrotar la conspiración golpista*. Para todo esto es fundamental que se recuperen los cuerpos de delegados de fábrica y los sindicatos de manos de los jefes al servicio de la patronal y del golpismo de uno u otro origen, poniendo al frente de las organizaciones obreras a dirigentes honestos que sólo respondan a los intereses de los trabajadores y se basen en una profunda democracia sindical.

El camino para aplastar el golpe es el de unirse y el de organizar las brigadas de autodefensa armada de masas. Este es también el camino para que los oficiales y suboficiales antiimperialistas y amigos del pueblo puedan enfrentar, tanto las provocaciones golpistas como el golpe abierto.

Al calor de la lucha antigolpista se puede forjar un auténtico frente único antiyanqui, basado en la unidad obrero-campesina y dirigido por la clase obrera, que sea el apoyo firme de un gobierno revolucionario de unidad antiyanqui, que acabe para siempre con la dependencia al imperialismo yanqui, expropiando las palancas económicas que ellos y sus socios nacionales controlan, y abra el cauce liberador de la revolución democrático-popular, agraria, antiimperialista y antimonopolista en marcha al socialismo.

Para ello la clave está en la unidad de la clase obrera y, especialmente, de los obreros peronistas con los comunistas revolucionarios.

El PCR hará todo lo posible para que esta unidad se forje y sea indestructible. Si ello se hace el futuro del pueblo y de la Patria será luminoso, cualquiera sea la gravedad de las horas que se aproximan.

¡No a otro 1955! ¡Unirse y armarse para aplastar el golpe!

Partido Comunista Revolucionario
Comité Central

[transcripto de un volante del mismo título, original conservado en el CeDInCI, sin fecha, *circa* noviembre de 1974]

Documento n° 7:**“Frente a la crisis. Todo contra el golpe imperialista”**

El golpismo lanussista prosoviético conspira abiertamente para concretar aceleradamente su golpe “reordenador” adelantándose al creciente repudio del pueblo argentino. Sólo la decidida movilización obrera y popular puede enfrentarlo y derrotarlo. Armas al pueblo. Coordinar desde las fábricas la acción popular. Toda medida de lucha debe contribuir a la acción ofensiva y combativa de los trabajadores, al levantamiento popular antigolpista y liberador. Cárcel para los conspiradores y libertad a los patriotas antigolpistas presos. En defensa de las conquistas amenazadas y en el camino de la lucha por la liberación definitiva, junto al pueblo peronista y patriotas argentinos defender al gobierno de Isabel Perón. Contra el golpe prorruso y proyanqui. Otro 55 no Pasará.

[Nueva Hora. Órgano del Partido Comunista Revolucionario de la Argentina año IX, n° 222, 23 al 29/3/76, p. 1]

III. Documentos de Vanguardia Comunista
Documento n° 8:**“Afirmando la unidad política se realizó la 9ª reunión”**

En dos sesiones realizadas en mayo y julio, se desarrolló la IX Reunión del Comité Central de VANGUARDIA COMUNISTA. En ella se consideró un amplio temario.

En la declaración pública de la primera sesión, “*Ante la amenaza de guerra civil*” (N.[o] T.[ransar] n° 160) el Comité Central condenó la brutal ofensiva que los sectores recalcitrantes del gobierno, aliados con los monopolios, descargaban sobre el pueblo argentino; alertó al pueblo sobre los peligros que encerraba el plan de miseria, entrega y dictadura y llamó a la resistencia activa, convencido de que si se plasmaba la unidad popular era posible derrotarlos.

En su informe de presentación, en la segunda sesión, el camarada Guillermo Juárez, destacó el valor de aquellas resoluciones, que permitieron que el Partido jugara un papel de vanguardia en la crisis política y señaló las nuevas tareas que debíamos enfrentar, en momentos en que el pueblo argentino quebró en lo fundamental el plan autogolpista de Isabel y López Rega.

La resolución política de dicha reunión, que publicamos por separado, es la conclusión del profundo debate que realizó el C.C.

Se consideró en detalle la actividad desplegada en la gran crisis política, verificando los grandes avances realizados y el correcto papel jugado por nuestro Partido. El C.C. calificó a las grandes luchas abiertas el 27 de junio como “un gran ensayo revolucionario”; y llamó a todos los organismos a reflexionar profundamente sobre el mismo, a estudiar la actividad desarrollada, a seguir el camino de las experiencias positivas, a criticar las negativas y superar las deficiencias.

La reunión analizó también la actual situación internacional y escuchó el informe de la delegación del Comité Central que se

entrevistó con el Comité Central del Partido Comunista de China. Destacó que “*la lucha de las naciones por su independencia, los países por su soberanía y de los pueblos por la revolución*”, constituyen un proceso irreversible y observó los progresos del Tercer Mundo en el enfrentamiento a la política hegemónica de las dos superpotencias. Especialmente analizó la agudización de las contradicciones entre las dos superpotencias, el avance del carácter agresivo de ambas, propio de su condición de imperialistas, y los preparativos febriles que realizan para el desencadenamiento de una nueva guerra por el reparto del mundo. Se verificaron también los grandes avances del Movimiento Comunista Internacional en todo el mundo, y en particular en América Latina.

Al considerar la situación orgánica del Partido, la reunión destacó que el avance operado en la conciencia de la clase obrera, a partir de los últimos conflictos, habían ampliado de manera significativa la influencia partidaria entre las masas, en particular entre los obreros de la gran industria de Buenos Aires, Córdoba y Rosario. En consecuencia, se definieron una serie de tareas destinadas a asegurar una gran expansión de las filas partidarias. Convocó al Partido a la realización regular de los “*sábados rojos*” y en particular a dos grandes jornadas nacionales de difusión de **No Transar** y de realización de una Campaña Financiera de masas y ampliación de los vínculos del Partido, los días 9 y 16 de agosto.

La expulsión de Julio Vago

Durante 1974 se desarrolló en el seno del Partido un importante debate sobre el balance de la actividad antidictatorial y la política del Partido frente a la gran burguesía peronista. En el mismo, el Comité Central fue analizando autocriticamente ciertas desviaciones oportunistas de derecha incrustadas en la línea partidaria, de las que dio cuenta la VII Reunión del C. C. Enfrentando estas posiciones, un grupo de la regional Córdoba, encabezado por el ex secretario regional y ex miembro del C.C., JULIO VAGO, defendió la desviación derechista, trató de convertirla en línea general del Partido y pretendió que siguiéramos el camino de la capitulación frente al gobierno preconizado por el llamado “PCR”. Fracasado su propósito de torcer la línea revolucionaria de VANGUARDIA COMUNISTA, derrotado totalmente en la VIII Reunión del C.C, aparentó acatar las resoluciones mientras incrementó sus actividades provocativas y fraccionales, tratando de destruir orgánicamente al Partido. Desenmascarado, presentó su renuncia.

Examinando su comportamiento, el Comité Central resolvió, *por unanimidad* rechazar la renuncia y EXPULSAR de las filas del Partido a este elemento traidor, de doble faz, renegado, cobarde y capitulador.

[No Transar n° 165 (n° 38 nueva edición), 6/8/75, p. 22]

Documento n° 9: “Declaración Política.**Hay que llevar hasta el fin la lucha contra los traidores”**

1. La IX Reunión del Comité Central se realiza en un momento excepcional. Nuestra querida clase obrera viene de conmovér al país derramando, en inolvidables jornadas de combate, su vigor, su energía, su capacidad de gigante destinado

a destrozarse los pilares de la dependencia nacional y la opresión de clase.

Enfiladas a quebrar el plan entreguista anunciado por Rodrigo, esas jornadas han obtenido hasta hoy magníficos resultados:

- » Con López Rega a la cabeza, huyen como ratas los aventureros que desde el gabinete nacional intentaron vender el país, hambrear al pueblo y liquidar la democracia. Con esa huída el imperialismo yanqui, viejo y principal enemigo del pueblo argentino, recibe un nuevo y duro golpe en su proyecto de mantenernos sujetos a su dominio neocolonial en crisis desde las luminosas hogueras del primer Cordobazo.
 - » Los trabajadores hemos obtenido el derecho a las paritarias.
 - » Una serie de fuerzas políticas, sociales y sindicales, pasivas y temerosas por un largo tiempo, se han definido contra los capituladores y sus planes y muestran disposición a resistir al fascismo. La representación parlamentaria de varias de esas fuerzas ha elegido Presidente del Senado, con lo que pusieron, en el terreno institucional, una barrera de importancia a cualquier aventura golpista.
 - » Han surgido en muchos lugares nuevas organizaciones de combate que, como las Coordinadoras Interfabriles, mostraron decisivos progresos en la conciencia y unidad de los trabajadores, más allá de los diferentes gremios, levantaron programas políticos de movilización que expresaron el profundo sentimiento obrero de ser real protagonista en la resolución de los asuntos de Estado.
2. Todo lo anterior ratifica la política que definió y defendió nuestro Partido, cuando desde la garganta ronca de sus militantes que engrosaron las manifestaciones callejeras, desde las páginas indoblegables de su prensa periódica, desde la mirada acusadora de los camaradas presos, gritó sin dudar: ¡ABAJO EL GABINETE! ¡ABAJO EL PLAN RODRIGO! ¡LIBERACIÓN, DEMOCRACIA, BIENESTAR!
 3. Por eso, con la autoridad que le brinda su condición de combatiente y con la responsabilidad que corresponde a su papel de representante político de los obreros argentinos, nuestro Partido afirma hoy: ES NECESARIO LLEVAR HASTA EL FIN LA LUCHA CONTRA LOS TRAIADORES.

No basta con la renuncia de algunos funcionarios. Hay que barrer con todo el clan y tirar al basurero todos sus proyectos. Hay que exigir la renuncia de todos los que en el Estado Nacional y las Provincias, en las Cámaras y los Sindicatos, en las empresas estatales y toda otra institución pública, se han ensuciado con la entrega. Si la Presidente se mantiene aferrada a esa camarilla y sus proyectos, también debe renunciar.

Hay que reemplazar a los capituladores y agentes del imperialismo con funcionarios de condición antifascista y sentido nacional, sensibles a los reclamos populares. Un nuevo *gabinete patriótico*, que enfrente al imperialismo yanqui, se oponga a la pretensión de dominación de la otra gran superpotencia, debe ser impuesto. Hay que exigir a ese gabinete un *nuevo plan económico que defienda la soberanía nacional, estimule la producción y eleve el*

nivel de vida de las masas, tal como lo ha propuesto nuestro Partido oportunamente.

Hay que obtener la derogación del Estado de sitio y las leyes represivas; la investigación y castigo a los criminales de las AAA; el derecho a opinar, publicar y asociarse; las elecciones en las provincias intervenidas; el levantamiento de la intervención a los sindicatos; la convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente y una amnistía inmediata que permita a los patriotas presos retornar a sus puestos originales de combate. Y hay que combatir el desabastecimiento, la especulación y toda forma de actividad conspirativa de los monopolios, en particular yanquis, y sus figuras representativas políticas y militares.

4. Todo eso hay que hacerlo con nuestras propias manos, con nuestro propio movimiento. Debemos rodear las cárceles multitudinariamente, ocupar los distintos sindicatos intervenidos o controlados por capituladores, las universidades amordazadas. Debemos hacer sentir con nuestra lucha activa, unitaria, independiente —como hasta hoy y más aún— que *no pararemos hasta ver nuestro movimiento coronado por el éxito*.

También debemos desarrollar y mejorar las nuevas organizaciones de combate para que nazcan otras Coordinadoras Interfabriles, para que se constituyan coordinadoras populares donde se junten millones de obreros, campesinos, soldados, estudiantes y demás hombres del pueblo, que decidan la solución de la actual crisis política y económica nacional.

VANGUARDIA COMUNISTA, hijo y esperanza de la clase obrera, debe fortalecerse con miles de nuevos camaradas que encabece la nueva arremetida popular.

5. Las fuerzas políticas y sindicales que se pronunciaron contra el lopezrreguismo, tendrán la posibilidad de sumarse, acompañar, hacerse eco, de estas necesarias movilizaciones masivas contribuyendo a la gigantesca unidad nacional que cierre el paso a cualquier intento continuista de los capituladores y agentes del imperialismo. En este sentido, llamamos a todas esas fuerzas para que, dejando de lado nefastos sectarismos —en particular hacia las fuerzas revolucionarias— constituamos multipartidarias y multisectoriales que acompañen en su ámbito la confluencia patriótica que se forjó en las fábricas, calles y campos del país. Y que de ninguna manera sean utilizadas para el restablecimiento de políticas descartadas por el pueblo y por el propio desarrollo de la vida nacional.
6. *Si concretamos las anteriores tareas entonces sí, el lopezrreguismo estará definitivamente muerto*. Más aún: habremos creado las condiciones para enfrentar a un autogolpe o cualquier intento restaurador del imperialismo yanqui y sus amigos íntimos, con un PARO GENERAL ACTIVO (ocupando fábricas, rutas, universidades, campos) que sirva de base a un levantamiento general armado. Y lo que es principal, habremos ganado camino hacia la liberación definitiva de la patria y del pueblo. Porque imponer planes y ministros, expropiar empresas multinacionales y congelar los precios, defender el bienestar y practicar la democracia, organizar coordinadoras y frenar los despidos, cristalizar la unidad de las fuerzas revo-

lucionarias y golpear sin descanso a los enemigos principales cada vez, será un inmenso ejercicio colectivo que nos prepare para mayores y más duras luchas. Aquéllas que nos permitan deshacernos de todo imperialismo, acabar con la oligarquía en su conjunto y establecer al pueblo, dirigido por los obreros, en el Poder.

IX Reunión del Comité Central
20 de julio de 1975

[No Transar n° 165 (n° 38 nueva edición), 6/8/75, p. 23]

IV. Documentos de Montoneros

Documento n° 10: "Ante la más grave crisis de la historia argentina, ésta es la única solución"

La situación actual

Vivimos una situación angustiosa caracterizada por una inflación superior al 200% anual, un crecimiento acelerado de la desocupación, el deterioro impresionante del salario real, la devaluación constante de nuestra moneda, el comienzo de un proceso de quiebras de pequeñas y medianas empresas, etc. Esta crisis económica se da en medio de una crisis política más angustiosa aún. En efecto, hoy en día no tenemos presidente, nadie gobierna ni nadie tiene autoridad moral para gobernar.

Los antecedentes

Nosotros venimos advirtiendo, sobre este drama que hoy padecemos, desde el 20 de Junio de 1973. Ese día empezó la gran traición al pueblo y a los trabajadores peronistas.

Es sabido que para muestra basta un botón, y nosotros advertimos desde aquel día que aquella masacre era sólo el anticipo de lo que le sucedería al pueblo argentino, si no se rectificaba el rumbo, si no se lo echaba a López Rega y si no se impedía la candidatura de Isabel Martínez.

Se lo dijimos personalmente al General Perón, se lo dijimos multitudinariamente en reiteradas ocasiones, pero no tuvimos éxito. Perón se equivocó. No sólo se equivocó en no echarlo a López Rega, más se equivoca cuando prefirió pelearse con la mayoría del pueblo reunido en la plaza el 1° de Mayo de 1974. Toda nuestra lucha por tratar de evitar la traición y recuperar el gobierno popular fue en vano. Así fue que tras la muerte del Gral. Perón, la traición copó total y definitivamente el gobierno.

Ante esta situación nosotros respondimos de la única forma posible: denunciarnos el carácter antiperonista del gobierno de Isabel, dijimos que beneficiaba a la oligarquía y al imperialismo. Retornamos a la clandestinidad, les declaramos la guerra, reiniciamos la lucha armada e impulsamos todas las luchas obreras y populares.

¿En qué consiste la crisis actual?

En el plano económico lo primero que hay que dejar en claro es que el origen de nuestra crisis está en la dependencia que nuestra economía tiene frente a la economía del imperialismo yanqui, en primer lugar, y frente a las potencias imperialistas de Europa

en segundo lugar. Las grandes potencias capitalistas del mundo padecen una crisis económica que nos la están haciendo pagar a nosotros con la ayuda de este gobierno traidor y vendepatria.

En el plano político hay una crisis originada en que el pueblo gestó con sus luchas heroicas y hasta sangrientas a este gobierno; sin embargo resulta que fue paulatinamente marginado de toda consulta y participación. Mientras estuvo Perón, él, con su representatividad garantizaba las expectativas populares. Muerto Perón, nadie garantizaba nada.

Por si esto fuera poco, el gobierno cambia la política económica y pretende que el pueblo argentino pague la crisis económica del capitalismo mundial. Esto provoca la natural y justa acción del pueblo, en especial de la clase obrera: surgen huelgas en todos los rincones de la patria y el pueblo retoma las armas que, sabiamente, nunca abandonó. El gobierno crea las 3 A y asesina sistemáticamente a los mejores representantes del pueblo.

Este agravamiento de la crisis política, a su vez, agudiza la crisis económica, porque disminuye la producción y los organismos internacionales tienen más razones para desconfiar del gobierno y en consecuencia no darle crédito.

Por la gravedad de la crisis política se reagrava la económica, y reagrada la económica se vuelve a reagrar la crisis política.

La única solución es la liberación.

La solución política

Para encontrar la solución, lo primero que hay que dejar en claro es que la misma es de origen político y no de origen técnico-económico.

Antes que la solución económica está la solución política, y la solución política consiste en dejar en claro quién gobierna, a favor de quién gobierna y contra quién gobierna.

Este sistema capitalista dependiente ya no da más, y dentro de él nunca encontraremos la solución. La única solución se da con una política de Liberación Nacional y Social.

Con esta propuesta, *¿quién gobierna?*: los dirigentes populares y revolucionarios que sean libremente elegidos por el pueblo. *¿A favor de quién gobierna?*: a favor de la clase trabajadora y del pueblo, de los pequeños y medianos productores y comerciantes. *¿Contra quién gobierna?*: contra la oligarquía agropecuaria dueña de los latifundios de la pampa húmeda, contra las empresas multinacionales y contra el gran capital financiero, contra sus representantes políticos y sus defensores y custodios armados.

El problema de la violencia

Uno de los problemas mas graves para la estabilidad política es el problema de la violencia. Como se recordará, el General Perón sostenía frente a la dictadura militar que *"la violencia de arriba, genera la violencia de abajo"*.

Para precisar un poco más este asunto hay que dejar en claro que violencia no es sólo la ráfaga de una ametralladora, la principal violencia es la de la explotación cotidiana, la de los salarios de hambre, la de los precios cada vez más inaccesibles, la de los hospitales sin medicamentos o sin médicos porque no se

les paga, la de la desocupación masiva. Y la violencia desnuda y criminal es la de la represión salvaje, el asesinato sistemático, la tortura más inhumana y cruel, las razzias masivas prepotentes y humillantes. Toda esta es la violencia que el sistema aplica cotidianamente para defender los intereses económicos de las multinacionales elogiadas por la Martínez y de la oligarquía agropecuaria. *Todo esto es la violencia de arriba.*

La violencia de abajo no es nada más ni nada menos que el derecho a la defensa propia. Son las huelgas, las movilizaciones, los “caños”, las respuestas militares del pueblo a la agresión política, económica, policial, parapolicial y militar de los vendepatrias.

Para acabar con la violencia de abajo hay que acabar con la violencia de arriba, que es la causante del enfrentamiento.

Nosotros, principales ejecutores de la violencia popular en defensa propia y de la patria, dejamos perfectamente en claro que la pacificación del país puede lograrse con sólo tomar una decisión política: *eliminando los aspectos fundamentales de la violencia oficial, desaparecerán los aspectos fundamentales de la violencia popular.* Este puede ser el primer paso para la solución definitiva de la crisis que padecemos.

El segundo paso es dejar que el pueblo elija sus verdaderos representantes y entonces, con una política de liberación nacional y social, desaparecerán todas las formas de violencia de arriba y por lo tanto también de abajo.

La solución económica

Lograda la solución fundamental, que es la política, solucionado el problema de la violencia, queda por resolver el problema económico.

La filosofía de la política económica debe ser la ruptura del círculo vicioso que nos impone la dependencia del capital extranjero y del gran capital nacional asociado a él.

Para la ruptura de este círculo sólo hay un camino: la activa participación del Estado en la vida económica, orientado por una política de liberación nacional y social.

No puede haber desarrollo económico armónico del país sin planificación de la economía y no puede haber planificación de la economía si el Estado no participa. Y no sólo debe participar planificando el desarrollo económico, sino que además debe controlar directamente los medios de producción, comercialización y financiación fundamentales.

Los 5 puntos mínimos para evitar la catástrofe nacional y salvar a la patria

Para alcanzar las condiciones que hagan verdaderamente posible la aplicación de la única solución que, como hemos dicho, es una política de liberación nacional y social, deben tomarse inmediatamente algunas medidas de emergencia que permitan salir del estancamiento y crisis actuales. Ellas son:

1. Renuncia de María E. Martínez a la presidencia de la Nación e inmediata convocatoria a elecciones.
2. Suspensión inmediata de la política represiva:
 - a) Levantamiento del estado de sitio.

- b) Derogación de la legislación represiva.
 - c) Libertad a todos los presos políticos, gremiales y estudiantiles.
 - d) Libertad de acción política y de prensa para todos los sectores del país.
 - e) Investigación, detención y castigo de todos los instigadores y ejecutores de los asesinatos cometidos por la AAA, incluido su jefe prófugo: José López Rega.
 - f) Retiro de las FF.AA. de Tucumán.
3. Vigencia plena de la democracia sindical, convocando a elecciones en todos los sindicatos intervenidos y modificando la actual Ley de Asociaciones Profesionales en lo que afecta a la democracia sindical.
 4. Aplicación inmediata de algunas medidas económicas de emergencia:
 - a) Retomar el impulso del comercio exterior con todos los países del mundo, en especial los países socialistas, que fuera abandonado luego de la muerte del Gral. Perón.
 - b) Suspender inmediatamente la transferencia de divisas al exterior que continuamente realizan las empresas monopólicas, autorizando sólo aquellas que son giradas en concepto de pago de importaciones de insumos críticos.
 - c) Moratoria de la deuda externa.
 - d) Modificación de la actual política de ingresos, trasladando ingresos de la oligarquía agropecuaria y de las multinacionales hacia la clase trabajadora, la pequeña y mediana empresa, tanto industrial como agropecuaria y al Estado.

Los mecanismos a aplicar para obtener este objetivo serán: modificación de la política impositiva; modificación de la política arancelaria para las importaciones y exportaciones; control popular de precios incluyendo control de costos de producción; precios máximos para los artículos de primera necesidad; vigencia del salario mínimo, vital y móvil, fortaleciendo el salario real.

- e) Política crediticia apoyada por el Estado orientada a consolidar la nueva política de ingresos, fomentando el desarrollo de las empresas estatales, de la pequeña y mediana empresa y fortaleciendo el salario real.
5. Inmediata autoconvocatoria del *Movimiento Peronista Auténtico* para cumplir con el rol del Movimiento de Liberación Nacional abandonado por los burócratas traidores que controlan las estructuras del MNJ.

Una vez constituido el MPA, convocar a la constitución del *Frente de Liberación Nacional* con todos los organismos políticos y gremiales que representen a los sectores sociales de la Nación dispuestos a la misión histórica de solucionar definitivamente la crisis de nuestro país por medio de la Liberación Nacional y Social.

Cabe, por último, una advertencia final. Si el gobierno y las FF.AA. no ponen en práctica estos puntos mínimos para evitar la catástrofe nacional y salvar a la Patria; si se insiste en marginar y

reprimir al pueblo, la crisis política y económica los arrastrará a todos a su propia destrucción.

La clase trabajadora y el pueblo en general, por el contrario, continuarán e intensificarán la guerra popular revolucionaria, articulando todos los métodos de lucha. El precio, no nos cabe duda, será mucho más alto. Lo pagaremos. *Todos los cómplices de esta crisis pasarán a la historia como responsables de la más grave tragedia del país.*

Nosotros, el pueblo entero, concretaremos heroicamente la liberación nacional y social; concretaremos la independencia económica, la soberanía política y la justicia social.

MONTONEROS

Conducción Nacional

[El Montonero n° 6, agosto de 1975. Reproducido en R. Baschetti (comp.): **Documentos 1973-1976, vol. II, La Plata, De la Campana, 1999, pp. 518-523**]

Documento n° 11: “Llenar el vacío de conducción: una necesidad impostergable del Movimiento de Liberación Nacional”.

Si aún quedaban dudas, el golpe puso totalmente en claro el panorama de la vereda de enfrente. Los militares son la vanguardia político-militar de nuestros enemigos; la fuerza de sus armas es el único apoyo serio del poder de los monopolios.

Esto es claro, y por eso esta pendiente la Revolución que la Argentina necesita.

Para llevarla a cabo, hay que tener claros también los problemas de nuestra vereda. Es preciso que los trabajadores, como columna vertebral del pueblo, cuenten con una conducción que exprese fielmente sus intereses, que reúna las fuerzas dispersas, que dirija el enfrentamiento a la dictadura. Una conducción que remonte, aprendiendo de los errores, el fracaso al que arrastró el peronismo traidor a todo un Movimiento.

La necesidad de esta conducción, de esta vanguardia, nace de la realidad concreta. Nunca han faltado partidos políticos y grupos de iluminados que, parados en un banquito, quieren imponerle su conducción al pueblo, autotitulándose vanguardia y enseñándole lo que debe hacer. Ellos se basan en principios teóricos de una filosofía universal. Después enfocan sus largavistas a la Argentina y solucionan alrededor de la mesa los problemas de los trabajadores. Sólo ellos se enteran de su condición de caudillos de las masas.

Esta no es la conducción que necesitamos. Una auténtica organización de vanguardia, no cae del cielo ni es el capricho de un dirigente. Todo lo contrario, nace de las luchas del pueblo, se foguea en el combate y en la conducción efectiva de las movilizaciones populares, demuestra en la práctica su fidelidad absoluta a los intereses de los trabajadores.

Montoneros recorrió ese camino, y es hoy, ya, la conducción de un conjunto cada vez más amplio y complejo de fuerzas organizadas en el Movimiento Peronista Auténtico —con sus agrupa-

ciones y milicias— y en el Ejército Montonero, con sus grupos de combate y sus unidades logísticas.

Nacimos combatiendo y crecimos conduciendo

Montoneros nació en las filas del Movimiento Peronista, al calor de las luchas de la Resistencia. Antes que las palabras, Montoneros habló con la boca de los fusiles. Irreductible en el enfrentamiento con la dictadura militar de la Revolución Argentina, y en la consigna “Perón vuelve”.

Perón conducía a las fuerzas populares y el papel que objetivamente jugó nuestra organización en aquella primera etapa fue el de una “formación especial”. Pero, aun así, la claridad acerca de quiénes eran los “leales” y quiénes eran los traidores en el peronismo, nos llevó a combatir a los burócratas y a apoyar la organización en todo el país de la Juventud Peronista, de los gremios combativos; y más tarde de la JTP, la JUP, la UES y la Agrupación Evita. Fue Montoneros quien propuso la consigna que levantó el movimiento en la campaña electoral: “Cámpora al gobierno, Perón al poder”. En estos esfuerzos cayeron peleando muchos de nuestros compañeros.

No fue casual que los grandes cartelones que cubrieron la Plaza de Mayo el 25 de mayo de 1973, mostraran a Montoneros encabezando la ofensiva popular.

A partir de allí, definimos con firmeza que la garantía del proceso era el concurso organizado de los trabajadores, su participación activa. Planteamos apoyar, defender y controlar al Gobierno. Después del 20 de junio, de Ezeiza, señalamos que el enemigo había comenzado rápidamente a golpear desde adentro del peronismo. Y el 22 de agosto, en un acto multitudinario en la cancha de Atlanta, el compañero Firmenich advirtió sobre los peligros de la candidatura de Isabel y ratificó nuestra convicción de que el proceso de Liberación debe ser conducido por los trabajadores y no por los reformistas. Montoneros va dejando de ser una parte más del Movimiento para pasar a ser la organización que encabeza la lucha contra la traición y el reformismo. Enfrentamos a la Ley de modificaciones al Código Penal, a los artículos de la Ley de Asociaciones Profesionales que atornillaban a la burocracia a sus sillones, criticamos al Pacto Social a favor de los patrones y estuvimos presentes en cada lucha reivindicativa del pueblo.

Cuando los errores cometidos desde la conducción comprometían al conjunto del proceso, no vacilamos en señalarlos, enfrentándonos con Perón, proponiendo las rectificaciones para reencauzarlo. El primero de mayo, nos retiramos de la Plaza. Estábamos convencidos de que ratificar las palabras del General era atentar contra el proceso de Liberación.

Muerto Perón, Isabel y el Brujo —y más tarde Isabel y la burocracia— precipitan el derrumbe de toda esperanza popular adoptando una política de hambre y represión. El 6 de septiembre de 1974, cuando probablemente la mayoría de nuestro pueblo aun confiaba en que subsistían posibilidades de que Isabel gobernara para los trabajadores, Montoneros plantea la ruptura con el gobierno, el inicio de la resistencia.

Nuestras definiciones resultaron tristemente ciertas, probando que habíamos hecho bien en dar un paso adelante. En los hechos,

encabezamos desde ese día la Resistencia, tratando de llenar el vacío de conducción del peronismo y el pueblo traicionados.

El movimiento en la encrucijada

El proceso de estos últimos tres años ha desembocado en la crisis definitiva de nuestro Movimiento. Pero la crisis no abarca sólo al peronismo, también arrastra a todos los demás sectores del campo popular.

Desde 1945, el peronismo ha sido el factor de reunión y la expresión política de los intereses concretos de los trabajadores. La clase obrera argentina, peronista en su abrumadora mayoría, fue el eje de la resistencia popular. Con formas primitivas de "organización" nucleado solamente por su identidad política y la conducción de su líder, el pueblo peronista fue capaz de derrotar una a una las sucesivas maniobras del imperialismo. Con esa experiencia, adentro de ella, se fueron desarrollando dos proyectos enfrentados dentro del Movimiento Peronista.

Hoy el peronismo está en crisis. Ya no existe la unidad en torno a una conducción, falta esa cabeza. La muerte del General deja huérfano al Movimiento, en gran parte por responsabilidad del mismo Perón. De su conducción nacieron tanto la posibilidad de que una pandilla de traidores se apodere del Justicialismo como las trabas para construir aquella "organización capaz de vencer al tiempo".

Pero, ¿qué es lo que está en crisis? Lo que está en crisis es la identidad política de la mayoría de los argentinos. Esa identificación que nace del reconocimiento popular a la conducción que los representa y los guía. La identidad política no surge de las banderas, sino de aquel que haya demostrado con hechos ser capaz de dirigir la lucha por ellas. Este es el caso de Perón y las tres banderas.

¿Cómo se ha arribado a esta crisis? A esta crisis se ha arribado por la subsistencia adentro del Movimiento Peronista de dos proyectos políticos irreconciliables: el de la traición y el de la revolución. El proyecto del peronismo oligarca, que pretende la conciliación de clases y practica una permanente negociación con los monopolios. Y, por otro lado, el proyecto de la lucha efectiva por las tres banderas.

Nosotros decíamos poco después del primero de mayo del 74: "¿Qué es el peronismo? Para respondernos comencemos por ver las tres banderas. Dos de ellas, la de la patria económicamente libre y políticamente soberana, nos indican que para ser peronista hay que ser nacionalista, es decir que hay que liberarse de los que están dominando nuestra Nación... los yanquis. La tercera bandera, la de la Justicia Social, nos indica que para ser peronistas hay que estar en contra de la explotación de los patrones sobre los obreros. En el 45 se intentó conseguirlo humanizando el capital, pero en el 55 los capitalistas nos dijeron con bombardeos que no estaban dispuestos a que los obreros les humanizaran su capital. Esto lo aprendimos todos y por eso el General nos enseñó que para conquistar la Justicia Social había que construir el Socialismo Nacional, y nosotros gritábamos de a miles por las calles PERON, EVITA, LA PATRIA SOCIALISTA..."

Nada de esto querían la burocracia ni Isabel: ellos hablaban de la "Argentina Potencia".

Después de ocho largos meses de Isabelato, después del golpe, la manifestación más clara de la crisis es la conciencia que tienen los trabajadores de que ese peronismo traicionó y que además ha sido totalmente derrotado.

Pero a la vez, saben que avanza el otro peronismo, el peronismo de las masas. El peronismo auténtico y revolucionario, conducido por Montoneros.

Cómo salimos del pozo

Decíamos que la crisis del movimiento popular es una crisis de su identidad política, nacida de una crisis de conducción que se origina en la existencia de dos proyectos antagónicos. Perón no podía evitar que esos dos proyectos entraran en colisión, pero podía demorar esa lucha o buscar un equilibrio por un tiempo. Pero Perón murió y hoy podemos afirmar que la única organización capaz de conducir a las masas peronistas es Montoneros.

De lo que se trata, entonces, es de afirmar la identidad política montonera. Esta afirmación parte de valorar y continuar los elementos positivos del peronismo, que son centralmente, como lo señalara **El Montonero** n° 11:

- » La conciencia política sintetizada en las tres banderas y forjada en la lucha de más de treinta años.
- » El claro concepto de que la clase obrera es la columna vertebral, la fuerza principal de todo proceso de Liberación.
- » La experiencia de un Movimiento como organización política del pueblo al margen del sistema demoliberal.
- » La necesidad de construir un Frente de Liberación para la alianza con todos los sectores de la Nación que estén dispuestos a enfrentar la penetración y la dominación imperialista.
- » La experiencia de la Guerra Integral como estrategia para la toma del poder, combinando todos los métodos de lucha.
- » La enseñanza de que los hombres mueren, pero la organización vence al tiempo, comprobada dolorosamente con la desaparición del Gral. Perón.

Esto supone recuperar la experiencia de lucha concreta, práctica diaria de los trabajadores peronistas, y negar las doctrinas de conciliación de clases, desmentidas una y otra vez por la realidad.

¿Por qué negar hoy definitivamente los elementos de conciliación? ¿Es que esto niega al Frente de Liberación? No, lo que sucede es que esa misma realidad nos muestra un momento de grave crisis en el desarrollo del sistema capitalista dependiente (ver nota sobre política económico-social del enemigo). No hay otra salida para los intereses de los trabajadores que dismantlar la estructura misma del sistema, no hay otra salida real que el socialismo. O se produce un brusco aumento de la concentración monopólica basado en la superexplotación de la clase obrera y el aniquilamiento de la pequeña burguesía.

Lo que antes era la designación de un objetivo estratégico, el socialismo, hoy es además la única solución practicable para lograr la felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación.

La lucha contra los intereses del imperialismo es irreconciliable. La Guerra Integral es la estrategia para derrotar a sus agentes nativos. Esta estrategia es la respuesta a la guerra sucia, de aniquilamiento que el enemigo —conciente de la situación— ha desatado contra el movimiento popular, al ver amenazada la base de su poder. La situación del movimiento de masas en una etapa como ésta, de enfrentamiento total político y militar, hace indispensable una conducción orgánica. Esta necesidad es la razón determinante para que Montoneros asuma la responsabilidad de transformarse: de organización político-militar en un vigoroso partido revolucionario.

Nuestra experiencia de conducción

La crisis del movimiento popular no se detuvo en las puertas de nuestra organización. En el trabajo de Montoneros también verificamos la crisis, que se puso de manifiesto en un techo, un tope en la capacidad de conducción de nuestras estructuras. Una organización que pretenda conducir debe organizarse a sí misma para esa tarea.

La crisis del movimiento popular y sus consecuencias en la organización, fogueada en la lucha y en la conducción, expresando siempre con su política los intereses de la clase trabajadora, debe transformarse ahora, para poder expresar orgánicamente a la clase obrera. El tránsito de OPM a Partido no es un mero cambio de nombre, ni de estructuras organizativas, ni de cantidad de miembros. Es un cambio cualitativo indispensable para legitimarnos como conducción del Movimiento Peronista que conduzca, a partir de sus sectores más avanzados, a todos los trabajadores y el pueblo en un poderoso Movimiento de Liberación Nacional y Social, y que garantice la hegemonía de los intereses de la clase obrera en el futuro FLN.

Garantizar nuestra fidelidad a los trabajadores

Nuestro Consejo Nacional planteaba en el mes de marzo:

“Hay que recordar que entre la conciencia y la acción existe la organización, o sea que para que el conocimiento conceptual o teórico se transforme en práctica concreta es necesaria la herramienta organizativa que lo haga posible. Por otra parte, la estructura organizativa presupone una concepción ideológica, dado que la ideología es el fundamento último de toda concepción y la estructura organizativa es el fruto de las exigencias de la acción orientada a su vez por la concepción. La estructura organizativa resulta, al fin de cuentas, el punto en el que se sintetizan la ideología, la concepción política y la acción que se pretende desarrollar”.

En consecuencia se hace necesario reflejar en nuestra organización dos principios centrales:

- » Por un lado, para que la conducción sea expresión orgánica legítima de los intereses de los trabajadores, incorporamos el principio de la democracia interna, que legitima a las direcciones. El momento máximo de este principio es el Congreso Nacional donde se eligen democráticamente las conducciones y se votan las orientaciones estratégicas, que garantizarán de allí en adelante el correcto centralismo en la ejecución. Al poner en marcha el centralismo democrático se asegura la construcción de la vanguardia ante las masas. Esto se logrará también poniendo en funcionamiento en las agrupaciones

mecanismos organizativos que garanticen el principio “los mejores, al Partido”.

- » El otro principio que desarrollamos es el de la especialización, para responder a la necesidad de conducir las múltiples formas de lucha. Por ejemplo, a la necesidad del enfrentamiento militar con nuestros enemigos respondemos con las estructuras del Ejército Montonero, y dotamos al Partido de las estructuras especializadas aptas para conducirlo, asegurando que la política de los trabajadores guíe al fusil. Por supuesto, esto no excluye que todo montonero deba tomar las armas. De la misma manera que todo cuadro debe propagandizar nuestra propuesta y organizar a las masas. Aunque habrá un cuerpo especializado en Propaganda y Adoctrinamiento que garantice la difusión y la información de nuestros análisis, acciones y propuestas para que todos puedan participar en igualdad de condiciones y que asegure la formulación de los cuadros orientando su reflexión.

Desde su nacimiento, nuestra organización se propuso expresar los intereses populares, y más específicamente los de la clase trabajadora. Nuestra política respondió siempre a esa orientación. Eso condujo a que la composición de clase de nuestra organización y de las fuerzas propias se fuera modificando a favor de los compañeros y agrupaciones del frente sindical.

Asimismo, en la evolución de las formas de vida de los cuadros se expresa concretamente la identificación de nuestra organización con la fuerza social revolucionaria.

El “centralismo” ya existía, pero al aumentar la cantidad y calidad de la fuerza propia, la centralización se vuelve incompatible con la “integralidad”. La solución es una sola: especializar las estructuras según las tareas o frentes a cubrir.

La otra característica es la existencia de mecanismos democráticos que sirven para legitimar y controlar a las conducciones. Poniendo en funcionamiento estos mecanismos se crea la condición básica necesaria para que la conducción sea la expresión orgánica de los conducidos, que es decir la expresión orgánica del todo ante las partes.

En otras palabras es crear la condición básica para expresar orgánicamente la voluntad revolucionaria de la clase obrera políticamente estructurada.

Pero hay que tener claro que “crear la condición básica” no basta para alcanzar el objetivo buscado. Somos concientes del desafío que significa lanzarnos a esta transformación en plena etapa defensiva, en plena clandestinidad y en plena campaña de aniquilamiento del enemigo sobre nosotros.

Si asumimos la responsabilidad de dar este paso, es porque tenemos la absoluta certeza de que es una necesidad impostergable del proceso revolucionario, una necesidad impostergable de nuestro movimiento. Y que, como tal, el esfuerzo será comprendido y asumido no sólo por nuestros cuadros actuales sino por el conjunto de los compañeros dirigentes, milicianos, soldados y activistas de nuestro Ejército y nuestro Movimiento.

[**Evita Montonera**, año 2, n° 13, abril-mayo de 1976, pp. 4-8]

**Documento nº 12:
"Conoce al enemigo y concóctete a vos mismo"**

En la frase del título está contenido el famoso consejo de Sun Tze, para "librar cien batallas sin conocer la derrota".

Pero seguir ese consejo cuando las fuerzas enfrentadas no son ejércitos convencionales, sino clases sociales y sus expresiones políticas, económicas y militares, no es cosa fácil.

Hay que saber definir la contradicción principal que opera en la realidad y determinar en consecuencia la composición de los dos grandes campos enfrentados (el propio y el enemigo), y de las fuerzas o sectores fluctuantes que conviene ganar o neutralizar. Estas definiciones determinan los componentes esenciales de nuestra política y no las vamos a reiterar aquí (Ver **Montonero** nº 11, 24-4-76). Basta reiterar una vez más que la política que estamos desarrollando consiste en tener permanentemente en primer plano esa contradicción principal, para acumular la mayor cantidad y calidad de fuerzas en el campo popular al mismo tiempo que desgastamos y disminuimos las fuerzas del campo enemigo (oligárquico-monopólico).

Para acumular poder en torno a la clase obrera y su Partido, nuestras propuestas políticas y organizativas deben servir al campo popular en su conjunto. Una de las primeras condiciones para que una política exprese concretamente los intereses históricos de la clase obrera, es que impida el aislamiento de la clase obrera en la lucha contra el enemigo principal (gran burguesía oligárquica y monopólica). Por eso es que en nuestras propuestas políticas y organizativas, además del Partido Montonero, hay un Movimiento Montonero (destinado a constituirse en la fuerza principal de un M.L.N. que expresa al Pueblo en su conjunto) y un Frente de Liberación Nacional (que es nuestra propuesta de alianza contra el imperialismo, dirigida a las clases o sectores de clase fluctuantes, o neutralizables cuando la relación de fuerzas se equilibre o comience a favorecer al campo popular).

Para disminuir las fuerzas del campo enemigo, nuestra propuesta es la guerra integral, popular y prolongada, que en esta etapa asume la forma de defensa activa mediante la resistencia popular en todas sus formas y la guerra de desgaste (Ver Conferencia de Prensa del Secretario Militar).

Pero el objeto de esta nota no es detenerse en estos lineamientos generales de nuestra política, que derivan de una caracterización de la contradicción principal, sino ir un poco más allá en la aplicación del principio de Sun Tze, repasando brevemente otras contradicciones que operan en cada uno de los dos grandes campos enfrentados. Nuestra caracterización de estas contradicciones secundarias determina los aspectos concretos de la estrategia, las tácticas y los métodos con que conducimos la lucha.

Algunas contradicciones de la política enemiga y cómo agudizarlas

1. Contradicción entre la necesidad de aniquilar rápidamente a la vanguardia de las fuerzas populares (para impedir la masificación de la lucha, para recuperar el crédito internacional y para mantener cohesionadas a las Fuerzas Armadas y a

los diversos sectores de las clases dominantes), y el gran desarrollo político y organizativo de las fuerzas populares, asentadas sobre la prolongada experiencia de lucha de las masas peronistas y alentadas por el descontento social, que se profundiza cada vez más por la prolongación de la crisis económica.

Para agudizar esta contradicción nuestra propuesta es:

- a) realizar una guerra de desgaste, eludiendo los enfrentamientos decisivos, hostigando y obligando a dispersarse al enemigo y contragolpeando en su centro de gravedad (Cardozo, S.S.F.), tantas veces como sea posible (Ejército Montonero, Milicias Montoneras y operaciones especiales);
 - b) masificar la participación de la clase obrera y el pueblo en la lucha, desarrollando acciones de fuerzas irregulares (milicias) y sabotaje a la producción (Milicias Montoneras, activismo, ver Orden General de la Campaña de Milicias);
 - c) dar prioridad a las acciones contra las patronales oligarcas y monopólicas y cualquier patronal en conflicto (Ejército Montonero, Milicias, activismo);
 - d) organizar en todo el país la CGT en la Resistencia e impulsar organismos de masas análogos en los demás frentes (agrupaciones del Movimiento Montonero, Milicias);
 - e) organizar el Movimiento Montonero para estructurar políticamente al pueblo y acumular poder en torno a la propuesta de Resistencia impulsada por nuestro Partido;
2. Contradicción entre la necesidad de presentar una imagen de estabilidad social y política y respeto a los derechos humanos, ante la opinión pública internacional y nacional, y la necesidad de llevar adelante una guerra sucia mediante secuestros, torturas salvajes y formas represivas sin precedentes.

Para agudizar esta contradicción, nuestro planteo es el desarrollo de una intensa campaña de denuncia en el país y en el extranjero, con todos los medios de difusión a nuestro alcance, y el mantenimiento de nuestra operatividad sobre los responsables represivos y sobre los representantes de empresas y entidades empresarias del campo enemigo, a fin de que sea evidente la justicia de nuestra causa, la falta de garantías para las inversiones y la incapacidad del gobierno para controlar la situación.

3. Contradicción entre las concepciones pseudo-nacionalistas y moralistas (con valores como Soberanía, Honor, Decencia, Austeridad, etc.) que el enemigo enarbola para estimular y mantener cohesionadas a sus fuerzas, y el carácter de testarferos a sueldo de grandes empresas de muchos cuadros de las FFAA que conducen esta guerra sucia con una nítida subordinación al imperialismo yanqui (cuya política para el Cono Sur otorga la primacía al Brasil y reserva a la Argentina un papel subordinado).

Para agudizar esta contradicción nuestra propuesta es destacar constantemente en nuestra propaganda el contraste entre el agresivo expansionismo brasileño, y la dedicación exclusiva de las FFAA. argentinas a la tarea de policía interna, en defensa

de los intereses de la oligarquía y de los monopolios. También proponemos poner en descubierto y denunciar los múltiples lazos empresariales, familiares y políticos que vinculan a las cúpulas militares con la oligarquía y los monopolios.

Pero por sobre todas las líneas de propaganda, pondremos el acento en la difusión nacional e internacional de las atrocidades represivas que son, en su conjunto, responsabilidad de las FF.AA. y que en muchos casos se realizan en los mismos institutos militares, como por ejemplo las torturas y asesinatos masivos que se cometen en la Escuela de Mecánica de la Armada, en Campo de Mayo, en el Reg. 1, en Villa Martelli (Bs. As.), o en Campo de la Ribera (Córdoba) o en Famailá (Tucumán), etc.

4. Contradicción entre la necesidad de presentar a la Dictadura Militar como expresión de los intereses de la Nación en su conjunto, y la realidad de ser la expresión de los intereses de una clase: la alta burguesía oligárquica y monopólica, que necesita consolidar su dominio sobre los demás sectores sociales del país.

Para contribuir a agudizar esta contradicción, hay que tener presente que la crisis económica, de por sí, estrecha enormemente los márgenes de la Dictadura para negociar cuotas de participación en el ingreso, con los diversos sectores sociales. Esto contribuye a sacar a luz las contradicciones, incluso las secundarias que enfrentan a los sectores de la gran burguesía industrial con la oligarquía terrateniente, que viene siendo el sector más favorecido por la política de Martínez de Hoz. Luchando en defensa del salario y contra el aumento del costo de la vida, presionando en las "Paritarias Montoneras" y atacando por todos los medios a las patronales oligárquicas y monopólicas contribuimos a agudizar esta contradicción, porque obligamos a las FF.AA. a jugar públicamente su papel de perros guardianes de los intereses antipopulares.

5. Contradicción entre la necesidad de obtener el apoyo de un sindicalismo amarillo y la necesidad de liquidar las conquistas obreras e impedir toda exteriorización de sus reivindicaciones y toda negociación obrero-patronal.

Para agudizar esta contradicción, el medio principal es indudablemente la organización de la CGT en la Resistencia, el desarrollo del sabotaje masivo y la presión por todos los medios para obtener de las patronales el respeto de las conquistas que tantos años de lucha costaron a la clase trabajadora.

Algunas contradicciones de nuestro propio planteo estratégico y cómo las enfrentamos

1. Contradicción entre la necesidad de ampliar la retaguardia organizada y la participación popular en la resistencia, y la retracción de la lucha de masas, producto de la crisis del peronismo, la liquidación de las organizaciones sindicales y el terror represivo.

Enfrentamos esta contradicción, en primer lugar, generando la CGT en la Resistencia e impulsando sus propuestas en defensa de las conquistas obreras y el salario; en segundo lugar impulsando organismos de masas análogos en los demás frentes; en

tercer lugar, generando el Movimiento Montonero; en cuarto lugar, demostrando prácticamente la posibilidad de una resistencia eficaz mediante el accionar de nuestro Ejército y nuestras Milicias; y en quinto lugar, lanzando una Campaña Nacional de Propaganda tendiente a difundir nuestras acciones y las acciones de protesta del campo popular en general, denunciar las atrocidades represivas y promover todas nuestras propuestas políticas.

También tiene mucho que ver con el tratamiento correcto de toda contradicción, nuestro modo de hacer la guerra en esta etapa, hostigando al enemigo en todas partes, arriesgando pocas fuerzas en cada acción y tratando de producirle muchas bajas y recuperar armamento. (Ver Conferencia de Prensa del Secretario Militar y Orden General de la Campaña Miliciana y los lineamientos de la Orden General de la Campaña de Propaganda).

2. Contradicción entre la necesidad de desarrollar propuestas políticas y organizativas en las que las masas obreras y populares se sientan expresadas y reconozcan la continuidad de sus luchas históricas, y la necesidad de impulsar propuestas y estructuras cualitativamente distintas a las del pasado.

Enfrentamos esta contradicción destacando el hecho de que, objetivamente, la transformación de nuestra Organización en Partido Revolucionario y la estructuración del peronismo obrero y popular en un Movimiento Montonero con una estrategia de guerra integral y una propuesta socialista, constituyen el punto más alto y más históricamente coherente con la experiencia peronista.

Definimos nuestra identidad política como un nacionalismo popular y revolucionario, y fundamentamos la propuesta socialista no sólo a partir de una postulación ideológica sino mediante el análisis de nuestra crisis económica concreta, fundamentalmente.

Sin perder de vista el frente principal, también al impulsar las reivindicaciones específicas de los frentes territorial y estudiantil, de los campesinos, de los profesionales, se aporta al mismo objetivo.

Fundamentamos la construcción del Partido en un análisis histórico del Movimiento Peronista y de nuestra propia experiencia como organización desarrollada en el seno del Movimiento Peronista. Con este método combatimos tanto la desviación infantilista de negar globalmente la experiencia peronista de la masa, como el procesismo movimientista que, con el tan conocido pretexto de "no aislarse", escamotea o retrasa las propuestas políticas y organizativas que representan un salto cualitativo para la clase obrera y los demás sectores populares que hasta el presente se definieron mayoritariamente por el peronismo.

3. Contradicción entre la necesidad de conducir a las masas populares y la estricta clandestinidad a que nos obliga la etapa.

Enfrentamos esta contradicción manteniendo diferenciadas las estructuras del Partido de las del Movimiento, y éstas de las de los organismos de masas, definiendo técnicas organizativas y de conducción específicas para cada nivel.

Además ponemos un esfuerzo extraordinario en el desarrollo de la prensa como principal instrumento de conducción de la etapa.

4. Contradicción entre la necesidad de desarrollar una intensa actividad interna y externa (a las estructuras del Partido y del Movimiento) para cumplir con nuestro rol de sintetizadores y conductores del conjunto, y la necesidad de preservar el funcionamiento de nuestro centro de gravedad amenazado por la ofensiva del enemigo.

Enfrentamos esta contradicción a partir de dos definiciones:

- a) El Partido es el centro de gravedad de la fuerza propia, y las conducciones locales, zonales y nacionales constituyen los centros de gravedad locales, zonales y nacional del Partido. De su continuidad activa depende la continuidad de nuestra estrategia en cada localidad, zona o a nivel nacional.
- b) El concepto de seguridad, en su sentido más amplio, significa la preservación de la posibilidad del triunfo estratégico. De modo que no hay seguridad si se preserva a la fuerza propia al costo de no cumplir con los objetivos políticos y militares establecidos, y hay una distorsión del principio de la seguridad si no se corren los riesgos demandados por el cumplimiento de las tareas definidas como prioritarias y si se corren los demandados por las secundarias.

Por eso, para enfrentar esta contradicción y mantener un adecuado equilibrio que nos permita mantener y acrecentar nuestra fuerza, una condición previa es que el conjunto de la fuerza propia tenga asimilada nuestra estrategia global y sea, por lo tanto, capaz de distinguir entre tareas principales y secundarias y dosificar en consecuencia los riesgos.

Otra condición consiste en el mejoramiento constante de las técnicas y métodos organizativos y el aumento de la eficiencia en la aplicación de las normas de seguridad.

Una tercera condición es mantener fuera del alcance del enemigo, pero cumpliendo su rol, al centro de gravedad de la fuerza propia, lo cual es muy difícil de realizar en una guerra como la nuestra, sin territorio liberado y sin una retaguardia sólida y estable. Esto conduce necesariamente a la solución del problema mediante el aparato propio, que es el único que puede proveer los recursos, los cuadros y las técnicas organizativas rigurosas necesarios para mantener estabilizadas y en funcionamiento a las estructuras de conducción, locales, zonales y nacional.

Pero la cuarta y última condición consiste justamente en no generalizar el criterio explicado en la condición anterior, a todas las estructuras del Partido y del Movimiento. Si se pretendiera resolver el funcionamiento y la seguridad de todas las estructuras con criterios aparatistas, no sólo habría un problema de recursos sino que, además, se cometería un grave error político, al no expandir los problemas de la guerra hacia los frentes de masas. Sin la participación de las masas la posibilidad del triunfo estratégico no existe, y éste sería, por lo tanto, un caso típico en el que la preservación de algunas estructuras atentaría contra el principio de seguridad en su acepción más amplia.

5. Contradicción entre la necesidad de desarrollar estructuras, métodos operativos y tácticas de fuerzas militares regulares, y la necesidad de masificar la participación popular en la gue-

rra mediante el desarrollo de estructuras, métodos operativos y tácticas de fuerzas irregulares.

Resolvemos esta contradicción diferenciando la estructura del ejército de la de Milicias. Mientras la primera se instruye y organiza como las fuerzas regulares, y opera como "formación reagrupable" (fuerza regular en el ataque e irregular en la aproximación y retirada), la segunda se estructura en base a las agrupaciones políticas, se instruye como fuerza irregular y opera como tal. (Ver recuadro en la Sección del Ejército Montonero, sobre primeros lineamientos de una doctrina de la complementación e integración de ambas estructuras).

6. Contradicción entre la necesidad de estimular y desarrollar los mecanismos de participación propios de la democracia interna, que están implícitos en nuestra propuesta de construcción del Partido, y la necesidad de conducir al conjunto en una etapa de defensiva estratégica y bajo una campaña de cerco y aniquilamiento lanzada por el enemigo.

Nos vemos obligados a enfrentar esta contradicción en esta etapa porque este es el momento de la crisis política de la masa peronista y, a su vez, el momento de más aguda crisis económica y política del capitalismo dependiente en nuestro país. No podemos postergar nuestra transformación en Partido. Para enfrentarla hemos empezado por generar la condición básica, transformando nuestras estructuras de organización político-militar, en estructuras de partido.

En segundo lugar, estamos desarrollando una prensa partidaria concebida como instrumento de conducción y de información para el conjunto de los cuadros del Partido y del Movimiento Montonero. Proporcionar una mejor visión de conjunto a cada compañero, es una condición necesaria para su participación real en la elaboración de las decisiones estratégicas.

En tercer lugar, estamos impulsando una política de formación masiva de cuadros;

por último, y dentro de lo que las condiciones de la guerra nos permiten, vamos poniendo en movimiento los mecanismos de participación democrática, que deben funcionar permanentemente a través de las estructuras y cuyo momento culminante será nuestro Primer Congreso.

Pero mientras estos pasos se van cumpliendo, las estructuras nacionales, zonales y locales de conducción, seguirán manteniendo férreamente centralizado el mando y dando las respuestas que el desarrollo del enfrentamiento vaya requiriendo. Para eso cuentan con la guía del Plan de Acción, que fue elaborado durante varios meses, con la participación de un conjunto amplio de cuadros de conducción y cuyos lineamientos generales quedan sintéticamente expuestos en este artículo, en los fundamentos de las Ordenes Generales de Campañas y en los documentos políticos que va dando a conocer nuestro Partido.

Para cerrar esta nota conviene subrayar una idea básica: es el desarrollo del enfrentamiento en el plano de la contradicción principal, lo que determina que las contradicciones secundarias del campo enemigo o del campo popular se agudicen o tiendan a resolverse.

Trabajar correctamente sobre las contradicciones secundarias, incide en el plano principal del enfrentamiento porque contribuye a acumular poder en el campo propio y a restar poder al campo enemigo. Pero una estrategia que se concentra en explotar una que otra contradicción secundaria del campo enemigo y coloca en segundo plano a la contradicción principal conduce necesariamente a la derrota.

El elemento central de nuestra estrategia en la etapa es impulsar la organización y movilización de las masas obreras y populares, porque es el factor que más decisivamente influye en alterar la relación de fuerzas global con el bloque enemigo. Todos los esfuerzos políticos y militares que realicemos, se subordinan en última instancia a ese objetivo.

[Evita Montonera, año II, n° 14, octubre de 1976, pp. 5-12]

Documento n° 13: “Un balance de 1976. Resistencia Peronista, Resistencia Montonera”

No se trata de hacer un balance de 1976 para ver si el resultado es positivo o negativo, si hay un saldo que beneficia al Pueblo en su lucha por la liberación. Si bien el año calendario termina, no ocurre lo mismo con el proceso político, que no cierra un ciclo completo dentro del cual hacer ese balance. Corresponde analizar el proceso en su evolución, para encontrar las variables que lo determinan y sacar conclusiones sobre cómo evoluciona la relación de fuerzas entre el pueblo y la más sanguinaria Dictadura Militar. Planificar entonces hacia dónde, por dónde, cómo movernos durante 1977. para ir mejorando esa relación de fuerzas, desgastar al enemigo, acumular fuerzas para el pueblo, en todas las formas posibles a nuestro alcance.

I. LA OFENSIVA OLIGÁRQUICO IMPERIALISTA

El golpe del 24 de marzo constituye la formalización de un cambio de etapa con un reordenamiento de los campos enfrentados, un salto en la relación de fuerzas entre el Pueblo y su enemigo, a favor de éste, y fue la única alternativa que dispusieron las clases dominantes para enfrentar la situación. Una vez más, las fuerzas armadas asumen explícitamente su papel de Partido Político-Militar de la oligarquía y los monopolios.

Otra Dictadura que viene a “arreglar” (léase “arrasar”) al país. Los milicos, desde Mitre a la fecha, nunca se equivocaron (salvo excepciones casi individuales que ellos mismos aplastaron, como el General Perón): sus camarillas dirigentes siempre enfrentaron al Pueblo y utilizaron a las fuerzas armadas como fuerza de reserva para restaurar permanentemente los intereses imperialistas.

TIENE SU ORIGEN EN LA CRISIS ECONÓMICA DEL CAPITALISMO MONOPÓLICO. A un pico coyuntural de la crisis monopólica, se suma la crisis definitiva del capitalismo dependiente de Argentina, que paraliza y retrotrae el desarrollo de las fuerzas productivas.

En crisis la economía “occidental y cristiana”, hemos de pagar los platos rotos los que, como Argentina, estamos para sufrir

las consecuencias con nuestra economía dependiente. Pero además de la crisis importada tenemos la propia que se suma. Una situación grave, que impone medidas drásticas, una “operación quirúrgica”. Esa operación de cirugía mayor significa que los milicos, con sus bayonetas, han de cercenar al Pueblo hasta el último de sus derechos, para alimentar la voracidad de las clases dominantes. Y tratarán de garantizar que nadie se subleve, porque la operación es muy profunda y sin anestesia.

SU CONCRECIÓN ES EL CIERRE DE UN CICLO QUE SE INICIA EN 1973,

cuando luego del triunfo del 11 de marzo fracasa la ofensiva popular. La crisis definitiva del Movimiento Peronista y la traición de Isabel y López Rega desde el gobierno, impiden al campo popular generar un centro de gravedad alrededor del cual conservar y acumular fuerzas, y las mismas se dispersan cuando no son destruidas. La camarilla de Isabel pretende acumular poder para sí, pero su carencia casi absoluta de representatividad hace que su fuerza sea meramente superestructural, y desaparece cuando son desplazados del Gobierno. Simultáneamente, el enemigo coloca a las fuerzas armadas y los monopolios en el centro de su dispositivo, y acumula poder a su alrededor. Ese avance permanente de la oligarquía y los monopolios culmina con el asalto al poder por parte de las fuerzas armadas, que se apoderan del Estado para administrar ese poder e imponer su política al conjunto.

CONSTITUYE UN SALTO EN EL PROCESO DE ACUMULACIÓN DE PODER DEL ENEMIGO, que descarta la variante populista del gobierno de Isabel, al que desplaza para formalizar el comienzo de una ofensiva generalizada sobre el campo popular. El 24 de marzo el enemigo logra la máxima concentración de fuerzas, para conducir en forma centralizada esa ofensiva.

Unificados alrededor de un proyecto de poder, enfrentados abiertamente al agonizante gobierno de Isabel, participan activamente de este golpe: la oligarquía, los monopolios imperialistas y la alta burguesía nacional, sumando las expectativas de los sectores medios de la economía nacional y algunos sectores de la pequeña burguesía, espantados por el desquicio que significó el último período del gobierno de Isabel, y preocupados por el avance relativo de las fuerzas revolucionarias en el campo popular. Dispusieron en aquel entonces del máximo de poder en términos absolutos, y para seguir avanzando en la relación de fuerzas se aprestaron para destruir totalmente el campo popular.

LA OFENSIVA DEL ENEMIGO SE DESARROLLA SOBRE LOS EJES CLÁSICOS con que la oligarquía y los monopolios enfrentaron siempre estas crisis en nuestro país.

Por un lado, se trata de equilibrar la balanza de pagos, disminuyendo las importaciones y apoyando “desinteresadamente” la expansión de la oligarquía para obtener saldos exportables.

Otro problema crítico es renegociar la deuda externa, que significa arrodillarse ante los dueños de las finanzas internacionales, garantizándoles óptimas condiciones para que vengan a explotarnos, y entonces nos prestan plata para que les paguemos la deuda a ellos y nos endeudemos aún más. Persiguen como objetivos de corto plazo aliviar la situación para encarar la solu-

ción de otros problemas, como el de la recesión industrial, que significa que la producción industrial está muy por debajo de la capacidad instalada. La solución va por la concentración monopólica, eliminando del escenario a la pequeña y mediana empresa nacional, para que toda la producción industrial colocable en el mercado quede en manos de los monopolios, que además tienen piedra libre para exprimir al mango a los trabajadores y mantener sus ganancias.

Después está el déficit del presupuesto nacional; que reducen liquidando todo lo que el Estado debería brindar al pueblo: salud, educación, transporte, comunicaciones, etc., y dejando en la calle a 300.000 trabajadores. Para redondear la cosa rematan las empresas estatales que han de parar a manos privadas (léase extranjeras).

Y por último, frenar la inflación; que debería lograrse congelando los salarios por supuesto, no es cuestión de ser incoherentes y taponar los precios.

Para agredir de esta manera los intereses nacionales, reventar con esta saña a los trabajadores, hay que ponerse a cubierto de cualquier resistencia por parte de los “incomprendidos que niegan su apoyo al proceso”. O sea, hay que destruir al campo popular, aniquilando sus fuerzas organizadas, y todos aquellos elementos que puedan obstaculizar esta ofensiva Imperialista.

Ahí están los ejes; veamos qué ha pasado este año, es decir, en qué medida ha logrado la Dictadura sus objetivos, y de qué manera el pueblo ha logrado obstaculizar ese avance, desgastando su ofensiva.

1. LA OFENSIVA MILITAR SOBRE EL ESPACIO POPULAR ORGANIZADO es a fondo. Discriminando los objetivos según el alcance y representatividad popular (lo que ellos llaman peligrosidad) han buscado la neutralización, la disolución o el aniquilamiento de las fuerzas populares, combinando con eficacia los diversos métodos de lucha contrarrevolucionaria. El despliegue de las fuerzas represivas, con su aparato militar, la legislación represiva y la carta blanca para “luchar contra la subversión” con métodos no convencionales (es decir, cometiendo las atrocidades que cada uno pueda imaginarse con la garantía de quedarse corto), tiende a ocupar la totalidad del espacio político (y geográfico), centrando su accionar en inmovilizar a la clase trabajadora y aniquilar a las fuerzas revolucionarias, objetivos concurrentes entre sí. Se interviene a la CGT, y particularmente a los gremios más poderosos, ligados a las industrias más dinámicas y concentradas (UOM, SMATA, Textiles, etc.), se reforma la ley de contrato de trabajo y se congela en los hechos la ley de asociaciones profesionales, ya que no logran sintetizar otra en su reemplazo por contradicciones internas. Sumado a esto se disuelvan los partidos políticos, se liquida todo vestigio de prensa popular, y a través de la censura y autocensura vuelcan la actividad de la prensa legal a una total obsecuencia con la Dictadura. Logran estos objetivos en forma rápida, casi sin obstáculos, y liquidan así todo margen de resistencia desde los organismos de masas gremiales y políticos dentro de la legalidad enmudeciendo la protesta popular y tergiversando la realidad.

Queda la resistencia de las fuerzas semilegales y clandestinas: se trata de aniquilar, como organismos y en las personas de sus militantes, a todas las fuerzas revolucionarias e incluso progresistas. Aquí radica el problema central de la destrucción de las fuerzas organizadas del campo popular, y los esfuerzos empeñados por la Dictadura son proporcionales a esa importancia. A lo largo de 1976, las fuertes bajas sufridas en sus cuadros de conducción, militantes de las distintas organizaciones y activistas de agrupaciones, al par que la destrucción de buena parte de la logística, dejan a estas fuerzas con sus capacidades de ejecución (que depende de la cantidad de cuadros organizados) a un nivel relativamente bajo, mientras que debilitan aunque menos sus capacidades de conducción (calidad de los cuadros organizados). La tendencia en este terreno indica que aún han de obtener nuevas victorias militares frente a las fuerzas revolucionarias pero la ocupación militar del espacio popular entrará en contradicción con la crisis económica y política de la dictadura, que provoca la reacción popular, disminuyendo la eficacia real de esas victorias, y regenerará en parte a las fuerzas destruidas.

2. LA DICTADURA MILITAR PIERDE CASI TOTALMENTE EL ESPACIO POLÍTICO que generaba la expectativa de los sectores medios. Repudiada por todos los sectores populares, enfrentada a la burguesía nacional por su política económica, no logra ni siquiera el apoyo de la Iglesia, que en un principio se insinuó en la persona del ultrarreaccionario Bonamín, pero que se quebró, estando en estos momentos reducida a una relación oficial, fría y alejada. Su espacio queda circunscripto a la alta burguesía nacional, la oligarquía y los monopolios; la única expectativa política parcial que aún despierta en los sectores medios más reaccionarios, está basada en la posibilidad del aniquilamiento de las fuerzas revolucionarias. Aquí la tendencia es que mantenga su aislamiento, empeorando su situación en la medida que los sectores populares hoy neutralizados, se vayan sumando paulatinamente a la resistencia activa, y a su vez se vayan profundizando las contradicciones internas en el seno de sus propias fuerzas.

Esas contradicciones internas están originadas centralmente en la disputa entre la oligarquía y los monopolios para ocupar el eje de la política económica, hoy ocupado por la oligarquía (sectores agroexportadores), y un derivado directo de esto que es el papel que le corresponde al sindicalismo, no logrado aún sintetizar en una nueva ley de asociaciones profesionales. Como elementos menores aparece la indefinición sobre si la conducción es la Junta Militar o el Presidente y su Gabinete (problemas con la hegemonía del Ejército, la mayor o menor apertura política, etc.).

También en el plano internacional su espacio inicial, generado en la expectativa de normalización ante el vacío de poder del gobierno de Isabel, con marchas y contramarchas, se va achicando, aumentando simultáneamente el desprestigio de la Dictadura por —entre otras cosas— el reiterado ataque a los derechos humanos y la desconfianza que genera un régimen dictatorial como garantía de estabilidad institucional.

3. LA POLÍTICA ECONÓMICA DE MARTÍNEZ DE HOZ, en el marco general de un estrepitoso fracaso en cuanto a las metas pro-

puestas para este año, se anota unos pocos éxitos de corto plazo. El único objetivo logrado fue —cabalgando sobre el máximo de expectativas que despertó inicialmente el golpe en el mundo capitalista— obtener los créditos internacionales suficientes para refinanciar los vencimientos de corto plazo de la deuda externa, aliviando así la agobiada balanza de pagos y evitando caer en la cesación de pagos. Fuera de eso todos son fracasos totales o parciales. Aún el gran proyecto de exportación de cereales que, con una cosecha record, no se logra aprovechar plenamente por la caída brusca del precio internacional y las dificultades de colocación en el mercado. Se logra no obstante, equilibrar la balanza de pagos, al elevado costo de disminuir drásticamente las importaciones de materias primas y productos semielaborados esenciales para la producción industrial local, manteniendo por lo tanto la recesión en la industria.

Sobre este problema no hay avance alguno. Para salir de la recesión los monopolios y Martínez de Hoz chocan con obstáculos: por un lado, al ser nuestra economía capitalista dependiente, necesita insumos importados, y toda expansión de la industria hace crecer las importaciones, provocando déficit en la balanza de pagos. Por otro lado, nuestra producción industrial no es exportable (que de eso se encargan los monopolios desde los países imperialistas) sino para el consumo interno, que bajó globalmente 7% en tres meses (julio-agosto-setiembre) por la espantosa caída del poder adquisitivo de los salarios, que no se pueden subir porque mantenerlos en bajos niveles es la base del programa antiinflacionario. Así que por ahora se dedican a chocar contra los obstáculos, no avanzaron ni un centímetro.

En cuanto al salario real, bajó de un índice de 127 en 1975 (respecto de un índice 100 en 1960) a 72 en 1976, una caída de alrededor del 45%.

La inflación en 1976 fue mayor aún que en 1975, y aunque se amparen en la “herencia del gobierno anterior”, bueno es recordar que en diciembre los precios crecieron 14,3 % y en enero la cosa pinta peor para los fines de Martínez de Hoz que es un aumento máximo del 5 ó 6 % mensual.

De inversiones extranjeras o capitales privados argentinos que regresarían al país no se habla, porque con la recesión no hay espacio para las actuales instalaciones y menos si vienen otros. Ni siquiera se tomaron el trabajo de reglamentar la ley de inversiones extranjeras.

La reducción arancelaria a las importaciones de productos terminados avanza en comprimir aún más el espacio, sobre todo a las empresas de capital nacional, que deben competir desventajosamente con los productos importados, frutos de una mayor tecnología (mayor calidad y menor costo), sin la barrera de protección que significaban esos aranceles. Amplían así la agresión económica a nuevos sectores de la burguesía nacional.

Para reducir el déficit del presupuesto nacional de 1976 no se pudo hacer nada, aunque se perfilan los métodos que aplicarán en 1977. Por un lado reducir al mínimo las inversiones y gastos públicos, dejando al pueblo sin servicios sociales; por otro, elevar al máximo la presión tributaria, y finalmente, la racionalización (despidos de personal).

Y aquí es donde Martínez de Hoz (y milicos específicamente) chocarán con la movilización, que les hizo fracasar el plan del 76. SEGBA fue y es una muestra del alto costo que deberán pagar en 1977 para cesantear 300.000 trabajadores, que por supuesto no ingresarán en las industrias en expansión —que no las hay— sino en la masa de desocupados. Y bueno es aclararlo, prescindir de esos 300.000 obreros y empleados, beneficia a la contabilidad del Estado recién en 1978, puesto que las indemnizaciones consumirán buena parte de lo que ahorran con los despidos.

La tendencia en este aspecto es una agudización de la crisis, ya que los éxitos relativos de 1976 (entre los que pueden anotarse la contención de la inflación en junio y julio) son fruto de la expectativa política que todo nuevo régimen despierta, que en este caso existió, pero que a 10 meses de instalado se convirtió en una cerrada oposición popular que no ha de revertirse.

II. RESISTENCIA POPULAR A LA DICTADURA MILITAR

1. EXPECTATIVAS EN MARZO, REPUDIO EN DICIEMBRE. Ya de entrada por el origen político (derrocamiento del gobierno peronista) y sus primeras medidas (intervención de la CGT), la Dictadura Militar cierra las expectativas de la clase trabajadora, que pasa rápidamente a la resistencia activa.

No ocurre lo mismo con los sectores medios, en los que el vacío de poder, la inmoralidad, la ridiculez del gobierno de Isabel, la preocupación por el “avance del caos y la subversión”, son elementos que los empujan a cifrar expectativas en un cambio de aire, con perspectivas de estabilidad y orden. Pero la feroz agresión económica de que son objeto, los sangrientos crímenes que cometen los milicos, la falta de normalización (pacificación) los aparta primero y los enfrenta después. La ausencia total de espacio político en menos de un año, si bien es un elemento que no se puede medir en términos concretos, es un obstáculo crítico para la estabilidad de la Dictadura, que no puede remediarse con la ocupación militar. Tanto la “libertadora”, como la dictadura de Onganía, cuando quedaron aisladas, sin el mínimo espacio que genera la expectativa, no tuvieron chance y debieron batirse en retirada, maniobrando con distintas variantes pseudo-nacionalistas, “democráticas”, etc.

2. SABOTAJE, BOICOT, HUELGAS, PAROS, MOVILIZACIONES. Este gobierno ha sido uno de los que más rápidamente tuvo que enfrentar la resistencia activa de la clase trabajadora. Desde el primer día el boicot y el sabotaje se hicieron presentes, y el repudio a la Dictadura alcanza el primer pico a escasos cuatro meses de instalada, con la huelga general de SMATA, en Buenos Aires. A partir de ese momento, innumerables huelgas, paros, movilizaciones parciales, se suceden en los principales centros industriales, con expresiones de envergadura en las huelgas y movilizaciones de SEGBA, portuarios, y en los abandonos de planta en Córdoba. Los elementos centrales que se desprenden de esta rápida y activa respuesta son, en primer lugar, la decisión de la clase trabajadora de resistir a los planes de explotación de la dictadura; en segundo lugar, por realizarse al margen de la

burocracia sindical pero en el marco de los organismos de masas gremiales legales, semilegales o clandestinos, demuestran una vez más su conciencia política y capacidad de organización, al regenerar sus organismos de base esenciales para la defensa de sus reivindicaciones. En tercer lugar, la vulnerabilidad de los planes de la Dictadura en este terreno ya que en un elevado porcentaje en estos conflictos se obtienen parcial o totalmente los objetivos (aumentos de las patronales al margen de la política oficial, reincorporación de personal, y en el caso de SEGBA, frenar la racionalización en lo inmediato). En cuarto lugar, las dificultades que tienen las fuerzas armadas de controlar militarmente este tipo de lucha los obliga a una conducción operativa de muy alto nivel para evitar errores tácticos de graves consecuencias, y porque no alcanzan los objetivos de impedir la lucha, y si ésta se da, derrotarla.

3. EN EL TERRENO DE LA LUCHA ARMADA, la Dictadura no tuvo el campo libre de obstáculos precisamente. Múltiples operaciones militares se desarrollaron durante el año; y van desde el ataque individual al ataque masivo, con la incorporación de una nueva táctica que causó estragos (cargas explosivas en sus madrigueras); produciendo fuertes golpes tanto entre sus efectivos militares como entre la patronal, con más de trescientas bajas entre muertos y heridos. Pero más que las bajas en sí, lo que más interesa es la demostración de que es posible continuar con el hostigamiento militar, y de la vulnerabilidad del enemigo (que conspira contra su pretendida imagen de estabilidad); adecuando las tácticas y ligando permanentemente el accionar armado con la necesidad de sostener y ampliar el espacio político. También en este terreno hay que señalar el heroico comportamiento de la inmensa mayoría de los compañeros, que resistieron los ataques del enemigo y convirtieron en verdaderas batallas lo que antes era un simple allanamiento, obligando a actuar a fuertes contingentes, con ametralladoras pesadas, e incluso piezas de artillería.

4. EN LA POLITICA INTERNACIONAL, facilitado por las características de la Dictadura Militar, las fuerzas populares logran importantes avances. No es simplemente un espacio político que abandona parcialmente la Dictadura por desgaste; su retroceso es gran parte provocado por el avance de las fuerzas populares, que logran imponer poco a poco la verdadera caracterización de esta sanguinaria ofensiva imperialista, legitimar y propagandizar la heroica resistencia popular, cuestionando seriamente las perspectivas de estabilidad que despertó en su comienzo la dictadura de Videla. Los hechos más destacados de política internacional que fundamentan este avance son: campaña de propaganda y difusión de la resistencia del pueblo argentino en Europa y América Latina; constitución de organismos que luchan por la vigencia de derechos humanos y democráticos; relaciones con organismos internacionales como Amnistía Internacional, Tribunal Russell II, etc; relaciones con la socialdemocracia europea y denuncias en el Congreso Norteamericano; presencia del Movimiento y el Partido a través de giras internacionales, en especial una relación estrecha con nuestros hermanos palestinos; presencia más estable y profunda en algunos países socialistas.

III. MONTONEROS ENCABEZA LA RESISTENCIA POPULAR

Ante esta ofensiva imperialista sobre el pueblo, corresponde tomar los aspectos específicos del accionar de nuestro Partido como parte de las fuerzas organizadas del campo popular.

Tomado el campo popular en su conjunto, no somos la única fuerza organizada que se mueve en su seno. La lucha popular se expresa en múltiples y diversas formas, desde los organismos de masas sindicales, los organismos de masas barriales, estudiantiles, las agrupaciones político-gremiales, los partidos políticos populares, etc. Todos constituyen un amplio espectro de fuerzas, dentro del cual, nuestro Partido, el Movimiento Montonero y el conjunto de sus fuerzas propias, constituyen una fuerza más, pero que al mismo tiempo tiene una cualidad diferenciada. Desarrolla una lucha integral, unificando todas las formas de lucha en una única estrategia, buscando ejercer la conducción del conjunto de las fuerzas populares a través del accionar de las demás fuerzas populares.

Maniobrando en el seno del campo popular, nuestro accionar no escapa a las leyes generales que impone la situación de defensiva estratégica en que se encuentra el conjunto de las fuerzas populares; y sufrimos las consecuencias de la ofensiva de la Dictadura Militar, que es particularmente intensa sobre nuestras propias fuerzas.

En esta situación, a lo largo de 1976, el accionar de nuestra Organización se caracteriza por:

1. Realizamos una correcta caracterización de la etapa en sus aspectos centrales: crisis definitiva del sistema capitalista dependiente, incapaz de promover el desarrollo de las fuerzas productivas en nuestro país, más allá de las maniobras de corto alcance que realice el régimen de turno, en particular la actual Dictadura Militar; crisis definitiva del Movimiento Peronista tal como fue concebido y desarrollado por Perón, por agotamiento de las condiciones estructurales que le dieron origen; naturaleza de la ofensiva imperialista como un régimen oligárquico-imperialista ferozmente represivo. En función de ello, generamos las políticas esenciales para abarcar y conducir el espacio popular, poniéndonos a la cabeza de la resistencia a la dictadura de Videla; reestructuración de la Organización, iniciando las transformaciones internas que nos conviertan en un Partido capaz de ejercer la conducción de las fuerzas populares. Lanzamiento de la CGT en la Resistencia, poniendo un centro aglutinante a las luchas de la clase trabajadora que habría de librar ante la feroz agresión de las clases dominantes; diagnosticando además que la Dictadura no tendría margen económico (y consecuentemente) para normalizar la CGT. Convocatoria a constituir el Movimiento Montonero, impulsando un proceso de salto cualitativo del Movimiento Peronista, sentando las bases para la construcción del Movimiento de Liberación Nacional. Ese conjunto de propuestas idéntica, en el corto y mediano plazo, a las múltiples formas de resistencia popular, más allá de la cristalización orgánica de esa adhesión, que por las características de la etapa no se dará con claridad.
2. Participamos activamente en la resistencia, siendo la principal fuerza organizada del campo popular, y quienes casi con

exclusividad desarrollamos la resistencia armada. Impulsamos, profundizamos o nos sumamos a las múltiples movilizaciones de la clase trabajadora; conduciendo directamente, a través de alianzas con otros sectores sindicales, o impulsando indirectamente nuestras propuestas en los conflictos. Se movilizan bajo nuestra influencia un elevado porcentaje de trabajadores de las plantas de mayor concentración. En los últimos cuatro meses del año, por ejemplo, en zona oeste del Gran Buenos Aires, se movilizan alrededor de 25.000 trabajadores metalúrgicos, mecánicos y textiles, con nuestras propuestas. Impulsamos el sabotaje con buenos resultados, apoyando militarmente a los conflictos.

3. Nuestro Partido y el Movimiento reciben serios golpes del enemigo, que destruyen sensiblemente la fuerza organizada y la logística, disminuyendo sensiblemente nuestra capacidad de ejecución y afectando en menor grado la capacidad de conducción. Estos golpes, en términos absolutos son significativos, pero distan mucho del aniquilamiento, y su naturaleza debe enmarcarse en la etapa que atraviesa el campo popular. De lo contrario, aparece la tentación de dejarse llevar por planteos idealistas y revisionistas, tratando de encontrar alguna propuesta que, de haberla llevado adelante, hubiera servido para evitar bajas y terminar el año en una situación cualitativamente diferente.

Para hacer un correcto análisis de las consecuencias de la ofensiva de la Dictadura sobre nuestras fuerzas, se debe tener en cuenta

- a) La relación de fuerzas entre los campos enfrentados, y los principios que rigen su modificación. El enemigo fue modificando a su favor esa relación desde 1973, en un largo proceso de acumulación cuantitativa que le permitió dar el salto con el golpe del 24 de marzo, y formalizar el inicio de la ofensiva. Las consecuencias de la ofensiva son inevitables en sus aspectos centrales, y en el corto plazo, porque están determinadas por esa relación de fuerzas, que es la consecuencia de dos años y medio de retroceso popular. No existen respuestas mágicas que modifiquen instantáneamente —no en el corto plazo— esa relación y esas consecuencias. Sí debe iniciarse el largo proceso de acumulación de fuerzas y desgaste del enemigo para frenar su ofensiva, modificando la relación de fuerzas a favor del Pueblo.
- b) El destinatario de la ofensiva es el campo popular; particularmente sus fuerzas organizadas son atacadas militarmente. El Pueblo en su conjunto pierde el 50 % del poder adquisitivo del salario, salud, educación, derechos de expresión, agremiación, etc.; y sus fuerzas organizadas son golpeadas militarmente. Somos la principal fuerza organizada del campo popular, y destinatarios del principal esfuerzo militar de la Dictadura. Para modificar cualitativamente las consecuencias de esa ofensiva debíamos abandonar el campo popular, es decir, dejar de luchar en defensa de sus intereses. Lo que es absolutamente incorrecto, por supuesto.
- c) Además de estos elementos determinantes, están los condicionantes, que giran alrededor de la capacidad de maniobra para disminuir los golpes al mínimo. En este terreno es po-

sible avanzar mucho más, adaptando nuestras fuerzas a las características de la ofensiva enemiga, evitando tener que lamentar bajas inútiles.

IV. ALGUNOS PRINCIPIOS A TENER EN CUENTA

Corresponde dejar sentados algunos principios, cuyo manejo puede ayudarnos a desarrollar más eficazmente la resistencia a lo largo de 1977.

1. OCUPACION MILITAR DEL ESPACIO POPULAR. La Dictadura está obligada a ocupar militarmente el campo popular, porque la crisis económica y la solución que le imponen, generan la pérdida total del control político de ese espacio. En la medida que no modifique esta ausencia de espacio político, la ofensiva militar está condenada a un estancamiento, ya que por un lado no puede destruir el espacio, es decir, aniquilar a la fuerza social que lo constituye; y por otro, la existencia de esa fuerza social (el Pueblo) enfrentada a la Dictadura, la obliga a un eterno despliegue sin poder consolidarse, a un permanente desgaste. Pueden aniquilar miles de activistas, pero mientras subsista ese espacio enfrentado, sin ningún tipo de expectativas, las victorias militares se vuelven inconducentes porque las fuerzas organizadas vuelven a regenerarse. De ahí el concepto que dice: para alcanzar el éxito toda victoria militar debe estar precedida o acompañada por una victoria política.

La actual ofensiva militar de la Dictadura, en la medida que no obtenga éxitos en el terreno económico, y por ende político, no podrá seguir avanzando mucho más del actual nivel, ni lograr el aniquilamiento de las fuerzas revolucionarias. Excepto, claro está, que éstas equivoquen su accionar y se separen del espacio popular.

2. RELACION ENTRE ESPACIO POLITICO Y FUERZAS ORGANIZADAS. La existencia del espacio político no presupone su organicidad concreta. Esta relación se modifica según la etapa en que se desarrolla el proceso. En particular, en la defensiva estratégica corresponde ampliar al máximo el espacio político, que implica la existencia de propuestas que generen, profundicen y engloben todas las múltiples expresiones de resistencia popular. Esta ampliación del espacio político no se corresponde con una elevada organicidad, que recién empieza a concretarse (a nivel de masas) con el inicio de la contraofensiva. El conjunto del campo popular se mantiene disperso, permanentemente golpeado por el enemigo, unificado por el enemigo común y la propuesta de resistencia, concentrándose ante cada movilización, diluyéndose luego. Es necesaria, no obstante, la existencia de un centro de gravedad, de un polo de conducción, que haga converger sobre sí, las múltiples y más o menos dispersas formas organizativas en que se desarrolla la resistencia. Sin este elemento, la dispersión es total y no hay acumulación de fuerzas.

3. RELACION CONDUCCION-EJECUCION. Coincidente con lo anterior, corresponde en la defensiva estratégica, por un lado, generar un polo de conducción, centro de gravedad del espacio político, cuya tarea es impulsar y conducir las propuestas de la

resistencia, y alrededor del cual acumular fuerzas. Simultáneamente, se impone la máxima descentralización en la ejecución, permitiendo con la máxima simplicidad orgánica y máxima iniciativa, desarrollar la resistencia. En nuestro caso, la existencia del Partido Montonero, manteniendo su capacidad de conducción, no implica que mantenga una elevada capacidad de ejecución centralizada. Conserva, eso sí, su capacidad de sintetizar la realidad y elaborar las propuestas adecuadas. Debe generar además, las herramientas para conducir el espacio político, que es el Movimiento Montonero. El Movimiento Montonero debe tener una existencia real como superestructura (referente político de las masas); y simultáneamente desarrollar al máximo sus agrupaciones de base, en las cuales descansa la responsabilidad de la ejecución de las tareas que exige la resistencia. Sin embargo, no existirá inmediatamente una continuidad orgánica entre esa superestructura y las agrupaciones de base.

[Evita Montonera, año III, n° 15, febrero de 1977, pp. 2-11]

V. Documentos del Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo

Documento n° 14:

“Ante las posibilidades democráticas forjar y fortalecer la unidad. Informe sobre la situación nacional presentado al Comité Central de nuestro partido por nuestro secretario general, Mario Roberto Santucho”.

Al analizar bajo la potente luz del marxismo-leninismo las perspectivas de la lucha de clases en nuestro país nuestro Partido señaló la posibilidad de un paso atrás democrático de la burguesía. En octubre de 1974 dijimos: “La camarilla de López Rega trabaja en el intento de aplastar a nuestro pueblo y establecer un régimen fascista. Ese plan fracasará y en lugar de imponer un chaleco de fuerza a las masas como pretenden, sólo lograrán establecer un gobierno policial a la defensiva, lleno de fisuras, impotente para dominar la rebeldía popular...”

Aún más, es probable que la poderosa respuesta de las masas provoque la crisis del gobierno peronista, obligue al enemigo a introducir cambios consistentes en un reforzamiento del aparato represivo con plena participación militar o un momentáneo retroceso táctico basado en ciertas concesiones democráticas.

Porque para hacer frente con la fuerza a la movilización de nuestro pueblo, los capitalistas necesariamente deben basarse en el despliegue de las FFAA. contrarrevolucionarias.

El fracaso de la cruzada represiva en las próximas semanas y meses colocará entonces, a la burguesía ante dos opciones:

- a) Reforzar de inmediato el aparato represivo bajo conducción militar con los cambios políticos que ello implica.
- b) Dar un paso atrás cediendo en lo democrático temporalmente para estar en mejores condiciones de pasar en pocos meses a la Dictadura Militar.”

En noviembre de 1974 reafirmamos:

“La fuerza de la lucha de masas —armada y no armada—, la impracticabilidad e ineficacia de la política represiva gubernamental y su deficitaria preparación política y militar para enfrentar al pueblo con planes coherentes, coloca a la burguesía ante una difícil encrucijada. Tal como viene insistiendo nuestro Partido, los explotadores y opresores deben optar por sacar el Ejército a la calle, introducir modificaciones en el gobierno y establecer de inmediato un Estado Policial dirigido por el Partido Militar, o retroceder momentáneamente cediendo en lo democrático para reorganizarse y preparar adecuadamente un nuevo intento contrarrevolucionario, posiblemente de fachada peruanista. Pasar de inmediato al Estado Policial tiene la dificultad para el enemigo de partir de una posición defensiva acentuada. Ceder en lo democrático favorecerá un nuevo impulso de la movilización de amplias masas y el mayor enraizamiento de la guerrilla. Pese a los inconvenientes que saben les acarrearán, los explotadores y opresores se orientan claramente a redoblar la represión, a incorporar al ejército abiertamente a las actividades contrarrevolucionarias. Es el mal menor de la encrucijada en que se encuentran. Pero la intensificación de la lucha popular, la evidencia de que en sus actividades represivas deberán chocar con amplias masas movilizadas, sin estar ellos en condiciones de aplastar militarmente esa movilización, puede obligarlos a inclinarse por ceder, por retroceder momentáneamente”.

“Es indudable que recuperar terreno en lo democrático es lo más favorable a la clase obrera y el pueblo en la medida en que proporcionará a las fuerzas progresistas y revolucionarias, oxígeno en cantidad para que la simiente revolucionaria crezca y se extienda más rápidamente. Nuevas conquistas democráticas darán un impulso formidable a la movilización reivindicativa y política, abrirán brechas para la propaganda revolucionaria en el propio muro del aparato de control gubernamental, en una palabra, permitirán que rápidamente amplias capas de la clase obrera y el pueblo se sumen al proceso de revolucionarización de nuestro pueblo, al proceso de despertar político e ideológico que los argentinos vivimos intensamente”.

En el curso de la agudización de la lucha de clases, debido tanto a la política de despliegue popular como a la debilidad inmediata político-militar del ejército opresor, nuestro Partido pronosticó la posibilidad de un breve periodo democrático previo a la instauración definitiva del régimen dictatorial contrainsurgente que necesariamente establecerán la burguesía y el imperialismo para hacer frente al redoblado oleaje revolucionario y que se derrumbará con la muerte definitiva del nefasto sistema capitalista. Nuestro Partido señalaba esta posibilidad —repetimos— considerando que la gran debilidad del Ejército opresor y el accionar guerrillero lo podría obligar a permitir un breve gobierno relativamente democrático, con el fin de conseguir un respiro para preparar planes contrarrevolucionarios posibles de aplicar.

Posibilidades democráticas

Hoy, el desmoronamiento del gobierno peronista, la aguda lucha entre distintas facciones del Partido de gobierno, la carencia de posibilidades de recambio en manos del Partido Militar, frente a la poderosa movilización de masas y al incesante fortalecimiento de las fuerzas revolucionarias, pone a la orden del día la posibi-

lidad de ese “paso atrás democrático”, la posibilidad de importantes concesiones en el terreno de las libertades, la posibilidad de que la burguesía liberal y las masas populares se proyecten nuevamente a un primer plano, agitando banderas de pacificación y libertad, y lleguen a concretar importantes conquistas democráticas hondamente sentidas por nuestro pueblo.

La posición liberal burguesa y la posición proletaria

En esta situación de extrema inestabilidad, donde toma cuerpo, como dijimos, la necesidad de la liberalización, del diálogo, de la consulta, de la pacificación, se presentan dos tipos de posiciones democráticas, la solución burguesa y la solución proletaria. La primera, con propuestas que buscan limitar todo lo posible la participación obrera y popular y restringir la deliberación a los sectores “representativos” (Partidos políticos legales, burocracia sindical, Partido militar, etc.), remarcando la vigencia de las “instituciones”. En este tipo de propuestas se inscriben los intentos de revitalización de la Hora del Pueblo, del Gabinete Cívico-Militar, etc., etc. La propuesta proletaria en cambio, coincidente con la anterior en la mayor parte de los puntos programáticos (libertad de los presos políticos, erradicación del terrorismo de derecha, plena vigencia de las libertades democráticas, etc.) se diferencia por su democratismo consecuente, por llevar su cuestionamiento al propio sistema, por plantear la más amplia participación de todo el pueblo en la búsqueda de una salida a la crisis actual, a través de la inmediata convocatoria a una Asamblea Constituyente, en elecciones enteramente libres, sin proscripciones de ninguna clase.

Asamblea Constituyente libre y soberana

Porque como lo reconoce la opinión pública estamos frente a una crisis que echa sus raíces en las bases mismas del sistema capitalista argentino. Y para enfrentar esta enfermedad es necesario indudablemente revisar las bases jurídicas en que se asienta este injusto sistema retrógrado, es necesario formular con plena participación popular una Constitución Nacional con espíritu de democracia social, es decir, de verdadera democracia, que asegure un real ejercicio de la soberanía por el pueblo, sin injerencias de ninguna clase de “factores de poder”, sin injerencia de los monopolios, sin la injerencia de los mandos militares, sin injerencia de camarillas aventureras.

Una Asamblea Constituyente absolutamente libre y soberana estará en condiciones de echar sólidas bases para la pacificación y reorganización del país, podrá garantizar el verdadero ejercicio de la voluntad popular, posibilitar que millones de argentinos contribuyan con su opinión al necesario debate sobre el futuro del país, discutan cómo solucionar la crisis, se interesen por profundizar en el análisis de los problemas y estén por lo tanto, en condiciones de luchar conscientemente por las mejores soluciones.

En 1949 el gobierno peronista realizó una Asamblea Constituyente y modificó la Carta Magna; en 1957, después del golpe militar de 1955, se convocó y reunió nuevamente una Asamblea Constituyente para reorganizar el país; recientemente Rocamora anunció el propósito gubernamental de llamar a una Asamblea Constituyente para reformar la Constitución, sin duda como parte de su proyecto fascistoide. Actualmente la Asamblea Constituyente es una necesidad ante la grave situación que requiere la atención de cada uno de los argentinos.

En la medida que una Asamblea Constituyente libre y soberana adopte justas disposiciones de fondo para solucionar la crisis y preservar los intereses de las mayorías laboriosas, sus disposiciones serán defendidas con uñas y dientes por las más amplias masas populares.

Tal es la salida proletaria, consecuentemente democrática, a la profunda crisis que vivimos.

Remarcar las coincidencias

El triunfo de la movilización popular que selló la suerte de la camarilla de López Rega derribando a su jefe, marcó el fracaso definitivo del intento fascistoide y sorprendió al ejército opresor sin recambio coherente para afrontar la crisis, sin reservas estratégicas para controlar la situación y ante serias dificultades tácticas bajo el acoso creciente de unidades guerrilleras en franco desarrollo.

En tanto, el frente opositor que se venía insinuando contra los aspectos más represivos y antipopulares de la política gubernamental, tiende a coincidir con sectores de la burocracia sindical y del Partido Justicialista en la lucha contra los restos de la camarilla de López Rega y a constituir amplísima base para impulsar un programa de libertades y pacificación que interesa a distintas clases sociales desde el proletariado hasta la burguesía democrática.

Con esta posibilidad en nuestras manos corresponde remarcar las coincidencias y bregar sin sectarismos junto a todos aquellos que defienden:

1. la libertad de todos los presos políticos;
2. la derogación de la legislación represiva;
3. la eliminación del terrorismo de derecha, es decir del terrorismo gubernamental de las AAA;
4. congelamiento del costo de vida y aumentos dignos de salarios establecidos por convenciones paritarias.

Nuestro Partido, dirección político-militar del ERP —como ya lo manifestara públicamente en octubre de 1974— está dispuesto a contribuir a la pacificación del país, suspendiendo toda clase de operaciones guerrilleras a cambio de la libertad de los presos políticos y la derogación de la legislación represiva.

La burguesía en el GAN y ahora

Aquellas personas que por su formación ideológica burguesa están acostumbradas a pensar de acuerdo a la lógica formal, encontrarán contradictorio que frente al gobierno parlamentario de Cámpora que cedió la libertad de los presos y amplia legalidad, nuestro Partido haya resuelto continuar las operaciones guerrilleras contra el ejército opresor y las empresas imperialistas, y ahora, ante la posibilidad de un gobierno formalmente similar anuncie que suspendería el accionar armado. Es que el contexto de la lucha de clases en que uno y otro se dan los hace diametralmente diferentes. Mientras el gobierno de Cámpora y Perón encerraba un serio peligro para las fuerzas revolucionarias argentinas, en la medida que contaba con algunas posibilidades de engañar o distraer a sectores de las masas, contener su lucha y engendrar así posibilidades de estabilización capitalista, en la si-

tuación actual una apertura democrática constituiría en realidad un alto el fuego entre el pueblo argentino y sus enemigos que no implica riesgos para nuestro pueblo, que no constituye base alguna para la estabilidad capitalista.

De ello se desprende, del significado concreto de una y otra “democratización”, que fue enteramente correcto enfrentar el ensayo peronista y cerrarle toda posibilidad de estabilización con la movilización de masas y el accionar guerrillero y que ahora es también enteramente justa la disposición de nuestro Partido a apoyar los esfuerzos de democratización de la burguesía liberal, incluso con la suspensión del accionar guerrillero. Como enseña el marxismo-leninismo, la verdad es siempre concreta.

Recapitulación

En síntesis, el espectacular derrumbe del gobierno peronista ha dejado al país a la deriva. El Partido Militar, última reserva del capitalismo, se encuentra incapacitado para intervenir, porque no cuenta con proyectos gubernamentales inmediatos y porque afronta serios inconvenientes frente a la guerrilla. Es así que comienzan a tomar cuerpo posiciones democráticas que responden en mayor o menor medida a profundas aspiraciones del pueblo argentino. Es tarea fundamental del presente fortalecer las perspectivas de democratización en torno a un programa básico por la libertad de los presos políticos, la derogación de la legislación represiva, la eliminación del terrorismo de las Tres A y salarios dignos para los trabajadores. Tras esos objetivos pueden y deben unirse sectores diversos, desde las fuerzas revolucionarias hasta sectores vacilantes y aun contrarrevolucionarios que se verán obligados a aceptar una posible democratización. Porque como decía nuestro Partido: “La política desesperada del gobierno peronista, rompe la frágil ‘unidad nacional’ que construyó el Partido Militar mediante el GAN. El paso a la oposición de importantes sectores políticos no proletarios que se está produciendo, en consecuencia, pone a la orden del día la construcción de un amplio Frente Democrático y Patriótico. En ese frente la clase obrera y el pueblo se unirán a sectores vacilantes, guiados por objetivos no revolucionarios, que constantemente presionarán por la conciliación. Es por ello fundamental —para lograr que un frente de esa naturaleza brinde resultados favorables a la revolución nacional y social— contar con un sólido frente obrero y popular que se constituya en núcleo fundamental del Frente Democrático y Patriótico e imponga en su seno las líneas generales de la política revolucionaria”.¹

Pero el proletariado y el pueblo decididamente progresista y antiimperialista no deben atarse las manos por esta necesaria y heterogénea unidad. “El proletariado jamás olvidará que los demócratas burgueses no pueden ser demócratas seguros. El proletariado prestará su apoyo a la democracia burguesa no sobre la base de eventuales pactos, referentes a no provocar terror pánico, ni porque la considera una aliada segura; apoyará a la democracia burguesa mientras ésta combata realmente a la autocracia. Este apoyo es necesario en interés de la conquista de los propios objetivos sociales, revolucionarios, del proletariado”.²

Marchando junto a todos por el programa antedicho, la clase obrera levantará su propuesta consecuentemente democrática de Asamblea Constituyente absolutamente libre y soberana, con

la que propugnará la más amplia participación obrera y popular en la deliberación sobre los destinos del país, consciente de que la más amplia y genuina movilización democrática de las masas populares es parte inseparable de la lucha política y armada, de la guerra revolucionaria que nuestro pueblo libra por su liberación nacional y social.

Las tareas de los revolucionarios

En estas circunstancias es tarea primordial de los revolucionarios forjar y fortalecer la unidad, creando un fuerte núcleo frentista proletario y popular integrado por las corrientes consecuentes y buscar a través de él la unidad con los demás sectores democráticos.

Mantener e intensificar la lucha política y armada, hostigando al enemigo para obligarlo a ceder.

Multiplicar la difusión de las ideas revolucionarias del Partido, llevando su línea a las masas en forma intensa y variada. En momentos como el actual, de enorme interés y participación de las masas, el rol de la agitación y la propaganda crece inconmensurablemente.

La situación es de una riqueza extraordinaria. En todo el país gruesos destacamentos de combatientes populares acuden decididos a las primeras líneas de fuego, incorporándose a las organizaciones revolucionarias; miles y decenas de miles de trabajadores salen decididamente a la calle a defender con firmeza su nivel de vida, abriéndose a las ideas revolucionarias, las masas se agitan, entran en ebullición y llenan generosamente de recursos a las fuerzas revolucionarias. El camino hacia la revolución socialista se ensancha e ilumina bajo el impulso de la multitudinaria usina de las masas. Nuestro Partido y nuestro Ejército Guerrillero rebosantes de ardor y combatividad, pondrán todo de sí para canalizar con efectividad el inmenso potencial revolucionario de las masas, pondrán todo de sí por estar a la altura de las circunstancias.

¹ Editorial de *El Combatiente* n° 143, 13-11-74.

² Lenin, *Obras Completas*, Tomo 8, p. 76.

[*El Combatiente* n° 174, Editorial, 21/07/75]

Documento n° 15: “Habla el ERP argentino: ‘Nos encontramos en una situación pre-revolucionaria’.”

La Argentina se ha visto convulsionada en los últimos días por enfrentamientos a gran escala entre las organizaciones guerrilleras y unidades del ejército en distintos puntos del país.

La intensificación de la lucha armada a todos los niveles llevó al gobierno interino de Ítalo Luder a crear, el 6 de octubre, un “Consejo de Seguridad Interna” destinado exclusivamente a coordinar la lucha antiguerrillera.

Un día antes, el 5 de octubre, comandos armados de “Montoneros” (peronistas de izquierda) atacaron en 4 puntos distintos al cuartel del Regimiento del Monte —cuerpo antiguerrillero—, mientras, simultáneamente, otras unidades se tomaban el aeropuerto de la ciudad de Formosa y secuestraban un avión de Aerolíneas Argentinas.

Dos días después, el 7 de octubre, en la provincia de Tucumán, tropas del ejército sostuvieron un prolongado combate con una columna guerrillera del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) que arrojó un elevado número de bajas de ambos lados.

Ante el recrudescimiento de las acciones armadas por parte de las organizaciones guerrilleras argentinas, ha aumentado el interés de la opinión pública internacional por conocer más de cerca sus planteamientos, experiencia de lucha y objetivos estratégicos. En vista de lo anterior, **Alternativa** publica a continuación el texto de una entrevista concedida recientemente por un integrante del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP/PRT) al Servicio de Información (ID) de Frankfurt, Alemania Federal.

—¿Cuándo y bajo qué condiciones surgió su organización armada, el Ejército Revolucionario del Pueblo ERP?

—El surgimiento del ERP está ligado al desarrollo de la lucha de clases en Argentina, sobre todo desde el derrocamiento del régimen peronista en 1955. A partir de ese momento el movimiento obrero comenzó a desarrollar formas de lucha, entre ellas también formas de lucha armada y acciones de sabotaje. Con el triunfo de la revolución cubana (1959) se producen algunos intentos de desarrollo de la lucha de guerrilla, en especial en la Provincia de Tucumán y al norte de ésta, en la zona de la frontera con Bolivia.

En 1966 se instaura en Argentina la dictadura militar con el General Onganía. Esta dictadura realiza una represión sangrienta de los movimientos obreros y estudiantiles y crea una situación en la que se reducen cada vez más las posibilidades de una lucha pacífica y legal. La represión de los obreros por parte del ejército, que protege los intereses de los capitalistas, se hace cada día más cruel, muy especialmente en la región de Tucumán.

Para proceder contra esta política de la dictadura militar, algunos grupos de obreros se acercaron a nuestro partido y propusieron la iniciación de la lucha armada. Estas fueron las primeras unidades, los primeros fundamentos del ERP. El paso decisivo para la conformación del Ejército Revolucionario del Pueblo fueron los sucesos de Córdoba en 1969 (el “Cordobazo”).

Hasta 1969 se había presentado, en el seno de nuestro partido y de toda la izquierda argentina, una intensa discusión en torno a la lucha armada. El “Cordobazo” (sublevación de Córdoba) puso punto final a la discusión. Este “Cordobazo” fue la demostración de que para determinados sectores de la clase obrera las acciones armadas —como la sublevación— eran formas que debían ser aprovechadas y que se debían continuar desarrollando.

P. ¿Cómo surgió su organización política, el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores)?

R. Nuestro partido nació antes que el Ejército Popular; era pequeño y se encontraba concentrado en Buenos Aires, Córdoba y Tucumán; fueron trabajadores de nuestro partido los que realizaron en 1968 las primeras acciones armadas, cuando la dictadura militar cerró una fábrica de azúcar. Desde el “Cordobazo” al que le sucedieron levantamientos similares y grandes huelgas en otras ciudades, como por ejemplo en Mendoza, nuestro partido decidió reunir todas las diferentes unidades y grupos armados, para

organizarlos en el Ejército Revolucionario Popular. Es decir que el surgimiento del ERP se origina en las sublevaciones armadas que se presentaron en diferentes zonas y provincias del país.

El programa del ERP fue, por lo tanto, antiimperialista (expulsión del imperialismo norteamericano) y en pro de la liberación nacional, por la lucha contra la dictadura militar y no —como el de nuestro partido el PRT— marxista-leninista.

P. ¿Cómo ven ustedes la relación entre la lucha política y la lucha militar? ¿Y qué organismos políticos existen que propendan hacia la construcción de un poder autónomo, concretamente el poder popular?

R. De acuerdo con nuestro análisis, en Argentina se está desarrollando, desde el “Cordobazo”, una guerra revolucionaria. Y también se está desarrollando un proceso en el que los trabajadores construyen sus propios organismos de poder para la conquista del poder político. En Argentina estos organismos de poder se desarrollan en consonancia con la lucha de clases.

Nosotros creemos que el desarrollo del “poder local” (organismos de poder a nivel local) ya está en marcha. ¿Qué organismos de poder local tenemos hasta ahora en Argentina? El “Cordobazo” y las sublevaciones subsiguientes destruyeron la política económica de la burguesía y dieron también grandes batallas contra la burocracia sindical. Pero no pasaron de allí. El siguiente paso es, pues, unificar estas formas de organización de las luchas, de manera que de allí resulte el control sobre un sector fabril, sobre una zona y sobre una provincia. Mediante estos controles se deben solucionar los problemas inmediatos de los trabajadores.

La experiencia de la huelga de Villa Constitución demostró que en luchas de la clase obrera y del pueblo está el germen del “poder local” que se enfrenta al poder del estado burgués y ejerce estrictamente el control sobre la zona.

A ello va ligado el problema del desarrollo del poder militar. Partimos del hecho de que no se puede construir el poder popular sin construir al mismo tiempo el poder militar. Ya que —como lo ha demostrado también Chile— en los momentos decisivos la burguesía está dispuesta a llevar a cabo una masacre.

Esto es considerado por nosotros como una cuestión estratégica: construcción del ejército popular paralelamente al poder popular. No afirmamos que el ERP sea la única organización armada del pueblo; más bien es el hecho de que dentro del contexto de la construcción del poder popular se constituyen también otras formaciones armadas: milicias obreras, grupos armados de obreros, tal como se conformaron durante el largo conflicto de Villa Constitución, ya que las fuerzas represivas del ejército argentino atacaron la zona. En la actualidad puede decirse que como no existe un partido revolucionario que dirija la totalidad de las luchas, por ello la lucha tiene un carácter local y también el desarrollo del poder popular es (aún) igualmente local.

A la vez, creemos que mientras las luchas sean dirigidas en forma local, la posibilidad de reprimirlas es grande. En la huelga de Villa Constitución los trabajadores decidieron, en asambleas de fábrica, abandonar las empresas para no exponerse a la represión brutal. Fuera de ellas, continuaron la lucha. Evitaron una

masacre, se organizaron en los barrios urbanos y la huelga culminó con el triunfo de los trabajadores: los dirigentes sindicales detenidos fueron liberados.

P. ¿Existen relaciones o alianzas con otras organizaciones de la izquierda revolucionaria en Argentina, ya sean organizaciones armadas o partidos?

R. Bajo la dictadura militar (que fue derrocada en 1973) luchamos junto con otras organizaciones armadas, en especial con la izquierda peronista, para derrocar la dictadura. Ello no obstante, existían y existen grandes divergencias entre nosotros, por ejemplo, en lo que se refiere a la valoración del peronismo, lo que nunca ha impedido que luchemos juntos. Así, nuestros periódicos publican, por ejemplo, todas las acciones de los Montoneros y viceversa. También ha existido en algunos casos unidad de acción. No ocultamos nuestras diferencias pero nos encontramos en un permanente debate político e ideológico.

Los compañeros de la izquierda peronista consideran, por ejemplo que el peronismo es el movimiento histórico de liberación del pueblo argentino; ellos dicen: la lucha del pueblo es una lucha nacional contra el imperialismo. Nosotros afirmamos, por el contrario, que el peronismo es un movimiento de muchas clases, “policlasista”, y que está controlado por la burguesía. Esta es la divergencia fundamental entre nosotros. Sin embargo, creemos que en el peronismo hay corrientes progresistas con las cuales podemos conformar un frente amplio para la liberación, nacional y social, pero que este frente no debe ser dirigido por el peronismo, a causa del fuerte control que ejerce la burguesía sobre este movimiento.

P. ¿La solución de ustedes será una nueva dictadura militar?

R. No. Esta “solución” no es posible. Los militares están fuertemente divididos. Existen más o menos cinco tendencias en el ejército. La fracción fascista, o sea la fracción pinochetista, no controla el ejército. A ello se añade el hecho de que el ejército argentino afronta una guerra popular. Nosotros, el ERP, hemos asestado fuertes golpes al ejército.

P. ¿Pero, por otro lado, el movimiento de masas argentino no está tan avanzado cómo para que el pueblo pueda asumir el poder?

R. Pero de otra parte, no conocemos con precisión el nivel de la movilización... De todas maneras es una gran prueba de fuerzas entre el movimiento obrero y la burguesía. La burguesía está desconcertada, tiene miedo. En Argentina nos encontramos en una situación pre-revolucionaria.

[Revista **Alternativa** n° 55, Bogotá, 13 al 20 de octubre de 1975, pp. 26-27]

Documento n° 16: “Editorial: Generalización de la Guerra Revolucionaria”

En el mes de octubre, se reunieron en Montevideo los mandos de los Ejércitos Contrarrevolucionarios de toda América latina. El tema de la reunión: la guerrilla y cómo enfrentarla. Este reaccionario encuentro de los perros guardianes del imperialismo norteamericano, fue realizado a instancias de éste. Allí, el impe-

rialismo yanqui y los jefes militares latinoamericanos se definieron abiertamente por la guerra total a las fuerzas revolucionarias latinoamericanas en general y en especial contra las de nuestro pueblo. El Gral. Videla sintetizó las aspiraciones contrarrevolucionarias del imperialismo y sus lacayos y el reconocimiento del estado de guerra afirmando: “tendrán que morir todos los que sean necesarios”.

Los yanquis lograron que los ejércitos contrarrevolucionarios latinoamericanos comprometieran su mutua ayuda para enfrentar los movimientos guerrilleros más desarrollados, quedando sus fuerzas armadas como reserva estratégica. Por ejemplo para enfrentar una fuerza guerrillera en el monte, de más de mil hombres en nuestro país acudirían en socorro del ejército opresor argentino fuerzas militares contrarrevolucionarias de los países limítrofes. Y si la guerrilla superara los 2000 hombres intervenirían las FF.AA. norteamericanas.

Actualmente, y cumpliendo esas orientaciones, vienen a la Argentina —aunque también lo hacían antes— miembros de la oficialidad de varios ejércitos latinoamericanos, y mayoritariamente yanquis, que cumpliendo con su rol de mercenarios a sueldo del imperialismo se entrenan en la lucha antiguerrillera y toman conocimiento, en particular de la situación en Tucumán.

Sumamente preocupados y temerosos ante el incontenible avance y desarrollo de la guerra revolucionaria a lo largo de nuestro continente, los esbirros armados de los explotadores de los pueblos latinoamericanos estrechan filas, se disponen a utilizar todos sus recursos, olvidando una vez más, que de nada le sirvieron en casos similares, olvidando que ni el napalm, ni los bombardeos aéreos, ni el empleo de las armas más modernas, ni las feroces masacres contra los pobladores lograron aplastar la victoriosa y heroica rebeldía de los pueblos hermanos de Vietnam, Laos, Camboya.

La guerra revolucionaria en la Argentina

“Nadie puede ya dudarlo. La guerra civil revolucionaria se ha generalizado en la Argentina. Todo el país está en guerra y se trata de una guerra total y en todos los dominios. De un lado el ejército opresor despliega toda su barbarie represiva, toda su mentirosa propaganda, todos sus medios legales e ilegales de presión, con el apoyo político y material cada vez más activo del imperialismo yanqui, y con el apoyo decidido de las empresas nacionales y extranjeras, los terratenientes, parte de la jerarquía eclesiástica, los grupos fascistas y los políticos entreguistas más recalcitrantes. Del otro bando las fuerzas guerrilleras, rurales y urbanas, nuestro Partido y otras corrientes políticas revolucionarias, y amplios sectores obreros, campesinos, villeros, estudiantiles que vanguardizan la lucha popular con la simpatía y el apoyo cada vez más activo de las masas obreras y populares del pueblo argentino y la simpatía del proletariado internacional canalizado en un apoyo aún reducido” (Mario Roberto Santucho, **El Combatiente** n° 190).

Esta guerra se inició hace solo 6 años, cuando el proletariado cordobés y todo el pueblo de esa ciudad hicieron trizas en el histórico Cordobazo los planes de la dictadura militar de Onganía. Desde esa fecha hasta ahora, con enormes sacrificios y un

extraordinario e indomable espíritu de lucha y rebeldía, la clase obrera y el pueblo argentino han construido una aguerrida fuerza guerrillera y han continuado en una ofensiva permanente en su movilización activa contra sus explotadores de siempre y sus gobiernos de turno.

Un largo y sacrificado camino resta aún por recorrer. El enemigo, conciente de que están en juego para siempre sus intereses y privilegios empleará todos sus recursos, resistirá ferozmente. El EJERCITO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO está dispuesto a afrontar todas las dificultades, a realizar todos los sacrificios necesarios, a emplear todas nuestras energías. Nos alientan el espíritu indomable de nuestro pueblo y el luminoso ejemplo de nuestros héroes. Nos alienta fundamentalmente la certeza absoluta que al final del abrupto y largo camino nos encontraremos con una patria hermosa y libre, con una Argentina independiente y socialista.

Hoy la batalla más encarnizada se libra en la provincia de Tucumán. Allí nuestra aguerrida Compañía de Monte enfrenta a los miles de efectivos del ejército enemigo. Allí el sufrido pueblo tucumano soporta la represión más brutal y despiadada, la persecución, la tortura y el asesinato indiscriminados. Y aunque nuestros heroicos combatientes asestan duros y sucesivos golpes a las fuerzas enemigas, la realidad misma del combate en Tucumán nos enseña que la guerra por la liberación de nuestra clase obrera y nuestro pueblo será prolongada porque para poder derrotar definitivamente al enemigo, deberemos construir en el curso de la misma una fuerza militar de características regulares capacitada para enfrentar y aniquilar a las más poderosas unidades enemigas.

A pesar de que no debemos descartar la posibilidad de que la burguesía y las FF.AA. contrarrevolucionarias se vean obligadas a dar marcha atrás en sus planes represivos permitiendo una apertura democrática, provocada por la fuerza de la lucha popular, el grado de agudización de la guerra civil y revolucionaria en nuestra patria nos indica que debemos encarar con más firmeza, energía y decisión que nunca las tareas inherentes a este estado de guerra.

Primero, debemos volcar nuestros esfuerzos en lograr la unidad de las fuerzas guerrilleras y revolucionarias de nuestra patria. Cuando el enemigo se apresta a descargar su ferocidad represiva contra el pueblo y su guerrilla, éstos, deben igualmente, unificar todas sus fuerzas y sus recursos para enfrentarlo. Es vital, para el triunfo de la Revolución, la aceleración en la construcción y desarrollo del Ejército del Pueblo, orientándonos a la rápida edificación de una fuerza militar regular revolucionaria, capacitada para derrotar totalmente a las unidades del Ejército Contrarrevolucionario argentino.

Otra tarea esencial, es la movilización y la propaganda revolucionaria sobre los soldados conscriptos y sus familiares, llamándolos a no prestarse a ser carne de cañón de la oficialidad asesina. En cada rincón de nuestra patria, en cada oportunidad que se nos presente, todo militante popular, todo hombre o mujer patriota deben colaborar en las tareas de propaganda sobre los soldados, instándolos a no enfrentar a la guerrilla.

Frente a la mentira sistemática y reaccionaria utilizada por el enemigo para ocultar sus derrotas y evitar que nuestro pueblo tome conocimiento de los avances de la guerrilla, debemos desplegar la

más enérgica y masiva propaganda revolucionaria, desenmascando una y mil veces las patrañas de la burguesía y sus gendarmes, llevando al seno de la clase obrera y el pueblo la verdad revolucionaria haciendo circular audazmente la prensa clandestina.

Por último, incrementar el desarrollo de la guerrilla rural, para transformarla en la fuerza militar regular indispensable para derrotar al ejército enemigo. Esta gigantesca y estratégica tarea es hoy, más que nunca, de primerísima e inmediata importancia. Teniendo en cuenta dicha necesidad estratégica el Comité Central del PRT, dirección político-militar del ERP, reunido en julio de este año, sacó una resolución —en aquella fecha de carácter secreto— por la cual se definieron DOS REGIONES ESTRATÉGICAS EN NUESTRA PATRIA. Una, la de las grandes ciudades (Buenos Aires, Córdoba, Rosario, Gran Buenos Aires y las concentraciones industriales de las Riberas del Paraná), la segunda las zonas rurales (Tucumán) y otras provincias del norte favorables para el desarrollo de la guerrilla rural. Esto significa, que nuestra organización dispuso la modificación en la distribución de sus fuerzas, concentrando mayores recursos en el monte tucumano.

La clase obrera y el pueblo argentino, encabezados por sus organizaciones guerrilleras y revolucionarias se disponen a volcar todas sus fuerzas y sus energías en esta nueva y elevada etapa de generalización de la guerra revolucionaria en nuestra patria. Concientes de que la lucha será larga y ardua, que los sacrificios serán inmensos y las dificultades a sobrellevar muy grandes, los revolucionarios y nuestro pueblo nos aprestamos a no escatimar esfuerzos y recorrer con la bandera, el fusil y la estrella de la victoria y el socialismo, el camino que nos conducirá a nuestra Segunda y Definitiva Independencia.

[Estrella Roja n° 64, 17/11/75, pp. 2-3]

Documento n° 17: “Ante un nuevo intento golpista”

Desnudando una vez más su verdadera esencia de clase, dispuestos a cumplir el papel de perros guardianes que les tienen asignado el imperialismo y los capitalistas nativos, los militares reaccionarios acaban de protagonizar, en medio de pronunciadas vacilaciones, un intento golpista encaminado a desalojar del poder al gobierno de Isabel Perón y reemplazarlo por un régimen dictatorial aún más feroz, que ahogue en sangre las justas y legítimas luchas y aspiraciones del pueblo argentino.

El fracaso total e irreversible del gobierno represivo y criminal para contener la formidable movilización de las masas trabajadoras, desarticular las fuerzas revolucionarias surgidas de su seno y estar así en condiciones de llevar tranquilidad a los explotadores es el telón de fondo sobre el que se proyecta la nueva aventura golpista de las FF.AA. enemigas.

Allí donde la camarilla de delinquentes en el poder ha fracasado, los mandos castrenses, olvidando las derrotas sufridas recientemente a manos del pueblo, creen poder triunfar. Pero frente a ellos y a sus siniestros planes se levanta hoy en nuestra Patria una nueva y poderosa fuerza, en constante crecimiento y consolidación: la fuerza revolucionaria de la guerrilla y de las masas argentinas movilizadas. Es el temor a que la guerra que se está

librando en el país se extienda y generalice con más rapidez que nunca el principal factor que ha llevado dudas y vacilaciones al Ejército burgués, que ha hecho abortar el golpe, que ha dejado a los militares rumiando su odio contra el pueblo y sus organizaciones de combate.

La fuerza y continuidad del accionar guerrillero, estrechamente ligado al incesante golpear de las masas obreras y populares, a la multiplicación de los conflictos, de las huelgas y de las expresiones de repudio al gobierno y a su política de hambre y miseria, se alza como una realidad concreta ante los militares reaccionarios, los hace avizorar el futuro inmediato con temor, concientes de que habrán de enfrentar la masiva resistencia y combatividad del pueblo explotado, liderado por sus destacamentos de vanguardia. Empantanados en Tucumán, golpeados en sus puntos más sensibles, asistiendo impotentes al vigoroso desarrollo del proceso de guerra revolucionaria, los mandos enemigos se debaten en medio de grandes vacilaciones, reclamando apoyos para llevar adelante su cruzada represiva. Pero saben bien que el pueblo los odia, que la guerrilla crece y se fortalece, que día a día sus filas reciben el aporte de nuevos combatientes, resueltos a entregar todo de sí para liberar a la Argentina y terminar con la explotación capitalista, con las privaciones y los sufrimientos de las masas laboriosas; y saben que de derribar al gobierno, de lanzarse otra vez por el camino del golpe abierto y desembozado, miles y miles de hombres y mujeres de ese pueblo habrán de enrolarse bajo las banderas guerrilleras, redoblar el combate en los montes y en las ciudades, desplegar con mayor intensidad aún sus enormes energías y su infinita capacidad de lucha en todos los terrenos.

Nadie ha salido ni saldrá a defender a este gobierno que tiene sus manos tintas en la sangre de centenares de obreros y luchadores populares, de la ruina económica en que se encuentra sumido el país; mucho menos nadie tampoco ha visto ni verá en los militares asesinos, sirvientes del imperialismo y de los patrones, a los salvadores de la Patria, a los defensores de la justicia y del bienestar colectivos.

El pueblo rechaza al gobierno y a los mandos contrarrevolucionarios por igual; el camino justo, el camino que conduce a la victoria, pasa por levantar bien en alto las banderas de la democracia y de la libertad, intensificar el combate guerrillero y la movilización de las masas para arrancar a la burguesía nuevas y más amplias concesiones reivindicativas y políticas, para conquistar mejores salarios, para sacar de las cárceles a los presos políticos, para terminar con los salvajes métodos represivos y los crímenes de las AAA. Para avanzar, en una palabra, hacia la liberación nacional y social de la Patria.

[Estrella Roja n° 67, 29/12/75, p. 3]

Documento n° 18:

“Organizar al pueblo para la resistencia. Editorial”

En el Editorial anterior señalábamos la decisión de la oficialidad del Ejército Contrarrevolucionario de tomar las riendas del Estado e implantar un gobierno más represivo que el actual. Señal-

ábamos también, que de concretarse el golpe por parte de los militares, se producirá un cambio en el desarrollo de la guerra revolucionaria que se viene desarrollando en nuestra Patria.

El indomable espíritu de lucha de nuestro pueblo contra las clases dominantes, se ha mantenido en alto pese a la represión, los crímenes y secuestros de sus organismos represivos, y se incrementará aún más cuando los militares se lancen masivamente a las calles para reprimir.

Ese cambio en el desarrollo de nuestra guerra revolucionaria, estará marcado por la incorporación paulatina de amplios sectores del pueblo a la resistencia activa contra la política represiva de los militares.

Se abrirá así una etapa de generalización de la guerra civil, permitiendo el vuelco masivo del pueblo a la resistencia armada.

Ese cambio se traducirá en la formación de nuevas unidades militares guerrilleras y en el fortalecimiento de las actuales; en el paso a la guerra de resistencia popular de amplios sectores de nuestro pueblo, organizados para resistir y combatir.

La autodefensa de las masas

Nuestro pueblo está en condiciones para encarar una guerra total de resistencia. Bajo la influencia de los secuestros y asesinatos que realizan impunemente las bandas terroristas de derecha, madura la decisión en las masas de armarse para enfrentarlas.

Esta situación plantea a los revolucionarios la tarea de impulsar la organización de la autodefensa de masas. En los barrios, villas, fábricas, colegios o universidades, los dirigentes o activistas están expuestos a la acción criminal de las bandas de la Triple A. En cada uno de esos lugares, es necesario impulsar con todos nuestros esfuerzos la organización del pueblo, con el claro objetivo de enfrentar a las bandas que vengán con intentos de secuestro. Existen experiencias donde los vecinos han puesto en fuga a los secuestradores. Pero es necesario que en los barrios, fábricas, etc. se organicen todos, que organicen la vigilancia, se distribuyan los horarios de guardias, se tenga bajo control a los policías o elementos sospechosos. Los ancianos, mujeres y niños pueden prestar valiosa ayuda en esta tarea.

Es necesario, además, armarse con todos los elementos posibles, recolectar armas de fuego, cachiporras, gomerías, molotov, o cualquier otro elemento útil. Es posible frenar en seco los planes de estas bandas pues están formadas por oficiales del Ejército Opressor, que en el temor de ser descubiertos por el pueblo, prefieren huir.

Los comandos de apoyo al ERP

En la nueva etapa que nos aprestamos a vivir, amplios sectores del pueblo se volcarán decididamente a la oposición activa, a la resistencia, avivando aún más la llama revolucionaria que iluminará con nuevo resplandor el camino de la guerra revolucionaria a nuevos contingentes de patriotas.

Miles y miles de hombres y mujeres, a lo largo y ancho de nuestra patria, marcharán a engrosar las filas revolucionarias, fortaleciendo y creando nuevas unidades guerrilleras, con la mirada

fija en los próceres de nuestra primera Independencia, y el pecho henchido de orgullo por el ejemplo de los héroes que regaron con su sangre generosa los rincones de nuestra Patria en aras de la independencia y la libertad.

La actividad militar pasará a un primer plano, donde los revolucionarios deberán trabajar intensamente en la construcción de unidades más potentes y organizadas, en preparar y mejorar los enfrentamientos con criterios tácticos y operativos de aniquilamiento, e impulsar y organizar decenas de Comandos de Apoyo al ERP.

Los Comandos de Apoyo, son la continuación de las unidades del ERP entre las masas, y a través de ellos se puede canalizar los inagotables recursos que la clase obrera y los sectores populares están dispuestos a brindar.

Múltiples son las actividades que puede realizar un Comando: pin-tar las consignas del ERP, repartir volantes, difundir el Programa del ERP, chequear autos para levantar, chequear policías para desarmar, pequeñas acciones, confeccionar y colocar banderas, etc.

Otras características de los Comandos de Apoyo son: funcionamiento siguiendo siempre las normas conspirativas revolucionarias, reciben instrucción político-militar una vez a la semana y su disciplina es muy flexible.

La organización de Comandos de Apoyo a nivel nacional, aumentará considerablemente los recursos de las unidades militares guerrilleras, y significará un apoyo importante al cumplimiento de las nuevas tareas, a la vez que un semillero de nuevos revolucionarios.

[**Estrella Roja** n° 71, 1/3/76, pp. 2-3]

Documento n° 19:

“Editorial. Una nueva etapa de la Guerra Revolucionaria”

En los últimos números de **Estrella Roja**, hemos señalado que avanzamos hacia el inicio de una nueva etapa de la guerra civil revolucionaria que se viene desarrollando en nuestra Patria: hacia la guerra civil abierta.

El período de la propaganda armada

Al calor de las grandes luchas del pueblo contra la Dictadura Militar de Onganía y Lanusse, surgieron las primeras organizaciones revolucionarias que iniciaron la resistencia armada contra el régimen de explotación y opresión capitalista.

El EJERCITO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO, fundado por el PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES en 1970, comenzó su accionar guerrillero dirigido a mostrar a las amplias masas del pueblo argentino, la posibilidad de conquistar la independencia y la libertad de nuestra Patria mediante la lucha armada.

Se inició así el período de la Propaganda Armada. La actividad guerrillera centró sus esfuerzos en señalar al pueblo la necesidad de combatir con las armas a las clases dominantes; en mostrar que el único camino seguro para conquistar la liberación definitiva de nuestra patria es la organización de un poderoso Ejército

Guerrillero, que mediante la lucha armada guerrillera, es posible derrotar a las FF.AA. de las clases dominantes y construir una nueva sociedad.

El apoyo y colaboración del pueblo, y la incorporación de sus mejores hijos a las filas revolucionarias, posibilitó el desarrollo de una intensa actividad guerrillera que fue golpeando cada vez más duro a las fuerzas represivas, posibilitó el crecimiento constante de las filas revolucionarias.

Pero la lucha armada, fue llevada adelante durante ese período solo por una parte del pueblo, su vanguardia revolucionaria. Las Fuerzas Armadas contrarrevolucionarias tampoco emplearon la totalidad de sus recursos represivos en un principio y a medida que la guerrilla desplegaba más y más energías a lo largo y lo ancho de la Patria fueron progresivamente incorporándose masivamente a la guerra.

Hacia la guerra civil abierta

Una profunda crisis económica, política y social sacude hoy a nuestra Patria, y es en ese marco que los militares contrarrevolucionarios se aprestan a dar un golpe para tomar las riendas del gobierno e iniciar una dura represión contra el indomable pueblo argentino y su aguerrida vanguardia guerrillera. Pero se hundirán en el más estrepitoso y rotundo fracaso.

La etapa de la propaganda armada ha quedado atrás. La nueva relación de fuerzas es muy distinta a la de aquel período. La permanencia y agudización de una crisis económica que golpea cada vez más duramente a las masas populares sumado a una creciente represión con secuestros y asesinatos nunca vistos en la historia de nuestra Patria, han ido madurando la conciencia de nuestro pueblo, que se inclina cada vez más hacia las posiciones revolucionarias.

Por otro lado la guerrilla ha demostrado, a través de innumerables victoriosos combates y en especial por el surgimiento y desarrollo de las primeras unidades rurales, cómo ese ejército contrarrevolucionario que otrora parecía invencible PUEDE SER REALMENTE DERROTADO a pesar de los sacrificios que ello implique.

El desarrollo de aguerridas unidades guerrilleras templadas en decenas de combates contra el Ejército Enemigo, la existencia de cuadros político-militares formados en esos combates, la incorporación incesante de nuevos y decididos puños a las filas guerrilleras, y la permanencia por más de un año de la primera unidad de monte en los cerros tucumanos, son, en síntesis, la nueva realidad del campo popular.

Concretada la aventura golpista los militares contrarrevolucionarios lanzarán todas sus fuerzas represivas a la calle. Golpeadas por la crisis económica y la represión militar nuevos y amplios sectores de nuestro pueblo pasarán a la resistencia activa, armada, abriéndose un nuevo período en el desarrollo de nuestra guerra revolucionaria; el de la generalización de la guerra civil tomando un carácter abierto.

Ya no será como en la anterior etapa, un enfrentamiento de vanguardias. Cortadas toda otra posibilidad de expresión y de lucha,

el pueblo argentino transitará decidido el camino que lo conducirá a la victoria definitiva: el duro pero seguro camino de la guerra de resistencia popular.

Frente a la generalización de la guerra, los principales recursos deberán ser dirigidos hacia la lucha militar. La vanguardia guerrillera encarará los enfrentamientos con criterios tácticos y operativos de aniquilamiento de las fuerzas del Ejército Contrarrevolucionario.

Así, la resistencia activa de nuestro pueblo junto al accionar victorioso de su vanguardia guerrillera, irán construyendo el Poderoso Ejército Regular, que hará trizas a las FF.AA. de las clases dominantes y conquistará un luminoso futuro de libertad y progreso para el pueblo de nuestra Patria.

[**Estrella Roja** n° 72, 14/3/76, pp. 2-3]

Documento n° 20: “Argentinos ¡A las armas!”

En la noche del 23 al 24 de marzo las Fuerzas Armadas contrarrevolucionarias derribaron al gobierno peronista para instaurar otra Dictadura Militar. El paso dado por los militares es como sabemos una irracional aventura condenada de antemano al fracaso.

El programa levantado por la Junta Militar poco después de asumir y las primeras medidas de gobierno no dejan ninguna duda respecto al carácter profundamente antiobrero, antipopular y antinacional de la Dictadura. Intervención a la CGT y a todos los gremios, despido de miles de obreros, centenares de dirigentes, activistas y obreros de fábricas detenidos, decenas de nuevos trabajadores desaparecidos, clausura del parlamento, ilegalización o prohibición de los partidos políticos, implantación de la pena de muerte discrecional y ejercicio de la justicia por Tribunales militares, otorgamiento de condiciones favorables para la actividad explotadora del gran capital nacional y extranjero, alineación internacional junto al imperialismo yanqui, etc., etc.

Una época histórica y gloriosa

La usurpación del gobierno por los militares y el recrudecimiento de la represión antipopular que caracteriza a la nueva Dictadura coloca a todo nuestro pueblo frente a un desafío histórico, en una nueva etapa de la lucha revolucionaria ya iniciada, a las puertas de una época histórica y gloriosa por la que ya marcha erguida y determinada su vanguardia guerrillera.

El fracaso final del peronismo y el golpe militar reaccionario, imponen al pueblo argentino la histórica responsabilidad de rebelarse masivamente, tomar en sus manos los destinos de la patria, afrontar con heroísmo los sacrificios necesarios y librar con nuestra poderosa clase obrera como columna vertebral, la victoriosa guerra revolucionaria de nuestra Segunda y definitiva Independencia.

Es una tarea grandiosa que nos honrará y purificará, que despertará y activará las mejores virtudes, que hará surgir de nuestro pueblo miles y miles de héroes. ¡El espíritu del Che, del Negrito Fernández, de los heroicos compañeros que cayeron en la lucha se multiplicará por miles en las filas popu-

lares! Respondiendo con honor y vigor al desafío de la hora, uniéndonos y organizándonos para la resistencia y la victoria conquistaremos para nuestros hijos el nuevo mundo socialista de felicidad colectiva. Nadie podrá decir el día de mañana que los argentinos no supimos cumplir nuestros deberes de patriotas y revolucionarios. Las nuevas generaciones, por cuya felicidad daremos todo de nosotros, recordarán con orgullo a sus mayores, como nosotros recordamos a los patriotas que fundaron la nacionalidad.

Y esa histórica responsabilidad que pesa sobre nuestros hombres será dignamente cumplida por nuestro pueblo, por nuestro Partido, por nuestro Ejército Guerrillero y todas las fuerzas revolucionarias progresistas y patrióticas, organizando e impulsando virilmente la resistencia popular, avanzando en la unidad obrera, popular y patriótica, movilizándolo amplias masas, empleando todos los medios y formas de lucha, desarrollando el trabajo político entre los soldados y suboficiales, aniquilando con decisión a la oficialidad enemiga, construyendo con energía y habilidad profesional las fuerzas revolucionarias políticas y militares.

No se trata de un régimen provisorio

El régimen que se acaba de establecer con el golpe militar de Videla no es provisorio. Es el tipo de gobierno definitivo que se dan las fuerzas burguesas-imperialistas para luchar contra las fuerzas revolucionarias argentinas.

Llenos de pánico por el vigoroso desarrollo revolucionario de la clase obrera y del pueblo argentino, por el crecimiento constante y acelerado de las organizaciones de vanguardia, por la amenaza real que ello representa para el régimen capitalista, el Partido Militar, como representante principal de los más grandes capitales extranjeros y nacionales, se ha decidido por la guerra total, por una prueba de fuerza definitiva. Con esa resolución se han apoderado del gobierno para dedicar todos los recursos al accionar contra guerrillero y sólo se los desplazará de allí nuevamente, después de derrotarlos, después de aniquilar sus fuerzas principales.

El cálculo de nuestro Partido es que efectivamente éste será el tipo de gobierno contra el que tendremos que batallar a todo lo largo de nuestra guerra revolucionaria, que ya no habrá más elecciones democrático-burguesas, que a este gobierno lo derribaremos al contar con grandes fuerzas revolucionarias políticas y militares, cercanos al triunfo definitivo de nuestra revolución antiimperialista y socialista.

Ya hay quien sostiene que esta Dictadura no durará nada, que los militares volverán pronto a llamar a elecciones. Nosotros pensamos que no es así. Que este régimen se mantendrá hasta que las fuerzas revolucionarias estén en condiciones de derribarlo, y que después de él nos encontraremos a las puertas del socialismo, próximos a la instauración del gobierno revolucionario obrero y popular que comenzará a solucionar los problemas de la patria y traerá felicidad al pueblo argentino.

La Dictadura Militar fracasará completamente desde el comienzo en sus objetivos de aniquilar las fuerzas revolucionarias y estabilizar el capitalismo. Por el contrario, las fuerzas revolucionarias

crecerán más que nunca y la economía seguirá en permanente crisis y desequilibrio.

Pero el Partido Militar no cederá el gobierno a los políticos sino que aumentará su aparato represivo, entregará toda la economía al capital imperialista e institucionalizará la corrupción y el negociado.

Los militares no se retirarán porque sería una total capitulación y porque no cuentan con recambio que influya a la masa y les permita reorganizarse y ganar tiempo. Lanusse organizó el GAN para retirarse momentáneamente porque contaban con Perón, su habilidad y su enorme influencia, abrigaron frustradas esperanzas de que el FREJULI lograría contener y desviar el proceso revolucionario.

Hoy la situación es completamente diferente. Ningún líder o Partido que quiera conquistar apoyo político de masas, tiene la mínima probabilidad de sustraerse a las imperiosas demandas democráticas y reivindicativas ni a la influencia de las justas banderas que levantan las organizaciones revolucionarias.

Plazos y ritmos

El tiempo que demandará a la clase obrera y al pueblo argentino dar por tierra con el régimen dictatorial que se acaba de implantar, dependerá de dos cuestiones fundamentales además de la base objetiva existente de profunda crisis económico-social, a saber: a) El ritmo de desarrollo de las fuerzas revolucionarias; b) La situación internacional.

En un proceso prolongado de guerra revolucionaria en constantes luchas armadas y no armadas, con el empleo de todas las formas combativas pacíficas y violentas, legales e ilegales, con desencadenamiento de insurrecciones parciales y liberación de zonas, se irán construyendo gradualmente las fuerzas revolucionarias políticas y militares del pueblo argentino, el Partido Revolucionario, el Ejército Guerrillero y el Frente de Liberación Nacional. Mientras más rápido sea el ritmo de desarrollo de dichas fuerzas, menor será el tiempo que nos demandará derrotar al Partido Militar.

Los recientes Acuerdos de Montevideo de los Ejércitos Americanos prevén la intervención conjunta —incluido el Ejército yanqui— en el país que sufra graves amenazas insurreccionales. Es decir, el enemigo tiene el definido propósito de aceptar la participación de fuerzas militares extranjeras en su lucha contrarrevolucionaria. Independientemente de que tal paso mejoraría extraordinariamente nuestra posición política, es incuestionable que la intervención extranjera puede prolongar nuestro esfuerzo de guerra. Pero el propósito intervencionista de los Acuerdos de Montevideo puede o no concretarse en dependencia de la situación internacional. Porque es posible que la relación de fuerzas internacional impida o anule la intervención contrarrevolucionaria extranjera como acaba de suceder en Angola.

Neutralizar o no una posible intervención extranjera no depende en lo fundamental de nosotros sino de la evolución de la política internacional.

En cambio el ritmo de desarrollo de las fuerzas revolucionarias argentinas depende por entero de la vanguardia obrera y popular,

de su ligazón con las masas, de su conciencia y espíritu unitario, de su preparación política, moral combativa, estilo proletario, espíritu de sacrificio, tesón, heroísmo y capacidad profesional. Cuanto más pronto se llegue a la unidad revolucionaria en un solo Partido Proletario y en un solo Ejército Popular y se construya el Frente de Liberación Nacional, cuanto más acelerado sea el crecimiento y el poderío de dichas organizaciones, gracias al aporte máximo de cada revolucionario argentino, menor será la duración de nuestra guerra y por tanto menores los sufrimientos de nuestro pueblo.

Las grandes tareas de la resistencia

Como ya señaló nuestro Partido, al anticipar acertadamente la decisión golpista de los militares, y como lo comprueba claramente por el programa y medidas de la Junta, la aventura iniciada por la oficialidad contrarrevolucionaria, constituye una declaración formal de guerra a la clase obrera y al pueblo argentino, e inicia por tanto la etapa de la guerra civil generalizada en nuestro proceso revolucionario.

En esta situación, con el programa de la resistencia antidictatorial, antiimperialista y socialista, tenemos por delante grandes y fundamentales tareas. Con eje en el proletariado fabril, intensificando la concentración del trabajo revolucionario en las grandes fábricas, debemos luchar por movilizar a las más amplias masas por todo tipo de reivindicaciones. Por los problemas específicos de las fábricas, de barrios y villas, del campo, de los colegios y universidades, de los jóvenes y las mujeres; en solidaridad con los presos; en defensa de los derechos humanos y democráticos, etc., etc., y hacer confluir toda esa movilización en la formación y desarrollo del Frente Antidictatorial, Democrático y Patriótico.

En el terreno militar la consolidación y desarrollo del Ejército del Pueblo, el fortalecimiento de las unidades existentes y la creación de otras nuevas. El impulso a la autodefensa de masas. El trabajo de proselitismo militar en las unidades enemigas dirigido fundamentalmente a neutralizar el personal de soldados y suboficiales.

Con nuevas condiciones favorables, debemos intensificar y ampliar considerablemente nuestra actividad internacional. Luchar por el aislamiento de la Dictadura, impulsar la solidaridad internacional con la justa causa de nuestro pueblo.

Y hoy más que nunca, la principal de nuestras tareas, la que garantizará avances consistentes en todos los aspectos de la actividad revolucionaria, es la construcción del Partido, su consolidación y desarrollo, su fortalecimiento incesante. El enraizamiento en la masa, la moral y el heroísmo, la combatividad, precisión de línea, capacidad organizativa y dominio de la profesión revolucionaria son virtudes y aspectos de nuestro Partido que debemos cultivar con esmero para que crezcan, florezcan y fructifiquen con máximos resultados.

La nueva y decisiva etapa en que nos internamos, coloca a nuestro Partido en un escenario histórico. Grande es nuestra responsabilidad colectiva y más grande aún debe ser nuestra conciencia, nuestro valor y nuestra determinación de vencer.

Estrechamente unidos en torno al Comité Central, siguiendo el elevado y poderoso ejemplo de nuestros héroes y mártires, los

militantes del PRT cumpliremos cabalmente y con honor nuestras misiones revolucionarias.

[Mario Roberto Santucho, "Argentinos, ¡a las armas!", *El Combatiente* n° 210, 31/3/76]

Documento n° 21: Mario Roberto Santucho, "Nuestras tareas en el período de reflujo".

(Reunión del Comité Ejecutivo del Partido Revolucionario de los Trabajadores).

En poco más de tres meses la Dictadura Militar de Videla, lanzada desenfadadamente a la represión contrarrevolucionaria, ha acumulado una cantidad tal de crímenes como no hay memoria en toda la historia nacional, anunciándose al mundo como régimen fascista altamente sanguinario. Más de 16.000 detenidos, torturados salvajemente en su casi totalidad; centenares y acaso miles de secuestrados, muchos de ellos asesinados [luego] de ser sometidos a las más bárbaras torturas, y el resto alojado en cárceles clandestinas instaladas a veces en los propios cuarteles del ejército opresor, donde se los somete semanas y meses a continuas torturas. Intensa movilización represiva en el campo y la ciudad; ocupación militar de zonas, constantes pinzas y rastriillos, tales son las formas en que el enemigo se lanza a la calle en su desesperado e inútil intento de aniquilar a las fuerzas guerrilleras y dominar al pueblo por medio de la implantación del terror.

Un río de sangre separa al pueblo argentino de los militares asesinos

Pero esta incalificable acción ultrarrepresiva no sólo no ha aniquilado ni aniquilará a la guerrilla, ni ha aterrorizado ni aterrorizará al pueblo argentino, sino que abrió un profundo cauce de sangre que dividió definitivamente a nuestra sociedad en una gran mayoría obrera y popular, unida en su justo odio al ejército opresor, y una ínfima aunque poderosa minoría constituida por las altas clases explotadoras nucleadas en torno a la oficialidad asesina.

Tal es el estado de guerra que vive nuestra Patria, en los comienzos de la guerra popular revolucionaria ya iniciada y generalizada que culminará con el total y definitivo triunfo de la revolución socialista.

El enemigo lo reconoció así recientemente por boca de los generales Corbetta y Harguindeguy.

Corbetta: *"Ese es el ámbito de la guerra revolucionaria, la tercera guerra mundial como se ha llamado, en la cual el teatro de operaciones —República Argentina— es uno más entre muchos otros donde se da esa contienda..."*

Harguindeguy: *"Como la lucha contra la subversión caracteriza y condiciona tareas todas y cada una de las medidas del gobierno..."*

Los trabajadores argentinos y sus organizaciones de vanguardia, reconociendo decididamente ese estado de guerra, mirando la realidad cara a cara, determinados a combatir y decididos a vencer, afrontan a pie firme los enormes sacrificios que requiere nuestra gloriosa guerra revolucionaria por la segunda independencia.

Situación actual y perspectivas

La activa movilización represiva del enemigo y la profundidad de la crisis económica con sus dramáticas consecuencias de despidos, desocupación y caída catastrófica del nivel de vida, han provocado un reflujo en la lucha de la clase obrera y el pueblo. Porque agobiada por la crisis, la comunidad proletaria se debilita en un primer momento; se desdibuja la fábrica como centro combativo, aparece el fantasma del despido ante los sectores más débiles de las masas, y la inmensidad de los problemas personales y familiares (alimentación, vestido, educación, salud, vivienda) presiona a cada obrero a buscar soluciones personales inmediatas. Sumado a ello el peso de la represión, configuran las causas del actual período de reflujo. Contrariamente a lo que se podría deducir superficialmente, una crisis tan profunda como la actual, en condiciones como las de nuestra patria de desarrollo aún incipiente de las fuerzas revolucionarias, no es favorable para la movilización de las masas, no estimula sino desalienta la lucha reivindicativa proletaria. Una grave crisis económico-social puede acelerar, en cambio, el desarrollo revolucionario, elevar la temperatura de la lucha de clases y el ardor combativo de las masas, cuando las fuerzas político-militares del proletariado y el pueblo han logrado un gran desarrollo y poderío. Para revertir esta situación y dar inicio a un nuevo auge de masas, la clase obrera y el pueblo deberán reacomodarse a la nueva situación, y acumular las fuerzas necesarias para movilizarse superando la presión represiva. Como ya señaló nuestro Partido, debemos calcular en alrededor de un año el plazo aproximado que demandará esa reactivación de la movilización de masas.

En cuanto al enemigo, empantanado en la guerra popular, ha visto naufragar aceleradamente sus planes demagógicos de aislar a la guerrilla para aniquilarla mediante una falsa y formal política "dialoguista" en lo interno y una activa propaganda internacional. Muy a su pesar, en los tres meses transcurridos desde el 24 de marzo, se han desenmascarado totalmente tanto en lo interno como en lo internacional, y en lugar de aislar a las fuerzas guerrilleras, se han precipitado ellos mismos a un tobogán de constante aislamiento. Por ello es que al tiempo que crece su desesperación multiplican su esfuerzo de guerra y se disponen a defender con uñas y dientes, con la irracionalidad y barbarie propia de su causa injusta, al régimen capitalista-imperialista que oprime y arruina a nuestro pueblo y a nuestra Patria.

Responder cabalmente a la inquietud política del pueblo

En aparente contradicción con el reflujo, las masas viven una intensa vida política de características profundas y singulares. De la simpatía romántica hacia la guerrilla durante la lucha contra la dictadura de Lanusse se pasó a un auténtico interés político y combativo por la guerra civil en curso; las masas obreras y populares van dejando de ser meras espectadoras del choque entre la guerrilla y las fuerzas represivas y comienzan a tomar partido activamente por los revolucionarios. Al mismo tiempo amplias capas del proletariado y el pueblo acrecientan su interés por el socialismo, comienzan a considerar seriamente la necesidad y la posibilidad de un profundo cambio de sistema. Y una nueva vanguardia obrera y popular, mucho más amplia que la anterior, irrumpe en la política nacional tras las frescas huellas que desde el cordobazo inició la justa y victoriosa rebelión ar-

mada y no armada del pueblo argentino. Educar y formar esa nueva vanguardia, en el curso de la resistencia a la dictadura de Videla, transmitirle la rica experiencia acumulada, aprender de ella, renovando con su fresco y vigoroso impulso las estructuras revolucionarias, es una de las misiones fundamentales de la reciente “promoción” de templados cuadros que se forjó en los primeros seis años de guerra revolucionaria.

Las tareas centrales del Partido

En el actual período de reflujo que precederá al nuevo auge, las tareas fundamentales de nuestro Partido y de nuestro Ejército guerrillero, pueden resumirse en dos grandes misiones:

- a) Mantener viva la resistencia popular armada con un ininterrumpido accionar guerrillero;
- b) Forjar una nueva promoción de cuadros y militantes proletarios multilaterales, el cuerpo de “oficiales” y “suboficiales” del Ejército político de las masas y el Ejército guerrillero popular, que se desplegarán nacionalmente con irresistible vigor en el desarrollo del nuevo auge obrero y popular. Como ya señalamos, nuestro Partido, la continuidad de la lucha guerrillera y su firmeza es un elemento esencial en nuestro actual proceso revolucionario, que alimentará sin cesar el fuego de la resistencia en el que se acrisola la nueva conciencia socialista hacia la que tienden las masas. Las características más o menos violentas de la futura ola de movilizaciones dependerán a su vez de la mayor o menor potencia que alcancen los constantes golpes guerrilleros.

Y la formación del cuerpo de “oficiales” y “suboficiales” revolucionarios surgidos principalmente de los frentes fabriles, la capacitación y moral que hayan adquirido, será determinante en la envergadura y profundidad de esas movilizaciones. Más aún, la fuerza, calidad y extensión que alcance la penetración del Partido en las grandes fábricas puede ser determinante en acortar los plazos de materialización del nuevo ascenso de masas. Mientras mayor sea el número de cuadros y militantes, más alta su moral, y más eficiente su capacitación profesional, mayor será la fuerza de masas que se podrá desplegar organizadamente, como verdadero Ejército disciplinado en operaciones, con elevada movilidad y capacidad de maniobra.

Mantener encendida la hoguera de la resistencia guerrillera y formar los cuadros de mando políticos y militares que necesita el pueblo argentino para desplegar su inmenso potencial combativo son las tareas centrales de nuestro Partido en los próximos meses de guerra revolucionaria.

El Comité Ejecutivo aprobó el siguiente saludo a los compañeros presos

EL CE “Edgardo Enríquez” del mes de julio de 1976, estando en conocimiento de la difícil situación que pasan los compañeros del PRT y ERP y todos los presos políticos, en donde a los permanentes vejámenes se suma la incertidumbre por sus vidas, provocada por los reiterados crímenes de presos políticos, y viendo que esto no logra sino fortalecer el elevado espíritu combativo de nuestros compañeros, les hace llegar a todos los presos del PRT y ERP y a través de ellos a todos los presos políticos, un fraternal y caluroso saludo revolucionario, a la vez que transmite

el orgullo de nuestro Partido por la alta moral revolucionaria que demuestran día a día nuestros queridos compañeros presos.

[El Combatiente n° 224, Editorial, julio de 1976]

VI. Documentos del Partido Socialista de los Trabajadores

Documento n° 22:

“Ante la crisis. Texto leído en Canal 7 por nuestro compañero Luis W. Robles el martes 17 del corriente”

El *Partido Socialista de los Trabajadores* no ha necesitado ni dos ni tres años para venir a descubrir ahora que el gobierno peronista es responsable principal de esta crisis total que vivimos.

En este momento dramático, cuando leer el diario o escuchar el noticiero depara siempre una sorpresa, desgraciadamente tenemos que empezar recordando nuestras palabras de 1973. Fue entonces cuando dijimos que el gobierno peronista inevitablemente conduciría a esto. Fue entonces cuando le dijimos que respetábamos las profundas causas por las cuales usted lo iba a votar, pero le advertimos lo que ocurriría. Y fue también entonces cuando denunciábamos a los gorilas de todo pelaje que en ese momento se abrazaban a Perón y a María Estela Martínez de Perón, y que son los que hoy quieren desprenderse del Gobierno después de haberlo exprimido hasta el final.

Y decimos desgraciadamente porque hubiéramos preferido equivocarnos; que usted, que los trabajadores peronistas, que los jóvenes peronistas hubieran tenido razón en vez de nosotros, los trabajadores socialistas, porque así se hubiera evitado este dolor y esta incertidumbre.

Por eso, antes que nada tenemos que señalar la responsabilidad del gobierno peronista. El pretende hacer pagar la crisis a los trabajadores; él es el primer culpable de esta inflación, que es una de las más altas del mundo, de este salario que es el más bajo en quince años, de los centenares de presos políticos sin causa ni proceso, de esta máscara carnavalesca de democracia que ha llevado a la cárcel, entre otros, a nuestro ex candidato a vicepresidente, José Francisco Páez, por haber hablado en un acto público convocado por el interventor federal en Córdoba.

En suma: tenemos que señalar la responsabilidad de este gobierno, responsabilidad que quedó sellada con el sudor de los explotados, con la sangre de los asesinados y con la tremenda frustración de quienes, como usted, se sienten estafados y traicionados.

Señalada esta responsabilidad, también tenemos que cubrirnos contra las falsas soluciones que pretenden instrumentar los socios que el Gobierno tuvo durante tres años, y que son los mismos que gobernaron durante los dieciocho años anteriores. Ellos son los que, después de haber exprimido al Gobierno, planean su reemplazo mientras discuten cómo hacer para imponer directamente el hambre y la desocupación.

Una muestra de estas falsas soluciones es el lock-out patronal de ayer: ¿Qué buscaban quienes intentaron paralizar el país?

¿Que bajen los precios y que aumenten los salarios? ¿O acaso los intereses más reaccionarios de la oligarquía se escondieron detrás de la desesperación de los pequeños comerciantes para reclamar todavía más explotación y la liquidación de las últimas conquistas sociales?

Por eso, junto a manifestar la responsabilidad principal del Gobierno y la inconveniencia de que continúe un solo minuto más, tenemos que pronunciarnos contra los falsos o aun peores recambios. En primer lugar, el que podría intentar un golpe de Estado militar. Aún está fresco en nuestra memoria el recuerdo de las tragedias de 1955, 1963 y 1966, cuando distintas dictaduras militares con sus Pinedo y sus Alsogaray como ministros, asaltando e interviniendo sindicatos, terminaron enfrentando sangrientamente a los trabajadores y sumiendo al país en crisis tan o más terribles que la actual.

Así como condenamos el golpe militar como la peor de las falsas alternativas, debemos advertir que tampoco sirven las llamadas "soluciones institucionales". ¿Acaso el mismo puñado de políticos que hasta aquí acompañó al Gobierno puede decidir a puertas cerradas quién y hasta cuándo nos va a gobernar?

Nuestro Partido cree que la única solución de fondo a la crisis que arrastramos desde hace 40 o más años, y que reaparece periódicamente en picos políticos y económicos cada vez más graves que siempre pretenden hacer pagar a los trabajadores, es una salida obrera y socialista.

Pero esta solución no puede ser impuesta por nuestro Partido minoritario ni por ningún grupo por más iluminado que se crea. Esta solución, que requiere la movilización y el convencimiento de la mayoría de los trabajadores, necesita de un gran partido obrero y revolucionario, partido que estamos construyendo. Pero su carácter todavía minoritario cierra momentáneamente esa profunda y definitiva solución.

Por eso frente a esta encrucijada aparentemente sin salida, le pedimos que comencemos a avanzar juntos hacia una solución que nosotros creemos debe ser la socialista. Sabemos que usted sufre la crisis del país en muchos sentidos: en su bolsillo, en su mesa familiar, en la feria, pero también en su conciencia política. Si usted confió durante 30 años en el movimiento peronista posiblemente estará desorientado. Igualmente si usted siguió a otros partidos que tienen la misma triste historia que el peronista. Le proponemos que frente a esta crisis se pronuncie en contra, tanto de la permanencia insufrible de este gobierno, como de cualquier otra falsa alternativa dictatorial o pseudo-democrática. En primer lugar, lo más inmediato es reclamar que renuncie el Gobierno, principal responsable de la crisis. A continuación, que la presidencia sea asumida por uno de los actuales diputados obreros, cuyo nombre sea indicado por un Congreso de Delegados de la CGT y posteriormente refrendado por el resto de la Asamblea Legislativa. Por fin, que la Asamblea Legislativa convoque inmediatamente a elecciones para Asamblea Constituyente.

En esta Asamblea Constituyente, con participación de todos los partidos políticos que representen a los distintos sectores del país, se discutirá y resolverá democráticamente qué plan económico y que régimen político vamos a establecer. Estos tres

pasos: renuncia del Gobierno, elección de un diputado obrero como presidente provisorio y convocatoria a una Asamblea Constituyente, son la posibilidad de una superación democrática e incruenta de la crisis.

Durante su interinato, el próximo gobierno deberá adoptar las medidas inmediatas que necesitan los trabajadores: *Investigación y castigo de las bandas fascistas responsables de centenares de asesinatos impunes, la inmediata libertad de todos los presos políticos a disposición del PEN, como los detenidos con falsas imputaciones*, así como también un aumento sustancial de los salarios junto al establecimiento del salario móvil, ajustable mensualmente al compás del costo de la vida, y el control obrero de la producción y de los libros de contabilidad de las empresas, para impedir el alza indebida de los productos. Además, la prohibición de los despidos, estatizando y entregando a los obreros cualquier empresa que cierre o disminuya su personal.

[Avanzada Socialista, año IV, n° 179, 23/2/76, p. 4]

Documento n° 23: "De la semana"

Hay dos hechos de distinta naturaleza pero íntimamente relacionados, que definen los sucesos de esta semana. Uno es la imponente combatividad desplegada por la clase trabajadora exigiendo aumentos salariales por encima del Plan Mondelli. El otro es la gestión negociadora iniciada por Ricardo Balbín para lograr un acuerdo con el Gobierno y hallar una "solución institucional a la crisis".

La relación entre ambos hechos es la siguiente: las luchas obreras a que nos referimos marchaban hacia una huelga general. Pero los dirigentes sindicales no miguelistas, de cuya coordinación dependía que esa huelga general fuera posible, desistieron de hacerlo y suspendieron las medidas de fuerza (nos referimos fundamentalmente a las seccionales disidentes de la UOM) en virtud del acuerdo intentado por Balbín y el Gobierno.

Las bases del acuerdo

El discurso del jefe radical del día martes, más allá de sus formas ambiguas, fue un llamado a la reformulación del acuerdo radical-peronista (con inclusión de otros partidos) sellado años atrás en La Hora del Pueblo.

Si bien en ese discurso no es posible hallar las bases concretas sobre las cuales el acuerdo sería posible, los pasos posteriormente dados por el Gobierno, la UCR y los dirigentes sindicales que estaban lanzados a la lucha nos dan algunos indicios. Los *calabroístas* parecen haber negociado por el momento la huelga general a cambio de la modificación del Plan Mondelli y la no intervención a la provincia de Buenos Aires.

El Gobierno parece negociar su supervivencia en el poder, a cambio de modificar el Plan Mondelli y de otorgar una serie de garantías políticas a la oposición patronal que le impedirían quizás ganar las elecciones de fin de año (eso es lo que le exigen los partidos opositores de la patronal que reclaman el sistema electoral de doble vuelta o *ballotage*). Y la UCR por

su parte, directa o indirectamente pasaría a colaborar con el Gobierno, discutiendo conjuntamente el nuevo plan económico e, incluso, llegando a integrar el gabinete aunque esto último no es seguro.

La confirmación de que el acuerdo transita por estos senderos son las reuniones del economista radical Pugliese con el desfalleciente ministro Mondelli, y el increíble anuncio televisivo del doctor Ares de que “antes de 30 días se conocerá el verdadero plan económico”.

Cinco minutos antes de la muerte

Aunque Ricardo Balbín tuvo la generosidad de extenderle al Gobierno un plazo de cinco minutos para iniciar los cambios (en realidad Almafuerte, el autor de la poesía citada por Balbín, concedía cura a los incurables cinco segundos antes de morir) su discurso fue verdaderamente dramático. Dramatismo que no es sólo una consecuencia del particular estilo oratorio sino de la gravedad de la crisis. Aún hoy, cuando el acuerdo está tratando de implementarse por medio de una reunión multisectorial o una comisión parlamentaria, bosquejadas en las reuniones realizadas entre Balbín y Bittel, los protagonistas del intento acuerdista siguen dudando sobre su éxito.

¿Por qué este pesimismo? ¿Por qué algunos dirigentes patronales creen que se “ha puesto en marcha el reloj del calendario” golpista, tal como se afirmó en la Cámara de Diputados?

Dos soluciones opuestas a la crisis

Desde junio del año pasado la crisis argentina se ha hecho prácticamente permanente y con elementos de marcada putrefacción política. Durante meses hemos asistido a una lucha entre la oposición parlamentaria y el Gobierno que es un círculo vicioso: golpeándose mutuamente como dos boxeadores sin fuerza y abrazándose sin ganas al final de cada round.

Este estancamiento es consecuencia de que la huelga general de junio se frenó después de derribar a López Rega. Al quedar el Gobierno en pie, la clase obrera no pudo imponer una salida auténticamente democrática, y debió soportar la ofensiva reaccionaria del Gobierno, la patronal y la burocracia sindical.

Ni la clase obrera alcanzó a imponer su solución (por ejemplo: la CGT al gobierno) ni, desde el polo opuesto, las Fuerzas Armadas se atrevieron a dar el golpe.

Con Mondelli se vuelve a sacudir el país. El movimiento obrero está derrotando al plan de hambre. Pero al cortarse, por el momento, la posibilidad inmediata de una huelga general (que probablemente hubiera arrastrado no sólo a Mondelli sino al Gobierno todo) la crisis se encuentra otra vez a la vista sin solución. Ni el movimiento obrero la resuelve ni lo hacen las Fuerzas Armadas, cuya experiencia anterior con los golpes militares ha sido desastrosa.

El intento Balbín-Bittel para recomponer La Hora del Pueblo, logrando el apoyo del pueblo y la aprobación militar, es la búsqueda de una tercera vía, distinta del golpe y la movilización obrera y popular. Pero esa tercera vía viene fracasando estrepitosamente. Esa vía está casi en un punto muerto. De ahí el pesimismo y dramatismo con que se intenta vivificarla.

Un acuerdo sobre bases tambaleantes

Las bases sociales, económicas y políticas para que el nuevo intento acuerdista prospere son muy endeble.

En primer lugar, el movimiento obrero, si bien por el momento encuentra cerrado su camino hacia la huelga general, ha profundizado y extendido sus luchas al punto que prácticamente todos los sectores están en pie de batalla reclamando aumentos. Junto a eso, su experiencia política se ha desarrollado agudamente.

Además, no todos los sectores patronales apoyan esta variante del acuerdo intentada por Balbín y el Gobierno. Los desarrollistas de Frondizi, por ejemplo, que en 1973 apoyaron el acuerdo que presidía Perón, ahora lo rechazan, haciendo burlas sangrientas al discurso de Balbín.

En el fondo de esta división patronal hay que encontrar las razones económicas que impulsan a los empresarios a pelear unos contra otros y con el Gobierno, con el método cada vez más frecuente de las huelgas patronales, como la que se realizó en la provincia de Buenos Aires contra el Plan Mondelli.

Y por fin, no todos los sectores de la dirección sindical, ahora francamente dividida, aceptan ese acuerdo. En los próximos días asistiremos tal vez, a un enfrentamiento creciente entre las distintas alas de la dirección sindical, que tendrá importantes repercusiones sobre las luchas del movimiento obrero.

Si éste es el panorama social, no menos difícil se presenta el económico. Aquí el nuevo intento acuerdista choca con un hecho: carece de márgenes por la crisis económica, para otorgar concesiones al movimiento obrero y popular que puedan calmar sus luchas, y para contentar a los distintos sectores patronales.

Y en el terreno político la apertura acuerdista sigue chocando con la dificultad de que permanecen Isabel Perón y su “entorno”, que no son ninguna garantía para el acuerdo patronal, y que la crisis del peronismo se profundiza más y más.

Aunque no las dicen, éstas son las causas del pesimismo de quienes quieren recrear en 1976 La Hora del Pueblo, o de quienes como el diputado Sobrino Aranda, renuncian “al proceso” incapaces de hallarle una salida.

Pizarro

[**Avanzada Socialista**, año IV, n° 182, 20/3/76, Editorial]

Documento n° 24:

“Historias breves. La caída del gobierno peronista”

¿Cayó el gobierno peronista sólo por el empecinamiento de Isabel Perón, por su negativa a renunciar a tiempo?

El sólo plantearse esta pregunta ya proporciona media respuesta. Porque la alternativa era esa: para no ser destituido debía renunciar. Y ello no era sólo una imposición anticipada —como se recordará— por el general Anaya o por varios partidos políticos. Era, fundamentalmente la disyuntiva que fijaban las grandes mayorías populares que, muy poco tiempo atrás, apenas tres años, habían votado por el peronismo y ahora repudiaban a su gobierno.

Precisamente la clave para entender la caída no es tanto el cómo, el porqué, quiénes y cuándo lo voltearon (que ese es otro importantísimo capítulo actual) sino reconocer que el gobierno y la Casa Rosada quedaron “regalados” porque los dirigentes peronistas — desde la ex Presidente y su corte hasta la cúpula sindical, pasando por los “políticos”— habían perdido todo respaldo popular activo. En otras palabras: que, a diferencia de 1955, nadie, y especialmente ningún trabajador, quería jugarse por el peronismo. O dicho de otra forma, que el peronismo había dejado de ser el partido, el movimiento y aun la estructura sindical aglutinante del movimiento obrero argentino. El desesperado llamado de una huelga general realizado por Lorenzo Miguel desde Radio Colonia no fue apoyado por nadie.

Un destino inexorable

El peronismo retornó al poder apresado por una contradicción. El 25 de mayo de 1973, una inmensa marea popular aguardaba de él medidas que, aunque cada cual las interpretaba y definía de distinto modo, tenían un denominador común sencillo: debían ser diferentes, opuestas a las que aplicaba el resistido gobierno militar de entonces.

Sin embargo, las autoridades políticas y sindicales del peronismo pudieron acceder al poder sólo después de comprometerse —en La Hora del Pueblo, en el Frejuli, en suma: en el Gran Acuerdo Nacional— a acallar la protesta social y encauzarla dentro de los moldes más o menos clásicos de un régimen parlamentario, encabezado por un gobierno fuerte, de unidad nacional.

La paradoja es que accedió al poder gracias a las luchas sociales, apoyado por el lejano recuerdo de su primer gobierno populista, con el prestigio de veinte años de proscripción, y encarnando la esperanza colectiva de culminar exitosamente la protesta. Pero, contradictoriamente, su objetivo real era opuesto, como enseguida se vio con las primeras medidas: se destituyó a Cámpora, se expulsó al ala radicalizada, se instituyó un Pacto Social —del que la cúpula sindical fue guardia pretoriana— y, en un creciente curso antipopular, Cámpora, Lastiri, Perón e Isabel Perón, junto a Calabró, Lorenzo Miguel y demás dirigentes, marcharon hacia su destino.

Un entierro simbólico

El sepelio del general Perón fue simbólico. Todos los factores de poder se alinearon junto al féretro respaldando la política aplicada hasta allí y anunciando su continuidad a través de la Señora. También una doliente masa popular desfiló portando en casi todos los casos retratos del Perón del 46, expresando tal vez inconcientemente muchas congojas juntas: la añoranza de un pasado remoto que no podía repetirse, la despedida a un líder querido, y la dolorosa quiebra de una filiación de treinta años que, por el momento, no tenía reemplazo.

Ya sin Perón el desenlace tal vez se apresura. Si una *élite* desesperada, incluso despechada, se lanza a una feroz guerra de bolsillo (respondida con la represión oficial y otra criminal e indiscriminada represión paraoficial), mucho más imponente como fenómeno social es el cambio que se opera en la conciencia y en la práctica de las grandes masas. Gradualmente recomienza el intento popular —que en rigor no se detuvo nunca— de defen-

der el azotado nivel de vida, enfrentando para ello, casi siempre, a la cúpula sindical. En forma paralela se afianza una inocultable desesperonización que, eventualmente, apunta hacia la izquierda, aunque su signo dominante, como no puede ser de otra manera, es la confusión política.

Confusión que aun ahora, después de las experiencias del 27 de junio de 1975 cuando se efectuó una gran huelga general contra el gobierno, después de las aguerridas batallas sindicales desbordando a los dirigentes realizadas en marzo último, y después del reemplazo militar del gobierno, se traduce en la pregunta que está en boca de muchos: *¿Y ahora qué hacemos?*

El primer hilo para encontrar la respuesta es reconocer que, básicamente, lo que ocurrió entre 1973 y 1976 fue que el pueblo argentino, especialmente los trabajadores, después de terminar de conocer a los dirigentes sindicales y políticos y a los gobernantes peronistas, dejaron de seguirlos aunque por ahora no hayan forjado a sus reemplazantes.

Cómo, porqué, quién, y cuándo

Hacia mediados de 1975 la crisis económica, motivada por múltiples factores, se agudizó. El primer equipo económico de empresarios, encabezado por Gelbard, fue reemplazado por Gómez Morales y, poco después, por el recordado Rodrigo.

El shock de Rodrigo, a la vez que un golpe gubernamental para descargar brutalmente la crisis sobre el nivel de vida y sobre la rentabilidad de ciertas capas empresarias marcó, políticamente, el comienzo del fin del peronismo. Es que tal shock solo podía darse, al menos inicialmente, en el marco de una dictadura a lo Pinochet o a lo Onganía. Y precisamente el lopezreguismo o isabelismo, rompiendo el libreto del diálogo y de la concordia parlamentaria, intentó convertirse en una dictadura ejercida por el puñado de “amigos”.

Para ello debió romper lanzas con factores de poder de los cuales dependía, y buscar el apoyo de otros. Así nació la idea de lograr un respaldo militar que aceptara una fórmula de complicidad similar a la que existe con Bordaberry en la vecina Uruguay. Y así sobrevino la crisis con la oposición parlamentaria y con parte de la CGE, y, fundamentalmente, con la cúpula sindical, hecho que condujo a la ruptura del peronismo.

En junio de 1975 la CGT, el Parlamento y el sector empresarial —que firmó aumentos salariales de hasta el 100 por ciento (aniquilando las previsiones de Rodrigo)— formaron de hecho un frente de fuerzas opositoras cuya manifestación multitudinaria fue un estado de huelga general no declarada, que duró quince días, y la concentración en Plaza de Mayo convocada por la CGT. Allí se selló la suerte del gobierno.

Pero la huelga general no alcanzó a triunfar porque quienes la encabezaron temieron las consecuencias de sus propios actos. La cúpula sindical temió el desborde de las bases, conciente de que un curso político-sindical de movilización y democracia terminaría rápidamente con su existencia. Eso explica que, luego de la eclosión, la preocupación de todas las alas en que se dividió la burocracia directiva de los sindicatos fuese frenar, a veces brutal y criminalmente, la iniciativa de las bases.

Más nítida aún fue la cobardía del Parlamento y del empresariado para defender la democracia. El temor a que el pueblo impulsara desde las calles y lugares de trabajo una primavera política en ese frío y sucio invierno de 1975, los llevó a retroceder, desdecirse y pactar una y mil veces con los sucesivos gabinetes y las distintas alas peronistas. Presente estaba en ellos la realidad económica que el actual secretario de Comercio, licenciado Bravo, recordó días pasados: que aún en medio de la crisis, el desgobierno, los negociados y los crímenes, el sistema peronista les aseguró una elevada cuota de ganancias. Y no menos determinante fue la especulación política, ya que el costo principal de esos meses de putrefacción era pagado por el peronismo, movimiento tradicional de los trabajadores, que se despedazaba inexorablemente.

Pero la impaciencia y la indignación popular, aunque huérfana de una conducción centralizada que defeccionó mucho antes que Casildo Herreras se “borrara” o que Lorenzo Miguel jugara su suerte a Isabel Perón, siguió manifestándose en forma creciente en una tensión social insufrible y en conflictos que se interiorizaban, a falta de otro canal, dentro de las empresas. En este marco, aguardar otros nueve meses de pesadilla y crisis hasta unas elecciones azarosas resultó imposible. Todo un pueblo clamaba contra el gobierno, que terminó sólo sostenido por una fracción de la cúpula sindical, cuyos llamados no escuchó nadie, y por un sector de la ultraizquierda.

La irrupción del 24 de marzo obedece a estas causas. Más allá de las razones principistas que llevan a toda opinión sanamente democrática a oponerse a los golpes de Estado o del juicio concreto que puedan merecer las medidas del actual gobierno, la destitución del peronismo fue un hecho que los militares cumplieron a su manera, después que la marea popular no alcanzó a hacerlo por la defección de sus dirigentes.

[Revista **Cambio**, año 1, nº 1, 1ra. quincena de mayo de 1976, pp.14-15]

VII. Documentos de Política Obrera

Documento nº 25: “Resolución sobre la situación política (apéndice al documento político de base)”.

1. La revelación de los hechos de delincuencia financiera en el ámbito gubernamental establece una nueva etapa, de características explosivas, en el proceso de disgregación del gobierno peronista. Durante más de un año, cuando el gobierno lopezreguista constituía una base de salvación del GAN y reprimía a mansalva a la vanguardia obrera y democrática, los medios “*influyentes*” de la burguesía, los “*honestos*” factores de poder, tuvieron extremo cuidado en evitar el ataque a la “*inmoralidad*” gubernamental. El capital saludó al unísono la aplicación del “*plan Rodrigo*”, que no era otra cosa que un colosal vaciamiento de los bolsillos de las masas laboriosas y una acabada entrega de la soberanía nacional. Sólo cuando las huelgas de junio y julio revientan el plan Rodrigo y demuestran que el gobierno justicialista-lopezreguista no es capaz de contener las luchas obreras, la mayoría de los representantes políticos, militares y eclesiásticos del capital se

plantean depurar a la camarilla del gobierno; esto para lograr un gobierno representativo de la mayoría de las tendencias burguesas y reforzar la ingerencia militar, (de modo de retrasar la desintegración del peronismo y contener el ascenso de las masas), o alternativamente un golpe militar.

De esto se desprende una conclusión elemental: el estallido del “*Watergate*” criollo es una resultante del ascenso obrero y democrático, y de la fenomenal crisis del conjunto del gobierno y del Estado burgués. No es sólo —como dice el partido comunista— y no es fundamentalmente una maniobra golpista de Bonamín o de los gorilas. Estos callaron escrupulosamente toda crítica hasta junio, y también defendían la “*institucionalización*”; el lopezreguismo era el nervio más activo del aparato represivo criminal. Si la burguesía se empeña ahora en incriminarlo por sus robos es porque las masas la obligan a amputar a uno de sus miembros “*enfermos*” para salvar el edificio.

Pero por esto mismo, los esfuerzos se dirigen ahora a evitar el “*deschave*” en cadena: se está negociando la formación de una comisión investigadora en el Congreso entre el verticalismo y el radicalismo, uno de cuyos aspectos sería el de evitar justamente la investigación del conjunto de los sectores que estuvieron aliados a López Rega. El gobierno mismo ha tomado medidas para hurtarle la investigación al Congreso, para lo cual también ha tenido que adoptar medidas relativas a un saneamiento, como por ejemplo el reforzamiento de los atributos de la Fiscalía. Otro aspecto de los esfuerzos dirigidos a limitar la investigación a los chivos emisarios del caso, lo constituye el acuerdo entre el nuevo ministro de Bienestar Social, Demarco, con la burocracia miguelista, para conservar a un hombre de ésta, Cichello, en la secretaría de Seguridad Social.

Pero, además, nadie plantea ir más allá del escándalo financiero. Ni Bonamín, ni Rattenbach, ni Videla, ni Balbín, ni Manrique proponen la investigación de la actividad criminal de la camarilla. El periodista H. Kahn se vio obligado a decir que el Estado Mayor sabe, documentadamente, que uno de los locales de las tres A funcionaba en la redacción del **Caudillo**. Nadie reclama la investigación de esta revista y, por sobre todo, la negligencia del Ejército y la policía en intervenir para investigarla y desmantelarla.

2. La importancia excepcional de la camarilla derechista se debe al lugar excepcional que ocupa en la estructura del Estado: la presidencia de la República, y la jefatura en un movimiento de base bonapartista, “*verticalista*”, como es el peronismo. Pero el copamiento de estos centros vitales por la camarilla, nos está indicando el grado extremo de parasitismo del peronismo, proceso que arranca de bastante antes de su retorno al gobierno. Es que liquidado por entero su limitado antiimperialismo burgués, Perón se transformó en el suplente disponible del imperialismo para el caso de una situación incontrolada. La cúpula peronista fue adquiriendo cada vez más las características de un negocio de influencias y manejos políticos, en torno del cual se agruparon toda una gama de aventureros, que supieron aprovechar el exilio físico y político de Perón. López Rega fue el aventurero que tuvo mayor éxito. Ni los Cámpora, ni los Miguel pudieron desalojar a esta camarilla, porque eran incapaces de revertir el carácter parasitario creciente del peronismo, manipulador del

recuerdo político de las masas en las concesiones de 1945-49, y afianzado cada vez más en las estructuras neointegracionistas a partir del frondicismo. Para limpiar a la camarilla hubieran debido representar una política progresista y de movilización de masas consecuente. Pero tanto la izquierda peronista como la burocracia sindical —verticalistas o anti— pactaron con el “brujo” y apoyaron la sucesión de Isabel. Sólo la movilización extrema de los trabajadores pudo golpear con dureza al clan “astrológico”, y al hacerlo desnudó el grado fenomenal de poder del conjunto de la dirección peronista: ésta es incapaz, aún hoy, de liquidar al lopezreguismo, debido a que está metida hasta el cuello en sus desfalcos y crímenes. Y el conjunto de la burguesía vacila ante esta situación porque teme que una investigación cabal comprometa al conjunto de las instituciones del Estado. ¡Qué falso es entonces que la cuestión de las investigaciones sea de interés real de los golpistas y no del movimiento obrero!

3. La descomposición del peronismo ha dado lugar al surgimiento de la tendencia golpista, ahora de un modo oficial. De una parte tenemos a los sectores del gorilismo rojista, que están incrementando su actividad desde el 16 de septiembre. Esta tendencia se reforzó con la reciente celebración del 50° aniversario de la Cámara Argentina de Comercio, donde en presencia de los grandes pulpos azucareros y del capital financiero ligado a la banca norteamericana (Martínez de Hoz), de Bunge y Born (Alejandro Bunge) y de otros elementos del gran capital “comprador”, intermediario, pro-yanqui, el presidente de la Cámara —Braun Menéndez (representante de los terratenientes y de los monopolios de exportación e importación)— reclamó una dictadura “liberal” que liquide todo vestigio de sindicalismo, de legalidad política para las masas, de peronismo e incluso de intervencionismo estatal... por 30 o 40 años (es decir un pinoche-tazo clásico). Indiquemos que este llamamiento formulado sin disimulos por los hombres del gran capital culmina una serie de pronunciamientos: Cámara de la Construcción, Sociedad Rural, Alsogaray, en el sentido de apoyar “cualquier medio” que conduzca al “restablecimiento” de la “disciplina laboral” y del “orden social”. Esta es la tendencia golpista gorila, cuyo núcleo económico lo constituyen los agentes directos del capital norteamericano, la oligarquía invernadora y de los grandes criadores y los sectores intermediarios del comercio exterior. Su conexión internacional estaría directamente establecida con los gobiernos de Chile y Uruguay, lo que no quiere decir necesariamente que la apoye el Departamento de Estado Norteamericano.

La otra variante golpista fue expuesta por el general Rattenbach. Este también reclamó un cambio de fondo en la estructura económica y política, y pidió la implantación de una dictadura. Este planteo es un salto respecto a las posiciones que sustentó en junio pasado, cuando propuso “esperar” el derrumbe mecánico del gobierno. El elemento diferenciador entre Rattenbach y los gorilas clásicos lo constituye su reivindicación de ciertas formas de intervencionismo estatal y su propósito de ganar a considerables sectores de la derecha peronista: señaló la necesidad de realzar al peronismo para oponer su “mística” a la del comunismo en la guerra contrarrevolucionaria. Rattenbach, representante del sector militar onganiano, defiende los intereses especiales de la

gran industria y propone superar las características del golpe del 66 por medio de una fascistización de un ala del peronismo.

Existe, entonces, una corriente golpista pública, con tendencias contradictorias, minoritarias en la opinión de los sectores líderes de las Fuerzas Armadas y de los partidos políticos, pero con creciente arraigo en las filas del gran capital. Su primer éxito es no haber recibido el repudio, ni la sanción del gobierno o del alto mando.

4. El peronismo y el radicalismo se encuentran buscando un recambio en el actual marco gubernamental. Los sectores “verticalistas” están tratando de “neutralizar” a la presidente, conservándola en el cargo —forma de digitar la sucesión del 77. Esto se desarrolla en un cuadro de choques y negociaciones. Isabel se niega a recibir a Miguel y a Robledo, y éstos están obligados a pasar por la discusión con González y Demarco. Los “verticalistas” quieren que la presidente se vaya de viaje o nombrar a un ministro “coordinador”. El radicalismo ha exigido la partida de Isabel pero se subordina a los planteamientos de los “verticalistas”, esto porque no quiere que la defenestración de la presidente arrastre a la crisis a todo el peronismo. La política “institucional” de Robledo-Balbín es una de las variantes de la salida no golpista que sigue estando apoyada por la burguesía industrial reformista y otros grupos de la industria, como, probablemente también de la burguesía agraria (Federación Agraria Argentina), política que aún conforma una mayoría. Por el momento es también la política que cuenta con el visto bueno del alto mando de las Fuerzas Armadas. El “recambio en el marco gubernamental” va desde la “neutralización” de Isabel, hasta su destitución, con vistas a un gobierno de apertura capaz de organizar una salida en las elecciones del 77 y de permitir una escalada militar contra la guerrilla, así como también organizar una firme contrapresión contra el ascenso obrero.

Es necesario, sin embargo, destacar también la reciente declaración de la Cámara de Diputados respecto de la violencia, en la que se promete una “distensión” a cambio de un cese completo de las actividades guerrilleras. Esto equivale a una línea de “apertura”, de tipo alternativa, que contrapesa una excesiva gravitación militar.

5. Un elemento de la crisis política general y del peronismo lo constituye el grupo anti-verticalista. Este sector reclama una inmediata “democratización” del peronismo y una apertura de negociaciones con el camporismo —de ahí que aluda continuamente a la importancia de la juventud. Bajo el impacto directo del ascenso obrero y de la crisis de los cuadros medios que responden a la burocracia, el ala anti-verticalista refleja la disgregación de la posición privilegiada de la burocracia dentro del aparato estatal y la incapacidad del gobierno para apelar a un sistema de concesiones sociales. Los anti-verticalistas reclaman un cambio político de las siguientes características: a) romper el “acuerdo social” con la burguesía industrial reformista y dar paso a un acuerdo de inversiones extranjeras con el gran capital nacional e internacional en las “industrias de base” y en el agro; b) utilizar este acuerdo para una política de mejoras a las capas obreras de la gran industria, para construirse una posición entre los sectores de la aristocracia obrera; c) impulsar una autonomía

del bloque sindical del peronismo y propugnar una salida compartida con los demás partidos burgueses. El anti-verticalismo dejó la iniciativa política a la cúpula oficial (conducta de Calabró en el congreso justicialista), debido a que una quiebra de esta podía precipitar una grave crisis, y en la medida en que el alto mando militar respaldaba un recambio que proviniera de las filas del verticalismo. Pero la crisis creciente de este último ha determinado que las 62 se vieran obligadas a una ofensiva contra Calabró, lo que ha abierto una virtual división de la burocracia y de todo el aparato nacional de los sindicatos. El programa anti-verticalista refleja al sector de la burocracia mejor asentado sindicalmente, a diferencia de las posiciones gangsteriles directas de gran parte de la burocracia rival (¡Papagno!). El conjunto del bloque anti-verticalista refleja las presiones de la gran burguesía contra el gelbardismo y busca desarrollar un cuadro de colaboración orgánica con el imperialismo yanqui. Calabró ha insistido en la necesidad de un “*gobierno fuerte*”, lo que indica claramente que su propósito es un reagrupamiento capaz de poner fin a la “*indisciplina*” obrera; pero para ello tiene que apelar a una “*liberalización*”. En cierto extremo de la crisis actual, el peronismo podría recurrir al anti-verticalismo para nombrar un presidente interino.

5 bis. Calabró no se propone una ruptura del verticalismo; esto hay que dejarlo bien aclarado. Calabró concentra todo su ataque contra el lopezreguismo, justamente para mostrar al conjunto de la burocracia que Miguel los lleva al desastre y que sólo su política puede salvar la unidad y verticalidad del peronismo. Calabró ha dicho que no puede seguirse con la verticalidad “*a lo Perón*”, pero cuando se refiere a la “*democratización*” del peronismo, entiende por esto la ampliación de la trenza dirigente, y de ninguna manera liquidar la regimentación de los sindicatos. Propone una modificación parcial en la fachada política, precisamente para salvar y dejar intacta la estructura de regimentación y verticalismo sindical, que es el bastión último del verticalismo peronista. Calabró le recuerda a la burocracia en su conjunto que para preservar el “*negocio*”, los fondos sindicales, de la crisis peronista es necesario arribar a un acuerdo con todas las fracciones peronistas y un gobierno de apertura que abandone todo compromiso con el gelbardismo. Cuando más grite contra el lopezreguismo, Calabró mejor escamotea el rol fundamental que jugó en el ascenso de la camarilla y su total ocultamiento del actual cuadro terrorista a la provincia de Buenos Aires y en la UOM.

6. Importa ahora establecer una caracterización de conjunto de esta situación. Las huelgas de junio y julio han abierto una situación revolucionaria cuyo rasgo fundamental es la disgregación del gobierno peronista, lo que significa: debacle de la variante totalitaria que pretendió copar la etapa democrática, que debuta el 25 de mayo de 1973; acelerada descomposición del régimen económico intervencionista y de acuerdo social; radicalización de las capas medias, que se refleja en la totalidad de los partidos burgueses; y quiebra de los factores de contención dentro del movimiento obrero, a través de los sindicatos.

Es de extrema importancia señalar que una crisis revolucionaria designa a una etapa política, que se desarrolla entre extremos de atenuación y agudización, y que replantea en forma creciente el desenlace revolución-contrarrevolución (o disipación de la situa-

ción revolucionaria). Es por estar referida a toda una etapa política que, al señalar la apertura de una situación revolucionaria, es necesario precisar sus extremos y el ritmo de su desarrollo.

Una característica fundamental de la situación nacional, desde el “*cordobazo*”, ha sido indudablemente la capacidad de las fuerzas armadas para conservar su unidad. La caída de Onganía y Levingston, así como las tensiones de la negociación con Perón, apenas provocaron una insurgencia en Azul a fines de 1971. La renovación de gran parte de los mandos en mayo de 1973 tampoco alteró esta unidad, y la jefatura militar supo adaptarse al período camporista, así como a la crisis que llevó a la presidencia a Perón. En 1973 Carcagno jugó el juego del “*tercermundismo*” y en 1975 Videla apoyó, al revés, la tesis “*antisubversiva*”: es el mismo cuerpo de oficiales que interpreta las políticas que convienen a su preservación y cuyos representantes ocasionales se “*queman*” en aras de la unidad militar.

Bajo el impacto del ascenso obrero y de la crisis política, las fuerzas armadas se han visto obligadas a retroceder, pero en orden y unidas. La derrota de Numa Laplane-Damasco eliminó el peligro de una crisis militar en la etapa actual del desarrollo de la crisis.

Por este motivo las fuerzas armadas son el factor fundamental de contención de la actual crisis política. Precisemos: nada pueden hacer para impedir la disgregación del gobierno peronista, con su consecuencia de abrir una brecha colosal en la reestructuración independiente del movimiento obrero. Las Fuerzas Armadas están obligadas a reconocer la extrema gravedad de la crisis gubernamental y la iniciativa política de las masas. Pero la circunstancia de que la crisis no haya golpeado sus filas alarga el ritmo de la crisis revolucionaria, permite el ensayo de un conjunto de variantes de recambio y, en esta medida, ayuda a retrasar un ascenso netamente político del proletariado.

7. La circunstancia de que el bastión último y fundamental del Estado, las Fuerzas Armadas, se hallan relativamente indemnes de la marcha de la crisis, es indudablemente la base fundamental del peligro del golpe de estado. La agitación gorila y onganiana va dirigida precisamente en el sentido de atraer a los militares a su campo; pero esto no es, ni mucho menos, un hecho adquirido. Por la misma razón de que el imperialismo le importa decisivamente la unidad militar, la mayoría de las fuerzas armadas están evitando el camino golpista, acontecimiento que podría dividirlos en la calle, esto debido a la enérgica reacción popular y a la quiebra que se podría producir de radicales y peronistas. Para arribar al golpe, el alto mando debe agotar el proceso democrático en su favor, y es por eso que presiona enérgicamente por un gobierno de “*apertura*”, por la estructuración de un pacto de “*conciliación nacional*”, que asegura una creciente ingerencia militar, con el pretexto de la lucha antiguerrillera. La función de esta “*apertura*” es provocar un reflujo obrero y un encuadramiento de la pequeña-burguesía, que permita operar una cierta reconstrucción económica del Estado, a costa de los trabajadores.

8. La unidad de las fuerzas armadas no cae del aire sin embargo. Ella es la contrafigura de una realidad en la que está relativamente ausente un problema explosivo desbordante (guerra en Rusia 1917, Colonias en Portugal 1974, problema agrario y nacional

en España 1936) y en la que existe un considerable retraso de la organización política independiente del proletariado. Esto explica que el imperialismo haya aceptado el plan Cafiero como base de negociación, pues un sabotaje directo podría crear una situación explosiva (despidos masivos) que se trataría de prevenir. El plan Cafiero está en correlación con la línea política prevaleciente en las fuerzas armadas y con la situación en su conjunto.

Las negociaciones con el imperialismo reposan, sin embargo, en dos bases críticas: la capacidad de la burguesía de contener la lucha salarial y de derrotar la resistencia contra los intentos de *"disciplina laboral"*, y un restablecimiento de los mercados mundiales agropecuarios. En la medida en que adelanta un pronóstico negativo sobre la evolución política y económica, Alsogaray —por ejemplo— asegura que se creará una situación fuera de control, y esto con seguridad llevará a un punto muy alto la crisis revolucionaria y la posibilidad de choques directos entre las masas y las fuerzas armadas. La crisis económica es el factor explosivo en desarrollo en la actual situación revolucionaria. Pero su evolución depende mucho del factor subjetivo, ya que una dirección revolucionaria de las masas, al centralizar el combate de las reivindicaciones, quiebra las políticas económicas dirigidas a una reconstrucción de la economía en favor del gran capital.

9. Pero otro aspecto que hay que precisar es que el ascenso obrero no ha superado aún la etapa democrática. Las huelgas de junio y julio quebraron el extremo represivo dentro de este proceso, pero por esto mismo han dado un nuevo empuje a las aspiraciones democráticas. Esta recuperación del impulso democrático agrava la crisis del proceso abierto el 25 de mayo, porque ya está probado que la burguesía no podrá satisfacer estas reivindicaciones, lo que profundizará la evolución política del proletariado.

Los indicios del reanimamiento de las ilusiones democráticas son muy claros: tenaz intervención para la realización de las elecciones universitarias y votación mayoritaria para las agrupaciones pequeño-burguesas; organización en ocho meses del PPA; desarrollo de la tendencia interna del peronismo que reclama la *"democratización"*; negociaciones por un frente popular; denuncias e investigación de los desfalcos de la camarilla; etc. Incluso la poderosa tendencia hacia la independencia obrera ha tomado la forma de tremendo reclamo de democracia sindical.

Estamos obligados a precisar nuestra línea de intervención en la crisis política, teniendo en cuenta estos dos aspectos cruciales: la importancia de establecer un planteamiento democrático frente a la debacle del lopezreguismo que nos permitió estimular el movimiento huelguístico y ocupar el primer lugar en la organización independiente del proletariado —y la necesidad de considerar el grado exacto de la crisis estatal (la todavía unidad militar), para guiar un proceso de acumulación política de fuerzas, preparatorio de la revolución proletaria.

10. Como conclusión de todo esto resumamos: 1) las huelgas de junio y julio han desbloqueado la situación de contención que trataron de armar Perón y López Rega; 2) la incapacidad para aplicar los planes de *"austeridad"* han creado una situación de disgregación económica (inflación 350 por ciento anual), que ha agravado la lucha de las masas; 3) la unidad de las fuerzas ar-

madas ha permitido a la burguesía ensayar un juego político de *"apertura"* y de contención de la crisis, que retrasa el ritmo del desarrollo revolucionario; 4) aunque son el factor político fundamental de la burguesía, las fuerzas armadas están obligadas a reconocer el ascenso obrero y la radicalización de la pequeña-burguesía, y apoyar una política de maniobras; no pueden dar un golpe aún, porque corren el riesgo de una división; 5) pero el factor dinámico de la situación sigue siendo el desmoronamiento del peronismo y de la burocracia sindical; 6) sobre la base de esto es necesario organizar el movimiento político independiente de la clase, pero considerando la obligación de formular un planteamiento democrático y el deber de orientar a las masas a sobrepasar una situación bajo el control militar; 7) un cambio fundamental en la correlación interior de la clase obrera jugará un rol predominante en la modificación de los factores objetivos (marcha de la crisis económica) y, alterando, la evolución política y abrirá la etapa del desmantelamiento estatal; 8) el golpe militar intervendrá en un momento dado del proceso con la consecuencia de precipitar la división de las fuerzas armadas o detener el ascenso obrero, o aún hacerlo retroceder por un período.

11. El centro político del trabajo por la construcción del partido obrero es la construcción de una oposición sindical unitaria independiente. Estamos obligados, por esto, a un tenaz trabajo sindical. La quiebra de la burocracia abre un período de recuperación de las direcciones de los sindicatos. Otro aspecto decisivo es la construcción de una juventud trabajadora independiente y socialista de masas.

La obligatoriedad del trabajo en los sindicatos en un período de vertiginoso ascenso es una demostración, por el lado práctico, del carácter obrero de las organizaciones sindicales argentinas (en un período de ascenso profundo se impone, no el trabajo en sindicatos reaccionarios corporativistas, sino su destrucción mediante un programa de *"nueva organización sindical"*).

Es inconcebible la lucha por la oposición unitaria independiente (Coordinadoras) sin la construcción sistemática de fracciones partidarias (con simpatizantes) en los sindicatos. Los Comités Unitarios, que surgen del trabajo en fábrica por la construcción de la alternativa independiente, deben estructurarse también como fracción partidaria en los sindicatos, o —si tienen un carácter más amplio— como oposición unitaria. Sin esta correlación sistemática, los *"comités unitarios"* tienden a disolverse.

La división entre Miguel y Calabró abre una oportunidad excepcional: tomando en cuenta las medidas de represalias entre ambos sectores, o los ataques que se propinan, debemos avivar el sentimiento de defensa de la organización sindical que existe entre las masas para reclamar: a) oposición a toda intervención en seccionales, o copamientos o sanciones, y —a partir de esto— por la anulación de todas las sanciones e intervenciones existentes, normalizando democráticamente las organizaciones de fábrica; b) por la renuncia de todas las comisiones directivas y elecciones en todos los sindicatos, con juntas electorales elegidas en asamblea general. Ni qué decir que esto debe estar ligado siempre al reclamo de *"abajo el Instituto, por la reapertura de los convenios para establecer un aumento de emergencia y el reajuste automático"*.

12. Un aspecto importante de la actual situación es la cuestión de la preparación de la huelga general. Esta consigna se desprende de toda la lucha huelguística contra el plan Cafiero, en defensa de lo conquistado en julio. El gobierno ha maniobrado para impedir este estallido, mediante la superación de los topes del ministro en muchos lugares (YPF, AFNE, Bancarios, SMATA), pero no ha controlado la situación porque la crisis económica y la insistencia obrera crecen. Es necesario tener en cuenta los flujos y reflujos de las masas al utilizar este planteo, pero por sobre todo es necesario insistir en la necesidad de una respuesta conjunta —la huelga general— para defender la conquista fundamental, los convenios, contra su destrucción por el “*arbitraje estatal*”. Pero hay que prepararla, lo que significa esencialmente la democratización total de los sindicatos: asamblea general y nuevas elecciones.

13. La característica principal de la situación política es que la burguesía se preocupa por desviar el ascenso obrero revolucionario, en condiciones en que cuenta con el poderoso factor de contención de la crisis que significa la unidad militar. En estas condiciones es altamente improbable que la situación se desarrolle directamente hacia la huelga general, y en flecha hacia el choque revolucionario y el doble poder. Pero por la misma razón de que existe una tendencia hacia la huelga general, es necesario precisar una línea de intervención concreta en la crisis política, tal cual esta se desarrolla. Es criminal juzgar a la huelga general sin fijar su perspectiva política. La conducta frente al derrumbe del gobierno actual será eje decisivo para luchar por un partido obrero y, por este motivo se convertirá, a su turno, en factor poderoso de modificación de la situación interior en los sindicatos. Ni qué decir que sin una línea de intervención precisa en la crisis política, no existe posibilidad alguna de llevar detrás nuestro al activismo que se mueve en el campo de las coordinadoras. Peor aún, toda oposición, necesariamente en abstracto, que hagamos entre la huelga general convertida en fetiche y los planteos “*políticos*” de las otras corrientes, desprestigiará nuestras posiciones y fortalecerá al oportunismo.

14. Durante la huelga general, una de las consecuencias negativas de la consigna “*gobierno de la CGT*” fue la de crear la sensación de que teníamos una posición directamente vinculada a la situación política —una posición concreta— cuando en realidad, por la naturaleza abstracta de la consigna (la CGT no es la organización de las masas revolucionarias y su dirección pertenece al gobierno que hay que abatir), nos hallábamos planeando en el aire. Además, este planteo suponía, objetivamente un pronóstico de evolución huelguística directa, conducente a un doble poder en uno de cuyos polos estaba la CGT. Y de lo que se trata, repetimos, es de precisar una línea de intervención en la crisis política, que debe considerar la situación en su totalidad —incluida la lucha huelguística.

15. El problema político concreto es éste: ¿Qué consigna planteamos en una situación de disgregación del gobierno peronista, de extraordinario avivamiento de las aspiraciones democráticas, de iniciativa de las masas, de un ritmo relativamente lento del desarrollo revolucionario, de existencia de una política de maniobra

del grueso de los representantes políticos burgueses ¿que están por el momento respaldados por unas fuerzas armadas unidas, las que se preparan también para un recambio golpista?

Entendemos que corresponde con plenitud a la actual situación la consigna de “*Fuera Isabel y este gobierno antiobrero: por elecciones generales inmediatas*”. ¿Fundamento? Este gobierno no sólo no representa ya a 7 millones de votantes sino que los ataca sistemáticamente, y la política que sigue en el cuadro de su disgregación abre el camino al golpe. Respetemos la voluntad popular: elecciones generales inmediatas.

Primera objeción: es una consigna que ayuda a la reconstrucción del Estado. Respuesta: no puede reconstruir lo que no está destruido; las palancas estatales están en las manos de la burguesía, centralizadas y respaldadas por su brazo armado. Pero más importante es esto otro: la burguesía no quiere elecciones, lo que prueba —hasta cierto punto— que no lo ve como un medio para salir de la crisis. Balbín quiere adelantar las elecciones del 77, pero no realizarlas ahora y menos transferir de inmediato el gobierno a los electos. El asunto de elegir vice-presidente fue un globo lanzado para “pinchar” la idea y desprestigiarla. La realización de elecciones derrumbaría al peronismo y marcaría un violento giro hacia la izquierda.

Por otro lado, no está a la orden del día la toma directa del poder por el proletariado; al igual que los golpistas por la derecha, nosotros tenemos que hacer agotar el proceso democrático (y en un momento de éste aplastar físicamente el golpe), ayudando a las masas a superar todas las maniobras de desvío de la burguesía.

Lo que es importante, el agotamiento del proceso democrático por las masas, utilizando las consignas democráticas, aísla a las fuerzas armadas y permite que sea penetrada por la disgregación política.

Segunda objeción: es abstracta, ¿Quién la va a imponer? Trátándose de una consigna democrática, relativa a elecciones, no se puede descartar su convocatoria por un presidente interino enfrentado a una crisis extrema, o más precisamente intentando prevenirla. De cualquier manera el reclamo de elecciones opone a las masas contra la burguesía, y esto es lo fundamental, por lo que está íntimamente ligada al gobierno obrero y campesino. Sobre la base de la totalidad de las consignas democráticas (y ésta es una de ellas) debemos organizar a los obreros en coordinadoras, cambiar las direcciones sindicales, formar una juventud de masas, crear soviets, es decir, por un gobierno obrero y campesino.

Tercera objeción: ¿Por qué no Asamblea Constituyente? No debemos emprender una polémica *especial* contra esta consigna (sí contra la *totalidad* de las posiciones de quienes la levantan), pero creemos que es abstracta, esto porque las masas no ven planteado el problema constitucional, esto es, relativo a una discusión de la estructura política del Estado. Para las masas el problema es: éste no es nuestro gobierno; nosotros decimos, hay que echarlo, y existe un método, que todos formalmente dicen aceptar para hacerlo, las elecciones, las que son necesarias arrancar mediante la movilización, la expulsión de las direcciones traidoras, el combate por liberar a los presos, la defensa de los convenios, es decir, la lucha por la totalidad de los problemas en juego.

Cuarta objeción: ¿"Fuera Isabel y este gobierno antiobrero..." no corre el peligro de identificarnos con el golpismo? Es exactamente al revés: al establecer con precisión el reclamo de elecciones generales (para todos los puestos) damos una alternativa opuesta a la del golpe. Que la voluntad popular se exprese, que liquide a este gobierno de terroristas, esa es la barrera de masas contra el golpe.

Pero hay otra cuestión fundamental. La iniciativa política la tienen las masas. La aparición pública de un frente golpista no altera este hecho, y se revela en que por ahora se encuentra en una etapa preparatoria, de agitación, de intento de ganar al alto mando en su conjunto. En un momento de iniciativa de masas, de maniobras desviacionistas de la burguesía, es criminal paralizar a las masas con el espantajo golpista. Pero esto nos ayuda a precisar la consigna: "*Fuera Isabel y este gobierno antiobrero, abajo el golpe, por elecciones generales*".

Objeción final: ¿El reclamo de la destitución de Isabel no tiene un carácter ultimativista, de un lado, y no significa entrar en el juego de su "*renuncia*" como plantean ciertos partidos opositores?

Nosotros estamos en contra de todo ultimativismo dirigido a las masas. Por eso decimos: Isabel no representa el voto popular. Isabel es la representante de la camarilla reventada el 27 de junio; entonces, no puede seguir. Si trabajamos en el seno de las masas para ayudar a la concreción de esta perspectiva, así como a su instrumentación en fracciones sindicales, coordinadoras, partido obrero, no habremos caído en ningún ultimativismo, esto porque no estaríamos ordenando desde afuera sino elaborando la salida proletaria a partir del nivel político concreto en que la clase obrera se encuentra, es decir, de impulso democrático y de independencia política.

Ahora bien, no podemos excluir la destitución de Isabel de la consigna (es decir sólo "*del gobierno antiobrero*"), con el argumento de que es un planteamiento burgués opositor. Tenemos que obrar de modo de concentrar el punto de ruptura sobre la camarilla —Isabel— y agregar "*gobierno antiobrero*" que, más el reclamo de elecciones, completa la alternativa fundamental. Si un presidente elegido por el Congreso reemplaza definitivamente a Isabel, su posición sería más precaria que la de ésta, dado que es un elegido por nadie, dado que esto termina por enfrentar a muerte a las distintas fracciones peronistas, la cual nos ayudaría a ir a la carga más profundamente, siempre con el planteo de que el pueblo decida.

16. Repetimos: el planteo debe servir para la organización política independiente del proletariado, al oponerlo claramente contra el gobierno peronista y sus alternativas burguesas, en el cuadro del conjunto de sus tareas por las libertades democráticas y la independencia sindical.

Para sacar a fondo las conclusiones de la situación y las tareas es necesario considerar lo que plantean las fuerzas que militan en el campo obrero.

Primero consideremos al PC. Los stalinistas están en la defensa de Isabel, y del gobierno y plantean claramente que el peronismo trate de solucionar sus problemas y evite disgregarse. Postulan

un gobierno peronista (presidente Isabel o quien nombre el peronismo) con la participación directa de las fuerzas armadas y ministros de otros partidos. No quieren saber nada de elecciones y se esfuerzan por cerrar la brecha de la crisis, concientes de su característica revolucionaria. A partir de aquí se ha lanzado a frenar toda lucha obrera o juvenil, así como toda organización autónoma: para adaptarse reclaman 750.000 pesos de mínimo salarial (lo que gana un metalúrgico con los 150.000 de Cafiero) y han establecido acuerdos con la burocracia verticalista en los sindicatos. Es necesario una campaña contra el stalinismo sobre la base de consignas sencillas: elecciones, democratización sindical, investigar a la camarilla con intervención de las masas, etc.

El resto de la "*izquierda*" tiene una postura antigubernamental y, con excepción del PST, reclaman elecciones. Su característica central es que, sobre la base de la consigna electoral, buscan establecer (PPA, focos, VC, "*puros*") un frente popular con los Alende, Bidegain, los Sueldo. El PPA trata de frustrar la independencia obrera, instrumentando el reclamo de elecciones para transformar a las Coordinadoras en "*bloques sindicales*" de los Auténticos.

Para el PPA la "*renuncia*" de Isabel daría paso a una "*tregua*" (ver PO sobre Formosa) y la convocatoria electoral sería un elemento de negociación. Por eso no es justo identificar, no ya las perspectivas de nuestro planteo, sino el planteo como tal, como el del PPA.

El PST propugna abiertamente un recambio burgués, esto porque se niega a plantear "terminar con este gobierno". Propugna que el congreso elija un presidente gremial designado por la CGT, y que se convoque a una Constituyente. Sería una Constituyente inofensiva, esto porque se basaría en el arreglo previo de la crisis presidencial. El PST se coloca así a la derecha del PPA. Además propugna un acuerdo sin principios con éste (sobre la base de la consigna "*patria socialista*"), lo que lo mantiene en la línea del frente popular. Sus posiciones igualan a la represión militar con la provocación guerrillera, tienen por función conquistar la aceptación política de los medios burgueses "*liberales*". Es necesario contemplar una serie de críticas pedagógicas contra el PST.

17. Esto nos está diciendo que, en constante crítica al PC y atrayendo a sus militantes a todas las tareas democráticas y obreras, y tratando de ganarlos para que entren a las Coordinadoras, podemos plantear una campaña dentro de éstas en favor de elecciones generales. Sería un frente único en un terreno concreto, por actos de masas que integren todo el conjunto de reivindicaciones con el reclamo de elecciones. Creemos que se desbarataría así las maniobras frente-populistas de las "*izquierdas*" contra nuestra agitación por la independencia total de la burguesía. Dado que estamos en congreso y que finaliza el año, proponemos sólo esta iniciativa.

Sobre la base de las cuestiones democráticas, planteadas en íntima vinculación a la situación política concreta, debemos combatir el frente popular, y estamos en mejores condiciones de hacerlo: por coordinadoras, por un partido obrero independiente.

18. Sería un error considerar la consigna de elecciones la esencia de nuestra estrategia política. Debemos ver cómo la manejamos

ante cada viraje y, por sobre todo, no deben supeditarse abstractamente a ella las otras reivindicaciones: mientras reclamamos que se vaya este gobierno y por elecciones impulsamos a fondo la lucha por las libertades ya, investigación con participación obrera ya, organización de la autodefensa ya; en la táctica revolucionaria la acción directa subordina las otras formas de intervención, las que tienen que estar a su servicio.

19. La disgregación del gobierno de Isabel y de la burocracia deben ocupar el centro de atención política, y deben combinarse con el movimiento huelguístico que la burguesía está tratando de contener por unas semanas. Hacer una intensa campaña sobre esto, formar fracciones en los principales sindicatos y convertirnos en los principales animadores de las Coordinadoras.

[Revista **Política Obrera**, año I, n° 1, 2ª época, enero-febrero de 1976, pp. 5 y 54-63]

Documento n° 26: [PO] "Tesis sobre la situación económica y política nacional"

Al cabo de una serie de discusiones hemos llegado a la conclusión de que existen lagunas en nuestra formulación programática referida a la nueva situación política creada con el golpe militar. El objetivo principal del presente texto es superar esas deficiencias. Con esa finalidad, debemos volver al análisis de las caracterizaciones políticas volcadas en los documentos para el Congreso.

Situación, etapa, gobierno

Existe entre nosotros un acuerdo en el sentido de que la victoria del golpe del 24 de marzo revirtió la situación revolucionaria que había comenzado a desarrollarse con la huelga política de masas de junio-julio de 1975. Ahora bien: ¿Cuál es la situación política exacta que se crea con el golpe?, ¿cuál es la naturaleza del nuevo régimen gubernamental, cómo hay que definir la nueva etapa que se ha abierto?

Fuimos perfectamente claros desde un comienzo en trazar la diferencia entre la situación post-golpista argentina y la de Chile luego de 1973. Dijimos: 1) que no había tenido lugar un aplastamiento de los trabajadores, como podía haber resultado de un enfrentamiento abierto con el golpe militar; 2) que no se había producido una derrota decisiva de las masas, entendiéndose por tal una anulación prolongada de la capacidad de resistencia de los explotados. Destacamos la enorme importancia que jugó la ruptura política del proletariado con el gobierno peronista (huelgas de junio-julio y posteriores) en limitar la desmoralización de los trabajadores frente al triunfo golpista. De tal manera que el golpe se produjo en condiciones de relativa clarificación política de los trabajadores, que habían comprendido la responsabilidad del gobierno peronista y de la burocracia sindical en la victoria del golpe. Estas acertadas caracterizaciones nos hicieron prever antes que nadie el proceso de resistencia obrera que se abriría con las luchas de abril y de setiembre-octubre del año pasado (metalúrgicos, mecánicos, Luz y Fuerza).

La diferencia entre los golpes de Estado de Argentina y Chile ha sido utilizada, sin embargo, para producir una colosal distorsión

en la caracterización de la situación, de la etapa y del régimen político que nacen el 24 de marzo. Es así que el PST y el PC sostienen que estaríamos ante un gobierno, si no redondamente democrático, al menos ambiguo, indefinido, y de ninguna manera contrarrevolucionario. Obsérvese bien que esta posición teórica corresponde por entero a la posición real que ocupan la burocracia sindical y el stalinismo (y que pretende ocupar el PST) como sostenes de izquierda del gobierno militar; es decir, como instrumento de éste para derrotar la resistencia de las masas (caso flagrante: la lucha de Luz y Fuerza).

Pero no se puede hacer de los importantes rasgos diferenciales entre Chile y Argentina una oposición absoluta. El hecho mismo de que se justifique la comparación entre uno y otro responde a que sus fuerzas motrices son similares: la contrarrevolución burguesa. Para el PC y el PST, el golpe del 24 de marzo tiene por causa el "caos" creado por el gobierno de Isabel, las "contradicciones" del peronismo, ocultando así que la razón principal de aquél fue la necesidad de quebrar la situación revolucionaria creada a partir de junio-julio. Es justamente esto lo que diferencia al golpe del 24 de marzo del de la "libertadora" y Onganía. La "libertadora" fue el producto de la necesidad de terminar con un régimen de arbitraje excepcional entre el imperialismo y las masas, esto para dar paso a una amplia colonización del imperialismo yanqui. No estuvo motivada esencialmente por un ascenso revolucionario de masas que escapara al control gubernamental. El golpe de Onganía representó una continuidad de objetivos con la "libertadora" por el fracaso de todos los planes políticos para resolver el problema de la integración 'democrática' del peronismo. Ambos fueron, en líneas generales, golpes reaccionarios que expresaban la incapacidad de las burguesías semicoloniales para estructurar regímenes democráticos estables. El golpe del 24 de marzo incorpora las características de los golpes anteriores, pero se diferencia en este hecho fundamental: surge para liquidar por la fuerza un movimiento histórico excepcional de las masas, luego del fracaso de todos los métodos "políticos" de contención. Se diferencia de los anteriores en un rasgo preciso y fundamental: debe hacer frente, no a la necesidad de integrar al peronismo, sino a una situación de liquidación política de éste producida por una movilización independiente de las masas.

En Chile, el pinochetismo ha logrado dar cuenta de la resistencia de los trabajadores, creando una situación contrarrevolucionaria acabada. En Argentina, la resistencia de las masas al gobierno militar es una de las contradicciones fundamentales de la nueva situación política. Pero ambos golpes son contrarrevolucionarios burgueses (a diferencia de los puramente oligárquicos) en alianza con el imperialismo. Sería un crimen esperar que el gobierno argentino acabe con sus planes de aplastamiento de las masas para reconocer entonces que el golpe del 24 de marzo es contrarrevolucionario.

Ocurre que hay golpes contrarrevolucionarios y golpes contrarrevolucionarios. El fascismo en Italia no fue igual al nazismo en Alemania; el golpe de Chiang-Kai-Sek en China en 1927, no dejó de ser la expresión de la victoria de la contrarrevolución por el hecho de que la resistencia de las masas siguió manifestándose en los años siguientes (al igual que las crisis gubernamentales),

al punto que en 1932 Trotsky llegó a definir la situación china como prerrevolucionaria. Una situación no deja de ser contrarrevolucionaria por el hecho de que las consecuencias de la derrota de las masas aún no se hayan agotado, pues lo que importa es la tendencia dominante en una situación política dada, y ésta es la victoria de la contrarrevolución contra el ascenso de las masas.

Se pueden distinguir tres factores que explican la diferencia de grado en la victoria de la contrarrevolución en Argentina y Chile: 1) la menor polarización directamente política en la Argentina, como consecuencia de la ausencia de partidos obreros y de un gobierno de Frente Popular (último recurso del imperialismo) en nuestro país, así como el hecho de que la situación revolucionaria no se había desarrollado a un plano de doble poder; 2) la ausencia de un movimiento pequeño burgués contra la clase obrera en Argentina (como hubo en Chile), determinada, entre otras, por el papel motriz jugado por el proletariado contra el gobierno peronista; 3) la diferente situación internacional que se crea luego de la derrota del imperialismo yanqui en Vietnam.

En todos nuestros documentos fuimos los primeros y los más consecuentes en establecer la contradicción de fondo del régimen militar, esto es la resistencia de las masas y la proyección que ésta tenía en los roces y choques de las distintas fracciones gubernamentales. En su momento, para definir esta situación, utilizamos la expresión "situación escasamente prerrevolucionaria" la que entendemos ahora que es completamente equívoca ya que toma sólo algunos elementos importantes de la situación, pero no abraza al conjunto de ellos, excluyendo los fundamentales. Lo correcto es decir que el golpe sustituyó una situación revolucionaria relativamente incipiente (dijimos en el primer congreso que junio-julio constituye un primer nivel de desarrollo de la situación revolucionaria) por otra contrarrevolucionaria, pero inacabada, incompleta e inestable y que además contiene elementos de una situación prerrevolucionaria, esto por la resistencia creciente de la clase obrera, por una cierta tendencia a la incorporación a la lucha de la pequeña burguesía y por el aumento de la crisis en las esferas del poder. Esta no es una definición simple, no se limita a fijar un encasillamiento sino que da cuenta de las características esenciales de la situación, de sus tendencias dominantes así como de las que las contrarrestan, y cumple el propósito de recoger teóricamente sus contradicciones.

Rechazamos la alternativa de referirnos a una "situación no revolucionaria", ya que ésta significa una situación de pasividad relativa de las masas y de una estabilidad relativamente orgánica del Estado burgués, y no puede señalar las contradicciones fundamentales de la actual situación política. Una definición como ésta niega la hondura de la crisis heredada por el golpe, y que éste en ningún caso puede atenuar en un plazo corto.

¿De qué modo se refleja en el plano del poder esta nueva y precisa situación política que se ha creado con el golpe militar?

Hemos señalado en otros documentos que el gobierno militar es un gobierno burgués contrarrevolucionario de tipo semi-bonapartista, es decir, orientado a destruir toda organización independiente del proletariado, y que juega un papel de arbitraje entre

la burguesía nacional y el imperialismo. Descartamos la caracterización de fascista debido a que el gobierno no cuenta con el apoyo de un movimiento contrarrevolucionario pequeño burgués y a que tampoco constituye la dictadura militar de un solo partido (con lo que esto supone como unidad de objetivos y disciplina de organización) contra el resto de los partidos burgueses y las organizaciones obreras. Las fuerzas armadas no representan un partido político (ni han logrado crear un gobierno institucionalmente definido, dando pie a los roces entra la Junta militar y la presidencia de la república).

Pero entendemos que es necesario completar todavía esta definición enteramente correcta, a partir de los elementos que surgen al cabo de un año con mayor claridad. Nos referimos al hecho de que aunque el gobierno militar no es un gobierno bonapartista, contiene sí elementos de bonapartismo. Careciendo de la más mínima base social para una práctica de arbitraje, el gobierno militar se encuentra objetiva y subjetivamente (es decir, por la presión de la crisis económica y por la acción de las clases) entre la presión del imperialismo y la presión de la resistencia de las masas. De ahí que no se deban excluir tendencias a arbitrar entre las clases en determinado momento, como lo ejemplifica la negativa a emprender un aplastamiento directo de las huelgas de mecánicos y de Luz y Fuerza, así como la declaración de la "tregua de precios" y la intervención a los mercados de concentración. Más acusada es esta tendencia en el intento que se arrastra desde hace un año de crear un régimen sindical superregimentado que ayude a la destrucción de las organizaciones obreras independientes en desarrollo, con el concurso de la burocracia sindical. Forma parte de esto mismo la represión limitada que sufre el stalinismo.

¿Cuál es la perspectiva más o menos inmediata de esta situación política? ¿Se ha agotado, o van camino de agotarse las consecuencias de la derrota de marzo del 76? ¿La burguesía ha dilapidado el capital político que ha ganado con el golpe, entendiendo por esto una pérdida de iniciativa política, un fracturamiento del frente burgués, un completo desprestigio ante la pequeña burguesía?

Es cierto que el gobierno militar se encuentra en una encrucijada. Si lo comparamos con su ímpetu inicial, el proceso de reversión de la crisis económica es muy lento y según los más autorizados informes las perspectivas de una reactivación industrial han quedado desplazadas para 1978. La fenomenal elevación de la tasa de plusvalía (debida a la colosal caída del salario) no ha sido suficiente para impulsar la inversión nacional y extranjera. La razón estriba en las inciertas perspectivas comerciales internacionales que forman parte del conjunto de la crisis económica internacional iniciada en 1973, y en la rabiosa política capitalista del equipo económico con tasas de interés incompatibles con una reactivación industrial.

De otro lado la división en las filas de los altos mandos no se ha cerrado, como lo prueban los crecientes actos de terrorismo dirigido contra personeros del ala videlista o lanussista, o que tienden a bloquear un proceso de discusión con los partidos políticos.

Estos factores, sin embargo, no son suficientes para asegurar que se creará una situación prerrevolucionaria en un período más o

menos inmediato. La desorganización del movimiento obrero es muy grande y la represión sigue golpeando duramente a los activistas y a los elementos descontentos de la pequeña burguesía.

No se puede excluir una brusca aceleración de todos los factores de crisis, como lo dice el documento del congreso, en especial como resultado de un derrumbe del programa de Martínez de Hoz. De todos modos, las salidas posibles de la situación actual sólo pueden ser conjeturadas y por el momento lo más sabio es dejar abierta la puerta para diversas alternativas, desde un agravamiento del retroceso y de los golpes contra las masas, hasta el debut de una nueva situación.

Pero lo que está claro de todo esto es que no podemos caracterizar al período abierto con el golpe como contrarrevolucionario, es decir, como de inexorable consolidación de un gobierno totalitario que habría aplastado por un tiempo prolongado a las masas. Es inevitable que la situación conozca tendencias objetivas hacia una estabilización económica y política de la dictadura (esto por las excepcionales condiciones que se han creado para superexplotar a las masas). Pero aún en el caso de que esta estabilización adquiera el vigor que hoy no tiene, ello no redundará necesariamente en un reforzamiento de las tendencias totalitarias. Un incremento de la actividad económica significa también un reforzamiento social del proletariado, que este puede aprovechar para reorganizarse sindical y políticamente. El período que se ha abierto está dominado por la contradicción de que el imperialismo no ha dejado fuera de combate a las masas, que éstas resisten y la lucha se agrava, y que, con mayor o menor reactivación económica, la burguesía sigue encontrándose en una posición muy débil frente a la presión acrecentada del imperialismo por la crisis mundial y sus derrotas políticas (Vietnam).

No se ha abierto una etapa contrarrevolucionaria sino que de tipo transitorio, mejor dicho interrevolucionaria, de tremendos combates defensivos y de posibles crisis explosivas en la cúspide.

Para precisar más aún tenemos que ligar la situación contrarrevolucionaria inestable en Argentina con el período netamente pre-revolucionario a escala mundial. Los regímenes que se consolidaron contrarrevolucionariamente en la década del 30 contaron, en ese entonces, con un período internacional de neta reacción política. El caso actual es el inverso, y esto se aprecia también en América del Sur con la visible descomposición de la situación en Brasil.

El renacimiento de una situación revolucionaria sólo puede ser el resultado de una serie de cambios tanto "arriba" como "abajo": "Abajo": 1) recomposición de las filas del activismo obrero y juvenil; 2) revitalización de las organizaciones de las masas, concretamente los sindicatos; 3) la claridad de la intervención del partido revolucionario en relación a las cuestiones de fondo, que lo prepare para un rol dirigente. "Arriba": 1) agudización de las divergencias interburguesas y con el imperialismo; 2) realineamientos de fuerzas en el seno del poder; 3) repercusión sobre la pequeña burguesía de las disgregaciones y recambios en el frente burgués.

[Documento de la Conferencia Nacional de PO, camuflado como **Cuadernos de Estudios Sociales** n° 1, marzo de 1977]

Los intelectuales del “Proceso”

Una aproximación a la trama intelectual de la última dictadura militar

Emiliano Álvarez

I

A la hora de revisar la producción intelectual durante la última dictadura militar, los estudios al respecto han intentado reconstruir la forma en que diversos agentes de la cultura siguieron activos por aquellos años, pretendiendo mantener vivo un tejido cultural y político que el terrorismo de Estado estaba destruyendo¹. Esta producción intelectual que se revisa responde, como sucede casi exclusivamente cuando se estudia el campo cultural, a intelectuales vinculados con un pensamiento o sensibilidad de izquierda. Poco o nada se ha dicho sobre los intelectuales liberal-conservadores que por aquellos años del “proceso de reorganización nacional” circularon con su producción por diarios, revistas, documentos oficiales y congresos, intentando dotar al gobierno de la Junta de una orientación no sólo ideológica sino también programática.

A diferencia de las anteriores asonadas militares que contaron con intelectuales como Leopoldo Lugones, Carlos Ibarguren, Ernesto Palacio o Julio Irazusta, quienes se dieron la tarea de construir justificaciones ideológicas legitimadoras para los gobiernos golpistas, la de 1976 no contó con personajes tan claramente definidos. Imprecisamente sabemos que la doctrina de seguridad nacional y el integrismo católico funcionaron como norte ideológico y político, pero sin poder establecer a partir de ellos una propuesta articulada y consistente para la dirección del gobierno. Las ideas y orientaciones reaccionarias, nacionalistas, conservadoras, paternalistas, católicas y liberales, entre otras, que circularon en la heterogénea y conflictiva Junta de comandantes, tuvieron autores intelectuales que, si bien no ocuparon la primera plana del gobierno, fueron una pieza fundamental para la conformación de los objetivos y el destino político de la última dictadura.

El presente trabajo tiene por objetivo rastrear y analizar las formaciones intelectuales que circularon en el espacio liberal-conservador durante el último gobierno militar en diarios y revistas, como así también en diferentes congresos o encuentros culturales de la época. Muchos de los recientes trabajos académicos sobre la última dictadura han indicado las dificultades que ésta tuvo para establecer una propuesta política articulada y coherente que

consolidara la dirección del gobierno². Su legitimación inicial fue adquirida por el consenso pasivo de una sociedad atravesada por la violencia política, el caos económico y la debilidad institucional. Una vez concluida la fuerza de este consenso inicial, el gobierno militar no logró generar un consenso activo capaz de cimentar proyectos que el “proceso de reorganización nacional” había prometido. A partir de este trabajo, intentaremos reconstruir la trama intelectual del pensamiento liberal-conservador que pretendió construir una legitimidad para los planes refundacionales de la última dictadura, atendiendo más a las condiciones de producción y circulación de las estrategias intelectuales que a los resultados que ellas obtuvieron.

Tomaremos prestada la definición de intelectual que establece F. Bourricaud, indicando que se trata de productores y agentes de circulación de nociones comunes que conciernen al orden social³. En nuestro caso, nos interesan aquellos intelectuales vinculados al *establishment* político y económico, cuyo interés reside en la conservación inalterable del orden social, y que en el caso argentino presentan la peculiaridad ideológica de acercarse imprecisamente a tendencias liberales pero también nacionalistas. Definidos por S. Sigal como “elites nacionalistas”⁴, estos intelectuales acompañaron desde la década del treinta del siglo XX a los diferentes gobiernos militares, asumiendo el rol de consejeros del príncipe. A diferencia de los intelectuales del cuerpo universitario y de la *intelligentsia* contestataria, los intelectuales de derecha no se concibieron ni pretendieron participar en el espacio público como “actores de masas que persiguen su propia política”⁵. Sus pretensiones de dirigirse a las elites sociales e influir en el Estado, hicieron de ellos los prototípicos intelectuales orgánicos de los que habla A. Gramsci, quienes median en las relaciones del Estado y las masas generando consensos, valores y representaciones colectivas en la sociedad civil. Dentro del universo de intelectuales aquí estudiados, conviene diferenciar a

1 Ver al respecto: AA.VV.: **Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino**, Buenos Aires, EUDEBA, 1988; Carlos Altamirano: “El intelectual en la represión y en la democracia”, en **Punto de Vista**, año IX, N°28, Buenos Aires, noviembre de 1986, pp. 1-4; Hilda López Laval: **Autoritarismo y cultura**, Madrid, ed. Espiral Hispano Americana, 1995; José Luis de Diego: **¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)**, La Plata, Ediciones Al Margen, 2003.

2 Ver al respecto: Alfredo Pucciarelli (comp): **Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura**, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2004; Vicente Palermo y Marcos Novaro: **La dictadura militar, 1976/1983**, Buenos Aires, Paidós, 2003.

3 François Bourricaud: **Los intelectuales y las pasiones democráticas**, México, UNAM, 1990.

4 Silvia Sigal: **Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta**, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2002, p. 17.

5 *Ibid.*, p. 63.

aquellos que, ligados a posiciones más tradicionalistas, profesan el antiintelectualismo clásico del pensamiento conservador, asumiendo la labor intelectual desde una mirada “realista”, y a aquellos que, permaneciendo dentro del pensamiento conservador pero con tintes liberales, se conciben a sí mismos como un grupo independiente y superior e indispensable dentro de la sociedad, acercándose más a la forma moderna del intelectual occidental.

El trabajo que aquí se presenta tiene un carácter exploratorio, y su intención no es otra que comenzar a describir un fenómeno que hasta ahora no ha sido estudiado sistemáticamente. Por ello, no pretendemos extraer ninguna conclusión, aunque sí expresar impresiones que tienen como fin poder construir algunas preguntas e hipótesis sobre la trama intelectual de la última dictadura. La primera parte del artículo la dedicaremos a explorar a uno de los grupos de intelectuales conservadores, muy cercanos al integrismo católico y al nacionalismo de las décadas del treinta y cuarenta, denominado como “Grupo Azcuénaga”. En la segunda parte, analizaremos los últimos días de Victoria Ocampo y su vínculo con un evento cultural propiciado por el gobierno militar. En la tercera y última parte, nos concentraremos en explorar la revista **Carta Política**, que durante aquellos años se convirtió en una publicación que agrupaba a un conjunto de intelectuales pertenecientes a la generación que, mediante la introducción de las ciencias sociales en la década del cincuenta, produjo una modernización del pensamiento liberal-conservador.

II

Los trabajos de Marcos Novaro y Vicente Palermo⁶ y de Vicente Muleiro y María Seoane⁷ indican que una usina importante para las ideas que trató de llevar adelante el gobierno militar surgieron de lo que se denominó Grupo Azcuénaga, un círculo de políticos, economistas e intelectuales de derecha asociado a grandes empresarios nacionales, promovido por Jaime Perriau y por el general Miatello. Ellos serían, por ejemplo, los encargados de acercar a los militares que preparaban el golpe el nombre de José Alfredo Martínez de Hoz para ocupar la cartera de Economía. Lejos de los equipos técnicos fuertemente consolidados que acompañaron a las dictaduras de Chile y Brasil⁸, el Grupo Azcuénaga fue un círculo de conspiradores con ideas vagas e imprecisas que expresaban la inconsistencia programática del *establishment* librecambista.

Para muchos, fue Jaime Perriau el intelectual con mayor influencia dentro del gobierno militar. Este abogado, nacido en Buenos Aires en 1920, no se destacó demasiado en el mundo de las letras. Publicó un libro editado por EUDEBA en 1971 que se tituló *Las generaciones argentinas*, repitiendo la teoría de las

generaciones de Ortega y Gasset, de quien fue discípulo. En un famoso diccionario biográfico, el propio Perriau indicó que utilizaba el seudónimo de Luis Grasset⁹, bajo el cual parece haber publicado varios artículos de derecho y filosofía, de los cuales no se ha encontrado registro. Fue además becado para estudiar en la Universidad de Michigan entre 1945 y 1947, y luego en la Sorbona (Francia) durante 1949 y 1960. Antiperonista vinculado a ASCUA y asiduo concurrente a los Cursos de Cultura Católica, luego formó parte del Club Demos, antecesor del Grupo Azcuénaga, fue ministro de Justicia del general Levingston, y amigo íntimo de Julián Marías, el intelectual extranjero que con mayor frecuencia apareció en diarios y revistas durante la última dictadura, pretendiendo reeditar el idilio de nuestro pensamiento conservador con su maestro Ortega y Gasset.

Para Perriau, las dos mayores amenazas del siglo XX en la Argentina eran la demagogia peronista y la infiltración marxista. V. Muleiro lo define en varias notas del diario **Clarín** a través de una cita que el propio Perriau recupera de Chesterton: “*Seguir la tradición significa dar voz y voto a la más nebulosa de las clases sociales: la de nuestros antepasados. Es la democracia de los muertos. La tradición se resiste a rendirse ante la arrogante oligarquía de aquellos cuyo único mérito es estar entre los vivos*”¹⁰. Esta cita aparece en un proyecto político que le presentará a Videla en 1978, donde propone la creación de una democracia restringida, dirigida por una minoría o partido único (Movimiento de Refundación Nacional) y encabezada por un militar. Fue también de Perriau la idea del triunvirato. Siguiendo la lógica de “la democracia de los muertos”, la Junta de comandantes quería emular a los triunviratos de la década de 1810.

Las ideas de Perriau, cercanas a una ideología ultramontana de larga data en el país y bastante enmohecidas en el resto del mundo para 1976, hicieron su ingreso al ministerio de Educación a través de otro personaje vinculado al Grupo Azcuénaga, Juan José Catalán, ministro de esa cartera durante 1976 y 1978, quien además sería, junto con Martínez de Hoz, uno de los pocos civiles que participaron en cargos de alta jerarquía en el primer gobierno militar. Catalán también fue miembro de una loggia de autodenominados “liberales ortodoxos”, llamada “Sociedad de Estudios y Acción Ciudadana” (S.E.A.), desde la cual se redactó **Subversión en el ámbito educativo (conozcamos a nuestro enemigo)**, documento que circularía por muchos años en las escuelas del país con el fin de detectar posibles padres subversivos a través de las conductas que manifestaban los niños en la escuela.

Como secretario de Cultura, Catalán designaría al Dr. Raúl Casal, cuya gestión durante dos años se convertiría en el emprendimiento de política cultural más dinámico que propondría la dictadura. Cercano a Perriau, Casal también profesaría esa fe conservadora por el pasado, por los muertos y por la definición de una esencia nacional, y desde esa coordinada ideológica sostendría su proyecto político-cultural. En uno de los tantos reportajes que

6 Palermo y Novaro, *op. cit.*, p. 61.

7 Vicente Muleiro y María Seoane: **El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla**, Buenos Aires, Ed. de Bolsillo, 2006, p. 49.

8 Waldo Ansaldi: “*Matriuskas* de terror. Algunos elementos para analizar la dictadura argentina dentro de las dictaduras del Cono Sur”, en: **Empresarios, tecnócratas y militares**, *op. cit.*

9 Diccionario biográfico **Quién es quién**, Buenos Aires, Editores Guillermo Kraft Ltda., 1963.

10 Diario **Clarín**, Buenos Aires, 21/3/1999.

la revista cultural **Pájaro de Fuego**, dirigida por Carlos Garramuño y sostenida desde la secretaría de Cultura, le otorgaría a Raúl Casal, aparecerán los ejes centrales del plan cultural¹¹ avalado por el Grupo Azcuénaga:

- 1- La afirmación de la nación argentina como un pueblo realizado políticamente en un Estado con personalidad histórica, social y jurídicamente definida por más de un siglo y medio de vida independiente.
- 2- La Argentina pertenece a una comunidad más vasta: Sudamérica. A otra más amplia: el mundo hispánico. A una tercera: Occidente. Es decir, la identificación de la Argentina con las grandes fuentes de nuestros valores tradicionales: lengua, religión y cultura son esos fundamentos.
- 3- Históricamente, la Argentina es un pueblo católico. Esto no implica un condicionamiento político, sino la realidad de un país, un elemento de su mentalidad y su civilización. La Argentina como Estado es heterogénea, pluralista, pero como nación es homogénea, es el fondo original intransferible.

Nada de novedoso aportan estas bases de la política cultural respecto al nacionalismo católico de las décadas del treinta y cuarenta. Tal vez aquello que resulte más interesante de este retorno conservador sea el desajuste entre el *homo comunitas* que piensa el proyecto cultural y el *homo economicus* que se desprende de la política económica aplicada por Martínez de Hoz. Disloque que a fin de cuentas pondrá en evidencia que si bien la dictadura militar tuvo un proyecto cultural, sus bases anquilosadas chocaron y fracasaron con ese *ethos* individualista, con un marcado tono oportunista, que dejó como efecto duradero la última dictadura sobre las subjetividades del país.

Pero más allá del éxito o no del proyecto cultural, no deja de ser interesante rescatar algunos eventos e ideas que circularon bajo la égida del Grupo Azcuénaga, para evidenciar con mayor nitidez la forma en que se manifiesta la resuscitación de ideas añejas en un contexto socio-histórico diferente.

III

Encontramos en octubre de 1978 la celebración del “Primer Congreso Nacional de Intelectuales”, realizado en el Museo Nacional de Arte Decorativo. El congreso fue organizado por el secretario de Estado de Cultura, Raúl Casal, quien en la resolución N°488 del ministerio de Cultura y Educación, con fecha 5 de septiembre de 1978, dispuso la creación de la **Revista Nacional de Cultura**, cuyo objetivo era construir “un medio apto para la participación activa y específica de los intelectuales argentinos en el Proceso de Reorganización Nacional, mediante la dilucidación de temas capitales para nuestra nacionalidad”¹², al mismo tiempo que convocar al congreso como forma de impulsar la salida de esta revista. Las autoridades del congreso serían las mismas que

dirigían la revista: secretario ejecutivo: Francisco García Bazán; consejo asesor: Marcelo Bormida, Roberto J. Brie, Félix Cernuschi, Horacio Cuccorese, Juan Carlos Ghiano, Eugenio Pucciarelli, Héctor Schenone, Elsa Tabernig, Adalberto Tortorella, Olga Fernández Latour de Botas.

El congreso tuvo por título “El hombre argentino y la esencia nacional”¹³ y se presentó en tres jornadas. La primera estuvo dedicada a “la esencia del hombre argentino en la filosofía y la sociología”, presidida por el Dr. Ismael Quiles, Dr. Egidio Mazzei y Dr. Hugo Biagini. Las ponencias fueron las siguientes: “La idea del hombre en la historia de la filosofía argentina” (Dr. Alberto Caturelli), “La imagen del hombre en las comunidades rurales argentinas” (Roberto J. Brie), “El hombre argentino desde la perspectiva de la antropología filosófica” (Dr. Arturo García Astrada), “El hombre argentino y americano” (Dr. Rodolfo Kusch).

En la segunda jornada el tema fue “El hombre argentino en el arte”, presidida por el Dr. Ángel Battistessa. Allí se presentaron las siguientes ponencias: “El hombre argentino en la literatura narrativa y la poesía” (Dr. Guillermo Ara, Prof. Graciela Maturó y Gladis Marín), “El hombre argentino en el ensayo y la crítica literaria” (Prof. Gaspar Pío del Corro), “El hombre argentino a través de las artes plásticas” (Prof. Romualdo Brughetti), “El hombre argentino a través de la música” (Lic. Carmen García Muñoz).

En la tercera y última jornada se abordó el tema de “El hombre argentino y el futuro nacional”, presidida por el Dr. Venancio Deulofeu, Dr. Pedro Frías, Dr. José Pablo Martín. Estas fueron las ponencias: “El futuro del hombre argentino y la educación” (Oscar Gómez Poviña), “El futuro del hombre argentino desde la perspectiva de la educación y de la ciencia” (Dr. César Trejo y Dr. Eugenio Pucciarelli), “El futuro del hombre argentino en relación con la realidad histórico-política nacional” (Dr. Julio Irazusta), “El futuro del hombre argentino según las ideas filosófico-religiosas” (Dr. Máximo Etchecopar).

En el discurso inaugural, el secretario de Estado de Cultura Raúl Casal señalaba que “la tarea irrenunciable de los intelectuales es la de diagnosticar en primer término y la de orientar en segundo”¹⁴, y agregaba que el mal que está padeciendo el mundo occidental es la masificación, indicando que “comunidades fundadas en los principios de la vecindad, la familia, la comunidad, la iglesia y la profesión, han ido perdiendo su adhesión a estos principios integradores”. “La gran misión y deber del intelectual — concluía Casal — es enriquecer la política mediante la prepolítica. La prepolítica es sencillamente el estrato en que todo pensamiento político sólido deber echar raíces y extraer su nutrición. Es el fundamento donde la ética, la filosofía y la teología se unen para alimentar cualquier otra actividad”¹⁵.

11 “El país que nos debe doler”, entrevista a Raúl Casal, en **Pájaro de Fuego**, año 1, n° 2, Buenos Aires, noviembre de 1977, p. 15.

12 Resolución Sec N°488 del Ministerio de Cultura y Educación, Secretaría de Estado de Cultura, Buenos Aires, 5/9/1978.

13 La información sobre el congreso sería resumida y publicada en **Revista Nacional de Cultura**, Año 1, N°2, Buenos Aires, marzo de 1979. Esta revista sería otro emprendimiento del secretario de Cultura Raúl Casal, y sobreviviría a su destitución. Conservando su consejo asesor, la publicación apareció hasta 1982.

14 Diario **La Nación**, Buenos Aires, 10/10/1978, p. 16.

15 *Ibid.*

El suplemento cultural del diario **La Opinión**¹⁶ dedica una nota especial a la celebración del congreso, donde resume las principales ponencias. Entre ellas resalta la del filósofo tomista Roberto J. Brie, quien en una crítica al hombre urbano intenta rescatar la “conciencia territorial” del hombre rural como modelo de sociabilidad deseable para el país. Utilizando a Ortega y Gasset para criticar las condiciones actuales de la sociedad de consumo, Brie termina exaltando la figura de Rosas como forma auténtica de la argentinidad, indicando que desde la Revolución de Mayo se ha producido un constante debilitamiento del Estado como ordenador social. Para Brie, “el desarrollo técnico y económico de este enorme reservorio de valores humanos y éticos de nuestro agro debe hacerse, pero conservando aquella imagen de valores tradicionales que hacen que el hombre del interior viva todavía a esta escala humana”¹⁷.

Arturo García Astrada, desde la perspectiva de la antropología filosófica, trabajó sobre la dualidad del ser argentino: “durante un prolongado lapso histórico, lo europeo se mostraba como civilización; lo vernáculo, las tradiciones de la tierra, como bárbaro. De manera que la polaridad o la pendularidad que siempre acompaña al argentino en su vida cultural, lo lleva a vivir en contradicción”¹⁸. Pero para García Astrada esta contradicción no debe ser “motivo de aflicción” porque en ella se definen las potencialidades del hombre argentino. A su turno, Julio Irazusta, desde su conocida nostalgia por el virreinato y por Rosas, sostuvo que “el futuro del Estado depende de la llegada de un héroe con la capacidad de hacer el bien”¹⁹. Exaltando la cultura hispano-criolla, nutrida en los valores grecolatinos y cristianos, Irazusta llama a la recuperación del pensamiento sanmartiniano para la constitución de la futura república. Máximo Etcheopar será el encargado de cerrar el congreso con una ponencia donde destaca la fragilidad de los valores demoliberales del siglo XIX, indicando que éstos han llevado a la fragmentación del hombre: “no le queda al pobrecillo en su vida sino desconcierto nihilista”. Los culpables principales de esta catástrofe son Marx y Freud. “Toda la obra de esta pareja de simplificadores obsesos —dice Etcheopar— consiste en forjar un hombre sin alma”²⁰.

Este fue el primer y último congreso de intelectuales que organizó la secretaría de Cultura. Entre los motivos principales seguramente se encuentra la salida de Raúl Casal del ministerio de Cultura y Educación hacia fines de 1978, una de las carteras con mayor inestabilidad política y más cuestionadas desde la prensa. Las ponencias presentadas tienden a las formulaciones generales y vacías, con un tono marcadamente oficialista. No parece extraño que las vetustas posturas filosóficas y políticas de los participantes hicieran su aparición en este congreso, si se tiene en cuenta que la dictadura militar pretendió reestablecer el or-

den perdido en 1945. Tal vez uno de los signos ideológicos más importantes del período haya sido recuperar esa Argentina peronista, con el riesgo de asumir ideas envejecidas, poco productivas para pensar los tiempos más complejos y cambiantes a los cuales se enfrentaba el “proceso de reorganización nacional”. Como fuere, las ideas presentadas en el congreso tuvieron como distintivo la representación de esa Argentina pastoril, anclada en el pasado, que hacia fines de la década del setenta ya demostraba su agotamiento ante la subjetividad consumista del capitalismo posindustrial.

Si bien, como se indicó al comienzo de este trabajo, la última dictadura no contó con figuras intelectuales claramente definidas, logró reponer, tal vez tenuemente, el viejo escenario intelectual de las décadas del treinta y cuarenta, con sus ideas nacionalistas y católicas, marcadas por el “realismo tomista”, con su visión decadentista de la modernidad, sus ataques a la democracia y al liberalismo y su búsqueda incansable de la esencia tradicional del país²¹. El llamado del Dr. Casal a la formación de una intelectualidad dedicada a definir las bases prepolíticas de la sociedad —tarea que el nacionalismo católico, primero, y el nacionalismo populista, después, supieron realizar con éxito tres décadas antes, al proponer “mitos unificadores” que tallarían la tradición del revisionismo histórico—, nos coloca frente al problema de establecer hasta qué punto esta formación ideológico-intelectual fue un elemento *arcaico* o un elemento *residual*, en el sentido que le otorga R. Williams a estos términos²². Es decir, más allá de la impresión de lo añejo que presentan las figuras y las ideas vertidas en el Congreso de Intelectuales, resulta necesario establecer de qué manera éstas se vincularon con el proceso hegemónico que pretendió establecer la última dictadura.

IV

Quizás no sólo haya sido el fin del ciclo social inaugurado por el peronismo lo único que vio morir el país, durante los últimos años de la década del setenta. También asistiría a la muerte de Victoria Ocampo, y con ella a la desaparición de la aristocracia como guía de la agenda cultural de esa parte de la sociedad que veía en el fenómeno peronista una aberración estética y moral. En 1977 ingresa en una crisis final la revista **Sur**, entre otras cosas, por la bancarrota en que se declaraba Victoria Ocampo. En los últimos números que terminan de aparecer por 1982, la revista se dedicaría a publicar antologías de sí misma, anunciando el agotamiento del proyecto cultural que por más de cuarenta años había sostenido. Villa Ocampo (San Isidro) sería donada por su propietaria, unos años antes, a la UNESCO, generando ciertos resquemores en la Argentina, donde se la volvía a tachar de extranjerizante. En 1976 había rechazado un cargo diplomático ofrecido por Bonifacio del Carril. Al respecto, declaraba en una revista: “No tengo pasta de diplomática como tampoco la

16 Diario **La Opinión**, Suplemento Cultural, Buenos Aires, 15/10/1978.

17 *Ibid.*

18 *Ibid.*

19 *Ibid.*

20 *Ibid.*

21 Ver al respecto Cristián Buchrucker: **Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)**, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1987, pp. 118-127.

22 Ver al respecto Raymond Williams: **Marxismo y Literatura**, Barcelona, Ed. Península, 1997, pp. 143-158.

tengo de académica. Soy una autodidacta, una franco tiradora en el campo de las letras”²³.

En diciembre de 1977, Víctor Massuh, embajador argentino ante la UNESCO, organiza en Villa Ocampo un encuentro internacional titulado “Diálogo de las culturas”, en referencia seguramente a esa tarea de puente cultural que Victoria Ocampo siempre trató de generar y por el cual sería homenajeada en el evento a realizarse. El encuentro transcurrió en un clima decadentista. La revista **Redacción** se mofaba de las ausencias y publicaba una nota titulada “El monólogo de las culturas”, dando a conocer el nombre de los ausentes: Dennis de Rougemont, Raimundo Panikar, Raymond Aron, Italo Calvino, Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Adolfo Bioy Casares, Eduardo Mallea, Alberto Girri, José Isaacson²⁴. Hasta el diario **La Nación** daba cuenta del fracaso del encuentro, retomando unas palabras dichas en Villa Ocampo por Adolfo de Obieta, recordando una frase de su padre, Macedonio Fernández: “había tantos ausentes que si falta uno más, no cabe”²⁵. Entre los que sí asistieron podemos encontrar a Roger Caillois, Tadeo Takemoto, Ailoune Diop, Manfred Von Keyserling (hijo del Conde Hermann Von Keyserling, autor de **Meditaciones sudamericanas**), Juan Liscano, Germán Arciniegas, Alihidin Bammate, Salah Stetie, Sebastián Soler, Adolfo de Obieta, Eugenio Pucciarelli, Manuel Mujica Láinez, Jaime Perriau, Enrique Pezoni, Juan José Catalán, Ángel Battistessa, Ismael Quiles, Francisco Ayala y Julián Marías.

Poco es lo que recuperan los diarios y revistas de lo dicho en el encuentro. **La Nación** enumera los temas abordados: pluralismo cultural, regionalismo, cultura regional y cultura nacional, universalismo, cultura y naturaleza, ciencia y metafísica. Lo único que resalta ese diario es la mirada apocalíptica de Juan Liscano y Manfred Von Keyserling, a la que se sumó Víctor Massuh, donde se condena el nihilismo imperante en la juventud, un tópico común en la época, que viene a tomar el lugar que ocupó a comienzos del siglo XX, dentro del pensamiento de derecha, el tópico de las disolventes ideologías maximalistas²⁶.

A diferencia de J. L. Borges y E. Sábato, Victoria Ocampo nunca apoyó públicamente al gobierno militar. No podemos decir que ella fuera una intelectual cercana al “Proceso”. Aquello que sí podemos considerar es que muchas de las figuras que asistieron al encuentro eran cercanas al gobierno *de facto*. Y que si bien ideológicamente podían estas figuras estar en desacuerdo con las posturas más liberales de Victoria Ocampo, los reunía un pasado: el hecho de haber pertenecido, en su gran mayoría, a ese pequeño círculo que hasta mediados de la década del cuarenta representaba a todo el universo cultural de Buenos Aires. “El coloquio terminó con besos y abrazos de despedida —decía **La Nación** para representar la relación íntima de los participantes— a

la emocionada escritora argentina, que recibió también votos de reencuentro hasta el próximo coloquio de Villa Ocampo”²⁷. Victoria Ocampo falleció en enero de 1979. El “diálogo de las culturas” sería su último acto cultural.

Sobre la figura de Victoria Ocampo, cabe preguntarse cómo operó y qué resultados obtuvo la última dictadura, al convocar a las figuras más célebres del campo cultural argentino para legitimar su proyecto político. El hecho de haber permitido que este encuentro se realice en su casa, que su nombre fuera el elemento convocante y que el organizador haya sido una figura intelectual tan cercana al gobierno militar como lo fue Víctor Massuh, no precisa demasiado la relación que Victoria Ocampo tuvo con la última dictadura. Lo mismo cabe preguntarse para el caso de J. L. Borges y E. Sábato, de quienes conocemos el famoso almuerzo con el presidente *de facto* Jorge Videla.

V

Dentro de los intelectuales que acompañaron al gobierno de la dictadura, los discursos más modernizados, sin por ello dejar de ser conservadores, los encontramos en la revista **Carta Política**, dirigida por Mariano Grondona. Según indican Palermo y Novaro, las páginas de esta revista eran bastante frecuentadas por los jefes militares, y muchos de quienes escribían en ella tenían pretensiones de convertirse en intelectuales orgánicos del Proceso²⁸. Entre sus columnistas más frecuentes podemos encontrar a Julio Álvarez, Nicanor Costa Méndez, Raúl Cuello, Ezequiel Gallo, José Luis de Imaz, Heriberto Kahan, Juan Carlos De Pablo, Rodolfo Pandolfi, Jorge Pegoraro, Lorenzo Raggio, Alberto Taquini (h), Oscar Cornblit.

A diferencia de los intelectuales anteriormente citados, que en promedio habían nacido entre las décadas del diez y del veinte, los integrantes de **Carta Política** en promedio nacieron durante y luego de la década del treinta. Su impronta modernizadora en el terreno intelectual no pasa tanto por sus ideas sino por la forma que asume el relato de esas ideas. Si el Primer Congreso Nacional de Intelectuales había revivido las viejas teorías y discursos esencialistas para dar cuenta de los problemas nacionales, **Carta Política** recurrirá a un discurso más académico, que tiene en cuenta las herramientas científicas y modernas de la sociología y la historiografía a la hora de analizar los males y las soluciones para el país. Los intelectuales de **Carta Política** pertenecen a la generación del pensamiento conservador que durante la década del cincuenta comenzaron a formar parte del proceso de modernización de las ciencias sociales, tomando una distancia crítica respecto al “realismo tomista” de los nacionalistas del treinta y del cuarenta, y acercándose más a la ciencia como elemento legitimador de su discurso.

En una serie de ideas-fuerza que la revista publica en todos los números, podemos encontrar un ejemplo de este discurso conservador en su contenido pero modernizado en sus formas. Luego del golpe militar, la idea 1 nos habla de las “Monarquías

23 “La señora cultura”, entrevista a Victoria Ocampo en Revista **Somos**, Buenos Aires, 1/7/1977, pp. 40-41.

24 “El monólogo de las culturas”, en Revista **Redacción**, Buenos Aires 15/12/1977, pp 24-25.

25 Diario **La Nación**, Buenos Aires, 1/12/1977.

26 Diario **La Nación**, Buenos Aires, 2/12/1977.

27 Diario **La Nación**, Buenos Aires, 3/12/1977.

28 Palermo y Novaro, *op. cit.*, p. 201.

fundadoras” como punto de inicio histórico de las democracias, para justificar que el “proceso de reorganización nacional” vendría a cumplir el papel histórico que las monarquías cumplieron en Europa para que se consoliden los regímenes democráticos. No es tanto en la idea política, claro está, donde funciona la modernización, sino en la justificación historiográfica del fenómeno, donde se detallan los antecedentes históricos del mismo²⁹. Otro ejemplo lo encontramos en la idea 26, titulada “La nostalgia es el proyecto”, una idea con la cual estarían de acuerdo Perriaux y gran parte de los conferencistas del Congreso de Intelectuales. Allí se propone volver al espíritu del orden social, político y económico de 1880, pero atendiendo a los errores que existieron en ese orden, mediante el análisis que hacen de los mismos los estudios de Manuel Mora y Araujo y Natalio Botana³⁰, en “Procesos electorales y fuerzas políticas”, y “El orden conservador”, respectivamente.

La revista también publica ensayos donde se pretende interpretar la historia reciente con un tono académico que se aleja bastante de la ensayística telúrica y esencialista que encontramos en el Primer Congreso de Intelectuales. Oscar Cornblit presenta “Las formas de participación popular y sus observadores”³¹; Mariano Grondona hace lo propio con “El liberalismo estadounidense y los regímenes militares del cono sur”³²; Rodolfo Pandolfi y Federico Mittelbach presentan “Los golpes en la Argentina”³³, y José Luis de Imaz publica “Argentina 1935/1975”³⁴.

Otra forma de modernización del discurso **Carta Política** la obtiene de su constante referencia al Instituto Torcuato Di Tella. De hecho, los columnistas José Luis de Imaz y Ezequiel Gallo pertenecen al Instituto, y en algunas oportunidades aparecen en la revista Natalio Botana, Manuel Mora y Araujo y Roberto Cortés Conde, que también forman parte del Di Tella. Es interesante destacar que el Instituto por estos años venía cambiando su imagen, luego del cierre, en 1970, del Centro de Altos Estudios de Música, Pintura y Actividades Audiovisuales, que, según la revista **Redacción**, le “otorgaban su gran cuota de frivolidad y snobismo”³⁵. En esa misma revista aparece una nota titulada “La verdadera cara del Di Tella”, donde se destaca la actividad del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales y Ciencias Económicas, dejando constancia del profesionalismo y seriedad de sus investigaciones. En la nota, Botana, Gallo

y Cortés Conde comentan sus investigaciones en torno a la época del ochenta³⁶.

Volviendo a **Carta Política**, podemos agregar que el conservadurismo ocupaba un espacio importante pero de vez en cuando emergían posiciones más liberales o por lo menos no tan apegadas a la mitología pastoril y elitista. José Luis de Imaz decía: “El presidente de la Nación, en Comodoro Rivadavia, ha vuelto a hablar de un Proyecto Nacional. Y nos convoca para constituirnos en una “nueva generación del ‘80”³⁷. Alejándose de la idea orteguana de la elite dirigente que recorre todo el espinel de la derecha, de Imaz concluía respecto al proyecto político que había que diseñar: “El Proyecto Nacional no es, pues, un libro. Tampoco un minucioso plan tecnocrático. Es una decisión política de continuidad. Antes pudo ser el patrimonio exclusivo de una Elite o fruto de un consenso. Ahora no hay Elite sola que valga, y vivimos en disenso. Máxime en la Argentina, país de una complejísima urdimbre social y de una tenue trama política”³⁸.

Cabría preguntarse de qué modo estos intelectuales, que aparecían como la generación de recambio en el pensamiento conservador, se vincularon con el gobierno militar, que por la influencia del Grupo Azcuénaga en su seno, pareció ser más proclive a la influencia intelectual de la vieja guardia nacionalista representada en el Congreso de Intelectuales. La revista católica **Criterio**, cercana a **Carta Política** por compartir redactores y por utilizar también un pensamiento conservador más moderado y modernizante, denunciaba la poca participación que las nuevas generaciones tenían en los proyectos refundacionales del gobierno, fundada en la desconfianza que los militares tenían respecto al mundo intelectual moderno³⁹.

VI

Hasta aquí hemos tratado de describir parcialmente el paisaje intelectual que se desplegó durante la última dictadura. Debido a la inexistencia de otros estudios al respecto, sólo ha sido posible una descripción tenue de las tramas intelectuales de aquel periodo. Lo que resulta importante aquí es resaltar tres problemas que pueden permitirnos el ingreso más profundo a la vida intelectual del “proceso de reorganización nacional”: en primer término, y tal como quedó planteado al comienzo del trabajo, resultaría relevante indagar de qué modo se articuló la vieja ideología nacionalista con los proyectos más generales del “Proceso”. Sobre todo, sería importante determinar la forma en que el proyecto cultural se relacionó con el proyecto económico. En segundo término, es necesario precisar la forma en que el gobierno *de facto* trató de utilizar a los personajes más célebres del mundo cultural para su legitimación y el modo en que estos personajes respondieron a

29 “Monarquías fundadoras”, en **Carta Política** n° 33, Buenos Aires, junio de 1976.

30 “La nostalgia es el proyecto”, en **Carta Política** n° 44, Buenos Aires, julio de 1977.

31 Oscar Cornblit: “Las formas de participación popular y sus observadores”, en **Carta Política** n° 41, Buenos Aires, marzo de 1977.

32 Mariano Grondona: “El liberalismo estadounidense y los regímenes militares del Cono Sur”, en **Carta Política** n° 43, Buenos Aires, junio de 1977.

33 Rodolfo Pandolfi y Federico Mittelbach: “Los golpes en la Argentina”, en **Carta Política** n° 48, Buenos Aires, noviembre de 1977.

34 José Luis de Imaz: “Argentina 1935/1975”, en **Carta Política** n° 51, Buenos Aires, febrero de 1978.

35 “La verdadera cara del Di Tella”, en Revista **Redacción**, Buenos Aires, septiembre de 1977.

36 *Ibid.*

37 “En qué consiste un proyecto nacional”, en **Carta Política** n° 34, Buenos Aires, julio de 1976.

38 *Ibid.*

39 “Cultura o burocracia”, en Revista **Criterio**, año L, n° 1763, Buenos Aires, pp. 219-221.

esa convocatoria. Y por último, establecer de qué manera los militares se relacionaron con los discursos intelectuales vinculados al efecto modernizador de las ciencias sociales en el pensamiento conservador.

Finalmente, reiteramos que el interés de investigar a los intelectuales liberal-conservadores está relacionado con la necesidad de evitar un vicio presente en los estudios sobre intelectuales en nuestro país. Éstos tienden a asumir, *a priori*, la existencia de un campo intelectual asociado exclusivamente con un pensamiento o sensibilidad de izquierdas. Es cierto que no existe un reconocimiento mutuo entre intelectuales que responden a los clivajes izquierda-derecha (las producciones de unos no tienen, por lo general, efecto de campo sobre los otros), y esto imposibilita hablar de la existencia de un campo más o menos unificado, como sucede en el caso de países latinoamericanos como México y Brasil, lo cual habla de una peculiaridad del caso argentino que necesita ser revisada. Y también es verdad que los acontecimientos político-culturales más relevantes de los últimos cincuenta años han estado asociados con posiciones de izquierda. Sin embargo, las producciones de intelectuales liberal-conservadores tienen impacto sobre la vida política y cultural de nuestro país que precisan ser analizados, y más aún si tenemos en cuenta que, también en los últimos cincuenta años, las políticas del Estado se han orientado predominantemente hacia ideas y prácticas liberal-conservadoras.

El presente artículo tiene por objetivo rastrear y analizar las formaciones intelectuales que circularon en el espacio liberal-conservador durante el último gobierno militar, a través de diarios y revistas, como así también en diferentes congresos o encuentros culturales de la época. De manera exploratoria, intentaremos comenzar a reconstruir la trama intelectual del pensamiento liberal-conservador que pretendió brindar una legitimidad para los planes refundacionales de la última dictadura, atendiendo más a las condiciones de producción y circulación de las estrategias intelectuales que a los resultados que ellas obtuvieron.

This objective of this article is the searching and the analysis of the intellectual formations that circulated in the liberal-conservative space during the last military government. It's based on an archival research of Argentinean newspapers and magazines as well as different congresses or cultural meetings of the period. We'll try to begin, in an exploratory way, the reconstruction of the liberal thought intellectual web that pretended to built legitimacy to the last dictatorship refundational plans, attending more to production and circulation conditions of the intellectual strategies than to the results obtained by them.

En la Biblioteca Vaginal: un Discurso Amoroso

Cecily Marcus

“Arca, esta vez en latín, es el cofre, el ‘arca de madera de acacia’ que contiene los mandamientos; pero *arca* es también el armario, el féretro, la celda de prisión, o la cisterna, el depósito”.

Jacques Derrida, *Fiebre de Archivo*

I. En la biblioteca vaginal

Cuando Lina Capdevila tenía diecisiete años, la arrestaron en Rosario, la ciudad donde había nacido. La acusaron de tener materiales políticos subversivos: algunos eran libros, pero la mayoría eran panfletos del partido trotskista en el que había militado desde su época de secundario. Buscando una forma de trabajar creativa y política en una ciudad provincial a cuatro horas de Buenos Aires, la educación política de Capdevila había comenzado con las actividades partidarias, incluso en las de uno relativamente liberal como el Partido Socialista de los Trabajadores. Pero su educación no terminó allí. En 1977 la encerraron en la Estación de Policía de Rosario, una cárcel que funcionaba como centro de detención, donde comenzó un periplo por distintas prisiones en las que fue objeto de todo tipo de vejámenes e interrogatorios. Capdevila podría ser la Forrest Gump argentina, porque su rol había sido ser testigo de la historia: presente cuando el golpe se produjo el 24 de Marzo de 1976, presente frente a los torturadores más notorios de la dictadura y cuando las Madres de la Plaza de Mayo empezaron a marchar, presente cuando la dictadura militar se desintegró y los punks de pelo parado y ropa hecha jirones empezaron a aparecer por todo Buenos Aires.

Hablando con Capdevila más de veinticuatro años después en un café en Rosario que había funcionado como escenario de *performances* teatrales a cargo de adolescentes rosarinos durante la dictadura, me comentó que fue en la cárcel de la dictadura donde encontró su real educación política: en las conversaciones, los argumentos y los debates con otras prisioneras Capdevila descubrió qué asuntos políticos realmente le importaban, cuáles despreciaba y qué tipos de curiosidades intelectuales la podían mantener viva. Allí fue que empezó a ser crítica de la cultura de los partidos políticos que fomentaban entrenamiento intelectual por un lado, pero por otro condenaban los intereses intelectuales y creativos. Capdevila habló de peleas acaloradas entre las pri-

sioneras, en las cuales las posiciones políticas y las ideas eran intercambiadas a los gritos. Sus compañeras de cárcel eran homofóbicas y poco receptivas a otras ideas, y tan culturalmente conservadoras como políticamente radicales. Estos conflictos, de todos modos, terminaron siendo profundamente renovadores para la muchacha, que provenía de una familia de trabajadores y cuya vida hasta ese momento había estado dedicada al bienestar social y político de los más necesitados e ignorados de la Argentina. En la cárcel, Capdevila y las otras prisioneras se las arreglaron para seguir persiguiendo intereses colectivos, produciendo periódicos en miniatura que, increíblemente, copiaban en papeles de cigarrillo, con noticias creadas a partir de rumores, testimonios de las ocasionales visitas que recibían del exterior y fantasías de una existencia más libre. La forma que estos periódicos tomaron —por necesidad pequeños, sumamente frágiles y definitivamente perecederos— las obligó a escribir de tal modo que no hubiera necesidad de revisiones, sin cometer errores factuales o de ortografía, y a escribir de un modo que fuera visiblemente legible.

Cuando le pregunté a Capdevila si alguno de estos periódicos todavía existía, ella se rió y me dijo: “Por supuesto que no. No se podían sacar. Los llevábamos dentro.” En ese momento, no entendí lo que quiso decir. Los escritos de las mujeres que habían estado en los centros de detención de la dictadura debían haber sido una suerte de práctica de memoria secreta que les habían permitido mantener contacto con el mundo de afuera y con un mundo de organización política en crisis que ya no existía. Habían sido eso. Los periódicos de prisión eran también parte de una cadena de piezas de información tomadas de otro recurso clandestino de información, los famosos *caramelos*, ya que era una práctica común el cultivar fuentes de información acerca del mundo que existía más allá de las paredes de la cárcel sin importar cuán grande fuera el riesgo. Pero a lo extraño del comentario de Capdevila —el hecho de que ella acarreará dentro de sí periódicos hechos en cigarrillos— lo interpreté como otro más de esos puntos ciegos a los que toda investigación de la cultura clandestina de la dictadura debe enfrentarse. Tan emblemáticos como otros documentos desaparecidos, perdidos o destruidos, esos periódicos parecían significar cómo la historia de la vida intelectual de la dictadura es una historia hecha de huellas materiales incompletas, una historia que sólo puede ser recordada en fragmentos y nunca enteramente recobrada.

* Quisiera transmitir mis agradecimientos a Osvaldo Aguirre, Roberto Barandalla, Lila Caimari, Lina Capdevila, Karina Flomenbaum, Sandra Flomenbaum, Carlos Ghioldi, Mariano Guzmán, Pablo Kovalovsky, Beatriz Sarlo, Darío Schvarzstein, Raúl Solezzi, Horacio Tarcus, y Laura Vilarino.

Toda aproximación y análisis de lo que pasó en la cultura subterránea de la última dictadura están basados en códigos secretos y en silencios, en indicios que no siempre pueden ser rastreados, en publicaciones que un día aparecieron y al otro día dejaron de publicarse sin previo aviso, sin explicación previa o simplemente sin rastro a seguir. Libros y papeles fueron quemados o enterrados. Incluso la colección más completa de documentos de la vida subterránea durante la última dictadura sólo puede ser una muestra representativa—algo que, dadas las circunstancias imposibles de preservación de esos documentos, no es una hazaña menor. Si bien es cierto que la cultura de la vida clandestina durante el período dictatorial no puede ser completamente recuperada, eso no quiere decir que los recursos disponibles carezcan de profundidad, sutileza o importancia en tanto medios para ingresar al mundo de la resistencia cultural, un mundo del que sí *puede* hablarse, al que sí puede documentarse y entenderse; un mundo que incluye el carácter extremo, la abyección, de la relación entre mujeres, hombres y resistencia, y los increíbles actos de imaginación y supervivencia que marcaron sus vidas durante la dictadura. El comentario de Capdevila —indirecto y sin mayor explicación— fue una puerta de ingreso a la biblioteca vaginal.

La biblioteca vaginal no es una metáfora. Tal como Capdevila finalmente explicó, las mujeres en las prisiones de la dictadura escribieron, leyeron y circularon periódicos de contrabando y libros que previamente habían copiado meticulosamente en papeles de cigarrillos y que habían guardado en sus vaginas para compartir más tarde entre ellas. Leyeron *El Capital*, novelas argentinas y europeas, y los periódicos que ellas mismas hacían. Todos eran literalmente llevados dentro hasta que los frágiles manojos se deterioraban con el uso, por la propia suciedad de los dedos de las mujeres o por la propia humedad de las vaginas.

Hecha y portada por mujeres, la biblioteca vaginal fue una resistencia encarnada a la tiranía de la dictadura. También fue un ejemplo de cómo las diferencias sectarias en cuestiones políticas fueron hechas a un lado para favorecer la comunicación entre prisioneras, el producto de una condición compartida que requirió del olvido de toda diferencia política—en simpatías e intereses culturales, en edad, educación, experiencia y pasados. La biblioteca vaginal, tal y como fue construida entre las paredes de esas prisiones, se originó sin una comunidad de hombres, haciéndola atípica con respecto a la mayoría de las formas de resistencia cultural que tuvieron lugar antes y durante la dictadura.

Es cierto que, en tanto militantes políticas, las mujeres jugaron un rol clave en las actividades de los partidos y las organizaciones previas a la dictadura, pero generalmente ocuparon cargos secundarios y de apoyo en lugar de cargos de dirección. Debido a que muchas de las actividades políticas en la Argentina surgieron a partir de sindicatos y organizaciones de trabajadores, fue común para las mujeres el ser tratadas e incluso el tratarse a sí mismas, como seguidoras del liderazgo de los hombres, aún cuando existan excepciones significativas al respecto. El feminismo moderno, como marco explícito de acción social, no tuvo plenitud en la Argentina hasta después de la dictadura —cuando varios grupos de mujeres y las publicaciones de las que formaban parte comenzaron a asumir un rol protagónico al repensar

la historia de las mujeres en la vida cotidiana y política del país, realizando investigaciones que incluyeron desde cuestiones de género en el hogar, derechos reproductivos y relaciones de trabajo (domésticas y no domésticas) hasta la historia misma de las mujeres—.

Pero el hecho es que durante la dictadura, la mayoría de los grupos de la cultura subterránea fu dirigida por hombres. De las más de setenta revistas culturales publicadas durante la dictadura que forman parte de los archivos del CeDInCI, sólo dos nombran a mujeres como directoras, y muchos más hombres que mujeres aparecen como escritores en esas revistas. Beatriz Sarlo, todavía hoy directora de **Punto de Vista**, tal como lo era en el primer número de 1978, es la excepción más conocida. La historia de **Punto de Vista** es, en cierto modo, clave para entender la biblioteca vaginal, una parte de esa larga historia de los roles que, a veces visibles y otras veces escondidos, las mujeres tuvieron en la resistencia.

Punto de Vista es parte de la biblioteca vaginal si la biblioteca vaginal es entendida como un archivo que puede ser recobrado sólo parcialmente, una biblioteca hecha de los vestigios de lo que ocurrió subterráneamente. Pero ése es sólo un aspecto de la biblioteca vaginal, porque al haber sido construida en las peores prisiones clandestinas de la dictadura, la biblioteca vaginal es al mismo tiempo un archivo que ya no existe, ya que no deja mucho para ser leído en el futuro —es un archivo que no tiene domicilio y que por lo tanto tampoco tiene un lugar que pueda ser visitado por académicos o estudiantes o historiadores—. Como tal, la biblioteca vaginal es un desafío no sólo para la idea de biblioteca como institución que produce el pasado y sirve al futuro, sino también para las muchas prácticas de memoria y recuperación que se ocupan de las catástrofes. Sin nada que coleccionar, sin papeles que verificar, y frecuentemente sin testigos o sobrevivientes que entrevistar, la biblioteca vaginal es tanto una biblioteca en prisión domiciliaria como una biblioteca sin domicilio. Tal como Jacques Derrida escribe en *Fiebre de Archivo*, la biblioteca vaginal es un “archivo que no deja monumentos y no lega documentos.”¹

La biblioteca vaginal —un archivo que nunca va más allá de lo clandestino y lo secreto, y que es la encarnación de la relación más íntima que la mujer tiene consigo misma— es el archivo en el peor caso. Junto a los efectos materiales del archivo, la biblioteca vaginal está definida por la naturaleza de su contenido —los tipos de mensajes y comunicaciones que fueron copiados en papeles de cigarrillo para ser compartidos entre presas de varias simpatías políticas con el objetivo común de sobrevivir—. La supervivencia entre las paredes de las prisiones clandestinas de la dictadura incluyó más que la supervivencia del pensamiento y la imaginación que caracterizaron al sinnúmero de grupos culturales subterráneos que tuvieron como propósito la defensa de la libertad total de la imaginación. La supervivencia en las entrañas mismas de la dictadura fue más básica y tal vez más creativa también. Los usuarios de la biblioteca vaginal traficaron un discurso amoroso en el sentido que Roland Barthes le ha dado a la expresión—una conversación íntima hecha de lo marginal y

1 Jacques Derrida *Archive Fever: A Freudian Impression*, Chicago, University of Chicago Press, 1995, 11.

lo impropio; un intercambio de comunicaciones entre individuos que, aún siendo extraños entre sí, se sintieron irrefrenablemente impulsados a hablar un lenguaje secreto y escondido que tal vez no pudiera ser totalmente decodificado. En la biblioteca vaginal, las conversaciones escritas fueron el producto de la cautividad física, pero también de la cautividad de ideas e identidades que habían sido previamente impuestas y, al mismo tiempo, cultivadas y protegidas por las propias prisioneras.

En tanto que comunicación de aquellos que han sido desamparados, el discurso amoroso de Roland Barthes es el lenguaje de los ignorados, los desacreditados, los menospreciados—un lenguaje que resiste los mecanismos de autoridad y se empeña en su propia existencia. En tanto discurso de profunda soledad, el discurso amoroso es un lenguaje en exilio—un lenguaje sin domicilio, un lenguaje angustiado y sin fin, un lenguaje que de estallidos verbales y declaraciones impropias, tanto las comunicaciones entre los amantes (quienes, de acuerdo a Barthes, casi no pueden comunicarse o ser entendidos entre ellos mismos) como las comunicaciones en la biblioteca vaginal son lenguajes polisémicos que demandan interpretación constante. Barthes escribe que el discurso amoroso es una trampa y un lenguaje que esculpe su propia existencia en un mundo que no ofrece nada resuelto. Al hablar de los primeros años de **Punto de Vista**, Beatriz Sarlo comentó:

Para nosotros en condiciones de dictadura, todo tenía una especie de valor simbólico, pero eso por las condiciones de dictadura, estas condiciones le ponen a quienes intentan una resistencia, las mismas condiciones que Barthes describe en **Fragmentos de un discurso amoroso** para el amante. Él dice, para el amante todo es signo, para el resistente yo diría que todo es signo, a veces de manera muy exagerada, es un alegorista, hay una vieja fórmula del marxismo leninismo que llamaba a eso discurso esópico, por las fábulas de Esopo, entonces yo recuerdo que para nosotros todo era signo, con todo pensábamos que estábamos significando. Nosotros pensábamos que este señor que salía de una habitación negra y abría una puerta en una habitación negra ya estaba significando, por supuesto que nadie podía percibir esto, recuerdo comentarlo con el diagramador, abrir una caja negra que es la dictadura, evidentemente nadie lo podía percibir, era más bien la sustancia en la cual nos alimentábamos. Esto era para quienes hacíamos la revista, tenía un carácter fuertemente simbólico y alegórico, pero que era como el discurso del amor para el amante, todo era signo para el amante, no para el resto del mundo.²

Desde el pensamiento de Derrida en relación al archivo y los conceptos de Barthes con relación al discurso amoroso, el trabajo de la biblioteca vaginal puede pensarse como un trabajo aprisionado y al mismo tiempo liberador. Representa una continua lucha entre restricción y resistencia a la restricción. El trabajo de la librería vaginal se desprende de las prácticas de las prisioneras, pero su

alcance va más allá de esas mujeres y se extiende hacia todos los tipos de resistencia cultural que estaban teniendo lugar bajo las condiciones más adversas durante la dictadura. En la biblioteca vaginal, encontramos a los adolescentes del Teatro Cucaño, un pequeño grupo experimental de teatro de la ciudad de Rosario, al mismo tiempo que a los reconocidos intelectuales de **Punto de Vista**. Hombres y mujeres, aunque por lo general mayoritariamente hombres, que trabajaron para documentar y reflexionar acerca de un período de terror y extremismo a través de actos creativos e intelectuales que generalmente no encontraron una audiencia fuera del ambiente hermético e improbable de la biblioteca vaginal.

Los artefactos que sí sobrevivieron la biblioteca vaginal pueden ser encontrados en armarios, sótanos, áticos y en el CeDInCI. Las revistas culturales subterráneas editadas durante la última dictadura—revistas chicas, en muchos casos hechas por jóvenes argentinos, a veces con mala impresión, y generalmente de publicación irregular—documentan una vida vital durante una época terrorífica. En condiciones excepcionales, comunidades de escritores, intelectuales, y artistas—comunidades quebradas por la violencia del estado de terror—continuaban con una gran tradición de la cultura literaria argentina, y además, creaban una forma de historiografía que recordaba los eventos que eran negados y borrados del registro oficial. Estas revistas —desde **Punto de Vista** hasta revistas más subterráneas como **Ulises**, **Boletín Alternativo**, **Propuesta para la juventud**, **Subterráneo**, **Germinal** y la surrealista **Poddema**— son ejemplos del reportaje en el sentido más profundo: con simultaneidad, estas revistas ponen en duda los mismos eventos e ideas que sacan a la luz de manera furtiva. Con una búsqueda constante de alcanzar los límites de lo posible, estos escritores encontraron métodos alternativos para realizar y desarrollar sus reuniones, acordar sus agendas políticas, sus filosofías literarias, y su forma de escribir y existir. En cada reunión de gente y en cada frase publicada —aunque sumamente oblicua e indirecta— se corría el riesgo de la traición al colectivo, y además, de la auto-traición. Por eso, cada una de esas frases y cada palabra exigía la interpretación minuciosa. Las diversas prohibiciones de la época, plasmadas en la censura y a su vez en la autocensura, transformaron las conversaciones públicas compartidas por aquellas revistas en el desafío del discurso regulado y de la memoria colectiva histórica. Las revistas se generaron justamente en este punto, donde las técnicas literarias del más alto nivel chocaban con una situación política aún más grave.

Durante el primer año de la dictadura, muchísimas publicaciones dejaron de editarse. Pero ya en el año 1977 nuevas propuestas comenzaban a reemplazar a las anteriores. Durante 1979, una nueva asociación de revistas culturales independientes llamada ARCA (Asociación de Revistas Culturales Argentinas) fue fundada en Buenos Aires por escritores jóvenes—casi todos en sus veintes—que se juntaban en la Casona de Iván Grondona, en la calle Corrientes y Montevideo, agrupando ochenta y cinco publicaciones iniciadas después del comienzo de la dictadura.³ Hubo

2 Entrevista con la autora, 16 octubre 2002, Buenos Aires.

3 Sus miembros incluían: **Nova Arte** (1978-1980), Enrique Zattara, director; **Arte y Cultura** (1978-1979), Miguel A. Ferreira, director; **Cuadernos del camino** (1979-1980), Mónica Guistina, directora; **Expreso Imaginario** (1976-1983), Jorge

incluso algunas revistas que cerraron antes para re-inventarse, generando una relación de continuidad con proyectos anteriores: **Escarabajo de oro** (la revista de Abelardo Castillo y Liliana Heker cerrada en 1974) y **Los Libros** (de Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y Ricardo Piglia cerrada en febrero de 1976) anteceden las revistas **Ornitorrinco** (1977) y **Punto de vista** (1978), respectivamente. Y mientras que algunas publicaciones estaban vinculadas superficialmente con partidos políticos (**Contexto** al partido comunista, **Nudos** a los maoístas de PCR, **Cuadernos del camino** al PST, **Propuesta para la juventud** también al PST), otras se identificaban como publicaciones culturales independientes.

La cultura literaria difundida en aquellas revistas que se editaron durante la dictadura fue una continuación y, a la vez, una ruptura de una tradición. Las revistas más chicas, independientes y subterráneas, con antecedentes en las publicaciones de rock, dieron una nueva dimensión a la producción cultural argentina. Gente joven con pasiones e intereses intelectuales justo en su punto de formación al momento del golpe—individuos que no se consideraban a sí mismos ni escritores ni intelectuales—veían en este tipo de revistas una forma rápida, relativamente barata, irregular, una manera casi accidental de difundir su expresión. Con apoyo financiero precario, algunas revistas utilizaban el mimeógrafo como modo de impresión y engrapado manual, mientras que otras tenían una presentación más profesional. Desde las publicaciones de las escuelas secundarias hasta las revistas vanguardistas, las realistas, las surrealistas, y las rockeras, hay en casi todas ellas una prolijidad notable. Es sorprendente la falta de errores ortográficos tipográficos. Quizás este dato dé cuenta del esmerado proceso de lectura y relectura ante cada nuevo artículo, ante cada frase a ser publicada. A veces escritas a mano, muchas veces impresas artesanalmente y luego distribuidas personalmente, estas revistas se diferenciaban en cuestiones de forma, énfasis, humor, y extensión. Para muchas publicaciones, el primer número fue el último. Sin embargo, casi todas ellas incluían una editorial de bienvenida y presentación que era, además, un pequeño manifiesto sobre el rol de la revista durante ese tiempo de emergencia cultural. Sus editoriales concluían con la frase, “Hasta la próxima...”, una expresión de esperanza más que una promesa.

Los artículos mezclaban la militancia, la crítica y la praxis política con la crítica y la reseña estética, dando una insólita variedad de temas y enfoques entre las distintas publicaciones así como dentro de una misma revista. Ejemplos de esta afirmación son artículos como “¿Qué pasa en el cine nacional?” (**Boletín Alternativo**, nº 2, 1978) y “El boom de la cultura en la España sin Franco” (**Contexto**, nº 1, enero de 1977); cuentos inéditos, como “Los que se van” de Enrique Wernicke, escrito en 1957, que cuenta la desaparición de un grupo de amigos (apareció en **Aparte de punto**, nº 1, septiembre de 1979 y luego en **Brecha**, nº 3, noviembre de 1982); entrevistas con gente como Luis Gregorich de **La Opinión**, el actor Pepe Soriano, y otras figuras de la cultural oficial; e innumerables ensayos sobre la relación entre el arte, el inte-

lectual y la cultura. Una revista como **Contexto**, una publicación oficial del partido comunista, pretendía que el gobierno militar era un gobierno legítimo con quien uno podía dialogar. Llamaba a Videla “Señor Presidente” y practicaba la estrategia de citar a la junta militar para plantear una especie de discusión entre los gobiernos y la revista misma, como si la discusión verdadera fuera posible e incluso facilitada por los propios militares. Otras revistas desarrollaban el lenguaje de denuncia.

Para los escritores, los intelectuales y muchos jóvenes, las revistas eran un intento por crear un campo colectivo de discusión, por enfrentar las inquietudes intelectuales de ese momento y de “declarar que una tradición cultural no estaba muerta,” como dice Horacio Tarcus. “Dijimos, ‘Seguimos adelante. Empezamos de nuevo. Continuamos’” dice Tarcus de la experiencia de la revista cultural **Ulises** que dirigía cuando tenía alrededor de veinte años.⁴ Puesto que la censura no siempre trae una lista de prohibiciones explícitas o completas, la escritura se transformaba en una oportunidad para la experimentación y la búsqueda de su propio lenguaje creativo y político.⁵ El crítico Carlos Brocato, co-fundador y co-director de las Ediciones La Rosa Blindada, además co-director de la revista que con ese nombre se había publicado entre 1962-1965, llamó al género de revistas subterráneas de aquella época “la resistencia molecular” y lo describió como un intento colectivo de “reconstituir espacios del tejido cultural fragmentado”⁶. En estos espacios de la cultura, espacios olvidados y abandonados por los demás, las revistas culturales de la época de la dictadura revelan un mundo contradictorio aunque vital.

En un editorial de 1980 que anuncia la colaboración de las revistas **Nova Arte** (seis números en tres años) y **Ulises** (tres números desde 1978), los dos jóvenes directores se preguntan cómo se explica el florecimiento cultural de este tipo de publicaciones en un período de crisis económica, política y cultural. Tarcus, de **Ulises**, y Enrique Zattara, de **Nova Arte**, escriben en “Hacia una gran revista cultural independiente”:

¿Por qué aparecen tantas revistas si la situación es asfixiante? Porque en los momentos en que más coartados están los medios de expresión, más necesarios se hacen. Las revistas son la expresión de la crisis, pero también su negación. Sus deficiencias (mala impresión, falta de regularidad, lagunas) son la expresión de la crisis; pero sus logros (empezando por su propia existencia) son su negación.⁷

Esta declaración tan valiente y dialéctica insiste en que las revistas de la época de la dictadura convivían con una realidad que buscaba su destrucción. Sin embargo, Tarcus y Zattara anunciaban que no iba a triunfar una visión totalizadora del mundo

4 Conversación de la autora con Horacio Tarcus, Buenos Aires, 20 abril 2002.

5 *Ibid.*

6 Carlos Brocato. **El exilio es nuestro, los mitos y los héroes argentinos ¿Una sociedad que no se sincera?**, Buenos Aires, Sudamericana/Planeta, 1986, p. 162.

7 Horacio Tarcus y Enrique Zattara. “Hacia una gran revista cultural independiente”, en **Nova Arte** nº 6, 1980, p. 36.

Pistocchi, director; **Aysha** (año desconocido), Alejandro Margulis, director; **Ulises** (1978-1980), Horacio Tarcus, director, **Suburbio**, Antonio J. González y Horacio Ramos, directores; y muchas más.

que no permitiera perspectivas múltiples. El gobierno militar que quería castigar y borrar las raíces de la transformación social no sería capaz de cerrar los intersticios donde estos mismos impulsos transformadores se fomentaban.

Irrevocablemente ligadas a las condiciones económico-político-morales de su época, las revistas de la dictadura son más que la pura consecuencia sociológica o una simple reacción a fuerzas más poderosas que las suyas. Son apariciones a veces efímeras pero con un carácter muy particular que no corresponde a las expectativas sociales. Hay quienes dicen que es imposible describir la realidad de una situación en el momento en que ocurre. Y en su ensayo "The Storyteller," hablando de los jóvenes soldados de la primera guerra mundial, el crítico Walter Benjamin dice que entre los que deberían ser capaces de narrar la realidad de un evento, un evento especialmente traumático, hay, contradictoriamente, aún más silencios, pues son ellos quienes sufren el empobrecimiento de historias y de experiencia. Los testigos que estuvieron presentes a veces no tienen nada que contar, mientras que los que no estuvieron se obsesionan con ese pasado y con la construcción de la verdadera versión de lo que sucedió en su ausencia. Las revistas de la época de la dictadura figuran y no figuran en estas visiones de la memoria histórica y colectiva. Por un lado, las revistas mismas son documentos performativos que atestiguan sobre lo que ocurrió —documentan la historia de su propio presente—. Se puede leer, por ejemplo, la visión del futuro y de la duración de la dictadura en la forma misma de las revistas culturales teóricas: como muchos pensaban que la dictadura iba a durar bastante, los jóvenes escritores se dedicaban a proyectos que requerían tiempo y duración en sí mismos —los estudios filosóficos y estéticos— más que a la militancia política organizada. Pero en las revistas también se encuentran los mismos silencios que caracterizaron los años de la dictadura. Ninguna de las revistas de la dictadura habla directamente de la tortura, los desaparecidos u otros aspectos del estado de terror. Esas publicaciones son, a veces, funcionales a la mitificación de la realidad pero a la vez se enfrentan a ella. Se puede leer en la editorial del segundo número de **Cuadernos del camino** del año 1980:

Nos duele e indigna que uno de los slogans de Uruguay sea: 'Venga a ver las películas que nunca verá en Buenos Aires.' Nos duele e indigna todo lo que se pierde de pensar y de creer por la cruel consecuencia de esta situación: la autocensura.⁸

Entre la declaración explícita y lo que no puede ser comunicado hay una pérdida inevitable de pensamiento. Esto es lo que declaran las editoras de **Cuadernos del Camino** —que la representación más completa de la vida verdadera bajo las condiciones de dictadura iba a presentarse tanto en lo dicho como en lo no dicho, en lo no escrito, en lo no pensado—. Los espacios negativos —los silencios— también hablan. Dijo Eduardo Galeano cuando cerró la revista **Crisis** en julio de 1976, "Cuando las palabras no pueden ser más dignas que el silencio, más vale callarse."⁹

8 "Editorial", en **Cuadernos del camino** n° 2, 1980, p. 3.

9 Eduardo Galeano, "Crisis, o cómo matar una revista", en **Argentina: Cómo matar la cultura**, Madrid: Revolución, 1981, 77.

II. La cucaracha en la biblioteca vaginal: El Teatro Cucaño, Rosario, 1980

Rosario, Argentina, es donde empezó la biblioteca vaginal, una ciudad de puntos muertos —fábricas en quiebra, edificios desmoronados, calles que terminan en los comienzos verdes de la pampa argentina, y grupos políticos que fueron rápida y completamente destruidos por las fuerzas de la dictadura—. Viviendo en una ciudad de pocas salidas y en un país que estaba cerrando cada una de sus puertas al mundo exterior, un muy pequeño grupo de adolescentes rosarinos se encontró dentro de una biblioteca vaginal e intentó encontrar una salida. Estos adolescentes emplearon las pocas herramientas y los pocos recursos que tenían disponibles, y en el proceso de intentar afirmar su inquietud y frustración, produjeron un discurso amoroso del que Barthes podría sentirse orgulloso.

No importa si ellos interpretaron sus acciones como un discurso amoroso (como Barthes tal vez habría hecho), o como un discurso furioso hecho de secretos (como ellos tal vez podrían hacer), o como una colección azarosa de palabras y frases que por momentos comunicó más inmadurez que resistencia puntual (como seguramente ellos podrían decir), pero el lenguaje inventado por este grupo cultural llamado *Teatro Cucaño* es la mejor instancia de lo que la biblioteca vaginal fue: por las formas que asumió, por quiénes trabajaron en ella, y por cómo fue usada. El suyo fue un lenguaje que por momentos claudicó bajo el peso de sus tiempos, uno que ocasionalmente tuvo la forma de estallidos de humor tan efímeros que hasta el hablar repetidamente de ellos parece traicionar lo significativo de esa transitoriedad.

Mucho de lo que el *Teatro Cucaño* hizo —sus *performances* teatrales, que han sido llamadas "intervenciones", o las cartas que escribieron, o las historietas que imprimieron en los pocos números de sus revistas— tuvo el propósito de cuestionar la normalidad de la vida cotidiana, hacer que la gente se detuviera por un instante para preguntarse qué estaba sucediendo. Tanto para el *Teatro Cucaño* como para los amantes de los que habla Barthes, las comunicaciones fueron usadas para producir preguntas y confusión, para evidenciar que no todo era normal y que algo estaba pasando, incluso sin siquiera decir qué era lo que efectivamente estaba sucediendo.

Carlos Ghioldi estaba en el secundario durante el golpe de 1976. Tenía quince años y estaba involucrado con el Partido Socialista de los Trabajadores, estaba casualmente interesado en arte y era un *fan* del *rock and roll* estadounidense y argentino. Con el comienzo de la dictadura, todo lo que Ghioldi encontraba interesante fue explícita o implícitamente prohibido, dejándolo a él y a su grupo de amigos con poco que hacer más allá de los confines sofocantes de la educación estricta del secundario. Ghioldi vivía con su madre en un barrio de clase trabajadora. Su hermano mayor vivía en Buenos Aires, un hecho que fue crítico en la formación del *Teatro Cucaño*. En los primeros años de la dictadura en Rosario, dice Ghioldi, todo lo que sus amigos y él querían hacer era imposible o ilegal. "Todo lo que era extraño lo condenaban por subversivo" me dijo en

un café rosarino en 2002. Hablando con una incredulidad que todavía mantiene, continuó:

Todo estaba prohibido, incluso que las mujeres usaran pantalones blancos. Tener pelo largo era una ofensa seria... Tantas cosas eran prohibidas, hoy es difícil de imaginar. No tiene sentido ahora —que por tener el pelo largo o por besar a tu novia en público pudieras ser arrestado—. El control que el régimen tenía sobre la sociedad era profundo.¹⁰

Después de clase, Ghioldi se pasaba las tardes en su casa con unos pocos amigos, escuchando y tocando música, aunque ninguno de ellos realmente supiera tocar instrumentos y sólo un par de ellos pudiera leer música. La casa pronto se convirtió en el lugar oficial de encuentro de un grupo de cultura no oficial: cuatro o cinco adolescentes (ninguno mayor de diecisiete años) que empezaron escuchando discos de *rock* y siguieron hasta juntar los magros ahorros de los que disponían para ayudar a los amigos que habían sido detenidos. Hacia 1979, convirtieron sus pasiones autodidactas en la fundación del *Teatro Cucaño*.

Ghioldi describe el origen del grupo experimental y cultural (cuyas actividades iban desde “intervenciones” teatrales, música e historietas, hasta escribir innumerables ensayos y manifiestos acerca de arte y artistas independientes) como el producto de una inquietud política y artística lo suficientemente poderosa como para cruzar las líneas políticas y de clase que existían entre la gente joven de Rosario. Estos adolescentes estaban más que aburridos, más que atemorizados y más que angustiados por las limitaciones impuestas por la dictadura y por lo que estaba sucediendo alrededor —los arrestos, los secuestros y los rumores de tortura—. Cuando el *Teatro Cucaño* comenzó, no era un grupo con un propósito común claramente definido y coherente, sino un grupo integrado por chicos poco convencionales interesados en lo que fuera. Estaban influidos por el surrealismo, por ejemplo, pero también lo detestaban —porque, como ellos dijeron en su revista *Acha acha cucaracha*, el surrealismo había terminado por naturalizar los tiempos imposibles en que vivían al pretender criticarlos¹¹—. A diferencia de los miembros del Teatro de Investigaciones Teatrales de Buenos Aires [TIT], que inspiraron al *Teatro Cucaño* y con quienes intercambiaron correspondencia regularmente, los *Cucaños* empezaron no queriendo ser surrealistas o seguidores leales de Breton, Artaud, Brecht, o quien fuera. Escribieron que no habían heredado nada de sus aparentes ancestros, excepto el prospecto de hacer lo que ellos no habían logrado hacer. Y así un grupo de adolescentes declaró ser el *Teatro Cucaño*, tomando su nombre de Kurt Vonnegut y adoptando la cucaracha, la peste prehistórica que se resiste a morir, como su símbolo. Se declararon artistas independientes activos en un movimiento de arte independiente. Prometieron estudiar algo por al menos cuatro horas al día. Se enseñaron a sí mismos a leer francés, a leer música y a tocar instrumentos.

¹⁰ Entrevista de la autora, Rosario, Argentina, 31 Julio 2002.

¹¹ “Romper con todo lo que se ha hecho en el arte”, en *Teatro Cucaño Acha acha cucaracha* n° 0 (sin fecha), p. 2.

Estudiaron a Artaud, a Breton y a Brecht. Produjeron revistas y escribieron largas cartas a nadie en particular contando sus muchos fracasos como movimiento artístico: su incapacidad por estar de acuerdo entre ellos, su pereza y su falta de constancias, sus intentos por nombrar líderes sólo para encontrar que el resto del grupo se resistía a seguir los liderazgos elegidos. Pasaron más tiempo criticándose a sí mismos, en resumen, que en hacer una crítica de sus tiempos. Probablemente pasaron más tiempo tocando música que estudiando—pero también estudiaron más de lo que durmieron.

La primera aparición pública del grupo ocurrió a inicios de 1979 —un concierto en el Centro Cultural Catalán, un lugar que hoy funciona como café frecuentado por estudiantes y profesores de la Universidad de Rosario—. Pero al igual que la mayoría de las *performances* del grupo, el concierto incluyó más que lo previamente anunciado. Lo que tenían en mente no era tocar música para una audiencia pasiva que se sentara allí para aplaudir cuando supuestamente tuviera que aplaudir. En lugar de eso, el Centro Catalán fue llenado de basura, poco menos que destruido antes que el evento comenzara. No se les permitió a los asistentes el sentarse o pararse uno cerca del otro, y en el medio del Centro, los actores del *Cucaño* construyeron un símbolo ignominioso de la represión dictatorial: una parada de autobús a la que llamaron “zona de detención” jugando con el doble sentido de la frase, debido a la frecuencia con que muchos de los secuestros de la época sucedían cuando la gente estaba esperando el autobús.

La *performance* de esa noche presagió el tipo de producciones que iba a caracterizar al grupo en los años siguientes. Estas *performances* del *Teatro Cucaño*, de acuerdo a las historias que hoy se cuentan acerca de ellas —historias que todavía circulan en Rosario como una suerte de fantasía mítica— prescindieron de muchas de las convenciones teatrales tradicionales. La audiencia era gente que simplemente estaba en la calle cuando los *Cucaños* aparecían, o quien quiera que estuviera en la iglesia cuando los *Cucaños* atacaban. Muy poca documentación existe hoy acerca de esos eventos —algún viejo panfleto, una pequeña noticia publicada en el periódico rosarino, unas pocas fotos—. Pero tal como estas intervenciones han sido descritas por quienes fueron miembros del grupo, éstas eran generalmente organizadas con el objetivo de alterar y confrontar los espacios públicos. Los actores, por ejemplo, se encontraban durante el entreacto en el teatro principal de Rosario y se peleaban unos con otros. Era una simple travesura, pero el objetivo era interrumpir la normalidad aparente en un momento en que la historia no era nada normal. Los *Cucaños* podían ser tan temerarios como bromistas, arriesgando el ser arrestados en la entrada de un teatro por el hecho de convertir un entreacto normal en todo un evento. La suya era una afirmación de no-pertenencia, dirigida hacia un medio definido por la conducta adecuada, el privilegio de clase y la complicidad con el terror de Estado. Los transgresores petulantes eran echados del teatro no sin antes haberse dado unos golpes unos a otros. El *Teatro Cucaño* trató de transformar la vida cotidiana en un conjunto de extraños disturbios.

Varios testimonios coinciden en que su intervención más lograda tuvo lugar en una misa de domingo. Cinco o seis de los *Cucaños* fueron a la iglesia. Hicieron lo que debía hacerse en esas circunstancias: se vistieron apropiadamente, entraron en silencio y respetuosamente, se sentaron y esperaron a que la misa comenzara. Cuando eso sucedió, un *Cucaño* comenzó a mirar el altar con un par de binoculares, poniendo los ritos cristianos bajo el microscopio. Otro *Cucaño* entró a la iglesia vestido en harapos y en una silla de ruedas, moviéndose torpemente entre los bancos y la gente. Pedía limosna en una voz demasiado alta para una iglesia—más alta que la de nadie, con la excepción de otro *Cucaño* que, en un confesionario, contaba con lujo de detalles cuánto se había estado masturbando últimamente. Cuando el sacerdote ofreció la comunión, uno de los *Cucaños* tomó la hostia pero la devolvió vomitando en el sacerdote una mezcla de café y hojas de mate que su madre había preparado para la ocasión.

La intervención en la misa del domingo no fue una simple *performance* sino un desbaratamiento total de los comportamientos normativos en una de las instituciones más veneradas tanto por la dictadura como por la gente cuya complicidad alimentaba la existencia del poder dictatorial. Fue como si los chicos del *Teatro Cucaño* estuvieran denunciando la hipocresía de aquellos que rezaban y al mismo tiempo aprobaban las atrocidades del régimen. Esa fue una mañana jubilosa para los *Cucaños*, no sólo porque habían denunciado a la dictadura y todo lo que ella representaba, sino también porque habían interrumpido la vida normal por lo menos por un momento. Su intervención fue tanto un acto adolescente de humor casi chabacano como un esfuerzo por afirmar sus existencias como individuos no dispuestos a sacrificarlo todo con tal de vivir tranquila y cómodamente. Se estaban viviendo tiempos extremos: el arte que ese tiempo demandaba era un arte combativo. En 1980, el *Teatro Cucaño* comenzó a intercambiar correspondencia con el TIT de Buenos Aires, con cuyos miembros se habían contactado a través del hermano mayor de Ghioldi, y de Capdevila. Existen similitudes sorprendentes entre el *Teatro Cucaño* y el TIT de Buenos Aires, desde su capacidad por la innovación desprolija a su interés escéptico pero creciente por los surrealistas. Pero el TIT era un grupo más numeroso y mejor organizado, y la mayoría de sus miembros eran mayores que sus contrapartes rosarinas. Una diferencia más importante aún tenía que ver con el grado de acceso que cada grupo tenía a interlocutores y maestros, así como a materiales de lectura. Los recursos intelectuales, artísticos y políticos del *Teatro Cucaño* eran significativamente más limitados que los del TIT y como resultado, su trabajo (sus intervenciones, sus grupos de estudios y los escritos que producían) era más animado y más emocionalmente vívido que los escritos de los miembros de TIT. De todos modos, ocho meses después de un viaje a Brasil para el festival de teatro “Alterarte” (también llamado “Viaje sin Pasaportes”, como manera de evidenciar el *status* de los exiliados y artistas en casi todo el Cono Sur), Carlos Ghioldi le escribió al TIT manifestando que el *Teatro Cucaño* se estaba desmoronando debido a su aislamiento y su frustración, incapaz de hacer más que elaborar nuevos y más complejos cursos de estudio:

Luego de meses de hermetismo y a pocas horas de haber recibido su tercer carta... escribimos, sobre un largo séquito de disculpas... No obstante esa desesperación, que en la forma llamada *Cucaño*, sigue en seis o siete cabezas que perduran en Rosario, otras dan tumbascarneros en Europa, algunas pierden el pelo y enmudecen en el Sur... Hicimos y deshicimos unos cuantos proyectos... abrimos y cerramos al instante nuestros talleres de transgresión.¹²

Ghioldi añadió que la tarea con que el grupo estaba ocupado en esos momentos era designar un plan de estudio y análisis que pudiera “prestar especial atención al discurso epistemológico en la metodología de confrontar la existencia y su relación práctica con nuestra actividad y producción.”¹³ Así continuaba la carta:

[Priorizamos] la profundización de nuestra tarea investigativa en todos los campos del conocimiento y la sensibilidad de los hombres, revolucionarlos para su capitalización futura... Llevar la dialéctica a todos los órdenes de la vida—vida actual, abnegada, mutilada por la miseria.¹⁴

Expuesto de esa manera, el plan del *Teatro Cucaño* aparece como laberíntico, abstracto y tan desesperado como el planteo de Ghioldi. Se lee como si la combatividad explosiva de las *performances* callejeras del grupo hubiera sido sustituida por un idealismo hermético aparentemente incapaz de alterar nada. El comentario de Ghioldi evidencia, además, cómo el *Teatro Cucaño* entendía la historia, el presente y el futuro. Jamás, en sus escritos, Ghioldi u otro *Cucaño* escriben acerca del pasado excepto en términos de desilusiones a ser problematizadas en el presente. Y en ningún lugar se menciona el futuro más que con el propósito de delinear planes de estudio que tal vez nunca pudieran llegar a concretarse. Al leer la prosa del *Teatro Cucaño*, uno nunca piensa que los escritores se imaginaran a sí mismos como portadores del conocimiento necesario como para hacer predicciones o prescribir el futuro, y sus miradas hacia atrás en la historia (su historia del surrealismo, por ejemplo) no parecen mucho más que guías de estudio idiosincráticas a ser leídas por estudiantes ávidos y básicamente autodidactas.

Es como si los jóvenes del *Teatro Cucaño* hubieran poseído una concepción de tiempo definida por la inefabilidad del momento, por la sensación del instante mismo—ese fragmento de tiempo que puede desestabilizar el piso bajo los propios pies y condenarlo a uno a toda una vida de sufrimiento. Estaban muy poco interesados en un futuro que tal vez los excluyera del mismo modo que lo hacía aquel presente ajeno y definido por otros. ¿Para qué molestarse entonces en pontificar acerca del futuro cuando el presente no hacía más que destruirlo? Todo lo que los miembros del *Teatro Cucaño* podían hacer era robar —libros, la atención de algún transeúnte en la calle, recuerdos de escritores y artistas que habían vivido mucho antes que ellos—.

12 Carlos Ghioldi, “Carta a Compañeros del TIT”, 14 Mayo 1982, p. 1.

13 Ghioldi, p. 1.

14 Ghioldi, p. 1.

El hecho de que el *Teatro Cucaño* comenzó a existir sin la intención de convertirse en nada más que una manera creativa de pasar las tardes y terminó funcionando como un intento serio por contrarrestar las restricciones y los asaltos de la dictadura, tiene mucho que ver con el plan de estudio intensivo y de trabajo de Ghioldi. Cada intervención que planearon—un número mucho mayor de las que al final fueron capaces de instrumentar—fue el producto de meses de discusión, debate, revisión, desacuerdo y planeamiento. Entre los papeles que todavía quedan del *Cucaño* se encuentran mapas, no sólo de Rosario sino del grupo mismo. Repartidos entre esbozos de cartas, fotografías y páginas de revistas, se hallan diagramas y cronogramas de acción, nombres de guerra y listas de miembros y responsabilidades. El *Teatro Cucaño* tomó prestada su organización de los trotskistas con que estaban familiarizados en sus círculos más inmediatos antes de la dictadura. Mirando los documentos que han sobrevivido, uno entiende por qué los *Cucaños* se interesaron por estudiar y planear meticulosamente. Debido al pequeño tamaño de Rosario y a la fuerza desproporcionada de militares y policía, cada incursión del *Teatro Cucaño* en las calles rosarinas era de un riesgo mayor.

Las producciones del Teatro Cucaño fueron rumores más que obras de arte—de sus huellas materiales, casi todas desaparecieron. La primera foto del grupo muestra a un grupo ordenado de jóvenes usando máscaras, pero la foto está sobreexpuesta a tal punto que casi borra las caras de quienes están en ella, haciendo casi imposible su reproducción. Lo que queda es una imagen deteriorada que incluso en ese estado se las arregla para capturar el carácter efímero y azaroso que caracterizó a las actividades del grupo y a su sentido de sí mismo. Los *Cucaños* tomaban notas que generalmente destruían o simplemente perdían. No imprimieron panfletos antes de la mayoría de sus intervenciones, prefiriendo el elemento sorpresa para anunciar *performances* que podrían ser canceladas, censuradas o miradas muy de cerca por la policía (produjeron anuncios de la existencia del grupo, pero eso fue todo). El público de sus *performances* generalmente no se daba cuenta de su carácter de espectadores, y menos de quién o qué estaban mirando. El *Teatro Cucaño*, de hecho, se apropió de la política de ver—o no ver—que la dictadura misma había tratado de imponer en muchos argentinos. Su presencia fue furtiva y ostentosa al mismo tiempo, de la misma forma en que los métodos de secuestro y arresto en la dictadura eran tanto secretos como hechos para ser efectivamente vistos. Sus intervenciones intentaron fomentar el *ethos* del “ahora-lo-ves-ahora-no-lo-ves” con el propósito de efectivamente mostrar que algo estaba pasando. Tal vez se trataba de una simple instalación artística realizada por adolescentes. Tal vez un estudiante estaba realmente siendo reprimido por la policía. El *Teatro Cucaño* tenía como intención el hacer visible que *algo estaba pasando* en los espacios donde actualizaban sus intervenciones.

Hacer esto en una ciudad donde la estación de policía/prisión alojaba a amigos, hermanas, hermanos, primeros novios y novias de los *Cucaños*, significaba, de todos modos, algo diferente a simplemente declarar que algo *estaba* pasando. Afirmar, incluso de manera indirecta, que algo había *pasado* implicó el ejer-

cicio de una agenda invisible pero palpable, no muy diferente a la de las maquinaciones cotidianas del terror perpetrado por las fuerzas de la dictadura. A través de sus intervenciones, el *Teatro Cucaño* realizó operaciones de no ver y de olvidar que eran similares al control que la dictadura tenía sobre las maneras en las que se vivía o sobrevivía a diario. Sus intervenciones parecían sugerir que, de la misma manera que los actos de violencia no parecían ser reflejados en la conciencia de la gente o en los registros oficiales, ellos también serían olvidados. Sus actos—demasiado extraños, demasiado breves, demasiado abruptos—tal vez también terminarían por no ser parte de la memoria cultural, la identidad, la historia de Rosario o de Argentina.

No es que no existan registros de todo lo que pasó durante la dictadura, pero lo cierto es que mucha más energía y tiempo han sido dedicados a averiguar lo que sucedió en las prisiones secretas de la dictadura que a documentar encuentros secretos entre adolescentes inquietos o intelectuales atemorizados. No ha habido arqueólogos forenses enviados a Rosario para investigar las actividades de oscuros grupos de teatro, aunque algunos investigadores sí han ido. Sólo cuando ese otro cuerpo de conocimiento haya sido adecuadamente reconstruido —¿quiénes fueron asesinados? ¿cómo, cuándo y por quién? todas las preguntas que todavía son parte de la vida argentina— será posible hacer preguntas más concretas acerca de las actividades de los sobrevivientes. Sólo entonces, y tal vez ese entonces sea ahora, será posible investigar el período de la dictadura desde el punto de vista de lo que fue hecho en lugar de lo que fue destruido. Incluso entonces, y eso tal vez sea ahora, la historia de *Teatro Cucaño* será una historia difícil de construir.

Hay algunas huellas de su existencia. Pero la mayoría de los materiales que sobreviven fue recogida de manera no sistemática por miembros del grupo, dispersos entre ellos, dejados a un lado en sótanos y armarios. Muchos años después del fin no oficial del grupo en 1983, unos pocos miembros fundadores se encontraron en Rosario para hablar acerca de lo que habían hecho cuando tenían quince, dieciséis, diecisiete años. Grabaron sus conversaciones, esperando que ese registro tuviera una vida más larga que el trabajo que habían hecho en su momento. Querían rectificar, al menos parcialmente, la ausencia de documentos que certificaran quiénes habían sido y qué habían hecho. En esa conversación, Carlos Ghioldi, Guillermo Giamprieto, Mariano Guzmán, y Osvaldo Aguirre contaron sus diferentes versiones de lo que había pasado, pero el ejercicio no pareció más que una serie de anécdotas mezcladas con el ruido de fondo de unos chicos que jugaban cerca.

El impulso por documentar retrospectivamente lo que hicieron habla tanto del carácter efímero del grupo como de su longevidad mítica. Hoy, muchos ex miembros consideran al *Teatro Cucaño* como su experiencia más formativa. Ghioldi, quien trabaja como activista y dirige un centro cultural y mercado colectivo, es pálido y delgado. Todavía parece lo que dicen que parecía a los quince años: un ángel muerto. Mariano Guzmán, un músico y artista independiente, mantiene un sitio web que historiza entre otras cosas la historia del *Teatro Cucaño* y su producción. Después de la dictadura, Guzmán fue uno de los pocos *Cucaños*

que trató de mantener al grupo activo, aunque la mayoría de sus participantes perdió interés cuando empezó a ser posible ser políticamente activo de manera abierta. Guzmán continuó planeando intervenciones, entrando intempestivamente en uno de los cafés literarios de Rosario en 1984 vestido como un nazi y esgrimiendo un rifle falso. Osvaldo Aguirre, un hombre pequeño, y quien fuera el *Cucaño* más joven, es hoy un periodista en Rosario y un poeta exitoso. En 1998 escribió un artículo en el principal periódico rosarino acerca del *Teatro Cucaño*. Entre la gente joven que actualmente vive en Rosario, el *Teatro Cucaño* es algo que conocen de nombre, aún cuando ese conocimiento sea vago. En tanto activista local en una pequeña comunidad, Ghioldi es conocido como el fundador del *Teatro Cucaño*. Un grupo de jóvenes escritores en Rosario recientemente dedicaron un número de su revista, *Señales Hoguera*, a reconstruir la historia del grupo.

Pero, en general, el *Teatro Cucaño* sigue siendo desconocido. No ocupa un lugar en la memoria pública de la dictadura, siendo su invisibilidad incluso mayor que la de otros proyectos culturales relativamente oscuros de la época. No ha habido una biblioteca que coleccionara los materiales del grupo, ni referencias al mismo en los pocos libros que existen acerca del arte de vanguardia en Rosario o en Argentina. Nunca es mencionado en los muchos estudios que existen acerca del teatro argentino durante el período dictatorial. Fue por casualidad, suerte, y la generosidad de extraños que yo, una investigadora extranjera haciendo preguntas acerca de actividades culturales oscuras en los rincones más escondidos durante el más oscuro de los períodos, encontré al *Teatro Cucaño*. Los restos del *Teatro Cucaño* y su historia residen en los recesos de la biblioteca vaginal donde fueron hechos por primera vez, una biblioteca donde los contenidos están en riesgo constante de desintegrarse, donde pocos saben qué y cómo mirar. Es una biblioteca que no existe.

[Versión castellana de Marisol Alvarez y Cecily Marcus]

La biblioteca vaginal no es una metáfora. Hechos y portados por mujeres, la biblioteca vaginal fue una resistencia encarnada a la tiranía de la dictadura. El trabajo de la biblioteca vaginal se desprende de las prácticas de las prisioneras, pero su alcance va más allá de esas mujeres y se extiende hacia todos los tipos de resistencia cultural que estaban teniendo lugar bajo las condiciones más adversas durante la dictadura. En la biblioteca vaginal, encontramos a los adolescentes del Teatro Cucaño, un pequeño grupo experimental de teatro de la ciudad de Rosario, al mismo tiempo que a los reconocidos intelectuales de la revista **Punto de Vista**. Hombres y mujeres trabajaron para documentar y reflexionar acerca de un período de terror y extremismo a través de actos creativos e intelectuales que generalmente no encontraron una audiencia fuera del ambiente hermético e improbable de la biblioteca vaginal. Este ensayo es una historia parcial de la cultura intelectual subterránea de la última dictadura.

The vaginal library is not a metaphor. Made and held by women, the vaginal library was an embodied resistance to the tyranny of dictatorship. The work of the vaginal library comes from the actual practices of women prisoners but its depths go beyond these women towards all different kinds of cultural resistance that were taking place during the dictatorship under the most adverse conditions. In the vaginal library we find the teenagers of the Teatro Cucaño, a small experimental theater group from the city of Rosario, as well as the established intellectuals of **Punto de Vista**. Men and women worked to document and reflect on a period of terror and extremity through creative and intellectual acts that sometimes never found an audience outside of the hermetic but unseemly environs of the vaginal library. This is a partial history of clandestine intellectual life under the last dictatorship.



“Si hay un marxismo posible hoy, tiene que ser utópico y melancólico”

El 6 de junio del 2005, Enzo Traverso visitó el Campus de la Universidad Nacional de General Sarmiento para brindar una conferencia acerca del uso público del pasado en las sociedades occidentales. Tras la conferencia, Ernesto Bohoslavsky, Jorge Cernadas, Fernando Falappa, Daniel Lvovich y César Mónaco dialogaron con Traverso, desarrollando la entrevista colectiva transcrita a continuación.

Por Ernesto Bohoslavsky, Jorge Cernadas, Fernando Falappa, Daniel Lvovich y César Mónaco

Enzo Traverso nació en Italia en 1957 y vive en Francia desde 1985. Obtuvo el doctorado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) en 1989. Ha sido responsable de investigación de la sección alemana de la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine de Nanterre entre 1991 y 1995, y profesor en la EHESS entre 1994 y 1997. Actualmente es Maître de Conférences en Sciences Politiques en la Université de Picardie-Jules Verne. Su obra se destaca por la agudeza con que conjuga la investigación histórico-social con el ensayo de análisis político. Varias de sus obras y artículos han sido traducidas al castellano, inglés, alemán y japonés. En el N° 4 de **Políticas de la Memoria** se publicó su artículo inédito en castellano sobre los debates en torno al revisionismo histórico en Alemania —“La ‘desaparición’. Los historiadores alemanes y el fascismo”—.

Judaísmo y marxismo

¿Cuáles son las líneas más importantes de tu biografía intelectual?, ¿a qué líneas historiográficas te has sentido afiliado?

Estudié historia en la Universidad de Génova, que es una de las universidades italianas en las que se desarrolló la historia social en la década de 1970. Por entonces se produjo una transición de una historiografía del mundo contemporáneo cuyo eje era casi exclusivamente político, a una historia social que privilegiaba temáticas como la historia del movimiento obrero o de las migraciones. Me formé en una época de crisis profunda de la universidad en Italia, que coincide con la crisis de los años setenta, la crisis de la izquierda radical y el desarrollo del terrorismo. La universidad fue muy afectada por arrestos de estudiantes y profesores vinculados a las *Brigadas Rojas*.

Yo dejé Italia en 1985 para ir a Alemania y después a Francia a preparar mi tesis de doctorado. Allí empecé a trabajar en el cam-

po de la historia intelectual, o —yo diría ahora— de la historia social de los intelectuales o historia social de las ideas políticas. Mi doctorado lo hice en la *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales*, que no era en Francia el lugar más interesante para estudiar ese tipo de cosas, porque tenía una tradición estructuralista muy fuerte y una visión de la historia dominada por la escuela de *Annales*. En esa época la EHESS tenía como director a François Furet, que era el portavoz de una “revisión” historiográfica con respecto al estudio de la Revolución Francesa.

En aquel momento Furet todavía no había publicado *El pasado de una ilusión*, pero en 1989 fue el bicentenario de la Revolución Francesa y las conmemoraciones fueron dominadas por él. Furet publicó todo un conjunto de obras, en particular un **Diccionario de historia de la Revolución Francesa** que conoció un verdadero triunfo mediático e intelectual, y que era concebido como la interpretación liberal de la Revolución Francesa, vista como la matriz de los totalitarismos modernos, contraria a la historiografía marxista de Lefebvre, Soboul e incluso Vovelle, que dominó en la fase anterior.

Entonces yo ubiqué mi trabajo y encontré interlocutores interesantes entre los, digamos, exiliados. Mi tesis fue dirigida por Michel Löwy, un intelectual brasileño de familia judeo-vienes, que se interesa mucho por América Latina por un lado y por Europa central por otro, que hace una sociología de la cultura y que está vinculado a una tradición marxista abierta y crítica. Löwy me pareció el interlocutor más interesante en ese momento, y sigue siendo un amigo muy querido.

Empecé a trabajar y me “emancipé” de esa tradición heredada de Italia, de historia del movimiento obrero y de las ideas políticas. Y empecé a investigar mucho sobre historia judía, historia intelectual del mundo judío asquenazí en Europa, esencialmente en la primera mitad del siglo XX. Pero al mismo tiempo mi acercamiento a la historia judía no tenía nada de religioso. No estudié

en una *yeshiva* ni conozco el hebreo. La historia judía nunca la concebí como un objeto exclusivo o como un objeto autónomo de investigación; siempre me interesó como ventana para acercarme a problemas mucho más vastos, casi como un pretexto, podríamos decir. A partir de allí empecé a trabajar también sobre la cuestión de la violencia, del fascismo, del nazismo y del exilio intelectual del siglo XX. Toda una serie de problemáticas distintas pero que, en su conjunto, buscan un eje, un hilo que las conecte.

¿Por qué ese recorte temático, la historia del judaísmo en particular?

No soy judío, entonces no es a causa de razones familiares o grupales. Tampoco es como muchas veces ocurre en Alemania, porque los historiadores se dicen descendientes de una sociedad que produjo el régimen nazi. Creo que una de esas razones está vinculada a mi formación política, que me empujó a ser marxista —como a todos en aquella época— y a investigar de manera rigurosa. Empecé a leer mucho sobre el marxismo e historia del marxismo, y me di cuenta de que es muy difícil comprender la historia del marxismo (no sólo como teoría o conjunto de ideas) sin hacer una historia social de los intelectuales marxistas, en la cual los judíos juegan un papel central.

Empecé a trabajar sobre la historia judía, esencialmente como historia intelectual y como historia social de los intelectuales. Pero nunca me interesé, fuera de algunas excepciones, por la historia del pensamiento judío como historia del judaísmo filosófico o como historia de un pensamiento de matriz religiosa. Los que me interesaron esencialmente fueron los intelectuales judíos en la medida en que actuaban en un marco social, político y cultural más amplio, en particular en el movimiento obrero de Europa central y oriental. Mis primeros trabajos fueron sobre los marxistas y la cuestión judía, los judíos en la sociología alemana de la época, los judíos en la cultura en lengua alemana en Europa central en el fin-de-siglo, los judíos en el periodismo, en la filosofía, en la prensa, en la historia del arte, etc.

¿Cómo fue recibido tu libro sobre los marxistas y la cuestión judía?

Fue recibido muy bien, pero si yo tuviera que escribirlo ahora, quince años después, como siempre ocurre, lo escribiría de manera diferente. Pero es un libro que no rechazo, que me parece una etapa importante en mi formación y que fue casi de inmediato traducido a muchos idiomas. Creo que colmaba un vacío: había una vasta literatura sobre la cuestión judía en el marxismo, pero nunca se reconstruyó la historia de un debate. La historia de un debate no solamente como debate ideológico y teórico, sino vinculado a transformaciones sociales e intelectuales en Europa, y en el marco de una capa intelectual judía de Europa central y oriental que vivió entre Marx y el Holocausto.

¿Qué ventajas tiene haber usado esa ventana particular, los judíos marxistas centroeuropeos, para ver fenómenos mayores de historia occidental?

La ventaja es que a partir de un observatorio que es muy particular —los intelectuales judíos, en su gran mayoría exiliados en los años de entreguerras— se pueden estudiar los grandes problemas del mundo contemporáneo en aquella época a partir

de los márgenes. Eso cambia la mirada, pero permite obtener resultados interesantes. Esa perspectiva desde los márgenes tiene sus privilegios epistemológicos: es una mirada que puede hacer abstracción, que escapa a las categorías analíticas conformistas que son las que se construyen a partir de un punto de vista dominante. Es decir, los exiliados judíos son europeos, pero miran el mundo y lo interpretan desde Estados Unidos. Son judíos, pero al mismo tiempo están asimilados y no miran los problemas como judíos sino como actores de la sociedad en su conjunto. Sin embargo, simultáneamente, no pueden sustraerse a sus orígenes que los persiguen, ya que si son exiliados es precisamente por su condición de judíos.

Miran el mundo, la guerra y los acontecimientos de la época con una perspectiva que no es la del judaísmo ortodoxo y tradicional ni la del judaísmo sionista nacionalista, pero tampoco es la de los europeos o los norteamericanos. Miran el mundo a partir de un observatorio muy particular de los márgenes, lo que les permite ver cosas que otros no ven. Ese es el privilegio epistemológico del exilio.

Pero esa ventaja también tenía desventajas políticas que eran evidentes; eran una capa muy aislada y políticamente impotente, ya que no tenían la capacidad de influir sobre los acontecimientos. El pensamiento que producen en aquella época se descubrirá mucho más tarde. Walter Benjamin escribe sus tesis de filosofía de la historia en 1940 y en 1946 sale publicado en **Les Temps Modernes** en Francia. Nadie se da cuenta de ese texto y cuarenta años después hay bibliotecas enteras que están consagradas a él. Horkheimer y Adorno publican **La dialéctica de la Ilustración** que recibe la indiferencia total del mundo, pero veinticinco años después se revela como un clásico de la filosofía del siglo XX. Hay un desajuste entre su percepción y la recepción de sus pensamientos y escritos debido al contexto general en el que se ubican. Ese desajuste es típico de la recepción de la obra de Hannah Arendt. **Los orígenes del totalitarismo** es percibida como una obra casi anticomunista reaccionaria, porque habla del totalitarismo al inicio de la Guerra Fría. De la misma manera, cuando ella publica en 1963 **Eichmann en Jerusalén**, hay una incompreensión total de su tesis de que hay una banalidad del mal, de que los peores crímenes pueden ser perpetrados por verdugos muy banales. Esa idea fue considerada como una banalización del crimen. Esa recepción expresa el desajuste entre un pensamiento y el contexto en el cual se produce. Ahora nadie podría pensar que el libro de Hannah Arendt es una apología del nazismo, pero en aquel momento...

¿Y cuáles son las desventajas de este observatorio particular?

La desventaja de este acercamiento es que no corresponde con una visión estructural de la historia expresada como grandes tendencias de la historia que se imponen sobre las vicisitudes de las trayectorias individuales, que se imponen a pesar de los cambios y las metamorfosis que repentinamente se producen. Es por eso que yo sentí la exigencia de tomar en cuenta esa dimensión de la investigación histórica. Mi libro sobre la violencia nazi intenta recuperar esa visión estructural de la historia, para ver el Holocausto como un acontecimiento en el cual se cruzan dos temporalidades: la historia por estratos, como movimientos geo-

lógicos de la larga duración, y la historia como ruptura abrupta y repentina, como trauma. Intenté integrar ambas dimensiones en la interpretación de un acontecimiento traumático.

La idea de una genealogía del nazismo que yo tracé investiga los orígenes del nazismo en la larga duración, pero es una historia estructural que no tiene nada que ver con la historia *annaliste* o braudeliana. Es decir, traté de investigar la relación que existió entre la historia del colonialismo y el imperialismo europeo y la historia del nazismo; algo que muy pocos historiadores hicieron hasta ahora. Intenté buscar en la historia del colonialismo europeo —como historia material, social, cultural y de la violencia— la manera en que se crearon estereotipos y visiones, e integrar esa búsqueda en la historia del nazismo, tratando de ver cómo ese pasado imperialista y colonialista pudo ser una premisa histórica del surgimiento del hitlerismo. Me parece que eso se puede hacer sólo a partir de una visión de la historia que tome en cuenta la dimensión de la larga duración.

Nazismo, Holocausto y Guerra Civil

En uno de tus libros decís que cuando la memoria del holocausto se consagra como una memoria ejemplar, universal y despolitizada, más bien vinculada a la industria mediática, precisamente en ese momento es cuando se olvidan totalmente las raíces occidentales del Holocausto, como en el caso de Nolte. Cuando empezaste a escribir sobre la violencia nazi, ¿tenías en mente esas aproximaciones al problema o éstas fueron confluyendo posteriormente?

El punto de partida fue exactamente eso: interpretaciones del nazismo muy distintas. Con Daniel Goldhagen el nazismo aparece como un fenómeno que se ubica en una historia particular y excepcional de Alemania; Ernst Nolte ve al nazismo como una simple reacción al bolchevismo y copia del bolchevismo; François Furet lo consideraba un fenómeno totalitario y una reacción antiliberal paralela al comunismo. Eran visiones muy disímiles, pero muy apologeticas (en el caso de Nolte, apologetica del nazismo; en el caso de Furet y Goldhagen, del liberalismo occidental).

La mayoría de los historiadores ubican los orígenes del nazismo en la Gran Guerra o en la crisis que se produce en Europa tras esa guerra. Pero la tendencia general insiste en interpretar al nazismo y a la tradición liberal como dos elementos totalmente antinómicos, reduciendo un poco al nazismo a una ideología anti-occidental, como si hubiese sido un fenómeno que surgió dentro de Occidente pero que se desarrolló como su enemigo. El nazismo aparece como un elemento extraño a la historia occidental.

Lo que me interesaba no era establecer una línea de continuidad entre liberalismo y nazismo, lo que evidentemente es imposible. Quería investigar la Europa liberal del siglo XIX como un laboratorio del nazismo, como un espacio social, cultural, material e intelectual de incubación del nazismo, y ver cómo éste fue el producto de una convergencia excepcional, en circunstancias históricas excepcionales que se crean en Alemania después de 1918.

Hay una especificidad alemana del nazismo, porque nació allá y no en otros países. Pero también una convergencia, permitida por ese conjunto de circunstancias, de elementos que pertenecen a la historia de Europa en su conjunto, y que aparecen en Europa antes de la Gran Guerra, ya en el siglo XIX. Entonces la convergencia de elementos que remiten a la Europa liberal, ya sean ideas (colonialismo, imperialismo, racismo, eugenismo, antisemitismo moderno) o prácticas sociales como la concentración o el racismo de clase que se desarrolla a partir de la Revolución Industrial, son dispositivos técnicos de muerte y de destrucción que nacen más de un siglo antes y que acaban en un sistema administrativo e industrial de exterminio. Se trata de todo un conjunto de elementos que aparecen en Europa y que no se pueden ubicar exclusivamente en un país. Son fenómenos muchas veces separados que se reúnen en el nazismo. Si intentamos comprender al nazismo hay que reconstruir y trazar la genealogía de esos elementos. Eso es una lectura que no me parece para nada apologetica, sino muy crítica de la historia europea.

¿Cuáles son los temas actuales y cuáles son las interpretaciones con las que estás polemizando?

Voy a publicar este otoño un pequeño ensayo metodológico sobre los conceptos de historia y memoria y sobre los usos políticos del pasado (una traducción castellana será publicada en otoño de 2006 por Marcial Pons, en Madrid). Estoy trabajando al mismo tiempo sobre un proyecto más amplio y más ambicioso: sobre la idea de Guerra Civil europea. Me interesa trabajar sobre los modos de definir la Guerra Civil europea e interpretar la crisis europea de entreguerras bajo ese concepto. Eso, por supuesto, implica tomar en cuenta y criticar todo un conjunto de interpretaciones, en particular la teoría de Nolte, que es el que más utilizó ese concepto para entender aquella época. Obviamente, mi concepto de Guerra Civil europea no coincide con el de Nolte. La Guerra Civil europea, como yo la interpreto, no empieza en 1917 con la Revolución Rusa, sino en 1914 con el derrumbe de un orden europeo liberal que nació después de la Revolución Francesa, de lo que Hobsbawm llama “el largo siglo XIX”. Yo me di cuenta que este concepto es muy utilizado, por autores de derecha e izquierda, conservadores, marxistas, diplomáticos y hombres de estado. Es una fórmula casi como la de totalitarismo, que tiene una difusión muy grande pero, al mismo tiempo, un estatuto muy poco claro, muy confuso, y que nunca fue sistematizado como verdadero concepto.

Arno Mayer habla más de “Segunda guerra de los Treinta Años” que de Guerra Civil europea, pero al mismo tiempo consagra muchas páginas de sus obras al concepto mismo de “guerra civil”. Para él esas dos definiciones son casi sinónimas. No obstante, la tendencia general es ver en la Guerra Civil europea una guerra ideológica. Creo que esa es una dimensión de la Guerra Civil europea, pero solamente una dimensión entre otras.

América Latina, Argentina y las comparaciones

¿Cómo fue la recepción de tu obra en la Argentina?

Yo estoy muy contento con la recepción de mi obra en la Argentina. Tengo por lo menos cinco de mis libros traducidos al cas-

tellano publicados también en la Argentina. Me invitaron varias veces a presentar mis investigaciones y a discutir. Creo que es muy útil para un europeo llegar acá y discutir con los argentinos; porque hay un diálogo que se establece mucho más fácilmente que en otros países. Yo estuve muchas veces en México, donde hay una capa intelectual muy importante, con la cual es muy interesante establecer un diálogo. Pero hablar de la historia europea en México es casi como hablar de algo exótico. La Argentina es una transición entre Europa y América Latina.

Las universidades en la Argentina —es casi caricaturesco el fenómeno— están moldeadas a partir de un eje europeo. Estudiar la historia medieval o de la Grecia antigua en México es algo muy exótico, porque todos estudian la historia de Mesoamérica. En Argentina es normal. Me da la impresión de que la relación de filiación intelectual de este país con respecto a Europa es muy fuerte en el campo de las humanidades. Digamos que es un lugar muy interesante para la comparación entre la historia europea y la historia de América Latina.

¿Pensás incorporar en tu obra futura la experiencia reciente latinoamericana y argentina en particular sobre memoria?

En un ensayo reciente sobre historia y memoria hago varias referencias a América Latina, al Cono Sur y a la Argentina, pero como hipótesis. No soy historiador de América Latina y tampoco puedo improvisarme en esa tarea. Pude formular hipótesis, pero no son tesis comprobadas por una investigación. Lo que yo recibo de América Latina más que un campo de investigación para el que necesitaría conocimientos y categorías que no poseo, es un campo de reflexión para fortalecer la formulación de mis propias preguntas y de mis planteamientos. La dimensión comparativa para mí es fundamental. Creo que comparar la violencia de los totalitarismos con la violencia de las dictaduras en Latinoamérica o de los fascismos europeos y latinoamericanos es fundamental. Pero no lo hago en la perspectiva de escribir el diccionario de los fascismos en los cuales hay tantos capítulos y todo está incluido. En la perspectiva de comprender mejor al fascismo europeo, recorro a la comparación con lo que pasó en Latinoamérica porque me permite destacar mejor la singularidad y la universalidad del fenómeno. Y esto no porque yo sea insensible e indiferente a lo que pasa fuera de Europa, sino para establecer límites epistemológicos necesarios para que un trabajo sea fructífero.

Hay una temática que me atrae mucho. Me interesaría mucho hacer lo que hice sobre el exilio judeo-alemán, pero sobre Latinoamérica. Una historia cruzada del exilio latinoamericano en Europa y del exilio europeo en Latinoamérica sería muy, muy interesante en el marco de una historia intelectual del siglo XX. Abordar este camino no tiene como problema una cuestión de financiación, sino una cuestión también de solidez conceptual. No sé si una persona sola puede hacer este trabajo que me parece más apropiado para un equipo, o limitarlo a un país o una ciudad. Necesita conocimientos y bases que yo no tengo. Para hacerlo necesitaría ser al mismo tiempo historiador de Europa e historiador de América Latina y hay muy pocos que son ambas cosas, o necesitaría una empatía, un tipo de acercamiento que podría tener un historiador exiliado.

Compromiso político e intelectual

¿Qué queda de tu pasión militante de los años '70?

Mi pasión militante no desapareció. Yo no pertenezco a esa categoría de ex-militantes que tienen como preocupación mayor ocultar su pasado, que no se sepa lo que han hecho para así tener una buena carrera. Yo pertenezco a una generación que era muy politizada. Hice mis estudios en la universidad en una época de gran politización. Y entonces para mí hacer una investigación era algo indisociable de un compromiso político. Se trata de un rasgo típico de mi generación. No solamente en Europa: creo que aquí era exactamente lo mismo en aquella época. El estudio de la historia para mí era una manera de fundar un compromiso político.

Hoy, mayo de 1968 aparece como un cambio, un movimiento de renovación cultural y en las costumbres, en las maneras de vivir. En la visión dominante, se trata de un proceso de modernización, a pesar de su referencia al marxismo, al leninismo, al Che Guevara, a la revolución, que simplemente son desvalorizadas como dimensiones folklóricas. Lo que se produjo es una nueva capa de intelectuales y de políticos que son modernos, que son liberales en lo económico, pero libertarios desde un punto de vista social. Eso es lo que el nuevo conformismo liberal acepta sin problemas. Desde este punto de vista, haber sido militante en los '70 casi puede ser también algo valorizante si se rompió con un compromiso político radical. Pero no es mi planteamiento. Yo fui militante no solamente en los '70 sino también en los '80. Yo tenía una preocupación política, un compromiso político que, por supuesto, no existe más. Cuando tenía 18 años iba a la entrada de las fábricas para explicarles a los obreros cómo tenían que actuar en su lugar de trabajo o qué tenían que hacer. No tengo más esa visión pedagógica, sectaria y ridículamente infantil de la política. Pero también pienso que mi trabajo intelectual tiene un vínculo con un compromiso político. Yo pienso que hacer un trabajo intelectual significa también pensar críticamente el mundo en el cual se está viviendo. Eso tiene implicaciones políticas, por eso viajar a América Latina para mí es muy saludable. Porque hoy este continente está mucho más politizado que Europa o Estados Unidos. La posibilidad de establecer un diálogo entre cultura y política, entre investigación académica y acción política, tiene más espacios abiertos aquí que en Europa. Ni hablemos de Estados Unidos: allí hay instituciones maravillosas para hacer investigación, pero son islas que no tienen ninguna conexión con la sociedad civil. Entonces, ser un investigador en Estados Unidos no tiene nada que ver con la participación en un debate intelectual y político.

En Europa todavía existe eso. Mi compromiso político consiste en escribir para revistas, como hay muchas en la Argentina, que son revistas intelectuales pero también políticas o participar en debates armados por organizaciones políticas, movimientos asociativos como ATTAC o la izquierda radical en Francia (notablemente la Ligue Communiste Révolutionnaire), etc. Pero no es un compromiso político como antes. No soy, ni me considero, un intelectual orgánico en el sentido gramsciano de la palabra, vinculado a un movimiento. También creo que tengo aún más reservas con respecto a esa definición del intelectual "orgánico". El

intelectual para ser un crítico tiene que ser independiente, estar libre de vínculos políticos en el sentido partidario de la palabra.

Socialismo y barbarie: Weber y Luxemburgo

¿Es posible sostener la distinción entre el político y el científico?

Max Weber tenía una visión noble e idealizada de la ciencia, a la cual él intentó conformarse durante toda su vida, pero que transgredió. Postulaba la neutralidad axiológica de la ciencia, pero después de 1914 se volvió pangermanista y nacionalista radical.

¿Qué queda de la crítica de Max Weber al socialismo por su tendencia a la burocratización?

Al final de la guerra lo que escribe sobre el socialismo es muy ideológicamente orientado. Pero hay algo que me fascina mucho de esa visión trágica del mundo y esa visión de la modernidad como jaula de hierro, esa idea de desencantamiento del mundo y de la modernidad como prisión. Es una visión que me parece que fecundó toda una corriente del marxismo, desde Lukács hasta la Escuela de Frankfurt. Tampoco se podría pensar **La dialéctica de la Ilustración** sin la herencia weberiana. Es una visión trágica del mundo que conoció desarrollos muy distintos al conectarse con otras corrientes de pensamiento.

Weber no dice que el socialismo es imposible. Dice que el socialismo es posible, pero que no es una alternativa. El socialismo es una transformación de la sociedad que terminará por acentuar las tendencias previas a la burocratización del mundo y a la deshumanización. Por lo menos en la sociedad capitalista hay una competencia entre los capitales, hay espacios. En una sociedad socialista la dominación burocrática quedaría completada. Lo que pasó en los países del socialismo real tiene algo de eso.

Rosa Luxemburgo para mí es una de las figuras más interesantes en el marco del pensamiento teórico marxista. Escribió páginas en 1914 de una fuerza extraordinaria, en las que analiza la caída de un orden y de un mundo. Plantea la alternativa socialismo-barbarie. Un siglo después por supuesto hay que reformular esta alternativa, porque el mundo ya cayó en la barbarie. Y la barbarie sabemos muy bien qué es: no es sólo una amenaza sino algo que conocemos. Auschwitz fue la barbarie. Hiroshima fue la barbarie. Pero no sólo eso. El socialismo, que apareció como una alternativa a la barbarie, se volvió una cara de esa misma barbarie. El *Gulag* no es una invención de la propaganda conservadora. El *Gulag* es una dimensión masiva de la violencia del siglo XX y hay que tomar en cuenta eso. El socialismo no puede ser pensado, en una visión teleológica, como el resultado automático de la historia. Es un desafío en el sentido más profundo de la palabra, es una utopía como la definió Ernst Bloch: concreta y posible, pero algo que todavía no existe y hay que inventar. Desde este punto de vista se puede hablar de socialismo.

No creo que un proyecto de emancipación pueda dibujarse sin integrar la visión de Weber. Estamos frente a una perspectiva de futuro en la cual, con pertinencia, sabemos que la barbarie es posible. El socialismo como alternativa es una posibilidad que hay que construir, que no puede simplemente “aplicarse” como una receta ya lista. Hay que construirlo tomando conciencia de

todas las derrotas del pasado, mirando al futuro (el “principio de responsabilidad” de Hans Jonas) pero al mismo tiempo mirando al pasado (el Ángel de la Historia de Walter Benjamin). Y esta memoria de los vencidos vela nuestros esfuerzos de cierta melancolía. Si hay un marxismo posible hoy, tiene que ser utópico y melancólico. Es el precio de una resistencia intelectual.

Enzo Traverso: Bibliografía esencial

- **Les marxistes et la question juive. Histoire d'un débat (1843-1943)**, Paris, Editions PEC-La Brèche, 1990. [Hay edición en castellano: **Los marxistas y la cuestión judía. Historia de un debate: 1843-1943**, Buenos Aires, Ediciones del Valle, 1996 —1ª Edición—. 2ª Edición (ampliada): La Plata, Ediciones al Margen, 2003.]
- **Les Juifs et l'Allemagne. De la «symbiose judeo-allemande» a la mémoire d'Auschwitz**, Paris, Editions La Découverte, 1992.
- **Pour une critique de la barbarie moderne. Ecrits sur l'histoire des Juifs et de l'antisémitisme**, Lausanne, Cahiers libres, Editions Page 2, 1996.
- **L'Histoire déçirée. Essai sur Auschwitz et les intellectuels**, Paris, Editions du Cerf, 1997. [Hay edición en castellano: **La Historia desgraciada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales**, Barcelona, Herder, 2001].
- **Siegfried Kracauer. Itinéraire d'un intellectuel nomade**, Paris, La Découverte, 1994. [Hay edición en castellano: Valencia, Alfons el Magrànim, 1998].
- **Le totalitarisme: Le XXème siècle en débat**, Paris, Seuil (Points Essais), 2001 [Hay edición en castellano: **El totalitarismo. Historia de un debate**, Buenos Aires, Eudeba, 2001.]
- **La violence nazie, essai de généalogie historique**, Paris, La Fabrique, 2001 [Hay edición en castellano: **La violencia nazi. Una genealogía europea**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.]
- **La pensée dispersée**, Paris, Éd. Léo Scheer, 2004.
- **Le passé, modes d'emploi: Histoire, mémoire, politique**, Paris, La Fabrique Éditions, 2005.
- «Entre Béhémot et Léviathan: penser la Guerre civile européenne 1914-1945», en François Guedji (ed.), **Le XXe siècle des guerres**, Paris, Editions de l'Atelier, 2005.

Artículos en Revistas (en castellano)

- “Los intelectuales y el antifascismo. Por una historización crítica”, **Acta Poética**, México D.F., 2003, n° 24-2.
- “La ‘desaparición’. Los historiadores alemanes y el fascismo”, **Políticos de la Memoria** Nro 4, Buenos Aires, CeDInCI, verano 2003/2004, pp. 61-68.
- “Auschwitz. Del ocultamiento a la conmemoración”, **Viento sur: Por una izquierda alternativa**, Madrid, N° 80, 2005, pp. 45-47.
- “Interpretar el fascismo: notas sobre George L. Mosse, Zeev Sternhell y Emilio Gentile”, **Ayer**, Madrid, N° 60, 2005, pp. 227-258
- “Revisión y revisionismo”, **Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo**, Valencia, N° 14, 2004, pp. 69-76.



O amigo entrañable dos mouros

EL ANTIIMPERIALISMO, ESE OBJETO MÚLTIPLE

En torno a las derivas del antiimperialismo latinoamericano de los años '20

En los últimos años, un conjunto de nuevas miradas ha tendido a renovar los estudios sobre el antiimperialismo, esa idea-fuerza que contribuyó como pocas a cincelar el universo de las identidades políticas durante el entero siglo XX. Tomando distancia de las visiones fuertemente ideologizadas que partían de aceptar casi como dato la existencia continua de la dicotomía que oponía a un imperialismo omnipotente, capaz de imponer directamente o a través de oscuros subterfugios su voluntad de poder, con un sujeto no obstante imaginado en actitud de resistencia sea ese sujeto el pueblo, la nación, o alguna clase o sector subalterno, esta serie de trabajos se ha ocupado en cambio por un haz de problemas históricos de muy diversa índole. El antiimperialismo ha sido visitado así en tanto forma discursiva capaz de adoptar distintos acentos y matices; capaz, también, de ser mentado por sujetos de diversas procedencias ideológicas (y ya no, meramente, por discursos populares o de izquierdas). Ha también sido indagado en tanto práctica política, pasible de tensionar la actividad de algunos de sus cultores (y es el caso de algunos intelectuales y/o escritores), o de producir alineamientos y estar en la base de formas de agregación política más o menos heterodoxas. Ha, finalmente, y en tanto fenómeno relativo a la arena internacional, permitido el análisis de circuitos y redes que a menudo operaron a escala transnacional, movilizand una estela de nociones comunes e identidades políticas alternativas evocadas en tanto fuerzas con posibilidades de incidir en la configuración del orden global (ejemplarmente, el latinoamericanismo).



Este dossier se compone de cinco artículos que merodean los usos del antiimperialismo de los años '20, uno de los momentos en que sus motivos alcanzaron mayor fuerza en América Latina (y, en rigor, en todo el mundo). El primer texto, de Laura Ehrlich (historiadora egresada en la UBA), retrocede en verdad hasta comienzos de siglo, para adentrarse en los meandros del itinerario inicial de una de las figuras centrales de la constelación de intelectuales modernistas y positivistas que en la mirada ya clásica de Oscar Terán habían configurado un “primer antiimperialismo latinoamericano”. Ehrlich se detiene en las tensiones entre dos posiciones de enunciación coexistentes en Ugarte, en momentos en que un campo intelectual autónomo se hallaba en proceso de emergencia: la del escritor modernista y la del tribuno y hombre de partido socialista. Alexandra Pita, profesora de la Universidad de Colima, México, ofrece un bosquejo de la importante tesis doctoral (cuya publicación en formato de libro se encuentra en preparación) defendida en El Colegio de México DF, en la que supo desarrollar un exhaustivo análisis de una de las principales organizaciones antiimperialistas del período: la Unión Latinoamericana (ULA), así como de su también significativa publicación **Renovación**. Seguidamente, Martín Bergel (también historiador de la UBA), analiza las derivas de dos modulaciones divergentes de la Reforma Universitaria inaugurada en Córdoba en 1918 la argentina y la peruana, para adentrarse luego en los modos con que Manuel Seoane y Luis Heysen, jóvenes peruanos enrolados en el naciente aprismo exiliados en la Argentina, procesaron las tensiones derivadas del choque de los imperativos provenientes de esos dos estilos reformistas diferentes. Daniel Kersfeld, por su parte, pronto a culminar su doctorado en México, reconstruye la trayectoria de la emergencia al eclipse de la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA), otra de las entidades de peso dentro del extendido campo antiimperialista de los años '20. Finalmente, el experimentado historiador y antropólogo peruano-mexicano Ricardo Melgar Bao, uno de los mayores especialistas en las redes apristas y comunistas del período, desempolva la historia de una organización menos conocida: la Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA), que supo operar en México y Centroamérica.

Manuel Ugarte entre el modernismo latinoamericano y el socialismo. Una convivencia difícil*

Laura Ehrlich (UBA / CeDInCI / UNGS-IDES)

Introducción

El presente texto se propone realizar una primera aproximación a la trayectoria política e intelectual de Manuel Ugarte (1875-1951) entre 1900 y 1913. El período que se extiende desde el cambio de siglo hasta el inicio de la 1ª Guerra Mundial contiene a la que podríamos denominar primera “década larga” de vida intelectual de Ugarte. Es en ésta que se enmarca también su primera etapa de afiliación (y ruptura) con el Partido Socialista argentino (PS).¹ En estos años ya es posible hallar la cristalización de algunos elementos significativos en su discurso que parecen ser importantes para la construcción ulterior de su legitimidad como intelectual, a la vez que permiten explicar al menos una parte de los “ruidos” en la relación con el PS.²

En este abordaje, hemos privilegiado la consideración de ciertos aspectos del perfil intelectual de Ugarte que generalmente habían sido tratados o bien en forma autónoma, o bien como meramente *adicionables*, aporoblemáticamente, respecto de su identificación con el socialismo: nos referimos a la pertenencia a la llamada generación de escritores del '900 y a la relación con el modernismo literario latinoamericano. En efecto, si la inscripción generacional de Ugarte en la historia y la crítica de la literatura argentina ha sido reconocida;³ así como, paralelamente, su recorrido desde el socialismo reformista al antiimperialismo ha sido profusamente

destacado, estas aproximaciones no indagaron, sin embargo, el modo específico en que el entrecruzamiento de la identidad de “artista” y la de “ciudadano de partido” dejó su marca en la praxis discursiva del escritor, ni en las tensiones que tal convergencia ponía en juego.⁴

De hecho, la figura de Manuel Ugarte fue objeto de la operación de construcción de una tradición de izquierda *antiimperialista* y *revolucionaria* por parte de la izquierda nacional a partir de los años '50,⁵ siendo ubicado en el lugar de precursor de la misma.⁶

4 Si en la citada obra de Viñas Ugarte aparece apenas mencionado, en la de Galasso las relaciones eventualmente tensas entre literatura y política generalmente se descifran en términos de la “victoria” de una sobre otra. Un trabajo que ensaya un enfoque en cierto sentido similar (aunque con resultados diferentes) al que intentaremos aquí, y con el cual dimos estando ya avanzada la elaboración de nuestra hipótesis de lectura, es el estudio de Marcos Olalla, “Literatura y política. Apuntes sobre los supuestos críticos de la modernidad en Manuel Ugarte” en Arpini, Adriana, (ed.), *Razón práctica y discurso social latinoamericano. El “pensamiento fuerte” de Alberdi, Betances, Hostos, Martí y Ugarte*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 2000, pp. 55-80. Allí se analiza el contenido ideológico del discurso de Ugarte desde el punto de vista de su doble ubicación en torno al espacio literario y al espacio político, resaltándose los intentos por superar la conflictividad inherente a esa relación. De ahí que ese estudio privilegie los momentos de cierre y clausura de tal tensión, por sobre los de su expresión irresuelta, que son los que se ponen en nuestro caso en primer plano.

5 Véase Terán, Oscar, “Marxismo, populismo y Nueva Izquierda”, en *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina. 1956-1966*. Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993 [3ª ed.], p. 110, y Tarcus, Horacio, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, pp. 23-24.

6 Cfr. Ramos, Jorge A., “Redescubrimiento de Ugarte”, prólogo a Ugarte, Manuel, *El porvenir de América Latina*, reedición de *El porvenir de América Española*, Buenos Aires, Indoamérica, 1953, op. cit., pp. IX-XL. (Este prólogo sería luego reeditado en forma de libro como *Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana*. Bs. As., Coyoacán, 1961. Las referencias remiten a su versión original.) Por su parte, Norberto Galasso ha continuado veinte años después esa misma línea, sumando a la incorporación de Ugarte en la tradición del “socialismo nacional” su inclusión en la serie de los “escritores malditos”, aquellos silenciados y condenados al olvido por la cultura oficial dominante. Galasso, Norberto,

1 Tras esta primera convivencia con el PS entre 1903 y 1913, dos décadas más tarde Ugarte volvería a tener una breve incursión en el partido, en 1935.

2 La publicación de *El porvenir de la América española* en 1910 aparece como un punto de condensación en ese sentido (Valencia, Prometeo).

3 Cfr. Viñas, David, *Literatura argentina y realidad política*. Volumen 2. Buenos Aires, CEAL, 1994 [1ª ed. de Jorge Álvarez, 1964], p. 267 y ss., p. 274; Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos” en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires, Ed. Ariel, 1997 [1ª ed. del artículo de 1980], p. 194; Galasso, Norberto, *Manuel Ugarte y la lucha por la unidad latinoamericana*. Buenos Aires, Corregidor, 2001 (1ª edición en 2 tomos por EUDEBA, 1974, secuestrada por el Ejército en febrero de 1977), passim, particularmente caps. 1-7 y 12; Fernández Bravo, Álvaro, “Estudio de escritos modernistas” en Fernández Bravo, Álvaro, (Comp.), *Escritos modernistas. Antología de poesía y prosa*. Buenos Aires, Ed. Santillana, 1999, p.139.

* Mi interés por Manuel Ugarte se remonta a mi colaboración para el Diccionario biográfico de la izquierda argentina de Horacio Tarcus, proyecto gracias al cual pude familiarizarme con la trayectoria político-intelectual del escritor. En su versión preliminar de hace dos años, el presente artículo se benefició de las agudas y generosas observaciones de Patricio Gelli, a quien agradezco más allá de todo formalismo. Más acá en el tiempo, Germán Conde me ayudó a clarificar y reconsiderar algunas ideas aquí planteadas. Valeria Manzano aportó su valiosa lectura y comentarios a esta última versión. Martín Bergel sumó a sus comentarios del texto una amistosa insistencia para que lo publique. Todos ellos carecen, desde ya, de responsabilidad alguna sobre lo que aquí se afirma.

Allí el sentido de la interpelación ugartiana se construyó en función de las necesidades del programa que *a posteriori* aquella corriente política se daba en su propio presente. Es así que en esa reconstrucción quedaron sin problematizar cuestiones que surgen al focalizar y situar el discurso de Ugarte en su contexto histórico de pertenencia.⁷

Con este último afán, nuestro punto de vista toma como punto de partida la problemática general que ubica como un proceso central del período la redefinición de los términos de la relación entre literatura y política, tal como se manifiesta en la incipiente formación de un campo intelectual en la Argentina de la primera década del siglo XX. Si se considera, entonces, que en este período el entrecruzamiento entre los mundos del modernismo latinoamericano, la generación del '900 y el socialismo no estaría exento de problemas, la hipótesis de lectura con la que trabajaremos aquí pretende que en la algo incómoda relación de Ugarte con el PS —que terminaría en su alejamiento del mismo— así como en las formas que asumió su militancia latinoamericanista y antiimperialista, puede descubrirse la huella del conflicto entre dos lugares divergentes de enunciación y legitimación del discurso político —incluido su horizonte ideológico—: por un lado, el del escritor moderno en tanto expresión autorizada de la voz de las masas y, por el otro, el de miembro de un partido que se instituye como *la* organización representativa y por tanto de legítima expresión de los intereses de los trabajadores.

A continuación, comenzaremos por analizar la inscripción de Ugarte en el campo del modernismo latinoamericano y la generación literaria del '900, concentrándonos particularmente en la función que la concepción ugartiana de “arte social” atribuye al escritor moderno. Veremos cómo esta noción le permite postular una suerte de primera vía de reintegración del escritor en su medio social, y cómo la afiliación al socialismo parece constituir un segundo camino ensayado por Ugarte en el mismo sentido. El análisis de algunos momentos del proceso de gestación de su ideología latinoamericanista y antiimperialista, y sobre todo el de su primera exposición sistemática en la obra señera de 1910, nos permitirá pasar al planteo central de este trabajo acerca de las tensiones con el partido socialista que el programa ugartiano de unidad latinoamericana hacía evidentes, tanto respecto del sujeto de la transformación social como del lugar de autorización del discurso político. Por último nos referiremos a la ruptura entre Ugarte y el PS como corolario final de una relación cuya conflictividad anunciada parece hundir sus raíces en la diversa ubicación entre los fragmentos de la modernidad adonde Ugarte y la dirigencia socialista habían sido arrojados.

Manuel Ugarte y la lucha por la unidad latinoamericana, op. cit., p. 19. Desde el campo comunista, Benito Marianetti disputa a su vez tal inscripción en la línea de la *izquierda nacional*, en Marianetti, Benito, **Manuel Ugarte. Un precursor en la lucha emancipadora de América Latina**. Buenos Aires, Ed. Silaba, 1976, pp. 9-11. Dicho sea de paso, el “viejo Ugarte” se involucró por unos años en el régimen peronista como embajador en México y Cuba, lo que abonó a su vez la recuperación nacional-popular de su figura.

⁷ El punto de vista de la “invención de la tradición” para el tratamiento de las distintas tradiciones de la izquierda argentina ha sido recuperado, a partir de las conceptualizaciones de E. J. Hobsbawm y R. Williams, por H. Tarcus en *op. cit.*, pp. 20-30, de donde hemos partido para pensar este problema.

Un escritor frente a la modernidad: del modernismo al socialismo

Amén de unos poemarios juveniles, Manuel Ugarte da comienzo a su actividad literaria pública en 1895 al dirigir **La Revista literaria**, publicación inspirada en la contemporánea **Revista Nacional de Ciencias y Letras**, que aparecía en Montevideo bajo la dirección de José Enrique Rodó, entre otros. Bajo el modelo de la uruguaya, aquélla adoptó una vocación latinoamericanista que se plasmó no sólo en un discurso, sino también en las colaboraciones de escritores de la región. Se reivindicaba allí la necesidad de una literatura nacional, que hundiera sus raíces en el paisaje y el “pueblo” del que emergía, por oposición a la temática exótica y el afrancesamiento de la poesía rubendariana, crecientemente hegemónica en el campo literario porteño.⁸

Tras esta primera experiencia, Ugarte se instala en París, donde asiste a la campaña de los *dreyfusards* y a los ecos de la intervención norteamericana en la guerra hispano-cubana de 1898, dos acontecimientos que habrían de dejar su huella —según su propio testimonio— en el joven de 23 años, así como un viaje a Estados Unidos en 1899 al cual atribuiría retrospectivamente el origen de su convicción sobre el peligro imperialista. (Si bien se sabe que el sentimiento antiyanki era generalizado durante la guerra de Cuba.) Aquel viaje y otro a España en 1902 se intercalarían en su estadía parisina contribuyendo al esbozo de un perfil de Hispanoamérica que se adivinaba en las tertulias con otros escritores del continente, como Rufino Blanco Fombona, Rubén Darío, Amado Nervo, por mencionar algunos. De esos años datan sus primeros libros de crónicas de la gran ciudad y colaboraciones en publicaciones europeas y argentinas, como las del diario de Carlos Pellegrini, **El País**, donde en 1901 aparece su primer artículo antiimperialista, intitulado “El peligro yanqui”. También entonces recepciona por primera vez la prédica socialista, a través de un Jaurés defensor de Dreyfus.⁹

De este modo, el joven Ugarte que se aproxima al socialismo, lo hace ya aquilatando, dada su inscripción en el campo literario

⁸ Colaboraron en la revista los amigos y compañeros de bohemia de Ugarte Belisario Roldán, Alberto Ghirardo, Alfredo L. Palacios y Manuel María Oliver. Con 28 números, la publicación fenecía por problemas económicos y escasez de público al cabo de un año. Galasso, Norberto, *op. cit.*, pp. 31-40. Sobre las peculiaridades de este grupo de escritores desde un punto de vista generacional y desde el de su relación con la élite político-económica dominante, en el marco de la profesionalización de la actividad literaria, v. Viñas, David, “De los *gentlemen*-escritores a la profesionalización de la literatura” en Viñas, David, *op. cit.*, pp. 229-271

⁹ Una referencia que ha sido explícitamente señalada como tan relevante por el propio Ugarte merecería una indagación que escapa a las dimensiones de este trabajo. Tomamos nota de ella para tenerla presente a la hora de examinar el sentido que adquiriría en Ugarte —al menos por entonces— el énfasis en la dimensión *nacional* de toda política socialista que se preciara de realista, así como su preferencia por las reivindicaciones inmediatas del programa del Partido Socialista argentino. Por último, vale notar que, como ha señalado José Aricó, la influencia de Jaurés habría sido importante también en otro socialista argentino, como es el caso de Juan B. Justo, paralelismo que se comprende no haya sido explorado desde la perspectiva que más se ocupó del pensamiento político de Ugarte, la de la *izquierda nacional*, constituida en base a la vituperación de los partidos socialista y comunista argentinos. Sobre este tema, puede verse Aricó, José, “La hipótesis de Justo” en Aricó, José, **La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina**. Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 90-91.

latinoamericano en gestación y su orientación antinorteamericana, ciertos elementos ideológicos que reenvían a algún tipo de imbricación con el modernismo literario. Si entre las posibles vertientes temáticas de este movimiento, en **La Revista literaria** ya se había expresado su rechazo a los motivos extranjerizantes, por su ubicación histórica Ugarte pertenecerá a un segundo momento de aquél, jalonado por la guerra de 1898 y la participación en ella de EE.UU.¹⁰

En efecto, si primeramente era la apertura a corrientes literarias no españolas lo que había dado el tono a esa reacción espiritualista a la crisis finisecular que fue el modernismo en Hispanoamérica, una vez actualizado el problema del expansionismo norteamericano tras la guerra de Cuba, pasarían, en cambio, a estar en el centro de la percepción de las transformaciones de la modernidad (así como en el del proyecto de unidad continental), la noción de amenaza de la influencia cultural norteamericana sobre la identidad hispanoamericana, en primer término, y la consiguiente revalorización y repliegue sobre la tradición hispánica, en el segundo.¹¹

Ambos tópicos modernistas están presentes en los escritos de Ugarte, quien aun rechazando otros como el del torremarfilismo o el desprecio a las masas, dada su elección por el “arte social” y la democracia en clave socialista, no dejará de compartir aspectos nodales que hacen a la autopercepción del escritor en la modernidad por parte de su generación.

Lo cierto es que estas cuestiones quedaban fuera del horizonte ideológico del Partido Socialista argentino. Desde el seno de esta organización, a un año del cambio de siglo, la noción que un socialista tenía de los *escritores* se podía encuadrar en una mirada binaria que oponía éstos a un *nosotros*, en los siguientes términos:

“*Los hombres de letras, es decir los que viven de la literatura, por regla general, pretenden ser tan originales que aguzan el ingenio, ó se entregan en alas de la fantasía para producir novedades, olvidando, que en la vida real, hay muchísima tela donde cortar.*”

“*Nosotros que no tenemos, ni remotamente la ridícula pretensión de ser escritores; aunque nos sobran deseos de emborronar cuartillas para llevar á cabo la divulgación de las ideas modernas, nos agrada esbozar, más o menos toscamente, las escenas que diariamente tenemos oportunidad de contemplar, convencidos, de que impresiona mucho más lo real, lo positivo, que lo artificial, aunque esté encubierto con ese artificio que, casi siempre, se convierte en convencionalismo de la realidad.*”¹²

10 Breves caracterizaciones del modernismo como movimiento literario se encuentran en Olalla, Marcos, op. cit. y Fernández Bravo, Álvaro, op. cit.

11 En el plano más estrictamente literario, puede verse el posicionamiento crítico de Ugarte respecto de los continuadores (de menor calidad) en América y España del simbolismo y el decadentismo francés, así como su inclinación al naturalismo y al “arte social” (esto último lo desarrollamos infra) en Ugarte, Manuel, “Literatura de droguería” idem, **El arte y la democracia (prosa de lucha)**. F. Sempere y Compañía, Editores, Valencia [1905], pp. 55-60

12 Patroni, Adrián, “Cinematógrafo social. Bellezas de la vida real” en **Almanaque socialista de La Vanguardia para 1900**, Cooperativa de Publicaciones, Buenos Aires, 1899, p. 37, cursivas nuestras.

Vemos perfilarse así, en las palabras de Adrián Patroni, la representación de dos identidades netamente diferenciadas desde el punto de vista de un socialista que brega por reafirmar la práctica literaria del partido —tributaria de un campo de lucha que la trasciende—, distinguiéndola de la que se comienza por percibir como legitimada en sí misma, la de la literatura como un campo diferenciado —y ajeno, aparentemente, a los intereses de la propaganda por el socialismo. Resulta interesante recuperar en este punto la precisión señalada por Altamirano y Sarlo respecto de las significaciones sociales que adquiría la nueva figura del *artista* en el contexto de emergencia de un campo intelectual autónomo: no se trataba sólo de la profesionalización del escritor en su dimensión económica y especializada —lo que de todos modos queda manifiesto en el párrafo citado— sino también de la constitución de una identidad social. Una identidad nueva que se definía no sólo en relación con ciertos temas ideológicos vigentes a propósito de las transformaciones sociales del fin de siglo argentino, sino también a partir de nuevas pautas de sociabilidad entre intelectuales, instancias de consagración emergentes, debates sobre la legitimidad de la práctica cultural y una reflexión sobre la propia actividad que aludía a la nueva función del escritor en la sociedad moderna y a su relación con esa realidad cambiante, dando lugar a lo que los autores denominan “ideologías de artista”.¹³

Ugarte y el arte social La construcción de una puerta de acceso del escritor a la sociedad

Retomando el punto anterior, la escritura crítica de Ugarte bregando por el “arte social” puede entenderse como uno de los movimientos emergentes de ese proceso de reflexión sobre la propia práctica literaria y sobre la legitimidad del arte que caracterizaron al momento de emergencia del escritor moderno en América Latina en su nueva función *escindida* de la sociedad; a la vez que puede pensarse como un intento de superar tal escisión.¹⁴

Así, al reconstruir décadas después el sentido que adquiría la escritura para la generación “vencida” del ‘900, Ugarte diferenciaba al *literato*, del *escritor* con un *hondo sentido de la vida*, con lo que se agregaba una distinción adicional a la que vimos esbozarse en el texto de Patroni entre literatura y sociedad (aunque allí la sociedad estuviera metonimizada en un *nosotros* los socialistas). Escribía en 1943 Ugarte:

“Con esta concepción de la responsabilidad del *escritor*, trajimos también —suprema desventura— un *hondo*

13 Cfr. Altamirano, Carlos, y Beatriz Sarlo, op. cit., particularmente, pp. 167-177. Su análisis retoma, desde el concepto de Bourdieu de campo intelectual, el estado de la cuestión planteado por D. Viñas en su ensayo sobre la crisis de la ciudad liberal en el plano de la cultura y en especial, cuando se refiere a la dependencia y ambigüedad en el vínculo con la elite a que estaban sometidos los escritores en contexto del proceso de profesionalización. Viñas, David, op. cit.

14 Además de los conceptos sugeridos por Altamirano y Sarlo, retomamos aquí algunas nociones acerca de la cuestión del surgimiento del escritor moderno en América Latina planteadas por Ramos, Julio, **Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX**. México, FCE, 1989, particularmente en pp. 55-66.

sentido de la vida. Al 'literato' le basta con la literatura. La carne hervida de sus lecturas la vuelve a sazonar. Manjar sin substancia, que manipula sin peligro. Pero es más grave salir del papel para entrar en la realidad y juzgarla ávidamente, con esa capacidad de emoción y de angustia por lo propio y por lo extraño que hay en el fondo de las almas sensibles, dotadas siempre de extraña capacidad para el dolor."¹⁵

Si la posesión de un *hondo sentido de la vida* determinaba en el escritor digno de llamarse tal la disposición a suturar la separación respecto de su medio, *saliendo del papel para entrar en la realidad* (y trascender de ese modo la inherente fragmentariedad de la vida moderna), tal programa tenía como premisa la autonomización previa del escritor. Esta autonomía, retomando la conceptualización de Julio Ramos, si había implicado una suerte de exclusión generada por la modernización, consiguientemente representaba la condición de posibilidad de la emergencia de una crítica *moderna*, es decir, de una crítica de la misma racionalización que segregaba la práctica literaria a los márgenes de la vida pública. Expresando ese tópico de la sensibilidad moderna, Ugarte no dudaba en afirmar que sólo un *alma sensible* (como la del escritor) podría tener acceso a un juicio comprensivo de la realidad.

En el prólogo a **El arte y la democracia**,¹⁶ el planteamiento de la escisión entre escritor y vida pública en los tiempos modernos aparece con la claridad de un urgente y contemporáneo problema a resolver:

"Enamorado de las letras, que son quizá mi razón de vida, pero enemigo del 'literatismo', entiendo que en nuestras épocas tumultuosas y febriles *el escritor no debe matar al ciudadano.*" [...]

"Si cada uno de nosotros se alejase de la plaza pública alegando sus tareas especiales, *¿en manos de quiénes abandonaríamos el alma de la nación?*"¹⁷

La prescripción de Ugarte para resolver el problema es clara: los escritores deben intervenir en la cosa pública y regresar de "las sombras" en las que se han recluso. Dada esta solución, resulta importante, entonces, pasar revista a las modalidades específicas que en el pensamiento ugartiano debía adquirir el mentado reingreso del escritor a la plaza pública.

15 Ugarte, Manuel, **Escritores iberoamericanos de 1900**. México, Ed. Vértice, 1947, pp. 10-11 [1ª ed. de 1943], cursivas nuestras.

16 Esta obra es una compilación de textos presentados por Ugarte como su "prosa de lucha" (por oposición a los "pasajes interiores del artista" revelados en otros "trozos literarios"), donde además de los textos que analizaremos aquí sobre el arte social y el socialismo se destaca una serie de escritos que pone en el centro de la percepción de la modernidad en la literatura la cuestión del nuevo mercado literario (para el caso de Francia); la oposición entre *arte verdadero* y *arte producido para vender*; y las exigencias que las nuevas condiciones, aún en el ámbito del primero, imponen a los escritores que pretenden permanecer en la atención del público. Cfr. Ugarte, Manuel, "El mundo literario en Francia" e ídem, "La ciudad envenenada" en Ugarte, Manuel, **El arte y la democracia**, op. cit., pp. 159-171 y pp. 193-207, respectivamente.

17 Ugarte, Manuel, **El arte y la democracia**, op. cit., pp. V-VI, cursivas nuestras.

En una respuesta a una recensión crítica de su libro **Visiones de España**, aparecido en 1904, Ugarte indicaba con un oportuno lenguaje de ribetes cristianos y mesiánicos —se lo había criticado por, entre otras cosas, antiespañol— la función que el escritor debía cumplir en la sociedad moderna:

"Al contacto de los entusiasmos, tiene que incendiarse también el alma vibrátil del escritor. Los odios, los deseos, los ideales de la multitud se le entran á pesar suyo por los poros del alma; la injusticia le arranca una imprecación (...) *cámbiase la pluma en ariete y se despierta el apóstol.*

"Algunos dicen que rebajamos nuestro ideal hasta ponerlo al nivel del mundo; la verdad es que nosotros soñamos con elevar el mundo hasta la altura de nuestro ideal. *No disminuimos el arte; lo desdoblamos, le damos una actuación histórica, le multiplicamos un público, lo hacemos director de vida* y, en contraposición á los tiempos de los reyes poetas, preparamos quizá el siglo del *poeta-rey.*"¹⁸

Como se deduce del fragmento, la democratización del arte reservaba al poeta el papel de profeta de su pueblo, en un mismo movimiento en el que ese nuevo lugar de enunciación se delimitaba respecto del del Estado.¹⁹ Unos años después, en un texto sobre el "arte social" escrito en París y que se publica en el **Almanaque socialista de La Vanguardia** cuando Ugarte ya es un destacado afiliado al Partido Socialista argentino, el tópico del escritor cuya misión es ser voz y guía de la multitud, reaparece con fuerza de programa a propósito de la polémica con los seguidores del artepurismo en América, anudándose también a una concepción del arte vinculado a la lucha por la transformación social:

"*Todo verdadero escritor es una montaña.* Desde su cumbre, coronada de sol y abofeteada por los vientos, se ve, se oye y se domina todo. Su obra refleja el borbollar de una generación, de una época y de una humanidad, con todas sus pasiones, sus iras y sus ternuras, enroscadas alrededor de un ideal vasto capaz de fascinar y retener á los hombres. Los que se refugian en detalles, en destrezas de estilo y en *rarezas enfermizas* son como los que, no pudiendo entrar al teatro, se contentan con sentarse á la puerta de él."²⁰

"Sería monstruoso establecer que el arte debe callar y someterse á los intereses que dominan en cada momento

18 Ugarte, Manuel, "La verdad y la literatura" en íbidem, p. 109, cursivas nuestras.

19 En efecto, el *poeta-rey* suponía una previa segregación del poeta del cuerpo político del "reino" o *república de las letras*, tal como los señala Julio Ramos en una de sus tesis centrales sobre los cambios que trae la modernidad en la redefinición de la relación entre escritores y Estado. Agradezco a Valeria Manzano la observación sobre la pertinencia de esta problemática como marco de análisis de este fragmento.

20 Ugarte, Manuel, "Las razones del 'arte social' (De un libro en prensa)", en "**La Vanguardia**". **Almanaque socialista para 1908**, Imprenta de Lotito y Barberis, Buenos Aires, 1907, pp. 7-8, cursivas nuestras. Para considerar la cuestión de qué público tenía en mente Ugarte al elaborar sus textos, es interesante tener en cuenta el dato señalado por N. Galasso de que este artículo fue enviado para su publicación originalmente a **La Nación**, donde fue rechazado. Galasso, Norberto, op. cit., pp. 150-153

histórico, cuando todo nos prueba que *desde los orígenes sólo se ha alimentado de rebeldías y anticipaciones*. Su espíritu malcontento, lastimado por la mediocridad, se ha refugiado siempre en las imaginaciones para el porvenir. De suerte que querer convertirlo, con pretexto de prescindencia, en lacayo atado al triunfo transitorio de determinada clase social, es poner el águila al servicio de una tortuga y desmentir la tradición gloriosa de la literatura de todos los tiempos.”²¹

La reivindicación del escritor como ciudadano comprometido con las pasiones de su tiempo conlleva a su vez una preocupación por reposicionar su figura en relación tanto en relación con el Estado como con la política, en un gesto que debe leerse más allá de la polémica contra el puro esteticismo en literatura.

“Más que una flamante modalidad literaria es, pues el *arte social una reacción contra las desviaciones de los últimos tiempos*, una vuelta hacia la normalidad y una tentativa para dignificar de nuevo la misión del escritor, que no debe ser un clown ó un equilibrista encargado de cosquillar la curiosidad ó sacudir los nervios enfermos de los poderosos, sino un maestro encargado de desplegar bandera, abrir rumbo, erigirse en guía y llevar á las multitudes hacia la altísima belleza que se confunde en los límites con la verdad. Porque ya hemos tenido oportunidad de decir que *la verdad es belleza en acción* y que las excelencias de la forma sólo alcanzan la pátina de eternidad cuando han sido puestas *al servicio de una superioridad moral indiscutible*. De suerte que los propósitos que nos guían (propósitos que han dado lugar á muchos comentarios é interpretaciones falsas) se pueden condensar sucintamente en pocas frases: a) *alejarse de la literatura á los enfermos y á los desequilibrados* que la desprestigian y devolver al templo (que no puede ser refugio de histéricos, malhechores, desclasificados y vagos) su dignidad primera; b) *restablecer el prestigio del escritor*, dándole algo de la austeridad y del encanto profético que fue su aureola en la antigüedad; c) *acabar con las especializaciones de los miniaturistas y suscitar en el poeta la visión vasta* que permite abarcar los conjuntos, haciendo del que escribe el unificador y el sintetizador (...) *ser algo así como la voz de nuestro tiempo*”.²²

Interpretamos que la proclamación del “arte social” permite a Ugarte legitimar un pasaje sin tropiezos de la reforma en un campo literario “decadente” a la reforma en el campo político-social. La práctica poética debe trascender, en su perspectiva, el ámbito estrictamente literario. De hecho, el arquetipo del escritor se propone en términos de un “pensar-hacer” (“pensar con los brazos”, en la metáfora del propio Ugarte²³), noción que, frente a la opción esteticista, postula *bajar* el ideal a la transformación de la realidad. Sin embargo, ese movimiento sólo puede darse como

consecuencia de uno anterior, que no es sino el restablecimiento del prestigio y la aureola profética del escritor, que la modernidad amenazaba con quebrantar.

Para concluir este apartado, retomando la hipótesis de que la brega por un “arte social” tal como lo entendía Ugarte fue un modo de construir para el escritor una puerta de acceso a la vida pública (un espacio de legitimación de su palabra), subrayaremos que la modalidad prevista de tal acceso conservó para el propio escritor un lugar privilegiado, *elevado*, desde el cual articular la voz y nombrar los deseos de la multitud. Y que, inadvertidamente, esa concepción del vínculo entre el escritor y las masas podía entrar en colisión con la noción que de sí mismo tenía el Partido Socialista (su dirigencia) en tanto representante legítimo de los intereses de los trabajadores.

En nuestra interpretación, tal conflicto no se expresaría abiertamente, sino sólo en los pliegues de una polémica dispuesta sobre un registro político-ideológico, en torno a la cuestión nacional y el imperialismo. Pero ése es tema que desarrollaremos más adelante. Siguiendo el hilo de los párrafos anteriores, analizaremos a continuación la afiliación de Ugarte al Partido Socialista bajo el supuesto de que ésta representó otra de las formas —además de la tratada en este apartado— en que fue concebida la realización de la máxima de *pensar haciendo*, en un intento por superar la alienación del escritor respecto de su medio a través de la incorporación al primer partido moderno de la Argentina.²⁴

Ugarte socialista ¿La voz de la multitud se integra al partido de los trabajadores?

De acuerdo a nuestra hipótesis de lectura, la distancia que media entre el tópico del escritor como *alma sensible y apóstol de la multitud*, por un lado, y la concepción del socialismo argentino que hacía del partido el mediador cultural por excelencia para la concientización de los trabajadores (en su autoorganización como clase),²⁵ por el otro, nos habla de una tensión entre dos concepciones diversas sobre cómo se autoriza (qué tipo de autoridad legítima) la enunciación del discurso político. Tensión sobre la que la palabra ugartiana estaría obligada a deslizarse a partir de la adscripción de Ugarte al Partido Socialista argentino.

Sugerimos que una suerte de *división del trabajo discursiva* (incluidos los silencios) entre las intervenciones directamente políticas y las referidas a la problemática del arte y la sociedad

24 Retrospectivamente, Ugarte recordaría que “José Ingenieros, Leopoldo Lugones y yo fuimos los primeros que dimos en Buenos Aires jerarquía intelectual a la idea socialista, los primeros que bajamos del cenáculo a la plaza pública para intervenir en el mitin. Hablo del 900, más bien antes que después, me refiero a una época en que los escritores se reclusaban en ‘torres de marfil’ y en que obrar de tal suerte parecía el mayor de los disparates...” Ugarte, Manuel, *Escritores iberoamericanos de 1900*, citado en Galasso, Norberto, op. cit., p. 115

25 Acerca de la centralidad otorgada al partido de los trabajadores por la concepción socialista de Justo, en aras de la modernización del país y de su sistema político, coinciden tanto Aricó, J, en *La hipótesis de Justo*, op. cit., p. 82, como Geli, Patricio y Leticia Prislei, “Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo” en *Entrepasados. Revista de historia*, Año III número 4-5, Buenos Aires, fines de 1993, pp. 33-35

21 Ibidem, p. 6

22 Ibidem, pp. 11-12, cursivas nuestras.

23 Ugarte, Manuel, “Literatura de droguería” en *El arte y la democracia*, op. cit., p. 58

—disimulado esto a su vez por la concepción *social* del arte, de rechazo al artempurismo y la previsible equiparación de ello a una posición socializante—, permitió a Ugarte desplazarse entre esas dos localizaciones disímiles de la autoridad legitimante del discurso político.

Ejemplo de ello se tiene en el texto en el que hace pública su profesión de fe socialista. En efecto, en la conferencia “Las ideas del siglo”, pronunciada en Buenos Aires en 1903, no se lee mención alguna respecto del papel específico del *artista* en tanto voz de relieve en su medio. Hay, en cambio, una representación de los *socialistas* donde se prolonga cierta metáfora *higienista-reformista* que ya vimos aparecer en los textos anteriores de crítica literaria y que ahora define a los partidarios del socialismo (entre los que se incluye) como *hombres sanos*, poseedores de una teoría científica que facilita el hallazgo de un remedio para los males sociales.²⁶ Puede leerse también cómo lo profético y lo sensible, otrora sobreestimados, quedan ahora en el polo negativo de la escala de valores que subyace a este texto, modificación que probablemente se relacione con la expectativa del destinatario del discurso, diferente al previsto en sus textos sobre literatura.

En otros sentidos la idea de socialismo desplegada en esta conferencia resulta homóloga, en sus líneas fundamentales —cientificismo, evolucionismo, gradualismo—, a la que sostenía el partido socialista argentino (al igual que los europeos) entonces.²⁷ Una concepción evolucionista que en Ugarte justificaba la viabilidad futura del socialismo por su existencia *en germen* en distintos elementos de la sociedad capitalista contemporánea: las cooperativas y los *trusts* eran prefiguraciones de la propiedad colectiva; otro tanto lo constituían las leyes de protección del trabajo y la intervención del Estado en Europa limitando el derecho de propiedad —ya bajo la forma de empresas de servicios, ya bajo la de aplicación de impuestos progresivos sobre la renta—. Todo ello debía integrarse, según la versión ugartiana del programa socialista, a una plataforma de reformas inmediatas y tangibles.²⁸

26 “Los socialistas de hoy no son enfermos de *sensibilidad*, no son dementes generosos, no son *iluminados* y *profetas* que predicán un ensueño que está en contradicción con la vida, sino *hombres sanos*, vigorosos y normales que han estudiado y leído mucho, que han desentrañado el mecanismo de las acciones humanas y conocen los *remedios* que corresponden á los males que nos aquejan”. Ugarte, Manuel, “Las ideas del siglo” en *El arte y la democracia*, op. cit., pp. 26-27, cursivas nuestras.

27 *Ibidem*, p. 38. Como señala Aricó —refiriéndose al ejemplo de la socialdemocracia alemana pero que podríamos extender a una suerte de sentido común de la cultura socialista de la época—, lo que llega a América Latina hacia el cambio de siglo es “su visión del marxismo como ideología del desarrollo y la modernización, en el interior de una insuprimible lucha de clases en la que el socialismo representaba el ‘partido del progreso’”. Aricó, José, op. cit., p. 41.

28 Ugarte, Manuel, “Las ideas del siglo” en *El arte y la democracia*, op. cit., pp. 30-37. En este sentido existía una total coincidencia con el programa del PS y con algunas de las ideas de su orientador, Juan B. Justo, como la de la ponderación de las cooperativas y del impuesto progresivo a la renta. Cfr. Geli, Patricio, y Leticia Prislei, op. cit., pp. 32-34. Sucesivas versiones del Programa del PS pueden verse en Oddone, Jacinto, *Historia del Socialismo Argentino*, Tomo I. Buenos Aires, La Vanguardia, 1934; y Oddone, Jacinto, *Historia del Socialismo Argentino/2*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

Paralelamente, el socialismo es concebido —en el mismo sentido que Jaurés— como culminación necesaria de la democracia política instaurada con el sufragio universal, como “comunismo económico” que era el último eslabón de un proceso paulatino de traspaso del poder de la minoría a la mayoría.²⁹

Siendo éstas las líneas principales del discurso con que Ugarte se afilia al partido —las que lo aproximan bastante a la cultura socialista de la época— puede hallarse, sin embargo, otro elemento que puede interpretarse como algo más que un mero recurso retórico. Creemos que tras la advertencia a los poderosos acerca del peligro que representaría una rebelión de los oprimidos de imprevisibles consecuencias, puede adivinarse el tópicos modernista de temor al desborde de las masas —incluida una suerte de animalización metafórica—, ante lo cual el socialismo aparece como el mal menor y, por cierto, tranquilizador:

“¡Oh! prudentes conservadores, ¡cuán revolucionarios sois á pesar vuestro! [...] cada vez que un nuevo atropello se añade á la serie de los ya cometidos, cada vez que hincáis con más fuerza las espuelas en los flancos del potro que creéis haber dominado para siempre, acercáis más y más el instante en que *la bestia maltratada sacudirá su indomable infortunio*. [...] Nadie puede prever cómo se consuman las sacudidas de la historia. [...] El acatamiento tiene sus límites, y cuando rompe las vallas, no hay nada que pueda detener el ímpetu de los torrentes.”

[...]

“El socialismo es el eje del siglo, porque sólo él está a igual distancia del egoísmo de los que poseen, y de los *arrebatos irreflexivos de los que desean*.”³⁰

Así, con la excepción de una única mención al final de esta conferencia, queda ausente del texto de Ugarte toda referencia a papel específico alguno del partido en la consecución del camino hacia el ideal de “justicia y solidaridad”. He aquí una opción retórica (la del silencio) que sugiere cuanto menos una huella sobre la que apoyar la interpretación que venimos desarrollando.

29 Ugarte, Manuel, “Las ideas del siglo” en *El arte y la democracia*, op. cit., p. 42.

30 *Ibidem*, pp. 40-41, cursivas nuestras. Una noción que opone a “la amenaza de una catastrófica revolución social” la más conveniente “perspectiva de una sana y progresiva evolución” también era esgrimida por Juan B. Justo en “El socialismo” (conferencia pronunciada el 17 de agosto de 1902) citado en Aricó, José, op. cit., p. 84. Aunque en el caso de éste, el partido adquiría una función insoslayable en tal proceso, como lo expresaría años más tarde en el homenaje que rindiera en la Cámara de Diputados al recientemente fallecido presidente Roque Sáenz Peña. Allí, con otro lenguaje, el peligro de una rebelión inorgánica de las masas era nuevamente subrayado aunque para realzar el papel del partido en su canalización: “...*si la lucha de clases es para nosotros una necesidad, no es un ideal. Se nos impone como un hecho. Su noción y su práctica nos vienen de la sociedad misma en que vivimos y nuestra actividad fundamental tiende a hacerla más humana, más conducente. Si ha de haber partidos, ¿qué partidos son más justificados que aquellos en que esté dividida la sociedad misma por sus leyes fundamentales?* Con nuestra actitud, aportando a la deliberación pública de los negocios de la Nación la opinión de la clase productora manual, de la clase productora por excelencia, contribuimos a que se solucionen los problemas nacionales en la mejor forma. *Estamos seguros de evitar así conflictos ciegos y destructivos en el seno de la sociedad en que vivimos.*” Cit. en Aricó, José, op. cit., p. 136, (subrayado del autor).

En ese sentido, la pública convergencia entre la dirigencia del PS y Ugarte en una concepción democrática y gradualista del acceso de las masas al socialismo, se suma como elemento para explicar —siguiendo nuestro argumento— que por varios años se pudiera desplazar el potencial de conflictividad latente entre dos instancias heterogéneas de autorización del discurso político (la del escritor y la del partido). Como adelantamos más arriba, podría especularse que la polémica en torno a la cuestión nacional y el imperialismo daría el motivo para el despliegue de esta tensión subyacente.

Volveremos sobre este punto al analizar el papel asignado a los intelectuales en **El porvenir de la América Española**, primera exposición sistemática del credo latinoamericanista de Ugarte. Recorreremos antes de llegar allí algunos avatares del camino previo a la elaboración de esta obra, para pasar luego a una breve consideración de sus temas, a partir de lo cual retomaremos el hilo del argumento central de este trabajo.

Socialista pero latinoamericano

Desde que Ugarte manifestara públicamente en Buenos Aires su adhesión al Partido Socialista argentino no pasaría siquiera un año hasta su regreso a Europa. En ese corto lapso participó activamente de la campaña electoral que convirtió a Alfredo Palacios en el primer diputado socialista de América Latina, y se comprometió a colaborar en la elaboración del Código Nacional de Trabajo proyectado por el gobierno de Roca, para lo cual debía viajar al viejo continente a recabar información sobre legislación social. La falta de aval por parte de la dirección partidaria a esa colaboración no fue óbice para que Ugarte fuera nombrado el 20 de marzo de 1904 como delegado argentino ante el Congreso de la Internacional Socialista en Amsterdam ese mismo año.³¹

De su paso por este Congreso, puede destacarse su negativa a pronunciarse en contra de la participación de los socialistas en un gobierno burgués, cuestión que ocupara el centro de los debates a propósito del caso francés, donde Ugarte coincidía con Jaurés en avalar el necesario carácter *nacional* de toda *táctica* política socialista.³² No tendría tiempo, en cambio, de participar de las comisiones sobre política colonial donde el holandés Van Kol, en su carácter de informante, argumentara la inevitabilidad del colonialismo en la moderna sociedad industrial y aún en el régimen socialista del futuro.³³ La confrontación con ese tipo de posturas, cuyo peso se vio incrementado en el Congreso de Stuttgart de 1907 al que asistiera nuevamente como delegado argentino, se expresaría en su intervención sobre la cuestión de “emigración e inmigración”, manifestándose contra las propues-

tas condenatorias y por una legislación internacional de protección a los trabajadores migrantes.³⁴

Si en el plano literario la vocación latinoamericanista de Ugarte se plasmaba en la aparición por esos años de la **Antología de la joven literatura hispanoamericana y Las nuevas tendencias literarias** —al tiempo que su casa en París era considerada como una suerte de “meca literaria” para los escritores de nuestro continente—,³⁵ entre las intervenciones en el campo político socialista se destacaría —como el propio escritor señalara tiempo después— la publicación en 1908, en **La Vanguardia**, de un artículo sobre socialismo y patria, que dejaría una estela polémica en un contexto de recepción sensibilizado por el debate Justo-Ferri.³⁶ En este texto, inscripto por su autor en la genealogía de la ruptura con el Partido Socialista argentino, la compatibilidad entre patria y socialismo se argumentaba, contra el internacionalismo abstracto que advirtiera en el Congreso de Stuttgart, a partir de una distinción entre un patriotismo atávico y otro moderno, y sobre todo, en base a la discriminación entre naciones débiles y naciones poderosas, que asimilaba a la oposición entre oprimidos y opresores al interior de las fronteras, y donde la solidaridad de los socialistas con las nacionalidades amenazadas aparecía como un imperativo:

“Pero hay otro *patriotismo superior, más conforme con los ideales modernos* y con la conciencia contemporánea. Y ese patriotismo es el que nos hace defender contra las intervenciones extranjeras la autonomía de la ciudad, de la provincia, del Estado, la libre disposición de nosotros mismos, el derecho de vivir y gobernarnos como mejor nos parezca. Y en ese punto todos los socialistas tienen que estar de acuerdo para simpatizar con el Transwal cuando se encabrita bajo la arremetida de Inglaterra, para aprobar a los árabes cuando se debaten por rechazar la invasión de Francia, para admirar a la Polonia cuando, después del reparto, tienden a reunir sus fragmentos en un grito admirable de dignidad y para defender a la América latina si el imperialismo anglosajón se desencadena mañana sobre ella. Todos los socialistas tienen que estar de acuerdo, porque *si alguno admitiera en el orden internacional el sacrificio del pequeño al grande, justificaría en el orden social la sumisión del proletario al capitalista*, la opresión de los poderosos sobre los que no pueden defenderse.”³⁷

En el transcurso de la polémica que así se iniciaba —ironías mediante desde el órgano del PS sobre la concepción latinoamericana-

31 Galasso, Norberto, op. cit., pp. 125-130.

32 Ibidem, pp. 133-137.

33 Van Kol, H., “Sobre la política colonial” en Calwer, R., Kautsky, Karl et. al., **La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial**. Segunda Parte, Cuadernos de Pasado y Presente 74, México, 1978, pp. 22-38. El informe de las actividades de Ugarte en el Congreso de Amsterdam puede verse en el **Almanaque del Trabajo para 1924**.

34 Galasso, Norberto, op. cit., pp. 161-165. Este autor ve en estas intervenciones en Europa una manifestación de la asunción, por parte de Ugarte, de la especificidad latinoamericana respecto de la política de los países europeos y de EE.UU. (y de la necesaria táctica nacional que debía tener el partido).

35 Ibidem, pp. 164-169

36 Sobre los términos de este debate pueden verse las obras citadas de Aricó, Geli y Prislei, y también Galasso.

37 “La cuestión patria” en **Manuel Ugarte y el Partido Socialista. Documentos recopilados por un argentino**, Barcelona, Unión Editorial Hispano-Americana, 1914, pp. 25-26, cursivas nuestras.



nista de su último libro—, y en la que se agregaban otros acontecimientos como la anexión de Puerto Rico por EE. UU., Ugarte fue desplegando una serie de temas y argumentos que encontrarían una sistematización y un marco de exposición integral con la publicación de **El porvenir de la América Española** en 1910.

El suelo histórico de un programa El porvenir de la América Española en su época

En una inicial aproximación a la obra de Ugarte donde aparece por primera vez el programa de la unidad de América Latina en forma sistemática, resulta importante precisar el análisis de los términos particulares en que se expresa ese programa en 1910, teniendo en cuenta el horizonte ideológico del cual es tributaria y con el que dialoga la obra, y sin forzar la interpretación de su contenido de acuerdo a una supuesta esencia latinoamericanista y antiimperialista al margen de su tiempo.³⁸

En ese sentido, lo primero que podría llamar la atención es el título de la primera edición de este ensayo, que a diferencia del más popular de las segunda y tercera, define explícitamente con relación a España la identidad de las repúblicas del subcontinente. Pero no se trata sólo del *detalle* del título. Un profundo hispanismo da el tono general a esta obra que evidentemente no sólo comparte el género con otros ensayos sociológicos de la época, sino también motivos y preocupaciones, como los del porvenir de la *raza* de los americanos, o la revalorización de la tradición hispánica, en un contexto signado en Argentina por la inmigración masiva y las transformaciones socioculturales a que daba lugar la peculiar vinculación del país al sistema capitalista mundial.³⁹

En efecto, desde la amortiguada responsabilidad de España en la brutal conquista del continente una vez que aquélla es diluida en el conjunto de Europa, hasta la ponderación del inmigrante español en el siglo XX como el *tipo* mejor asimilable por el núcleo esencial de la *raza* blanca, de origen hispano, pasando por la reinterpretación de las revoluciones de independencia no como una lucha entre criollos y peninsulares sino como parte de la revolución democrática española en la que pugnaban ideas liberales y reaccionarias,⁴⁰ una pléyade de argumentos de diversa índole tienden en **El porvenir de la América Española** a apuntalar

38 No pretendemos agotar aquí el tratamiento de la totalidad de los temas presentes en **El porvenir...** Hemos elegido, en cambio, enfatizar la revisión de los tópicos que acercan la obra de Ugarte a temas y argumentos del pensamiento contemporáneo, por considerar que sus aspectos originales y distintivos son generalmente más conocidos y los primeros, por el contrario, subestimados.

39 La cuestión de la “buena mezcla” —y de sus componentes— en la cristalización futura de la *raza* americana aparece en **El porvenir de la América Española** sucesivamente en los capítulos sobre “Los Indios”, “Los españoles”, “Los mestizos” y “La raza del porvenir”. Sobre este tema de crucial debate para los intelectuales argentinos de la época puede verse Terán, Oscar, “Ernesto Quesada: sociología y modernidad” en Terán, Oscar, **Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”**, Buenos Aires, FCE, 2000, particularmente, pp. 223-232.

40 “No nos levantamos contra España, sino contra el grupo retardatario que en uno y otro hemisferio nos impedía vivir”, Ugarte, Manuel, **El porvenir de América Latina**, op. cit., p. 29

la construcción de la identidad latinoamericana en una estrecha filiación simbólica, histórica y moral con España.

“Todo lo que tienda a romper la cadena se traduce en *desmigajamiento*. Por eso es por lo que, aun después de la Revolución, tenemos que considerarnos como parte misma de España, cuya personalidad moral, rehecha por el clima y las inmigraciones, aspiramos a prolongar *triumfalmente* en el mundo. *No datamos de 1810*; somos hijos de una elaboración larga y difícil que arranca de las tinieblas, seleccionando matices a través de siglos y transformaciones sucesivas...”⁴¹

Ahora bien, si es cierto que la comunidad de lengua, origen e historia, resumida en la ligazón con España, resulta un determinante básico de la nueva nacionalidad continental por la que apuesta Ugarte, la originalidad de su planteo reside en la combinación de ese argumento tradicional de la definición de la nacionalidad, con la razón política de su urgencia frente a la amenaza del “peligro yanqui”, dada la inferioridad de cada república aislada.⁴²

Así, la operación política presente en la apuesta por actualizar el contenido histórico latente del concepto de *América española*, es totalmente explícito (el peligro de ser fagocitada por el gigante del norte), aun cuando al mismo tiempo se apele al peso de la historia para justificar tal operación, historia de la que por otra parte pueden subestimarse como “meros convencionalismos” las demarcaciones nacionales cristalizadas durante el siglo XIX.

En ese sentido, la formulación ugartiana del programa de unidad hispanoamericana tiene a su favor el hecho de dar cuenta del carácter ambiguo, de proceso inconcluso y en permanente reconstitución de ese conglomerado de repúblicas que posibilita el concepto de *América Latina*.⁴³ Por otra parte, Ugarte no representa una excepción al conjunto del pensamiento socialista sobre América Latina (y de más allá del espectro político), en lo que hace a la aproximación al modelo europeo y norteamericano como parámetro básico de las reflexiones sobre el posible porvenir del subcontinente. La advertencia acerca del expansionismo del país del Norte y la convocatoria a la unidad de Hispanoamérica descansaban en lo que no era sino admiración por el progreso norteamericano del cual se intentaba extraer una enseñanza en cuanto a la fórmula política de su éxito.

“Los sudamericanos [...] no pueden dejar de ver con recelo la fantástica prosperidad de un país que al ensanchar su acción no hará, después de todo, más que conformarse a una exigencia de su crecimiento y sus victorias”.⁴⁴

41 *Ibidem*, p. 12

42 *Ibidem*, capítulo 10 y ss.

43 Sobre la problematización de la categoría de América Latina pueden verse las esclarecedoras y sintéticas reflexiones Aricó en la introducción a “La hipótesis de Justo”, titulada “América Latina como unidad problemática”, en **La hipótesis de Justo**, op. cit., pp. 17-25.

44 Ugarte, Manuel, **El porvenir...**, op. cit., p. 52.

“Contemplamos el mapa de América. Lo que primero salta a los ojos es el contraste entre la unidad de los anglosajones reunidos con toda la autonomía que implica un régimen eminentemente federal, bajo una sola bandera, en una nación única, y el desmigajamiento de los latinos, fraccionados en veinte naciones, unas veces indiferentes entre sí y otras hostiles.”

[...]

“Lo que ... ha facilitado [el progreso inverosímil distintivo de EEUU] es la unión de las trece jurisdicciones coloniales [...] que estaban lejos de presentar la homogeneidad que advertimos entre las que se separaron de España. Este es el punto de arranque de la superioridad anglosajona en el nuevo mundo.”⁴⁵

Para terminar con este sumario repaso de los elementos ideológicos epocales que nutrían el programa de Ugarte, puede señalarse que junto a un fuerte hispanismo y una preocupación por la identidad cultural de las repúblicas,⁴⁶ coexistía a la vez una clara ponderación de la función cumplida a su tiempo por la literatura y cultura francesas en la elaboración de una literatura y unas ideas continentales —particularmente como barrera cultural ante la difusión de la cultura yanqui—, al tiempo que persistía un cierto imaginario civilización / barbarie en la expectativa de progreso con que se rodeaba la figura del inmigrante, y una general coincidencia con la tradición liberal decimonónica en la concepción de la inherente plasticidad de las sociedades locales.⁴⁷ Por último, el inadvertido carácter problemático del imperialismo británico en el Cono Sur, en el marco de la mentada necesidad de un vínculo con las potencias europeas que hiciera de contrapeso al expansionismo norteamericano, no era el menos importante de los temas que conformaban el horizonte ideológico del que Ugarte difícilmente podría escapar en 1910.⁴⁸

¿Quién nombrará el porvenir de América? Sobre el papel de los intelectuales

En este apartado nos detendremos a analizar el tipo de sujeto que Ugarte pone en el centro de la realización de su programa latinoamericanista y antiimperialista, con miras a reforzar, retomando el hilo principal de este trabajo, nuestro argumento acerca de la divergencia que entre el escritor y el Partido Socialista subyacía primero latente, para estallar luego abiertamente, respecto de la autoridad legitimante del discurso político (y quizá también

—agregaremos aquí— respecto del sujeto de las transformaciones políticas deseadas).

En **El porvenir de la América Española** no son sino los *jóvenes escritores e intelectuales* quienes tienen asignado un lugar preponderante en el apuntalamiento de la identidad latinoamericana.

“¿Es necesario recordar que las únicas relaciones útiles que existen entre ciertas repúblicas fueron iniciadas por escritores que simpatizaron y se escribieron sin conocerse? Algunas revistas de la gente joven han sido, en estos últimos tiempos, el foco fraternal donde se reúne en la persona de sus más altos representantes el Parlamento de la raza. Los poetas han hecho en realidad hasta ahora por la unión mucho más que las autoridades. Y a ellos les corresponde seguir fecundando el porvenir.”⁴⁹

Y si la Patria Grande es para Ugarte ya una “confederación moral”, su más alta expresión recae en una literatura que se concibe unitaria a escala continental.

“Desde el punto de vista moral formamos ya un bloque seguro. ¿Qué diferencia hay entre la literatura chilena y la uruguaya, entre la de Venezuela y la del Perú? Con leves matices, se advierte de Norte a Sur un solo espíritu.”⁵⁰

A continuación, sin embargo, se ve cómo la legitimidad de la obra forjada en el campo literario no queda circunscripta en los límites de éste sino que se extiende y desplaza hacia otro campo, el de la intervención política, a través de la capacidad que los escritores revelan de diagnosticar los “males” de la región y de proponer sus posibles soluciones.⁵¹ Se lee así que

“[...] en el desorden de los veinte países simpatizantes o enemigos, prósperos o ahogados por césares que succumben a las revoluciones en incesantes luchas de primacía, empiezan a surgir intelectuales que se esfuerzan por transformar el medio que los oprime.

[...]

[El intelectual] Comienza por luchar contra la fuerza inmediata que le subyuga y concluye por descubrir el encadenamiento de las cosas y por combatir más o menos teóricamente toda la organización social. Esto explica que la mayoría de los jóvenes escritores de la América Española sean revolucionarios en el sentido más elevado de la palabra. Del choque de los espíritus superiores con

45 Ibidem, p. 61.

46 Ambos temas son analizados en detalle como tópicos de la época del Centenario para el caso argentino en Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo, op. cit.

47 Cfr. Ugarte, Manuel, **El porvenir...**, op. cit., caps. 9 y 1, respectivamente. De todos modos la revalorización del componente indígena y mestizo en la raza del porvenir, junto a la reivindicación de Rosas y Artigas como expresión de la rebelión de las multitudes contra las elites en la estela de la Revolución Francesa (camino analítico también explorado y luego abandonado por Justo) suponían importantes cambios respecto de los tópicos liberales del siglo XIX.

48 Ibidem, caps. 15 y 16.

49 Ugarte, Manuel, **El porvenir...**, op. cit., p. 102

50 Ibidem, p. 116

51 Entre las “costumbres políticas” a desterrar se subraya, junto al remanido personalismo, la disociación entre unas constituciones liberales teóricamente de avanzada y prácticas políticas autoritarias y fraudulentas, lo que vendría a ser resuelto por la incorporación de las masas inmigrantes en el sistema político, solución que de Sarmiento a Justo, con sus diferencias mediante, cifraba el pasaje a la república verdadera. Paradójicamente, el rol atribuido a los intelectuales en tal proceso por parte de Ugarte podría asemejar su postura más al primero que al segundo. Sobre este punto, cfr. *ibidem*, caps. 21 y 22.

los espíritus menos cultos ha surgido quizá la visión de la injusticia.”⁵²

Aquí Ugarte construye un *continuum* de acción que parte desde la percepción de la nueva exclusión del escritor moderno en Latinoamérica (quien a la vez que denuncia su *injusta* situación marginal se reafirma en su autonomía), hasta llegar a la revelación de y la lucha contra la opresión social general.

“Por los puertos entra en forma de libro y de periódico el porvenir y el presente del pensamiento universal. Y al influjo de una literatura nacida bajo la influencia de la francesa, empieza a formarse, inseguro y flotante aún, un gran núcleo de hombres independientes que se levantan contra las costumbres actuales. Unos se inscriben en los partidos extremos. Otros conservan su libertad de acción. Pero todos forman una montaña donde se codea lo más sano de cada país.”⁵³

Es el lugar de la *independencia*, ese margen desde el que se inclina y se vuelve hacia la vida pública el escritor en la modernidad el que aparece como soporte de la legitimidad de su palabra política, ya para un programa de reforma social, ya para el de unidad continental. Como sostiene J. Ramos en referencia al ensayismo latinoamericano del ‘900, “mediante el concepto de la cultura —matriz del latinoamericanismo— los ensayistas logran ampliar el horizonte de la autoridad estética, llevando la crítica del arte contra la modernización al centro mismo de los debates políticos y apelando —más allá del reducido campo literario— a zonas del poder cuya relación con el proyecto modernizador se había problematizado.”⁵⁴

En efecto, y siguiendo al mismo autor, en América Latina el reclamo de la literatura de su autonomía respecto del poder económico habilitó su transformación en un dispositivo central del antiimperialismo, “definiendo el ‘ser’ latinoamericano por oposición a la modernidad de ellos’: EUA o Inglaterra”.⁵⁵

En ese sentido, lejos del tópico de la emancipación de los trabajadores por los trabajadores mismos a través de sus propias organizaciones, idea medular del discurso político socialista, el programa de Ugarte para la unidad latinoamericana —parte indisociable en su sistema de pensamiento de la reforma social de las repúblicas— tiene, mucho más imbuido de arielismo, un sujeto bifronte cuyas caras son la juventud y los intelectuales.

La divergencia con el Partido Socialista respecto del Sujeto de las transformaciones de estas repúblicas, sumado a la existencia de dos instancias disímiles de legitimación de la voz pública (el escritor moderno, el partido) son las cuestiones que según nuestra interpretación están en la base de ulteriores diferencias que mantendría Ugarte con la dirigencia del Partido Socialista y que se expresarían en opciones y alternativas políticas distintas tomadas ante sucesivas coyunturas. Incluso ya en el programa

esbozado en 1910, el internacionalismo se aplaza para cierto futuro de utopía... imponiéndose la opción por la comunidad étnica e histórica frente al peligro del panamericanismo.⁵⁶

En correspondencia con lo anterior, el reclamo por un “arte nacional” como parte de la consolidación de una identidad latinoamericana no viene sino a confirmar la centralidad de los escritores-intelectuales a la hora de modelar una nacionalidad aún inorgánica,⁵⁷ aun cuando la tarea de éstos se presenta en términos de expresión e intermediación, de dar *forma* a un “pensamiento del pueblo” preexistente.

“...lo que la patria en gestación está pidiendo son hombres que *olviden* y que *vean*: que olviden las formas extrañas de la cultura cuyo jugo se han asimilado ya y que observen los horizontes claros y los matices inéditos que les brinda nuestra América.

“Esta es la obra que, acometida en parte por la juventud de hoy, será completada acaso por las generaciones últimas. Un gran conjunto vigoroso está pidiendo una expresión artística que sea como la confirmación de su alma autónoma.”⁵⁸

Sólo ciertos espíritus son capaces de ver los trazos con los que se perfila ya en su inmanencia el *alma* de América. Aquí está funcionando un par axiológico que opone al polo positivo de los *que ven* con el polo negativo de *los que recuerdan* —y copian, agregamos— (el burócrata, el académico), lo cual reenvía al tema del posicionamiento del sujeto literario que en su emergencia en la modernidad se autoadjudica una legitimidad para *decir el ser latinoamericano* en detrimento de otros emergentes del mundo moderno, como el experto o el funcionario.⁵⁹

El arielismo y el antipositivismo se expresan aquí a través de una preocupación por una “cultura nacional”, *nacional-latinoamericana*, rasgo que Ugarte comparte con la generación de escritores del ‘900.⁶⁰ De ahí que la necesidad de dar voz a esa “colectividad naciente” a nivel del subcontinente, a la vez que legitima la función del poeta en la sociedad supone un énfasis en la “preocupación localista”, dándole fisonomía a una literatura que pueda reclamar la atención del mundo y que también logre salir de la confusión entre lo “nacional” y lo “gauchesco”.⁶¹

Sumergido en la revelación de lo autóctono, el escritor latinoamericano es presentado como nada menos que “una voz que

56 Cfr. *El porvenir...*, op. cit., p. 110

57 América Latina encuentra alguna de sus definiciones por Ugarte como una “masa en fusión que no ha cuajado todavía”. *Ibidem*, p. 121

58 *Ibidem*, p. 149.

59 Sugerimos a partir de este punto que ciertas modulaciones del pensamiento ugartiano parecen cobrar sentido más en relación con los procesos y clima de ideas finiseculares que con los que se abren en el Centenario.

60 Viñas, David, op. cit., p. 272

61 En este punto como en muchos otros de los temas que toca Ugarte, como el del papel de las distintas *razas* en el porvenir de cada país latinoamericano, el escritor suele incurrir en un deslizamiento por el cual, si bien se refiere a América Latina, el referente empírico de sus reflexiones no deja de ser Argentina.

52 *Ibidem*, p. 131

53 *Ibidem*, pp. 131-132

54 Ramos, Julio, op. cit., p. 217

55 Ramos, Julio, op. cit., pp. 55-56.

sale de la multitud”,⁶² confundido con ella a la vez que legitimado en su escisión por su papel de portavoz. No sino de este modo, nombrando a América Latina, el escritor hallaba su relocalización y reintegración anheladas en el medio social moderno. De la distancia entre esta modalidad de autorización discursiva y la considerada legítima en el campo socialista argentino darían cuenta los conflictos por venir entre Ugarte y la dirigencia del partido de Juan B. Justo.⁶³

El escritor y las masas: del discurso antiimperialista a la campaña latinoamericana como forma de militancia

De acuerdo a lo que venimos argumentando, el binomio escritor / multitud no coincide exactamente con el par partido / trabajadores que en el discurso socialista articula la identidad del sujeto de la transformación social. Incluso más allá de esta cuestión, en **El porvenir...** toda apelación al socialismo es absolutamente larvada y más aún, se elimina toda noción de lucha de clases como vertebradora de la dinámica social en pos de la reciprocidad entre capital y trabajo.⁶⁴ Por lo demás, en lo que hace a la concepción antiimperialista de la obra, resulta elocuente la recepción poco calurosa que prodigó **La Vanguardia** a la publicación del libro, al que una reseña crítica tildó de “proclama alarmista” afirmando que el peligro yanqui “no existe”, sin dejar de aprovechar la oportunidad de señalar los beneficios de la intervención norteamericana en Centroamérica.⁶⁵

Lo que intentamos mostrar en el apartado anterior es cómo a través de una retórica focalizada en el llamado a erigir una identidad *nacional-latinoamericana*, Ugarte construyó para el escritor de la región un sitio privilegiado en la consecución de tal tarea.

Ahora bien, nuestra hipótesis sugiere que tal operación discursiva resultó finalmente una plataforma desde la cual sustentar no sólo un conjunto de contenidos ideológicos sino también unas formas alternativas (a la del Partido Socialista) de legitimación del discurso y de su singular práctica militante, que secundarizaba la actividad partidaria y colectiva: nos referimos a la gira que Ugarte realizó a lo largo de América Latina por casi dos años. Aquí el orador, descollando por su elocuencia y prestigio de escritor, cumplía el anhelo de relacionarse *directamente* —sin otras mediaciones organizativas— con los pueblos del subcontinente.⁶⁶

62 Así resume Ugarte el propósito de **El porvenir de la América Española**.

63 Para un tratamiento en profundidad de la relación entre los escritores latinoamericanos y la constitución de una idea de *América Latina* en un período distinto al tratado aquí, el de los años sesenta/setenta del siglo XX, puede verse Gilman, Claudia, **Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003

64 Cfr. **El porvenir...**, p. 145

65 Citado en Galasso, Norberto, op. cit., pp. 190-195

66 Según recordaría él mismo más tarde, su deseo era “entrar en contacto con cada una de las repúblicas cuya causa había defendido en bloque, conocerlas directamente, observar de cerca su verdadera situación [...] Lo que más me interesaba descubrir era el estado de espíritu de la enorme zona y su disposición para la vida independiente, procediendo a lo que podríamos llamar un sondeo del alma colectiva...”. Ugarte, Manuel, **El destino de un continente**, Bs. As., Ediciones de la Patria Grande, 1962, pp. 42-44, citado en Galasso, Norberto, op. cit., p. 197

En efecto, el 29 de octubre de 1911 Manuel Ugarte da comienzo a un largo viaje que lo llevaría a recorrer las distintas regiones de la “Patria Grande” hasta mediados de 1913. A través de aquél, su mensaje latinoamericano y antiimperialista es escuchado en actos masivos a lo largo de países como Cuba, México, Honduras, El Salvador, Costa Rica, Panamá, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Uruguay, Paraguay, Brasil, y hasta en Nueva York, EE.UU. La repercusión de la gira puede medirse —además del registro en numerosos periódicos del subcontinente— en la proliferación de centros y asociaciones latinoamericanos organizados en los lugares que visitó... “¡Somos indios, somos españoles, somos latinos, somos negros, pero somos lo que somos y no queremos ser otra cosa!”⁶⁷ y “¡La América Latina para los latinoamericanos!”⁶⁸ ... representan algunas de las tantas arengas pronunciadas que dieron el tono a la gira antiimperialista de Ugarte ante multitudes que en ocasiones superaban las 15.000 personas. El encuentro del escritor con las masas cobraba realidad, *más allá del papel*.

La excepción a la gran acogida de público y de la prensa que tuvo Ugarte en los distintos países del continente fue paradójicamente la de su propio país, Argentina, donde los diarios locales, incluido **La Vanguardia**, omitieron mayores referencias a su campaña hispanoamericana.

La polémica que lo enfrentaría un mes después de su retorno al país, en junio de 1913, al órgano partidario —donde se lo acusaría de “desviación nacionalista” y que detonaría su ruptura con el PS— se convierte, así, en el epílogo anunciado luego de tantas “desafinaciones”.

La ruptura con el PS

Desde julio hasta noviembre de 1913 se entabló a partir de la publicación de una nota sobre Colombia en **La Vanguardia** una fuerte polémica que terminó por detonar la salida de Ugarte del Partido Socialista, en la que se cruzaron distintos tipos de argumentos que confluían sin embargo en el eje de la cuestión nacional.⁶⁹ Tal vez resulte un dato interesante para entender el por qué de la crispación alrededor de un tema que desde tiempo atrás diferenciaba las posiciones de Ugarte de las del partido, el hecho de que era ese mismo año el que asistía a la condensación en el campo político y cultural argentino de operaciones tendientes a forjar un mito de identidad nacional de matices épicos en torno a la “transfiguración mitológica del gaucho”.⁷⁰

67 Ugarte, Manuel, Discurso en Asociación de estudiantes de Caracas, Venezuela, 13-10-1912, AGN, citado en Galasso, Norberto, op. cit., p. 217

68 Frase pronunciada en la conferencia del Teatro Edén de Guayaquil, Ecuador, el 19 de enero de 1913, cit. en **Fray Gerundio** de Ecuador, 20-1-1913, AGN, citado a su vez en Galasso, Norberto, op. cit., p. 217

69 La serie de artículos, respuestas y contrarrespuestas en que se desplegó la controversia, así como los documentos que dan cuenta de la expulsión de Ugarte del PS y su manifiesto al respecto se encuentran compilados en **Manuel Ugarte y el Partido Socialista**, op. cit., pp. 27-118

70 Durante 1913 se concentraron las conferencias de Lugones en el Teatro Odeón luego compiladas en **El payador**, la inauguración por Ricardo Rojas de la Cátedra de Historia de la Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y



La impugnación de Ugarte a una nota en que **La Vanguardia** denostaba el carácter “civilizado” de Colombia y auguraba su “progreso” por la influencia de Panamá —sustraída y dominada por Estados Unidos—, dio lugar a acusaciones que ubicaban a aquél como defensor de las oligarquías latinoamericanas por su ataque al imperialismo yanqui, y que minimizaban a este último como “espantajo”.

En su respuesta publicada fuera ya de la prensa socialista, en **La Nación** del 27-VII-1913, tras criticar las generalizaciones sobre los países latinoamericanos en que incurre el partido y definir el “antipatriotismo” como una “llaga más o menos oculta” de esta organización, Ugarte avanza un paso más hasta poner en duda la representatividad de la “minoría imperiosa” que lo acosa. Ahora bien, junto a estos argumentos asoman otros, de otro tipo, que reenvían a nuestro argumento sobre la diversidad de matrices ideológicas y discursivas que distinguían a Ugarte del PS.

“En una reunión del comité ejecutivo en que se me dijo (textual) que una carne con cuero era preferible a la bandera, contesté que la independencia argentina, y la de América, no se había hecho con una carne con cuero clavada en la punta de una lanza, sino con nuestros colores gloriosos y respetados, ante los cuales me inclino.”⁷¹

Frente al reconocimiento de la importancia de los símbolos en las motivaciones que impulsan a los pueblos a la acción política, se responde en **La Vanguardia** con una vulgar reducción del materialismo histórico a *necesidades fisiológicas*:

“Afirmar que la ‘independencia argentina y la de América no se había hecho con una carne con cuero clavada en la punta de una lanza, sino con nuestros colores gloriosos y respetados’, es ignorar la interpretación materialista de la historia, desconociendo la importancia fundamental de este único alimento en aquel entonces, con el cual se alimentaban los heroicos soldados de la independencia.”⁷²

Al ratificar su discrepancia con tal punto de vista, en su respuesta del 30-VII-1913 Ugarte apuntaba a la existencia de una diferencia básica de concepciones:

“...fue la afirmación fundamental, con la cual he chocado tantas veces en mis divergencias con los mismos hombres, de que las cosas tangibles priman sobre las cosas del sentimiento. La famosa concepción materialista de la historia, pasada de moda ya, como lo prueba el hecho de que Jaurés, al hacer su **Historia Socialista**, ha tenido en cuenta, de acuerdo con la verdadera concepción ecléctica de la vida, no sólo los factores materiales, sino también los ideológicos.”⁷³

la controversia a partir de la encuesta sobre el **Martín Fierro** en la revista **Nosotros**. Cfr. Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo, op. cit., pp. 186-188

71 Manuel Ugarte y el Partido Socialista, op. cit., p. 38

72 Ibidem, p. 43.

73 Ibidem, p. 49.

Con la claridad que instala el fragor de la polémica, emergen aquí en forma explícita los contenidos de divergencias ideológicas profundas que, como señalamos anteriormente, remiten a la específica inscripción de Ugarte en el campo literario del modernismo latinoamericano y en el más general de la cultura antipositivista y espiritualista que distinguió a cierta constelación de intelectuales de la primera década del siglo XX, los escritores del ‘900.

Esto se refuerza cuando en los primeros pasos de la polémica, tras denunciar la intención de fondo de provocar su renuncia al partido, el propio Ugarte subrayaba su singular emplazamiento en la organización del socialismo argentino:

“He venido al socialismo hecho ya, trayéndole mi nombre de escritor, sin pedirle nada en cambio, llegando a renunciar a las situaciones que me ofrecía, mientras otros, a veces con bagaje precario, se hacían una plataforma del grupo y llegaban a situaciones que sin él no hubieran alcanzado nunca.

“He hecho, pagado de mi peculio, un *viaje desinteresado y lírico* que algunos de los que me hostilizan no se hubieran resuelto a realizar por los gastos que ocasiona y los peligros que entraña. Y la ofuscación singular en que han caído algunos hombres, creyendo haber creado doctrina cuando no han hecho más que trasladar en prosa lineal, lo que desde hace largos años se viene publicando en Europa, no puede impedirles comprender que hasta desde el punto de vista de los intereses personales, *el socialismo no es para mí la tabla que me sostiene. Puedo flotar con mis propios medios*, pero mi convicción me ha llevado hacia esa corriente filosófica y en ella quiero mantenerme...”⁷⁴

Por su parte **La Vanguardia** apuntaba directo a su naturaleza de *poeta* a la hora de inferir las motivaciones que habría tenido Ugarte para suscitar un conflicto en el Partido, citando a Heine: “El hombre es el más vanidoso de los animales, y el poeta es el más vanidoso de los hombres.”⁷⁵ Como venimos adelantando, reaparece aquí con fuerza, ahora en el centro del conflicto, la figura del *Escritor*: Ugarte se encarga de enfatizar que es en ese *locus* autorizante donde reside su plataforma principal, siendo que así *hecho* llegó al partido, al que no necesita para refrendar su voz. La referencia al *viaje desinteresado y lírico* va en el sentido del nuestro argumento sobre la estrecha imbricación entre una concepción político-ideológica de fondo y la elección de una forma peculiar de militancia.

Por otra parte, la crítica a la copia de lo europeo, que en el transcurso de la polémica se reitera en forma ampliada, nos remite a aquella distinción entre *los que ven* y *los que recuerdan* que en **El porvenir...** Ugarte aplicaba entre sabios, por un lado, y burócratas/académicos, por el otro, para legitimar la necesidad de los primeros (entre los que presumiblemente se incluiría) en la tarea de forjar la cultura latinoamericana.⁷⁶

74 Ibidem, pp. 38-39. Cursivas nuestras.

75 Respuesta de **La Vanguardia** del 29-VII-1913 en ibidem, p. 45

76 Véase supra, p. 17.

En el “Manifiesto” del 20-XI-1913, epílogo final de la controversia en el que Ugarte interpreta las razones que llevaron a su expulsión del partido, éste vuelve sobre el tema de la *copia* a propósito del programa partidario de reformas económicas que —entiende— no puede basarse en la noción de socialización de los medios de producción gestada en el contexto del socialismo europeo:

“La renovación que se espera no será obra de los caudillos de plaza pública, ni de los doctrinarios de cenáculo, sino de los seres observadores que sepan auscultar y satisfacer las exigencias de la nación. Claro está que resulta mucho más fácil transportar literalmente las iniciativas o proyectos de Europa que interrogar las necesidades especiales del propio país y coordinar las soluciones inéditas que deben remediarlas. Pero nosotros hemos sobrepasado la etapa de la imitación y podemos aspirar a crear vida propia, a pesar de la tendencia memorista que parece predominar entre algunos.”⁷⁷

Así, si bien el eje central de los cuestionamientos a Ugarte apuntaba al carácter “insubstancial e inconducente” de su “pretendida confraternidad latinoamericana”, y a su “patrioterismo anti-socialista” —que lleva a identificarlo con Monseñor De Andrea, Crotto, y personajes de la derecha del espectro político por sus críticas al “antipatriotismo” del PS—⁷⁸ el despliegue de tales argumentos permitía a su vez que afloraran a la polémica cuestiones más de raíz en las discrepancias entre el escritor y el partido. En efecto, en la justificación que presenta el centro socialista de la circunscripción 20^o al resolver la expulsión de Ugarte del PS —pedida por el Comité Ejecutivo con la excusa de un duelo que nunca se concretó entre el escritor y Alfredo Palacios—, se argumenta que su actitud

“...fomenta el confucionismo doctrinario y oscurece el verdadero concepto de la ‘lucha de clases’; comprendiendo que su obsesión latinoamericanista y su excesivo apego al atavismo patriótico, están reñidos con el socialismo, desde que para justificar su opinión desestima las ‘condiciones económicas’ como causa determinante de formas más progresistas en el orden político-social de los conglomerados humanos, y atribuye esa evolución a causas subjetivas, a factores pura y exclusivamente sentimentales; entendiéndolo que gustosamente rinde culto a los más extravagantes prejuicios,

como lo prueba el lance de honor concertado con el diputado Alfredo L. Palacios...”⁷⁹

Se puede ver claramente cómo se encadena la impugnación a la concepción latinoamericanista y *patriótica* con una crítica al anti-materialismo y el énfasis puesto en la dimensión simbólica de la actividad humana, llamada aquí “subjetivista” o “sentimentalista”, todo ello remitido arbitrariamente a la práctica del duelo.

Por su parte, en el citado “Manifiesto”, Ugarte reconoce haber callado “desafinaciones, durante largos años”, tanto de “táctica” como de “doctrina”.⁸⁰ Con la fortaleza política adquirida luego de dos años de recorrer la Patria Grande, y con la *cuestión nacional* en el tapete del debate político-cultural argentino en la estela del Centenario, parecen haberse dado las coordenadas precisas para que una armonía nunca acabada, y trabajosamente sostenida por diez años, hiciera sonar sus últimos compases.

Consideraciones finales

El análisis que ensayamos aquí del campo cultural y literario que constituía el horizonte ideológico en que echó raíces la obra de Ugarte, nos permitió iluminar las tensiones a las que se halló sometida la enunciación de su discurso político una vez afiliado al Partido Socialista, al haber convivido desde entonces, dificultosamente, dos concepciones divergentes sobre el sujeto de las transformaciones que se postulaban como respuesta a las novedades que arrojaba el nuevo siglo en la región, así como diversas matrices conceptuales en que tales cambios se interpretaban.

Esta tensión terminó por estallar en la polémica sobre la cuestión nacional que derivó en la expulsión de Ugarte del PS, donde vimos que junto a la discusión doctrinaria explícita afloraban otro tipo de discrepancias en torno a cosmovisiones más estructurales sobre los móviles de la acción humana y a diferentes localizaciones de la autoridad legitimante del discurso. Por otra parte vimos cómo la elección de una forma determinada de militancia para transmitir su mensaje latinoamericanista podía leerse en Ugarte en correspondencia con su concepción sobre la autoridad del escritor como portavoz de las masas. Por lo demás, en períodos posteriores, fue el posicionamiento como escritor independiente el que primó por sobre los ofrecimientos de distintos grupos políticos del continente de comprometer su adhesión y por sobre sus efímeros reencuentros con el PS en 1935 y aun con el peronismo.

La “heterogeneidad de autoridades”⁸¹ a que se vio sometido el discurso de Ugarte durante su afiliación al PS puede ser, entonces, contextualizada en tanto expresión de los procesos sociales,

77 Manuel Ugarte y el Partido Socialista, op. cit., pp. 106-107

78 Cfr. “La Vanguardia insiste” y “Vuelve a tomar la palabra La Vanguardia” en *Ibidem*, pp. 42-43 y pp. 57-59. Debe aceptarse, ciertamente, que en 1913 se observa en Ugarte un mayor énfasis en el concepto de *nación* o *patria* por sobre el de socialismo, en lo que suponía una radicalización de su *nacionalismo* respecto de los términos más balanceados en que aparecían ambos términos años antes, por ejemplo, en el artículo de 1908 que analizamos anteriormente. Véase *supra*, p. 12. Nuevamente, puede cobrar relevancia considerar la particular coyuntura político-cultural del país en ese año tan *argentino*. Y para comprender cómo podía ser leído en el campo socialista el discurso pro *nacional* de Ugarte debe tenerse en cuenta que el reclamo por una *cultura nacional* era compartido por todo el sistema cultural oficial dominante, justamente como remedio para paliar la *extranjerización* de unas masas aun no integradas al sistema político.

79 “Manuel Ugarte se retira del Partido Socialista” en *ibidem*, p. 96

80 Cfr. “El Manifiesto” en *Ibidem*, pp. 99-111

81 Tomamos sumariamente este concepto que J. Ramos utiliza para analizar la narrativa de J. Martí en el marco de lo que denomina *modernización desigual* del sujeto literario en América Latina aludiendo a la “heterogeneidad formal y funcional de la literatura” del continente, en contraste con otras zonas en que la modernización implicó su disciplinamiento más sistemático y consistente. Cfr. Ramos, Julio, op. cit., p. 80

políticos y culturales que en América Latina trajo consigo la modernización finisecular en lo que respecta a la difícil conformación de un campo intelectual tendencialmente autónomo.

Si extendemos el marco diacrónico de análisis hacia atrás, en Ugarte esta cuestión parece traer consigo reverberaciones de la arraigada idea en la tradición liberal argentina acerca del papel de las minorías ilustradas en la tarea de delinear *proyectos para una nación*.⁸² Tanto en nuestro recorrido por **El porvenir de la América Española** como en el repaso de algunos escritos de Ugarte sobre el “arte social”, hemos intentado mostrar la fuerza que posee en su pensamiento la noción de una minoría de *sensibilidad superior*, sean los escritores, los jóvenes o los intelectuales en cuanto sujeto de las transformaciones deseadas, ya bajo el *impulso anónimo*, ya como voz *legítima* de las masas, pero siempre recortándose esa minoría sobre el fondo de estas últimas. En una investigación que ampliara el marco de análisis hasta abarcar la evolución posterior del antiimperialismo ugartiano, podría valorarse cuánto de la modernidad finisecular y del clima de ideas que le era consustancial prevaleció en los fundamentos de las concepciones políticas y culturales de años posteriores.

En relación con esto, y en cierto modo a contrapelo de una recuperación unilateral del pensamiento de Ugarte, uno podría preguntarse hasta qué punto la peculiar ubicación en el campo literario y político lo define sólo como un precursor del antiimperialismo revolucionario de los años '30, o si tal vez no hay también en su posicionamiento político-ideológico bastante eco del escritor modernista marcado por la crisis cultural *fin-de-siècle*.

En este sentido, pueden reevaluarse la cuestión del *exilio* de Ugarte y la de su carácter de *escritor maldito*, en buena medida por él mismo abonadas, como parte de la elaboración de una propia autorrepresentación del escritor. La consideración iniciada aquí de algunos de los textos ugartianos desde el punto de vista de su contextualización histórica, tomando como marcos tanto la eclosión de la modernidad latinoamericana como su inscripción generacional en el campo literario argentino, permite visualizar que la localización *en el margen*, era un *lugar común* —literalmente—, o mejor dicho, constituía *el* nuevo lugar donde se representaba el escritor moderno en relación con los cambios acaecidos en unas sociedades en transformación. Como comenta D. Viñas, tanto Gálvez, Becher como Chiappori comparten el tópico del “artista no reconocido, despreciado y arrinconado”,⁸³ lo que analizado en el contexto más amplio de América Latina J. Ramos entrevé como parte del dilema del escritor en la modernidad y la percepción de su nuevo lugar ante las masas.

82 José Aricó trata este tema al analizar las diferencias entre las hipótesis para la modernización del país existentes entre esa tradición liberal decimonónica y Juan B. Justo. Ugarte compartiría también con esa matriz de pensamiento cierta idea de plasticidad y maleabilidad de las sociedades del continente.

83 Tal *lugar común* de la marginación es explícitamente evocado por quien fuera íntimo amigo de Ugarte y promotor de sus sucesivos intentos de afincamiento en la Argentina, Manuel Gálvez: “Mi vida entera —escribe en sus memorias— ha sido consagrada, aparte de mi trabajo literario, a luchar por la situación de nuestro gremio. El ser escritor, entre nosotros, significa muy poco. Al que tiene una vasta obra y talento y ha triunfado, se le reconoce su valer, dentro de la literatura, pero no más allá... En París, como lo he contado, la entrada de Maurice Barrès en un salón, era mirada como un acontecimiento”. Citado en Viñas, David, op. cit., p. 261

“Sólo hay trato severo para el que insiste en tener personalidad. [...] Pero el aislamiento exalta la combatividad y empuja a la expansión... Muchos de nosotros nos hicimos continentales porque no encontramos ecos en nuestras repúblicas”,⁸⁴ confiesa Ugarte varios años después del período tratado aquí. En los móviles del *exilio* del escritor podría haber figurado la búsqueda de un público y de prestigio en el exterior —público en el cual se encontrarían en primera fila los propios pares—, antes que la condena política, aunque este punto merecería una mayor indagación.⁸⁵

Al haber priorizado una perspectiva de análisis de las relaciones del socialismo con el resto de la cultura de la época,⁸⁶ la singularidad del antiimperialismo y el socialismo ugartianos se revela como producto de la ligazón y el diálogo crítico establecido entre socialismo y modernismo literario. Como fruto de ese diálogo podrían interpretarse también los cuestionamientos de Ugarte a ciertas prácticas discursivas del Partido Socialista. La crítica a la predisposición *memorista* y de *copia de lo europeo* desgranada sobre el socialismo argentino, puede pensarse, en este sentido, como una extensión de la impugnación que desde el lugar del *arte* y el *escritor* se desataba sobre otros dispositivos discursivos de la modernización, como el de los expertos, académicos y —como sugerimos aquí puntualmente a modo de hipótesis— el de los partidos políticos modernos.

Ahora bien, si por un lado el modernismo literario fue determinante en la configuración de una perspectiva latinoamericanista, la resonancia de ésta en tanto respuesta original a los problemas de su tiempo debe verse sobre el fondo de la reacción nacionalista y espiritualista que caracteriza a los años en torno al Centenario, con la que tiene puntos de contacto y de divergencia.

En ese sentido, lo que Ugarte hizo desde el *margen* en el que lo colocó la modernidad en tanto escritor profesional lo distinguió en importantes aspectos del resto de su generación: si en el caso de otros escritores el aislamiento derivó en lo que Viñas define como una *cadena de reacciones* desde el rechazo a los inmigrantes hasta la derecha intelectual, en Ugarte ese *margen* fue —por su afiliación al PS en momentos de fuerte represión al movimiento obrero, primero, y por su autonomía lograda trabajosamente en el exterior, después— el lugar de legitimidad de enunciación de un discurso antiimperialista para América Latina, democrático y de positiva valoración de las masas, canalizándose, en este caso, la euforia nacionalista del Centenario hacia la construcción de la Patria Grande.

84 Ugarte, Manuel, **Escritores iberoamericanos del 900**, México, 1947, p. 165, citado en Galasso, Norberto, op. cit., p. 40

85 Fernández Bravo, de hecho, apunta que una de las características del modernismo reside en su rasgo cosmopolita, arraigado en el propio desplazamiento de los intelectuales (paralelo a los movimientos migratorios intercontinentales) autoexiliados en París. Cfr. Fernández Bravo, Álvaro, op. cit.

86 Pensamos como modelos en los análisis sobre Mariátegui de José Aricó, “Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano” en Aricó, José, **La hipótesis de Justo**, op. cit., pp. 149-203; y sobre las relaciones entre la cultura marxista y no marxista en la Europa de la época de la II Internacional de Eric J. Hobsbawm, “La cultura europea y el marxismo entre los siglos XIX y XX” en Hobsbawm, Eric, Georg Haupt, Franz Marek et al., **Historia del Marxismo (3). El marxismo en la época de la Segunda Internacional (1)**. Barcelona, Bruguera, 1980, pp. 89-152.

Resumen

El proceso de formación de un campo intelectual en Argentina durante la primera década del siglo XX, en el marco más amplio de eclosión de la modernidad en América Latina, no estuvo exento de tensiones y desplazamientos. En la trayectoria político-intelectual de Manuel Ugarte, el cruce entre mundos no totalmente coincidentes como el del modernismo latinoamericano, la generación literaria del '900 y el socialismo es ejemplo de ello. Este artículo plantea que en la incómoda relación mantenida por Ugarte con el Partido Socialista puede descubrirse la huella del conflicto entre dos lugares divergentes de enunciación y legitimación del discurso político. Por un lado, el del escritor moderno como portavoz de las masas. Por el otro, el de miembro de un partido que se instituye como la organización representativa, colectivamente, de los intereses de los trabajadores.

Abstract

Into the broader process of advent of Latin American modernity, the making of an Argentine intellectual field in the 1900s did not lack of tensions and shifts. Manuel Ugarte's intellectual and political trajectory acts as an example of this process, whereby Latin American modernism, different worlds of the 1900s literary generation, and Socialism interacted, and not always coincided. This article contends that Ugarte's uncomfortable relationship with the Argentine Socialist Party shows a trace of the conflict between two different sites for enunciating and legitimating a political discourse. On the one hand, the site of the modern writer as a spokesman of the masses; on the other hand, the site of the member of a party which stands as the representative of the working classes in collective terms.

Palabras clave

Modernismo, socialismo, América Latina

La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación, 1923-1930. Algunas consideraciones.

Alexandra Pita González (Universidad de Colima, México)

El presente texto tiene como objetivo recuperar algunas consideraciones del trabajo titulado “Intelectuales, identidad e integración regional. La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación, 1923-1930”.¹ Centra la atención en un grupo de intelectuales latinoamericanos que se colocaron a la vanguardia del pensamiento político durante la década de 1920, al plantearse como propuesta de acción el integrar a los países de América Latina. Concretamente, la tesis está dedicada al estudio de la “Unión Latino Americana” (en adelante U.L.A.), asociación de carácter antiimperialista y latinoamericanista gestada en Argentina durante los años veinte, en la cual participaron un importante grupo de intelectuales argentinos y latinoamericanos. Su finalidad esencial, era la de generar una opinión pública favorable a la unidad cultural, política y económica de los países de América Latina, intentando reflatar el viejo ideal bolivariano. En su opinión, una vez concretada la unidad podría hacerse frente al imperialismo, el cual dejaría de avanzar sobre estos territorios y tras la desaparición de este problema, las sociedades latinoamericanas podrían comenzar a realizar un desarrollo sostenido.

Para concretar este plan, algunos de los miembros que conformaron posteriormente la U.L.A en 1925, decidieron crear una publicación bajo el liderazgo del reconocido intelectual José Ingenieros, fundando en 1923 **Renovación. Boletín de Ideas, Libros y Revistas de la América Latina**, a la cual se le agregó posteriormente como subtítulo “Órgano de la Unión Latino Americana”. El emprendimiento periodístico (que logró sostenerse durante 8 años), precedió a la fundación de la entidad unionista conformando un primer grupo —que tomó el nombre de la publicación para su identificación—, se transformó en su medio de difusión a partir de la fundación de la institución y lo acompañó hasta su desaparición en 1930. Por este motivo, nuestro trabajo se centra tanto en la U.L.A. como en la publicación mencionada pues encontramos en ella una extraordinaria riqueza y diversidad del pensamiento contemporáneo tanto de los miembros de la U.L.A. como de aquellos que participaron de la propuesta pero sin adherirse a la institución.

Este tema ha sido un capítulo poco explorado de la historia intelectual y política de América Latina. Pese a que tanto la organización como su órgano de expresión han sido objeto de numerosas menciones, el único texto dedicado a la U.L.A. publicado en 1930

por uno de sus presidentes, Alfredo Palacios, constituye una recopilación de algunos artículos publicados en el **Boletín Renovación**, documentos a los que se suma el discurso de Ingenieros y el acta de fundación de la institución, por lo que constituye una fuente documental más que un análisis histórico.²

Una ausencia similar la encontramos al buscar investigaciones dedicadas al órgano de difusión de la organización, el **Boletín Renovación**. La escasez de estudios sobre **Renovación** implicaba que se desconocía incluso datos precisos como el de cuántos números habían sido publicados. De hecho son pocos los trabajos donde se menciona a Ingenieros y Palacios en relación con esta publicación. En las contadas referencias historiográficas sobre la U.L.A., se citan sólo un par de artículos, los cuales generalmente se convierten en las únicas referencias utilizadas en diversos trabajos. El único investigador que parece haber tenido entre sus manos una gran cantidad de números fue Sergio Bagú, pero al limitarse su trabajo a la vida y obra de Ingenieros, no incluyó el gran volumen de las publicaciones posteriores a 1925 —fecha de su muerte—, como tampoco el rico material proveniente de los otros colaboradores que trabajaron en la revista.³ Por este motivo, nuestra investigación se centró durante los primeros tres años en encontrar la mayor cantidad de números de **Renovación**, tarea casi detectivesca dado que no existía una colección completa en ninguna biblioteca de América Latina, Estados Unidos y Europa, aunque si se encontraban series de números sueltos. Encontrar y reconstruir la fuente era fundamental e indispensable para estudiar la U.L.A., no sólo a través de sus individualidades más conocidas, sino también mediante la revaloración del grupo y sus escritos.⁴ Con ello tratamos de

2 El balance historiográfico realizado en la tesis para afirmar esta idea, abarcó un amplio abanico de trabajos publicados desde el período de estudio hasta las décadas más recientes, los cuales agrupamos en tres líneas principales. La primera estuvo dirigida a rastrear en los textos dedicados a la vida u obra de algunos de los intelectuales que participaron activamente en la Unión: José Ingenieros, Alfredo Palacios, Aníbal Ponce, Deodoro Roca, Carlos Sánchez Viamonte. La segunda, se dirigió a buscar las investigaciones que tratan sobre integración en América Latina y los movimientos políticos que se encontraron en torno a este ideal y a los intelectuales de izquierda que los defendían. Por último, el rastreo se dirigió a la bibliografía sobre publicaciones periódicas y emprendimientos culturales.

3 Nos referimos al texto de Sergio Bagú, **Vida ejemplar de José Ingenieros**. Editorial Claridad, Buenos Aires, 1936.

4 Dado el mal estado de conservación de los números de **Renovación** encontrados en ese momento —pues aún el CEDINCI no tenía el fondo José Ingenieros—, fue necesario fotografiarlos digitalmente y reconstruir mediante programas

1 Tesis doctoral defendida en el Centro de estudios Históricos de El Colegio de México en enero del 2004.

contribuir a la comprensión de los aportes que hicieron algunos destacados intelectuales y estudiantes latinoamericanos durante los años veinte, a un nuevo discurso (compuesto por una serie de nuevos símbolos e imágenes sobre la identidad colectiva), que privilegiaban la integración latinoamericana y la lucha antiimperialista.

Así, el trabajo se desarrolló en siete capítulos y un gran número de anexos, en donde se incorporaban algunos documentos de la época directamente relacionados a la U.L.A., así como listas y cuadros confeccionados a partir del análisis de **Renovación**.⁵ Esta estructura seguía un orden cronológico y temático, dado que consideramos que era necesario primero partir de un estudio que diera sentido al conjunto y posteriormente profundizar en nuevas direcciones, más específicas. En este sentido, en el primer capítulo estudiamos el discurso de José Ingenieros (pronunciado en octubre de 1922 con motivo de la visita del Ministro de Educación Pública de México, el intelectual José Vasconcelos), con el fin de detectar cuales eran esas características discursivas que serían tomadas posteriormente por el grupo unionista. Señalamos, que las semejanzas y diferencias de esta pieza oratoria con la corriente de pensamiento antiimperialista y latinoamericanista de la época, se debían principalmente a la forma en que Ingenieros había llegado a este punto ideológico. En este sentido remarcamos como llegó a cambiar su concepto de América Latina y del capitalismo. Señalamos que se mantuvo ciertos rasgos de la matriz positivista en la que se inscribía su pensamiento, así como una fuerte influencia del liberalismo político argentino. Pero con el tiempo, Ingenieros llegaría a plantear la relación entre América Latina y el capitalismo como una polaridad. Asimismo, mostramos la importancia del componente elitista que se proyectaba a través de la defensa de las "fuerzas morales" identificadas con el sector más joven de la intelectualidad, la juventud universitaria. Al estar el componente juvenil relacionado con el movimiento de Reforma Universitaria, señalamos cómo Ingenieros se posicionó en el lugar de "maestro" de una "nueva generación" a la cual había que instruir en ciertos preceptos, partiendo de la premisa de que en un futuro próximo les tocaría a ellos dirigir los destinos del país y del subcontinente. Sin este acercamiento, es difícil comprender la apropiación de Ingenieros de conceptos como el

de diseño cada página. Asimismo, para el análisis de esta valiosa información fue necesaria la construcción de una base de datos lo suficientemente completa como para poder volcar los datos que contenía cada uno de los artículos, comentarios, notas, o editoriales publicadas.

5 Específicamente los anexos fueron los siguientes: 1.- Datos biográficos de los miembros de la ULA. 2.- Por la Unión Latino Americana 3.- **Renovación** 4.- Retratos en **Renovación** (período enero 1923-agosto 1930) 5.- Imagen sección libros y revistas 6.- Lista de Colaboradores de **Renovación** (período enero 1923-febrero 1925. 7.- Acta de Fundación de la U.L.A. 8.- Reunión de la 1ª primera asamblea ordinaria 9.- Acta de la reunión de la Comisión organizadora de la U.L.A. 10.- Miembros del Consejo Directivo de la sección argentina de la U.L.A. 11.- Miembros de las filiales de la U.L.A. 12.- Lista de Colaboradores de **Renovación** (marzo 1925-octubre 1925). 13.- Manifiesto a los pueblos de Sur y Centro América, México y Antillas. 14.- Carta Orgánica de la Alianza Continental. 15.- Declaración de Principios de la Liga Anti-Imperialista. Sección Argentina. 16.- Libros y folletos anunciados en **Renovación** (enero 1928-agosto 1930). 17.- Periódicos y revistas mencionados en **Renovación** (enero 1928-agosto 1930). 18.- Colaboradores de **Renovación** (enero 1928-agosto 1930). 19.- Lista de referentes citados en **Renovación** (enero 1928-agosto 1930).

de "nuestra América" y la posición ideológica del mismo durante sus últimos años de vida.

Como señalamos a través de numerosos pasajes de esta tesis, esta percepción fue compartida por todos aquellos que participaron de la U.L.A, los cuales agrupados bajo el concepto de la "nueva generación" en calidad de alumnos o de maestros, pretendieron definir su protagonismo en la vida pública mediante una amplia y difusa gama de atributos simbólicos. Por ello la definición del intelectual no partía de un acto introspectivo sino de la contraposición con la imagen del enemigo. De este modo, al descalificar a los miembros de los partidos o los gobernantes como hombres mediocres impedidos del buen juicio para gobernar, destacaba sus propios rasgos como actores políticos situados en una posición de supuesta pureza que implicaba para ellos el lugar de la crítica.

En el segundo capítulo nos dedicamos a estudiar la creación de **Renovación** y su relación con el discurso de 1922. A partir del análisis de sus características gráficas y discursivas, presentamos al Boletín como una publicación realizada (y destinada) para intelectuales que quisieron discutir sobre determinados temas. De manera más específica argumentamos que se dirigía a aquellos jóvenes que necesitaban de argumentos teóricos para mantener aún una lucha por la reforma universitaria en distintas latitudes de América Latina. Subrayamos que en torno a la labor de esta publicación se fue conformando el grupo **Renovación**, dentro del cual podía distinguirse al pequeño núcleo editor encargado de delinear el perfil ideológico de la publicación, y la numerosa periferia (de colaboradores y referentes) que de una u otra forma ayudaba a dar legitimidad a la propuesta al reafirmar los principales ejes temáticos.

Con ello, los unionistas contribuyeron a forjar una especie de *mitología* de la integración latinoamericana al resaltar de manera sistemática a un variado conjunto de figuras ya desaparecidas o contemporáneas, como era el caso de Simón Bolívar y José de San Martín, José Martí o más recientemente Augusto César Sandino, Felipe Carrillo Puerto, Nicolás Lenin. Pese a la obvia diversidad de este conjunto de personalidades, su discurso los integraba en una especie de panteón. Al percibirse como herederos o familiares de estos personajes, los unionistas se promovían como protagonistas de una segunda independencia del subcontinente en su conjunto, sin denotar que con ello caían en una notable contradicción: salvo el caso de José Martí las figuras escogidas se habían destacado en su momento fundamentalmente por su acción política más que por su pensamiento sobre lo que debería de ser (o hacer) la política.

El capítulo tercero toma como inicio el momento en que el grupo **Renovación** optó por institucionalizarse, fundando en marzo de 1925 la U.L.A. Apuntamos que, aunque el cambio le permitió desplegar un mayor número de estrategias de acción con el fin de difundir sus ideas a un público más amplio, pronto encontró nuevamente límites que la circunscribieron a la acción ideológica de su órgano de difusión. Así, pese a los deseos de ampliarse a otras latitudes, la institución se centró en Argentina y específicamente en un sector de intelectuales y estudiantes que militaba exclusivamente en el reformismo. A fines de ese mismo año, la



muerte de Ingenieros pondrían de manifiesto cuán importante era su función aglutinadora y hasta que punto una vez desaparecido el “maestro” la U.L.A. no lograría mantener todos los vínculos creados por éste.

A partir de este análisis, afirmamos que los unionistas no parecieron estar especialmente preocupados por dotar a sus miembros de un plan de acción más concreto sobre la forma en que podría llevarse a cabo la pretendida integración latinoamericana y tan sólo repetían una y otra vez que la acción consistía en su capacidad de influir en el pueblo para crear una conciencia colectiva amplia. El problema a resolver no era definir cómo este sector pensaba imponerse frente a los políticos para disputar un lugar de liderazgo en el espacio real de la toma de decisiones. La cuestión más bien consistía en intentar proyectarse como una élite intelectual decidida a impulsar el rumbo “latinoamericanista” mediante una prédica sostenida que se suponía llegaría a calar en el pueblo: en otras palabras, se trataba más bien de una estrategia retórica que un plan práctico. Esta peculiaridad es significativa en cuanto manifiesta que el proyecto desarrollado por los unionistas se preocupó más por dejar en claro quiénes eran los verdaderos protagonistas (los intelectuales progresistas) que el definir exactamente qué buscaban. Ante esta situación es entendible, que la unión a la que se apelaba con tanta insistencia quedaría difuminada en una serie de trazos que no terminaban por aclarar el panorama. Ello dejaba abierta una serie de preguntas: ¿qué tipo de relación se establecería entre los estados nacionales a partir de esta unidad? ¿cuál sería la autoridad máxima? ¿cómo y a cargo de quién se realizaría el control de sus instituciones y dependencias?

Por si esto fuera poco, el discurso de la U.L.A., cargado de deseos fraternales y solidarios entre los pueblos, contrastaba con la acción centralista y jerárquica ejercida desde Buenos Aires por el Consejo Directivo. Por ello el capítulo cuarto se centra en las repercusiones que tuvo la muerte de Ingenieros (de forma inmediata y algunos años después), para la entidad unionista y otros grupos de intelectuales que desde distintos ángulos evocaron a Ingenieros. La batalla simbólica que enfrentaron todos aquellos que pretendían ubicarse en el lugar de herederos de esta figura, mostraría también en que medida el Ingenieros antiimperialista y latinoamericanista había sido una faceta más de las múltiples que había tenido en su vida. Además, el observar esta lucha permitía observar las características del inicio de la segunda etapa de vida institucional bajo la conducción de Alfredo Palacios.

De esta manera, los siguientes dos capítulos se dedicaron al desarrollo de la U.L.A. durante este período. En el capítulo quinto la finalidad era rescatar el giro implementado por Palacios para eliminar la disidencia interna que dio origen a la creación de la Alianza Continental. Apuntamos que pese a tener características discursivas semejantes, ambas instituciones optaron por una estrategia distinta. Por una parte, la Alianza Continental se alió a la facción radical (y de los militares como Mosconi y Baldrich), que apoyaba la reelección de Hipólito Yrigoyen y una vez reelegido éste, defendió mediante una activa campaña de actos públicos la propuesta de nacionalizar el petróleo. Por la otra, la U.L.A. prosiguió tomando como postura la crítica y el repudio hacia

todos aquellos actos que veía como atropellos a la soberanía latinoamericana (como la invasión a Nicaragua), o declarándose a favor de campañas que defendían sus intereses (como la de la nacionalización del petróleo), sin aliarse con ningún partido nacional. Así, la exclusión que dio origen a la Alianza Continental, podría ser vista como un mecanismo indispensable utilizado por cualquier grupo en su proceso de selección y de control de cierto grado de orden dentro de la toma de decisiones, pero aunado con otras medidas (como las misiones que enviaron a otros países de América Latina para crear filiales), nos hacen ver al proyecto unionista inmerso en otra importante contradicción. En muchos pasajes publicados en **Renovación**, era difícil deslindar el deseo de unidad latinoamericana de la voluntad de que Argentina cumpliera en este proceso un lugar primordial.

En el capítulo sexto, estudiamos otro gran cambio que experimentó la U.L.A. cuando se alió con el APRA para enfrentar un espacio antiimperialista de mayor complejidad a partir de la aparición de otros grupos que pretendían liderar la batalla contra el imperialismo norteamericano como fue el caso presentado de la Liga Antiimperialista Sección Argentina. Para establecer la relación entre unionismo y aprismo fue indispensable analizar el protagonismo que fueron adquiriendo en **Renovación** dos de los líderes peruanos, Haya de la Torre y Seoane, así como la actuación de otros apristas exiliados en Buenos Aires que se incorporaron a la U.L.A. sin cortar sus lazos con el aprismo.

Por esto es comprensible que al complejizarse la lucha antiimperialista por la aparición de nuevos actores, la U.L.A. haya intentado implementar una serie de estrategias como la de mantener con vida la figura aglutinante de José Ingenieros, o la de establecer una alianza con el aprismo de Haya de la Torre. Sin embargo hacia el final de su segunda etapa de vida, sus miembros encontraron con que estaban lejos de tener una propuesta orgánica como la del APRA, posición que quedó manifiesta en los fallidos intentos de algunos de sus miembros de transformar el movimiento en partido (intentados por sus consejeros Isidro Odena y Julio V. González).

Así, el séptimo y último capítulo pretendía mostrar cómo durante los últimos años de vida de la U.L.A., la organización circunscribió sus batallas ideológicas fundamentalmente a los enfrentamientos de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, es decir con la geografía real y no la imaginaria (América Latina) donde pretendía inscribir su participación política el grupo. Por este motivo, la estrecha relación mantenida desde sus inicios con el reformismo universitario, fue uno de los principales factores que explican su desaparición una vez que tras el golpe de 1930 el escenario político cambiara radicalmente.

Sin embargo, como sugerimos en la conclusión de este trabajo, pese a que después del golpe de estado de 1930 tanto la U.L.A. como Renovación desaparecieron, durante los decenios siguientes su legado no habría de diluirse del todo. Ello se constata por el hecho que en multitud de escritos y discursos políticos y culturales se repitieron durante un largo tiempo una serie de imágenes e ideas sobre América Latina (especialmente en algunos ámbitos universitarios) que los intelectuales vinculados con

estos proyectos supieron crear. Asimismo, esta participación generó un número importante de actores políticos que en las décadas posteriores tuvieron una mayor o menor repercusión en los debates nacionales y regionales. Como señalamos en el capítulo séptimo al citar las palabras de Julio V. González pronunciadas una década después de que la U.L.A desapareciera, para sus protagonistas existió una relación intrínseca entre el unionismo y reformismo, y fue este antecedente lo que marcó sus posteriores actuaciones políticas. Por esta razón, afirmaba González que si la convicción con la que había participado en ambos movimientos lo abandonase, su actividad política (para ese entonces dentro del Partido Socialista) se detendría al haber perdido la brújula que marcaba su rumbo.

Por último, queremos dejar planteados algunos interrogantes para futuras investigaciones. Específicamente, la posibilidad de pensar este tipo de grupos de intelectuales como un pequeño universo de actores entrelazados. Como hemos mencionado, el reflotar las ideas de unión latinoamericana junto con otra serie de disputas estudiantiles permitió a los intelectuales y estudiantes de la U.L.A. establecer lazos con otros representantes del reformismo en América Latina, fomentando un diálogo fecundo a través de distintas latitudes. Ello permitió el intercambio de opiniones (con asombrosa intensidad) a través de correspondencia privada pero sobre todo mediante ensayos que publicaron en diversas publicaciones periódicas (las cuales bien vale la pena recuperar). Asimismo, el proclamarse por una solidaridad mundial antimilitarista en la época de entreguerras les permitió insertarse dentro de un ámbito mayor, en el que se encontraban aquellos intelectuales latinoamericanos y europeos que reflexionaban en torno al rumbo que estaba tomando la humanidad (como el caso en Francia de Clarté). De este modo, la U.L.A compensó las limitaciones del pequeño espacio que ocupaba en la vida pública nacional, mediante su integración a una amplia red de intelectuales.

Resumen

Este texto reconstruye la cocina interna y las principales hipótesis de la tesis doctoral realizada por la autora sobre la Unión Latinoamericana y su órgano de difusión, el **Boletín Renovación**. Esta entidad fue una de las principales organizaciones antiimperialistas en América Latina durante los años 1920. El artículo resume algunos de los nudos que tejieron su historia, tales como su fundación, la construcción de una mitología unionista, el legado dejado por su mentor José Ingenieros tras su muerte, sus disidencias internas, sus relaciones con otras entidades antiimperialistas como el APRA o la Liga Antiimperialista de las Américas, y su ocaso hacia 1930.

Abstract

This paper explains the content, structure and main hypotheses of the doctoral dissertation by the author on the Unión Latinoamericana and its review, the **Boletín Renovación**. This organization was one of the most important antiimperialist organizations in Latin America during the 1920s. This article summarizes some of the main aspects of its history, such as its foundation, the making of a unionist mythology, the legacy of its mentor Jose Ingenieros after his death, its internal conflicts, its relationship with other antiimperialist organizations such as APRA or the Liga Antiimperialista de las Américas, and its decline in 1930.

Palabras claves

Latinoamericanismo, antiimperialismo, intelectuales.



Manuel Seoane y Luis Heysen: el entrelugar de los exiliados apristas peruanos en la Argentina de los veinte*

Martín Bergel (Universidad de Buenos Aires)

Introducción

Varios y diversos son los modelos que reconoce el frondoso archivo que configura la experiencia del exilio latinoamericano. En un repaso no exhaustivo de sus formas pueden apuntarse: el exilio como modo de escape del terror estatal o la violencia política; el exilio como empresa de conocimiento (el viaje a Europa de muchos latinoamericanos, o la estadía de formación universitaria o de posgrado); el exilio como descubrimiento o redescubrimiento de la identidad nacional; o su opuesto, el exilio como forma de experimentación de comunidades multiculturales desterritorializadas y de apertura a las dimensiones identitarias de una ciudadanía global. Todas estas formas, y varias otras que cabría agregar, difícilmente puedan hallarse en estado puro. Todavía más, a pesar de su carácter ocasionalmente contradictorio, a menudo conviven en el caso concreto de un exilio particular.

Este trabajo parte del recorte de una de las facetas que es posible encontrar en la experiencia compleja y multidimensional del exilio latinoamericano. Nos proponemos estudiar un caso de lo que llamaremos *exilio proselitista*. Esta forma de vivenciar el destierro como oportunidad ya para el despliegue en diferentes latitudes de un programa político o intelectual, ya para pergeñar estrategias de acumulación política y de acceso al poder, reconoce ciertamente manifestaciones ilustres. Mencionemos apenas el caso de la generación de 1837 en el Río de la Plata, cuyo exilio en tiempos de gobierno rosista dio a sus integrantes la posibilidad de hacer de él tanto una campaña por difundir el credo intelectual romántico al cual adscribían, como un espacio de elaboración de estrategias políticas destinadas a hacer la “guerra al Tirano”.¹

1 Sólo recientemente la historiografía ha desmentido la versión tejida por el propio Haya y la liturgia aprista según la cual la fundación del APRA tuvo lugar en México el 7 de mayo de 1924. Ese día el joven líder peruano protagonizó un acto cargado de simbolismo: pronto a partir a Rusia, luego de seis meses de estancia en México al abrigo de José Vasconcelos, Haya legó a la juventud mexicana una bandera presentada como la insignia de la “nación indoamericana”. A ese episodio, por lo demás uno de los tantos rituales de consagración de Haya como *leader* americanista, se le asignó posteriormente el lugar de acta de fundación del APRA. Como ha esclarecido Ricardo Melgar Bao, esa reconstrucción vino a cumplir de hecho el rol de verdadero “mito de origen”, creado a fin de anticipar la existencia del APRA respecto de otras entidades antiimperialistas del continente creadas en 1924/25 —la Unión Latinoamericana (ULA) y sobre todo la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA)— con las que, como veremos, rivalizará. Cf., R. Melgar Bao, “Redes

El exilio de tipo proselitista del que nos ocuparemos en este artículo tiene lugar en un escenario muy distinto. Aquí nos tendremos en la suerte de los emigrados reformistas peruanos en la década de 1920, en el contexto represivo desatado bajo la presidencia de Augusto B. Leguía en el Perú (1919-1930). El más célebre de quienes tienen que emprender el camino del exilio es sin dudas Víctor Raúl Haya de la Torre, quien se ve obligado a abandonar su país en octubre de 1923. Es justamente en su primera etapa como exiliado cuando funda la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), el movimiento político con el cual su nombre se verá invariablemente asociado en los años y décadas siguientes a partir de su rol de indiscutido líder.²

Como tendremos oportunidad de ver, el caso de Haya de la Torre resulta paradigmático del modelo del exilio proselitista latinoamericano. Un índice del infatigable accionar político que emprende en el destierro es la rapidez con que se propagan su nombre y el de su movimiento. Uno de los efectos de esa propagación es el surgimiento de células apristas en varios países de América Latina y aún de Europa en la segunda mitad de la década del '20.

y espacio público transfronterizo: Haya de la Torre en México (1923-1924)”, en Marta Casás Arzú y Manuel Pérez Ledesma (eds.): **Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina (1890-1940)**, Ediciones de la UAM, Madrid, UAM, 2005, pp. 88-98. Una explicación similar, aunque menos centrada en las dimensiones simbólicas, fue desarrollada por Pedro Planas y Hugo Vallenás en “Haya de la Torre en su espacio y en su tiempo (aportes para una contextualización del pensamiento de Haya de la Torre)”, en AA. VV., **Vida y obra de Víctor Raúl Haya de la Torre**, Instituto Cambio y Desarrollo, Lima, 1990, p. 106. Para estos autores la existencia del APRA sólo puede comprobarse hacia fines de 1926, con la aparición del célebre artículo de Haya “¿Qué es el APRA?”. No obstante, el nombre y la necesidad de formar un partido aparecen ya en 1925, en una carta a Gabriel del Mazo (publicada luego bajo el título “Carta a un universitario argentino” en el primer libro de Haya, **Por la Emancipación de América Latina**).

2 Seoane, que había sido presidente de la Federación de Estudiantes del Perú luego del destierro de Haya, ocupó en las décadas siguientes varias veces sitiales en el Congreso, llegando a ser candidato a vicepresidente de la nación. Hasta su muerte fue de hecho reconocido como la segunda figura en importancia en la jerarquía del APRA. Heysen, por su parte, fue también en dos oportunidades senador nacional, y tuvo destacada participación en la Asamblea que, bajo presidencia de Haya de la Torre, promulgó una nueva Constitución en 1979. En la actualidad, la sede central del APRA, en Lima, cuenta con bustos de ambos junto a los de otros “padres fundadores” del partido.

* Véase al respecto el excelente trabajo de Jorge Myers “La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”, en Noemí Goldman (dir.), **Nueva Historia Argentina, tomo 3: Revolución, República, Confederación (1806-1852)**, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Precisamente, aquí nos interesa colocar bajo la lupa el accionar proselitista no tanto de Haya como de algunos de los apristas que lo secundan y que deben exiliarse poco después de él en la Argentina. Manuel Seoane (1900-1963) y Luis Heysen (1903-1980), a la postre también dos dirigentes históricos que ocuparán la primera línea del Partido Aprista Peruano hasta el final de sus vidas,³ son las figuras de mayor relieve dentro de la célula aprista argentina en esos años. Seoane llega a Buenos Aires a mediados de 1924. Heysen, luego de escapar a Chile, se instala en 1925 en La Plata, donde concluye sus estudios en agronomía. Lo que resulta interesante es que ambos logran ocupar rápidamente posiciones expectantes en organizaciones enroladas en el espacio reformista argentino. A Heysen le corresponde ser en 1926 el primer extranjero en ocupar la presidencia de la Federación Universitaria de La Plata. Seoane, por su parte, será, además de periodista del diario **Crítica** y colaborador de varias revistas del medio intelectual local, secretario de la más importante entidad antiimperialista del período, la Unión Latinoamericana fundada por Ingenieros y presidida en la segunda mitad de la década por Alfredo Palacios, además de director durante dos años de su órgano de difusión, la revista **Renovación**. Palacios llegará a tener gran estima por Seoane, a quien considerará “alma de la Unión Latinoamericana”.⁴ Con todo, ni la rapidez con que se insertan en diversos medios argentinos, ni el reconocimiento que obtienen de sus pares, impiden a estos dos jóvenes peruanos mantener contacto tanto con su país —donde aspiran regresar una vez que el clima político lo permita—, como con el resto de compañeros de militancia universitaria desperdigados por Latinoamérica y el mundo, empezando por Haya de la Torre.

En este artículo nos proponemos evaluar las estrategias de los exiliados apristas a la luz de los problemas y tensiones derivados de la articulación de espacios políticos locales y transnacionales. El proceso de la Reforma Universitaria ofreció, de un lado, la oportunidad de desarrollar redes políticas y afinidades a escala continental, a partir de la puesta en disposición de un registro experiencial y un lenguaje común. En particular, las nociones derivadas del discurso antiimperialista y latinoamericanista, ofrecieron un terreno propicio a la cooperación y al “sentimiento de hermandad”. Ese lenguaje común resultó decisivo en la cons-

titución de un “nosotros”, que habría de facilitar la inserción de los jóvenes peruanos en las organizaciones reformistas. Pero, de otro lado, resulta interesante relevar las dificultades surgidas a la hora de traducir ese lenguaje común en acción política concertada. Allí la convergencia y la cooperación continental encontraron tensiones, que se expresaron en ocasionales malos entendidos y en formas de competencia más o menos solapada. En la medida en que el eco continental de la prédica latinoamericanista parecía hallar resonancias ilimitadas, algunas figuras se vieron tentadas de dar cauce a esa sensibilidad en proyectos políticos definidos. Es el caso, ejemplarmente, de Haya de la Torre, a quien veremos intentando hegemonizar el espacio del antiimperialismo latinoamericano. Haya no sólo tuvo duros encontronazos con la Liga Antiimperialista de sesgo comunista, sino que llegó a desmerecer la actividad de la Unión Latinoamericana —a la que estaba sin embargo unido por lazos afectivos y por la actividad que allí desempeñaban Seoane y otros peruanos exiliados— por juzgarla limitada “a fines de acción intelectual”.

Aquí procuraremos entonces reconstruir los modos en que Seoane, Heysen y otros exiliados apristas procesaron las tensiones derivadas del choque entre los imperativos del programa aprista y las condiciones específicas del medio intelectual reformista argentino. La adaptabilidad de su accionar al medio argentino, así como el grado de apertura del aprismo a los diversos contextos, son interrogantes que surgen a la hora de ponderar el grado de éxito que tuvieron en su tarea de integración a las organizaciones reformistas locales.

En este texto nuestra pesquisa concluye en el año '30, cuando la caída de Leguía precipite el retorno de Haya y los apristas al Perú en un intento —a la postre vano— de acceder al poder por vía primero electoral y luego revolucionaria. Esa fecha cierra el primer ciclo de los varios que configuran la turbulenta historia de exilios y persecuciones soportada por los militantes apristas. Pero, más importante para nuestros propósitos, también 1930 señala un punto de quiebre que determina la culminación del ensayo de “república verdadera” en Argentina. Las condiciones políticas que habían dado marco a la experiencia reformista cambiarán entonces radicalmente, incluidas por supuesto aquellas en las que el exilio aprista de los años '20 había tenido lugar.

3 Cf. “Un mensaje de Alfredo Palacios”, en **APRA. Órgano del frente único de trabajadores manuales e intelectuales**, no. 5, Lima, 9 de noviembre de 1930, p. 9.

4 Las referencias a la admiración de los jóvenes peruanos por los “maestros” argentinos son numerosas. Citemos aquí apenas el recuerdo que ofrece Eudocio Ravines de la emoción que embargaba a los jóvenes exiliados recién llegados del Perú al entrevistarse con José Ingenieros: “En aquel tiempo, José Vasconcelos en el norte, y José Ingenieros, Alfredo Palacios, Manuel Ugarte, Juan B. Justo en el sur, aparecían como los guías y maestros de la juventud. Y así se les llamaba en apasionantes charlas, atribuyendo elevada validez a su pensamiento, teniendo la certeza de que ellos eran los escogidos que poseían la clave de los problemas sociales (...) Tras gestiones diversas, una noche vino a visitarnos el estudiante Dillon, nuestro amigo argentino (...) Dillon trajo aquella noche la embajada especialísima de invitarnos a saludar y a conversar con Ingenieros.

—¿Cuándo...? —exclamamos anhelantes.

—Mañana, sábado, a las dos de la tarde.

Se hizo un gran silencio en la mesa. Ibamos a conocer, a escuchar, a ver en persona a don José de Ingenieros. Aquel, sin duda alguna, iba a ser un gran día...”. Cf., E. Ravines, **La Gran Estafa**, México, Libros y Revistas, 1952, pp. 86-87.

Intelectuales y política en el reformismo argentino de los veinte

La década de 1920 fue escenario de un inédito proceso de influencia e interpenetración entre los espacios estudiantiles e intelectuales del Perú y la Argentina. Las revistas políticas y literarias, en ambos sitios, se hallaban plagadas de artículos, noticias y referencias provenientes del país vecino. Varias redes de intercambio de publicaciones fueron entonces establecidas. La mayoría de ellas encontró un canal privilegiado a través de las vías de sociabilidad posibilitadas por la experiencia de la Reforma Universitaria, inaugurada en 1918 en Córdoba y propagada rápidamente al Perú. El uso un tanto laxo del campo semántico vinculado a la noción de “reformismo universitario”, además de proporcionar una serie de nociones comunes (americanismo, juvenilismo, antiimperialismo), posibilitó un sistema de referencias



mutuas entre los jóvenes de ambos países. Para los reformistas peruanos, la Argentina era, además del sitio en el que había surgido originalmente la Reforma, la cuna de insignes maestros que orientaban a la “nueva generación americana”: Alfredo Palacios, José Ingenieros, Manuel Ugarte, Ricardo Rojas.⁵ El Perú, por su parte, fue tornándose para los argentinos digno de admiración precisamente por ser uno de los espacios del continente en el que, en las adversas condiciones impuestas por la dictadura de Leguía, mejor habían encarnado los ideales que impulsaban el proceso reformista. Además de haber provisto una de las experiencias que, a los ojos orgullosos de los jóvenes peruanos tanto como en la mirada de sus pares del continente, más cabalmente había interpretado el afán de la Reforma por trascender el espacio universitario para echar raíces en la sociedad toda —nos referimos a las Universidades Populares González Prada (UPGP), experimento de autoformación que parecía dotar de visos de realidad a la consigna de la unidad del trabajo intelectual y el trabajo manual—,⁶ el reformismo peruano podía exhibir entre sus lauros célebres jornadas de movilización y resistencia que traslucían admirada heroicidad.⁷

5 Las UPGP surgieron a partir del Primer Congreso Nacional de Estudiantes que se llevó a cabo en Cuzco en 1920. Inauguradas un año más tarde, parecen haber sido efectivamente un espacio de elaboración teórico y político significativo, sobre todo para los jóvenes que luego integrarían el APRA y el Partido Socialista Peruano (luego Comunista). Fue en las UPGP donde, en 1923, recién regresado de Europa, José Carlos Mariátegui dictó las conferencias que luego habrían de ser agrupadas en su libro *Historia de la Crisis Mundial*, y que acercaban a un público de estudiantes y obreros la vibrante actualidad de las luchas sociales y políticas que conmovían al planeta. Para poder arraigar en un ambiente popular, las UPGP abrieron una sede en el distrito obrero de Vitarte, en Lima. Luego, otras ciudades del interior del Perú replicaron, con menor éxito, el modelo ensayado en Lima. Sobre las UPGP consúltese, además de las múltiples referencias de sus propios protagonistas y de estudiosos y militantes posteriores (que acabaron por otorgarle un estatuto casi mitológico), los siguientes estudios específicos: Jeffrey Klaiber, “The Popular Universities and the origins of aprismo, 1921-1924”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 55, no. 4, noviembre de 1975; Raúl Chanamé, “Haya de la Torre y las Universidades Populares”, en AA. VV. *Vida y obra de Víctor Raúl Haya de la Torre*, cit.; y Ricardo Portocarrero, “Introducción a ‘Claridad’”, en *Claridad. Órgano de la Federación Obrera Local de Lima y de la Juventud Libre del Perú*, edición facsimilar, Amauta, Lima, 1994.

6 La más significativa de las cuales fue la del 23 de mayo de 1923, cuando una multitud encabezada por Haya de la Torre logró revertir la decisión de Leguía de consagrar la República al Corazón de Jesús. En esa ocasión la movilización fue ferozmente reprimida, y en las refriegas cayeron muertos, víctimas de disparos, un obrero y un estudiante. Al día siguiente, una nueva multitud logró liberar sus ataúdes de la vigilancia policial para cargarlos hasta la ceremonia de entierro, en un acto pleno de dramático simbolismo que sería continuamente evocado como la muestra cabal de la unidad entre “el trabajo manual y el trabajo intelectual”. Mariátegui mismo retrospectivamente sopesaba que “el 23 de mayo reveló el alcance social e ideológico del acercamiento de las vanguardias estudiantiles a las clases trabajadoras. En esa fecha tuvo su bautizo histórico la nueva generación”. V. Mariátegui, “El proceso de la instrucción pública”, en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Era, México, 1993 (ed. orig. 1928), pp. 127-128.

7 En palabras de Manuel Seoane, “el verbo encendido de Palacios prendió la chispa el año 19”. V. M. Seoane, “La nueva generación peruana”, en *Claridad. Órgano de la Federación Obrera local de Lima y de la juventud libre del Perú*, no. 7, Lima, noviembre de 1924, p. 9. En rigor, ninguna historia del movimiento reformista peruano pasa por alto el crucial impacto que para su desarrollo tuvo la visita de Palacios. Cf. por ejemplo las versiones contemporáneas de E. Cornejo Koster, “Crónica del movimiento estudiantil peruano”, en Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y Política en América Latina. El proceso de la Reforma Universitaria, 1918-1938*,

En ese contexto de mutua seducción, no es de extrañar que, urgidos por la necesidad de escapar de la persecución impuesta por Leguía, varios de los estudiantes y principales activistas peruanos eligieran la Argentina como lugar al cual emigrar. La familiaridad entre ambos espacios intelectuales había sido además abonada por vínculos directos. La visita de Alfredo Palacios a Lima, en 1919, llevando consigo el mensaje de la Reforma, resultó un verdadero espaldarazo para el movimiento reformista peruano, que se inicia poco después de su partida.⁸ Cuatro años más tarde, una nueva estada de Palacios en el Perú volvió a concitar enorme suceso.⁹ A ello hay que agregar las disertaciones en Lima de los argentinos Héctor Ripa Alberdi en 1922 y Carlos Sánchez Viamonte en 1924, que sirvieron para fortalecer aún más los lazos entre ambos movimientos reformistas.¹⁰ Por su parte, Haya había a su vez viajado en 1922 por los países del cono sur, dejando también una primera impronta significativa. Según refiere Luis Alberto Sánchez —militante histórico del APRA y biógrafo oficial de su máxima figura—, en la Universidad de Buenos Aires Haya dio una exitosa conferencia.¹¹ Y al regresar al Perú, supo comunicar vivamente el entusiasmo que el viaje le había suscitado, especialmente “la reforma universitaria argentina, que es, sin duda alguna, el más

México, Siglo XXI, 1978, p. 234 (el texto de Cornejo Koster es de 1926), y de Luis A. Sánchez, *Haya de la Torre o el político. Crónica de una vida sin tregua*, Lima, Editoria Atlántida, 1979 (ed. orig. 1934), p. 63; o las de historiadores actuales como Marcos Cueto, *La Reforma Universitaria de 1919*, tesis de Bachiller en Humanidades con mención en Historia, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1982 (mimeo), pp. 106-109, Juan Manuel Gamarra Romero, *La Reforma Universitaria. El movimiento estudiantil de los años veinte en el Perú*, Lima, Okura, 1987, pp. 154-155 y Peter Klarén, *Nación y sociedad en la historia del Perú*, Lima, IEP, 2005, pp. 296-297.

8 Así aludía a la visita de Palacios de 1923 el semanario limeño *Varietades*: “El más resonante suceso de la semana, ha sido, sin duda, la presencia en Lima del ilustre maestro y tribuno argentino Alfredo Palacios (...) Desde el día mismo de su llegada, el insigne argentino fue objeto de inmensas manifestaciones de cariño. La juventud y el pueblo le rodearon, tributándole rendido homenaje, ansiosos de escuchar su verbo apostólico, inspirado, siempre, en las más nobles causas y en los más generosos ideales (...) Inmensa muchedumbre estudiantil y obrera aplaudió, frenéticamente, la inspirada y cálida oración del maestro...”. Cf. *Varietades*, no. 793, Lima, 12 de mayo de 1923.

9 V. Hugo Biagini, “El movimiento reformista y sus mentores”, en H. Biagini (dir.), *La Universidad de La Plata y el Movimiento Estudiantil: desde sus orígenes hasta 1930*, La Plata, 1999, p. 203, n. 67.

10 Luis A. Sánchez, *Haya de la Torre...*, cit., p. 78. La gira de Haya había surgido de un convenio firmado con el presidente de la Federación Universitaria Argentina, Gabriel del Mazo, con quien mantenía continua correspondencia desde 1919. Según recuerda del Mazo, al llegar Haya a Buenos Aires “quedamos prendidos de su simpatía. No lo dejábamos irse”. La relación entre ambos dirigentes continuó por más de cincuenta años (las cartas del peruano al argentino, según éste, superaron las dos mil carillas). Por intermediación de Haya, del Mazo recibió a los jóvenes peruanos exiliados en 1925, y luego colaboró activamente en la publicación del primer libro de Haya editado por ellos en Buenos Aires en 1927, *Por la Emancipación de América Latina* (a la sazón dedicado al mismo del Mazo). Posteriormente, tuvo especial incidencia también en la publicación de otros libros del líder peruano. Todos estos datos en Gabriel del Mazo, *Vida de un político argentino. Convocatoria de recuerdos*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1976, pp. 215-225 (la cita es de p. 216).

11 V. “Crónica del viaje de Haya de la Torre por Uruguay, Argentina y Chile”, *La Crónica*, Lima, 27 de junio de 1922, reproducido en Gabriel del Mazo (comp.), *La Reforma Universitaria*, tomo VI, Buenos Aires, Gráfica Ferrara Hnos., 1927, p. 149.

grande movimiento de revolución espiritual producido en América en los últimos tiempos".¹²

Con esos precedentes, entonces, y mientras Haya comenzaba a adquirir continua presencia en la escena intelectual y periodística argentina gracias sobre todo a su prolífica tendencia a la colaboración en numerosas publicaciones, varias de las principales figuras que lo habían secundado en las acciones más resonantes del reformismo peruano se exilian en Buenos Aires o La Plata.¹³ Aunque la llegada se produce en diferentes camadas, es sobre todo hacia fines de 1924 cuando varios jóvenes, docentes en su mayoría de las Universidades Populares González Prada, arriban desde el Perú, en un hecho que rápidamente concita la atención de los medios intelectuales y reformistas locales.¹⁴

Ahora bien: ¿qué rasgos distinguían al medio reformista argentino con el que entraban en contacto los emigrados provenientes del Perú? Conviene detenernos un momento en este asunto. El 22 de noviembre de 1918 José Ingenieros ofrecía en el Teatro Nuevo de Buenos Aires su famosa conferencia titulada "Significación histórica del movimiento maximalista". Ante un auditorio rebosante de público, Ingenieros presentaba una visión netamente celebratoria del proceso revolucionario ruso, en un gesto de radicalización ideológica que inauguraba lo que a la postre sería la última fase de un periplo intelectual que lo encontraba reconciliado ahora con la retórica anticapitalista de juventud que había sabido cultivar en la revista **La Montaña**.¹⁵ Saludando a un tiempo a la Revolución Rusa y a la Reforma Universitaria iniciada apenas meses antes, Ingenieros asistía a su consagración como maestro y guía intelectual de una "nueva generación" que en los años siguientes no pondrá excesivos re-

paros a la hora de confirmarlo en esa posición. Ciertamente, al tiempo que en esa conferencia azuzaba a su auditorio a adoptar posiciones no contemplativas con el viejo mundo que creía ver fenecer bajo el doble impacto de la guerra mundial y la revolución, y a llevar a cabo el precepto maximalista que indicaba para la hora aplicar "el máximo de reformas", Ingenieros eludía brindar precisiones acerca de cuáles eran las que tocaba realizar en la situación argentina. Luego de profetizar que la revolución social que se cernía sobre Europa, como todos los grandes acontecimientos de ese continente, abasaría inevitablemente a los países americanos, Ingenieros concluía su alocución de un modo sin embargo modesto:

¿Qué hacer, pues, frente a las aspiraciones maximalistas? Depende. Los que tengan anhelos de justicia, para ellos o para sus hijos, pueden saludarlas con simpatía; los que no crean que pueden beneficiarlos, deben recibirlas sin miedo. Eso es lo esencial: ser optimistas y no temer lo inevitable (...) El desarrollo de esta revolución no incomodará a quienes la esperen como la cosa más natural, anticipándose a ella, preparándola, como expertos navegantes que ajustan las velas al ritmo del viento...¹⁶

Pues bien: no parece excesivo suponer que este tan moderado *qué hacer* de Ingenieros ofrece el diagrama de unos marcos que cuanto menos la corriente principal del movimiento reformista argentino de los años '20 difícilmente se animó a rebasar. Ciertamente, sobre todo en sus primeros años, la autoproclamada nueva generación, que afirmaba venir a romper con un mundo, quiso poner en práctica diversos ensayos de una posible nueva vinculación entre intelectuales y política. Pudieron frecuentarse entonces apelaciones de cuño vitalista a la acción y al heroísmo —que tenían como trasfondo filosófico la reacción contra el positivismo hegemónico hasta mediados de la segunda década del siglo—, en entonaciones que incluso pudieron anticiparse a las de los reformismos más avanzados del continente en la proclamación de la necesidad de —al decir de Adolfo Korn Villafañe— "la alianza del trabajo intelectual y el trabajo manual".¹⁷

Como ha señalado Karina Vasquez, esa apelación a llevar la Reforma Universitaria a un plano de intervención en el terreno de la política se veía sin embargo obturada por el rechazo que las instituciones y los modos de lo que usualmente se tenía por esa actividad generaban en varios conmlitones del reformismo.¹⁸ La política aparecía para los jóvenes reformistas como un escenario plagado de prácticas indignas de los nuevos ideales bajo los cuales gustaban colocarse. Desde el explícito rechazo del parlamentarismo (por ejemplo de parte del grupo universitario de

12 No sólo la familiaridad con el reformismo argentino y la admiración por algunos de sus maestros parecen haber pesado en la elección del lugar de destierro. Las penurias económicas que algunos jóvenes exiliados parecen haber enfrentado sin excesiva amargura y hasta con humor juvenilista (según se desprende de algunas cartas de Eudocio Ravines) se vieron aliviadas, en algunos casos, gracias a contactos que ciertamente excedían las amistades estudiantiles. En particular, el Ministro de Educación del gobierno de Alvear, Antonio Sagarna —antiguo Ministro Plenipotenciario en Lima—, ayudó a conseguir empleo a varios de los jóvenes peruanos. Al respecto, en una carta desde Buenos Aires de enero de 1925 de Seoane a Heysen —quien todavía se hallaba en Chile—, leemos lo siguiente: "Procura conseguir algo para el viaje. Estoy procurando solucionar aquí tu cuestión económica. He hablado al ministro de instrucción, que es amigo de los muchachos, para ver la forma de encontrarte un puesto, y tengo muchas esperanzas. Ya Cornejo lo ha conseguido. Te escribiré apenas haya algo. No te conviene quedarte en Chile, porque a lo mejor van a hacerte algo los gobernantes de allí. Acá vivimos juntos, y como te dije en carta anterior, económicamente". La carta en Luis Heysen, **Temas y obras del Perú. A la verdad por los hechos**, Lima, Enrique Bracamonte Heredia, 1977 (tercera edición aumentada), p. XXIII.

13 Así, por ejemplo, la **Revista de Oriente** impulsada por Arturo Orzábal Quintana dedicaba una página entera a —según rezaba el título— "las víctimas del tirano Leguía en el Perú: los desterrados en Buenos Aires". Oscar Herrera, María Alvarado Rivera, Luis Heysen, Eudocio Ravines, Miguel Aralles y Enrique Cornejo Koster, cada uno con su foto, breve currículum y fecha de deportación, eran así presentados al público argentino (la revista decía tener en ese momento una tirada de veinte mil ejemplares). V. **Revista de Oriente**, no. 2, Buenos Aires, julio de 1925.

14 Cfr. Oscar Terán, **José Ingenieros: pensar la nación**, Buenos Aires, Alianza, 1986, p. 86 y ss.

15 J. Ingenieros, "Significación histórica del movimiento maximalista", en **Los Tiempos Nuevos**, Buenos Aires, Losada, 1990 (ed. orig., 1921), p. 48.

16 Citado por Karina Vasquez en "Intelectuales y política: la "nueva generación" en los primeros años de la Reforma Universitaria", en **Prismas. Revista de Historia Intelectual**, no. 4, Universidad Nacional de Quilmes, 2000, p. 68.

17 *Ibid.*, p. 63.

18 Sobre el grupo Insurrexit, corriente reformista que adscribía a un "comunismo antiparlamentario", véase H. Tarcus, "Historia de una pasión revolucionaria. Hipólito Etchebehere y Mika Felman, de la Reforma Universitaria a la Guerra Civil Española", en **El Rodaballo**, no. 11/12, Buenos Aires, 2000.

izquierda Insurrexit),¹⁹ al apartidarismo que denunciaba la politiquería, el carrerismo y los lastres de la “política criolla”, los jóvenes reformistas debían velar por una independencia que se correspondía con la línea directriz trazada por Ingenieros: aquella que postulaba que “los ideales universitarios deben mantenerse libres de toda contaminación política”.²⁰

A lo largo de la década, y en la medida en que las dificultades a la hora de traducir la fuerte carga ideológica reformista en resultados prácticos allende la Universidad precipite en las filas del movimiento y en sus simpatizantes una sensación de estancamiento, cuando no de crisis, algunos de sus más decididos defensores deberán enfrentarse a una opción dilemática: o descender al reino impuro de la política, o limitar su accionar a una prédica ideológica que por repetitiva amenazaba con extinguir su eco. Algunos experimentan esta ambigüedad desde dentro, como Saúl Bagú, simpatizante del reformismo pero también militante del Partido Socialista. Bagú, alternativamente, juzgará necesario tanto defender a su partido en las usuales querellas de la política doméstica, como lanzar una dura invectiva contra el espíritu esclerosado que cree ver dominante en él, en un artículo dirigido “a los jóvenes del Partido Socialista”:

Se ha perdido el entusiasmo combativo de otros tiempos y se han apagado los ideales que antes orientaban nuestro pensamiento y nuestra acción (...) El Partido Socialista necesita de un fuerte movimiento de opinión renovadora y sólo son capaces de ello los jóvenes que no sienten los halagos de la concupiscencia, desprecian los afanes de la ambición deshonesto y se hallan desposeídos del mal que nos carcome en nuestras propias entrañas: el electoralismo (...) Vivimos graves instantes que me atrevo a calificar de crisis moral: hay como una deserción en las propias filas y una ausencia de entusiasmo comunicativo. De ese entusiasmo que

eleva en alas de un idealismo generoso! Y es que la realidad es triste y dolorosa: poseemos un grupo parlamentario nacional numeroso pero de una ineficacia general desconcertante (...) Esta situación general no se ha de corregir con circulares ni con notas más o menos ineficaces: ha de corregirse por la fuerza de gravitación de una nueva vida, de un principio nuevo de renovación que el Partido necesita, de una nueva alma que haga entusiastas a sus hombres...

Que la postura de Bagú no era meramente gestual, sino que buscaba comunicar un malestar real surgido del anhelo de renovación que era bandera de fe del reformismo del que provenía, se hace evidente atendiendo a las posibles consecuencias que el autor adivina al dar a luz el texto, que por otra parte **La Vanguardia** no había querido publicar: “ignoro si mi palabra merece la expulsión o algún otro correctivo, pero sí sé que son siempre fecundas las inquietudes suscitadas en el espíritu juvenil”.²¹

Dilemas similares aquejarán a Julio V. González, el dirigente reformista que con mayor énfasis reclamaba para la salud del movimiento el ingreso de lleno a la arena política. En un editorial de la revista **Sagitario**, que codirigía, González señalaba:

POLITICA: he aquí la nueva palabra que debe incorporar a su repertorio y colocar en primer plano la Nueva Generación (...) Aunque los partidos político existentes son malos y peor orientados; aunque acusen un bajo nivel intelectual y un estado más o menos manifiesto de corrupción y venalidad; aunque la política nacional esté regida por un crudo sensualismo del poder en vez de serlo por altos ideales, es menester no obstante, ir a ellos para procurar ponerlos al servicio de la nueva generación.²²

Un año después no era una táctica “entrista” la propiciada por González, sino la creación de un nuevo Partido Nacional Reformista que evite “que la ideología forjada con el esfuerzo de una década se pierda en la abstracción”.²³ La iniciativa —al igual que una similar proyectada por Adolfo Korn Villafañe unos años antes— recibirá pocas reacciones entusiastas, y fracasará. En 1941, siendo ya diputado por el Partido Socialista, González ofrecería un juicio retrospectivo que sintetiza el *élan* reformista que acabamos de evocar:

Ninguno, desde el '18 hasta el '30, nos hallábamos enrolados en los partidos. Nos defendíamos de ellos. Le teníamos asco a la política, y tanto asco que yo, por mi parte, intenté hacer de la reforma universitaria un partido ideal, una especie de república de Platón, desde luego irrealizable. Cayó en el vacío. Mi iniciativa fracasó. Pero

19 Tal era el título de una nota que Ingenieros —bajo el seudónimo de Raúl Cisneros— publicaba en la revista **Renovación** en 1924. América Latina, señalaba Ingenieros, debía protegerse del peligro que para la Reforma Universitaria representaban los políticos, “influencia desmoralizadora y corruptora de los ideales de la nueva generación”. Citado en Alexandra Pita, **Intelectuales, interacción e identidad regional. La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación, 1922-1930**, tesis doctoral presentada en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, México D.F., 2004, pp. 74-75. Ciertamente, esa proclamada apoliticidad depende de aquello que convenga entenderse bajo el vocablo “política”. Así, acaso puede acordarse con Fernando Rodríguez que las revistas culturales surgidas en el período bajo el signo reformista constituyeron “formas originales de acción pública” y un “ámbito de la militancia moderna”. V. F. Rodríguez, “Inicial, Sagitario y Valoraciones. Una aproximación a las letras y la política de la nueva generación americana”, en Saúl Sosnowski (ed.), **La cultura de un siglo. América Latina en sus revistas**, Buenos Aires, Alianza, 1999, p. 219; y F. Rodríguez, “Estudio preliminar” a **Inicial. Revista de la nueva generación (1923-1927)**, Buenos Aires, UNQUI, 2003, p. 8. Una perspectiva convergente puede hallarse en Horacio Tarcus, “Revistas, intelectuales y formaciones culturales izquierdistas en la Argentina de los '20”, en **Revista Iberoamericana**, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburg, 2004.

20 Saúl Bagú, “A los jóvenes del Partido Socialista”, **Claridad**, no. 136, 10 de junio de 1927. Tal castigo no parece haberse producido, pero tampoco el artículo generó el debate y el cambio de orientación que buscaba propiciar. Al parecer, el malestar de Bagú fue acallado por las tormentas internas del partido que derivaron en la escisión del sector que conformaría el Partido Socialista Independiente.

21 **Sagitario**, no. 7, octubre-noviembre de 1926, citado por Fernando Rodríguez y Liliana Cattáneo en “Ariel exasperado: avatares de la Reforma Universitaria en la década del veinte”, en **Prismas. Revista de historia intelectual**, no. 4, Universidad Nacional de Quilmes, 2000, p. 54.

22 Julio V. González, “El Partido Nacional Reformista”, en **Revista de Filosofía**, septiembre de 1927.

23 Julio V. González, **La Universidad, teoría y acción de la Reforma**, Buenos Aires, 1945, p. 147, citado en J. C. Portantiero, **Estudiantes y política...**, cit., p. 88.

tal era la aprensión que le teníamos a la política que, de ir a ella, lo hubiéramos hecho formando partido propio: el de la Nueva Generación.²⁴

Las razones del fracaso en la concreción de un dispositivo político orgánico por parte del reformismo son seguramente variadas y complejas.²⁵ Lo que nos interesa subrayar aquí, como ya han hecho Liliana Cattáneo y Fernando Rodríguez, es el modo en que en el reformismo argentino —al menos en sus expresiones más genuinas y representativas— pervivía un estilo de intervención intelectual encadenado todavía al sustrato arielista-iluminista (en el sentido de una acción, llevada a cabo por individuos destacados o minorías dotadas, limitada a la tarea de ilustrar al pueblo a través de la promoción y difusión de ideas), estilo con el cual tendrán que lidiar los exiliados apristas.

Haya de la Torre: la política como obsesión

César Vallejo escribe que, mientras Haya de la Torre piensa que la **Divina comedia** y el **Quijote** tienen un substrato político, Vicente Huidobro pretende que el arte es independiente de la política (...) En esta, como en otras cosas, estoy naturalmente con Haya de la Torre. Si política es para Huidobro, exclusivamente, la del Palais Bourbon, claro está que podemos reconocerle a su arte toda la autonomía que quiera. Pero el caso es que la política, para Haya y para mí, que la sentimos elevada a la categoría de una religión, como dice Unamuno, es la trama misma de la historia. En las épocas clásicas, o de plenitud de un orden, la política puede ser sólo administración y parlamento; en las épocas románticas o de crisis de un orden, la política ocupa el primer plano de la vida.

J. C. Mariátegui, *“Arte, revolución y decadencia”* (1926)²⁶

24 Tulio Halperin Donghi ha señalado al respecto que la estructura social argentina, más compleja y diversificada que la de otros países como Perú o Cuba, se avenía menos a aceptar liderazgos provenientes del ámbito estudiantil. Halperin añade otro elemento no por evidente menos importante: en esos países, la existencia de regímenes dictatoriales otorgaba a los intentos reformistas visos inmediatamente subversivos, cosa que estaba lejos de ocurrir en la Argentina. Juan Carlos Portantiero, por su parte, agrega a estas razones otras ligadas a la existencia de tradiciones contestatarias y de lucha (corrientes sindicales y políticas de más largo arraigo como el sindicalismo y el comunismo, o la existencia de un socialismo que había seducido a sectores de las capas medias y que tenía representación parlamentaria desde 1904) que dejaban menos espacio a los ensayos políticos originados en sede universitaria. Cf., T. Halperin Donghi, **Historia de la Universidad de Buenos Aires**, Buenos Aires, Eudeba, 1962, p. 105; J. C. Portantiero, **Estudiantes y política...**cit., p. 87.

25 En **Amauta** no. 3, Lima, 1926, p. 4.

26 Las referencias positivas al “Oriente” son una constante en los grupos de la izquierda reformista del período. Citemos aquí apenas dos. En el no. 12 de **Renovación** de 1924, se publicaba un “Mensaje de Abd-El-Krim a los pueblos de América Latina en el centenario de Ayacucho” en el que el líder marroquí saludaba a las juventudes del continente y las instaba a proseguir la lucha antiimperialista. Poco después, la Asociación Amigos de Rusia, destinada a dar a conocer y apoyar al país de los soviets, lanzaba la **Revista de Oriente**, cuyo breve editorial inicial, titulado “Propósitos”, señalaba lo siguiente: “La última guerra europea ha acelerado el despertar de una nueva conciencia humana. Una tragedia tan inmensa no podía resultar

El proceso de la Reforma Universitaria se reveló altamente exitoso a la hora de vehiculizar referencias comunes que permitieron hilvanar una verdadera “comunidad imaginada” de estudiantes e intelectuales en una magnitud que no suele ser suficientemente bien dimensionada. Todavía más, esas referencias comunes desbordaron el espacio latinoamericano, produciendo un sentido de identidad con figuras como Upton Sinclair y Waldo Frank en los Estados Unidos, los intelectuales del grupo *Clarté!* en Francia, e incluso, en un hecho que producía un quiebre frente a las representaciones orientalistas dominantes en la Modernidad, con algunos intelectuales y políticos del “Oriente”. Y si la apelación a la juventud pudo ser un motivo que articuló ese sentimiento de camaradería común, los diversos usos del antiimperialismo del período, por su fuerza persuasiva a la hora de explicar situaciones ocurridas en rincones alejados del globo, fueron un instrumento acaso más poderoso todavía para producir esa empatía.²⁷

Es en ese marco de fluidos y numerosos contactos que debemos ubicar el proyecto aprista acuñado por Haya de la Torre. Presidente de la Federación de Estudiantes del Perú desde 1919, factótum de las Universidades Populares González Prada, y protagonista cada vez más reconocido de los mayores hitos del movimiento reformista peruano, Haya hizo de su exilio un intento por hegemonizar esa caja de resonancia continental que había generado la Reforma Universitaria. Para ello supo hacer gala de un indudable carisma y de un inagotable anhelo de visibilidad pública, a los que adosó un haz de formas de sociabilidad y estrategias de interlocución que parecieron adecuarse bien a la nueva situación continental. En efecto, Haya sabrá eficazmente fabricar tanto su propio mito como el del APRA (cada vez más indistinguibles y hasta intercambiables entre sí), y al cabo de menos de una década habrá construido tanto un partido de masas en su país, como un movimiento de aspiraciones internacionales capaz de rivalizar con el que tenía tras de sí a la más importante revolución social del siglo XX.

Lo primero que impresiona del Haya de la Torre de la década del '20 es su ubicuidad. A través de cartas, artículos de prensa, conferencias, viajes, o simplemente generando noticias, Haya se encargará de estar presente en casi todos los medios reformistas e intelectuales del continente. Por citar un caso, sólo en la célebre revista costarricense **Repertorio Americano** de Joaquín García Monge, faro cultural del pensamiento americanista, entre 1924 y 1930 se publican alrededor de 50 artículos de o

estéril. Por encima de los escombros de la guerra, Rusia encarna hoy el anhelo universal de realizar una humanidad nueva y, por eso, frente a la política imperialista de Occidente representada por los Estados Unidos, es para nosotros el símbolo de una nueva civilización. Queremos recoger en nuestras hojas el esfuerzo que a la par de Rusia, se realiza en Méjico, Marruecos, China, la India y desde el fondo de las masas obreras y campesinas de todo el mundo para divulgar entre los obreros e intelectuales de nuestro país y de toda la América del Sud”. **Revista de Oriente**, no. 1, Buenos Aires, junio de 1925, p. 1. Para un análisis de la emergencia de este discurso en los años '20, v. Martín Bergel, “Un caso de orientalismo invertido: la **Revista de Oriente** (1925-1926) y los modelos de relevo de la civilización occidental”, en **Prismas. Revista de Historia Intelectual**, no. 10, Universidad de Quilmes, 2006.

27 Jussi Pakkasvirta, “Victor Raúl Haya de la Torre en Centroamérica. ¿La primera y última fase del aprismo internacional?”, ponencia presentada en el V Congreso Centroamericano de Historia, San Salvador, 2000, p. 12.

sobre Haya de la Torre o el APRA.²⁸ En Argentina Haya escribirá en todas o casi todas las revistas de izquierda o ligadas a la “nueva generación”: **Claridad**, **Córdoba**, **Nosotros**, **Revista de Filosofía**, **Sagitario**, **Valoraciones**, **Inicial**, **Estudiantina**, **Renovación** (de la que será por un período corresponsal en Europa), **Revista de Oriente**... Incluso en **Martín Fierro**, la revista por excelencia de la vanguardia estética, aparecen referencias a Haya de la Torre. Las “impresiones de la Inglaterra imperialista”, que envía desde Londres y Oxford en 1926 y 1927 y que serán agrupadas posteriormente en un libro bajo ese nombre, se publican originalmente en los diarios argentinos **Crítica** y **La Voz del Interior**. Y, más en general, la presencia de Haya de la Torre en los años 1920 será una constante en todo el continente e incluso más allá de él.²⁹

Haya se mostrará asimismo sumamente atento con los grupos reformistas del continente, con los cuales procuraba entablar relaciones directas. Como ha señalado Tulio Halperin Donghi, esa estrategia de reconocimiento recíproco tenía el beneficio de prestigiar mutuamente a quienes daban muestras públicas de estar bajo proceso de interlocución. Esos grupos, a veces pequeños, podían ostentar la amistad y el reconocimiento de quien se erigía como la figura prototípica del *leader* americano; Haya, por su parte, podía exhibir entre sus logros la influencia siempre en ascenso de su prédica.³⁰ Esa influencia crecía en la medida

28 Así como de la abundante correspondencia de Haya sólo se conoce una porción reducida, estamos lejos de poseer un mapa completo de las publicaciones en las que el peruano colaboró en estos años. Con todo, es probable que muy pocos latinoamericanos hayan tenido una presencia tan extendida en medios de todo el mundo. Si damos crédito a afirmaciones del propio Haya, por ejemplo, algunos artículos que envió a partir de su viaje a Rusia, a fines de 1924, fueron publicados “en más de cincuenta periódicos o revistas de Sur y Centro América, las Antillas y México”. Cf. Haya de la Torre, **Impresiones de la Inglaterra imperialista y la Rusia soviética**, Buenos Aires, Claridad, 1932, p. 91. Asimismo, su conocimiento del inglés y los contactos que supo granjearse a partir de un sinnúmero de relaciones que incluían la amistad de figuras de la talla de Albert Einstein y Romain Rolland, le abrieron las puertas de reconocidas publicaciones universitarias, periodísticas y políticas tales como **Foreign Affairs**, **The New Leader**, **The Labour Monthly**, **The Lansburg Weekly** y **The Socialist Review** (órgano del Partido Laborista) en Inglaterra, **The Nation** y **The Living Age**, en Estados Unidos, **Pravda**, en Rusia, o la célebre **Europe**, de París, entre muchas otras.

29 Tulio Halperin Donghi, **Vida y muerte de la República Verdadera (1910-1930)**, Buenos Aires, Ariel, 1999, p. 117.

30 Citemos dos ejemplos. En 1925 Haya envía la siguiente carta a la revista **Estudiantina**, la publicación de los estudiantes del Colegio Nacional dependiente de la Universidad de La Plata: “A los compañeros redactores de **Estudiantina**: Gabriel del Mazo, nuestro compañero y nuestro amigo, a cuyo nombre está en gran parte ligada la gloria de la revolución universitaria argentina y la gloria —ésta más rara— de la lealtad absoluta y vigilante a sus principios, me ha enviado un número de **Estudiantina** y me pide unas líneas para sus páginas. Lo hago sin tardanza, porque es mi deber. A toda voz de vanguardia de la juventud de nuestra América he de responder yo como soldado, a grito de mando (...). Yo he entendido siempre la Reforma universitaria como todo lo contrario al refinamiento de un sistema que creara mejor, es decir, más definida y más fuerte, una casta profesional. Mi concepto de la reforma es justamente el opuesto (...) Convertir al estudiante en simple obrero intelectual, con conciencia de clase de simple obrero intelectual (...) Y en el Perú no hemos hecho otra cosa. Primero aireamos la vieja y carcomida Universidad de San Marcos (...) Luego fuimos más allá, y al costado de la Universidad rejuvenecida, pero nada más que rejuvenecida por la Revolución, creamos otra joven, fuerte, e hija suya quizá pero como hija “zarastriana”, hija vencedora de la madre: nuestra Universidad Popular González Prada, donde fundimos nuestros esfuerzos y nuestro

en que Haya sabía utilizar distintas estrategias de enunciación: si podía escribir artículos de propaganda general, o manifiestos —como el ya mencionado “Qué es el APRA?”, publicado primero en inglés, desde su exilio en Londres, y luego traducido a siete idiomas y reproducido en numerosas publicaciones—, a la hora de establecer contacto con grupos concretos se dirigía a ellos en segunda persona, procurando atender a la situación particular de cada interlocutor.³¹

Así, sobre todo hasta que sobrevengan sus agrias polémicas con los medios culturales comunistas, Haya gozará de una indeclinable y generalizada admiración. El líder peruano aparecía siempre asociado a valores que la nueva generación tenía en alta estima: la acción, el coraje, el heroísmo, la capacidad intelectual, la juventud, todo ello al servicio de un programa, el aprista, cuyos famosos cinco puntos no podían sino suscitar la simpatía de cualquier joven librepensador o de izquierdas.³² Ciertamente,

credo revolucionario con la rebelión dolorosa de los trabajadores (...) Muchachos de **Estudiantina**: os envío un saludo cordialmente fraternal. Y ya os repito: estamos juntos, porque nuestro deber de jóvenes y de revolucionarios lo impone...”. Reproducido en Portantiero, **Estudiantes y Política**...cit., pp. 356-358. Se ve que la operación de Haya busca producir un sentimiento de comunidad, para luego subordinarlo a la historia heroica y al proyecto de los más avanzados reformistas: los estudiantes peruanos de quienes es líder. Esta estrategia es todavía más explícita en una carta fechada en Oxford el 22 de febrero de 1927: “Compañeros estudiantes de La Plata: Nuestra generación tiene ante sí una gloriosa tarea histórica: luchar contra el imperialismo. Esa lucha no puede realizarse sin una fuerza organizada, disciplinada, conjunta de todas las fuerzas populares que afecta y explota el avance imperialista. La unión de los trabajadores manuales e intelectuales para esta lucha, en un gran frente de acción contra el imperialismo y contra las clases dominantes que tienen el poder político de nuestros países en sus manos y lo usan para vender la soberanía nacional, es indispensable. Yo invito a los estudiantes de La Plata, a entrar francamente en esa gran frente único, en esa gran alianza de pueblos que representa el APRA, cuyas banderas empiezan a flamear de norte a sur en América Latina...”. Carta reproducida en Luis Heysen, **Temas y obras del Perú**, cit., p. 39.

31 Esos cinco puntos, reproducidos también en varias revistas argentinas, eran: 1- Acción contra el Imperialismo Yanqui; 2- Por la Unidad política de América Latina; 3- Por la nacionalización de tierras e industrias; 4- Por la internacionalización del Canal de Panamá; 5- Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo.

32 Un episodio es revelador de la puntilliosidad con que el joven Haya de la Torre velaba por su imagen en todo el espacio público reformista latinoamericano. En 1927, Salomón Wapnir, joven argentino del Partido Socialista y conmovido admirador de Haya (ese año publicará un breve libro, **La Sombra Imperialista**, expresamente dedicado a reconstruir y ensalzar su vida, sus ideas y su militancia), inicia en la revista **Claridad** —de cuya redacción años más tarde formará parte— una polémica que se prolongará por varios números. Wapnir critica a la dirección de la revista por publicar poemas del escritor arequipeño Alberto Guillén, “quien ha merecido el repudio de toda la juventud peruana por su traición a Víctor Raúl Haya de la Torre (...) [al haber] puesto su pluma y su talento al servicio del tirano Leguía” (Cf. **Claridad**, no. 144, Buenos Aires, 12 de octubre de 1927). La denuncia generará una serie de intervenciones sucesivas de la redacción de la revista —que decide continuar publicando al poeta hasta tanto no se esclarezca el asunto, la célula aprista de Buenos Aires, nuevamente Wapnir, y los propios Haya y Guillén. Este último, termina enrostrando al líder peruano tener a su vez un pasado leguista. En verdad, tal reproche podía no representar una ofensa grave, en tanto Leguía, como Yrigoyen en Argentina, apoyó en sus primeros años de gobierno a la Reforma Universitaria (al punto que en 1919 pudo ser aclamado “maestro de juventud”). Pero a los ojos del Haya de los años ‘20, heredero de la iracundia libertaria del único maestro peruano que reconocía, Manuel González Prada, cualquier vinculación con el poder y sus beneficios resultaba insultante. Así, dirige a **Repertorio Americano** una larga carta “autobiográfica” en la que narra detalladamente las vicisitudes de la vida ascética que le había tocado llevar en Lima luego de llegado de su Trujillo natal.

el éxito de Haya a la hora de aparecer vinculado a esos valores se debía en parte a su tendencia a narrar públicamente trazos de su biografía (o de la del movimiento que lideraba) que dejaran traslucirlos.³³ Como ha apuntado Ricardo Melgar Bao, la construcción deliberada de una imagen de Haya y de otros apristas como mártires, eternos perseguidos del poder, contribuyó a dar mayor entidad al mito del líder peruano.³⁴

Con todo, resulta difícil no convenir en que por entonces la zumbona prédica de Haya, más allá de su eficacia, atribuía al APRA “proyecciones nacionales y continentales en buena medida imaginarias”.³⁵ Como apunta Peter Klarén, los apristas convencidos no eran hacia el final de la década del '20 más que “un puñado de estudiantes entusiastas”.³⁶ Todo movimiento político de alcance transnacional se alimenta en alguna medida de una dimensión imaginaria irreductible a datos empíricos concretos, siempre difíciles de corroborar en esa escala. Haya parece haber sido consciente de ese rasgo, y supo explotarlo para sus fines mistificando las dimensiones reales de su movimiento.

El APRA no será sin embargo la única entidad que por esos años buscará traducir en organización la extendida sensibilidad antiimperialista y americanista. A fines de 1924 en la ciudad de México se crea la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA), ligada a la Tercera Internacional, que tendrá filiales y relaciones en varios países. Y en marzo de 1925 se fundaba en Buenos Aires, bajo la dirección intelectual de Ingenieros y la presidencia de Alfredo Palacios, la Unión Latinoamericana (ULA). Esta entidad fue la organización antiimperialista de mayor envergadura en la Argentina de los años '20, y tuvo la adhesión de una importante cantidad de figuras del medio intelectual y reformista del país. La ULA, que perseguía también la unidad continental como condición para enfrentar más eficazmente al imperialismo, desarrolló acciones atinentes a la creación de filiales en otros países latinoamericanos. Estos intentos —que incluyeron viajes de algunos miembros de la entidad, como el de su vicepresidente Carlos Sánchez Viamonte al Brasil, el de Julio Barcos a Chile, o el del mismo Ingenieros a México— no alcanzaron a cumplir

sus propósitos.³⁷ Pero lo que interesa consignar aquí es como en esos años se asiste a una superposición de organizaciones y tentativas (de las cuales aquí sólo consideramos las más importantes) que compiten por agrupar tras de sí a las juventudes reformistas y antiimperialistas.

Haya de la Torre se persuade de esta situación, y sobre la marcha procura desarrollar rasgos que diferencien al APRA de las otras organizaciones antiimperialistas. En “¿Qué es el APRA?”, publicado entre otros sitios en la **Revista de Filosofía** dirigida por Aníbal Ponce bajo el título “Alianza Popular Revolucionaria Americana”, se ocupará de mostrar las ventajas de su corriente:

Se había ya enunciado el hecho económico del imperialismo, pero no sus características de clase y la táctica de lucha para defendernos de él. De las Universidades Populares González Prada se lanza la primera voz en este sentido en 1923, invocando la unión de la juventud de trabajadores manuales e intelectuales para una acción revolucionaria contra el imperialismo (véase **Córdoba**, primera semana de febrero de 1924) En el año de 1924 la Primera Liga Antiimperialista Panamericana fue fundada en México y la Unión Latinoamericana en Buenos Aires. La Liga Antiimperialista fue el primer paso concreto hacia la unión del Frente Unico de Obreros, Campesinos y Estudiantes proclamado por las Universidades Populares González Prada del Perú y bautizado con sangre en la masacre de Lima del 23 de mayo de 1923, por el gobierno del Perú, “made in USA”. La Unión Latinoamericana de Buenos Aires fue fundada como el Frente Unico de los Intelectuales. *Pero la Liga Antiimperialista Panamericana no enunció un programa político sino de resistencia al imperialismo, y la Unión Latinoamericana se limitó a fines de acción intelectual.* Cuando a fines de 1924 se enuncia el programa de la APRA presenta ya un programa revolucionario de acción política y de llamamiento a todas las fuerzas dispersas a unirse en un solo Frente Unico.³⁸

La descalificación de la Liga Antiimperialista se incrementará sobre todo luego del Congreso Mundial Antiimperialista de Bruselas, de febrero de 1927, al que Haya se hace invitar —como le dirá a Eudocio Ravines, con quien acude a la cita— para “llamar la atención de nuestro movimiento; que se fijen en el APRA”.³⁹ Desde entonces, las diatribas cruzadas entre apristas y comunistas serán una constante. Así, en ese mismo 1927 un editorial de **La Correspondencia Sudamericana** —la publicación del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista—, ante la

El repaso de la sacrificada vida laboral que no abandona ni siquiera ante la elevación de su prestigio como líder estudiantil (en un hilo narrativo que será luego reprisado por su biógrafo L. A. Sánchez) le sirve para diferenciarse de otros “centenares de jóvenes” (Mariátegui entre ellos, “enviado a Europa, pensionado y protegido”) que sí habrían usufructuado la sensibilidad inicial hacia los universitarios de quien ahora era tirano: “Fácil me era, pues, llegar hasta Leguía. Todo aquel que quiso fue leguista y fue leguista afortunado (...) Yo fui invitado varias veces pero nunca acepté (...) Volví a mi trabajo de cinco libras en el que había tenido por primera vez —curva descendente del niño mimado del viejo hogar provinciano y tranquilo— hambre, hambre efectiva, hambre de estudiante que es casi como hambre de político...”. Cf. Haya de la Torre, “Autobiográfica”, **Repertorio Americano**, no. 4, tomo XVII, San José de Costa Rica, 28 de julio de 1928, pp. 2-3, luego publicado por intermediación de Wapnir también en **Claridad**, no. 166, Buenos Aires, septiembre de 1928.

33 Ricardo Melgar Bao, **Redes e Imaginarios del exilio en México y América Latina: 1934-1940**, México, Libros en Red, 2003.

34 Halperin Donghi, **Vida y muerte**...cit., p. 117.

35 Peter Klarén, **Formación de las haciendas azucareras y orígenes del APRA**, Lima, IEP, 1973, p. 205.

36 A. Pita, **Intelectuales, integración e identidad regional**... cit., pp. 120-123.

37 V. R. Haya de la Torre, “La Alianza Popular Revolucionaria Americana”, en **Revista de Filosofía**, Buenos Aires, año 13, vol. 25, no. 3, mayo de 1927 (subrayado nuestro).

38 E. Ravines, **La Gran Estafa**, cit., p. 105.

39 Cf. “¿Contra el Partido Comunista?”, **La Correspondencia Sudamericana**, año II, no. 29, 15 de agosto de 1927, pp. 1-5, publicado y comentado por José Aricó en una selección de documentos relativos al comunismo peruano entre 1927 y 1935, **Socialismo y Participación**, no. 11, CEDEP, Lima, 1980 (las citas son de pp. 18 y 19). Según Aricó, el texto, sin firma, presumiblemente fue escrito por Rodolfo Ghioldi.



creciente presencia del APRA y la aparición en Buenos Aires de **Por la Emancipación de América Latina**, el primer libro de Haya, considera que “ha llegado el momento de puntualizar claramente los diversos aspectos del problema que plantea las modalidades, estructura y fines de esta nueva organización”. Y a continuación desarrolla una serie de posiciones que buscaban desacreditar al APRA, entre las cuales aparecía un argumento que la crítica comunista iría a retomar una y otra vez (por ejemplo en el conocido opúsculo de Julio Mella “¿Qué es el ARPA?”): Haya de la Torre, según el editorial, “sobrestima indebidamente las fuerzas universitarias en el movimiento antiimperialista, colocándolas a la vanguardia y concediéndoles una función primordial”.⁴⁰ El líder peruano, y en su senda otros apristas, no se quedarán atrás. Una porción de **El Antiimperialismo y el APRA**, por ejemplo, el texto doctrinario de mayores pretensiones escrito en esos años por Haya (su factura es de 1928, aunque recién se publica en 1936), estará destinada a desplegar un conjunto de invectivas contra las formaciones que respondían a la Tercera Internacional, entre ellas la LADLA, a quienes juzga inficionadas de europeísmo y poco atentas a la realidad americana. No nos toca aquí sin embargo adentrarnos en la polémica doctrinaria entre apristas y comunistas, por otra parte suficientemente abordada por una vasta literatura. En cambio, sí nos interesa subrayar que es posible entender esta sorda contienda en una clave más política que ideológica. En la coyuntura 1927-28 que acabamos de referir la doctrina aprista no se había aún estabilizado, y estaba todavía lejos de las derivas que luego adoptaría. Todavía más, los puntos de vista y referencias comunes entre apristas y comunistas eran legión. En “¿Qué es el APRA?”, el manifiesto de fines de 1926, se mentaba la lucha de clases para concluir que “la organización de nuestra economía sobre las bases socialistas de la producción es nuestra única alternativa”. Y en 1928, polemizando con las posiciones del comunista Paulino González Alberdi a propósito de establecer un balance de la Reforma, Haya podía reivindicar “un marxismo integral” frente a las desfiguraciones que creía ver en la interpretación de su contrincante.⁴¹ En suma, no es que no

existieran acentos y caracterizaciones divergentes, pero acaso ellos surgieron (o al menos alcanzaron perfiles definidos) más como un efecto que como una causa del conflicto que surgía ante todo de la competencia política por hegemonizar la extendida sensibilidad antiimperialista que se desplegaba en el continente.⁴²

Las relaciones con la Unión Latinoamericana, en cambio, serán siempre más sutiles. Como veremos, la competencia entre ambas organizaciones podía disimularse o incluso —gracias al concurso de los exiliados apristas— transfigurarse en cooperación. Ciertamente, la principal crítica a la ULA, de la cual surgía por oposición el carácter superior del APRA, residía en los límites de una organización conformada meramente por intelectuales y circunscripta a prácticas de tipo intelectual. Como hemos visto, eran esas en efecto las disposiciones habituales en el reformismo argentino.

Con todo, a Haya le interesaba resaltar esa diferencia de carácter entre las organizaciones, que a sus ojos hacía tanto más atractivo al APRA. ¿Cómo hacerlo, siendo que parecía profesar por varios de los integrantes de la ULA sincera admiración? La operación de Haya a menudo consistió en subrayar el carácter de maestros de la nueva generación de varias de las figuras de la ULA, para en el mismo movimiento sugerir que esa posición no era la más necesitada para la acuciante hora latinoamericana. En un texto escrito en Londres a fines de 1925 y enviado a la revista **Sagitario** a modo de homenaje por el fallecimiento de Ingenieros, Haya señalaba:

No olvidaré jamás su discurso en la Sala de la Societé des Savants de París durante la demostración antiimpe-

y clases oprimidas del mundo”. Asimismo, en un mensaje dirigido desde Buenos Aires a los estudiantes pero sobre todo a los obreros que aún conformaban en las difíciles condiciones de 1927 las Universidades Populares González Prada en el Perú, tres jóvenes ex profesores, ahora exiliados, señalaban que “nuestro movimiento emancipador necesaria y lógicamente tiene que eslabonarse al movimiento revolucionario del proletariado mundial” (al tiempo que concluían solicitando a sus interlocutores “actividad, disciplina y trabajo, pues creemos con el maestro Marx en la necesidad de la revolución liberadora, ya que en ella ‘los proletarios no pueden perder más que sus cadenas, y tienen en cambio un mundo por ganar’”). V. “Mensaje de los profesores Oscar Herrera, Luis E. Heysen y Enrique Cornejo [Koster]”, **Boletín de las Universidades Populares González Prada**, no. 1, Lima, enero de 1927, pp. 6-7. Por otra parte, una de las principales acusaciones de los comunistas al APRA no descansaba en cuestiones estrictamente ideológicas sino de táctica política y, en última instancia, de relaciones de poder. En efecto, en el editorial ya citado de **La Correspondencia Sudamericana** la imputación central al APRA radicaba en su pretensión de ser, a un tiempo, “frente único” y “partido”: “¿Qué dice ser el APRA? El frente único antiimperialista. ¿Por qué se prescinde entonces de la Liga Antiimperialista? Pero el APRA pretende ser un partido, no un bloque real de frente único”. Cf. “Contra el Partido Comunista?”, cit., p. 18. Consignemos aquí al pasar que este asunto también será uno de los puntos claves de ruptura entre Haya y Mariátegui en 1928. Como éste último escribía a Ravines, Haya cultivaba “la tendencia a constituir el APRA como partido y no como alianza” (cf. carta de Mariátegui a Ravines del 31 de diciembre de 1928 en **Mariátegui Total**, t. 1, Lima, Amauta, 1994, p. 1959), hecho que le había sido enfáticamente ratificado por el propio líder aprista en una carta escrita unos meses antes: “El APRA es partido, alianza y frente. ¿Imposible? Ya verá usted que sí. No porque en Europa no haya nada parecido no podrá dejar de haberlo en América. En Europa tampoco había rascacielos ni hay antropófagos” (cf. carta de Haya de la Torre a Mariátegui, México, 20 de mayo de 1928, en *ibid.*, p. 1901).

42 V. R. Haya de la Torre, “José Ingenieros”, en **Sagitario**, no. 5, La Plata, enero-marzo de 1926, p. 185.

40 Cfr. V. R. Haya de la Torre, “La Reforma Universitaria”, reproducido en J. C. Portantiero, **Estudiantes y Política**..., cit., p. 398. En un importante trabajo, Pedro Planas y Hugo Vallenas han insistido en la necesidad de contextualizar el pensamiento de Haya en función de no atribuirle rasgos sólo cristalizados posteriormente. Estos autores destacan los “estudios intensivos de marxismo” que Haya realizara en Inglaterra desde 1925, y la afinidad ideológica entre apristas y comunistas hasta por lo menos finales de la década. En una carta de 1926 que citan, Haya recomienda al también aprista Esteban Pavletich “dar a nuestro movimiento un carácter realmente comunista, marxista-leninista (...) sin decirlo (...) procediendo como tales”. Y en otra de 1929 dirigida a César Mendoza, Haya asevera que “los nombres y las adhesiones no significan nada. Hay que preparar la revolución y esto es lo único marxista”. Cf. P. Planas y H. Vallenas, “Haya de la Torre en su espacio y en su tiempo...”, cit., pp. 109, 111 y 112. En una vena afín, José Aricó sugería que difícilmente las diferencias entre aprismo y marxismo que pueden derivarse de algunos tramos de **El Antiimperialismo y el APRA** no obedezcan a cambios realizados al momento de publicarse el texto, en 1936. Cf. “Mariátegui y la formación del Partido Socialista del Perú”, **Socialismo y Participación**, no. 11, CEDEP, Lima, 1980, p. 145, n. 9.

41 Es posible pensar, por ejemplo, que la distancia frente al internacionalismo y el repliegue en posiciones antieuropeístas, americanistas o directamente nacionalistas, se afirma en el discurso aprista sólo a partir de la necesidad de fundar una legitimidad alternativa a las posiciones comunistas (o mariáteguistas) que preconizaban la revolución mundial. Recordemos que el último de los cinco puntos del programa de “¿Qué es el APRA?” proclamaba “la solidaridad con todos los pueblos

rialista que los latinoamericanos realizamos a su llamado el 29 de junio. Me pareció admirable su honradez para rectificarse, para declarar que había sido un equivocado durante la Gran Guerra y un equivocado en su anterior admiración a los Estados Unidos. Con una sinceridad superior declaró que su nuevo camino era el que nuestra generación latinoamericana señalaba (...) Más que nunca, aquella noche memorable, Ingenieros fue maestro; se rectificó con valentía y vivificándose en la nueva fe de nuestra generación se declaró guiado por ella y no guía. Pero, he de decirlo una vez más, Ingenieros fue entonces, más que nunca, maestro.⁴³

Si a Ingenieros le cabía con tanta holgura el rótulo de maestro, era efectivamente porque además de serlo sabía dejar paso y aún reverenciar a sus jóvenes discípulos convertidos en vanguardia del movimiento continental.⁴⁴

Ahora bien: si el prestigio de Ingenieros no representaba una amenaza para las ambiciones de Haya —por el doble motivo de que se reservaba deliberadamente para sí un rol de intelectual más que de político *strictu sensu*, y porque además muere prematuramente en 1925—, más compleja se presentaban a priori las relaciones con la otra figura eminente de la ULA, Alfredo Palacios, éste sí bien acostumbrado a las lides de la política. No obstante, frente a eventuales tirantezas potencialmente derivables de compartir un mismo campo político entonces en expansión,⁴⁵ Haya de la Torre una vez más pudo hacer gala de un rasgo de su personalidad que no le escaseaba: el de la audacia. En un intercambio epistolar entre ambos hombres a comienzos de 1927, tras confesarse mutua simpatía y salvar un diferendo surgido luego de que el peruano criticara a Palacios por favorecer indirectamente a Leguía con su postura pro-peruana en la cuestión de “las provincias cautivas” (Tacna y Arica), Haya se despacha con la siguiente propuesta:

Pero no importa que estemos en desacuerdo en este punto [En referencia al tema del conflicto Chile-Perú]. Quiero —con el mismo tono confidencial de su carta

y de ésta— referirme a otro: la formación definitiva de nuestro Frente Unico de trabajadores manuales e intelectuales y la aceptación de la ULA a los principios que la APRA sostiene. La APRA es y trata de ser ante todo Alianza, no un partido sólo, sino una alianza o federación de fuerzas. Donde se pueda la APRA será partido, donde no sea posible será sólo alianza, en todas partes Frente unido antiimperialista (...) Creo que usted alentando la APRA, saludando y adhiriendo a sus postulados, procurando la adhesión de la ULA al frente único que venimos tratando de formar desde hace varios años, dará al movimiento un definido carácter latinoamericano, autónomo, popular y fuerte. En el Perú la APRA será partido, como el Kuomintang, para conquistar el poder y derribar a los imperialistas; eso mismo puede ser en Bolivia, Venezuela, Colombia, Centroamérica, etc. En Argentina y Chile puede ser simplemente frente único, alianza popular de fuerzas, foco central de acción y ayuda. Todos los elementos dispersos, los sindicatos manuales e intelectuales divididos, los intelectuales alejados, los movimientos de clases medias y de fracciones socialistas, liberales, etc., podrían ser comprendidos en la sección argentina de la APRA (...) Si usted se encontrara favorablemente dispuesto a este proyecto, yo haré lo posible para ir a la Argentina en junio aunque sea por un breve plazo, y esté usted seguro que habremos salvado la causa antiimperialista del riesgo que corre...⁴⁶

El texto, fechado en Oxford el 17 de febrero de 1927, agrega luego que fue después de asistir al Congreso Antiimperialista de Bruselas, hegemonizado por los comunistas, que Haya se decidió a realizar la propuesta. La carta, en ese sentido, puede interpretarse desde los dos ángulos que tramaban la relación entre ambas organizaciones (complementariedad y cooperación, o competencia): en ella puede leerse tanto un llamado a establecer un frente común ante el avance de la Komintern y otras organizaciones antiimperialistas en América Latina (y esa es la interpretación de Alexandra Pita),⁴⁷ como también una tentativa

43 Insistamos una vez más en señalar que Haya no titubeaba en afirmar que la vanguardia del movimiento antiimperialista latinoamericano emergía del Perú: “Libre de todo prejuicio provincialista y atento a la verdad debo decir que corresponde a la juventud del Perú el derecho de la vanguardia en este gran momento glorioso de los hombres nuevos de América Latina. Creo que muchas otras juventudes han sufrido tanto o más que la peruana los efectos de las tiranías reaccionarias que oprimen a estos pueblos con la complicidad, ayuda y protección del imperialismo yanqui, pero creo que la juventud del Perú ha sido la primera que ha convertido su dolor en rebeldía concreta, en enérgico impulso de acción eficaz”. V. R. Haya de la Torre, “El despertar de la América Latina”, en *Revista de Filosofía*, año 13, vol. 25, no. 1, enero de 1927.

44 Apenas un año atrás, razones lo suficientemente poco nítidas como para pensar que la del protagonismo hubo de tener algo que ver en el asunto habían deparado la salida del dinámico secretario de la ULA, Arturo Orzábal Quintana. Enemistado desde entonces con Palacios, Orzábal se decide a fundar, junto a un grupo de jóvenes seguidores, una nueva organización antiimperialista a la que bautiza con el nombre de Alianza Continental. Sobre el surgimiento y características de esta organización cf. A. Pita, *Intelectuales, integración e identidad regional...*, cit., cap. 5.

45 Carta de Haya de la Torre a Alfredo Palacios, en “Correspondencia Haya de la Torre-Palacios”, publicada en *La Ciudad Futura*, no. 2, Buenos Aires, octubre de 1987.

46 Cfr. A. Pita, *Intelectuales, integración e identidad regional...*, cit., cap. 6. Allí Pita, sin dejar de mencionar algunas eventuales tensiones, interpreta la adhesión de la ULA al APRA en términos de “una alianza” frente a la amenaza representada por el surgimiento de otras organizaciones antiimperialistas “internacionalistas” —en especial la Liga Antiimperialista Sección Argentina, de cuño prototrotskista—.

47 Esto señalaba Haya de la Torre a Manuel Ugarte en carta desde Oxford del 4 de mayo de 1927: “He recibido ya los diarios de Buenos Aires y entre ellos La Nación dando cuenta de la adhesión de la Unión Latinoamericana a la APRA. Parece que el hecho ha tenido un gran efecto en todas partes (y así lo ha comentado la prensa inglesa) porque se ve claro que los latinoamericanos tan anárquicos e individualistas, vamos entendiendo que la disciplina y la cohesión será lo único que nos salve (...) Me parece que el ejemplo de Palacios, uniéndose a nosotros será de una trascendencia extraordinaria. Yo creo honradamente que Palacios hoy es una figura de gran prestigio en América. Está demostrando una superioridad moral que me interesa y admiro (...) Lo que necesitamos ahora es organizar las fuerzas. No hay otro organismo que la APRA. Por eso Palacios y la ULA se han unido a nosotros. ¡Cuánto valdría un saludo de usted como aliento!”. La carta en *El Epistolario de Manuel Ugarte (1896-1951)*, Buenos Aires, Archivo General de la Nación, 1999, pp. 69-70. Ciertamente, si Palacios era “precursor de la nueva América”, como Haya titulaba un artículo al año siguiente (publicado en *Claridad*, no. 168, Buenos Aires, 13 de octubre de 1928), Ugarte era la otra figura señera de la causa antiimperialista

de integración subordinada de la ULA al APRA. Probablemente haya que concluir que se trató de ambas cosas.

Lo cierto es que no conocemos los términos de la respuesta de Palacios a Haya, pero otras referencias nos permiten saber que debieron ser favorables a la solicitud.⁴⁸ Así, una nota de **Renovación**, la publicación de la ULA, informaba que en una asamblea se había decidido la integración de la entidad al “Frente único continental de trabajadores manuales e intelectuales” (un modo de referir al APRA).⁴⁹ Al parecer, fue la filial cordobesa de la ULA, presidida por Deodoro Roca, la primera en avenirse a aceptar la propuesta de Haya, en un hecho que va a merecer enfáticos saludos transoceánicos desde filas apristas.⁵⁰

En lo sucesivo, Haya y Palacios no cesaron de prodigarse elogios mutuos, y la relación ya histórica de proximidad y simpatía entre el argentino y “la juventud peruana” pareció estrecharse más aún. Sin embargo, es posible pensar que la adhesión de la Unión Latinoamericana al APRA, tan celebrada por Haya, no acarreó demasiadas consecuencias prácticas (salvo ciertamente el decidido concurso de varios exiliados peruanos en la entidad unionista, del cual son acusados índices el arribo de Seoane en 1928 a su secretaría y su encumbramiento como director de **Renovación**). Tal adhesión no pareció comportar impacto real, salvo alguna excepción parcial, ni en la incorporación específica del programa y el lenguaje aprista, ni en el plano de las identidades políticas, ni menos en la adopción del *ethos* militante peruano vinculado al horizonte de una efectiva revolución continental. Así, en el mensaje que Palacios envía a la juventud peruana a través de Seoane en el momento en que éste regresa al Perú, a fines de 1930, publicado en la flamante revista **APRA** de Lima, el maestro argentino vuelve una vez más a hacer el elogio de los

que las entidades que respondían a ese credo se disputaban, tanto más cuanto el prestigio que representaba aparecía en disponibilidad. Así, por caso, la Alianza Continental se apresurará a otorgarle el título de “presidente honorario”. En este sentido, el pedido de saludo que Haya le solicitaba a Ugarte, no era el primero que efectuaba. Unos meses antes, en una carta en la que le remitía “¿Qué es el APRA?”, le decía: “desearía conocer su opinión [sobre el texto] y saber si se adheriría V. a este nuevo partido que trata de fundir a todos los antiimperialistas americanos en un organismo político” (Cf. carta de Haya a Ugarte del 26 de enero de 1927, AGN, Fondo Ugarte, Legajo 2219, Folio 141).

48 V. A. Pita, **Intelectuales, integración e identidad regional...**, cit., pp. 220-221. Lo curioso es que, según nos permite saber el documentado estudio de Pita, **Renovación** se preocupó por informar a sus lectores que la decisión no comprometía la autonomía de la ULA, que incluso ahora podía concretar el anhelo de tener filiales en otros países (sin ir más lejos, Haya de la Torre, que por entonces se hallaba en México, según la revista sería uno de los responsables de la filial en ese país). Como vemos, en la ULA parece haber existido algún nivel de preocupación por los alcances del acuerdo con Haya.

49 La flamante filial del APRA en París (cuyo responsable, tras abandonar Buenos Aires, era Eudocio Ravines) y el mismo Haya de la Torre, desde Oxford, envían a Roca sendas cartas de felicitación. Haya, exultante, luego de profetizar que “por primera vez en la historia de América vamos a constituir una fuerza política internacional verdaderamente latinoamericana por el origen, por la filiación y por el fin”, culminaba afirmando: “¡Tenía que ser de Córdoba de donde de nuevo se indicara el verdadero camino!”. Cf. ambas cartas en **Sagitario**, año 3, no. 9, La Plata, junio de 1927, pp. 397-399.

50 Cf. “Un mensaje de Alfredo Palacios”, **APRA. Órgano del frente único de trabajadores manuales e intelectuales**, cit.

hitos y figuras de la tradición de luchas representada por Haya de la Torre, al tiempo que pide que se redoblen las fuerzas en esa “nueva hora en la historia del Perú” que se ha abierto con la caída de Leguía; pero toda su generosidad y contagioso cariño no necesitan situarse en un mismo proyecto político ni nombrar una sola vez las palabras “APRA” o “aprismo”.⁵¹ He allí un índice elocuente de la exterioridad que, más allá de simpatías y ánimos compartidos, lo separa de la problemática que atraviesa de lleno a sus compañeros peruanos.

Y es que, al proponer a la ULA la conformación de esa que llama “fuerza política internacional verdaderamente latinoamericana”, Haya subestima las dificultades que surgen del afán de articular perspectivas políticas transnacionales con contextos locales. En esas dificultades habrán de bucear los fieles compañeros que acompañan su apuesta. Entre el obsesivo proselitismo de Haya y los modos del reformismo argentino, Manuel Seoane, Luis Heyesen y los demás exiliados apristas de la Argentina de los años ‘20 ocuparán un lugar de bisagra tan potencialmente productivo como eventualmente incómodo.

Manuel Seoane y Luis Heyesen: el entrelugar de los exiliados apristas

¿Qué papel juegan en esta difícil relación de competencia/cooperación entre estas organizaciones antiimperialistas latinoamericanas, que es también una relación entre culturas políticas diversas, los exiliados apristas peruanos en Argentina? Hemos señalado ya que su arribo, a mitad de la década, no pasó desapercibido en los medios reformistas. No sólo se trataba de jóvenes desterrados, sino de protagonistas de importantes episodios de lucha en los cuales se confundían la resistencia a la dictadura y los motivos iniciales de la Reforma Universitaria. En particular, la ya mencionada jornada del 23 de mayo de 1923 y la experiencia de las Universidades Populares González Prada habían dado proyección continental a Haya y al entero movimiento reformista peruano.⁵²

Conviene retener de entrada, frente a algunas fórmulas apresuradas, que el aprismo estaba en la segunda mitad de los años ‘20

51 En una carta enviada un mes después de los sucesos del 23 de mayo, Haya de la Torre pedía a José Ingenieros “alguna palabra de aliento a la agitación anticlerical que realiza en estos momentos la juventud”. Pero lo interesante, además de esta solicitud que anticipaba la “política epistolar” que hemos visto emerger profusamente en Haya en los años siguientes, es que el peruano adjuntaba además varios impactantes recortes de la primera plana de los diarios limeños en los cuales se lo veía arengando a la multitud (treinta mil personas, “universitarios y obreros”, según **La Crónica** y **El Tiempo** del 26 de mayo). V. la carta de Haya a Ingenieros, fechada el 16 de junio de 1923, en el Fondo Ingenieros del Cedinci.

52 Si en la ya citada carta a Deodoro Roca de 1927 Haya podía entusiasmarse y decir que los principios del APRA “son ya el programa de algunos miles de obreros intelectuales y manuales”, dos años después, tras el fracaso del llamado Plan de México una intontona insurreccional contra Leguía y la consecuente dispersión de algunos apristas, Haya dirá en cambio a su círculo íntimo en Europa en tono de broma que “el Partido cabe ahora en un sofá”. Este último testimonio, que Haya no hubiera proferido seguramente en público, habla de las reservas con que debe utilizarse la noción de “aprismo” en los años ‘20. Cf. “Carta de Haya de la Torre al Presidente de la filial en Córdoba de la Unión Latinoamericana”, en **Sagitario**, año 3, no. 9, junio 1927, pp. 398-399; L. A. Sánchez, **Haya de la Torre o el Político...**, cit., p. 166.

apenas en proceso de gestación. Como hemos visto, el APRA gozará de una persistente visibilidad en toda la década, sobre todo desde 1926/27. Pero, más allá de concitar simpatías, el gradiente de adhesiones a la organización será variable. En rigor, la consolidación de una identidad aprista en círculos amplios sólo tendrá lugar hacia fines de la década y, más especialmente, luego de la caída en el Perú de Leguía y la formación del Partido Aprista Peruano, en 1930.⁵³ Hasta entonces, el elenco de nombres que se aviene a colocarse a su abrigo será cambiante, como testimonian por caso la colaboración que Mariátegui presta a Haya hasta 1928, o, ya entre los exiliados, el paso breve de Eudocio Ravines por las huestes apristas.

Pero, desde otro ángulo, y en el contexto de unos años '20 de filiaciones cambiantes, grávidos en entidades e iniciativas que se reclamaban antiimperialistas y latinoamericanistas, impresiona la fidelidad del conjunto de jóvenes que, tras compartir intensos pero breves años, seguirán aún a la distancia obedientemente a Haya de la Torre. Hemos dado numerosas pruebas de los modos —a menudo desprovistos de sutileza— en que éste procura construir su propia imagen de líder continental. Con todo, y para evitar lecturas simplistas o livianamente desmitificadoras, hay que decir que los valores reclamados para sí por Haya no debían resultar demasiado extravagantes o ajenos a lo que se percibía como realidad. Porque si la distancia suele dar mayor lustre a las cosas, y así la figura romántica de Haya podía resultar cautivante para una porción significativa de la opinión pública latinoamericana y aún mundial, en este caso su capacidad persuasiva afectaba a jóvenes que habían tenido la oportunidad de conocerlo de primera mano.

Tal es el caso de Manuel Seoane y Luis Heysen, dos figuras que tras pasada la mitad de la década no dudan ya en definirse como "apristas" (y así lo harán por el resto de sus días). Puede decirse que, cuando arriban a la Argentina, cargan ya con un bagaje experiencial que determina buena parte de su acción futura. Ambos habían mantenido una relación estrecha con Haya de la Torre desde muy jóvenes. Heysen lo conoció en 1922, con apenas 19 años, y estuvo muy cerca suyo en los episodios previos a su destierro. Seoane y Haya cultivaban una amistad aún desde antes, y habían compartido muchas horas de lecturas, deportes y discusiones juveniles. Seoane provenía de una encumbrada familia civilista (conservadora), y llegó a enfrentar a Haya por la conducción de la Federación de Estudiantes del Perú en 1923. En esa ocasión fue elegido presidente, pero al enterarse que Haya había sido encarcelado declinó en su favor el cargo.⁵⁴ Pero además de haber frecuentado a quien desde entonces sería su líder, tanto Heysen como Seoane tuvieron participación directa en las jornadas de lucha contra la dictadura de Leguía. Ambas experiencias —la cercanía a Haya, el antileguísmo aguerrido y militante— parecen haberlos marcado decisivamente.

53 L. A. Sánchez, *Haya de la Torre o el Político...* cit., pp. 66, 68, y 76-77; Eugenio Chang-Rodríguez, "Introducción" a *Manuel Seoane. Páginas Escogidas*, Lima, Editorial del Congreso del Perú, 2003, p. 22.

54 Carta de E. Cornejo Koster a Luis Heysen, Buenos Aires, 20 de marzo de 1925, en Luis Heysen, *Temas y Obras del Perú...* cit., p. XXIX.

Tal es así que, a comienzos de 1925, recién exiliados, una de las primeras actividades que los reúne —junto a otros desterrados como Enrique Cornejo Koster, Oscar Herrera, Eudocio Ravines y Federico More— es el intento de "constituir un partido que tendría por fin principal el derrocamiento de Leguía".⁵⁵ Se trata de un momento inicial en el que los jóvenes peruanos parecen abrigar la esperanza de que el retorno al Perú no debería demorarse, y que la etapa argentina habría de resultar apenas un breve episodio. El clima político local, como le contaba Seoane a Heysen —pronto a abandonar Chile rumbo a La Plata— no resultaba por lo demás demasiado estimulante: "Aquí andamos con muchas dificultades para la propaganda. El ambiente es conservador, inclusive la clase estudiantil, aunque resulta una audacia mía darle colorido, porque en realidad son sólo indiferentes, individualistas, argentinistas".⁵⁶

El proyecto de constituir tempranamente un partido se interrumpe por desavenencias entre los miembros del grupo ("ni Manolo Seoane ni Federico More están de acuerdo con nuestras ideas de socialización de la tierra", dirá Cornejo Koster),⁵⁷ lo que permite ver que salvo esa identificación con los rasgos del proceso reformista-antileguísta que todos han vivenciado, no ha madurado aún entre ellos algo semejante a un programa político. Ese prematuro *impasse* (del que Haya parece estar sólo intermitentemente noticiado, preocupado como está en afincarse en algún sitio en Europa tras haber sido expulsado de Suiza luego de su viaje a Rusia) parece haber impulsado a los exiliados peruanos —que nunca dejarán de pensar en el retorno al Perú y el derrocamiento de Leguía— a integrarse más decididamente en el entramado cultural del reformismo argentino. Mientras algunos se dedican a estudiar y a formarse,⁵⁸ otros comienzan a participar e integrarse en la vida política e intelectual local.

Entre los jóvenes peruanos, Luis Heysen se afina en La Plata, donde se inscribe en la universidad y concluye los estudios de agronomía que ha abandonado en el Perú con una tesis titulada "Presente y porvenir del agro argentino", aprobada con honores y publicada por la Universidad. Pero, además, rápidamente se involucra en la vida de la militancia universitaria platense. Así, a los pocos meses de llegado, participa junto a Seoane de la delegación que en representación de la juventud reformista platense viaja al Uruguay, en un programa de intercambio

55 Carta de Manuel Seoane a Luis Heysen, Buenos Aires, 17 de enero de 1925, en Luis Heysen, *Temas y Obras del Perú...* cit., p. XXIII. El juicio parece haber sido compartido por el conjunto de los exiliados peruanos. Un año después, Cornejo Koster replica similares términos en carta a Mariátegui: "En cuanto al espíritu universitario argentino, es mejor no ocuparse, pues es enormemente burgués, egoísta y reaccionario, en veces se viste con un trajecito revolucionario". Cf. carta de Cornejo Koster a Mariátegui, Buenos Aires, 28 de mayo de 1926, en *Mariátegui Total*, cit., p. 1788.

56 Citado en Pedro Planas, *Los Orígenes del APRA. EL joven Haya*, Lima, Okura, 1987, p. 49, n. 15.

57 Según señala Ravines, "la actividad entre los círculos políticos de avanzada de Buenos Aires, me condujo a una (...) conclusión: (...) que mi ignorancia en cuestiones sociales, políticas y económicas era casi enciclopédica". Cf. Ravines, *La Gran Estafa*, cit., p. 97.

58 "Amistad Americana", en la sección de Noticias de *Sagitario*, año 1, no. 2, La Plata, julio-agosto de 1925, p. 266.



continental de maestros y estudiantes ideado por Alfredo Palacios. La crónica ofrecida por **Sagitario** —la revista platense dirigida por Julio V. González, Carlos Sánchez Viamonte y Carlos A. Amaya, representativa del sentir de los sectores reformistas más activos y políticamente comprometidos—, que los presenta como destacados miembros de la Federación de Estudiantes del Perú desterrados por el gobierno de Leguía, subraya el hecho de que ambos jóvenes se hayan “radicados fraternalmente entre nosotros”.⁵⁹

En efecto, los exiliados peruanos parecen compartir dos características gracias a las cuales pronto descubren que son bien acogidos en los espacios reformistas a los que buscan integrarse. De un lado, el ya mencionado prestigio otorgado por su pasado reciente de lucha, que algunos medios están dispuestos a reconocer rápida y a veces espontáneamente.⁶⁰ De otro, una cierta gimnasia activista, que les permite no tubear demasiado a la hora de proponerse objetivos y ofrecer iniciativas. Así, cuando Ravines escribe a Heysen, en carta de comienzos de 1925, que

pienso pasear por América —si paseo puede llamarse a esta gira forzada de vagabundo— y luego escribir un libro sobre América: mis frases tendrán todo el fuego necesario para pulverizar a los gobiernos del Perú, Bolivia y Venezuela, principalmente. Atacaré con todas mis fuerzas el imperialismo yanqui. Quisiera vivamente conocer Europa primero, y luego recorrer Cuba, Centro América, en general toda la América. Veremos si es posible.⁶¹

no hacía sino describir un espíritu, un *ethos* que subtendía el impulso vital de los jóvenes reformistas peruanos en el exilio. Viajar, escribir, agitar, pergeñar e intentar llevar a cabo revoluciones, son en efecto actividades que todos ellos desarrollarán profusamente.

Es con arreglo a ese *ethos* que debe ser entendido el arribo del joven Heysen a mediados de 1926 a la presidencia de la Federación Universitaria de La Plata, apenas poco más de un año después de haberse instalado en la ciudad. Se trataba de un hecho inédito: por primera vez un extranjero ocupaba ese cargo. Ciertamente, desde que en 1921 Benito Nazar de Anchorena ocupa la presidencia de la Universidad de La Plata, la contrarreforma se instala como un proceso real en esa que ha sido hasta entonces una universidad particularmente abierta al clamor de

59 Por ejemplo, en una nota en **Sagitario** dedicada a informar sobre la detención de Mella, “el ‘leader’ del movimiento estudiantil y proletario que persigue la redención del pueblo cubano”, inmediatamente se evocaba la figura de los peruanos exiliados: “Pero el dirigente cubano es del temple de los que con Haya de la Torre, Seoane y tantos otros, constituyen la falange inquebrantable cerrada frente a los tiranuelos y déspotas de Latinoamérica”. Cf. “Julio A. Mella”, en la sección Comentarios de **Sagitario**, año 2, no. 5, La Plata, enero-marzo 1926, p. 225.

60 Cf. carta de Eudocio Ravines a Luis Heysen, Santiago de Chile, 5 de febrero de 1925, en Luis Heysen, **Temas y Obras del Perú**..., cit., p. XXXII.

61 “La Federación Universitaria de La Plata” en la sección “Universitarias” de **Sagitario**, año 2, no. 6, abril-agosto 1926, pp. 450-451. Concluye la nota: “Como vemos, la Federación se inicia bien y cabe esperar que su presidente Heysen, formado en la lucha diaria por las ideas, ha de orientarla de acuerdo con los altos principios de reforma que requiere la juventud universitaria”.

renovación surgido desde Córdoba en 1918. En 1926, la llegada del joven peruano a la presidencia de la FULP parece destinada a ofrecer nuevas ínfulas al reformismo platense. Así cree entenderlo **Sagitario**:

La Federación Universitaria no es este año un simple apéndice de las autoridades universitarias, sino la entidad representativa de las aspiraciones estudiantiles. Con la elección para presidente de nuestro amigo Luis Heysen, puede asegurarse que la Federación Universitaria ha demostrado su firme propósito de reiniciar la vida de actividad inteligente (...) Hemos conversado con Heysen, el nuevo presidente de la Federación Universitaria, y es su resolución trabajar sin descanso para prestigiar a la entidad estudiantil librándola del recuerdo nefasto dejado por sus antecesores.

Lo que Heysen parece prometer es la recuperación del vigor y la independencia de la entidad representativa de los estudiantes. Pero **Sagitario** le pide algo más:

Pero aparte de asegurar la independencia y libertad para obrar, indispensable sin duda alguna, está obligada la Federación Universitaria a una intensa campaña de cultura.⁶²

Por su propio carácter, Heysen tenderá a satisfacer más lo primero que lo segundo. Y es que el joven peruano estaba lejos de estar formado en las altas disciplinas del espíritu como quienes desde **Sagitario** a la vez lo apoyaban y demandaban.⁶³ Cuando viaja nuevamente a Uruguay, ya como presidente de la FULP, para participar junto a una delegación universitaria en una serie de actividades de intercambio, a la hora de dar una conferencia elige hablar sobre “Las dictaduras en América”.⁶⁴ En otra ocasión, concurre al Congreso Universitario Anual, ámbito muy poco amigable para los reformistas que tenía lugar bajo la presidencia de honor del presidente Marcelo T. de Alvear, y al presenciar como un joven acólito de los sectores universitarios conservadores habla “en nombre de la juventud de La Plata”, desafía públicamente a Nazar Anchorena por haberle usurpado la representación legítima de los estudiantes.⁶⁵

62 El propio Seoane, años después, en un número especial de la revista **Claridad** dedicado a homenajear el coraje de Heysen y Haya de la Torre en uno de los tantos momentos de la década del treinta en que su libertad cuando no su vida parecían correr peligro en el Perú, describirá a su compañero de exilio del siguiente modo: “Heysen tiene más anécdotas que libros o folletos o discursos (...) Tiene fama justificada de valiente, de temerario, de conspirador. Posee una audacia inverosímil para esconderse, burlar la persecución, cumplir propósitos difíciles. En cambio la gente olvida su capacidad real de doctrinario, sus posibilidades analíticas, su conocimiento veraz de nuestros problemas. Lo más grave es que ni habla ni escribe con brillo o claridad. Desciende de alemanes, y la nebulosa germana flota en sus discursos o en sus escritos”. M. Seoane, “Heysen, hombre integral”, en **Claridad**, no. 324, Buenos Aires, abril de 1938.

63 “Intercambio argentino-uruguayo”, en la sección Universitarias de **Sagitario**, no. 7, La Plata, octubre-noviembre de 1926, p. 137.

64 “A propósito del Congreso Universitario Anual”, en la sección Universitarias de **Sagitario**, no. 7, La Plata, octubre-noviembre de 1926, pp. 126-129.

65 “Mensaje a la juventud de La Plata”, en L. Heysen, **Temas y Obras del Perú**, cit., p. 37.

Mientras tanto, la elección de Heysen a la presidencia de la FULP no podía pasar inadvertida para Haya de la Torre, quien dedica un mensaje a la juventud platense:

Queridos compañeros estudiantes de La Plata: Desde la elección de Luis E. Heysen para la presidencia de la Federación Universitaria de La Plata, tuve el deseo de escribirles para felicitarles, excluyendo la circunstancia de ser Heysen un compañero de lucha y de destierro, por la práctica demostración de solidaridad latinoamericana que habían dado con esa designación. Aunque sea tarde, insisto en este punto porque si bien Luis Heysen es muchacho de extraordinarias condiciones, la elección de ustedes significaba no sólo un tributo al individuo sino un homenaje simbólico a la juventud estudiantil peruana cuyas vanguardias han sido despiadadamente castigadas por el terror reaccionario que desde Mayo de 1923 ensangrienta al Perú sacrificando obreros, estudiantes, campesinos e intelectuales.⁶⁶

No es difícil percibir que Haya no quiere perderse parte del botín que considera suyo: y es que la elección de Heysen no es para él más que el reconocimiento a las juventudes peruanas, lo que no significa otra cosa que su propio reconocimiento. A través de Heysen, es Haya quien juzga haber triunfado. Es Haya quien, como líder de Heysen, imagina por extensión casi natural ser a su vez líder de los universitarios platenses. Esa creencia —como ya hemos mostrado en una cita anterior— es la que le permitirá concluir su mensaje solicitando la unión explícita de la juventud platense a las huestes apristas en formación.

Heysen, en suma, parece cómodo en el papel que la circunstancia le exige. Evocar continuamente las hazañas del movimiento reformista peruano con iracundos gestos es algo que ingresa dentro de su temperamento. Menos cómodo podrá sentirse cuando tenga ante sí reclamaciones “culturales”, más típicas del medio reformista argentino. Lejos de amilanarse, el eco positivo inicial que encontrará el ardor que destila desde su cargo de presidente de la FULP, lo llevará a entusiasmarse y a sobreestimar las posibilidades de desarrollar en el medio argentino el estilo reformista peruano que, por mediación de Haya, desde fines de ese 1926 se ha transformado ya en aprismo militante. Heysen no parece entonces darse cuenta hasta que punto su tono a veces demasiado ampuloso puede desentonar en algunas ocasiones. Así, cuando el platense Juan Manuel Villarreal lo invite a escribir en un número de la revista **Estudiantina** que dirige dedicado enteramente a homenajear a Romain Rolland, Heysen interpreta de un modo acaso demasiado literal la noción de heroísmo con que la mayoría de los colaboradores celebra al afamado escritor pacifista. A la figura del héroe cultural que campea en la evocación de Rolland que da tono a la publicación, el peruano elige oponer entonces la del héroe revolucionario:

Y evidentemente, nuestro momento histórico nos impele a pasar sobre él haciéndonos protagonistas eficaces de nuestro drama. La acción revolucionaria que encarne los

problemas más urgentes, más ineludibles es el imperativo de nuestra generación, que hoy lucha con heroísmo contra todas las fuerzas pasatistas del presente por un porvenir sin castas y sin privilegios. Al mal se le tiene que combatir violentamente porque ni nuestros tiranos, ni nuestras clases dominantes, ni los implacables capitanes de la industria contemporánea van a ceder su posición actual o futura en pro de la verdad y de la justicia social. Por eso es contraproducente crear las tesis del hombrelibrismo, de la no violencia y de la resistencia pasiva (...) Admirar a Romain Rolland por su inmenso amor de justicia y su firme estoicismo, no debe ser sinónimo de proclamar y defender sus tesis, pues, todo aquel que comprenda en su auténtico sentido el valor de la jornada a emprender, coincidirá en que la posición única de la juventud, mientras haya injusticias que combatir, es de franca beligerancia. Hablar de paz, de no violencia, ante una injusticia es muy dulce y bondadoso; pero, también muy ingenuo. Nuestro grito en América Latina tiene que ser de guerra contra los males de dentro y de fuera porque él nos traerá la anunciación de una América justa y solidaria.⁶⁷

Impulsado a la distancia por Haya, Heysen funda entonces una célula aprista en la propia ciudad de La Plata que se distingue de la que dirige Seoane en Buenos Aires por estar conformada, salvo por él, que la preside, por argentinos (Pedro Verde Tello, Emilio Azzarini y Andrés Ringuelet, entre otros). En el acta de la reunión de fundación se da cuenta de que “el compañero Heysen expuso a los presentes la finalidad histórica que el Partido Alianza Popular Revolucionaria Americana (...) iba a cumplir en América”, para, a continuación, leer la carta de Haya a los estudiantes platenses que ya hemos citado.⁶⁸ Sin embargo, la célula tuvo una vida apenas breve. El sermón revolucionario aprista no consiguió replicar en el medio reformista platense el horizonte de acción al que incitaba. Así, una vez terminado su mandato al frente de la FULP, Heysen parece aceptar que su etapa en La Plata está agotada. A comienzos de 1928 viaja a París donde se inscribe en La Sorbona y ocupa el lugar de Ravines en la dirección de la célula aprista de la ciudad, para luego unirse al propio Haya en Berlín. Con todo, en 1930, cuando regrese a la Argentina, el grato recuerdo que ha dejado y un contexto cada vez menos proclive a la prédica de tipo arielista-iluminista dominante en el reformismo argentino volverán a otorgarle voz a su palabra llana y vibrante. Días después del golpe de Uriburu y de la caída de Leguía, Heysen será orador de un acto organizado por la Confederación Juvenil Socialista en una abarrotada Casa del Pueblo que lo ovacionó en su intervención “contra las dictaduras del continente al servicio del imperialismo yanqui.”⁶⁹ Pocas semanas después, ante una nueva coyuntura marcada por el retorno de los apristas

67 Cf. “Acta de fundación de la filial en La Plata del gran partido internacional antiimperialista”, en L. Heysen. **Temas y Obras del Perú**, cit., pp. XXXII-XXXV.

68 Cf. la crónica del acto y la intervención de Heysen en una nota titulada “Por la libertad de América, contra el imperialismo”, en **Claridad**, no. 195, Buenos Aires, 13 de septiembre de 1930.

69 Cit. en Halperin Donghi, **Vida y muerte**...p. 117.

66 Luis Heysen, “Romain Rolland”, en **Estudiantina**, año III, no. V-VI, La Plata, febrero de 1927.



en el exilio, el ojo que siempre había mantenido fijo en el Perú le indicaba la necesidad de volver.

El caso de Manuel Seoane expresa también, aunque de un modo diverso, las tensiones que tramaron la estancia de los exiliados apristas en la Argentina de los veinte. Seoane será quien con mayor convicción asuma la organización de la célula aprista de Buenos Aires desde 1927 en adelante. Ahora bien: ¿cuáles debían ser las tareas de esa célula? Desde el punto de vista de Haya, la cuestión no parecía ofrecer misterios: la construcción, bajo su liderazgo, de un movimiento continental (el frente único de trabajadores manuales e intelectuales); a la vez que una estrategia de captura del poder en el Perú.

Para los peruanos insertos en los medios reformistas argentinos, la tarea no resultó en cambio tan sencilla. Tulio Halperin Donghi ha señalado al respecto dos obstáculos que los apristas debieron enfrentar. De un lado, la incompreensión y hasta la burla de algunos sectores inscriptos o afines a la corriente reformista. Tal el caso de la revista **Inicial**, para quien los apristas se encontraban “en una infancia intelectual envidiable, en plena era romántica de las barricadas, de los panfletos y de las sociedades secretas”.⁷⁰ De otro, el hecho de que esa incompreensión se traducía en un desacople entre la visibilidad del APRA y los efectos concretos que podría esperarse de ella. Así, si Haya y los apristas por lo general concitaban respeto y admiración en los reformistas argentinos, resultaba más difícil que éstos se apropiaran para sí del discurso y la identidad aprista. En otros términos —como concluye Halperin—, una cosa es escuchar con simpatía o aún hablar de la revolución, y otra cosa muy distinta es estar dispuestos a hacerla.⁷¹

Manuel Seoane parece haber sido más sensible que su compañero Heysen frente a este complejo cuadro. Sin dejar de lado la denuncia de Leguía y el imperialismo norteamericano, su accionar estuvo menos centrado en desarrollar explícitamente la flema revolucionaria promovida por el APRA. En ese sentido, el exilio proselitista de los peruanos en Argentina será en comparación al de Haya más modesto, al menos en cuanto a la voluntad de hegemonizar el espacio reformista a través de la promoción de la identidad aprista. Y es que Seoane pareció haber tomado nota prontamente del *humus* del que estaba hecho el medio reformista argentino. En 1925 viaja a Bolivia, en misión de camaradería universitaria —va en representación de los estudiantes argentinos—, y a su regreso publica un libro en el que retrata la experiencia. Y en su primer capítulo, titulado “por qué fui a Bolivia”, trazaba un primer balance de la sociedad que lo había acogido en su exilio:

Desde un punto de vista subjetivo, mi vida en Buenos Aires, la ciudad estridente y multánime, se desenvolvía monocorde y municipalmente. *Una nostalgia obsesiva de anteriores épocas de lucha se había venido apoderando de mi ánimo*. Es cierto que disfrutaba de

70 Ibid., p. 118.

71 Cf. M. Seoane, **Con el Ojo Izquierdo. Mirando a Bolivia**, Buenos Aires, Juan Perroti, 1926, pp. 16-18 (subrayado mío). Agradezco al historiador peruano André Samplonius esta referencia.

afectos y de paz en la gran capital del Plata, pero *una diferente manera de concebir la acción me distanciaba espiritualmente de los amigos cotidianos y especialmente del gremio estudiantil (...)* Aquello me aburría (...) Aprecio más el dinamismo que la erudición. Creo que las grandes obras demandan impulsos calientes y exaltados y no la fría disección analizadora de los gabinetes. El academicismo es un lento suicidio del carácter (...) Este cúmulo de circunstancias ha subalternizado el ambiente y la orientación del estudiantado del Plata. Ni culpo ni disculpo. Este descenso después del movimiento inicial que cumplió la vidente generación del '18 obedece a muchos factores que no es del caso descubrir (...) Diré, pues, para concluir, que la agitación ideológica es reducida en extensión aunque valiosa en calidad, pero que únicamente se vierte en el folleto, en el periódico o en la lírica declaración convencional. Al movimiento le falta hondura (...) De no adentrarse en la tierra, vale decir, penetrar en la masa, cualquier vendaval demagógico, de izquierda o de derecha, puede derribarlo fácilmente.⁷²

Por todo ello, la “mirada estrábica” de Manuel Seoane y los demás apristas peruanos indicaba una doble tarea. De un lado, morigerar y hasta disimular las aristas del *estilo peruano* que pudieran generar rispideces o simplemente incompreensión en el medio reformista argentino. Esto es, una estrategia de adaptación a sus disposiciones típicas. He aquí a lo que Seoane se entrega como fiel alfil de Alfredo Palacios en la Unión Latinoamericana, asumiendo cada vez mayor protagonismo como secretario general de esa entidad y como director de su periódico **Renovación**. De otro, mantener agrupado y en conexión con el resto del aprismo en la diáspora al grupo de peruanos en el exilio, para —como quería Haya— emprender disciplinadamente el retorno cuando finalmente cayera Leguía y los tiempos anunciasen la posibilidad de desarrollar una estrategia de toma del poder.⁷³

Ello no obstó para que el dinamismo de Seoane tuviera ocasión de desarrollarse en iniciativas de propaganda antiimperialista que sí encajaban en las necesidades de la Unión Latinoamericana. La actividad del peruano supo ser en efecto febril, como se desprende de la siguiente carta que le escribe a Heysen:

Te ruego que a vuelta de correo me mandes los recortes que sobre el Perú te proporcioné hace algunos meses. Urgente para la campaña en que estoy empeñado. Esta noche debo hablar en Plaza Once, pasado mañana en la

72 Seoane parece en efecto haber tenido un rol clave dentro de la célula de apristas en el exilio argentino, a juzgar por la siguiente carta que la poetisa uruguaya Blanca Luz Brum le enviaba a Mariátegui: “Querido José, nunca he tenido más fe en nuestra lucha que ahora, con qué seguridad marchamos junto a ese capitán que lo reemplaza, en tanto, y que es Seoane, él nos instruye, con su fe y su hombría, cada día aprendemos más”. Carta de Blanca Luz Brum a J. C. Mariátegui, Buenos Aires, 1928 (sin fecha exacta), en **Mariátegui Total**, cit., p. 1961. Brum y Seoane habían trabado relación precisamente por intermedio de Mariátegui, de quien la uruguaya era muy cercana.

73 Carta de Manuel Seoane a Luis Heysen, Buenos Aires, 22 de enero de 1927, en L. Heysen, **Temas y Obras del Perú**..., cit., p. XXXII.

Boca, el jueves en Montevideo, el viernes en la Biblioteca Anatole France, y finalmente el domingo en Plaza Congreso.⁷⁴

Como en el caso de Heysen, la simpatía que su predisposición a la acción generaba en sus pares argentinos en ocasiones lo tentó a querer alterar la chatura que creía ver en el medio reformista argentino. Así, en una de sus conferencias en la Asociación Cultural Anatole France —ligada al grupo Claridad—, Seoane podía permitirse deslizar una mirada negativa del curso adoptado por la Reforma Universitaria argentina, al tiempo que sugerir su vía de recuperación:

Al hacer el balance se advierte que la reforma del '18 dista mucho de haber alcanzado la importancia que se le atribuye, y se colige, también, que la verdadera lucha por la transformación social tiene que plantearse fuera de la universidad, en el más amplio y natural campo de la política⁷⁵

Pero en general Seoane pareció advertir más claramente que Heysen los límites de lo que los marcos del reformismo argentino permitían entender por política. Y de allí que no insistiera demasiado en querer replicar el estilo aprista en sus actividades en la ULA. Así, al tiempo que no cejará en su accionar propagandístico (podía contarle a Mariátegui el tiempo que le demandaba preparar **Renovación**, “así como el ciclo de conferencias radiofónicas iniciado por la ULA”),⁷⁶ la naturaleza de sus actividades al frente de la célula aprista de Buenos Aires tendieron a acomodarse a disposiciones que cuadraban en el estilo reformista argentino (estilo al que en carta a Mariátegui pudo tachar, en referencia a su cercano compañero Palacios, de “socialdemócrata”).⁷⁷

De un lado, a tono también con la indicación de Haya acerca de la necesidad de avanzar en el estudio del imperialismo en tanto fenómeno económico, Seoane procuró que en el seno de la célula aprista porteña se cultive la investigación y el análisis de sus manifestaciones concretas, particularmente para el caso peruano. En paralelo a Haya, el Seoane de estos años en efecto enfocará los aspectos de la vida social desde una óptica materialista que remitía a Marx incluso para abarcar los fenómenos estéti-

cos.⁷⁸ Ya a comienzos de 1925 le escribía a Heysen (cuando éste aún estaba en Chile): “conviene que te vengas porque además desde acá nos proponemos estudiar los problemas peruanos, para adoptar desde ya la posición constructiva”.⁷⁹ “Estudiar los problemas peruanos”, tal una tarea que el ambiente argentino parecía favorecer. Seoane pudo entonces entregarse a la realización de investigaciones sobre fenómenos como el crecimiento de la deuda pública o la penetración del capital norteamericano en el Perú.⁸⁰ Y al regresar a su país en 1930, enfrascado ya en una tarea vertiginosa de propaganda y organización del PAP, en su primer acto en un teatro de Lima, ante centenas de militantes (conferencia que debió realizarse clandestinamente y que a la postre le costó tener que abandonar nuevamente el Perú), Seoane daba cuenta del saldo benéfico en materia de estudio y preparación que el medio argentino había permitido:

Venimos de pelear intensamente con las dificultades económicas en países desconocidos. Nosotros no tenemos casonas medievales que rindan buenas rentas. Ni vastas haciendas de algodón o de azúcar donde el trabajo de los braceros indígenas nos suministre pingüe utilidad mensual. Venimos de trabajar y de sufrir. Pero venimos con la misma fe de nuestros mejores días, con más fe que antes, si cabe, porque en el exterior, viviendo en el estudio de las universidades o de las bibliotecas, y atendiendo a los experimentos sociales de otros pueblos, hemos aprendido el método científico que nos permitirá llegar a la realización de lo que antes era un sueño de románticos.⁸¹

74 Carta de Manuel Seoane a Luis Heysen, Buenos Aires, 17 de enero de 1925, en L. Heysen, **Temas y Obras del Perú**..., cit., p. XXIII.

75 Seoane se preocupó de mantener informado a Mariátegui de esas investigaciones: “Enseguida voy a hacer un estudio de los empréstitos en el Perú, que le mandaré a U. aunque realmente es pedido por **Claridad**”. Y luego: “Le adjunto un artículo sobre la deuda pública peruana (...) ha sido escrito especialmente para *Amauta* calculando que la estupidez policial no llegará a husmear en una cosa con tantos números”. Cartas de M. Seoane a J. C. Mariátegui del 20 de enero y del 25 de febrero de 1928, en **Mariátegui Total**, cit., pp. 1876 y 1890. En uno de esos artículos publicado en **Claridad** que contrasta por sus cuadros numéricos con la textualidad habitual de la revista, Seoane adjunta una nota final en la que busca mostrar la relación orgánica del texto con el colectivo aprista que lideraba: “los tanto por ciento consignados, ajenos por supuesto a la aritmética dígita de las estadísticas peruanas, han sido hechos en el Seminario de la Célula del APRA en Buenos Aires”. Cf. Manuel Seoane, “Bancarrotta financiera en el Perú”, **Claridad**, no. 156, Buenos Aires, marzo de 1928.

80 Esta conferencia fue impresa y publicada inmediatamente en Buenos Aires. Cf. M. Seoane, **Nuestros Fines**, Claridad, 1930, p. 10.

81 De hecho, pareciera que Seoane y otros exiliados apristas en Argentina trataron de evitar que la ruptura entre Mariátegui y Haya fuera irreparable. Así, en agosto de 1928, cuando las cartas cruzadas y las acusaciones entre ambos hombres eran ya conocidas, Seoane podía todavía escribirle a Mariátegui: “activamente estamos trabajando Herrera, Cornejo, Merel y yo en la redacción de una amplia propuesta a los compañeros que han venido trabajando por la causa socialista en el Perú. Deseamos unificar las fuerzas, peruanizar nuestra acción, darle cauce concreto y serio y principiar algo más severo de lo hecho hasta hoy. Apenas esté concluida, se la mandaremos” (Cf., carta de M. Seoane a J. C. Mariátegui, Buenos Aires, 14 de agosto de 1928, en **Mariátegui Total**, cit., p. 1918). Los términos de esa propuesta no nos son conocidos, pero sí sabemos que no alcanzaron a tener éxito. Apenas un mes después, el célebre editorial “Aniversario y Balance” que encabezó el no. 17 de **Amauta** daba a publicidad que “los compañeros que han venido trabajando por

74 Manuel Seoane, “Análisis de la Reforma Universitaria”, en **La Vanguardia**, Buenos Aires, 17 de septiembre de 1927.

75 Carta de M. Seoane a J. C. Mariátegui, Buenos Aires, 20 de enero de 1928, en **Mariátegui Total**, cit., p. 1876.

76 “No he recibido el número 10 ni el 11 de **Amauta**. Palacios tampoco. Le pido el 10 especialmente porque, a pesar de tener marcado su artículo, Palacios no me lo quiere devolver. Hasta los socialdemócratas entran por la dictadura”. Cf. Carta de M. Seoane a J. C. Mariátegui, Buenos Aires, 25 de febrero de 1928, en **Mariátegui Total**, cit., p. 1890.

77 Así, podía escribir lo siguiente en la revista vanguardista **Guerrilla** de Blanca Luz Brum: “opinamos que el arte, y muy especialmente la poesía profunda versión del espíritu refleja, expresa o tácitamente, la realidad circundante o el propio mundo interior, que nuestra filiación marxista nos hace señalar como efecto de aquella. Es decir, siempre refracción del ambiente social”. **Guerrilla. Revista de arte moderno**, Montevideo, no. 6, junio de 1928, p. 2, cit. en Daniel Reedy, **Magda Portal. La Pasionaria Peruana. Biografía Intelectual**, Lima, Flora Tristán Ediciones, 2000, p. 118.



Otra de las tareas a las que se entregó Seoane en su estancia argentina —tarea que compartió con otros exiliados peruanos— fue la de la activa difusión de la revista **Amauta**. Como hemos podido ver, el líder de la célula porteña aprista había cultivado una estrecha relación con Mariátegui. De hecho, la ruptura de éste con Haya no alcanzó a impactar de modo inmediato y directo en esa relación, que se mantuvo activa por un tiempo, y cuyo enfriamiento final, ya en las cercanías de la muerte de Mariátegui, no involucró los tonos crispados que sobrevinieron en las agrias polémicas del líder de **Amauta** con algunos apristas.⁸²

Ya a comienzos de 1927, Seoane había solicitado a Mariátegui “la representación de **Amauta**, a fin de invocar un mayor título que el de la amistad”. Probablemente Seoane pudo percibir que la revista podía ser una herramienta muy adecuada para conectar la sensibilidad peruana con la cultura intelectual rioplatense. Desde entonces, Seoane tuvo al tanto a Mariátegui de los avatares de la revista en Buenos Aires, ofreció repetidamente artículos suyos o de otros, y hasta llegó a informarle de la constitución del “grupo Amigos de **Amauta**”.⁸³ Es finalmente en la revista peruana, en su número 26 de septiembre-octubre de 1929, donde Seoane y el escritor César Alfredo Miró Quesada publican el prólogo a una antología de “poetas revolucionarios peruanos” que habían proyectado editar en Buenos Aires bajo el título de **Poemas Rojos** (el libro, que se anuncia en las páginas de **Claridad**, no llega a publicarse).

En suma, el conjunto de actividades de Manuel Seoane muestra que el peruano pareció aceptar una tácita división del trabajo: en tanto pieza fundamental de la ULA, tendió a reservar para el medio argentino tareas intelectuales, de formación e investigación, y de propaganda contra el imperialismo; mientras que las tareas más propiamente políticas las reservaba para el APRA y para su regreso al Perú, que esperaba concretar en el instante en que las condiciones lo permitiesen.⁸⁴ De este modo, aún cuando podía compartir las reservas de Haya acerca de las limitaciones “intelectualistas” de la ULA, finalmente prefería pasarlas por alto:

la causa socialista en el Perú”, como los llamaba Seoane, se separaban definitivamente del APRA. Las relaciones entre Seoane y Mariátegui, con todo, parecen haber continuado un tiempo, y aunque sobre el filo de la muerte de Mariátegui tenemos referencias acerca de que habrían estado discutiendo sobre “teoría y tácticas políticas, aprismo, etc.” (tal lo que el autor de los **Siete Ensayos** cuenta a Luis Alberto Sánchez), Mariátegui confiaba en tener en Seoane un estrecho colaborador en su proyectado viaje a la Argentina impedido por su muerte en 1930 (le escribía al artista plástico argentino José Malanca por esos días: “gran satisfacción me causan las noticias sobre Seoane, con quien yo también me prometo excelente camaradería en Buenos Aires”). Cf. las cartas de Mariátegui a José Malanca y a L.A. Sánchez del 10 y del 26 de marzo de 1930 en **Mariátegui Total**, cit., pp. 2079 y 2085, respectivamente. Sobre las alternativas del proyectado viaje e instalación de Mariátegui en Argentina, cf. Horacio Tarcus, **Mariátegui en Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2001.

82 Cartas de M. Seoane a J. C. Mariátegui, Buenos Aires, 10 de marzo de 1927, y Buenos Aires, 14 de agosto de 1928, en **Mariátegui Total**, cit., pp. 1840 y 1918.

83 Seoane de hecho intenta retornar al Perú aún antes de la caída de Leguía, pero éste pone especial celo en evitarlo. El diario **Crítica** daba cuenta de ese intento fallido de 1929. Cf. “Augusto Leguía teme a los antiimperialistas”, en **Crítica**, 30 de septiembre de 1929, p. 2.

84 M. Seoane, “Prólogo” a Alfredo Palacios, **Nuestra América y el Imperialismo Yanqui**, Madrid, Historia Nueva, 1930, pp. V-VI.

El camino existe y es urgente insistir en señalarlo. La Unión Latinoamericana no ha descansado en ello. Podría imputársele que es una organización cerrada, únicamente de intelectuales, y que se desvincula del proletariado manual. Con ser relativamente cierto este cargo, la Unión Latinoamericana ha escogido su ruta deliberadamente. Todavía recuerdo la tarde en que Ingenieros habló por vez postrera en el C.D. Su amplia frente de pensador ostentaba ya el signo precursor de la enfermedad que le robaría la vida después. Ingenieros, por excepción, no supo sonreír. Con una solemnidad triste nos recomendó que mantuviéramos la organización actual de la Unión Latinoamericana, lejos del tumulto de las asambleas y de la incómoda promiscuidad de los elementos de lucha. Recomendó mucha obra, mucha acción, pero sin heterogeneizar las filas. Creo que Ingenieros tuvo razón. La Unión Latinoamericana se ha mantenido fuerte y activa porque eludió ese falaz barullo que en nuestros medios latinos frecuentemente conduce a la temprana disolución de los esfuerzos plurales.⁸⁵

Esto escribía Seoane a fines de 1929 como prólogo a una conocida compilación de textos de Alfredo Palacios (quien en esta etapa lo quería “como a un hermano menor”) en su campaña antiimperialista. Apenas un año después, caído Leguía, Seoane estaba de nuevo en el Perú, entreverado en “la incómoda promiscuidad de los elementos de lucha”.

A modo de conclusión

A riesgo de ser esquemáticos, podemos sugerir que el exilio aprista en Argentina comunicó, dentro del espacio común del reformismo, dos modelos muy distintos de práctica intelectual y de acción política. De un lado, Haya, el político: una tradición heroica y revolucionaria.⁸⁶ De otro, el reformismo argentino, prolon-

85 En este texto han desfilado evidencias de los modos frecuentemente poco sutiles con los que Haya procuró tanto dotarse de una imagen idealizada como construir un movimiento político a escala americana. Ante un intento tan desmesurado como el del líder peruano, sin dudas resulta sencillo colocarse en una posición puramente desmitificadora. Sin dejar de señalar esas operaciones, querríamos no obstante ubicar la apelación a la vida heroica con la que el Haya de los años '20 invitaba a tomarse en serio la revolución en la constelación cultural que alimentaba el ánimo exasperado e intenso de las vanguardias políticas y estéticas de la época. Quizás no resulte abusivo señalar, a modo de hipótesis, que los temas mariateguianos de la creación de mitos políticos o el de tomar la actividad política como una pasión capaz de evocar tonalidades emotivas de corte religioso, encontraron su más acabada realización práctica en el propio Haya de la Torre. Y en este sentido, no resulta descabellado sostener que en su febril etapa de escritura, organización y propaganda que enmarca su exilio proselitista, Haya pudo imaginarse, y acaso en ocasiones fuera imaginado, como una figura análoga a la del Lenin exiliado en Europa en los momentos previos a la Revolución Rusa.

86 Resulta tentador señalar que ese desacople que se evidencia a la hora de cotejar esas dos culturas políticas divergentes se verifica en el orden de las ideas en el contrapunto realizado por Oscar Terán entre los modos en que el marxismo pudo ser aclimatado por dos figuras como Mariátegui en el Perú y Aníbal Ponce en la Argentina. Mientras que el primero, desde un marxismo subjetivista matrizado por categorías soreliano-vitalistas, no rehúye a pensar la nación entendiendo por ello esencialmente el problema de “la incorporación democrática de las masas populares marginadas a un proceso constitutivo de la nacionalidad que debe necesariamente fusionarse con un proyecto socialista”, en el caso de Ponce su conoci-

gación de una tradición arielista-iluminista en la que la figura del maestro continúa siendo una referencia central, y que sigue pivotando en torno a una acción política fundamentalmente centrada en el plano de la educación de las masas. Ese modelo resultaba atractivo desde el punto de vista intelectual, puesto que daba un lugar de prestigio y privilegio a quien ejercitara tales labores.⁸⁷

En ese marco, los exiliados apristas en los años '20 se vieron sujetos a una doble presión o demanda. De un lado, la presencia de Haya de la Torre, con su indiscutible liderazgo, significó un constante acicate para el desarrollo propagandístico y organizativo del APRA. A pesar de ello, la distancia —que ningún sistema de comunicación, por ágil y sistemático que sea, puede salvar del todo— otorgó a los exiliados apristas un margen de acción, y así la mayoría de ellos —más decididamente en el caso de Seoane que en el de Heysen— acabó por aceptar la inutilidad o la inconveniencia de una propaganda basada en la identidad aprista. Hay que señalar, además, que la presencia de un líder que sistematizara una doctrina, creara un partido y lo organizara disciplinadamente, era a su vez una demanda del grupo de exiliados apristas en Argentina.⁸⁸ De otro lado, los rasgos del medio reformista ar-

gentino sí constituyeron un marco imposible de obviar. Con todo, ya la apelación al prestigio simbólico acumulado en las luchas reformistas en el Perú (y ese fue predominantemente el caso de Heysen), ya la adaptación a prácticas de tipo meramente intelectual (sobre todo en Seoane), permitieron a estos dos hombres gozar de posiciones de cierto poder, mientras no abandonaban la tarea de prepararse para la lucha política concreta (esto es: por el poder) a la hora del regreso al Perú.

Cuando ese regreso finalmente se produzca, a fines de 1930, las condiciones de represión sobre los apristas en el Perú no cesarán, y el exilio será una necesidad recurrente en toda la década del '30. Buenos Aires, por su red de contactos y por el buen recuerdo dejado a su paso por los peruanos, seguirá siendo una opción interesante, y de allí que Seoane la elija para volver, nuevamente perseguido, pocas semanas después de su partida.⁸⁹ Pero ahora ni siquiera ese colchón de afectos y relaciones alcanzará a disimular las condiciones enteramente nuevas del clima político argentino, como ya alcanzaba a entrever Heysen en carta a Manuel Ugarte:

Nuestra Argentina ha dejado de ser el refugio de la libertad americana. Tengo que decirselo sin ocultar mi amargura. He llegado a quererla tanto como a Perú, y sin embargo sufro más los dolores de aquí que por los de allá. Jamás hubiéramos creído que los soldados-generales que nunca ganaron batalla alguna quisieran ganar la de la dictadura colocando en el gobierno a los que se creían definitivamente desplazados y en trance de recibir 'los santos óleos...'. Y sin embargo, vivimos bajo la amenaza y nadie puede afirmar que se encuentre asegurado contra este incendio...⁹⁰

to más erudito de Marx no lo conduce ni a pensar en la constitución histórica de un específico bloque de sectores subalternos en una mirada estratégica alimentada por una voluntad política, ni, más en general, a rebasar y subvertir el universo liberal-iluminista en el que se había formado. En la visión de Terán, el sesgo diferencial del marxismo de Mariátegui debe entenderse al interior de la problemática de los *beneficios del atraso* que hemos mencionado al atisbar una explicación de corte histórico-sociológico que explique el diferente lugar que al movimiento estudiantil le cupo como actor político de peso en la escena nacional de la Argentina y el Perú (v. supra nota 25). Cf. O. Terán, "Latinoamérica: naciones y marxismos (hipótesis sobre el planteamiento de Mariátegui y Ponce acerca de la cuestión de la nación", *Socialismo y Participación*, no. 11, CEDEP, Lima, 1980 (la cita en p. 180). V., además, O. Terán, *Aníbal Ponce: ¿el marxismo sin nación?* (México, Cuadernos de PyP, Siglo XXI, 1983); y *Discutir Mariátegui* (Puebla, Editorial Universidad Autónoma de Puebla, 1985).

87 Cuando Ravines viaja a Europa, a fines de 1926, el grupo de exiliados apristas le hace una encomienda: "Hubo conferencia plenaria de los desterrados; discusión amplia y la resolución solemne de hacerme portador de un encargo, con categoría de misión. El acuerdo era unánime para que Víctor Raúl dirigiese nuestro movimiento político, con jerarquía de jefe; para que se considerase a Mariátegui y al grupo que comandaba, como la piedra angular de toda actividad ulterior, y para que se procediese de inmediato a dar forma orgánica, estructura de partido, al movimiento del que formábamos parte". E. Ravines, *La Gran Estafa*, cit., p. 98.

88 Los '30 fueron en efecto para el conjunto de militantes apristas años intensos y dramáticos, y las vicisitudes de la vida política en el Perú, que tenían ahora como actor de primer orden a un Partido Aprista Peruano repetidamente perseguido, obligaron a Seoane a exiliarse en la Argentina (y en otros países del continente) en varias oportunidades. Así, aunque no vivió en Buenos Aires períodos tan prolongados como en los '20, hacia 1935 consideró oportuno publicar un libro dedicado a ese país que lo había acogido durante casi una década. El texto, titulado *Rumbo Argentino*, y que se distancia del conjunto de escritos polémicos y marcadamente militantes que por esa época surgían de la pluma de Seoane, ya desde uno de sus subtítulos ("sondeos en el alma argentina") rezuma un parecido de familia tanto con lo que la crítica ha convenido en llamar ensayo de interpretación nacional, como con los textos de autores extranjeros más célebres —Ortega y Gasset, Keyserling, Waldo Frank— que se propusieron asimismo dar con la clave del "alma argentina". Si el volumen, en efecto, tanto por su estilo como por el momento y el clima cultural en que es escrito, se deja filiar a esas redes textuales, cierto tono de crónica urbana que también despunta en el texto, y que se deriva indudablemente del oficio de periodista de Seoane, permiten asociarlo también a la escritura arliana. Al respecto, entre los varios temas que llaman la atención del peruano, un lugar no menor lo recibe el fútbol, que por entonces se había constituido ya en un

fenómeno de masas: "Waldo Frank en su 'Mensaje a la Argentina' señala el peligro de un decrecimiento espiritual, del triunfo de una vida como la norteamericana. Y esto parece confirmarse con el auge deportivo, signo indudable de cierta desviación general. El deporte, convertido en religión, substituye el afán por la cultura, el amor a las cosas del alma y la belleza. El deporte debe procurar el estímulo de la salud física y ofrecer un espectáculo ejemplificador y tonificante. Pero otra cosa es la monomanía deportiva. El laicismo argentino ha encontrado nuevos ídolos en los jugadores de fútbol. Personalmente participo de esta nueva emoción por las justas del músculo, pero me inquieta la desproporcionada importancia que se le viene concediendo (...) la pasión deportiva bordea los lindes del exceso y amenaza convertirse como en los tiempos romanos en la única preocupación del pueblo". Seoane tenía otro motivo para la crítica no exenta de ironía de ese deporte que por otra parte le agrada. Sus años argentinos coinciden con el esplendor de una de las estrellas del balompié local, su homónimo Manuel "Chancha" Seoane. Es por ello que una de las últimas secciones del libro está dedicada a sacar a la luz lo que denomina "mi litigio con Manuel Seoane": "No tuve manera de disputarle la propiedad del apellido, ni siquiera en mi tierra de origen. Los miles de aficionados al fútbol, en esta época olímpica y pagana, tuvieron oportunidad de admirar al famoso futbolista. Desde entonces, el recuerdo de su nombre me persigue y escolta como una sombra inseparable. De nada han valido —oh tragedia de la vanidad— mis luchas políticas, mis libros y folletos, mi actuación general. Siempre surge, interrumpiendo las conversaciones, aquella pregunta consabida: —¿Qué cosa es usted del famoso jugador?". V. *Rumbo Argentino*, Santiago de Chile, Ercilla, pp. 17 y 103. La referencia a esta anécdota se la debo nuevamente a André Samplonius.

89 Carta de Luis Heysen a Manuel Ugarte fechada en Buenos Aires el 4 de diciembre de 1930, en *Epistolario de Manuel Ugarte*, cit., p. 87.

90 Cf. al respecto T. Halperin Donghi, *Vida y Muerte de la República...* cit., p. 118; y L. Sessa, "Presencia del APRA en la prensa socialista argentina. El caso de



Pronto Heysen y Seoane habrían de comprobar que esa sospecha no tenía nada de infundada. Y así, cuando el propio gobierno de Uriburu los detenga y encarcele en Villa Devoto por unos días en 1931 —en una suerte corrida por varios viejos compañeros de la Reforma Universitaria—, percibirán hasta que punto el apacible marco en el que había tenido lugar la experiencia reformista ya no existe más. Paradójicamente, son esas nuevas condiciones las que harán posible tanto que los antiguos reformistas argentinos se plieguen de lleno a la lucha política (y es el caso de Palacios, Sánchez Viamonte y Julio V. González, entre varios otros, integrados al Partido Socialista), como que el aprismo ingrese en la Argentina no ya apenas como una pura alternativa ideológica, sino como una opción política concreta capaz de concitar atención y debates.

Claridad", ponencia presentada en las X^o Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005.

Resumen

Este artículo examina las tensiones que debieron sobrellevar Manuel Seoane y Luis Heysen, exiliados apristas peruanos en la Argentina de los veintes, a partir de la necesidad de hacer frente a demandas político-culturales locales y transnacionales en el común espacio del reformismo universitario latinoamericano. Entre las formas que adopta la experiencia reformista en la Argentina de esos años, y el programa revolucionario impulsado también desde el exilio por el líder aprista Haya de la Torre, Seoane y Heysen desarrollan con relativo éxito modos de satisfacer ambas demandas.

Abstract

This article examines the tensions that Manuel Seoane and Luis Heysen, exiled Peruvian aprists in 1920s Argentina, had to negotiate when faced with the dual political-cultural local and transnational demands of the space of Latin American university reformism. Given the forms taken by Argentine reformism in those years, and the revolutionary program being impelled by the aprista leader Haya de la Torre, also in exile, Seoane and Heysen were relatively successful in meeting both demands.

Palabras clave

Antiimperialismo, reformismo, aprismo, exilio proselitista.

La Liga Antiimperialista de las Américas: una construcción política entre el marxismo y el latinoamericanismo

Daniel Kersfeld

Las razones de un olvido

“En Iberoamérica, la Liga Antiimperialista resultó un organismo artificial, alejado de las masas”. Con esta expresión, el conocido historiador del movimiento obrero Víctor Alba se refirió a la existencia de la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA) en la página 84 de su clásico **Esquema histórico del comunismo en Iberoamérica**. ¿Podrá ser cierta esta afirmación? Pese a lo que Víctor Alba pretenda transmitirnos en una obra donde en realidad el comunismo ya aparece condenado desde el principio, podemos asegurar que no es así: ni la Liga fue un “organismo artificial” ni tampoco permaneció “alejado de las masas”. En todo caso, se trató de una organización que al conformar una red de proporciones continentales, posibilitó una primera síntesis entre el marxismo de raíz europea y el credo antiimperialista presente en América Latina, por lo menos, desde fines del siglo XIX.

Sin embargo, y pese a la importancia asumida por la Liga en poco más de diez años de existencia, poco sabemos sobre ella. En general, los textos referidos a la historia del movimiento obrero o de la izquierda latinoamericana apenas si la mencionan, y si lo hacen, como en el caso antes mencionado de Alba, generalmente bajo una mirada negativa. ¿Por qué entonces este desconocimiento o esta mala fama? Para responder a esta pregunta, debemos tener en cuenta que la historia de la LADLA resume, en sí misma, la historia del comunismo latinoamericano en un período clave de su propio desenvolvimiento, aquel comprendido entre mediados de los años '20 y mediados de los '30. Podemos entonces decir que, a grandes rasgos, la vida de esta organización transcurrió durante aquel proceso conocido bajo el rótulo negativo de la “estalinización”, una época rica en debates y acontecimientos dentro del amplio mundo de los comunismos latinoamericanos que apenas si comienza a ser analizada por la academia con todo el rigor y la objetividad que ella merece (Melgar Bao, 2005).

La LADLA fue entonces un claro producto de su época, un emergente de las luchas sociales y, principalmente anticoloniales que surcaban con violencia a prácticamente toda la región latinoamericana durante las primeras décadas del siglo XX. En este sentido, resulta importante que para su conformación política, esta entidad se nutrió no sólo de varios de los líderes de los movimientos sociales y antiimperialistas más importantes de la época, sino que también adoptó algunos elementos ideológicos

y parte de sus bases programáticas. Así, por sólo citar algunos ejemplos, la Reforma Universitaria iniciada en Córdoba en 1918, con todos sus correlatos políticos y culturales, consiguió un acoplamiento doctrinario con los efectos del acoso estadounidense durante el período de auge de la Revolución Mexicana y con la movilización de intelectuales y artistas en Cuba que terminaron confluyendo en el Movimiento Minorista (Portantiero, 1978; González Casanova, 1979). La LADLA consiguió incluso arraigar en los Estados Unidos gracias a la presencia en ese país de un creciente movimiento antiimperialista, constituido a fines del siglo XIX, y al que se incorporaron relevantes figuras del mundo de las letras (el caso más importante fue el de Mark Twain) junto con representantes de las comunidades latinoamericana y filipina (Zwick, 2005).

En este contexto podemos decir que la Liga cumplió un extraordinario papel, pionero en muchos sentidos, al pretender aglutinar bajo una misma identidad marxista y continentalista a todos los sectores que, sin necesariamente tener un origen proletario o campesino, hacían del combate al imperialismo el eje central de sus estrategias políticas. Burguesías nacionalistas y protectionistas, clases medias interesadas en defender sus posibilidades de ascenso social, intelectuales y artistas vanguardistas solidarios con el proceso revolucionario soviético, daban vida a la Liga Antiimperialista junto con obreros y campesinos, quienes tenían la tarea de asegurar que el latinoamericanismo impulsado tuviera un auténtico contenido “de clase”, propio de los sectores subalternos constituidos en los motores principales de las luchas sociales.

La LADLA: ¿una “internacional americana”?

A través del despliegue de diverso tipo de acciones en contra de la dominación extranjera la LADLA generó lo que, de hecho, puede ser considerado como su gran aporte a la historia regional, es decir, la formación de la primera red de militantes y dirigentes comunistas de la que se tenga noticia en América Latina. Valiéndose de este instrumento, mexicanos, venezolanos, cubanos, peruanos, argentinos, etc., junto con gran cantidad de dirigentes estadounidenses, lograron coordinar con asombrosa efectividad campañas simultáneas en distintos países y ciudades, constitu-

yendo de este modo una organización de inmensas proporciones que, al decir de Julio Mella, podía funcionar como una “internacional americana” y que (aunque esto todavía vale sólo como una hipótesis) podía incluso llegar a reemplazar a la misma Comintern como punto de enlace entre las distintas organizaciones comunistas americanas (1978: 84).

La Liga fue creada a fines de 1924 en México y bautizada primero con el nombre de Liga Antiimperialista Panamericana (recién a mediados de 1925 adoptaría su denominación definitiva). Luego de algunas experiencias frustradas y de corto alcance, como lo fueron el Buró Latinoamericano entre 1919 y 1920, y el Buró Panamericano, entre 1920 y 1921, la Internacional Comunista volvía a fijar su atención en nuestra región, desmintiendo la tesis tan conocida y repetida de que América Latina había sido “descubierta” recién en momentos del VI° Congreso, es decir, hacia 1928 (Caballero, 1988). Aunque es cierto el hecho de que los dirigentes soviéticos suponían que era más factible que se produjera una revolución socialista en Europa y, para mediados de los años '20 todavía más en Asia (convulsionada por las luchas antiimperialistas en China), a partir de investigaciones recientes podemos observar que el “frente americano” en ningún momento fue descuidado (Jeifets *et al.*, 2004: 12). Y por lo mismo, el carácter de periferia que América Latina tuvo en un principio para Moscú se fue modificando durante la segunda mitad de los años '20, a medida que los Estados Unidos iban ocupando un lugar de mayor preponderancia dentro del contexto de la economía mundial, y que aumentaban las campañas antiimperialistas en la región. América Latina constituyó entonces para la Comintern un gran rompecabezas cuyas piezas y ordenamiento sólo podían adquirir sentido político al calor de las luchas anticoloniales. Y como se podrá apreciar, la Liga cumplió un papel no menor en este proceso de comprensión y de acercamiento mutuo entre Moscú y el Nuevo Continente.

Desde el primer momento se reveló que la creación de la Liga respondía a una estrategia eminentemente política. Su nacimiento estuvo condicionado, en primer lugar, por la celebración, en el verano de 1924 en Moscú, del V° Congreso de la Comintern, ocasión en la que se resolvió, al mismo tiempo que la bolchevización de los partidos, la creación de amplios frentes de masas útiles para aglutinar a todos aquellos sectores que aunque fueran solidarios con la revolución rusa, no provinieran del campo del proletariado (Krieguel, 1985: 97). Otro factor de importancia en dicha gestación lo constituyó el enfrentamiento contra el colonialismo británico en China a mediados de los años '20, circunstancia que fue rápidamente aprovechada por los dirigentes cominternistas para la creación de los comités de solidaridad llamados “Manos fuera de China!”, organizados primero en Europa y cuyo espíritu de lucha no tardaría en trasladarse también a América Latina, aunque ahora bajo la premisa principal del freno al expansionismo estadounidense (en este sentido, fue Bertrand Wolfe, delegado del PCM al Congreso de 1924 quien a su vuelta de Moscú, instruyó al partido para la formación de una inicial organización antiimperialista).

Por otra parte, la elección de México como sede principal de la Liga no fue un hecho casual: en esta decisión primaron tres

factores. En primer lugar, y pese a las distancias geográficas y culturales, y a las inocultables diferencias existentes entre ambas realidades políticas, la cuestión revolucionaria servía para brindar un primer marco de identidad común entre la URSS y México, cuestión que inevitablemente fue reforzada cuando este último se convirtió en el primer país latinoamericano en establecer contactos diplomáticos y comerciales con Moscú a partir de la visita en 1919 de Mijail Borodin, delegado personal de Lenin, y con la presencia, desde 1924, de Stanislav Petkoski, primer embajador soviético en México. En segundo lugar, el Partido Comunista de México, desde su creación en 1919, se había convertido en el más fuerte de toda América Latina, principalmente, gracias a la densidad social que le aportaba su trabajo entre los campesinos (en este sentido, el primer secretario de la LADLA fue nada menos que Úrsulo Galván, líder agrarista del Estado de Veracruz y una de las figuras más renombradas del comunismo local). Por último, jugaba a favor de México su vecindad con los Estados Unidos, cuyo partido comunista era asumido por la Comintern como rector de los restantes partidos comunistas latinoamericanos al tratarse de la nación más industrializada y desarrollada de todo el continente (Carr, 1996).

Pero México no sólo era un país de ubicación estratégica para los planes de la Comintern en la región, sino que también lo era para los designios estadounidenses. De acuerdo con esto, el detonante que finalmente llevaría a la fundación de la LADLA lo constituyó la política “panamericana” encarada por los Estados Unidos desde las últimas décadas del siglo XIX y que desde hacía unos años también se expresaba en el plano gremial por medio de la asociación de sindicatos sumisos a las políticas imperialistas de Washington. La Confederación Obrera Panamericana (la COPA) se había constituido en una central sindical en pleno crecimiento que, además de contar con la presencia de la American Federation of Labor, de los Estados Unidos, incluía a la CROM mexicana como sus principales sostenes dentro de la región (Godio, 1983: 151). La creación de la LADLA se convirtió así en la oportuna respuesta comunista a la realización del IV° congreso de la COPA, celebrado a fines de 1924 en la ciudad de México. Y esta organización terminó de constituirse en enero del siguiente año cuando, por recomendación de la Internacional Comunista, un subcomité del Partido Comunista estadounidense (el Workers Party) se encargó de preparar material para futuras campañas, escribir artículos sobre el imperialismo en la prensa partidaria y servir de medio de contacto con organizaciones antiimperialistas latinoamericanas (Kellog, 1927).

Aunque según los criterios políticos de la Internacional Comunista la LADLA era una “organización periférica” (como el Socorro Obrero y el Socorro Rojo Internacional), por debajo en el rango de importancia con respecto a los partidos comunistas (Carr, 1976), si observamos quiénes fueron sus máximos impulsores y dirigentes, nos daremos cuenta de que al menos en el contexto latinoamericano, la Liga distaba de ser una entidad meramente secundaria. En este sentido, los cubanos Julio A. Mella, Rubén Martínez Villena y Juan Marinello; los mexicanos Diego Rivera y el ya mencionado Úrsulo Galván; los venezolanos Salvador de la Plaza y Gustavo Machado; los peruanos Eudocio Ravines, Jacobo

Hurwitz y José Carlos Mariátegui; la italiana Tina Modotti, y los estadounidenses Jay Lovestone, Jack Johnstone y sobre todo, Richard Philips (mejor conocido como Manuel Gómez) fueron solo algunos de los más importantes dirigentes que contribuyeron, con su actividad política, a situar a la Liga en la vanguardia de los combates de liberación de la época.

Sin embargo, resulta importante destacar que al menos por esta época, la LADLA no fue la única entidad de naturaleza anticolonial en el continente americano. Con la fundación de la Unión Latinoamericana en Buenos Aires en 1925 por José Ingenieros y Alfredo Palacios, y la definitiva constitución del APRA, al siguiente año en París, por iniciativa de Víctor R. Haya de la Torre (luego de su breve pasaje por la LADLA), se terminaron creando dos importantes rivales para la construcción política de los comunistas (Pita González, 2004; Haya de la Torre, 1985). Con todo, las diferencias eran marcadas: frente al perfil intelectual y académico de la Unión Latinoamericana, la LADLA ofrecía, por el contrario, un sesgo eminentemente político, si se quiere, de “acción directa”; y contra el “antiestadounidensismo” del APRA, la LADLA planteaba un antiimperialismo en el que los enemigos a ser derrotados eran las clases dominantes norteamericanas y europeas y, por lo mismo, reemplazaba la idea del latinoamericanismo romántico por una fraternidad concreta de los obreros, los campesinos y las clases medias, sin importar si estos actores se situaban en el norte o en el sur del Río Bravo.

La edad de oro de la Liga

El período de mayor brillo de la LADLA fue sin duda el que tuvo lugar desde su nacimiento, en 1924, hasta 1929. Durante este lustro, la Liga se conformó en una organización amplia, plural y heterogénea en cuanto al origen social y nacional de sus miembros pero convergente siempre en su mismo interés por la lucha antiimperialista. La oficina central en México, que terminó de estructurarse como Comité Continental de Organización en 1927, se encargó de la publicación de su órgano de prensa, *El Libertador*, bajo la sucesiva dirección de Úrsulo Galván, Enrique Flores Magón, Salvador de la Plaza, Diego Rivera y Germán Lizt Arzubide (Melgar Bao, 2004). Paralelamente, las filiales de la organización no tardaron en extenderse por todo el continente: en Cuba, en los Estados Unidos, en Colombia, en Guatemala, en El Salvador, en Puerto Rico, en Argentina, en Chile, en Uruguay, etc. (en varios casos, incluso con su propia prensa local). Por su parte, los exiliados que habían huido de la dictadura de Juan Vicente Gómez, y que se encontraban establecidos en México, también fundaron su propia sección local, asociada al PRV, el Partido Revolucionario Venezolano.

Mientras que en algunos casos, las secciones nacionales de la Liga eran apenas “sellos formales” de los partidos comunistas que debían actuar en forma clandestina, en otros, como en el citado ejemplo venezolano, donde todavía no se habían formado estos partidos, su participación en el momento de su creación se volvía ciertamente decisiva. Asimismo, y como bien lo revela el caso estadounidense, la sección nacional podía servir como un espacio articulador del partido comunista con organizaciones

sociales de distinto tipo, como las declaradamente antiimperialistas, las que bregaban por los derechos civiles de las mujeres y los negros, de los portorriqueños y los filipinos radicados en Nueva York, junto con la participación de gremios de distinta naturaleza y filiación identitaria, como aquellos que se constituían en torno al judaísmo, al protestantismo, etc.

Sin embargo, no podemos desconocer la existencia de conflictos dentro de esta inmensa red americana, conflictos que no sólo se daban con relación a la Internacional Comunista (generalmente, por cuestiones presupuestarias) sino que también tenían que ver con su forma de presentarse públicamente, al decir de Mella, en ocasiones demasiado “roja”, lo que tendía a alejar a los sectores más reactivos con el comunismo (Carta del 14 de agosto de 1926 e Informe de Julio A. Mella de 1927. **Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso.** Rollo N° 2/499-79-19. La traducción es nuestra). Por otra parte, también se producían conflictos hacia el interior de la entidad: seguramente el más importante fue que tuvo lugar en los Estados Unidos a partir de la división que tuvo lugar en el Workers Party entre sus sedes de Nueva York y Chicago, cuestión que debido al papel dirigente que la Comintern le había otorgado desde un principio al comunismo de ese país, complicaba no sólo la dirección política de los partidos latinoamericanos del norte del continente sino que también trababa el funcionamiento interno de la Liga, ya que el secretario de la LADLA estadounidense, Manuel Gómez, estaba claramente implicado en todo ese difícil proceso.

También podían existir rivalidades entre distintas filiales: en este sentido, una de las más importantes fue la que tuvo lugar entre México y Buenos Aires, hacia fines de los años '20, en torno a la cuestión sobre dónde debía residir el Comité Continental de Organización. Finalmente, un último tipo de conflictos podía tener lugar hacia el interior de una misma sede: en este caso, el ejemplo argentino resulta paradigmático, ya que la llamada facción “chispista” expulsada del Partido Comunista en 1926 había retenido el sello original de la Liga, por lo que el partido debió crear una nueva a la que, para diferenciarla de la otra, le agregó el rótulo de “Grupo de Izquierda” (hubo así dos filiales de la Liga argentina trabajando en paralelo y compitiendo por un mismo espacio).

Pese a todos estos inconvenientes, y a la escasez de recursos con la que a menudo debían manejarse sus dirigentes, resulta sorprendente la cantidad de acciones en las que la LADLA tuvo una participación directa, ya sea como propulsora o como organización invitada. Y por lo mismo, sorprende que sin ser una “organización de masas” (al menos tal como lo planteaba Víctor Alba) la Liga haya demostrado tener una gran capacidad de movilización, no sólo en México, sino también en otros países de América Latina. Así, durante este primer período de vida de la LADLA podemos enumerar algunas de sus más relevantes campañas:

- » Rechazo a la ocupación de Panamá por parte de tropas de los Estados Unidos, que se movilizaron hasta ese país en 1925 para impedir la realización de una huelga general que iba a afectar las actividades de empresas norteamericanas.
- » Intervención en el llamado “caso Mella” en diciembre de 1925: la campaña de la Liga ayudó a que Gerardo Machado,



presidente de Cuba, liberara a Julio A. Mella (quien desde hacía casi tres semanas se encontraba en huelga de hambre) y a otros 12 hombres puestos en prisión por afectar los intereses del trust del azúcar. Particularmente, la LADLA hizo demostraciones de fuerza frente a las embajadas norteamericanas en varios países de la región, presionó al gobierno mexicano de Calles para que se sumara a la protesta pública, y la filial argentina de la Liga publicó también un documento de rechazo a la detención del dirigente cubano.

- » En 1925 encaró una campaña por la independencia de Filipinas, apropiada por los Estados Unidos luego de su guerra con España en 1898. Una nueva iniciativa de este tenor se puso en práctica a mediados del siguiente año con motivo de la visita a México de Carmi Thompson, el delegado del presidente estadounidense Calvin Coolidge.
- » La campaña Tacna-Arica a raíz de conflictos fronterizos entre Perú y Chile.
- » Campañas en México y Argentina en defensa de la soberanía nacional sobre el petróleo.
- » La creación en 1927 de un comité pro-liberación de los obreros Sacco y Vanzetti, presos y condenados a muerte en los Estados Unidos.
- » Campaña de apoyo a Haití, ocupado por tropas norteamericanas desde 1919.
- » La organización de jornadas internacionales en apoyo a la URSS, y de huelgas y boicots a los productos norteamericanos en cada 4 de julio.

Pero de todas las acciones emprendidas durante esta época, seguramente la más importante de todas, y la que le daría a la LADLA su mayor trascendencia internacional, fue la campaña de apoyo al Gral. Augusto C. Sandino en su lucha contra la invasión norteamericana a Nicaragua (Selser, 1984: 175). Esta campaña tuvo su origen en diciembre de 1926, en un momento en que la Liga llevó a cabo un importante mitin cuyo mensaje central era el de "Solidaridad del pueblo de México con los revolucionarios de Nicaragua", y en el que los organizadores intentaron unificar en un mismo reclamo tanto el rechazo hacia el expansionismo estadounidense en Centroamérica como las críticas del secretario de Estado norteamericano Kellogg respecto a la política nacionalista del petróleo llevada a cabo por el presidente Calles. Junto con el Comité Continental de Organización y varias secciones de la Liga (entre las que se destacaron las de Cuba, Venezuela y Perú), de este primer encuentro tomaron parte una gran cantidad de sindicatos y asociaciones en donde el PCM ejercía una apreciable influencia. El 18 de enero de 1928 la campaña antiimperialista de la Liga finalmente pudo consolidarse con el armado institucional de lo que se denominó "Comité ¡Manos Fuera de Nicaragua!" (MAFUENIC), cuyo secretario general fue el exiliado peruano Jacobo Hurwitz, y que a partir de la siguiente semana pudo incluso comenzar a publicar su propio boletín. La campaña por la liberación de Nicaragua se constituyó entonces para la Liga en su desafío más importante, ya que de lo que se trató fue de conformar un polo de confluencia de entidades, no sólo

latinoamericanas, con un espíritu que ciertamente trascendiera los estrechos márgenes del comunismo para lograr así dar vida a una auténtica organización de "frente único". Y como en el caso mexicano, también los comités de apoyo sandinistas surgidos en otras ciudades latinoamericanas se ocuparon de congregar no sólo a dirigentes políticos y sindicales, sino también a artistas e intelectuales (Tibol, 1968: 158).

Por último, en esta apretada síntesis de las actividades desarrolladas por la Liga en este período no podemos dejar de mencionar su participación en el Congreso Mundial contra el Imperialismo y la Opresión Colonial, celebrado en Bruselas en 1927. Gracias a la decidida iniciativa del dirigente alemán Willi Münzenberg y a su formidable capacidad de organización (previamente había creado la Juventud Comunista y el Socorro Obrero Internacional), surgiría de este evento la creación de una Liga Antiimperialista de características mundiales que, como su par latinoamericana, se nutrió de líderes anticolonialistas para de ese modo, funcionar como otro punto de apoyo de la Internacional Comunista. Así, el primer representante de la LADLA en el comité directivo de la nueva Liga mundial fue el intelectual argentino Manuel Ugarte (Petterson, 2005). Por otra parte, en este evento fue el secretario general de la Liga, Julio Antonio Mella quien logró alcanzar mayor relieve dentro de la delegación latinoamericana a partir de la presentación de trabajos de denuncia sobre el régimen machadista como, por ejemplo, "Cuba: factoría yanqui" (en realidad, confeccionado por su compatriota Rubén Martínez Villena y un conjunto de dirigentes liguistas cubanos). Por último, el Congreso de Bruselas tuvo un elemento adicional de importancia al constituirse en el punto de ruptura entre la Liga y Haya de la Torre, quien debido a sus diferencias políticas finalmente optó por abrirse para terminar de organizar su propio frente latinoamericano, el APRA (Mella, 1968).

La nueva estrategia de la Liga

La nueva línea estratégica adoptada por el movimiento comunista internacional a partir del VI° Congreso, de 1928, no dejaría de tener consecuencias prácticas sobre la labor política de la LADLA. La adopción de la línea de "clase contra clase", expresada en una consecuente radicalización de los partidos comunistas, priorizó la construcción sindical por sobre cualquier alianza con sectores no proletarios o, directamente, pequeño burgueses, mirados ahora con creciente desconfianza y tildados luego de "socialfascistas". Con esto, la LADLA recibía un duro golpe hacia su original construcción de "frente único" en la que los representantes de las clases medias progresistas ocupaban un lugar de clara importancia. Si quería seguir actuando bajo los cánones del "Tercer Período", era inevitable un nuevo encuadramiento organizativo (Krieguel, 1985: 102).

Fue en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, celebrada en Buenos Aires en junio de 1929, donde por primera vez se planteó de manera pública la nueva orientación política que debía tener la Liga Antiimperialista, de acuerdo a los nuevos tiempos que corrían (AA. VV, 1929: 321-3). De ahí, en más, la LADLA debía estructurarse en torno a los sindicatos de filiación

comunista, de acuerdo al nuevo papel que en todo el continente estaba desarrollando la Internacional Sindical Roja, enormemente fortalecida luego de la fundación, en Montevideo en 1929, de la Confederación Sindical Latinoamericana. Por medio de esta asociación, la Liga debía radicalizar sus posturas y asumir una política directamente a favor de los obreros y campesinos, dos sectores que aunque participaban desde los orígenes de la organización, nunca hasta ese momento habían alcanzado un lugar de claro predominio en ella.

Por otro lado, el giro a la derecha evidenciado por la mayoría de los gobiernos latinoamericanos hacia fines de la década del '20 y principios de la del '30 constituiría un difícil obstáculo ya no tan sólo para los planes políticos de la LADLA sino, directamente, para el movimiento comunista latinoamericano. En este sentido, las crecientes persecuciones contra el PCM en 1929 y el golpe de Estado en Argentina en 1930 constituyeron graves derrotas para el movimiento obrero en dos de los países donde el comunismo se había desarrollado de mejor manera. De igual manera, el asesinato de Mella en México, a principios de 1929, asestó un golpe particular contra la Liga, ya que con él moría su principal guía e inspirador. Las difíciles condiciones de trabajo para los dirigentes comunistas de la región también se tradujeron en nuevas complicaciones hacia el interior de la LADLA, ya que tuvo lugar una disputa cada vez mayor en cuanto al traslado de su sede central de México a Nueva York o a Buenos Aires (finalmente, el golpe de 1930 terminó por anular esta última posibilidad). De este modo, si el período entre 1924 y 1929 puede ser considerado como el de mayor brillo de la organización, la nueva fase que se abría a fines de los años '20 constituye, sin lugar a duda, su momento más oscuro.

Con todo, en medio de esta situación de realineamiento de fuerzas, y con un importante avance de la reacción en América Latina, la LADLA alcanzó a participar en un nuevo congreso antiimperialista, esta vez, realizado en Frankfurt en 1929. Aunque la Liga Antiimperialista Mundial, dirigida por Münzemberg había logrado expandirse desde el anterior congreso, realizado dos años antes en Bruselas, su situación política era más bien débil. La defección de importantes grupos nacionalistas como el Kuomintang de China y el Congreso Nacional Indio, había dejado prácticamente en soledad al movimiento comunista antiimperialista, el que además ahora debía contar con la necesaria participación de los sindicatos para poder sobrevivir. Las voces críticas hacia la Liga Antiimperialista Mundial y hacia el propio Münzemberg, manifestadas durante el VI° Congreso, contribuyeron a restarle el poco apoyo que todavía mantenía dentro de la estructura cominteriana (Pasado y Presente: 1978). En estas circunstancias, la participación de la LADLA en el Congreso de Frankfurt no pudo tener demasiado lucimiento, pese a que concurrió una mayor cantidad de filiales latinoamericanas que las que fueron en 1927. De hecho, los únicos logros concretos que pudo exhibir la LADLA en aquella oportunidad fue un claro apoyo a la gesta de Sandino por medio de la presentación pública de una bandera norteamericana arrebatada por la guerrilla y que fue llevada al congreso por Germán Litz Arzubide (quien la envolvió en su propio cuerpo para evitar que se la descubriera la policía durante

su viaje por los Estados Unidos rumbo a Frankfurt) y, por otra parte, la aceptación de la Liga creada por el Partido Comunista Argentino como sección oficial en desmedro de la Liga rival de los "chispistas" (**La Internacional**, 7/11/1929).

Con el Comité Continental de Organización desaparecido a principios de los años '30, en aquellos países donde todavía podían actuar, las Liga Antiimperialistas siguieron existiendo aunque ahora como una simple rama de cada partido comunista (compartiendo espacios con la juventud comunista, la sección femenina, el Socorro Rojo, etc.). Sin un claro rumbo, tuvieron participación en algunos eventos de importancia, como el congreso "antiguerrero" de 1932, en Montevideo, organizado por la Confederación Sindical Latinoamericana, que se convirtió en un importante foro de denuncia contra la situación política y el imperialismo regional, y al que concurrieron dirigentes comunistas, sindicalistas e intelectuales de todo el continente. En este sentido, el avance del fascismo en Europa (con su correlato en algunos gobernantes latinoamericanos) y el peligro cada vez mayor de una nueva guerra mundial, proporcionaron un nuevo marco de acción a la debilitada Liga Antiimperialista que, a medida que pasaba el tiempo, dejó de considerar a los Estados Unidos como principal amenaza, para empezar a concentrarse en Italia y Alemania, enemigos declarados del régimen soviético.

Al compás del movimiento intelectual antifascista de Amsterdam-Pleyel, la Liga Antiimperialista hizo un nuevo intento por resurgir, esta vez en Cuba, cuando Juan Marinello presidió en 1934 el Primer Congreso contra la Guerra, la Intervención y el Fascismo, celebrado a la caída del machadato y que obtuvo una fuerte repercusión internacional. Pero en cierto modo, se trató del canto del cisne. La realización del VII° Congreso de la Internacional Comunista en 1935 resolvió, entre otras cuestiones, la desaparición de las Ligas Antiimperialistas así como de otras organizaciones periféricas que pudiesen tener un declarado sesgo antiestadounidense. La política de unidad a través de la organización de Frentes Populares y el gradual acercamiento primero con Francia e Inglaterra y luego con los Estados Unidos ante una amenaza de guerra por parte de las potencias fascistas, tornaban innecesarias (y hasta contraproducentes) la existencia de organizaciones como las Ligas Antiimperialistas. Por ello, y para mediados de los años '30, su lugar finalmente sería ocupado por los "frentes" y "ligas" antifascistas.

Bibliografía

Libros y artículos

- AA.VV, **El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana**, Buenos Aires, La Correspondencia Sudamericana, 1929.
- Alba, Víctor, **Esquema histórico del comunismo en Iberoamérica**, México, Ediciones Occidentales, 1960
- Caballero, Manuel, **La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana**, Caracas, Nueva Sociedad, 1988
- Carr, Barry, **La izquierda mexicana a través del siglo XX**, México, Ediciones Era, 1996



- Carr, E. H., "Bases de una economía planificada (1926-1929)", en **Historia de la Rusia Soviética**, Madrid, Alianza, 1976. Tercera Parte
- Godío, Julio, **Historia del movimiento obrero latinoamericano**, Caracas, Nueva Sociedad, 1983. Tomo 2: Nacionalismo y comunismo, 1918-1930.
- González Casanova, Pablo, **Imperialismo y liberación. Una introducción a la historia de contemporánea de América Latina**, México, Siglo Veintiuno, 1979
- Haya de la Torre, Víctor Raúl, **El antiimperialismo y el APRA**, Santiago De Chile, Centro de Estudios Chilenos/Ediciones Nuestra América, 1985
- Jaifets, Lazar, Víctor Jaifets y Peter Huber, **La Internacional Comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario Biográfico**, Moscú, Instituto de Latinoamérica de la Academia de Ciencias/Ginebra, Institut pour l'Histoire du Communisme, 2004
- Kriegel, Annie, "La Tercera Internacional", en Droz, Jacques (org.), **Historia General del Socialismo**, Barcelona, Ediciones Destino, 1985
- Melgar Bao, Ricardo, **El movimiento obrero latinoamericano. Historia de una clase subalterna**, México, Alianza, 1990. Tomos I y II.
- Melgar Bao, Ricardo, **El universo simbólico de una revista cominternista: Diego Rivera y El Libertador**, Morelos, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004
- Melgar, Bao, Ricardo, "La recepción del orientalismo antiimperialista en América Latina: 1924-1929", en **Cuadernos Americanos**, N° 109, México, UNAM, 2005
- Mella, Julio Antonio, "¿Qué es el ARPA?" en Tibol, Raquel, **Julio Antonio Mella en El Machete**, México, Fondo de Cultura Popular, 1968
- Mella, Julio Antonio, **Escritos revolucionarios**, México, Siglo Veintiuno, 1978. Colección Nuestra América.
- Pasado y Presente, **VI° Congreso de la Internacional Comunista. Informes y discusiones**, México, Siglo Veintiuno, 1978. Primera y segunda parte. Cuaderno de Pasado y Presente N° 67.
- Petersson, Fredrik, "'We are no visionaries and utopian dreamers'-Fragments and reflections regardig the League Against Imperialism" en **Comintern Working Paper/CoWoPa**, N° 1, 2005
- Pita González, Alejandra, **Intelectuales, integración e identidad regional. La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación, 1922-1930**, México, Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, 2004. Tesis de doctorado.
- Portantiero, Juan Carlos, **Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria 1918-1938**, México, Siglo Veintiuno, 1978
- Selsler, Gregorio, **Sandino, general de hombres libres**, Buenos Aires, Abril, 1984
- Tibol, Raquel, **Julio Antonio Mella en El Machete**, México, Fondo de Cultura Popular, 1968
- Zwick, Jim, "The All-America Anti-Imperialist League", en **Anti-Imperialism in the United States, 1898-1935**, 2005, <http://www.boondocksnet.com/ai>

Diarios y periódicos:

- **Boletín de la Liga Antiimperialista** (sección argentina), 1926.
- **El Machete** (periódico del Partido Comunista Mexicano), 1924-1925, 1930-1931, 1937-1938.
- **La Chispa** (periódico del Partido Comunista Obrero de la Argentina), 1926-1929.
- **La Internacional** (periódico del Partido Comunista Argentino), 1926-1932.

Documentos:

- Kellog, Frank, **Memorándum**, Washington, Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos, 1927
- **Internacional Comunista** (Comintern). Su relación con el PC de la Argentina (1921-1940), Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la República Argentina, 8 rollos de microfilm.
- **Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso**, México, Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, 8 rollos de microfilm.

Resumen

Este artículo reconstruye la trayectoria de la Liga Antiimperialista de las Américas, poniendo de relieve su importancia a escala continental en la década del 1920. El texto hace foco en sus formas organizativas y en el impacto de su relación con la Internacional Comunista. Concluye finalmente trazando las razones de su declive a mediados de los años '30, en el nuevo contexto de la estrategia de "clase contra clase" promovido por la Komintern, en primer lugar; y, finalmente, en el escenario brindado por el ascenso de los fascismos.

Abstract

This article reconstructs the trajectory of the Anti-Imperialist League of the Americas, emphasizing its continental importance in the decade of the 1920s. The paper focuses on the League's organizational forms and its relationship with the Communist International. It concludes by tracing the reasons for the League's decline in the mid-1930s, first, in the new context of the "class versus class" strategy promoted by the Comintern, and finally, in the context of the ascent of fascisms.

Palabras clave

Antiimperialismo, comunismo, Komintern

Un neobolivarismo antiimperialista: La Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA)*

Ricardo Melgar Bao

“En nombre de Ejército (que hasta la fecha no ha sufrido una derrota) y en el mío propio reciba la Unión Centro-Sud Americana y Antillana, mi más sincero y fraternal saludo.”

A.C. Sandino.
Campamento de los Defensores de la Soberanía Nacional de
Nicaragua, 6/2/1928.

Durante los años veinte del siglo pasado, las vanguardias artísticas e intelectuales en el continente se involucraron en la tarea de trazar nuevas coordenadas identitarias tanto nacionales como continentales. Mucho tuvieron que ver en ello, entre diversos factores concurrentes: la crisis de la cultura oligárquica, la Revolución mexicana, y una nueva escalada intervencionista de los Estados Unidos, principalmente sobre los países de la América Central y del Caribe. Tampoco fueron ajenos a ese proceso el curso de la Primera Guerra Mundial, la Revolución rusa y la emergencia del fascismo.

Bajo la administración del presidente Woodrow Wilson, hubo una saga de intervenciones militares en Honduras, Panamá, República Dominicana, Haití, Cuba y México. La administración Harding, pero sobre todo la de Calvin Coolidge, actualizó la amenaza imperial sobre el continente, en especial sobre México y Nicaragua. El viejo ideal arielista ya no satisfacía las expectativas de la nueva generación artística e intelectual, por lo que se expandieron los horizontes de búsqueda de propuestas alternativas y acciones colectivas. No fue casual que apareciese un abanico de organizaciones y publicaciones antiimperialistas con mayor o menor presencia nacional, continental o transcontinental. Más allá de sus diferencias ideológicas y estrategias discursivas o políticas sobre el modo de concebir sus luchas en favor de la soberanía nacional y continental, convergían en señalar a los Estados Unidos como la principal amenaza para los países de la región. La mayoría de estas entidades antiimperialistas se constituyeron durante el período fundacional que cubre de 1925 a 1927: nos referimos a la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA), la Unión Latino Americana (ULA), la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), y la Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA). Esta última, quizás por ser la más tardía y

de menor envergadura política e intelectual, no ha motivado el interés de los historiadores, por lo que iremos a contracorriente, en la perspectiva de dotarla de visibilidad.

A lo largo de este artículo presentaremos el lanzamiento desde México de la UCSAYA en 1927. México fungía como el país receptor de los diversos exilios latinoamericanos, situación favorable para animar un proyecto neobolivariano, conducido por el exiliado venezolano Carlos León y el argentino Alejandro J. Maudet, más conocido por su pseudónimo de Alejandro Sux, y que era un escritor radicado en México.¹ Este proyecto antiimperialista fue respaldado por algunos intelectuales y latinoamericanos exiliados y mantuvo ligas con otras organizaciones afines. Exploraremos sus redes intelectuales, su proyecto unionista, sus estatutos, el perfil de su vocero **La Batalla** y sus quehaceres políticos antiimperialistas, con especial referencia a Nicaragua.

México: país refugio, pueblo solidario

México fue un mirador y escenario privilegiado por las organizaciones revolucionarias y antiimperialistas. La Revolución mexicana y los gobiernos que le sucedieron se hicieron sentir de muchos modos en los diversos países del continente. La política exterior mexicana buscó potenciar solidaridades múltiples en su accidentada relación con los Estados Unidos tras la ocupación militar de 1914 y el renovado conflicto petrolero.

En algunos casos sirvió de base de operaciones de algunos partidos, comités de exiliados o entidades antiimperialistas como la UCSAYA. Durante los gobiernos de Carranza, pero sobre todo en los de Obregón y Calles, la nueva legislación sobre la explotación petrolera devino en objeto controversial con las compañías norteamericanas respaldadas por su gobierno. Por esos años se habían efectuado tres presentaciones de proyectos

¹ Llamaremos a Maudet por el pseudónimo de Alejandro Sux, con el que el personaje se presentó en los espacios públicos. Tal autoadscripción identitaria fue aceptada por afines y adversarios. Esta opción del historiador pretende ser más respetuosa de la perspectiva del actor, que de la formal filiación personal que se desprende de los registros estatales.

(*) Mi agradecimiento a quienes de diversos modos me ayudaron y estimularon a culminar este texto: Xavier Solé, Horacio Tarcus, Hilda Tisoc y Brenda Tovar.



de ley que reflejaban las vicisitudes de la confrontación de las fuerzas nacionales con el imperialismo y sus aliados internos. El clima de tensión política y psicológica se expresaba además en los 60 amparos que habían demandado a su favor las empresas petroleras. La batalla en el frente legal estaba anudada a otras que se libraban en los frentes diplomático, político y económico, dentro y fuera de México. En sentido amplio, la disputa de México con los Estados Unidos se libraba también en América Central.

Por lo anterior, no es de extrañar que tras una nueva crisis de gobierno en Nicaragua que se agudizó con la guerra civil entre los caudillos liberales y conservadores, México, bajo la administración Calles, decidiese intervenir a favor del liberal Sacasa. El caudillo nicaragüense, tras su interesada visita a México, logró obtener pertrechos militares, embarcaciones de transporte y hombres el 2 de mayo de 1926. El Gobierno del General Plutarco Elías Calles rebasó el marco de la denuncia y el apoyo moral a la facción nicaragüense que se oponía al servil Díaz, respaldado por los Estados Unidos. Calles envió tropas al mando de los generales Escamilla Garza y del nicaragüense Irías. Estas expediciones ingresaron subrepticamente en territorio centroamericano y combatieron, bajo las banderas de Sacasa, a los conservadores y sus asesores yanquis, acciones que el propio General Escamilla resumió en los siguientes términos:

“El General Calles mandó dos expediciones a Nicaragua, una por el Pacífico y otra por el Atlántico. Yo iba al mando de tres barcos, el ‘Foam’, ‘La Carmelita’ y la ‘Johnson’. Nos fuimos costeano para eludir a los barcos gringos. Luego de Puerto Cabeza acabalé 500 hombres, la mayoría mexicanos. La otra expedición la encabezaba el General Irías. Después de 56 combates y escaramuzas, llegamos a los arreglos de Tipitapa con los americanos cuando ya casi tenían sitiada Managua...”²

El proceso no parecía autorizar el sesgo triunfalista que evoca Escamilla. Sacasa y los mexicanos sufrieron dos iniciales reveses militares: el 2 de mayo de 1926 en Bluefields y en las costas del Pacífico el 6 de agosto, hasta que inclinaron la balanza a su favor con su exitoso desembarco en Puerto Cabezas el 30 de noviembre. Algo ayudó la sorpresa, pero también los nuevos hitos de la crisis política nicaragüense. Así se eslabonaron la renuncia del presidente Chamorro el 30 de octubre y el precipitado apoyo norteamericano al caudillo Díaz. A inicios de diciembre llegó el reconocimiento diplomático mexicano del gobierno de Sacasa. La reacción militar norteamericana no tardó en llegar con una imponente flota a las costas nicaragüenses, dando un ultimátum de 48 horas a Sacasa para retirarse de Puerto Cabezas. A Sacasa y al general Moncada, el retiro improvisado de sus tropas no les permitió trasladar todos sus pertrechos militares al interior del país. Muchas toneladas de municiones, fusiles y baterías de artillería fueron arrojadas al mar.³ Algunas

fueron rescatadas por una improvisada y solidaria red presumiblemente auspiciada por adherentes anarquistas y de la IWW desde el muelle y el burdel de Puerto Cabezas.⁴ El beneficiario de este rescate fue el todavía desconocido Sandino, que había retornado el 25 de mayo a su tierra natal, procedente de México (donde había trabajado en la compañía norteamericana Huasteca Petroleum Co., cuyo sindicato era controlado por la CGT de filiación anarcosindicalista, con presencia también de adherentes a la IWW). En Nicaragua Sandino trabajaba en las minas de San Albino al momento del bloqueo y la amenaza de desembarco de los marines norteamericanos. El emergente líder logró nuclear a un contingente de 29 mineros, además de sustraer algunos explosivos de la mina, en la firme convicción de que pronto entrarían en combate con las fuerzas invasoras. Sandino y sus mineros, tras recuperar algunos fusiles y 7 mil cartuchos abandonados por las tropas de Sacasa, dieron inicio a la más importante lucha de liberación nacional librada en el continente en el período de entreguerras. Lo cierto es que por esos años, viejos y nuevos hilos anudaban cada vez más los destinos de Nicaragua y México a su polar relación con los Estados Unidos. Hay quienes han querido ver en el despliegue espectacular de la flota norteamericana frente a las costas nicaragüenses un proyecto militar en dos frentes, uno activo en Nicaragua y otro potencial de cara a las costas mexicanas.⁵ Desde la atalaya de la UCSAYA todavía Sandino carecía de visibilidad. Las expectativas de la resistencia nicaragüense seguían con atención los movimientos de Sacasa y el general Moncada.

Un adherente de la UCSAYA miraba con preocupación cómo el nuevo escenario nicaragüense que trazaba la tercera intervención militar norteamericana tendía a borrar las fronteras de lado costarricense y a optar por el camino de la guerra irregular bajo el mando de Sacasa:

“Abrigamos, a pesar de todo, la esperanza de que esta sea una retirada estratégica del jefe supremo de las operaciones militares, puesto que trasladándose a Costa Rica, no le sería difícil internarse en su país, precisamente por la frontera sur de Nicaragua y reunirse, en cosa de dos o tres jornadas, con el fuerte contingente de revolucionarios que tiene en su poder la ciudad de Rivas, en cuya posesión se tiene el dominio de la región de los dos Grandes Lagos de Granada y de Managua, por excelencia privilegiada para poder resistir indefinidamente, en la única forma factible dentro de las actuales circunstancias: la guerra de guerrillas. Y así lo suponemos, dada

2 Citado por Rafael Martínez en “México solidario con Sandino”, *La rojinegra*, No 3, México, septiembre de 1979, p. 37.

3 Selser, Gregorio, “Sandino, el guerrillero”, *Casa de las Américas*, N° 49, La Habana, julio-agosto de 1968, p.14.

4 Resaltamos que las tareas de recuperación de armas realizadas por “prostitutas” de los burdeles de Puerto Cabezas a favor de la causa sandinista se inscriben en una tradición solidaria cultivada previamente por anarquistas y adherentes de la IWW. Cuatro años antes, las prostitutas del puerto mexicano de Veracruz libraron una memorable y pionera huelga de inquilinos que se extendió a todos los barrios populares.

5 “El senador Borah, como la mayor parte del sector más esclarecido de la ‘intelligentsia’ y el obrerismo norteamericano, veía bien claro de qué se trataba. La intervención en Nicaragua era una operación diversionista, para ocultar le objetivo primordial de chantajear a Calles y México. Para esta última no se justificaba la presencia de tantos buques de guerra, ni tantos *marines*, ni tantas amenazas de Coodlidge y Kellogg”, Selser, Gregorio, art.cit., p. 15.

la solemne declaración de Sacasa de ‘vencer o morir’ con honor en la demanda.”⁶

México no sólo era para los norteamericanos un factor indeseable para sus intereses petroleros, sino también perturbador de sus proyectos de dominación en Nicaragua y América Central. Por si fuera poco, a principios de 1927 llegó a México la embajadora de la URSS, Alejandra Kollontai, agregando otro elemento de tensión diplomática con el Gobierno norteamericano. Coodlige bautizó a Calles de “Bolsheviki” y a su país de “México Soviet”. La presión del gobierno norteamericano se expresaba lisa y llanamente como amenaza de intervención militar, aprovechando que el régimen de Calles tenía que enfrentar la guerra cristera a raíz de su acendrada política laicista y anticlerical. De otro lado, la proliferación de organizaciones y campañas antiimperialistas corrían desde la izquierda mexicana y latinoamericana y multiplicaban por doquier las solidaridades con Sandino y el pueblo nicaragüense, en lucha contra las tropas de ocupación norteamericana.

Las fisuras del régimen de Coodlige en el último año de gobierno, motivadas por los preparativos pre-electorales y el escándalo que suscitó la propaganda en torno a 300 documentos sustraídos por agentes de Morones de la oficina del agregado militar norteamericano, evidenciaban sus maniobras intervencionistas. Tampoco fue desdeñable en la escalada del conflicto la solicitud del gobierno mexicano de recurrir al Arbitraje Internacional de La Haya para resolver el diferendo petrolero, frenando el ímpetu imperial estadounidense y orillándolo a buscar una salida diplomática negociada.

En abril de 1927, las compañías petroleras yanquis desafiaron nuevamente al régimen de Calles, abriendo nuevos pozos petroleros en zonas de frontera. Poco antes, las maniobras militares en la frontera con México y los preparativos de la marina de guerra para bombardear y desembarcar sus marines en Tampico como lo habían hecho en 1914 en Veracruz, levantaron una ola de protestas populares que se tuvieron como correlato el desarrollo de un espíritu nacional antiimperialista. De parte del Gobierno había la intención incluso de volar e incendiar los pozos petrolíferos de la Huasteca; de parte del pueblo hubo la voluntad de luchar y en el seno de las vanguardias políticas e intelectuales de organizar frentes antiimperialistas. Por todo ello, el mirador mexicano fue muy sensible a la política intervencionista de los Estados Unidos en América Central y el Caribe, particularmente en Nicaragua. Desde esa perspectiva, quizás deberían revisarse los efectos de la ruptura de relaciones diplomáticas entre México y Venezuela, otro país petrolero dominado por los Estados Unidos. Entre ellos, debería tomarse en cuenta la acogida y protección mexicana a las actividades conspirativas del exilio venezolano.

El clima psicológico y político era pues a todas luces propicio a la constitución de organizaciones antiimperialistas, máxime si prestaban su apoyo al régimen de Calles en su política de confrontación diplomática y económica con el imperialismo norteamericano, tal cual sucedió con la UCSAYA. Otras entidades,

como la Liga Antiimperialista de las Américas, prefirieron manejar con mayor discreción acuerdos más acotados en el terreno antiimperialista. Hay indicios que permiten suponer que Calles brindó alguna ayuda financiera para la realización del Primer Congreso Antiimperialista Mundial celebrado en Bruselas en el mes de febrero de 1927.

La diáspora del exilio latinoamericano en México permitía reconocer además de la UCSAYA y la Liga Antiimperialista a las siguientes organizaciones: Partido de Revolución Venezolana, Unión Patriótica Haitiana y Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Una revisión puntual de la composición de los grupos fundadores en la ciudad de México así como de los colaboradores de sus respectivas publicaciones, nos revela la existencia de una red de redes flexible que aproximaba en sus acciones a los diversos exilios del continente.

Redes intelectuales y políticas

Algunas reseñas biográficas nos permitirán iluminar las redes intelectuales y políticas de la UCSAYA, así como las ramas ideológicas existentes en su seno, sus pesos diferenciales, sus diseños y convergencias. Estas redes nos revelan que, en su forma arborescente, tendieron a trascender las fronteras mexicanas, aunque respetaron un centro articulador y un núcleo dirigente afincado en la ciudad de México. Esta ciudad capital les permitió a los exiliados latinoamericanos contar con un lugar de encuentros y de protección relativa, un espacio de socialización, fraternización e intercambios múltiples, una caja de resonancia de sus campañas contra los gobiernos oligárquicos y la penetración imperialista. En general, el gobierno mexicano otorgó discrecionalmente a los exiliados latinoamericanos algunas facilidades laborales, de visado y viajes, así como eventuales subsidios para sus actividades intelectuales, políticas, y propagandísticas. No pocos de los intelectuales latinoamericanos se convirtieron en eventuales o permanentes publicistas del gobierno mexicano de turno sobre aspectos sensibles a la política exterior, llámense el litigio petrolero o la guerra cristera. Lo que llama la atención es la casi nula visibilidad de las compañeras de los integrantes de la UCSAYA, no obstante que se involucraron de muchos modos en las actividades antiimperialistas.

En abril de 1927, el intelectual venezolano Carlos León (1868-1942) y el escritor argentino Alejandro Sux (1888-1959), convocaron en la ciudad de México a una reunión fundacional de un organismo antiimperialista. Fue así como se constituyó la Unión Centro-Sud-Americana y de las Antillas (UCSAYA), registrando como su local público un despacho ubicado en la Avenida Madero N° 1, en el corazón del centro histórico de la Ciudad de México.⁷ Paralelamente se usaba para la correspondencia de **La Batalla** la dirección del propio Sux, en Plaza Miravalle N° 13.⁸ **La Batalla** fue un periódico de formato tabloide de 10 páginas, con escasos avisos publicitarios que no daba cuenta de su equipo de redactores, tampoco de su red de corresponsales y suscriptores,

6 Chaverri Matamoros, Amado, “La...[ilegible] antiimperialista”, **La Batalla** (México), N° 4, 31/5/1927, p. 5.

7 **La Batalla** (México) Año 1, N° 4, 1-5-1927.

8 “A la prensa liberal norteamericana”, **La Batalla** (México), N° 3, 21/5/1927, p. 8.



y menos de su tiraje. Tenía una columna central que reproducía el nombre del periódico, y que era subtítulo conforme al tópico tratado. Esta columna marcaba la línea editorial y fue suscrita por diversos miembros, no siempre de la directiva de la UCSAYA.

Sux, en la presentación de **La Batalla**, reivindicó el lugar estratégico de México frente a la amenaza de los Estados Unidos. Llamó a México “el centinela” de los territorios continentales de la “raza indolatina”, “la avanzada de las realizaciones atrevidas”, “la avanzada de la de la revolución transformadora que terminará con el oprobioso sistema que reina en la sociedad actual”.⁹ En el texto de Sux se atisban con claridad las vetas utópicas que todavía podía suscitar el escenario mexicano en las izquierdas. La mitología de la Revolución mexicana distaba de estar agotada: representaba para el escritor argentino un “dique” de contención del imperialismo, y también el porvenir deseable para los pueblos de América Latina. Por todo ello, Sux instó a la movilización y la lucha continental para hacerle frente a “las fuerzas reaccionarias del mundo que se han coaligado contra México”.

“...los pueblos de raza indo-hispánica deben ayudar a México, por eso los hombres que tienen un ideal noble y grande en la cabeza, deben acudir a empeñar las antorchas de la Revolución mexicana, que todavía no ha terminado (...) Deber de latinos, de hispanos, de ibero-americanos, de revolucionarios, es el de acudir al pie de la muralla mexicana para reponer las piedras que el enemigo común derribe con sus poderosos elementos de corrupción y destrucción”.¹⁰

Este organismo, al igual que sus similares que le precedieron, pretendía tener alcance continental a través de la fundación de filiales nacionales que abogasen por una política a nivel de sus respectivos países, centrada en la propaganda sobre las “acechanzas, intromisiones y atropellos” del imperialismo. Su principal animador y organizador, el exiliado venezolano Carlos León, estableció muchos puentes y acuerdos con el obregonismo y el callismo, favorables para ambas partes. La condición de asilado en México que León ostentaba desde 1922, no lo inhibió de participar activamente en la fundación y actuación del Bloque de Obreros Intelectuales de México, el cual congregaba a un sector de la intelectualidad orgánica del estado posrevolucionario.¹¹

El venezolano, además de ser el mayor de todos los integrantes de la UCSAYA, era un intelectual y político reconocido y respetado dentro y fuera del país. El año de 1891 se había doctorado en ciencias políticas. Alternaba la docencia universitaria con el periodismo y la acción política. Llegó a tomar las armas durante la rebelión de 1892, que llevó al poder a Joaquín Crespo contra

9 S. A. (Sux, Alejandro), “Lucha antiimperialista. Debemos reforzar el dique”, **La Batalla** (México), N° 1, 1/5/1927, p. 1.

10 Idem.

11 Juan de Dios Bojorquez, presidente del Bloque de Obreros Intelectuales de México en el homenaje a los desaparecidos miembros fundadores, dijo: “El esforzado luchador venezolano, que dejó tanta huella en el BOI, Dr. Carlos León. Hombre amable, dedicado a la investigación histórica...”, en el **Bloque de Obrero Intelectuales de México, Honra la memoria de sus compañeros desaparecidos**, ediciones de Bloque de Obreros Intelectuales de México, México, 1957, p. 4.

el intento reeleccionista del presidente Raimundo Andueza Palacio. Fue designado embajador de Venezuela en Francia, donde escribe su ensayo **La Libertad política del ciudadano** (1893). A su retorno a Venezuela en 1894, asumió banderas nacionalistas frente al bloqueo imperialista de los años 1902-1903. Tras un breve acercamiento al proyecto liberal del presidente Cipriano Castro optó en 1906 por la ruptura política y el exilio. Regresó a su tierra natal bajo el mandato de Juan Vicente Gómez, pero su radicalización política hacia el ideario socialista lo llevó a la cárcel de la Rotonda, donde permaneció entre los años de 1914 a 1922, en que partió a su largo exilio en México. Participó de la fundación del Partido Republicano al lado del general Arévalo Cedeño, para, en 1927 apostar a la creación de dos entidades convergentes, la UCSAYA, de proyección continental, y el Partido Revolucionario Venezolano, orientado a la toma del poder y el cambio radical de la sociedad venezolana.¹² León tuvo gestos solidarios hacia los perseguidos políticos de otros países latinoamericanos, y abogó ante el presidente Calles para que les otorgase asilo a los intelectuales haitianos de **Le Courier Haitien: Organe de Défense National**.

Los venezolanos en el exilio captaron, al igual que otros grupos del exilio sudamericano y caribeño, algunos apoyos para sus respectivas causas antioligárquicas y antiimperialistas. A la administración Calles le favorecía la defensa de México frente a las amenazas estadounidenses que sostuvieron de manera insistente las significativas redes del exilio latinoamericano en las dos Américas y en Europa. Las redes del exilio venezolano en 1927, hermanadas con las propias de la UCSAYA, estaban casi circunscritas a las del Partido de la Revolución Venezolana. Eduardo Machado da testimonio de ello desde las páginas de **La Batalla**:

“...militan venezolanos como el doctor Carlos León, representante de la intelectualidad honrada y patriota de Venezuela; generales como E. Arévalo Cedeño, Bartolomé Ferrer, M. Prato, M. Terán, coronel A. Ramírez Astier, que se han batido en estos años de tiranía contra las tropas que los defienden; jóvenes como M. Zúñiga, C. Salvador de la Plaza, Humberto Tejera, Gustavo Machado Ricardo Martínez, que han sacrificado su juventud por la redención de sus conciudadanos...”¹³

Fuera del PRV, pero ligado a la red de Carlos León, aparecía el escritor venezolano Rufino Blanco Bombona (1874-1944), quien en 1905, siendo gobernador del territorio del Amazonas, se opuso a la despiadada explotación cauchera, lo que le costó su destitución y detención. En la cárcel escribió su novela **El hombre de hierro**. Liberado en 1906, viajó a Europa, para retornar a su país en 1908 y asumir una diputación, pero sus críticas al presidente Gómez lo llevaron nuevamente a la cárcel entre 1909 y 1910, para luego marchar hacia un largo destierro entre París (1910-1914) y Madrid (1914-1936). En París publicó un texto antigomecista en el reivindicó el tiranicidio que lleva por título **Judas capitolino**

12 “Carlos León”, en: <http://www.venezuelatuya.com/biografias/carlosleon.htm> consultada el 27/7/2006.

13 Eduardo Machado secretario de la Liga Antiimperialista, Sección Venezolana, “Manifiesto a los Venezolanos”, **La Batalla** (México), 1/5/1927, p. 6.

(1914).¹⁴ En 1927, al momento de colaborar con **La Batalla**, fungió como cónsul del Paraguay en Lyon. Blanco Bombona desde Madrid dirigió la Editorial América entre los años 1915 y 1932, dando juego a su bolivarolatría, la cual no pocos latinoamericanos y antiimperialistas compartieron.¹⁵ El pensamiento antiimperialista del escritor venezolano fue precoz, desde su oposición a la ocupación de Cuba y Puerto Rico en 1898, pasando por una aguda crítica al libro de W.T. Stead, **La Americanización del mundo** (1902), hasta desplegar en los años venideros una serie recurrente de ataques viscerales a los Estados Unidos.¹⁶

Entre los colaboradores más próximos de Carlos León figuró Alejandro Sux en su calidad de director de **La Batalla** (1927), el vocero de la UCSAYA. La seña ideológica de Sux parece aclararse por su ubicación en los espacios editoriales anarquistas mexicanos. Su nombre aparecía con dos referencias bibliográficas en la lista de publicaciones del colectivo editorial anarquista mexicano **Biblioteca Mundial**, al lado de obras de Bakunin y Flores Magón, y de otro colaborador de la UCSAYA como José María Benítez, autor de **Gesto de Hierro**.¹⁷ Los textos de Sux, por sus títulos, sugieren ser inscritos en su ya conocida vena literaria: **El asesino sentimental**, **Del reino de bambalina**. Sux desde 1906 había puesto su pluma al servicio de la causa libertaria, siendo conocido en los circuitos de habla castellana por la amplitud de su obra. Así, por ejemplo, **Cantos de Rebelión** (1909) salió en una edición especial para México, Barcelona y Buenos Aires. Durante la estancia del escritor argentino en México, su filiación anarquista quedó parcialmente de manifiesto en las redes intelectuales que promovió a favor de la UCSAYA y de su vocero **La Batalla**. Destacó en particular el vínculo de Sux con el libertario español Emilio López Arango (1894-1929), quien, tras una breve residencia en Cuba, se radicó en Buenos Aires, adhiriendo a partir de 1912 al ideario anarquista. Los vínculos de López Arango con la UCSAYA fueron mediados por Alejandro Sux cuando se desempeñaba como director de **La Protesta**, el más importante periódico anarquista de América Latina.¹⁸ El propio Sux había formado parte del equipo de redacción de **La Protesta** en 1909, lo que refrenda la hondura de este vínculo libertario. Sux, durante su estancia en México, se casó con Ruth Corral y tuvo una hija de nombre Alejandra Alays.¹⁹ En 1929, el escritor argentino devino en ocasional publicista latinoamericano del gobierno de Portes Gil²⁰ a través de su revista **La Patria Grande** (1929). En

La Batalla hubo otro colaborador de filiación libertaria, anarco-individualista, que firmaba como E. Armand, presumiblemente vinculado a Sux.²¹

También merece destacarse la presencia chilena en la UCSAYA. Por un lado, hay que mencionar a Gaspar Mora Sotomayor, uno de los líderes estudiantiles chilenos en el exilio a partir de 1928. Mora había sido detenido junto con otros dirigentes universitarios y obreros en Santiago y otras ciudades del país y era adherente al Partido Demócrata. Días más tarde, Mora tuvo que marchar al exilio al igual que otros de sus compañeros de infortunio.²² Orestes Franco dio cuenta de la sensibilidad del magisterio mexicano organizado, muy solidario con las luchas de sus pares chilenos, la cual se reforzó con la creación de la Internacional Magisterial Americana en 1928.

Entre los colaboradores de **La Batalla** figuraban dos exiliados peruanos militantes del APRA en 1927: Jacobo Hurtwitz y Esteban Pavletich. El primero de ellos jugaría un activo papel de propagandista a través de Manos Fuera de Nicaragua (MAFUENIC) en defensa de la causa de Sandino. Por su lado, Pavletich viajaría como representante del APRA a Nicaragua, integrándose a las filas de Sandino como uno de sus secretarios.

Mención especial en las filas de la UCSAYA merece el escritor nicaragüense Hernán Robleto (1892-1968), quien había luchado al lado del general Benjamín Zeledón en 1912. Radicado en México, se sumó a las filas del Partido Socialista del Sureste liderado por Felipe Carrillo Puerto y que gobernó Yucatán hasta el golpe militar de 1924. Tras el fusilamiento de Carrillo Puerto, Robleto lo homenajeó a lo largo de tres artículos publicados en el diario **El Imparcial** de Guatemala, por haber sabido ligar su proyecto político al universo cultural maya.²³ El escritor socialista, al momento de sumarse a la UCSAYA, tenía en su haber una activa participación a favor de la causa liberal durante la llamada "revolución constitucionalista" de su país, entre los años de 1926-1927. Robleto escribía con regularidad para el diario **El Universal Gráfico**, y sus piezas teatrales se inspiraban en el dramaturgo uruguayo Florencio Sánchez, de conocida filiación ácrata. Más tarde sería conocido por su novela **Sangre en el trópico** (1930), en la que narró la intervención norteamericana en Nicaragua.²⁴ Esta novela fue publicada por la editorial Cenit en Madrid, conocida por su excepcional y pluralista orientación en el campo de la izquierda marxista.²⁵

14 Segnini, Yolanda, "El bolivarianismo como política de la Editorial-América de Rufino Blanco Bombona," **Akademios** (Caracas), vol. 3, N° 1, 2001, pp. 115-135.

15 "Rufino Blanco Bombona", <http://www.venezuelatuya.com/biografias/blanco-fombona.htm>, consultada el 27/7/2006.

16 D'Alessandro Bello, María Elena, "Una posición en la obra de Rufino Blanco Bombona", **Boletín Universitario de Letras** (Caracas), N° III, 1995, pp. 59-72.

17 **La Batalla** (México), año 1, N° 4, 21-5-1927, p.9.

18 "Emilio López Arango. En recuerdo del compañero y del amigo", **La Protesta** (Buenos Aires), N° 316, pp. 585-589.

19 Tarcus, Horacio, "Alejandro Sux" en **Diccionario biográfico de la izquierda argentina**, Emecé, Buenos Aires, 2006.

20 Tras el asesinato de Álvaro Obregón, Emilio Portes Gil asumió la presidencia interina de México entre el 1° de diciembre de 1928 y el 5 de febrero de 1930.

21 Armand, E., "Los individualistas y el sentimiento", **La Batalla** (México), N° 3, 21/5/1927, p.5

22 www.siglo20.tercera.cl/1960-69/1960.soc2a.htm, consultada el 26/06/2006.

23 Díaz Vázquez, María del Carmen, **El Proyecto político nacional del México posrevolucionario, su proyección y significación en Guatemala. El papel de los intelectuales (1920-1932)**, tesis doctoral en Historia, Universidad de Costa Rica, San José, 2004, pp. 157-158.

24 Arellano, Jorge Eduardo, **Diccionario de Autores Nicaragüenses**, Tomo II: M-Z, Biblioteca Real de Suecia-Biblioteca Nacional "Rubén Darío", Managua, 1994, pp. 65-66.

25 La editorial Cenit de izquierda, fundada por Juan Andrade, Graco Mársa y Rafael Giménez, abrió sus puertas a cuatro autores latinoamericanos de izquierda: Hernán Robleto, César Vallejo, Rosa Arciniega y Demetrio Aguilera Malta.

El año de 1928 arribó a México en calidad de exiliado el intelectual haitiano Joseph Jolibois Fils, uno de los editores de **Le Courrier Haitien** por los que Carlos León había abogado ante el Presidente Calles unos meses antes. Jolibois había sufrido prisión en 1923 por oponerse a la ocupación norteamericana. Suscribió en México un acuerdo antiimperialista a nombre de su partido con la UCSAYA. Días más tarde se integró plenamente a la UCSAYA llegando a fungir como co-presidente de la misma. Al complicarse la situación política en México en 1929, inicia una gira antiimperialista por América del Sur con especial atención al drama que padecía su pueblo. A su paso por Colombia publicó un artículo sobre el monroísmo en **La Nación** de Barranquilla. En Buenos Aires, impartió una conferencia sobre el mismo tema en la Facultad de Derecho de la Universidad el 20 de agosto de 1929.²⁶ A su retorno a Haití fue encarcelado por el dictador Sténio Vincent, muriendo sin alcanzar la libertad.

Entre los mexicanos adherentes a la UCSAYA y/o colaboradores de **La Batalla**, habría que mencionar al economista Jesús Silva Herzog (1892-1985), quien había participado en la Revolución mexicana bajo el mando del general Eulalio Gutiérrez. Después de concluir sus estudios de economía en la Universidad Nacional, ejerció la docencia en su Escuela de Verano durante los años 1925 y 1927, vinculándose a intelectuales de diversos países, varios de ellos latinoamericanos en el exilio. En 1928 nuestro economista e historiador aglutinó a los exiliados de la izquierda latinoamericana en torno a un proyecto suyo que cobró forma al crearse el Instituto de Investigaciones Económicas, abocado al estudio de la cuestión agraria, el petróleo y el imperialismo en México y América Latina. Entre ellos, participaron varios adherentes de la UCSAYA, al lado del cubano Julio Antonio Mella y el fundador del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre.²⁷ Silva Herzog publicó en **La Batalla**, un significativo avance de su ensayo **Evolución Económica de México**.²⁸ Junto a estos hombres tuvo participación otra figura mexicana, el abogado Luis Sánchez Pontón (1895-1969), que formó parte de los delegados asistentes al primer Congreso Nacional de Estudiantes (1910) que se pronunció contra el dictador Porfirio Díaz, contra la injerencia norteamericana, y en defensa de Rubén Darío (quien estaba impedido de ingresar a México). Participó en diversos momentos de la Revolución del lado del maderismo y del obregonismo,²⁹ fue gobernador de Puebla en 1920, y director interino de la Escuela de Derecho de la Universidad Nacional entre mayo y septiembre de 1927. Por entonces oscilaba entre el nacionalismo revolucionario y el socialismo.³⁰

26 Jolibois Fils, Joseph, **La doctrine de Monroe**, [Port-au-Prince?] Imprimerie A. A. Heiraux, 1932, pp. I y VI.

27 Álvarez, José Rogelio (dir.), **Enciclopedia de México**, Tomo XII, EdeM/SEP, México, 1988, pp. 7288-7290.

28 **La Batalla** (México), Año 1, N° 6, 25-6-1927.

29 Garcíadiego, Javier, **Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana**, El Colegio de México/UNAM, México, 1996, pp.55-57, 61-64, 78 y 370.

30 Durante el gobierno de Lázaro Cárdenas Sánchez Pontón publicó su libro **Hacia la escuela socialista: la reforma educacional en México**, México, Patria, 1935.

De los colaboradores latinoamericanos fuera de México podemos reconocer a Eduardo Machado (1902-1996), quien vivió exiliado en La Habana entre 1924 y principios de 1927. Acosado por la dictadura de Machado en Cuba por sus ligas con el Partido Comunista, consiguió el derecho de asilo en México. Participó en la fundación en México del Partido de la Revolución Venezolana al lado de Carlos León y otros coterráneos. Ese mismo año viajó acompañando a Sócrates Sandino a los Estados Unidos a fin de publicitar la lucha de liberación nacional en Nicaragua. En Estados Unidos se casó con Gertrudis Allison y fue expulsado a Francia en 1928, desde donde realizó activa campaña antiimperialista hasta su retorno a Nueva York en 1930, para cumplir diversas tareas de la IC en las dos Américas.³¹

Hubo otros intelectuales que, al igual que Machado, guardaron afinidad con las ideas socialistas en boga. Fue el caso del escritor uruguayo Adolfo Agorio (1888-1965), quien habiendo dejado atrás sus ligas con el batllismo por su radicalismo de izquierda, realizó un entusiasta viaje a la URSS, además de publicar un libro que expresaba su estacional adhesión roja titulado **Tras la mirada de Lenin** (1925). Nada auguraba por ese entonces que en poco menos de una década devendría en activo publicista del fascismo. En la misma red y por afinidad ideológica y política se situó el poeta colombiano José Luis Betancourt, quien había tenido una juventud radical militando en las filas del Partido Socialista Revolucionario de su país y adoptado como pseudónimo el muy ruso de Dimitri Ivanovitch.³² Pocos años después viraría hacia la derecha.

Entre los colaboradores de **La Batalla** apareció un intelectual centroamericano de renombre. Nos referimos al ensayista y narrador salvadoreño Alberto Masferrer. De los demás colaboradores a la fecha sólo conocemos sus nombres: Juan Artel, Amado Chaverri Matamoros, Martín Paz, J. de la Luz León, José María Benitez, Alvaro Salcedo, W.E. Mier. En diversas publicaciones sudamericanas y centroamericanas, como **Repertorio Americano** de San José Costa Rica y **Amauta** de Lima Perú, hemos encontrado comunicados y manifiestos del Comité Ejecutivo de la UCSAYA contra el imperialismo norteamericano, lo que evidencia algunos de los lazos que la aproximaron a las vanguardias de nuestro continente.

La declaratoria y los estatutos

Los planteamientos federalistas de raigambre bolivariana, pero también anarquista, no podían estar ausentes en esta organización. En su **Declaración de Principios** se sostiene que:

“...sólo por la UNION o federación definitiva de nuestros países podremos conjurar el creciente peligro que nos amenaza, y salvar nuestros derechos y nuestras libertades”.³³

31 “Eduardo Machado” en :www.venezuelatuya.com/biografias/eduardomachado.htm consultada el 27/7/2006.

32 Zalamea, Luis, **Memorias de un dilettante**, capítulo XIV, “Nueva York saca sus garras”, en www.pweao.wanadoo.es/periodicozalamea/Memorias/Capitulo14.htm. Consultada el 22/6/2006.

33 **La Batalla** (México), año I, No.1, Mayo de 1927.p.7.

La UCSAYA aglutinó a una corriente de intelectuales mexicanos y latinoamericanos a través del periódico **La Batalla**, que aparecía como su tribuna central. Este órgano de prensa, dirigido por Alejandro Sux, trató de centralizar a través de sus columnas las líneas básicas de la prédica antiimperialista. Su periódico estuvo abierto a los exiliados y a las organizaciones que representaban, así como a algunas corrientes de opinión mexicanas.

La UCSAYA aspiraba a fundar filiales fuera de territorio mexicano, lo que nos indica que su proyecto orgánico era bastante ambicioso:

“La UCSAYA establecerá “filiales” o “correspondientes” en las capitales de cada nación latinoamericana y aquellas a su vez establecerán “secciones” en los diversos centros del país, y el conjunto de “filiales” constituirá la federación continental de UCSAYA”.³⁴

También fueron ambiciosas y utopistas sus facultades. Así, por ejemplo, esta entidad política se arrogaba el derecho de que:

“B. Reconocerá como legítimos solamente los gobiernos que emanen de la voluntad popular expresada, ya por el sufragio efectivo, ya por un hecho de armas”.³⁵

Sin embargo, las otras tareas que se planteaban fueron más afines a la naturaleza de este organismo político, tales como: hacer intensa propaganda de denuncias contra los “atropellos, amenazas o actitudes agresivas” de una potencia imperialista contra cualquier país del continente; combatir las tiranías que se sostienen con el aval imperialista y la tarea de oponerse a todo tipo de contrato, concesión, monopolio o arreglo que menoscabe la soberanía nacional y continental.

Por sus características ideológicas y orgánicas, la UCSAYA aparecía como un órgano de frente antiimperialista limitado. Según lo evidencian los rasgos programáticos que deberían sancionar e impulsar los congresos continentales de la UCSAYA, no rebasarían los límites propios del proyecto modernizante, autonomista, y continentalista de la pequeña burguesía radical. Este proyecto burgués nacional se condensó en los puntos 4º y 10º. El punto 4º sostiene la tesis de la “no contratación de misiones financieras, militares, navales o técnicas de cualquier ramo, entre entidad latinoamericana y otra imperialista”; el punto 10º, por su parte, reclama la constitución de industrias de corte nacional que “transformen nuestras materias primas y den ocupación remunerativa a nuestros trabajadores”.³⁶

El énfasis en el desarrollo industrial como eje del progreso material de una sociedad no sólo expresa un punto de vista de clase, sino que traduce además una marcada influencia ideológica de tinte positivista. El tono positivista se evidencia, además, en ese pretendido “espíritu de solidaridad racial” indolatino, el cual es presentado como el pivote espiritual de la unión continental y de su organismo de vanguardia, la UCSAYA. Pero la mejor expresión de la influencia positivista se manifiesta en el punto 14º, en

donde se clama por la unidad, el orden y el progreso latinoamericano. Allí se dice que:

“14º. Estímulo del espíritu fraternal entre nuestros pueblos, a fin de que cada entidad indolatina sienta como propios el progreso y bienestar de cualesquiera otras y que las naciones más adelantadas en cualquier orden puedan ser emuladas sin desdoro por las demás. Evitar rivalidades perjudiciales en cualquier orden de actividades”.³⁷

El punto 11 referente a la necesidad de los programas de colonización e inmigración tan caros al positivismo latinoamericano, ratifican una vez más nuestra valoración del proyecto ideopolítico de la UCSAYA. Para esta organización es importante el:

“Fomento y estímulo de corrientes inmigratorias asimilables que acrecienten nuestra población y riquezas y contribuyan al progreso moral y material de nuestras masas populares”.³⁸

Es evidente que se hace alusión implícita a la venida de inmigrantes de la Europa Industrial, cuna de la civilización material y espiritual de Occidente. Las corrientes migratorias que hay que frenar son las procedentes del Asia. El prisma orientalista de las izquierdas terminaba de desbaratarse cuando aparecía como insinuación la migración asiática. Posiciones libertarias y antiburguesas, como las del anarquista Ricardo Flores Magón, o de intelectuales de gran influencia en los movimientos juveniles y universitarios, como José Ingenieros, cerraban filas contra la inmigración asiática. En México, en pleno proceso revolucionario, el hostigamiento por parte de las llamadas Ligas Anti-Asia y de la propia División del Norte dirigida por Pancho Villa han sido largamente documentadas.

La UCSAYA plantea en los puntos 2º, 7º, 8º y 9º una serie de medidas aduaneras, de modernización de las vías de comunicación, de la formación de un sistema de información y estadísticas, y de las mejoras de las marinas mercantes que representaba en su época una revisión latinoamericana y liberal de la política panamericana impuesta por los EEUU en esos mismos rubros. Además, constituye, por derecho propio, el primer antecedente de integración mercantil latinoamericana, que, por sus posiciones, se ubica en una posición más nacional y continentalista que los proyectos de nuestras burguesías intermediarias nativas plasmados en las últimas décadas en la ALALC y el SELA.

La constitución de un Bloque Comercial latinoamericano era uno de los instrumentos básicos de defensa de nuestra soberanía continental. Veamos el hilo de su fundamentación:

“Si el poderío político de los Estados Unidos es la derivación fatal de su pujanza económica, si esa pujanza económica emana en buen parte de su comercio exterior, si en ese comercio exterior figura América Latina, en Block, como principal cliente, ¿no es claro, no es evidente que América Latina, en conjunto, posee una arma incruenta,

34 Idem.

35 Idem.

36 Idem.

37 Idem.

38 Idem.

susceptible de ser esgrimida eficazmente contra su agresor consuetudinario?”³⁹

Este bloque comercial latinoamericano podría ganar a sus intereses los mercados de Europa, Asia y África, es decir, fracturar su dependencia comercial con respecto a los EEUU. Pero, en el planteamiento de la UCSAYA, está ausente todo cuestionamiento interno sobre la estructura de la propiedad y el carácter de la producción industrial que separa y enfrenta cotidianamente a propietarios y productores en torno a la masa de plusvalía y salario, y, en perspectiva, abona por la confrontación histórica por el poder y la reorganización social. La UCSAYA ha limitado su percepción de clase y de frente al reconocimiento y enfrentamiento del enemigo principal de los pueblos latinoamericanos: el imperialismo yanqui. Su discurso y su práctica fue antiimperialista, pero no anticapitalista. Incluso el hecho de no abordar el problema primario del continente: la cuestión agraria y campesina y, por el otro lado, aludir constantemente al progreso material, oculta una fórmula gradualista y temporizadora que bien podría estimular una vía Junker de desarrollo agrario. Pero esto no es más que una apreciación forzada de las derivaciones implícitas de los postulados básicos de la UCSAYA.

La UCSAYA en su primer punto programático reivindicaba la “adopción de una ciudadanía común latinoamericana”, pero no explicitaba si ello venía a implicar la disolución de las ciudadanías nacionales; más bien creemos que tal reclamo se ubica dentro de las viejas y vigentes reflexiones bolivarianas de lograr la convergencia de intereses nacionales y continentales.

La Batalla: un espacio de convergencia y de lucha

La Batalla fue algo más que el vocero de la UCSAYA.⁴⁰ Alejandro Sux, a pesar de sus filiación libertaria, se movió a la altura de la organización unionista y antiimperialista que debía representar. **La Batalla** configuró un escenario donde convergieron cuatro corrientes ideológicas en torno a la defensa continental de las agresiones múltiples del imperialismo norteamericano. Ello revela que todavía en el curso del año de 1927 era posible pensar en frentes intelectuales y políticos amplios. En febrero de 1927, a pesar de ciertas fricciones, el Congreso Antiimperialista Mundial celebrado en Bruselas forjó un espacio significativo de encuentros y aproximaciones. Más allá del escenario europeo, en nuestro propio continente, los intelectuales de izquierda, a pesar de sus divergencias, podían reconocerse en algunos lugares de encuentro y puntos de convergencia política. Nacionalistas revolucionarios, anarquistas, socialistas, apriistas y cominternistas podían todavía coexistir en **La Batalla**, caminar juntos un

cierto trecho, y hasta enarbolar una misma bandera antiimperialista. Pero eso no sería posible sin el reconocimiento de los intelectuales que supieran cumplir una función de mediación y articulación. Nos referimos a Alejandro Sux y Carlos León. Más allá de los textos que dieron vida y forma a la UCSAYA, los colaboradores de **La Batalla** pocas veces asumieron de manera explícita el ideal bolivariano. Amado Chaverri Matamoros fue una excepción. En uno de sus artículos, Chaverri se explayó sobre el legado unionista de Simón Bolívar, al que revistió de actualizados tonos cooperativistas y militaristas para garantizar “la igualdad y la fraternidad”:

“..hoy menos que nunca puede ser una utopía el ideal máximo de Bolívar, indicando como fórmula salvadora, como camino providencial, una estrecha liga de nuestras repúblicas, a base de dos o tres grandes confederaciones de naciones.

El libertador había ideado una especie de *gran cooperativa continental* que, sin restar autonomía interior a los países aliados, significara una férrea asociación defensiva en cualquier emergencia de agresión exterior. (...) que les permitan constituir, de hecho, UNA GRAN POTENCIA, con todos los recursos y toda la fuerza política necesaria para poder contar en un futuro próximo, v.y gr. Con mil o dos mil aeroplanos de bombardeo, capaces de contestar airoosamente cualquier posible agresión de los Estados Unidos del Norte.”⁴¹

El lenguaje guerrero de nuestros antiimperialistas logró su mejor síntesis en el propio lema de la UCSAYA: “Unión o muerte”. En lo general, los colaboradores de **La Batalla** convergieron en el uso de una retórica beligerante. Algunas de las imágenes y sentidos fuertes que utilizaron venían de sus no consensuadas adhesiones antiimperialistas, obreristas y revolucionarias. Una lectura del primer número de **La Batalla** puede ser útil para graficar este aserto. El vocero de la UCSAYA salió ni más ni menos que en el combativo primero de mayo de 1927. La elección de una fecha tan simbólica para el movimiento obrero no podía pasar desapercibida para sus editores. El propio nombre de **La Batalla** revelaba el espíritu beligerante de la naciente red neobolivariana; también la oportunidad del mismo, considerando el proceso que centraría sus principales desvelos y acciones, es decir, el inicio de la guerra de liberación nacional en Nicaragua.⁴² Entre los artículos de fondo figuraba en primer lugar “La declaración de Principios”, comentada en el párrafo anterior.

Nos llama la atención la publicación de un texto del venezolano Eduardo Machado fechado en abril de 1927 y remitido desde La Habana, dando cuenta de la conformación de la sección vene-

39 **La Batalla** (México), Año I, Nº 5, 10-6-1927.

40 En 1983 consultamos una colección de los primeros seis números de **La Batalla** publicados entre mayo y junio de 1927 en la Biblioteca de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Lamentablemente dicha colección, que no sabemos si es parcial, ha desaparecido de su fondo hemerográfico, por lo que no pudimos completar nuestro estudio. Aquí nos apoyamos en las fichas de algunos artículos que motivaron nuestro interés en aquel entonces. Según hemos podido verificar en 2006, no aparece ningún registro de **La Batalla** ni en el Archivo General de la Nación ni en las Bibliotecas públicas de la ciudad de México.

41 Chaverri Matamoros, Amado, “La batalla antiimperialista”, **La Batalla** (México) Nº 6, 25/6/1927, p.8.

42 **La Batalla** salió tres días antes de la infamante firma del acuerdo de paz entre Stimpson, el delegado norteamericano de las fuerzas de ocupación que intentaban sostener al golpista Adolfo Díaz, y el general Moncada, jefe de las fuerzas liberales que habían salido en defensa del derrocado presidente Sacasa, dando inicio a la llamada “Guerra Constitucionalista”. Sandino cuestionó el acuerdo de paz y dio inicio a la guerra de liberación nacional.

zolana de la Liga Antiimperialista.⁴³ En el primer número de **La Batalla** no se anunciaba la fundación de una sección venezolana de la UCSAYA como se hubiese esperado, pero sí el más reciente logro de la Liga Antiimperialista. La UCSAYA se mostraba así incluyente y cooperante con la Liga Antiimperialista de las Américas y lo refrendaría más adelante. El artículo de Machado nos merece dos comentarios: el primero sobre la Liga, el segundo sobre las redes del exilio venezolano. En realidad, la anunciada sección de la Liga Antiimperialista venezolana fue, más un deseo del ala más radical del exilio, que una realidad, por lo que su propósito principal fue denunciar al régimen entreguista y pro-norteamericano de Juan Vicente Gómez. A partir de 1927, los exiliados de izquierda habían optado por abocarse a los quehaceres conspirativos y propagandísticos del recién constituido Partido de la Revolución Venezolana. Las redes antigomecistas del exilio venezolano convirtieron en cajas de resonancia a cuatro ciudades: la ciudad de México, La Habana, Nueva York y San Juan. Lo que no quiere decir que los ecos de sus protestas no se difundieran en otras ciudades latinoamericanas o europeas. Carlos León, Salvador de la Plaza, Carlos Aponte y los hermanos Machado, jugaron un rol de primer orden en la construcción de estas redes y sus proyectos revolucionarios.⁴⁴

Si bien había entre los intelectuales latinoamericanos de izquierda una lectura continental con tendencial carga identitaria, no podían quedar al margen del prisma orientalista desde el que se debatían los procesos revolucionarios y las luchas antiimperialistas en los continentes periféricos. Este prisma podía asumir una vertiente espiritualista y/o reaccionaria. Frente a esta última reaccionó duramente Alejandro Sux, reivindicando el valor de la imaginación occidental activa frente a las quietistas fantasías orientalistas, en la misma dirección que Paul Le Cour y Máximo Bontempelli. Lanzó también una advertencia al lado de Le Cour frente a lo que consideraba una desviación occidental a favor de la atención vía los juegos del atletismo de moda. Creía que el futuro de las nuevas generaciones no podía estar en el culto de la atención y del juego deportivo, sino de la imaginación y la creatividad. Por último, el capital simbólico latino que Sux reivindicaba para la UCSAYA fue dotado de occidentalismo. Así concluyó:

“Mi alma latina se regocija ante las perspectivas que se abren anchurosamente gracias a esta noble cruzada en pro del resurgimiento del prestigio de la imaginación occidental”.⁴⁵

En cambio, Sux y la dirigencia de la UCSAYA fueron más abiertos a las ideas revolucionarias que abrevaban de las experiencias anticolonialistas en la India bajo el liderazgo de Gandhi y del Kuomintang fundado por Sut Yat Sen en China. El dinamismo anticolonialista y revolucionario podía reconciliarse a su modo con la imaginación. Pero sobre estas experiencias hubo disensos en el seno de la UCSAYA y de la izquierda latinoamericana y mundial.

43 Eduardo Machado, secretario de la Liga Antiimperialista, Sección Venezolana, “Manifiesto a los Venezolanos”, **La Batalla** (México), N° 1, 1/5/1927, p. 6.

44 Melgar Bao, Ricardo, “El Exilio venezolano en México”, **Memoria** (México), N° 110, Abril de 1998, pp.37-45.

45 Sux, Alejandro, “La Batalla de las ideas”, **La Batalla** (México) N° 3, 21/5/1927, p. 3.

En 1927 podemos encontrar varias lecturas encontradas en el seno de la Internacional Comunista sobre la cuestión china, también posicionamientos orientalistas nativizados en la región. Tal el caso de Víctor Raúl Haya de la Torre, quien postulaba hacer del APRA un Kuomintang latinoamericano. La UCSAYA no fue ajena a estas preocupaciones. Al respecto, el mexicano Luis Sánchez Pontón, en “Oriente contra Occidente”, recuperó para la agenda de la UCSAYA y de los lectores de **La Batalla** la cuestión china. La encaró en una coyuntura álgida del proceso revolucionario signado tanto por los bombardeos de Nankin por parte de las potencias europeas, como por el viraje de Chiang Kai Shek hacia la derecha. Sánchez Pontón condenó la agresión imperialista a la ciudad de Nankín, así como las maniobras diplomáticas de las potencias europeas para concertar un pacto con Chiang Kai Shek a condición de que rompiera el frente unido con los rojos. Chiang So Ling, quien tenía el mando en la capital china, quedó sorpresivamente sin el respaldo de las potencias europeas. Pragmáticamente vieron en el liderazgo de Chiang Kai Shek y sus tropas del Kuomintang un mejor prospecto en el corto plazo, siendo prontamente correspondidos. Lo relevante de la lectura de Sánchez Pontón son las conclusiones que extrae de su análisis de la cuestión china a principios de 1927, comparando al líder chino con Kerensky. “No debe extrañarnos demasiado; en todas partes hay Chiang Kai Sheks de esta clase.” Y agregaba:

“Y esto, que puede parecer política hábil, es lo que precisamente calificamos de torpe. Porque la escisión del partido nacionalista dará mayor vigor a sus elementos radicales y porque, si va huyendo de la influencia rusa, más pronto caerá en ella, cuando el pueblo desconfié de sus propios líderes y vea que en sus manos está en peligro la misma revolución”.⁴⁶

Pero el prisma chino no se revelaría como tal en el escrito de Sánchez Pontón si no hiciera un puente con la cuestión latinoamericana. Y efectivamente, el autor intuye en perspectiva que las fuerzas imperialistas y reaccionarias en China serían derrotadas, de manera análoga a como él y los latinoamericanos deseaban y veían posible el éxito del “movimiento libertador de nuestra hermana Nicaragua”.⁴⁷ El peruano Jacobo Hurtwitz (1901-1973) también dijo lo suyo sobre el nuevo curso de la revolución en China tras la toma de Cantón por el ala roja del Kuomintang. La toma de Cantón no la percibió como un experimento “bolchevique”, sino como una etapa avanzada del proceso antiimperialista chino, independientemente de que los rojos tuviesen su liderazgo. No obstante que el peruano militaba en las filas del APRA desde su fundación en 1926, se distanció de Haya en su manera de leer el papel de la pequeña burguesía en el seno del Kuomintang. Coincidió con Sánchez Pontón en que la escisión del Kuomintang fue inducida por las potencias imperialistas en las vulnerables filas de la dirección pequeño burguesa de Chiang Kai Shek. Veía en la fractura de esa mixtura entre partido y frente, que era el Kuomintang, la confirmación de una tesis cominternista:

46 Sánchez Pontón, Luis, “Oriente contra Occidente”, **La Batalla** (México), N° 2, 11/5/1927, p. 6.

47 Idem.



“La pequeña burguesía de China, igual a la pequeña burguesía de todos los países del mundo, se ha desencaretado una vez más. El temor de un posible gobierno proletario les hace volver las armas contra los propios nacionales. Así la burguesía capitalista y la pequeña burguesía traban alianza constituyendo el frente único contra la justicia. (...) Creemos que si los rojos lograsen triunfar, se iniciaría una era de verdadera construcción. Pero entonces, por el ejemplo, peligraría la dominación de las potencias imperialistas en los demás países sojuzgados”.⁴⁸

Hurtwitz en otro artículo aunque se previno de caer en fáciles aplicaciones transcontinentales, propuso a los latinoamericanos extraer una lección del viraje chino de 1927, pensando en el papel del “enemigo común” en cualquier lucha antiimperialista. Por lo que remitiéndose al caso nicaragüense, calificó al general Moncada tras suscribir el pacto que le ofrecieron con los norteamericanos, del nuevo Chiang Kai Shek de Nicaragua.⁴⁹

Si el prisma orientalista descansaba en el rol protagónico de los campesinos, los mexicanos y latinoamericanos podían darle tonos nostálgicos, considerando la gravitación fascinante de la Revolución mexicana. Fue José María Benítez quien rescató el legado zapatista de la lucha campesina por la tierra, al mismo tiempo que criticaba la subsistencia de “la propiedad rural acumulada en unas cuantas manos”, gracias a los vericuetos legales y reglamentarios en que se escudaba con la complacencia de los líderes agraristas. Benítez rearmó el legado zapatista situándolo en las coordenadas revolucionarias de la Internacional Campesina y de las Ligas de Comunidades Agrarias de Veracruz, cuestionando implícitamente las políticas agraristas de Obregón y Calles:

“...los campesinos no necesitan leyes de estira y afloja, leyes de equilibrio, porque esas leyes favorecedoras en primer término de la clase capitalista, no podrán producir más que periodos de equilibrio bélico más o menos peligroso; porque en el fondo de esta espera campesina, en el fondo de este embaucar a los trabajadores del campo, está latente la revolución proletaria, que no dará leyes de progresiva concesión capitalista, sino que tomará de un golpe lo que le corresponde a las masas campesinas”.⁵⁰

Del boicot comercial y otras formas de lucha

No hemos encontrado en las colecciones de revistas consultadas ninguna referencia acerca de la existencia de otras secciones de la UCSAYA. Todas nos remiten al escenario mexicano. Queda la duda si las redes del exilio haitiano o venezolano abrieron otro frente. Modelaron el accionar antiimperialista de la UCSAYA, tan-

to su quehacer solidario con la guerra de liberación nacional en Nicaragua, como las denuncias contra las tiranías opresoras y entreguistas en el continente.

Bajo esa perspectiva, la UCSAYA hizo suya la defensa de la soberanía nacional tanto mexicana como nicaragüense, así como la de los demás países de la región. Una de las primeras acciones lanzada por la UCSAYA, la del boicot comercial a los productos norteamericanos, tenía algo de metodología gandhiana en la propuesta. De otro lado, al centrar la lucha en la esfera de la circulación mercantil, y particularmente de la importación de mercancías de manufactura norteamericana, se olvidaron de atender a los trabajadores y localidades que resentían la presencia de la inversión de capitales norteamericanos en los rubros de la minería, el petróleo y la agricultura. Y aunque el llamado al boicot no tuvo respaldos significativos en México, sí generó una polémica con un editorialista del diario **Excelsior**. El editorialista le objetaba a la UCSAYA la viabilidad del boicot a los productos comerciales norteamericanos, considerando el tenor ciego de las leyes del mercado. La respuesta desde las páginas de **La Batalla** no tardó en llegar, afirmando que tanto la oferta como la demanda eran políticamente quebrantables, y que sólo la debilidad de los gobiernos latinoamericanos y la desinformación interesada de los diarios contrariaba una respuesta digna frente los atropellos de los Estados Unidos. **La Batalla** reiteró:

“Las famosas “leyes económicas” que cita **Excelsior** pueden y DEBEN anularse cuando se nos befa y abofetea como ahora. La dignidad y la vergüenza no deben ceder ante discutibles ventajas económicas que, por otra parte, siempre las nulifica el sojuzgador al completar su tarea”.⁵¹

La réplica de la UCSAYA desplegó otros argumentos, unos relativos a la práctica del “dumping” comercial que llevaban a cabo las empresas norteamericanas con el respaldo de su gobierno, la ilegitimidad y usura del intercambio basada en el dólar norteamericano, y, con datos extraídos de un estudio comparativo de los intercambios comerciales, probaban la rapacidad y astucia norteamericana en detrimento de las economías latinoamericanas. La objeción que formulaba la UCSAYA al uso del dólar en los intercambios interamericanos atendía al efecto negativo de la paridad de divisas y, por ende, a la desigual valorización monetaria de las mercancías. Los acuerdos monetarios de Bretton Woods, que impusieron al dólar como equivalente mundial, distaban de ser avizorados en los análisis de la economía mundial de esos años, por lo que el cuestionamiento del dólar no era un argumento descabellado de la UCSAYA: golpeaba directo al proyecto panamericano. En perspectiva, la UCSAYA prometía publicar en **La Batalla** otros alcances de su “estudio concienzudo del intercambio comercial interamericano y del que América Latina en particular realiza con Europa”.⁵² ¿Quiénes fueron los autores de la tesis del boicot comercial y del estudio que decían poseer? No lo sabemos aunque obtuvo el respaldo de toda la directiva. Lo relevante de la propuesta de **La Batalla** es que ratificaba que, desde el mirador antiimperialista, durante la segunda mitad de

48 Hurtwitz, Jacobo, “China contra el imperialismo”, **La Batalla** (México), Nº 3, 21/5/1927, p. 8.

49 Hurtwitz, Jacobo, “La esperanza amarilla”, **El Libertador** (México) Nº 12, 1/6/1927, pp.27-28.

50 Benítez, José María, “La sangre campesina inútilmente derramada”, **La Batalla** (México), Nº 2, 11/5/1927, p.

51 “Contestando a *Excelsior*”, **La Batalla** (México), Nº 4, 31/5/1927, p. 5.

52 Idem.

los años veinte del siglo pasado fue ineludible atender la necesidad de los estudios económicos.

Dos semanas más tarde, la UCSAYA lanzó un “Llamamiento a los latinoamericanos”, preocupada por la amenaza imperialista norteamericana sobre México y América Latina. Se trataba de retomar la vigencia y oportunidad de la táctica del boicot a los productos norteamericanos dada su relevancia en la balanza comercial interamericana. Puntualmente sostuvieron que los Estados Unidos poseen:

“...una exportación anual a México, Antillas, Centro y Sud América [que] asciende ya a más de mil millones de dólares. La América Latina, en su conjunto, es el cliente más importante con que cuentan los Estados Unidos y el que más promete para futuro desarrollo de su comercio.”⁵³

Dicho llamamiento apuntaba a lograr un ingreso masivo de adherentes a la UCSAYA para dotar a su acción antiimperialista de impacto real en la esfera comercial interamericana. El boicot como tal fue diseñado como parte sustantiva de un plan de defensa continental frente a la escalada imperialista norteamericana. Concluían su llamamiento diciendo que este plan:

“...abarca a toda nuestra América, desde la Argentina hasta México. Para asegurar el éxito de nuestro plan de defensa, necesitamos cien mil miembros más. Si usted es latinoamericano y quiere seguir siéndolo, hágase miembro de nuestra asociación y escribanos hoy mismo.”⁵⁴

En otro texto elaborado por el Comité Ejecutivo de esta entidad antiimperialista, además de hacer un recuento de las intervenciones norteamericanas en la región desde 1847 hasta la más reciente sobre Nicaragua, se propuso nuevamente la táctica del boicot a los productos norteamericanos en la región. Las novedades que porta este documento son: por un lado, proponer redireccionar los productos latinoamericanos hacia los mercados europeos y asiáticos en lugar de exportarlos a los Estados Unidos; y por el otro, invitar a “quienes disientan” de la tesis del boicot a rebatirlas desde las páginas de **La Batalla**, “proponiendo en su lugar medidas definitivas concretas, de aplicación práctica y más eficaces que éstas auspiciadas por nosotros.”⁵⁵

La tenaz insistencia de la UCSAYA en publicitar la viabilidad y eficacia de la táctica del boicot comercial a los Estados Unidos, se proyectaba también hacia los medios gubernamentales norteamericanos. El Comité Ejecutivo de esta organización antiimperialista, dirigió una carta de protesta ante Leo S. Rowe, presidente de la Unión Panamericana, en uno de cuyos párrafos subrayaban la importancia del debate sobre el boicot comercial que llegó a involucrar al propio presidente Coolidge. Veámoslo:

“Hace apenas dos meses que, contestando indirectamente el Presidente Coolidge un cablegrama de la Ucsaya, en

el que protestábamos contra las matanzas de patriotas nicaragüenses por el ejército invasor estadounidense, y en el que le manifestábamos nuestro agradecimiento por la cooperación que nos prestaba para convencer a nuestros pueblos de la urgencia de extender e intensificar el boicot continental a las exportaciones de Norte América, decía: “Nosotros no tenemos el boicot, que tanto se menciona, porque muchas veces lo han anunciado, y nunca lo han practicado.

Pero los hechos se han encargado de probarle que no impunemente se tratan de violar los derechos de los pueblos, por creerse más fuertes, y por complacer a un grupo de usureros sin conciencia, y que el boicot, aunque lentamente, va ganando cada día mayor terreno. Realidad ésta que se apresura a contrarrestar con un torrente de bellas frases y de halagüeñas promesas, dejando en pie todas las violaciones cometidas hasta hoy por el imperialismo.”⁵⁶

Poco importaba si Coolidge se refería estrictamente al boicot auspiciado por la UCSAYA, lo cierto es que el asunto aparecía en su retórica con especial alusión a los países latinoamericanos. Por lo tanto, Carlos León y sus compañeros se sintieron no sólo aludidos sino en lo cierto. La táctica de boicot no hacía temblar a Coolidge por la debilidad de las élites dirigentes latinoamericanas.

Hacia el mes de agosto de 1927 la UCSAYA inició una labor de propaganda a favor de la lucha sandinista en México, al mismo tiempo que impulsaba una política de recaudación de fondos. **El Bonete**, vocero anticlerical, y la Logia masónica Acción N° 31, que lideraban Abel Gámiz y José Allen en la ciudad de México, respaldaron esta iniciativa de la UCSAYA.⁵⁷ La solidaridad con Nicaragua devino en la coordenada principal de sus actividades a lo largo de la breve existencia de esta organización antiimperialista.

El 4 de enero de 1928, la dirigencia de la UCSAYA le envió un cable de protesta al presidente Coolidge por la intervención de sus tropas en Nicaragua:

“UCSAYA protesta ante ese pueblo por flagrante atropello soberanía de Nicaragua abuso fuerza de ese Gobierno exterminando contra todo derecho patriotas que defienden hogar y suelo en cumplimiento deber. Asegurámosle toda América Latina y mundo entero simpatizan profundamente patriotas Nicaragua.

Norteamérica debe rectificar con hechos tan censurable conducta (punto)”⁵⁸

La solidaridad de la UCSAYA con la lucha de liberación nacional liderada por Sandino se refrendó a través de las más diversas acciones. El 6 de enero, Carlos León, dos días después de remitir el cable a Coolidge, aprovechó el viaje a Nicaragua del periodista

53 UCSAYA, “Llamamiento a los latinoamericanos”, **La Batalla** (México), N° 5, 10/6/1927, p. 10.

54 *Idem*.

55 Comité Ejecutivo de la UCSAYA, “Imperialismo norteamericano. Los hechos”, **La Batalla** (México), N° 5, 10/6/1927, p. 8.

56 Carlos León presidente de la UCSAYA, carta a Leo S. Rowe, presidente de la Unión Panamericana, México, D.F. a 5 de octubre de 1927. AGN, Carlos León”, Ramo Obregón Calles, expediente 802-H-26.

57 “Por las Víctimas de Nicaragua, **El Bonete** (México) N° 37, 27/8/1927, p.13.

58 **Repertorio Americano** (San José de CR) N° 4, tomo XIV, 28/1/1928.

norteamericano Carleton Beals para enviarle una carta a Sandino a nombre de su organización. Exactamente un mes después, el líder nicaragüense le respondió a León, comunicándole que Beals fue “atendido con el cariño y consideración que merece”, detalle no menor que revela, de parte a parte, que los vasos comunicantes entre redes pudieron apelar a mediadores independientes o simpatizantes que se encontraban fuera de las estructuras orgánicas, llámese UCSAYA o Ejército de la Soberanía Nacional de Nicaragua.⁵⁹ En su segundo párrafo Sandino decía:

“Mi ejército y yo agradecemos la felicitación fraterna que por el cumplimiento de nuestros deberes ciudadanos, nos envía por su medio la Unión Centro-Sud América y Antillana. Deben estar seguros ustedes que nuestra actitud no cambiará mientras un palmo de territorio patrio esté ocupado por el bárbaro invasor.”⁶⁰

De la carta de Sandino a León se desprende algo más que un juego de saluciones solidarias, ya que traducían, por un lado, la preocupación de los integrantes de la UCSAYA por el futuro de la lucha contra la invasión norteamericana, y del otro, la firme voluntad del nicaragüense de persistir en su justa lucha. Pero hubo algo más, una oferta de parte de la UCSAYA de brindarle protección en México, presumiblemente con la anuencia del gobierno mexicano. En el siguiente párrafo de la carta, Sandino escribe:

“Aceptamos agradecidos el ofrecimiento que por su medio nos hace la Unión y es muy probable que próximamente llegará por ésa un representante de nuestra parte: Delegado especial; digo aceptamos, porque cualquier protección que ustedes nos den no sería para el que estas líneas suscribe, sino para el pueblo honrado de Nicaragua, que lucha por los más caros ideales del hombre”.⁶¹

Es posible que la UCSAYA haya jugado tras este ofrecimiento un doble papel, el propio y solidario basado en sus propias redes, y el mediador con el gobierno mexicano, el cual venía proyectando sus propios intereses nacionales y gubernamentales en América Central. Considerando que en las filas del Bloque Obrero Intelectual militaba un amigo de Carlos León, Juan de Dios Bojórquez, gran conocedor de la problemática centroamericana y ligado a las altas esferas de gobierno, es posible que haya formado parte de esta red bifronte a favor de la causa sandinista.

El 18 del mismo mes, La UCSAYA participó en el acto fundacional de la organización ¡Manos Fuera de Nicaragua! (MAFUENIC) en la ciudad de México. La presencia de Carlos León fue elogiada por el vocero de la Liga Antiimperialista de las Américas.⁶² En dicho

acto fueron elegidos Rafael Ramos Pedrueza y Carlos León como tesorero y asesor de tesorero respectivamente. Tal designación de ambos directivos de la UCSAYA puede ser interpretada como un cierto reconocimiento a la campaña económica, previamente planteada por ellos y su organización, a favor de “las víctimas de Nicaragua, asesinadas por el Imperialismo Yanqui”.⁶³ MAFUENIC era un organismo de frente único, aunque hegemonizado por el Partido Comunista de México, que aceptaba adhesiones individuales como de organizaciones. Tal fue el caso de la UCSAYA. El vocero del Partido Comunista dio la primera voz desde sus páginas a la UCSAYA, a manera de ratificar la convergencia política recién lograda.⁶⁴ MAFUENIC terminó por opacar a los comités liberales “Pro-Sandinó” de Zepeda en México y de Joaquín García Monje en Costa Rica.⁶⁵

La UCSAYA, a diferencia de otras organizaciones antiimperialistas de su tiempo, puso especial énfasis en rastrear las acciones diplomáticas de los gobiernos de la región con respecto a la defensa o renuncia de la soberanía nacional y continental frente al creciente injerencismo norteamericano. La dirigencia de la UCSAYA no dejó de pronunciarse al respecto a través de cartas o telegramas dirigidos directamente a las cancillerías de los países latinoamericanos, sea para elogiarlos o condenarlos. No hubo gobierno al que no le hicieran un llamamiento a favor de la solidaridad con el pueblo de Nicaragua.⁶⁶ Al mismo tiempo, publicitó dichas misivas a través de algunas revistas intelectuales y políticas nacionalistas, buscando obtener ecos solidarios. Así, por ejemplo, el 16 de febrero de 1928, la UCSAYA elogió la actuación de Honorio Puerreydón, el embajador argentino, en defensa de la soberanía continental.⁶⁷ La revista **Repertorio Americano**, publicó al lado del telegrama de la UCSAYA el discurso conceptuoso de Puerreydón en la Comisión de Derecho Internacional Público en La Habana.⁶⁸

El diplomático argentino, al frente de la Legación de su país en Washington, se había hecho conocido por su beligerante defensa de la exportación de las carnes refrigeradas en contraposición de la tesis norteamericanas que defendían los intereses de los ganaderos del medio oeste.⁶⁹ Puerreydón fue también elogiado por la UCSAYA cuando reclamó por la injusta exclusión

ta...” Comité Central ¡Manos Fuera de Nicaragua!, **El Libertador** (México), N° 15, 2/1928, p.3

63 Comité ¡Manos Fuera de Nicaragua! **Boletín diario** (México) No. 1, 19/1/1928, p. 2.

64 Véase: “Se ha organizado el Comité ‘Manos fuera de Nicaragua’, Prestará ayuda al ejército de Sandino” y “Protesta contra la farsa americana” en: **El Machete** (México), N° 99, 28/1/1928, p.1.

65 Díaz Vásquez, María del Carmen, Ob. cit., p.108.

66 La UCSAYA entregó a los representantes de las Legaciones diplomáticas de América Latina acreditadas en México sus manifiestos a favor de pueblo de Nicaragua. En el AHMREP en Lima, consta uno de ellos, registrado en el expediente Leg. Mex. N 2481 del 14/04/1928.

67 **Repertorio Americano** (San José de CR), N° 15, tomo XIV, 21/4/1928.

68 “El discurso del Dr. Puerreydon”, **Repertorio Americano** (San José CR) N° 15, 21/4/1928, p.237.

69 Selser, Gregorio, **Sandinó general de hombres libres**, Editorial Diógenes, México, 1978, p.175.

59 Sandino, Carta a Carlos León, Campamento de los Defensores de la Soberanía Nacional de Nicaragua, Febrero 6 de 1928, reproducida en **Repertorio Americano**, N° 14, /4/1928.

60 *Idem*

61 *Idem*.

62 “La UCSAYA, la Federación Anticlerical Mexicana y la Liga Antiimperialista de las Américas, han obtenido franco éxito en sus gestiones a favor del Comité. El Dr. Carlos León, Presidente de la primera y la señora Belén de Sárraga, Presidenta de honor de la segunda, han dado muestras de su convicción antiimperialista-

de México en la Asamblea de la Sociedad de las Naciones.⁷⁰ El elogio de la UCSAYA fue enviado el mismo día que se inauguraba la VI Conferencia Panamericana en La Habana. De otro lado, revelaba las expectativas que tenían Alejandro Sux y los demás miembros de la dirección de la UCSAYA en el envío del gobierno de Hipólito Yrigoyen. Apostaban a que el argentino actuaría en defensa de la soberanía continental, más allá de su sustentación doctrinaria. Sin embargo, Argentina quedó fuera del polo anti-intervencionista que se agrupó en torno al delegado de El Salvador, con el respaldo de los delegados de México, Ecuador y Colombia.⁷¹ La cuestión nicaragüense fue demasiado evidente cómo para pasarla por alto, al punto que marcó un parteaguas en los debates de las conferencias panamericanas. No hubo organización antiimperialista latinoamericana que no se pronunciase sobre dicha conferencia y condenase a los Estados Unidos por su política intervencionista. Por los mismos días, se redactó, envió y publicó la declaración conjunta de la UCSAYA y de la Unión Patriótica de Haití, censurando la postura servil del delegado peruano Maúrtua en dicha conferencia, al reconocerle al gobierno norteamericano el derecho de intervención en los países de la región. El servilismo pronorteamericano del gobierno de Leguía en el Perú fue interpretado por el venezolano Carlos León y el haitiano J. Jolibois Fils como una traición a la “patria y raza”.⁷² El halo positivista de tal postura nacionalista no puede pasarse por alto.

El poeta colombiano Dimitri Ivanovitch informaba a los lectores de **La Batalla** que un grupo de intelectuales y ciudadanos de Bogotá le mandó una carta pública al presidente Abadía Méndez solicitándole que, en acto solidario con el pueblo de Nicaragua, se retirase de la Unión Panamericana. Algo de arielismo hay en su artículo, entrelazado con críticas más puntuales al capitalismo depredador. El poeta insistía en convocar a su pueblo para que se levantase en coro unánime hasta ser escuchado por Abadía Méndez y:

“...retire a Colombia de esa Unión de Caín con Abel. Y que se haga constar en forma muy clara, tan alto como sea necesario para que en los Estados Unidos lo oigan hasta los sordos, que no es contra el pueblo yanqui, contra el pueblo de Abraham Lincoln y de Eugenio Debs, contra el que va nuestra protesta.”⁷³

70 “Un telegrama de la UCSAYA al embajador argentino en Washington, **La Batalla** (México), N° 2, 11/5/1927, p. 2.

71 Meyer, Lorenzo, **Los inicios de la institucionalización. La política del máximo**, COLMEX, México, 1978, (**Historia de la Revolución Mexicana**. Período 1928-1934 N° 12), p. 258.

72 **Repertorio Americano** (San José de CR), N° 8, tomo XIV, 25/2/1928. El servilismo de Maúrtua actuaba en consonancia con el de Salomón, el canciller que salió al paso de los defensores de la soberanía nicaragüense y de otros países de la región: “El viaje de presidente Coolidge a La Habana, es la negación absoluta del imperialismo. El gobierno de Estados Unidos no tiene, nunca ha tenido, propósitos imperialistas, y ahora el presidente señor Coolidge va a proclamar, en la VI Conferencia Panamericana que tampoco los tendrá en el futuro. Esa es la mejor respuesta a la propaganda que hacen elementos extraviados contra lo que ellos llaman política de agresión.” Citado por Selser, Ob. cit., p. 177.

73 Ivanovitch, Dimitri, “De Bogotá por Nicaragua y por nosotros”, **La Batalla** (México), N 5, 10/6/1927, p.9.

Desde una postura ideológica distinta a la de Ivanovitch, el escritor salvadoreño Alberto Masferrer (1868-1932), coincidía en condenar a los grandes financistas norteamericanos. Masferrer estaba familiarizado con las ideas del socialismo utópico y fabiano así como con las ideas de Henry George, Tolstoi y Kropotkin, y su obra había alcanzado importante repercusión en los países centroamericanos.⁷⁴ Masferrer condenaba al gobierno de Walt Street por traicionar los ideales de los próceres de la libertad de los Estados Unidos: Washington, Adams, Jefferson, Hamilton, Franklin, Emerson y Lincoln. Llama al gobierno norteamericano el “poder satánico” de Walt Street, el “manicomio sublevado”. La sinrazón y la locura imperial para Masferrer era propia de una inhumana oligarquía de “avariciosos, amasadores de oro, para quienes el oro es el principio y fin; medio y objetivo; criatura, incienso y dios”.⁷⁵

Enfoques como el de Masferrer de diferenciar al pueblo norteamericano de su voraz oligarquía, o iniciativas como la Ivanovitch de buscar el apoyo de los sectores democráticos de los Estados Unidos, cupieron dentro del universo ideológico y político de la UCSAYA. La propia dirección de la UCSAYA realizó diversos esfuerzos para hacer sentir su voz en los medios intelectuales y democráticos de los Estados Unidos a favor de Nicaragua. El vínculo solidario entre Carlos León y el periodista norteamericano Carleton Beals fue uno de muchos. La UCSAYA recurrió a muchos medios, entre ellos las entrevistas a políticos e intelectuales norteamericanos por correspondencia. Hubo algo de tardanza en las respuestas, pero llegaron condenando el injerencismo norteamericano, como fue el caso de F.V. Calverton, el editor de *Modern Quarterly*.⁷⁶

El 1 de Abril de 1928 apareció un manifiesto titulado *La UCSAYA al Pueblo nicaragüense* cuestionando de fondo el montaje imperial de un fingido proceso electoral y convocando a la abstención. La retórica del manifiesto en cuestión da algunas señas sustantivas de la ideología de la UCSAYA.

En primer lugar, tomó distancia frente a los candidatos electorales y, por extensión, a todos los gobernantes, caudillos y partidos de la región. Todos ellos signados por el tiempo corto, los intereses particulares de los caudillos, y los límites de los tradicionales programas de gobierno. Al mismo tiempo y sin hacerlo explícito le salía al paso a la iniciativa de Haya de la Torre, de crear un grupo de observadores de calidad para supervisar las elecciones. En diciembre de 1927 el APRA y la Unión Latino Americana convergieron en ratificar a Víctor Raúl Haya de la Torre y Alfredo Palacios como “representantes de la opinión pública latinoamericana en Nicaragua” de cara al nuevo proceso electoral, y a la que bien podía sumarse José Vascon-

74 Casás Arzú, Marta Elena, “La disputa por los espacios públicos en Centroamérica de las redes espiritualistas y teosóficas en la década de 1920. La figura de Alberto Masferrer”, en **Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina 1890-1940**, Marta Elena Casás y Manuel Pérez Ledesma (eds.), UAM Ediciones, Madrid, 2005, pp. 157-193.

75 Masferrer, Alberto, “Walt Street”, **La Batalla** (México), N 5, 10/6/1927, p.10.

76 “De nuestra encuesta en los Estados Unidos. Calverton se proclama contra el imperialismo”, **La Batalla** (México), N° 5, 10/6/1927, p.3.

celos.⁷⁷ Esta organización neobolivariana descartaba la vía del sufragio en países bajo gobiernos oligárquicos y/o bajo ocupación neocolonial norteamericana. La dirección de la UCSAYA definió por contraste el horizonte histórico de su proyecto y de su quehacer ideológico y político en los siguientes términos:

“Nosotros respetamos la manera de ser política de cada pueblo, sus idiosincrasias, sin penetrar en ellas. Nosotros, por lo que propugnamos es por un ideal conjunto para todos nuestros pueblos de común origen, por un irrestricto respeto dentro de esa generalidad o de la manera de ser peculiar a cada pueblo.”⁷⁸

Dicho manifiesto circuló profusamente dentro y fuera de México. Y también fue conocido por el público asistente a un mitin en el Teatro Fábregas de la ciudad de México, organizado por el Comité de Mafuenic. Dicho acto fue inaugurado con la intervención de Carlos León, el presidente de la UCSAYA. León hizo dos entradas en su discurso. En la primera sostuvo que:

“...si Sandino representa el símbolo de las libertades de América ante el invasor, la demostración de solidaridad que se veía crecer en todos nuestros países por su actitud demostraba quienes en realidad son los bandidos y quienes los héroes.”⁷⁹

León era el orador más prestigiado del Comité MAFUENIC y por eso fue elegido para abrir el evento que según las fotografías logró lleno completo en el teatro (había más de cinco mil personas según los organizadores). León supo como llegar a su radicalizado público antiimperialista, en su mayoría adherente a las organizaciones lideradas por el Partido Comunista de México. Pero el centro y remate de su intervención tuvo que ver con su sostenido esfuerzo de levantar y difundir la tesis de la UCSAYA sobre el boicot antiimperialista. Arengó al público a que se sumase al boicot de los productos norteamericanos, como una “demostración de verdadera solidaridad con nuestros hermanos de Nicaragua”.⁸⁰

Hacia fines de 1928, desaparecieron las referencias a la UCSAYA en los medios gráficos en los que usualmente hacía sentir su presencia. Quizás la cercanía de esta entidad con la Liga Antiimperialista de las Américas y el Comité MAFUENIC, resintieron el viraje cominternista del tercer período que fragmentó a la izquierda en México. También las aventuras revolucionarias del Partido de la Revolución Venezolana debieron haber distraído los mejores esfuerzos de Carlos León y de los demás adherentes del exilio venezolano. En la polémica del cubano Julio Antonio Mella con los apristas hubo un eco sobre la espinosa cuestión venezolana. El aprista cubano Luis Elen en su respuesta a Mella le replicó que el líder venezolano Arévalo Cedeño “amigo de Don Carlos

León” no había sido aprista sino militante de la UCSAYA. Arévalo Cedeño no sólo había abortado el plan revolucionario del Partido de la Revolución Venezolana y de la UCSAYA, sino que además, al hacer pública su ruptura, denunció a sus integrantes.⁸¹

Alejandro Sux y otros integrantes y colaboradores de la UCSAYA y de **La Batalla** que eran ajenos y distantes de los afanes cominternistas, presumiblemente fueron los primeros en buscar otros horizontes. Consideramos que Sux no escogió el mejor camino: indicador de ello fueron sus ligas con el gobierno de Emilio Portes Gil, en tiempos en que lanzó la más dura escalada represiva contra el Partido Comunista de México, los anarquistas y los exiliados de la izquierda latinoamericana. Es posible que una facción de la CGT anarquista que fue cooptada por el gobierno,⁸² animó a Sux a reposicionarse al lado de Portes Gil.

Últimas palabras

Cómo hemos podido apreciar la Unión Centro Sud Americana y de las Antillas, a pesar de su brevísima existencia, cubrió un vacío significativo que no pudieron llenar ni la Unión Latinoamericana, ni la Liga Antiimperialista de las Américas, ni el APRA. Nuestra organización pudo ubicarse en un nicho ideológico y político muy singular, el cual le permitió no sólo la coexistencia de tendencias ideológicas encontradas fuera de ella, sino incluso su convergencia antiimperialista y la suma de sus adhesiones a la causa sandinista. En lo general nos sorprendió la estrategia propagandística seguida por la UCSAYA, así como su incisiva prédica a favor del boicot comercial latinoamericano de los productos estadounidenses.

Pusimos énfasis hasta dónde pudimos en la reconstitución de las redes intelectuales y políticas que tejieron los directivos y adherentes de la UCSAYA. Ellas nos revelaron una vez más que las fronteras nacionales fueron tan difusas como porosas. Sus hilos y nudos fuertes fueron tejidos atendiendo a las tensiones propias de su diferencialidad ideológica. Igualmente, hicimos visibles las huellas nacionalitarias y los vínculos propios del paisanaje entre sus integrantes y colaboradores. Subrayamos algo más que aproximó a sus miembros: su condición mayoritaria de exiliados latinoamericanos, hecho que suscitó lealtades y apoyos de sus afines y amigos en el país receptor.

Debemos decir que las fuentes consultadas no permitieron afinar el registro de las redes nacionales, ni tampoco la trama que explica la suspensión de la edición de **La Batalla** y más tarde, en la segunda mitad de 1928, la extinción de la UCSAYA. Prescindimos, por economía textual, de narrar las miradas y acciones solidarias para con los exiliados venezolanos y haitianos, a fin de atender su fervorosa adhesión a la causa sandinista, sin dejar de articularla al juego geopolítico que envolvía al propio México y su gobierno.

77 “Un acuerdo de la Unión Latino-Americana”, *Atuei* (La Habana), N° 4, 2/1928, p.3.

78 La Junta Directiva de la Unión Sud Americana y Antillana, *La “UCSAYA” al Pueblo Nicaragüense*.

79 “Gran mitin en el Teatro Fábregas”, *El Libertador* (México), N° 17, 4/1928, p.12.

80 Idem.

81 Elen, Luis, “Carta abierta del desconocido i oportunista Luis Elen al conocido e inoportuno Julio Antonio Mella”, *Atuei* (La Habana), N° 6, 8/1928, p.9.

82 Córdova, Arnaldo, *En una época de crisis (1928-1934)*, UNAM/Siglo XXI Editores, México, 1980, p. 61.

Resumen

Este artículo ofrece una reconstrucción de las actividades y el perfil de la Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA), organización antiimperialista que surge en la segunda mitad de la década de 1920 en México bajo el impulso de Alejandro Sux y Carlos León. El texto explora la naturaleza de las redes que esta entidad teje, las características de su publicación, **La Batalla**, así como su composición ideológica y su estructura. Asimismo, indaga en las acciones emprendidas en sus campañas antiimperialistas que tuvieron como uno de sus ejes principales la solidaridad con Nicaragua tras la intervención norteamericana de 1927.

Abstract

This article traces the activities and profile of the Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA), an anti-imperialist organization that emerges in the second half of the 1920s in Mexico, inspired by Alejandro Sux and Carlos León. The text explores the nature of the networks that this organization knitts, the characteristics of its publication **La Batalla**, as well as its ideology and structure. It also analyses, of all its the anti-imperialist campaigns, those that focuses on solidarity with Nicaragua following the US intervention of 1927.

Palabras Clave

Antiimperialismo, redes intelectuales, sandinismo.



ESCRITURAS LIBERTARIAS

¿Qué es una escritura libertaria? ¿Una escritura cuyo autor se libera de linajes y convencionalismos? ¿Una que desata pasiones feroces? ¿Una narración que sabe descubrir el corazón autoritario del Padre y del Estado? ¿El fruto de un autor que se dice y escribe como anarquista? ¿Es libertaria una escritura porque denuncia el horror de los yerbales, la esclavitud del sexo, la omnipresencia del poder, la trampa del instinto? ¿O una escritura libertaria es aquella que simplemente inspira y convoca la liberación en todas sus versiones?

Muchas de estas preguntas recorren los artículos del presente dossier. Michael Löwy sopesa las equívocas huellas del anarquismo en Franz Kafka para terminar rescatando sus aires libertarios: una inspiración de íntima sensibilidad crítica que logra enunciar el autoritarismo de un modo ejemplar. El investigador brasileño-francés leyó parte de este trabajo en su visita al CeDInCI el 5 de octubre de 2005. Allí anticipó la aparición en español de su libro **Franz Kafka, rêveur insoumis** (Paris, Stock, 2004). Sus obras anteriores tienen amplia circulación en Argentina: **La teoría de la revolución en el joven Marx; Dialéctica y revolución: ensayos de sociología e historia del marxismo; El pensamiento del Che Guevara; Walter Benjamin. Aviso de incendio; Redención y utopía**, entre otras.

En una dirección similar, Martín Albornoz persigue los rastros de la figura singular de Rafael Barrett. Una vida demasiado breve y de prosa urgente para expresar un anarquismo mínimo y originalmente vinculado a la religiosidad. Albornoz es profesor de historia de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y ha publicado varios artículos y reseñas sobre anarquismo y nueva izquierda en los '70. Actualmente prepara una selección de textos de Barrett para la colección Utopía Libertaria.



Por su parte, Armando Minguzzi descubre en la obra de Alberto Ghirardo una dicotomía persistente en la construcción del sujeto anarquista. La literatura de Ghirardo resulta atravesada por una constante sospecha científicista sobre lo pasional y una particular definición libertaria del instinto. Minguzzi es Licenciado en Letras de la Universidad de Buenos Aires y Magister en Filología Hispánica del CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas) de Madrid. Actualmente se desempeña como Investigador del Departamento de Investigaciones Filológicas y Lingüísticas de la Academia Argentina de Letras desde el año 1991 y es docente de la Cátedra de Literatura Española III (Moderna Y contemporánea) de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Es autor (en colaboración) del volumen titulado **Del fuego a la rosa: utopías anarquistas y programas socialistas (1870-1929)**, Buenos Aires, Biblioteca Nacional-Página/12, 1999; y compiló y prologó **La venus del Arrabal y otros relatos**, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes-Biblioteca Nacional, 1999.

Por último, **Claudia Bacci y Laura Fernández Cordero** recuperan la escritura de las publicaciones periódicas libertarias, en esta ocasión, la voz revulsiva de las mujeres. Acusadas de “plumas feroces” las anarquistas ponen en cuestión la emancipación a la que eran repetidamente convocadas por sus compañeros. Las autoras son docentes e investigadoras de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y forman parte del Grupo de Estudios Feministas en el CeDInCI.

Franz Kafka y el socialismo libertario

Michael Löwy

Es sabido que no puede reducirse la obra de Kafka a una doctrina política, cualquiera que ésta sea. Kafka crea individuos y situaciones; expresa en su obra sentimientos, actitudes, una *stimmung*.¹ El mundo simbólico de la literatura es irreductible al mundo discursivo de las ideologías: la obra literaria no es un sistema conceptual abstracto al modo de las doctrinas filosóficas o políticas, sino la creación de un universo imaginario de personajes y objetos.²

Sin embargo, eso no prohíbe explorar los pasajes, los vínculos subterráneos entre su espíritu antiautoritario, su sensibilidad libertaria, sus simpatías por el anarquismo por un lado y sus principales escritos por otro. Estos pasajes nos brindan un acceso privilegiado a lo que podría llamarse el paisaje interno de la obra de Kafka.

Las inclinaciones socialistas de Kafka se manifestaron muy pronto: según su amigo de la juventud y compañero de colegio Hugo Bergmann, su amistad se había enfriado un tanto durante el último año escolar (1900-1901), porque “su socialismo y mi sionismo eran demasiado fuertes”.³ ¿De qué socialismo se trata?

Tres testimonios de contemporáneos checos documentan la simpatía con que el escritor praguense retrató a los socialistas libertarios checos, y su participación en algunas de sus actividades. Al inicio de los años 30, en sus investigaciones para la redacción de la novela **Stefan Rott** (1931), Max Brod recogió informes sobre uno de los fundadores del movimiento anarquista checo, Michal Kacha. Concernían a la presencia de Kafka en las reuniones del *Klub Mladych* (Club de Jóvenes), organización libertaria, antimilitarista y anticlerical frecuentada por varios escritores checos (S. Neumann, Mares, Hasek). Integrando estas informaciones —que luego fueron “confirmadas por otro medio”—, Brod señala en su novela que Kafka “asistía a menudo, en silencio, a las

sesiones del círculo. Kacha lo encontraba simpático y lo llamaba ‘Klidas’, que podría traducirse como taciturno o más exactamente siguiendo el argot checo como ‘coloso del silencio’”. Max Brod jamás ha puesto en cuestión la veracidad del testimonio que cita por primera vez en la biografía de Kafka.⁴

El segundo testimonio es el del escritor anarquista Michal Mares, quien había conocido a Kafka en la calle (ellos eran vecinos). Según Mares —cuyo documento fue publicado por Klaus Wagenbach en 1958— Kafka había venido, por su invitación, a una manifestación contra la ejecución del educador libertario español Francisco Ferrer, en octubre de 1909. En el curso de los años 1910-1912, habría asistido a conferencias anarquistas sobre el amor libre, sobre la comuna de París, sobre la paz, contra la ejecución del militante parisino Liabeuf, organizadas por el Club de Jóvenes, por la asociación *Vilem Körber* (anticlerical y antimilitarista), y por el movimiento anarquista checo. Incluso habría pagado en sucesivas ocasiones cinco coronas de fianza para liberar a sus amigos de la prisión. Mares insiste, de forma análoga a Kacha, sobre el silencio de Kafka: “En mi conocimiento, Kafka no pertenecía a ninguna de las organizaciones anarquistas pero tenía por ellas las fuertes simpatías de un hombre sensible y abierto a los problemas sociales. Sin embargo, a pesar del interés que él mostraba por estas reuniones (vista su asiduidad) no intervenía jamás en las discusiones”. Este interés se habría manifestado también en sus lecturas —**Palabras de un revolucionario** de Kropotkine (regalo del mismo Mares) así como los escritos de los hermanos Reclus, de Bakunin y de Jean Grave— y dentro de sus simpatías: “El destino del anarquista francés Ravachol o la tragedia de Emma Goldman quien publicó **Mother Earth** lo afectó muy particularmente”.⁵

Este testimonio había aparecido en 1946 en una revista checa, bajo una versión un tanto diferente, sin llamar la atención.⁶ Pero no es hasta después de su publicación en el anexo del destacado libro de Klaus Wagenbach sobre la juventud de Kafka (1958) —la primera obra en sacar a la luz los vínculos entre el escritor

1 Una primera versión de este artículo ha sido publicada en hebreo en **International problems** (Tel Aviv, abril 1967), fue traducida al Idish en **Fraie Arbeyter Shtime** (New York, 1968) luego al español para la revista **Tierra y libertad** (México, 1983) y de allí al italiano en la **Rivista A** (Milán, 1984). También ha servido de base a un artículo en idioma alemán de Egon Günther, aparecido en **Trafik** (Mülheim, 1992) y traducido a su vez en italiano en **Volontá** (Milan, 1993). Otras versiones aparecen en francés en A. Goldmann y S. Nair (ed.), **Essais sur le formes et leurs modifications** (Paris, Denoël, 1981) y en **l'Homme et la Société** (Paris, L'Harmattan, 1997), en inglés en **New Politics** (New York, 1997) y en checo en **Analogon** (Praga, 1997) [nota del editor].

2 Lucien Goldmann, “Materialisme dialectique et historie de la littérature”, en **Recherches dialectiques**, Paris, Gallimard, 1959, pp. 45-64.

3 Hugo Bergmann, “Erinnerungen an Franz Kafka”, en **Franz Kafka Exhibition** (catalogue), Jérusalem, The Jewish National and University Library, 1969, p. 8.

4 Max Brod, **Franz Kafka**, Paris, Gallimard, 1945, pp.135-136.

5 Michal Mares, “Como conocí a Franz Kafka” Publicado como anexo en Klaus Wagenbach, **Franz Kafka, Années de jeunesse (1883-1912)**, Paris Mercure de France, 1967.

6 Michal Mares, “Stekani s Franzem Kafkou”, en **Literarni Noviny**, 15, pp. 85 y subsiguientes, 1946. Esta versión —en la que Kafka mismo sería quien habría liberado su fianza— es citada en el otro libro de Klaus Wagenbach, **Franz Kafka ins Selbstzeugnissen und Bilddokumenten**, Hambourg, Rowohlt, 1964, p. 70.

y los medios libertarios praguenses— que provocará una serie de polémicas destinadas a poner en duda su credibilidad. Volvemos sobre ello.

El tercer documento son las **Conversaciones con Kafka** de Gustav Janouch, aparecido en una primera edición en 1951 y en una segunda, considerablemente más extensa, en 1968. Este testimonio, que se refiere a los intercambios del escritor praguense durante sus últimos años de vida (a partir de 1920), sugiere que Kafka guardaba simpatía por los libertarios. No solamente califica a los anarquistas checos como hombres “muy gentiles y muy alegres”, “tan gentiles y amistosos que uno se veía obligado a creer en cada una de sus palabras”, sino que las ideas políticas y sociales que él expresa durante estas conversaciones siguen estando muy marcadas por la corriente libertaria.

Por ejemplo, su definición del capitalismo como “un sistema de relaciones de dependencia” donde “todo es jerárquico, todo es esclavizante”, es típicamente anarquista, por su insistencia sobre el carácter autoritario del sistema —y no sobre la explotación económica como lo hace el marxismo. Asimismo, su actitud escéptica hacia el movimiento obrero organizado parece inspirada por la desconfianza libertaria hacia los partidos y las instituciones políticas: detrás de los obreros que desfilan “ya avanzan los secretarios, los burócratas, los políticos profesionales, todos los sultanes modernos que se preparan para el acceso al poder... La revolución se evapora, solamente resta entonces el sedimento de una nueva burocracia. Las cadenas de la humanidad torturada son de *papier ministériel*”.⁷

En su segunda edición (1968), que supuestamente reproduce la versión completa de sus notas, perdidas en la posguerra y encontradas más bien tarde, Janouch relata el intercambio siguiente con Kafka: —“Usted ha estudiado la vida de Ravachol?— ¡Sí! Y no solamente la de Ravachol, sino también la de varios otros anarquistas. Me sumergí en las biografías e ideas de Godwin, Proudhon, Stirner, Bakunin, Kropotkin, Tucker y Tolstói; frecuenté diferentes grupos, asistí a reuniones, resumiendo, invertí en este asunto mucho tiempo y dinero. Participaba en 1910 en los debates que tenían los anarquistas checos en una taberna de Karolinenthal llamada *Zum Kanonenkreuz* donde se reunía el club anarquista, el Club de Jóvenes... Max Brod me acompañó varias veces a esas reuniones, que en el fondo no le agradaban demasiado (...) Para mí, se trataba de un asunto muy serio. Yo estaba tras los rastros de Ravachol. Ellos me condujeron enseguida a Erich Müssam, a Arthur Holitscher y al anarquista vienés Rudolf Grossman⁸... Todos ellos buscaban realizar la felicidad de los hombres sin la gracia.⁹ Yo los comprendía. Sin embargo, (...) yo no podía seguir mucho tiempo marchando codo a codo con ellos.”¹⁰

7 Janouch, Gustav, **Kafka m'a dit**. Paris, Calmann-Lévy, 1952, pp.70,71,135,107,108,141. *Papier ministériel*: papel utilizado en las oficinas públicas 44 cm. x 33 cm. de largo, de buena calidad. (N.T.).

8 Mejor conocido por su seudónimo, Pierre Ramus.

9 “Sans la grâce” en el original (N.T.).

10 Gustav Janouch, **Conversations avec Kafka**, Paris, Maurice Nadeau, 1978, pp. 118-119.

En la opinión general de los comentaristas, esta segunda versión es menos creíble que la primera, especialmente por su origen misterioso (de notas perdidas y recuperadas). Es necesario añadir, en el caso preciso que nos interesa, un error manifiesto: Max Brod, de su propio consentimiento, no solamente jamás acompañó a su amigo a las reuniones del club anarquista sino que ignoraba todo de su participación en las actividades de los libertarios praguenses.

La hipótesis sugerida por estos documentos —el interés de Kafka por las ideas libertarias— es confirmada por ciertas referencias en sus escritos íntimos. Por ejemplo, en su diario se encuentra el imperativo categórico: “No olvidar a Kropotkine!”; y en una carta a Max Brod en noviembre de 1917, manifiesta su entusiasmo por un proyecto de revista (**Hojas de combate contra la voluntad de poder**) propuesta por el anarquista freudiano Otto Gross.¹¹

Sin olvidar el espíritu libertario que parece inspirar algunas de sus declaraciones, por ejemplo, el breve comentario cáustico que hizo un día a Max Brod en referencia a su lugar de trabajo, la Oficina de seguros sociales (donde los obreros víctimas de accidentes venían a abogar por sus derechos) “Qué humildes son estos hombres, vienen a hacernos reclamos. En lugar de tomar la casa por asalto y saquearla, ellos vienen a solicitar.”¹²

Es muy probable que estos diversos testimonios —sobre todo los dos últimos— contengan inexactitudes y exageraciones. Klaus Wagenbach mismo reconoce (a propósito de Mares) que “ciertos detalles son quizá falsos” o al menos “exagerados”. Asimismo, según Max Brod, Mares, como muchos otros testigos que conocieron a Kafka “tienden a exagerar”, particularmente en lo que refiere a la profundidad de sus lazos de amistad con el escritor. En cuanto a Janouch, si la primera versión de sus recuerdos da una impresión “de autenticidad y credibilidad”, porque ellos “portan los signos distintivos del estilo con el que Kafka hablaba”, la segunda le parece mucho menos digna de confianza.¹³

Pero una cosa es constatar las contradicciones o las exageraciones de estos documentos y otra distinta es rechazarlos en bloque y calificar de “pura leyenda” los datos sobre los lazos entre Kafka y los anarquistas checos. Esta es la actitud de ciertos especialistas, entre los cuales se encuentran Eduard Goldstüker, Harmut Binder, Ritchie Robertson y Ernest Pawel —el primero un crítico literario comunista checo y los otros tres autores de biografías de Kafka cuyo valor no puede negarse. Su tentativa de eliminar el episodio anarquista en la vida de Kafka merece discutirse con todo detalle, en la medida en que tiene implicancias políticas evidentes.

Según E. Goldstüker —bien conocido por sus esfuerzos destinados a “rehabilitar” a Kafka en Checoslovaquia durante los años

11 Franz Kafka, **Diaries et Briefe**, Fischer Verlag, p.196, 1975. Ver sobre Kafka y Otto Gross, G. Baioni, **Kafka, Letteratura ed Ebraismo**, Torino, Einaudi, 1979, pp. 203-205.

12 Max Brod, *op. cit.*, pp. 132-133.

13 Voir K. Wagenbach, **Franz Kafka in Selbstzeugnissen**, 1964, p. 70. Ver también: Max Brod, **Streitbares Leben 1884-1968**, Munich-Berlin-Vienne, F.A. Herbig, 1969, p.170 y **Über Franz Kafka**, Francfort, Fischer Bücherei, p. 190.

60— los recuerdos de Mares reeditados por Wagenbach “pertenecen al reino de la ficción.” Su argumento central es que no es concebible que los revolucionarios anarco-comunistas hayan aceptado en sus reuniones a “un hombre que no conocían” y que por parte permanecía siempre silencioso (según Kacha y Mares). Ahora bien, lo que Goldstücker parece curiosamente olvidar es que Kafka no era un desconocido, sino por el contrario, era conocido personalmente por los principales organizadores de las reuniones: Michal Kacha y Michal Mares (así como por otros participantes como Rudolf Illowy, su antiguo compañero de estudios en el colegio). No obstante —de manera un tanto contradictoria con lo que precede— Goldstücker termina por admitir la participación de Kafka en actividades anarquistas, sosteniendo simplemente que esta participación no habría durado varios años como lo afirma Mares sino se habría limitado a su presencia en algunas reuniones. Ahora bien, como Mares mismo no menciona concretamente más que cinco reuniones, no se ve muy bien por qué razón Goldstücker rechaza también categóricamente su testimonio.¹⁴

Halmut Binder, autor de una biografía detallada y muy erudita de Kafka, es quien desarrolla más enérgicamente la tesis según la cual los vínculos entre Kafka y los medios anarquistas pragueños son una “leyenda” que pertenece al “reino de la imaginación.” Se acusa a Klaus Wagenbach de haber utilizado fuentes “que estaban de acuerdo con su ideología” (Kacha, Mares y Janouch), pero que “carecen de credibilidad o son falsificaciones incluso deliberadas”.¹⁵

El primer problema con este tipo de razonamiento es el siguiente: ¿Por qué los tres testimonios considerados “poco fiables” coinciden en los vínculos entre Kafka y los libertarios? ¿Por qué no se encuentran testimonios “ficticios” sobre la repetida participación de Kafka en reuniones sionistas, comunistas o socialdemócratas? Es difícil de comprender —salvo imaginar una conspiración anarquista— por qué habría únicamente “falsificaciones” en esta dirección precisa. Pero examinados más de cerca los argumentos de Binder, el combate contra Wagenbach no está desprovisto de motivaciones “ideológicas”.

En su opinión, “el simple hecho de que Brod no haya conocido estas pretendidas actividades hasta varios años después

de la muerte de Kafka, a través de Michal Kacha, un antiguo miembro de este movimiento anarquista... va en contra de la credibilidad de esta información. Porque es casi inimaginable que Brod, quien en esta época emprendió dos viajes de vacaciones con Kafka y con quien se encontraba cotidianamente, haya podido ignorar el interés de su mejor amigo por el movimiento anarquista.” Ahora bien, si eso es realmente “casi inimaginable” (constatando a pesar de todo que el “casi” deja un margen de duda) ¿cómo puede ser que el principal interesado, es decir el mismo Max Brod, considerara esa información como perfectamente fiable, ya que la utilizó tanto en su novela **Stefan Rott** como en la biografía de su amigo?

Lo mismo vale para otro argumento de Binder: “escuchar, en un café lleno de humo, las discusiones políticas de un grupo que actúa fuera de la legalidad... es una situación inimaginable para la personalidad de Kafka.” Y sin embargo, esta situación no tenía nada de extraño a los ojos de Max Brod, quien conocía la personalidad de Kafka. De hecho, nada en la obra de Kafka deja entender que tuviera un respeto tan supersticioso por la legalidad!¹⁶

Para intentar deshacerse de una vez por todas del testimonio de Michal Mares, Binder se refiere con insistencia a una carta de Kafka a Milena, donde él habla de Mares como “alguien que encontré en la calle”. Desarrolla el siguiente argumento “Kafka destaca expresamente que su relación con Mares es solamente la de un *Gassenbekanntschaft* (conocido de la calle). Este es un indicador más claro de que Kafka jamás participó en una reunión anarquista”.¹⁷ ¡Lo menos que uno puede decir es que entre la premisa y la conclusión hay un *non sequitur* evidente! Todo lo que puede deducirse de la carta de Kafka a Milena, es que Mares en su testimonio de 1946 probablemente exageró sus vínculos de amistad con Kafka, pero no hay ninguna contradicción entre sus relaciones esporádicas y la participación de Kafka en las reuniones anarquistas donde se encontraba, entre otros, el joven Mares. Aunque su relación se limitara a encuentros en la calle (la casa de Kafka estaba cerca del lugar de trabajo de Mares), eso no habría impedido a Mares pasarle panfletos e invitaciones para reuniones y manifestaciones, constatar su presencia en algunas de sus actividades e incluso regalarle en una ocasión, un ejemplar del libro de Kropotkine.¹⁸

Mares pone como prueba material de su vínculo con Kafka una tarjeta postal enviada por el escritor, fechada el 9 de diciembre de 1910. Afirma, pero es una aseveración imposible de comprobar,

14 Eduard Goldstücker, “Über Franz Kafka aus der Prager Perspektive 1963”, in Goldstücker / Kautman / Reimann (ed.), **Franz Kafka aus Prager Sicht**, Prague, 1965, pp 40-45. Goldstücker agrega otro argumento: “La principal razón de mi escepticismo sobre la leyenda de un contacto prolongado e íntimo de Kafka con los anarco-comunistas es el hecho de que en ninguna parte de la obra de Kafka se encuentran signos de familiaridad con sus pensadores.” Su actitud hacia la clase obrera no era la del “Socialismo Moderno” sino la de los socialistas utópicos “muy previos a Marx”. Algunas observaciones sobre este extraño razonamiento: a) el término “anarco-comunismo” dista mucho de ser adecuado a describir estos clubes a las orientaciones muy distintas, que van del anarcosindicalismo al pacifismo libertario; b) el anarquismo no se define por una actitud común hacia la clase obrera (distintas posiciones existen a este respecto en la tradición libertaria) sino por su denegación de toda autoridad y del Estado como poder instituido; c) la doctrina anarquista había nacido antes de Marx y no es en relación con su obra que se constituyó el socialismo libertario.

15 Halmut Binder, **Kafka-Handbuch, Bd 1. Der Mensch und seine Zeit**, Stuttgart, Alfred Kröner, 1979, pp. 361-362.

16 *Ibid.* pp. 362-363 La idea de que Kafka pudiera ocultarle alguna información no tenía nada de asombroso para Brod, que destaca en su autobiografía: “Contrariamente a mí, Kafka era por naturaleza cerrado y no permitía a nadie, ni siquiera a mí, el acceso a su alma. Yo sabía muy bien que él guardaba a veces para sí cosas importantes” Brod, Max, **Streitbares Leben**, pp. 46-47.

17 Halmut Binder, *op. cit.*, p. 364. Cfr. Kafka, F., **Lettres à Milena**, Paris, Gallimard, p.270, 1988.

18 Según Binder “Si Mares le hubiera efectivamente dado **Palabras de un revolucionario** de Kropotkine, no habría encontrado en el *diario* de Kafka la nota: No olvidar Kropotkine!” (*Ibid.* p. 364). De nuevo, difícilmente se ve la relación entre el hecho mencionado y la extraña conclusión de Binder. El único aspecto del testimonio de Mares que parece poco compatible con la carta de Kafka a Milena, es el episodio de la fianza que Kafka habría pagado para su liberación.

que había recibido varias cartas de su amigo que “desaparecieron en los numerosos registros que se efectuaban en esta época en casa”. Binder toma nota de la existencia de este documento, pero a partir del hecho de que la carta esta dirigida a “Joseph Mares” (y no Michal) cree encontrar aquí una nueva prueba de las “ficciones” del testigo: sería totalmente increíble que un año después de haber conocido a Mares y haber participado a su lado varias tardes del *Klub Mladych*, Kafka “No lo conozca por su nombre”. Ahora bien, este argumento no cuenta, por una razón muy simple: según los editores alemanes de la correspondencia entre Kafka y Milena, el verdadero nombre de Mares no era Michal sino... Josef.¹⁹

En cuanto a Janouch, si bien Binder rechaza como pura invención la versión de 1968 de sus memorias, la referencia a los anarquistas en la de 1951 le parece “poder estar fundada en un verdadero recuerdo”. Pero se apresura a reducirla a poca cosa, asimilándola al pasaje mencionado de la carta a Milena: el conocimiento “de la calle” del poeta Michal Mares. Ahora bien, en la conversación mencionada por Janouch se habla de “anarquistas” en plural, “tan agradables y amigables” que se supone que Mares dista mucho de ser el único militante libertario conocido por Kafka.²⁰

El conjunto de la discusión de Harmut Binder sobre este tema da la lamentable impresión de una tentativa deliberada y sistemática —por todos los medios— para quitar de la imagen de Kafka la tacha que supondría sería —desde una visión política conservadora— su participación en las reuniones organizadas por los libertarios praguenses.

Algunos años más tarde, en su biografía de Kafka —obra por otro lado completamente digna de interés— Ernst Pawel defiende aparentemente las mismas tesis que Binder: se trata “de enterrar uno de los grandes mitos” atribuidos a la persona de Kafka, a saber “la leyenda de un Kafka conspirador en el seno del grupo anarquista checo *Klub Mladych*”. Esta leyenda se debería “a los fértiles recuerdos del ex anarquista Michal Mares quien, en sus memorias un poco fantasiosas publicadas en 1946, describe a Kafka como un amigo y un camarada que participaba de las reuniones y manifestaciones anarquistas” La historia de Mares “sobre la que Gustav Janouch bordaría sus adornos más tarde”, se reencuentra en varias biografías de Kafka, que nos lo presentan como un joven conspirador y como un compañero de ruta del movimiento libertario checo. Este relato es sin embargo desmentido completamente por todo lo que se sabe de su vida, sus amigos y su carácter. Ya poco creíble como conspirador, ¿cómo habría podido e incluso querido disimular su compromiso a amigos íntimos, que veía todos los días?”²¹

La leyenda es más fácil de desmentir en tanto que no corresponde a alguna de las fuentes en cuestión: ni Kacha (no

mencionado por Pawel), ni Mares o Janouch y aun menos Wagenbach han afirmado que Kafka era un “conspirador en el seno de un grupo anarquista”. Mares insiste explícitamente sobre el hecho de que Kafka no era miembro de ninguna organización. Además no se trata de “conspiración” sino de participación en reuniones que estaban, en la mayoría de los casos, abiertas al público. En cuanto al “disimulo frente a los amigos íntimos”—es decir Max Brod— ya mostramos la debilidad de este argumento.

Ernst Pawel provee una razón suplementaria en apoyo de su tesis: es “inconcebible” que “cualquiera que haya tenido el status de funcionario” haya escapado a la atención de los informantes de la policía. Ahora bien, los archivos de la policía praguense “no contienen la menor alusión a Kafka”.²² La observación es interesante, pero la ausencia de un nombre en los archivos policiales no ha sido nunca en sí misma una prueba suficiente de no participación. Por otra parte, es poco probable que la policía dispusiera del nombre de todos aquellos que asistían a las reuniones públicas organizadas por los diversos clubes libertarios: se interesaba por los líderes, por los dirigentes de estas asociaciones y no por quienes escuchaban en silencio...

Sin embargo, Pawel se distingue de Binder por su disposición a reconocer la validez de los hechos sugeridos por esos testimonios, en una versión más atenuada “la verdad es más prosaica. Kafka conocía efectivamente a Mares [...] y sin duda pudo asistir a reuniones o a manifestaciones públicas, como observador interesado [...] sus propias inclinaciones socialistas son certificadas por Bergmann y por Brod. [...] en los años que siguieron, él parecía también haber estado interesado por el anarquismo filosófico y no violento de Kropotkin y de Alexandre Herzen”.²³ No estamos lejos de las conclusiones de Wagenbach...

Examinemos ahora la opinión de Ritchie Robertson, autor de un notable ensayo sobre la vida y la obra del escritor judío praguense. En su opinión la información proporcionada por Kacha y Mares deberían “tratarse con escepticismo”. Sus principales argumentos a este respecto retoman los de Goldstücker y Binder: cómo un grupo que se reúne secretamente aceptaría en su seno a un visitante silencioso “el cual, por lo poco que sabían, podía bien ser un espía?” ¿Cómo era posible que Brod no supiera nada de la participación de su amigo en esas reuniones? ¿Qué valor se puede atribuir al testimonio de mares, considerando que él no era más que un *Gassenbekanntschaft* de Kafka?. En resumen, “por todas estas razones la asistencia de Kafka a las reuniones anarquistas parece ser una leyenda”. Es inútil volver sobre estas objeciones ya que mostré más arriba su poca consistencia.

Lo que es totalmente nuevo e interesante en el libro de Robertson es la tentativa de proponer una interpretación alternativa de las ideas políticas de Kafka que no serían, según su modo de ver,

19 Michal Mares, en Wagenbach, *Franz Kafka. Anées de jeunesse*, p. 254; H. Binder., *op. cit.*, pp. 363-364; F. Kafka, *Briefe an Milena*, Francfort. S. Fischer Verlag, 1983, p.336 (n.d.l.r).

20 Halmut Binder, *op.cit.*, p. 365.

21 ErnstPawel, *Franz Kafka ou le cauchemar de la raison*, Paris, Seuil, 1988, p. 162.

22 *Ibid.*, p. 162.

23 *Ibid.*, pp. 162-163 En otro capítulo del libro, Pawel se refiere a Kafka como “un anarquista metafísico muy poco dotado para la política partidaria”. Definición que me parece totalmente pertinente. En cuanto a los recuerdos de Janouch, Pawel los considera como “plausibles” pero “sujetos a precaución”.

ni socialistas ni anarquistas sino románticas. Este romanticismo anticapitalista no sería ni de izquierda ni de derecha.²⁴ Ahora bien, el anticapitalismo romántico es una matriz común a ciertas formas de pensamiento conservadoras y revolucionarias —en este sentido supera efectivamente a la división tradicional entre izquierda y derecha—, eso no impide que los autores románticos se situaran claramente a sí mismos en un polo u otro de esta visión del mundo: el romanticismo reaccionario o el romanticismo revolucionario.²⁵

De hecho, el anarquismo, el socialismo libertario, el anarcosindicalismo son un ejemplo paradigmático de “anticapitalismo romántico de izquierda”. En consecuencia, definir el pensamiento de Kafka como romántico —lo que me parece totalmente pertinente— no significa de ninguna manera que no sea “de izquierda”, concretamente un socialismo romántico de tendencia libertaria. Como en todos los románticos, su crítica de la civilización moderna se tiñe de nostalgia por el pasado, representado a sus ojos por la cultura *yiddish* de las comunidades judías de Europa del Este. Con una intuición notable André Breton escribía “**siempre marcando el minuto presente [el pensamiento de Kafka] gira simbólicamente en sentido contrario a las agujas del reloj de la sinagoga**” de Praga.²⁶

El interés del episodio anarquista en la biografía de Kafka (1909-1912) radica en que nos ofrece una de las claves más iluminadoras para la lectura de su obra —en particular sus escritos a partir del año 1912—. Digo bien una clave porque el encanto de su obra proviene también de su carácter eminentemente polisémico, irreductible a una interpretación unívoca. El *ethos* libertario se expresa en diferentes situaciones que están en el corazón de sus textos literarios, pero ante todo por la forma radicalmente crítica en que está representada la cara angustiante y penosa de la no-libertad: la autoridad. Como bien dijo André Breton, “ninguna obra milita tanto contra la aceptación de un principio soberano exterior a aquello que piensa”.²⁷

Un anti-autoritarismo de inspiración libertaria atraviesa el conjunto de las novelas de Kafka, en un movimiento de “despersonalización” y de reificación crecientes: de la autoridad paternal y

personal hacia la autoridad administrativa y anónima.²⁸ Una vez más, no se trata de cualquier doctrina política, sino de un estado de espíritu y de una sensibilidad crítica —cuya principal arma es la ironía, el humor, este humor negro que es, según André Breton, “una revuelta superior del espíritu”.²⁹

Esta actitud tiene raíces íntimas y personales en su relación con el padre. La autoridad despótica de *pater familias* es para el escritor el arquetipo mismo de la tiranía política. En su **Carta al Padre**³⁰ (1919), Kafka recuerda: “Tú estabas dotado para mí de eso tan enigmático que poseen los tiranos, cuyo derecho está basado en la propia persona, no en el pensamiento.” Enfrentado al tratamiento brutal, injusto y arbitrario de su padre hacia los empleados, se siente solidario de las víctimas: “Eso me volvió la tienda insostenible, me recordaba demasiado mi propia situación... Por eso yo estaba forzosamente de parte del personal”.³¹

Las principales características del autoritarismo en los escritos libertarios de Kafka son: 1) La *arbitrariedad*: las decisiones son impuestas desde lo alto, sin justificación moral, racional, humana alguna, a menudo formulando exigencias desmesuradas y absurdas hacia la víctima; 2) La *injusticia*: la culpabilidad es considerada —falsamente— como evidencia, sin necesidad de prueba, y los castigos son completamente desproporcionados a la “falta” (inexistente o trivial).

En su primer escrito mayor **El Verdicto** (1912) Kafka pone en escena únicamente la autoridad paternal; es también uno de los raros escritos donde el héroe (Georg Bendemann) parece someterse enteramente y sin resistencia al veredicto autoritario: ¡la orden dada por el padre a sus hijos de lanzarse el río! Comparando este relato con **El Proceso**, Milan Kundera observa: “la semejanza entre las dos acusaciones, culpabilizaciones y ejecuciones traiciona la continuidad que vincula el íntimo “totalitarismo” familiar con el de las grandes visiones de Kafka.”³² Excepto que en las dos grandes novelas (**El Proceso** y **El Castillo**), se trata de un poder “totalitario” perfectamente anónimo e invisible.

América (1913-14) constituye a este respecto una obra intermedia: los personajes autoritarios son a veces figuras paternas (el padre de Karl Rossmann y el tío Jakob), y otras los altos administradores del Hotel (el jefe de personal y el portero principal). Pero incluso estos últimos guardan un aspecto de tiranía personal, asociando la frialdad burocrática con un despotismo individual mezquino y brutal. El símbolo de este autoritarismo punitivo surge desde la primera página de su libro: desmitificando la de-

24 R. Robertson, **Kafka. Judaism, Politics and Literature**, Oxford, Clarendon Press, pp.140-141, 1985. “si se lleva a cabo una investigación sobre las inclinaciones políticas de Kafka es de hecho un error pensar en términos de la antítesis habitual entre derecha e izquierda. El contexto más apropiado sería la ideología que Michael Löwy ha definido como “anticapitalismo romántico” [...]. El anticapitalismo romántico (para adoptar el término de Löwy, aunque “antindustrialismo” sería más exacto) tiene diferentes versiones..., mas como ideología general trasciende la oposición entre izquierda y derecha.” Robertson se refiere aquí a una primera tentativa de dar cuenta de “romanticismo anticapitalista” en un libro sobre Lukacs, pero hay un malentendido evidente en su interpretación de mi hipótesis.

25 Intenté analizar el romanticismo en mi libro **Por una sociología de los intelectuales revolucionarios. La evolución política de Lukács 1909-1929**, París, PUF, 1976 (citado por R. Robertson según la traducción inglesa publicada en Londres en 1979) y más recientemente, con mi amigo Robert Sayre, en **Revuelta y melancolía. El romanticismo a contracorriente de la modernidad**, París, PUF, 1988, c. 5.

26 André Breton, presentación de Kafka en su **Anthologie de l'humour noir**, París, Le Sagittaire, 1950, p. 263.

27 *Ibid.*, p. 264.

28 Para un análisis más detallado del anarquismo y el romanticismo en la obra de Kafka, los reenvío a mi libro **Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa Central**, París, PUF, 1988, cap. 5.

29 A. Breton A, “Paratonnerre”, introducción a **Anthologie de l'humour noir**, *op. cit.*, 1950, p. 11.

30 Las citas textuales de las novelas de Kafka fueron tomadas de las ediciones castellanas publicadas en www.librodot.com

31 F. Kafka, “Lettre au père”, 1919, en **Preparatifs de nocte à la campagne**, París, Gallimard, 1957, pp. 165, 179.

32 Milan Kundera, “Quelque part là derrière”, **Le Débat**, n° 8, juin 1981, p. 58.

mocracia americana, representada por la célebre estatua de la Libertad a la entrada del puerto de Nueva York, Kafka reemplaza en sus manos la antorcha por una espada...

En un mundo sin justicia ni libertad, la fuerza desnuda, el poder arbitrario parece reinar sin división. La simpatía de los héroes va hacia las víctimas de esta sociedad: como el conductor del primer capítulo, ejemplo “del sufrimiento de un pobre hombre sujeto a los poderosos”, o la madre de Thérèse, empujada al suicidio por el hambre y la miseria. Él encuentra amigos y aliados del lado de los pobres: Thérèse, el estudiante, los habitantes del barrio popular que se niegan a dejarlo librado a la policía. Parece que, escrito por Kafka en un comentario revelador, “los obreros no están del lado de las autoridades”.³³

Desde el punto de vista que nos interesa aquí, el gran cambio de dirección en la obra de Kafka es el relato **La colonia penitenciaria**, escrita poco después de **América**. Hay pocos textos en la literatura universal que presentan la autoridad bajo una cara tan injusta y fatal. No se trata del poder de un individuo— los Comandantes (viejo o nuevo) que no desempeñan más que un rol secundario en la narración — sino del de un mecanismo impersonal.

El marco del relato es el colonialismo... francés. Los oficiales y los comandantes de la colonia son franceses, mientras que los humildes soldados, los estibadores, las víctimas en vías de ser ejecutados son los “indígenas” que “no comprenden una sola palabra de francés”. Un soldado “indígena” es condenado a muerte por oficiales cuya doctrina jurídica resume en unas pocas palabras la quintaesencia de la arbitrariedad: “¡la culpabilidad no debe jamás ser puesta en duda!” Su ejecución debe ser cumplida por una máquina de tortura que escribe lentamente en sus cuerpos con agujas que lo atraviesan “Honra a tus superiores”.

El personaje central del relato no es ni el viajero que observa los acontecimientos con una muda hostilidad, ni el preso que no reacciona, ni el funcionario que preside la ejecución, ni el Comandante de la colonia. Es la propia *Máquina*.

Todo el relato gira en torno de este siniestro aparato (*Apparat*) que parece cada vez más, durante la explicación muy detallada que el oficial da al viajero, ser un fin en sí mismo. El Aparato no está allí para ejecutar al hombre, más bien éste está allí para el Aparato, para proporcionar un cuerpo donde poder escribir su obra maestra estética, su inscripción sangrante ilustrada con “muchos adornos (...) y embellecimientos”.³⁴ El oficial mismo no es más que un servidor de la Máquina y, finalmente, se sacrifica a sí mismo a este insaciable *Moloch*.³⁵

¿En qué “Máquina de poder” concreta, en qué “aparato de poder sacrificador de vidas humanas” pensaba Kafka? **La colonia pe-**

33 Franz Kafka, *Amerika*, Francfort, Fischer Verlag, 1956, pp.15, 161.

34 “Beaucoup de florilèges et embelleissements” en la versión en español de <http://www.librodot.com>: “Por lo tanto, muchos, muchísimos adornos rodean la verdadera inscripción; ésta sólo ocupa una estrecha faja en torno del cuerpo; el resto se reserva a los embellecimientos” (N.T.).

35 Franz Kafka, “In der Strafkolonie”, *erzählung und kleine Prosa*, New York, Schocken Books, 1946, pp. 181-113.

nitenciaría fue escrita en octubre de 1914 tres meses después del estallido de la Gran Guerra...

En **El Proceso** y **El Castillo** se encuentra la autoridad como “aparato” jerárquico, abstracto, impersonal: los burócratas, cualquiera que sea su carácter brutal, mezquino o sórdido, sólo son engranajes de este mecanismo. Tal como observa con agudeza Walter Benjamin, Kafka escribe el punto de vista de “ciudadano moderno que se sabe librado a un aparato burocrático impenetrable cuya función es controlada por instancias que permanecen borrosas incluso a órganos ejecutivos, y aun más para aquellos a quienes manipulan”.³⁶

La obra de Kafka está a la vez profundamente arraigada en el ambiente praguense —como lo observa André Breton, ella “abraza todos los encantos, todos los sortilegios” de Praga³⁷ y es perfectamente universal—. Contrariamente a lo que se pretende a menudo sus dos grandes novelas no son una crítica del viejo Estado imperial austro-húngaro, sino del aparato estatal en lo que tiene de más moderno: su carácter anónimo, impersonal, en tanto que sistema burocrático alienado, “cosificado”, autónomo, transformado en fin en sí mismo.

Un pasaje de **El Castillo** es particularmente iluminador de este punto de vista: es aquel —pequeña obra maestra del humor negro— donde el alcalde del pueblo describe el aparato oficial como una máquina autónoma que parece trabajar “por ella misma”: “Es como si el aparato administrativo no hubiese podido soportar más la tensión causada por la irritación de tantos años debido a la misma insignificante cuestión, y hubiese tomado por sí misma la decisión, sin la colaboración de los funcionarios”.³⁸ Esta profunda intuición del mecanismo burocrático como un engranaje ciego, en el que las relaciones entre los individuos devienen una cosa, un objeto independiente, es uno de los aspectos más modernos, más actuales, más lúcidos de la obra de Kafka.

La inspiración libertaria está inscrita en el corazón de las novelas de Kafka, que nos hablan del Estado —sea eso bajo la forma de la “administración” o de la “justicia”— como un sistema de dominación impersonal que aplasta, asfixia o mata a los individuos. Es un mundo angustiante, opaco, incomprensible, donde reina la no libertad. A menudo se presenta **El Proceso** como una obra profética: el autor habría previsto, con su imaginación visionaria, la justicia de los estados totalitarios, los procesos nazis o estalinistas. Bertolt Brecht, sin embargo compañero de ruta de la URSS, observó, en una conversación con Walter Benjamin a propósito de Kafka en 1934 (antes mismo de los procesos de Moscú): “Kafka tiene sólo un problema, el de la organización. Lo que se apoderó de él es la angustia frente al Estado hormiguero, la manera en que los hombres se alienan a sí mismos por la forma de su vida común. Y ha previsto algunas formas de esta alienación, como por ejemplo los métodos de la GPU”.³⁹

36 Walter Benjamin, “Lettre a G. Scholem” 1938, en *Correspondence*, París, Aubier, 1980, p. 248.

37 A. Breton, *op. cit.*, p.263.

38 Franz Kafka, *Le Château*, París, Gallimard, 1972, p. 562.

39 Cfr. Walter Benjamin, *Essais sur Brecht*, París, Maspero, 1969, p.132.

Sin poner en duda la pertinencia de este homenaje a la clarividencia del escritor praguense, es necesario sin embargo recordar que Kafka no describe en sus novelas Estados “de excepción”: una de las más importantes ideas —cuya relación con anarquismo es evidente— sugeridas por su obra, es la naturaleza enajenada y opresiva del Estado “normal”, legal y constitucional. Desde las primeras líneas de **El Proceso**, él dice claramente: “K. vivía en un estado de derecho (*Rechtstaat*), la paz reinaba para todos, todas las leyes estaban en vigor, ¿Quién osaba entonces atropellarlo en su habitación?”⁴⁰ Como sus amigos los anarquistas praguenses, él parece considerar que toda forma de Estado, el Estado en tanto que tal, como una forma jerárquica autoritaria y liberticida.

El Estado y su justicia son también, por su naturaleza íntima, sistemas falaces. Nada ilustra mejor que el diálogo en **El Proceso** entre K. y el abad sobre la parábola del guardián de la ley. Para el abad, “dudar de la dignidad del guardián, sería dudar de la Ley” argumento clásico de todos los representantes del orden. K. objeta que si se adopta este punto de vista, “es necesario creer todo lo que dice el guardián”, lo que le parece imposible:

—No, dice el abad, no está obligado a creer verdadero todo lo que él dice, es suficiente que se lo tenga por necesario.

—Triste opinión —dijo K. —La mentira se eleva a fundamento del orden mundial.”⁴¹

Como lo observa ajustadamente Hannah Arendt en su ensayo sobre Kafka, el discurso del abad revela “la teología secreta y la creencia íntima de los burócratas como creencia de la necesidad de sí. Los burócratas son, en último análisis, los funcionarios de la necesidad”.⁴²

Por fin, el Estado y los Jueces administran menos la gestión de la justicia que la caza de las víctimas. En una imagen que es comparable a la de la sustitución de la antorcha de la libertad por una espada en **América**, se ve en **El Proceso** un cuadro del pintor Titorelli supuestamente representando a la diosa de la Justicia al tiempo que la obra se transforma en celebración de la diosa de la Caza. La jerarquía burocrática y jurídica constituye una inmensa organización que según Joseph K., la víctima de **El Proceso**, “no sólo da empleo a vigilantes corruptos, a necios supervisores y a jueces de instrucción, quienes, en el mejor de los casos, sólo muestran una modesta capacidad, sino a una judicatura de rango supremo con su numeroso séquito de ordenanzas, escribientes, gendarmes y otros ayudantes, sí, es posible que incluso emplee a verdugos, no tengo miedo de pronunciar la palabra”.⁴³ En otras palabras, la autoridad del Estado mata. Joseph K. toma contacto con la brutalidad en el último capítulo del libro, cuando dos funcionarios le dan muerte “como un perro”.

El “perro” constituye en Kafka una categoría ética —si no metafísica: se describe así al que se somete servilmente a las autorida-

des, cualquiera que éstas sean. El comerciante Block arrodillado a los pies del abogado es un ejemplo típico: “Eso ya no era un cliente, eso era el perro del abogado. Si éste le hubiera ordenado meterse debajo de la cama como si fuera una caseta de perro, y ladrar desde allí dentro, lo hubiera hecho con placer.” Vergüenza que debe sobrevivir a Joseph K. (últimas palabras de **El Proceso**) es la de haber muerto “como un perro”, sometiéndose sin resistencia a sus verdugos. Es el caso también del preso de la Colonia penitenciaria, quien ni siquiera intenta escaparse y se comporta con una sumisión “canina” (*hündisch*).⁴⁴

El joven Karl Rossmann, en **América**, es el ejemplo de aquel que intenta —sin lograrlo siempre— resistir a las “autoridades”. A sus ojos, sólo devienen en perros “los que quieren dejarse hacer”. La negativa a someterse y arrastrarse como un perro aparece así como el primer paso hacia la marcha de pie, hacia la libertad. Pero las novelas de Kafka no tienen “héroes positivos”, ni utopías de futuro: se trata de mostrar, con ironía y lucidez, la *facies hippocratica* de nuestra época.

No es por azar si la palabra “kafkiano/a” está dentro del lenguaje corriente: designa un aspecto de la realidad social que la sociología o la ciencia política tienden a ignorar, pero que la sensibilidad libertaria de Kafka ha logrado captar maravillosamente: la naturaleza opresiva y absurda de la pesadilla burocrática, la opacidad, el carácter impenetrable e incomprensible de las reglas de la jerarquía estatal, tal como son vividos desde abajo y en su exterioridad— contrariamente a la ciencia social que se limita generalmente a examinar la maquinaria burocrática desde “el interior” o con relación a la cumbre (el Estado, las autoridades, las instituciones): su carácter “funcional” o “disfuncional”, “racional” o “pre-racional”.⁴⁵

La ciencia social aún no elaboró un concepto para este “efecto de opresión” del sistema burocrático reificado, que constituye sin duda uno de los fenómenos más característicos de las sociedades modernas, diariamente vivido por millones de hombres y mujeres. A la espera, esta dimensión esencial de la realidad social seguirá siendo designada por referencia a la obra de Kafka.

Traducido por Paula Lucía Aguilar del original en francés publicado en **Réfractations – recherches et expressions anarchistes**, n° 3, Paris, Hiver 1998-1999.

44 *Ibid.*, pp. 283, 309, 325 y *In der Strafkolonie*, p.181.

45 Como señala con perspicacia Michel Carrouges, “Kafka abdica el punto de vista corporativo de los hombres de leyes, esta elevada e informada gente, que piensa comprender el porqué cosas de la ley. Los considera, al contrario, a ellos y a la ley, desde el punto de vista de la masa de los miserables sujetos pasivos que sufren sin comprender. Pero Kafka, eleva esta ignorancia generalmente ingenua a la altura de una ironía superior, desbordante de sufrimiento y humor, misterio y lucidez. Destapa todo lo que hay de ignorancia humana en el conocimiento jurídico y de conocimiento humano en la ignorancia de los sujetos pasivos”. (M. Carrouges, “Dans le rirre et les larmes de la vie”, *Cahiers de la compagnie M. Renaud - J. L. Barrault*, Paris, Julliard, oct.1957, p.19).

40 Franz Kafka, **Der Prozess**, Francfort, Fischer Verlag, 1979, p. 9.

41 Franz Kafka, **Le Procès**, Paris, Gallimard, 1985, p. 316.

42 Hannah Arendt, **Sechs Essays**, Heidelberg, Lambert Schneider, 1948, p.133.

43 Franz Kafka, **Le Procès**, *op. cit.*, p.98.

**Resumen**

Este artículo rastrea los testimonios y pruebas acerca de la participación de Franz Kafka en el socialismo libertario. Luego de ese recorrido analítico el autor presenta su propia hipótesis haciendo hincapié en la sensibilidad libertaria de Kafka que ha logrado retratar en su literatura la naturaleza opresiva de la burocracia y el carácter impenetrable de las reglas de la jerarquía estatal.

Abstract

Here both the writings and anarchistic leanings of Franz Kafka are explored. Michael Löwy retraces the evolution of the former all along Kafka's life, using memoirs by Max Brod, Michal Mares, and Gustav Janouch. After discussing their credibility, he points out what, in the themes and structures of Kafka's books, is similar or parallel to anarchism. He thus analyses several works, specially "America", "In The Penal Colony" and "The Castle"

Palabras claves

Kafka – socialismo libertario – Literatura

El instante de Rafael Barrett

Martín Albornoz

Resulta extraño que una tradición política tan proclive a las variaciones haya dejado, en el imaginario, una impresión tan rígida de quienes pertenecieron a ella.¹ Probablemente alimentada por los propios anarquistas, su figura se presenta como esculpida en mármol. En el mejor de los casos fueron, entre otras cosas: vigorosos hombres-guerreros (sí, la figura subordina a las mujeres), abnegados educadores, incorruptibles representantes del movimiento obrero de una moral y una conducta inquebrantables, ascetas sembradores de bombas, políticamente urgidos y confiados en las potencialidades emancipatorias de la ciencia, aunque poco dados al análisis profundo de lo real. Una parodia. En el peor de los casos, los anarquistas fueron —además de encarnaciones patológicas de la mentalidad del siglo XIV y utopistas vengativos— personas que “evitaban los errores de razonamiento a base, principalmente, de evitar razonar. Como *poetas, lunáticos y amantes de la imaginación, todo junto*, eran incapaces, por su propia constitución, de hacer nada, excepto desbaratar los planes socialistas e introducir la confusión en las situaciones de excitación revolucionaria. No es difícil simpatizar con la aversión de Marx, que a veces no estaba exenta de desesperación, frente a la conducta de Bakunin”.²

En realidad el movimiento anarquista y quienes lo propiciaron, particularmente en la Argentina de principios de siglo XX, se asemejaron mucho al obús bergsonian que lejos de describir una dirección única y sencilla, estalló en miles de fragmentos, ellos mismos pequeños obuses, cuyas trayectorias son sumamente difíciles de reconstruir. De hecho, pocos fenómenos han sido tan elusivos a las reflexiones históricas.

Si bien es cierto que en los últimos años han aparecido estudios y artículos que han restituido su complejidad al anarquismo, sus prácticas culturales, sus modos de interpelación y sus redes de sociabilidad, no contamos aún con trabajos que indaguen suficientemente la vida y la obra de los anarquistas en singular. Con la excepción quizás de los casos de Alberto Ghirardo y Florencio Sánchez, son muy pocos los nombres propios que se conocen en profundidad y flagrantes los olvidos. El caso de Rafael Barrett

es uno de ellos, lo cual es sumamente llamativo si consideramos, más allá de los anarquistas, la cantidad de referencias que de su vida y su obra ha hecho la más variada gama de escritores. Borges suplicaba “con lágrimas en los ojos y de rodillas” a un amigo que comprara un libro de Barrett;³ el escritor Barón Biza, en un editorial en el cual glosaba el texto **Psicología del periodismo**, lo llamaba maestro;⁴ el dirigente socialista Juan Antonio Solari, aunque con anterioridad ya había escrito sobre él, en un número de la revista **Reconstruir** de marzo-abril de 1976 dedicado a Barrett con motivo del centenario de su nacimiento, tituló su trabajo “Rafael Barrett, misionero de la belleza y la justicia”.⁵ Por último, José Enrique Rodó se “jactaba” desde Montevideo de poder contestar afirmativamente, después de hacerla él mismo, la pregunta acerca de quién era el que firmaba R. B. artículos en **La Razón**.⁶

Allende las referencias puntuales y dispersas mencionadas, existen algunos trabajos que colocan la obra de Barrett en una perspectiva temporal más amplia, lo cual posibilita pensar su influencia en experiencias literarias más “concretas”. En este sentido, David Viñas, en **Literatura argentina y política**, recupera a Rafael Barrett de una manera bastante singular. Navegando los meandros de la equívoca bohemia porteña de principios del siglo XX, Viñas se encuentra con que: “probablemente con **El terror argentino** (1910) de Rafael Barrett se vaya dibujando un cauce alternativo que, más allá de ciertos tonos proféticos o de un filantropismo inoperante, llegue a lo eventualmente rescatable de Boedo o al criticismo más reciente y certero de un Osvaldo Bayer”.⁷ Independientemente de la curiosa desembocadura de su

3 La carta es del año 1917 y dirigida a Roberto Godel citada en Francisco Corral, **Rafael Barrett. El hombre y su obra**. Disponible en: www.ensayistas.org/filosofos/paraguay/barrett/corral.htm.

4 El texto aparece firmado por “La dirección” en: **Revista Charleston**, n° 3, agosto de 1926.

5 José Antonio Solari, “Rafael Barrett, misionero de la Belleza y la Justicia”; en **Reconstruir**, n° 101, marzo-abril de 1976, pp. 9-17.

6 José Enrique Rodó, “Las moralidades de Barrett”, Rafael Barrett, **Obras Completas, Tomo IV. Textos inéditos y olvidados. Noticias y juicios, Apéndice documental**, Asunción, Paraguay, RP Ediciones / ICI. Todas las citas de Barrett, salvo en caso de que se aclare, provienen de la edición de sus obras completas en cuatro tomos, por lo que se utilizará la sigla **OC** seguida del tomo correspondiente.

7 David Viñas, **Literatura argentina y política. De Lugones a Walsh**, Buenos Aires, Sudamericana, 1996, p. 45.

1 * Agradezco y dedico: a Soledad Allami y Adriana Petra por la paciencia con la que leyeron más de una vez estas engorrosas páginas.

2 Joseph Schumpeter, **Capitalismo, Socialismo y democracia**, Madrid, Aguilar, 1968, p. 391.

afirmación, Viñas permite pensar la fuerte recepción e impacto que tuvo Barrett en el grupo de Boedo. Como ejemplo de esto último, se puede invocar el estudio de Álvaro Yunque titulado **Barrett. Su vida y su obra**. Sobre este trabajo, indagando la suerte póstuma de Barrett, que por contraposición a los casos de González Prada en Perú y Flores Magón en México no recibió ningún homenaje oficial en los países en los cuales vivió, Viñas destaca que, en función de la ecuanimidad de la cual Barrett es ejemplo, el viejo trabajo de Álvaro Yunque es “el único esfuerzo argentino de reivindicación de ese emergente libertario de origen español”.⁸ El folleto de Yunque, de 55 páginas, escrito en un tono eventualmente apologetico, sitúa a Barrett como un precursor de la literatura social en Argentina. Lo recupera en tanto que: maestro, hombre, rebelde, escritor, crítico, articulista, conferencista, cronista, panfletista, pensador, cuentista y caballero andante de los pobres. Sin embargo, no hay héroes de una sola pieza. En tal sentido, Yunque desliza algunos reproches bastante particulares. El más llamativo es el que considera un error de Barrett el haber recalado en Paraguay: “huyó a la Asunción en busca de un clima más cálido y de paz. Fue su gran error (...) Con toda su insensibilidad y su indiferencia, Buenos Aires es una ciudad y Asunción —insensible y curiosa— una simple aldea. En Buenos Aires Barrett hubiese acabado por encontrar eco y círculo donde desarrollar sus magnéticas cualidades de luchador. En Buenos Aires se lee, se estudia, se piensa. Hay inquietud. La Asunción es el marasmo, la parálisis”.⁹ Dejemos de lado la valoración sobre Paraguay y Asunción (esa ciudad que tuvo “la rara suerte de que le cayera un hombre superior, pero no se lo merecía”¹⁰). Es importante señalar, como veremos más adelante, que Barrett no llega a Paraguay huyendo, ni tampoco, como sostiene Eduardo Galeano, movido por la casualidad ni la curiosidad.

Toman a Barrett, a su manera, también Jean Andreu, Maurice Fraysse y Eva Golluscio de Montoya con el propósito de analizar la producción literaria anarquista de América del Sur y, de este modo, los contornos de su obra se recortan (estrechándose o expandiéndose, lo mismo da) sobre el más general estilo de una *poética de la urgencia*. En un cuadro que devora a su objeto, las modestas y conmovedoras (siempre para los autores) talladuras de las plumas libertarias son entendidas, por fuera del campo del mero ejercicio literario, como medios-instrumentos para un fin de propagación ideológica. Sin tiempo para devaneos estéticos, urgida y pensada para un público proletario, la tentativa anarquista finalmente se trataría “de una literatura en la cual la ética

predomina sobre la estética, puesto que el objetivo declarado con obstinación es el de terminar para siempre con una sociedad de injusticias, de oscurantismo y de vicio, para construir aquella armoniosa ciudad de Utopía, que ocupa un lugar tan importante en el imaginario anarquista y en la cual el hombre, libre al fin, recobrará su verdadera condición original de sensibilidad y de bondad”.¹¹ Binaria, y hasta cierto punto paternalista, la visión Andreu, Fraysse y Montoya resulta insuficiente desde nuestra perspectiva para pensar a un autor que, como anarquista y sobre todo como escritor, reivindicaba el destiempo como fuente de creatividad.

El presente ensayo se propone indagar la vida y en la obra de Barrett proponiendo algunas líneas de lectura que pongan de manifiesto, entre otras cosas, la singularidad de su anarquismo mínimo.

II

*“Barrett fue para mí como una sombra que pasa.
Barrett debía ser un hombre desequilibrado, con anhelos
de claridad y de justicia. Tipos así dejan por donde pasan un
rastros de enemistad y de cólera. A la gente le gusta la mentira”*
Pío Baroja, **Memorias**.

El 16 de Noviembre de 1902, el periódico **La época** de Madrid anuncia el suicidio de Rafael Barrett. La noticia repetida por **El heraldo de Madrid** y otros diarios, siempre bajo cierto halo de conjetura, es desmentida hacia fines de ese mismo mes. Todas las noticias resaltan la notoriedad del suicida como aquel que meses atrás, luego de haber sido descalificado por un tribunal de honor, azotó públicamente a un importante miembro de la aristocracia madrileña.¹² Verdaderamente, Rafael Ángel Jorge Julián Barrett y Álvarez de Toledo, tal era su nombre completo, moriría el 17 de diciembre de 1910 a los 34 años en Arcachón, Francia, en una última y desesperada tentativa por curar una tuberculosis, probablemente adquirida en suelo paraguayo. Su arco vital es exasperante por la brevedad; condensado y astillándose, permanentemente, en más y más fragilidad.

Barrett nació el 7 de enero de 1876, cerca del mar Cantábrico, en Torrelavega (Santander), España. Pasó parte de su juventud en París, donde completó el secundario, y estudió, de manera inconclusa, ingeniería en Madrid. Gran pianista, hablaba y leía a la perfección el inglés y el francés, siendo su condición de polí-

8 David Viñas, **Anarquistas en América Latina**, Buenos Aires, Paradiso, 2004, p. 34. En la página 25 de este libro Viñas considera a Barrett, junto con el mexicano Flores Magón y el peruano González Prada, como un modelo destacado del anarquismo de 1900; como una metáfora mayor de la mentalidad libertaria que “ya sea por su militancia, por su actividad periodística, pedagógica e intelectual, o por la suma de esas faenas, aparece condensado sobre sí complejos rasgos que permiten analizar con mayor detalle las características de la cultura libertaria de 1900”. En relación a los homenajes póstumos de Barrett, hay que hacerle una pequeña enmienda al estudio de Viñas y es que en Asunción, ciudad en la que más tiempo vivió y en la cual desarrolló sus actividades vinculadas al anarquismo, hay una calle que lleva su nombre.

9 Álvaro Yunque, **Barrett. Su vida y su obra**, Buenos Aires, Claridad, s/f, p. 22.

10 *Ibid.*, p. 14.

11 Jean Andreu; Maurice Fraysse y Eva Golluscio de Montoya, **Anarkos. Literaturas libertarias de América del sur. 1900**, Buenos Aires, Corregidor, 1990, p. 12.

12 El diario **La época** refiere de la siguiente manera el falso suicidio de Barrett: “Circula hace días por Madrid la noticia de un suicidio que por tratarse de una persona de la que hubo de hablarse mucho en época reciente, ha producido impresión. El presunto suicida es el Sr. Barrett. Nuestros lectores recordarán que este señor sometió su discutida conducta a un tribunal de honor, el cual hubo de descalificarle (...). A estos hechos siguió una agresión contra una persona de la alta sociedad que goza en Madrid de general simpatía” (**La época**, Madrid, 16 de noviembre de 1902). Por su parte, en una línea similar, **El heraldo de Madrid** apunta: “Pocos días después se dijo que el suicida era el Sr. Barrett, el mismo que hará varios meses estuvo procesado por el juzgado del distrito de Buenavista, Madrid, por haber agredido en el circo de Parish al señor duque de Arión, causándole una herida en la cabeza” (**El heraldo de Madrid**, Madrid, 17 de noviembre de 1902). Ambos textos pueden consultarse en: R. Barrett, **OC IV**, pp. 369-371.

glota un rasgo excepcional dentro de lo que se llamó la juventud del 98, a la que por lo general se tiende a asociar su figura. De hecho, el único análisis integral de la obra de Barrett disponible, realizado por Francisco Corral,¹³ sitúa muchos de sus tópicos dentro del magma de inquietudes que animó la vida intelectual finisecular en España. A saber: regeneracionismo social y modernismo estético. Es imposible, sin hacer un recorrido que excede por mucho los propósitos de este ensayo, discutir la permanente remisión, en el libro de Corral, de Barrett al *noventayochismo* español. Nos conformamos con afirmar que es indudable que Barrett interactuó con los círculos intelectuales del Madrid de fin de siglo y que lo conocieron, según consta en varias memorias, Ramiro de Maeztu, Pío Baroja y Valle Inclán, sólo por nombrar las figuras más resonantes.

Luego de “malgastar” su fortuna —algo modesta para el canon aristocrático y sin posibilidad alguna de reproducirla— y de ser víctima de la bizarra deshonra que derivaría en el incidente del azotamiento público del duque de Arión,¹⁴ previo paso por París, abandona Europa con destino americano en los primeros días de 1903. Pocos meses antes se había dado a conocer la noticia de su muerte apócrifa.

III

La mirada más generalizada sobre su vida y su obra, nos muestra a un joven promisorio en el naciente campo intelectual español de fin de siglo XIX, que por razones poco claras termina recalando en el continente americano. Principalmente en Paraguay e intermitentemente en Argentina y Uruguay. Un dandy —para más datos, ciudadano británico por sangre paterna y vinculado por vía materna a los duques de Alba— devenido anarquista. Del oropel de la aristocracia a la miseria de los yerbales paraguayos y las asperezas de la guerra social. Un corte. Un hombre que nace dos veces y que hemos visto muere dos veces; un hombre que ha vivido solamente siete años.

Todos los perfiles que han sido hechos sobre Barrett destacan la discontinuidad existente entre su pasado y su futuro, a partir de la migración y su deriva. Pero desde un principio no está claro el rebelde, ni es vislumbrable, si es que alguna vez sucede tal cosa, el anarquista. Será preciso entender el viraje, el instante, no como momento discreto de una cadena de acontecimientos teleológicamente unificados; no como momento dialéctico más importante de una vida que es necesario atravesar en su negatividad para volver a reencontrarse con lo propio. Todas las semblanzas coinciden en remarcar la cesura en su perfección. Un antes y un después, puros. Sin embargo, el instante y el se-

ñalamiento de Barrett, siguiendo a Sartre en su estudio sobre la interjección de la vida y la obra de Jean Genet, indican que “quien dice instante, dice instante fatal”. Ese instante que, como afirma Sartre, “es el movimiento recíproco y contradictorio del antes por el después; se es todavía lo que se va a dejar de ser y ya se es lo que se va a ser; se vive su muerte, se muere su vida; en el seno de la vida más plena se presiente que no se hará más que sobrevivir, se teme el porvenir. Es el tiempo de la angustia y el heroísmo, del placer y la destrucción, baste un instante para destruir, para gozar, para matar, para hacerse matar, para hacer su fortuna tirando a los dados”.¹⁵ La apertura, en los relatos sobre su vida, se presenta como un vacío, un momento donde la plenitud está ausente. Algo se ha perdido y se ha ganado en el camino y no sabemos con exactitud de qué se trata. Manuel Gálvez, por ejemplo, en sus *Recuerdos de la vida literaria*, da una de las miradas más habituales que los otros tienen de Barrett: “Entre los colaboradores de la revista que no pertenecían a nuestro compacto grupo, hubo uno que merece un comentario especial. Era un hombre muy alto y rubio, elegante, distinguido y de bello tipo que se llamaba Rafael Barrett (...) Había tratado con Oscar Wilde y vivido en París, cosas ambas que le dieron prestigio entre nosotros. Un día quiso conocer a mi familia, y fue a la casa de mi padre, donde le presenté a mis hermanas. Barrett nos sorprendió con su levita elegantísima y su galera de felpa. Esto no tendría mayor interés si no dijese lo que después hizo este hombre. Quedó en la mayor pobreza y fue a dar al Paraguay. Allá conoció la vida del trabajador en los yerbales, la existencia mísera de la clase proletaria, y escribió varios libros que explotaron en los países del plata como bombas de dinamita, y uno de los cuales, el más impresionante, titulábase **El dolor paraguayo**. Convirtiéndose en el padre espiritual de los rebeldes, en un líder anarquista y peligroso. Y cuando yo oí hablar de él con fervor a algunos de sus partidarios, me acordaba de aquella levita y aquella galera de felpa”.¹⁶

Más allá de la ironía de Gálvez, la dirección del gran cambio tiene, aparentemente, una orientación *a posteriori* muy clara. Desde el universo estrictamente anarquista, en el cual su obra fue acogida como propia, González Pacheco escribió: “(...) generalmente, los más notorios rebeldes provienen de aquellas clases, o castas, detentadoras del mando. Y viceversa: los más brutales tiranos surgen también de las otras, sometidas y expoliadas. (...) Esto ocurrió con Barrett. Nacido de hidalgos ricos, creció con la cultura de su época, viendo crecer en el mundo el arte y la ciencia. Jugando a sabio y a artista, seguro de que la vida era eso que floreció de los libros (...) Y así, con este bagaje de señorito o de príncipe, se echó a vivir. Y así también fue el manto, que a su primera salida, le dieron los propios suyos, ricos hidalgos. ¿Cómo no se enderezó vuelto un desencantado o un cínico?... La vida empieza en cada uno, y la de Barrett no era la de su casta o su clase. Castigada aquella infamia, comenzó a vivir la suya. Comenzó el *vía crucis*. Desde el confort de Madrid a todas las

13 Francisco Corral, *El pensamiento cautivo de Rafael Barrett. Crisis de fin de siglo, juventud del 98 y anarquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1994, pp. 3-55.

14 Para obtener un relato más acabado del incidente de Barrett en Madrid —que incluye un reto a duelo, una descalificación a su persona por conductas sexuales contranatura, el mencionado apaleamiento público continuado de una suerte de excomunión de la aristocracia española— y otros aspectos de su biografía, ver Francisco Corral, *El pensamiento cautivo de Rafael Barrett...*, *op. cit.*. Puede consultarse también Vladimiro Muñoz, *El pensamiento vivo de Barrett*, Buenos Aires, Rescate, 1977, pp. 11-50.

15 Jean Paul Sartre, *San Genet Comediante y mártir*, Buenos Aires, Losada, 2002, p. 31.

16 Manuel Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria (I). Amigos y maestros de mi juventud. En el mundo de los seres ficticios*, Buenos Aires, Taurus, 2002, p. 88.

privaciones del Paraguay; del ejecutante de música de Beethoven y Chopin a ejecutar miserables que lo llenan de inmundicia, y del júbilo vital a la melancolía de *un cadáver bien conservado*.¹⁷

IV

Se ignora con precisión en qué momento de 1903 Barrett llegó a Buenos Aires. Lo cierto es que el primero de agosto de ese año apareció en la revista **Ideas** el primer texto, del que se tenga noticia, con su firma, titulado “Aguafuertes”. Colaboró también en la revista **Caras y Caretas** y en los periódicos **El Tiempo** y **El Correo Español**, este último portavoz de los españoles republicanos en Argentina. Se sabe también que se dedicó a las matemáticas y se supone, ya que sus biógrafos no han podido corroborar el dato, que participó en la fundación, junto con el español Julio Rey Pastor, de la Unión Matemática Argentina, posible antecedente de la actual Facultad de Ingeniería.

En Buenos Aires, a partir de una polémica generada por la disertación del republicano español Ricardo Fuente, llevada a cabo en el Teatro San Martín, Barrett tuvo un duro intercambio con el militar español Juan de Urquía, quien desde las páginas de **El Diario** y bajo el pseudónimo de “El Capitán Verdades” atacaba a Fuente. El altercado terminó en un reto a duelo que Barrett aceptó, pero que no habría de llevarse a cabo al llegar noticias desde Madrid que recordaban que Barrett había sido descalificado allí por un tribunal. Sin dudarlo un segundo e imposibilitado de probar su honor en el duelo, Barrett se precipitó al hotel Imperial en búsqueda de Urquía y equivocándose de persona golpeó duramente, con un bastón, al dueño del hotel, el señor Pomés.¹⁸ En la primera mitad de 1904 Barrett aceptó irse a Paraguay como cronista del diario **El Tiempo** para cubrir la revolución liberal que estaba teniendo lugar en dicho país.

V

Con su llegada a Paraguay —primero al campamento rebelde de Villeta, donde simpatizó brevemente con la causa liberal; luego a Asunción, donde ingresó con el bando triunfador— pareció definirse el perfil más acabado de Barrett y su obra. Barrett se refirió a Paraguay como “el único país mío, que amo entrañablemente, donde me volví bueno”. Lo cierto es que, salvo en el lapso de menos de cuatro meses que vivió en Montevideo y el tiempo que estuvo fuera con motivo de una deportación, Barrett produjo la mayor parte de su obra en Paraguay. En Asunción trabajó como periodista, desde enero de 1905, en **El Diario** y realizó tareas como ingeniero, ocupando diversos cargos en la Oficina de Estadística. Trabajó luego en el Departamento de Ingenieros y en el ferrocarril, a la vez que dictaba clases de matemáticas.

17 Rodolfo González Pacheco, “Rafael Barrett. Prólogo a sus obras completas”; en **Carteles**, Buenos Aires, Americalee, 1956, p. 130.

18 Hay que decir que, para Barrett, el duelo, como instancia de autoafirmación, es absolutamente legítimo. En un texto de 1906 (una fecha casi tardía en la vida de Barrett) afirma: “el duelo es legítimo: es la única salvaguardia de nuestra individualidad, es un precioso excitante del valor personal y de las energías sociales; es un bello gesto de las edades heroicas”, en R. Barrett, “La tragedia de hoy”, **OC IV**, p. 103.

En 1906 fue nombrado secretario del Centro Español, donde conoció a Francisca López Maíz, con quien se casaría el 20 de abril y con quien habría de tener su único hijo, Alex. Ya en 1907 trabajó como agrimensor en Arroyos, Esteros y Laguna Porá y fue, aparentemente, en aquel año que se manifestaron los primeros síntomas de tuberculosis.

En 1908 su producción periodística se intensificó y se publicaron artículos suyos en **Los Sucesos**, **La Tarde**, **El Paraguay**, **El Cívico**, **El Diario**, todos periódicos asunceños. Si bien, al parecer, ya había participado en actividades de la Unión Obrera, fue en ese año que Barrett, junto con el anarquista argentino José Guillermo Bertotto, desarrollaría actividades específicamente anarquistas con la fundación del periódico **Germinal**.¹⁹ Dicho periódico ha sido considerado como un hito dentro de la historia del movimiento anarquista paraguayo, aunque, como todo en Barrett, fue de una increíble fugacidad. **Germinal** alcanzó a publicar tan sólo once números entre el 2 agosto y el 11 de octubre.

VI

Hay algo notable en los textos y en la obra misma de Barrett que debe ser enfatizado: su brevedad. Acotados sus escritos —con la excepción de unos pocos ensayos, conferencias, algunos cuentos y una suerte de aforismos agrupados bajo el nombre de **Epifonemas**— a la prosa periodística, habría que decir que son cajas demasiado pequeñas para su contenido. Pura dinamita cerebral, es imposible resumir la cantidad de temáticas desarrolladas en ellas. Escribía sobre todo lo que sucedía en el mundo. El procedimiento de elaboración era aparentemente sencillo: el telégrafo escupía una noticia y Barrett, donde estuviera, la refractaba en el papel otorgándole densidad propia y autonomía. La noticia quedaba como suspendida y él se daba cuenta de que, insertos en la dinámica de su tiempo y a la distancia, sus piezas escriturarias devenían inactuales: “estoy fuera de la actualidad, y confieso que no me disgusta. Estar fuera de la actualidad se asemeja a estar fuera del tiempo, a divinizarse; la inmutable soledad de estas regiones ayuda a la ilusión”.²⁰

A propósito de sus escritos en los cuales la denuncia es asumida como estilo, entre los que destacan aquellos agrupados en **Lo que son los yerbales**,²¹ se puede decir que Barrett, en Paraguay, vive en el destiempo propio del *extranjero*, entendido como una configuración en la se condensan tanto la no-vinculación a un punto del espacio como la sedentariedad. De esta manera, si-

19 Para consultar acerca del lugar que ocupan **Germinal** y Rafael Barrett en Historia del Movimiento obrero de Paraguay consultar Darío Salinas, “Movimiento obrero y procesos políticos en Paraguay”, en Pablo González Casanova (coord.), **Historia del movimiento obrero latinoamericano**, Volumen III, México, Siglo XXI, 1984, pp. 359-421. Para establecer la importancia de Barrett en la conformación del anarquismo paraguayo, consultar Carlos Rama y Ángel J. Capelletti, **El anarquismo en América Latina**, Caracas, Ayacucho, 1990, pp. LXXVII-LXXXIV.

20 R. Barrett, “Cartas inocentes”, **OC IV**, p. 150.

21 En junio de 1908 Barrett escribe **Lo que son los yerbales**, compuesto por una serie de artículos (seis para ser exactos) escritos para **El Diario**, que salieron entre los días entre los días 15 y el 27. Los textos que lo integran son: “La esclavitud y el estado”, “El arreo”, “El yugo en la selva”, “Degeneración”, “Tormento y asesinato” y “El botín”.

guiendo a Simmel, el extranjero, que no es quien viene hoy y se va mañana, sino quien viene hoy y se queda mañana, es por así decirlo, “el emigrante en potencia, que aunque se haya detenido, no se ha asentado completamente. Se ha fijado dentro de un determinado círculo espacial —o de un círculo cuya delimitación es análoga a la espacial—; pero su posición dentro de él depende esencialmente de que no pertenece a él desde siempre, de que trae al círculo cualidades que no proceden ni pueden proceder del círculo”.²² Sólo con la mirada, ni extraña ni familiar, en tensión, de aquellos que tienen una posición de miembros, pero que a su vez están a su vez afuera (y enfrentados) de un espacio social, es posible, según la hermosa expresión de Roa Bastos, que Barrett se convierta en “el descubridor de la realidad social de Paraguay”.²³ Él escribe en un páramo, un territorio diezmado, en el cual no hay auditorio para su voz, ni entre los explotadores (negadores y beneficiarios de la miseria) ni, prácticamente, entre los explotados. Aplastados contra la realidad que los oprime, los que han quedado y nacido durante los treinta años posteriores al fin de la Guerra de la Triple Alianza “sufren tanto ¡que no saben que sufren!”. Barrett les habla a ellos en un susurro: “Es que la desconfianza el miedo y la sumisión inerte pesan en vuestra carne. Es que habéis sido engendrados por vientres estremecidos de horror y vagáis atónitos en el antiguo teatro de la guerra más despiadada de la historia, la guerra parricida y exterminadora, la guerra que acabó con los muchos de una raza y arrastró las hembras descalzas por los caminos que abrían los caballos, quizás ignorantes de vuestra orfandad y vuestro luto; vivís desvanecidos en la sobra de un espanto. Sois los sobrevivientes de la catástrofe, los errantes espectros de la noche después de la batalla. ¿Qué son treinta años para restañar tales heridas? Seguíis vuestro destino pastores taciturnos. En torno vuestro las flores han cubierto las tumbas; nadie es capaz de atentar a la formidable fertilidad de la tierra; el hierro y el fuego mismo la fecundan; no hay para ella gestos asesinos. Por eso, en su vitalidad indestructible, ella, que recibió los huesos de los héroes inútiles no ha de negar su paz austera a los hijos del infortunio”.²⁴ Barrett inventa una realidad ausente, no intenta reproducirla, porque es una realidad en delirio y cualquier estrategia de aprehenderla especularmente fracasa. Recurriendo una vez más a Roa Bastos, se puede decir que: “mostró cómo era posible producir textos de valores intrínsecos y autónomos; que no se proponían la simple transcripción de la realidad visible sino la mostración y revelación de la realidad invisible en la virtualidad de sus múltiples significaciones”.²⁵

Su descubrimiento de la realidad social del Paraguay le costó a Barrett la cárcel y el destierro. A causa de un artículo titulado **Bajo el Terror** fue encarcelado y sólo gracias a la intermediación del embajador británico se logró, en dos oportunidades, que fuera deportado. La primera se frustró cuando fue detenido en el barco

que lo iba a llevar a Argentina. En la segunda, el 13 de octubre de 1908, Barrett abandonó Paraguay después de cuatro años de estadía. Luego de algunas peripecias que lo demoraron en Brasil arribó, finalmente, a Montevideo en el mes de noviembre.

El paso de Barrett por Montevideo,²⁶ única ciudad donde se le prodigaron reconocimientos intelectuales y donde sus escritos encontraron una caja de resonancia adecuada, fue sumamente fugaz. Al poco tiempo de arribar fue presentado por indicación de Emilio Frugoni al Dr. Samuel Blixen, director de **La Razón y El siglo**, periódicos en que empezó a escribir en el mes de diciembre. Frugoni, que junto al teósofo Félix Peyrot fue uno de sus grandes amigos uruguayos, cuenta a propósito de su primera impresión de Barrett: “volvía a ver al Jesús de las estampas”.²⁷ En tan sólo cuatro meses, entre noviembre de 1908 y febrero de 1909, se convirtió en una figura central de los círculos intelectuales montevideanos. Con motivo del empeoramiento de su salud, Barrett pasó gran parte de su estadía en Montevideo en el Hospital Fermín Ferreira, donde se le diagnosticó tuberculosis pulmonar.

VII

El anarquismo para Barrett explicitado por él mismo como el propio, se reduce a una simple fórmula: “Me basta el sentido etimológico: *ausencia de gobierno*. Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo”.²⁸ Eso es todo casi literalmente; todas las demás referencias al anarquismo (o a los anarquistas) son en tercera persona y tienen un tono severamente profético: “El anarquista de acción es el fanático extraviado por la exaltación suprema. Su tipo es análogo al de los primeros cristianos, sedientos de muerte. Aquellos morían. Estos mueren, pero después de matar. Desengañémonos, el hombre adora lo trágico. Los anarquistas dan su tono poderosamente sombrío al cuadro de la emancipación proletaria. El grito de la dinamita es el del vapor, que a través de las válvulas, revela la incalculable presión de las calderas”.²⁹ El anarquismo, entendido de este modo, mucho más que una doctrina —son sumamente escasas las referencias a sus padres fundadores— es un gesto que se desenvuelve en un universo religioso. Criticando la Ley de Residencia en Argentina, exclama: “El anarquismo es hoy una atmósfera moral que penetra los últimos escondrijos del globo, y querer detenerlo en la dársena es querer detener el viento. Bloquead Buenos Aires, y le convertiréis en bomba máxima: El terrorismo es obra vuestra, y sea dicho en honor de la Argentina: su anarquismo es argentino, y único fermento de verdadera evolución hacia el bien”.³⁰ Los escritos de Barrett no se insertan de ningún modo en las discusiones internas (las que fueran) que

22 Georg Simmel, “El extranjero”, en **Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos**, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2002, p. 211.

23 Augusto Roa Bastos, “Rafael Barrett descubridor de la realidad social del Paraguay”; en R. Barrett, **El dolor paraguayo**, Caracas, Ayacucho, 1978.

24 R. Barrett, “La estancia”, en **El dolor paraguayo**, op. cit., p. 9.

25 A. Roa Bastos, op. cit., p. XXIX.

26 Todo lo referente a las vinculaciones de Barrett con Uruguay se encuentra en un libro magistral compilado por el que es, sin lugar a dudas, su mejor biógrafo Vladimiro Muñoz. Ver V. Muñoz, **Barrett en Montevideo**, Montevideo, edición del autor, 1982.

27 Emilio Frugoni, “Cómo conocí a Barrett”; en R. Barrett, **OC IV**, p. 343.

28 R. Barrett, “Mi anarquismo” en: **OC II**, p.132.

29 R. Barrett, “La cuestión social”; en: **OC II**, p. 252.

30 R. Barrett, “El terror argentino”; en: **OC III**, p. 19.

agitaban a los anarquistas de su tiempo. Equidistante de la bomba y sus restos, Barrett intenta captar la intención del atentado. En un texto suyo muy citado, después de ver la manera en la que emergen los miserables en la Avenida de Mayo, enuncia: "Sentí que la única manera de ser bueno es ser feroz, que el incendio y la matanza son la verdad, que hay que mudar la sangre de los odres podridos. Comprendí, en aquel instante, la grandeza del gesto anarquista, y admiré el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano".³¹

Por debajo de la condena hay una segunda forma del anarquismo. Barrett, que tenía el Nuevo Testamento como libro de cabecera, no se vale solamente de las imágenes religiosas como un mero recurso para infundir patetismo y expresividad a su anarquismo; la religiosidad es su nervadura y en él anarquismo y religión se encuentran profunda y mutuamente imbricados en una forma original. De esta manera es posible pensar dicha imbricación más allá del milenarismo, movimiento místico-religioso con el que muchos estudiosos, desde Karl Mannheim a Michael Löwy³² (entre otros) han asociado al anarquismo. De sus escritos no se desprende ninguna escatología; no hay en ellos una doctrina de los tiempos finales y la anarquía como aspiración ni siquiera es mencionada (no hemos encontrado en sus textos ninguna referencia a ella). El anarquismo es apenas un remanso, una suerte de encarnación temporal de una vida en constante flujo que lucha contra la petrificación de las formas sociales. En un texto titulado **El anarquismo en la Argentina**, después de afirmar que la vida es cambio permanente y que la inmovilidad ansiada por el Poder Ejecutivo es la muerte, Barrett consuela: "No se asuste tanto del anarquismo; consuélase con la certidumbre de que los anarquistas parecerán algún día anticuados y demasiado tímidos. ¡Sólo la vida es joven!".³³ No es de extrañar que el núcleo de la religiosidad en su obra se encuentre encarnado, principalmente, en dos figuras temporales y mortales: Jesús y León Tolstoi.

El Jesucristo barrettiano no desciende de la cruz como el de Azorín, figura central del 98 español, exclamando a los creyentes que oran ante él: "Hijos míos, sois unos imbéciles".³⁴ Muy por el contrario, Jesús, opuesto absoluto a su padre Jehová, que no resigna a morir, permanece en la cruz y extrae su significación fecunda en su propia muerte: "el ignominioso suplicio pagano que acababa la vida afrentando la muerte, el madero cruel en que se clavaba no sólo a los criminales, sino a las fieras y las alimañas inmundas, fue purificado para siempre por la sangre del más divino de los héroes, el que hizo enmudecer a Carlyle, y enternecerse al formidable Renán; el que cambió el mundo, con su palabra suave, desde un rincón de Galilea. Sobre el desnudo y trágico cerro, lleno de calaveras de ajusticiados, la cruz, al lí-

vido resplandor del inolvidable crepúsculo, se volvió sagrada".³⁵ Jesucristo es una atalaya moral cuya figura se engrandece en la medida en que aumentan los medios técnicos de dominación de la naturaleza y el mundo. En una conferencia no exenta de matices titulada **El progreso**, enfatizando la relación inversamente proporcional entre los desarrollos tecnológicos y morales, apuntaba: "El problema del mundo es un problema moral. Por eso, a pesar de nuestro dominio creciente sobre la materia y de las dimensiones monstruosas de nuestra civilización, la silueta de Jesús está siempre en la cumbre inaccesible; Jesús era una energía estrictamente moral. Nadie ha penetrado en las regiones donde él penetró; después de él nada nuevo ha sucedido a la humanidad".³⁶ En diálogo permanente con Jesús se yergue la figura de Tolstoi como ejemplo del anarquista absoluto: "he aquí a uno de los más nobles héroes de la historia, a uno de los santos más puros con que puede honrarse nuestra raza. Es difícil acercarse a esta augusta figura sin que nuestras rodillas se doblen, no ante lo divino, sino ante lo *nuestro*, tanto más nuestro precisamente cuanto más sublime".³⁷ Al igual que Jesús, Tolstoi deviene entidad divina por su condición humana y, por ende, de su mortalidad. Ambos atestiguan con su vida y con su muerte cosa que no sucede con el vengativo dios del Antiguo Testamento.

VIII

Aunque sucinta y acorde a la economía textual de una enciclopedia, quizás la mejor definición del anarquismo de Barrett pueda extraerse del **Esbozo de una enciclopedia histórica del Anarquismo español** de Iñiguez, donde se lo presenta como defensor de un anarquismo sereno, contenido y analizador de la realidad, más creador que propagador.³⁸ Absolutamente desraizado (claramente se equivoca Cesar Aira cuando señala que sus textos fueron publicados en diversos periódicos anarquistas),³⁹ el lugar que ocupa dentro de la literatura anarquista habría que buscarlo en un linaje de anarquistas, por llamarlo de algún modo, menor. Barrett ejemplifica perfectamente a los hombres débiles elogiados por el cineasta Tarkovsky que, frente al expansionismo individual y agresivo (del cual, dentro del anarquismo, Severino Di Giovanni es una figura emblemática), no logran adaptarse de manera pragmática a la existencia. En palabras del propio Tarkovsky los débiles son: "personajes cuya fuerza ha sido la convicción espiritual, y que han aceptado responsabilizarse por los otros".⁴⁰ El propio Barrett, tuberculoso y moribundo, entreteje una tradición

31 R. Barrett, "Buenos Aires"; en **OC II**, p. 29.

32 Karl Mannheim, **Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento**, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 248-256. Michael Löwy, **Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, pp. 17-28.

33 R. Barrett, "El anarquismo en la Argentina", **OC II**, p. 86.

34 J. Martínez Ruiz (alias Azorín), "Anarquismo y cristianismo"; en Irving Louis Horowitz (comp.), **Los anarquistas. 2/ La práctica**, Madrid, Alianza, 1979, p. 300.

35 R. Barrett, "La cruz"; en **OC IV**, p. 66. Es indudable que la imagen de Jesús en la cruz que se plasma en este texto fue de difícil digestión para los anarquistas. El texto que se incluía en la primera edición de sus obras completas de Americlee del año 1943, fue excluido de la segunda edición de 1954.

36 R. Barrett, Rafael, "El progreso"; en **OC II**, p. 282.

37 R. Barrett, "La muerte de Tolstoi"; en **OC III**, p. 44.

38 Miguel Iñiguez, **Esbozo de una Enciclopedia histórica del anarquismo español**, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2001, p. 78.

39 César Aira, **Diccionario de autores latinoamericanos**, Emecé, Buenos Aires, 2001, p. 74.

40 Andrei Tarkovsky, "Elogio del hombre débil"; en **Nombres. Revista de Filosofía**, Córdoba, año XI, septiembre de 2001, p. 111-115.

en la cual la fragilidad es un elemento constituyente del pensamiento. En una carta escrita, a pocos días de morir, al ensayista y poeta uruguayo-argentino Alberto Zum Felde, alias Aurelio del Hebrón, replica a las críticas que aquel le hiciera en nombre de la vida: “La salud significa lo normal, lo frecuente, o no significa nada. Frecuente: ¿vulgar?... ¡cuidado! ¿Quisiera usted ser vulgar, usted, cuyos versos han sido comparados con los de Baudelaire? ¿Era Baudelaire una “briosa bestia joven”? Cuando la hermosísima madame Sebatier, la Musa de **Las Flores del Mal**, consintió en ser suya, le faltó virilidad para poseerla. En cambio, Musset, al cual, ignoro por qué razón, coloca usted cerca de mí, era el más ingenuo, el más infatigable de los voluptuosos. Los dignificadores del hombre que usted me cita, Stirner, Nietzsche, Guyau, Carlyle, Emerson, ¿eran “bestias briosas”? ¡Pobre Stirner, casi un pordiosero; pobre Guyau, tísico; pobre Carlyle, asexual, dispéptico, neurótico; pobre Nietzsche, demente!”⁴¹. Pura apertura, sus escritos mucho más que un mero instrumento de simplificación didáctica de la realidad tendiente a la consecución de un fin, se asemejan, mucho más, a una tentativa de donación y cura. Donación del signo y cura de Barrett y del mundo. La literatura, pensada de este modo, se presenta entonces como una iniciativa de salud. En esta línea, siguiendo a Deleuze, el escritor no teniendo necesariamente una salud de hierro, “goza de una irresistible salud pequeña producto de lo que ha visto y oído de las cosas demasiado grandes para él, demasiado fuertes para él, irrespirables, cuya sucesión le agota, y que le otorgan no obstante unos devenires que una salud de hierro y dominante haría imposible. De lo que ha visto y oído, el escritor regresa con los ojos llorosos y los tímpanos perforados”⁴². Lo que ha visto y oído, en su caso, ha sido posible por la extranjería de su pensamiento, expresado, no sólo al interior de un espacio territorialmente delimitado, sino con mayor intensidad dentro del propio anarquismo.

Resumen

El vínculo entre literatura y anarquismo ha sido presentado, la mayoría de las veces, como una relación de subordinación, en la cual los artefactos literarios encuentran su justificación solamente en tanto que medios de propaganda. De esta manera el escritor anarquista es, antes que un esteta, un pedagogo. En contraposición con esa figura simplificada surge el ejemplo del escritor Rafael Barrett, hoy olvidado. El presente ensayo se propone dar a conocer algunos aspectos de su vida y su obra, prestando especial atención a la singularidad de su anarquismo y a su tentativa literaria alejada de toda instrumentalidad.

Abstract

The relation between literature and anarchism has been presented, most of the time, as a subordinate relationship in which literary devices find their justification solely as a means of propaganda. In this way, the anarchist writer is seen as a pedagogue rather than as an aesthete. In contrast with this simplified figure emerges Rafael Barrett, a writer virtually unknown today. This essay intends to reveal some aspects of his life and work, paying special attention to the singularity of his anarchism and to his non-instrumental literary attempt.

Palabras claves:

Barrett – anarquismo – Literatura

41 R. Barrett, “Respuesta a Aurelio del Hebrón”, **OC III**, p. 129.

42 Gilles Deleuze, “La literatura y la vida”, en **Crítica y Clínica**, Barcelona, Anagrama, 1997, p. 14.



La literatura anarquista de Alberto Ghirardo: de la libertad, de la razón y del instinto

Armando V. Minguzzi

El acercamiento a los textos literarios de los anarquistas argentinos nos instala en el derrotero de una ideología que, en sus lecturas más habituales, aparece ligada a nociones como el espontaneísmo y la racionalidad moderna. Ante estos componentes el instinto, tópico que nos guiará en esta lectura de la obra de Ghirardo,¹ se debate entre versiones cercanas a un impulso libertario y aquella que hace de él un acontecimiento bestial y regresivo. Ambas serán revisadas aquí, su disputa y la suerte que corran es lo que origina este recorrido crítico.

Apuntes para el desembarco del anarquismo en la Argentina

Haciendo un muy breve recorrido histórico podemos decir que la consolidación ideológica del anarquismo argentino, de tendencia organizativa, se dio a través de dos viajes, particularmente el arribo de dos militantes italianos: Errico Malatesta y Pietro Gori. En 1885 llega Errico Malatesta, un propagandista consumado que se queda en el país hasta 1889 y cuyo accionar da lugar a la consolidación de algunos grupos de difusión teórica y a la conformación de las primeras sociedades de resistencia, germen de los futuros sindicatos ácratas.² La década del noventa es de discusión en la familia libertaria, individualistas versus organizadores es la disputa que sobresale por esos años,³ en los cuales el socialismo marxista aparece como el más firme competidor del anarquismo en el movimiento obrero.⁴ El segun-

do arribo entonces tiene que ver con el afianzamiento de los organizadores. En la última década del siglo pasado, luego del Congreso de Capolago en 1891, el anarquismo italiano adopta como su ideología oficial el anarco-socialismo.⁵ Pietro Gori llega a Buenos Aires en 1898, proveniente de Génova, como paladín de esa línea teórica y rápidamente capta la atención de diversos jóvenes que al concurrir a sus conferencias se acercan al campo anarquista. Entre esos jóvenes figuran Montesano, que provenía del socialismo, Felix Basterra, Gilimón y el caso que nos ocupa puntualmente: Alberto Ghirardo.⁶

La consolidación ideológica aquí planteada porta consigo cierto clima de disputa en torno a algunas cuestiones teóricas. Entre ellas aparece un interesante cruce sobre el tema de la subjetividad, el que se da entre la autodeterminación del individuo y toda delegación de poder que impida racionalizar sus actos y decidir sobre ellos. El desarrollo de dicho cruce deriva, en términos ficcionales, en una de las dicotomías que se adivinan en el entramado que constituye la subjetividad anárquica: razón versus instinto. Ghirardo la instala en su práctica escrituraria, las crónicas y los cuentos son el espacio donde se la lee.

El perfil del sujeto anarquista

La concepción del sujeto, en el imaginario anarquista, está atravesada por uno de los tópicos más importantes de su desarrollo teórico-político: la negación del concepto de representatividad. Como dijimos, ante la idea de delegar poder, que trae apareja-

a que se hayan formado aquí también las dos clases de cuyo antagonismo ha de resultar el progreso social... A una clase rica y ociosa cuya única ocupación es variar y ostentar su lujo insolente, hace contraste una clase laboriosa, que después de una vida entera de trabajo, no tiene más perspectiva que la miseria ". Y finaliza señalando, para que no quede duda del lugar desde donde y a quien se pretende interpelar, lo siguiente: "Venimos a representar en la prensa al proletariado inteligente y sensato... Venimos a fomentar la acción política del elemento trabajador argentino y extranjero, como único medio de obtener esas reformas (las postuladas por el programa mínimo del Partido Internacional Obrero).", citado en Roberto Reinoso, **La Vanguardia: selección de textos (1894-1955)**, Buenos Aires, C.E.A.L., 1985, p. 23.

5 Pier Carlo Masini, **Storia degli anarchici italiani, da Bakunin a Malatesta**, Milano, Rizzoli, 1969, pp. 239-242.

6 laacov Oved, *op.cit.*, p. 140.

1 Las ediciones de los textos del autor utilizadas en este trabajo son: Alberto Ghirardo, **Gesta**, Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico Pistrutto y Malena, [c. 1900] y **Carne doliente**, Buenos Aires, s/e., 1906.

2 Gonzalo Zaragoza Ruvira, "Errico Malatesta y el anarquismo argentino", **Historiografía y Bibliografía Americanista**, vol. XVI, n° 3, 1972, p. 414.

3 Los anarco-individualistas suponen a la sociedad compuesta por individuos autónomos, subestiman las conexiones sociales tachándolas de "artificiales y superfluas" y creen que el marco de coexistencia es la armonía natural entre sujetos. En cambio, los anarco-comunistas (posteriormente anarco-socialistas) de tendencia organizativa, sector al que se suma Ghirardo, ven al hombre como una creación social, el sujeto del que ellos parten es el "asociado"; ver laacov Oved, **El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina**, México, Siglo XXI, 1978, pp. 78-80.

4 Un ejemplo de esta disputa por la conducción del movimiento obrero puede observarse en la primera editorial, aparecida el 7 de abril de 1894, de **La Vanguardia**, órgano oficial del Partido Socialista en la Argentina, que declara en torno a las clases sociales que están surgiendo en el país lo siguiente: "Todo contribuye pues,

da la representación política, los ácratas se postulan como los defensores de una libertad que parte de lo que ellos llaman la “posesión del yo”. El hecho de presentarse como los que defienden al sujeto y su inalienable capacidad de decidir su destino a cada instante hace del anarquismo un enemigo acérrimo de cualquier intento de enmarcar las decisiones subjetivas en un ámbito meramente político. En verdad, el desarrollo de la “posesión del yo” respondía a la idea de clase social que el socialismo marxista postulaba, sobre todo en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, cuando ambas tendencias se disputaban la conducción del mundo obrero.

En este sentido es importante rescatar las palabras de quien se convirtió en el responsable del desembarco del anarco-socialismo en la Argentina, Pietro Gori. La voz de este abogado de Messina se hace oír en torno al tema a través de una respuesta a Juan Bovio, filósofo napolitano, titulada “Nuestra Utopía”. Este escrito data de los meses de septiembre y octubre de 1900, por lo que sería una respuesta hecha durante su estadía argentina. En ellas se recalca:

El auto-gobierno del individuo conducirá al gobierno directo de todos sobre las cosas de interés público: y por lo tanto a la negación de cualquier gobierno. La soberanía del individuo y la de la colectividad armonizadas funcionarán, sin órganos especiales, instituidos con el fin de conciliar los intereses (pretexto este de cualquier gobierno), puesto que los intereses serán rendidos solidarios para el mismo provecho individual, dado las cambiadas bases económicas de la sociedad.⁷

Más allá de la impronta naturalizadora de lo armónico en el desarrollo de los intereses individuales, con la que esta respuesta nos sorprende, se niega toda posibilidad de que lo estatal se transforme en un espacio de negociación de las clases sociales. Se ataca la idea de que el Estado se conciba como el lugar en donde estén representadas las distintas opiniones subjetivas y sociales, y la viabilidad de que se transforme, a su vez, en el ámbito donde se diriman políticamente sus conflictos. Gori está contestando a la representación clasista con la soberanía o autonomía individual. A la problemática relación entre lo individual y lo soberano o autónomo en clave subjetiva, que es la consecuencia de esta polémica, Gori responde lo siguiente:

El individualismo, que en el sentido del ‘liberalismo’ ortodoxo de la economía política representa el despotismo del individuo sobre la especie, no tiene nada que ver con el ‘individualismo’ deseado por el socialismo anarquista, el cual no admite más que una soberanía: aquella del individuo sobre sí mismo en el consorcio de hombres libres e iguales. Y en tal sentido todos los anarquistas son individualistas.⁸

Como siempre, en el ideario anarco-socialista, se parte de la libertad y el igualitarismo y se llega a lo subjetivo en clave de

autonomía soberana. Lo que aparece también es, en esta crítica al liberalismo, el individuo y su correlato, es decir la especie o sociedad, visto en estas líneas como el consorcio en el cual se desarrollará la máxima potencialidad del sujeto individual. En cuanto al desarrollo armónico es factible decir que la solidaridad, o sea el sustento del accionar evolutivo individual, deja de ser límite para transformarse en condición fundante de la otredad en tanto forma extensiva de la propia praxis futura.

En el ámbito de la militancia anarquista aparecen, en lo que se refiere al tema del individualismo, posturas radicalizadas, sobre todo aquellas que se escudan en teóricos como Max Stirner. Este pensador alemán, en su principal libro **El único y su propiedad**, llegaba a posturas tales como:

El hombre, desde el momento que abre los ojos a la luz, en la confusión extraña que le rodea, trata de encontrarse a sí mismo, de conquistarse a sí mismo [...] Yo sólo soy real; por consiguiente, tomo el mundo por lo que representa para mí, es decir, por mi mundo, del cual soy amo; y refiero a mí todas las cosas.⁹

La postura de Stirner toma como punto de partida también la autonomía individual. En ella se llega a definir, desde un duro antihegelianismo que se estructura a partir de la negación de Dios y del Estado, todo lo que rodea al individuo como ficticio (“Lo único real soy Yo”). El anarco-socialismo, en cambio, instala lo social desde lo solidario, entendiéndolo como un contexto donde se desarrolla la máxima potencialidad individual en forma de acciones socializantes. Los individualistas stirnerianos, en cambio, entienden la relación del individuo con las cosas como una lucha de autonomías; la única manera de lo social se da, para ellos, sólo en la conquista de sí mismo, o sea en la voluntad singular e irreductible. Gori nos descubre al individuo ante la humanidad cooperando, Stirner nos lo describe de otra manera, ante ella se impone o sucumbe.

El anarco-socialismo por boca de Gori contesta a esto en una nota titulada “Lo que queremos” de la siguiente forma:

Sin gobierno, sin autoridad del hombre sobre el hombre, sin la violencia moral de las leyes antinaturales, sin policías y sin burocracia, todos los hombres serán políticamente libres, esto es, ‘cada individuo tendrá la plena y exclusiva soberanía sobre sí mismo’ y no encontrará quien le impida cooperar al bien colectivo y podrá obrar espontáneamente según lo reclamen sus intereses individuales.¹⁰

Aquí los intereses individuales se tornan reales desde su impronta cooperativa espontánea, existe un matiz naturalizador que nos lleva a percibir todo tipo de centralismo en las decisiones como algo contrario a la evolución de la solidaridad, ésta sigue “naturalmente” la lógica de los requerimientos subjetivos. La racionalidad individual es para Stirner un ejercicio que implica imponerse, ne-

7 Pietro Gori, “Nuestra utopía”, **Obras Completas, Vol. I, Odio Vida y Amor**, Génova, C. Maucci, s/f., p. 140.

8 Pietro Gori, “Academia”, *op. cit.*, p. 289

9 Citado en: Héctor Zoccoli, **La anarquía. Los agitadores (Max Stirner-P. J. Proudhon)**, Barcelona, Imprenta de Heinrich y Cia., 1904, p. 110.

10 Pietro Gori, “Lo que queremos”, *op. cit.*, p. 236.



gando verosimilitud a todo lo que no tenga que ver con lo subjetivo. Para los anarco-socialistas la razón del individuo es una potencialidad del “yo” que se vincula a los otros. El sujeto se objetiva mediante prácticas y los demás pueden inscribirse en ellas.

Es interesante también observar, en el marco de las polémicas de época, como el tema es presentado por otros autores. Un intelectual vinculado al campo libertario, Augustin Hamon, agrega, en torno a la subjetividad del militante libertario, lo siguiente:

En la mentalidad anarquista se encuentran las cualidades siguientes: espíritu de examen, amor al yo, sentido de la lógica, curiosidad de conocer. Por consiguiente el anarquista participa del tipo razonador [...] Hasta cuando propaga por medio de la violencia y obra criminalmente, el anarquista es siempre un ‘razonador’, un ‘dueño de sí mismo’.¹¹

Al proponer aquí al socialista-anarquista como un “tipo unificado”, es decir como un sujeto en el cual ciertas tendencias priman sobre las demás dando origen a unas determinadas características, pasamos de la soberanía individual a la valoración racionalista de la “posesión del yo”. El terreno dentro del cual se discute el individualismo para esta ideología tiene que ver con una matriz dual que, como dijimos, se hará visible en la narrativa de Ghiraldo analizada aquí: razón versus instinto.

Otra de las características importantes que Hamon descubre en la mentalidad social-anarquista es la del apasionamiento: “El socialista anarquista es un apasionado... Es ‘dueño de sí’, aun cuando pertenezca al tipo impulsivo”.¹² Lo que no puede inhibirse es “la acción” en el socialista-anarquista. Su subjetividad está atravesada por un enfrentamiento entre sensibilidad y razón cuyo resultado da lugar a acciones más o menos violentas según prime una o la otra. La capacidad de reflexión del anarco-socialista no es un solipsismo a ultranza, ni un orgullo del que posee la verdad, y esto lo diferencia del resto de los mortales, sino que está inmersa en esa matriz dual de la que hablábamos anteriormente, en este caso impulso o instintivo versus reflexión. La resultante de este enfrentamiento es siempre una praxis, es decir una forma fáctica de auto-objetivarse, una aparición de “lo hecho” que torna social el desarrollo individual, lo pluraliza. Más allá de esto, el anarquista siempre será un razonador, se autogobernará, como sostenía anteriormente Hamon.

Siguiendo el recorrido de este concepto tan caro al anarco-socialismo llegamos a una publicación del ámbito nacional como el **Suplemento de La Protesta**. Es una nota de Rossotti en donde “la posesión del yo” aparece como un frente de disputa contra toda idea fanática. En dicho artículo, titulado paradigmáticamente “A la conquista de sí mismo”, el autor hace un elogio de los “aptos” definiéndolos así:

“Los aptos son aquellos que marchan a la conquista de sí mismos encerrados en un egoísmo que es lógico porque es necesario. Son los no fanáticos por ninguna idea.

El fanatismo por cualquier doctrina es una morbosidad que determina el rutinarismo (sic)

[...] No hay duda que hay que conquistarse porque el hombre, por degeneración psíquica y orgánica, se ha salido de ÉL vinculándose a todo lo externo, y lo que es peor aún, a todo lo abstracto.”¹³

Aquellas personas consideradas aptas serían, en este artículo, las que pueden superar el dogmatismo, las que pueden experimentar y extender el campo de su propia razón. Más allá de esto, en este artículo de Rossotti se ve claramente un vínculo nivelador entre conquista del yo y subjetividad. Oponer lo abstracto y lo concreto es, en este párrafo, la práctica desde donde se estructura lo subjetivo como materialidad. Si se habla de razón se lo hace en términos de experimentación individual, es decir de análisis que permite ampliar el horizonte propio.

El desarrollo de la subjetividad anarquista tiene diversos componentes, muchos revisten la forma de una estructura dual, la oposición entre individuo y multitud es una de ellas, el contraste entre razón e instinto es otra. La contrapartida de la clase social como concepto marxista da por resultado la “posesión del yo”, a través de esta idea es que la razón se torna un elemento altamente valorado. El hecho de hacerse dueño de sí mismo, que el anarquismo postula para evitar la delegación política del poder que subyace a la representatividad, esgrime una praxis racional que posibilita la acción de elegir. Alguien se auto-posee cuando vence a sus propios impulsos o instintos, cuando la claridad de su raciocinio es la que decide su destino. En el marco de la naturalización de la armonía de intereses, a la que Gori es tan afecto, acontece este adueñarse de sí mismo. Junto con la masificación lo que es vencido es esa enajenación del sujeto que el anarquismo, en tanto ideología deudora del ideario de la modernidad, ve en toda práctica regida por impulsos o instintos. La literatura del sector dará cuenta de esta intrincada relación entre auto-posesión, instinto y racionalidad.

Crónica y ficción en Ghiraldo: instinto, tipo social y regresión

Hacer de los instintos o impulsos el anclaje de las acciones de los individuos enajenados es una fórmula que está muy presente en la obra de Ghiraldo, sobre todo a partir de la ponderación del tópico ideológico de la ya citada “posesión del yo” y su consecuente racionalidad liberadora. Para justificar y cerrar el análisis hecho anteriormente sobre la subjetividad libertaria recurriremos nuevamente al autor que lleva a cabo una acabada modelización del individuo ácrata, Augustin Hamon. En él se nos brinda una caracterización de ese sujeto que nos da pistas para seguir con este eje:

“Existe en el socialista-anarquista —es decir, en el grupo de las tendencias psíquicas del anarquista— una lucha continua entre las tendencias a la acción apasionada y la tendencia a la inhibición por reflexión, por razonamiento.”¹⁴

11 Augustin Hamon, *Psicología del Socialista-Anarquista*. Génova, Carlos Maucaci Editor, 1895, p. 237.

12 *Ibid.*, p. 242.

13 *Suplemento de La Protesta*, julio de 1908, p. 8.

14 Augustin Hamon, *op. cit.*, p. 242.

La lucha que menciona este autor nos remite a la imagen de lo dual que venimos manejando aquí. Por un lado este sujeto intenta desarrollar una acción apasionada, algo que podríamos catalogar como poco racional, marcada por lo impulsivo; por otro se manifiesta esa “inhibición” que se origina en el uso de la capacidad de razonar. La convivencia de estas dos tendencias es lo que aparece en este estructuramiento dicotómico de la ficción ácrata. En ella los instintos, los impulsos o las bajas pasiones, que exhiben o portan los personajes, traen a la superficie del texto ese accionar pletórico de pasión con que Hamon describe la presencia de cierta activa irracionalidad en el sujeto anarquista.

En este marco dualista la consecuencia de las acciones que no están respaldadas por ninguna reflexión se inscribe en lo contrario del hecho de poseerse a sí mismo. El abandono de la razón trae aparejado, para los libertarios, un olvido de la propia subjetividad vinculado a una disminución de la libertad.

El tema del instinto es, sin duda, algo muy presente en los textos de Alberto Ghirardo, sobre todo cuando se ficcionaliza el perfil de algunos sujetos arquetípicos. Son varias las menciones que se hacen a este concepto en **Gesta**, un volumen de textos donde se leen cuentos y crónicas, particularmente en el apartado que lleva por título “Crónica roja”. Este último reúne la tarea periodística de este autor en su viaje al penal de Sierra Chica, una visita auspiciada por el periódico **La Nación** y que apareció sistemáticamente en sus páginas durante 1896.¹⁵ En una de estas crónicas, que lleva por título “La bestia humana”, aparece la figura del delincuente descrito de la siguiente manera:

“Es otro incorregible que nunca ha podido dominar sus ímpetus salvajes. No oculta sus intenciones porque le sería imposible dado su temperamento. [...]”

Arrastró su existencia envuelta en sombras malditas y rodó en el abismo impulsado por sus propias fuerzas: el instinto obra” (pp. 209-210).

El listado de vocablos que organizan en el texto la aparición de lo irracional y enajenador del individuo es importante; se habla *a posteriori* de “ímpetus salvajes”, “temperamento”, “abismo”, “propias fuerzas” y, coronando esta enumeración, de “instinto”. La descripción fisiológica que antecede a esta enumeración aporta también datos, se nos presenta al personaje con “cuello de toro”, “cuerpo de atleta”, “ojos que miran siempre con intención siniestra” y “manos que son garras en actitud de estrangular”. El determinismo en sus dos vertientes, la física y la histórico-grupal, va delineando a ese individuo que el narrador, al final del texto, asocia a lo animal: “la fiera, no esta aún domada ni podrá domesticarse”.

La perspectiva evolucionista de una línea de pensamiento libertaria que, ligada al positivismo, cree en la noción de herencia genética y, en otro orden de cosas, en el progreso, está clara aquí. Lo instintivo se asocia a este carácter de fiera con que se nos presenta lo humano, la imposibilidad de dominar el salvajismo que

está impresa en sus ímpetus completa este cuadro. El vínculo entre lo instintivo y lo animalesco es una clara consecuencia de esta cosmovisión de neto corte científicista que sobrevoló, con reservas y discusiones, el imaginario de estos escritores, sobre todo en lo que hace a la criminología de Lombroso, y su noción de atavismo que muchos conocían. La regresión que este sabio italiano propone como causa de la conducta delictiva asume, en sus palabras, ese matiz bestial:

“Estos hechos nos demuestran claramente que los delitos más horribles tienen igualmente un punto de partida atávico en los instintos animales de que la infancia nos ofrece un pálido ejemplo, y que, sofocados en el hombre civilizado por la educación, el ambiente y el miedo a la pena, renacen de repente sin cesar en el delincuente nato [...]”.¹⁶

Se reflejan, en estas líneas, las dos ideas más importantes que se hacen presentes en este apartado de la obra de Ghirardo, el concepto de delincuente nato y la regresión atávica, esta última ligada a los instintos animales. Nicolás Rosa, cuando describe lo folletinesco en la literatura argentina de esos años, señala lo emparentadas que estaban ambas nociones en el desarrollo de la obra de este médico jurista italiano:

“La idea clave de Lombroso —idea-clave por su repercusión en el nivel imaginario de la cultura y en la imaginación que alimenta lo literario—, el criminal nato, era el producto de una regresión a un hombre arcaico, un regreso a la animalidad que constituye al hombre y que se revela en el instinto.”¹⁷

Es, en este sentido, el propio Ghirardo quien habilita esta lectura basada en la ciencia criminológica. En el texto de ese mismo apartado titulado “De la simulación” el cronista se pregunta:

“¿Existe el hombre delincuente, el criminal nato, imposible de reformar, refractario a toda enmienda o correctivo, en quien la educación y la ilustración no influyen sino como medios de refinamiento del instinto? ¿La herencia del delito existe?” (p. 195).

Y el mismo cronista, finalizando el texto y luego de hacer la salvedad de que otros hombres de ciencia niegan la herencia genética y postulan como remedio la instrucción, se responde:

“Ahora bien: basados en los fundamentos de la escuela criminológica de que hemos hablado, el penado número 91 es un criminal nato y en su naturaleza se han operado los fenómenos de la herencia del delito.

Hijo de padres asesinos, tiene hermanos asesinos y sus descendientes serán también, como lógica consecuencia, tristes representantes de una raza condenada.” (p. 198).

15 Esta serie de relatos fueron publicados también en un volumen cuyo título fue **Sangre y oro (el presidio de Sierra Chica)**, Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico La Agricultura, 1897.

16 César Lombroso, **El delito : sus causas y remedios**, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1902, p. 501-502. Traducción de C. Bernaldo de Quirós.

17 Nicolás Rosa (dir.), **Moral y enfermedad. Un sociograma de época (1890-1916)**, Rosario, Laborde Editor, 2004, p. 45.

El ítem de la herencia genético-familiar que se ve aquí y que resultaba tan caro al positivismo opera en dos direcciones: la criminológica y la estética. A través de él se arma esta estructura dual en donde el instinto es uno de los vértices emergentes. Gilles Deleuze, en el último capítulo de su libro **Lógica del sentido**, cuando analiza una novela de Zola que se titula también **La bestia humana**, retoma dicho ítem y postula, con respecto a la dimensión instintiva, lo siguiente:

“[...] el temperamento o el instinto no designan una entidad psicofisiológica. Es una noción mucho más rica y concreta, una noción de novela. Los instintos designan en general condiciones de vida y de supervivencia, condiciones de preservación de un género de vida determinado en un medio histórico y social [...]. El instinto tiende a conservar, en tanto que expresa siempre el esfuerzo por perpetuar un modo de vida; pero este modo, y el propio instinto, pueden ser destructores no menos que conservadores en el sentido estricto de la palabra.”¹⁸

Pero Deleuze no se queda sólo con esta declaración, su análisis va más allá en lo referido a la luz que se puede echar sobre algo tan particular como es el instinto. En dicho apartado pretende desglosar, como se descubre en Zola, la convivencia de dos herencias. Una de ellas vinculada a lo que aparece tematizado y textualizado en la novela y él da en llamar “la grieta”, una fisura que se transmite por toda la novelística de este autor como la gran herencia épica de los Rougon-Macquart. La otra, la pequeña herencia es:

“[...] la de los instintos, en el sentido en que las condiciones o los géneros de vida de los ancestros o de los padres pueden enraizarse en el descendiente y actuar en él como una naturaleza, a veces a generaciones a distancia [...]. Cualquiera que sean los saltos que dé, esta herencia de los instintos transmite algo muy bien determinado; y lo que transmite lo reproduce, es herencia de lo Mismo.”¹⁹

Esta herencia que opta, según Deleuze, por la repetición de un modo de vida, ya sea para mantenerlo o destruirlo, es la que se expresa en ciertos textos ghiraldianos.

En el caso de los tipos sociales lo hereditario se comporta de una forma un tanto diferente. En el cuento del mismo apartado que se llama “El matrero”, este autor, después de describir al “prototipo del gaucho malo de nuestras pampas” con ribetes heroicos y cantado por “el romance popular”, señala, en torno a lo que representa para este personaje la vida después de su desgracia, es decir una vez ingresado en el ámbito del delito, lo siguiente:

“Después viene la lucha sin cuartel con el polizonte de campaña; esa existencia de prófugo, en la que se pierden todos los sentimientos y se despiertan todos los malos instintos, hasta caer en la vida de vagabundaje y de crimen divinizada en la leyenda.

Porque el héroe legendario, que ha impresionado nuestras imaginaciones juveniles se convierte, forzosamente,

perseguido a muerte por las autoridades del pago, en el salteador asesino obligado a robar el mendrugo que ha de alimentar su estómago.” (pp. 204-205)

¿Qué es lo que se repite aquí? ¿Cuál es la herencia que reitera la aparición de los instintos? Para dar respuesta a estos interrogantes debemos situar a la figura mítica del gaucho en el recorrido ideológico realizado en la obra ghiraldiana. El rescate de lo gauchesco tiene como fondo ese replanteamiento de lo nacional, la intención es plasmar un linaje de rebeldía y libertad autóctono. Dicha operación reinstala, en la literatura del sector, algo telúrico, más allá del internacionalismo típico de los anarquistas, como el gaucho. Su larga historia de resistencia a la autoridad y de búsqueda de la libertad que pervive en la leyenda es lo que lo hace posible, lo que le permite a la literatura anarquista reivindicar este emblema anteriormente en manos de las clases dirigentes argentinas.²⁰ En este movimiento de reconstruir una estirpe rebelde con bases nacionales, en donde se puedan reconocer los nuevos sectores nativos que se suman a la acción sindical, es donde Ghirardo sitúa su emblema folklórico.²¹ Los “malos instintos” son despertados, en este caso, por la persecución a que las autoridades someten a nuestro héroe, dicha persecución es la que lo fuerza al vagabundaje y a la actitud criminal al ahora “salteador asesino”. Si algo se repite, si algún gesto reaparece en este devenir literario a través de los instintos, es esa acción de pelear detrás de la cual aparece la valentía como valor. Contra este viejo concepto heroico del mundo gauchesco, desconocedor del orden capitalista moderno, aparece, para los anarquistas la ley. Ghirardo describe este fenómeno, los motivos que dan lugar a los delitos del héroe, de la siguiente manera:

“En el fondo de estos hechos hay una gran culpable, la justicia: y por eso vemos, al evocar la figura de estos aventureros del crimen, cruzar sus siluetas valientes, mezcladas en el entrevero de la pelea, y al pensar que ellos, los perseguidos por la civilización son los mismos [...] que en las luchas de la libertad cerraban el paso al conquistador de América, estalla en los labios la protesta viril.” (p. 205).

Echarle la culpa a la justicia de la aparición de los instintos nos descubre la melancolía por un mundo precapitalista, mundo en el que la libertad estaba antes que toda instancia legal. El armado de una estirpe gauchesca, cuyo origen se remonta a la defensa de la libertad contra el “conquistador de América”, es una forma de justificar la repetición del gesto pendenciero del actual gaucho malo. El modo de supervivencia que se repite o que se pretende repetir es el nómada, valiente y libertario de nuestros paisanos, aquellos que desde tiempo inmemorial vienen repitiendo la tradición autóctona de la rebeldía. Su obturación tiene que ver con obrar instintivamente en la actualidad, cuando el mundo burgués instaló ya una justicia propia.

20 David Viñas, “Anarquía: bohemia, periodismo, oratoria”, en David Viñas, **Literatura argentina y política**, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, pp. 220-221.

21 Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en **Ensayos Argentinos: de Sarmiento a la vanguardia**, Buenos Aires, Ariel, 1987, pp. 94-95, 2ª ed.

18 Gilles Deleuze, **Lógica del sentido**, Buenos Aires, Planeta, 1994 (1969), p. 319.

19 *Ibid.*, p. 320.

Para que quede aún más en evidencia que lo instintivo es el intento de repetición de un modo de vida ensalzado desde la ideología anarquista, preexistente a toda normativa estatal, es interesante rescatar la oposición que se da al final del texto entre duelistas pobres y ricos:

“Estos no van a la tapera a cruzar sus armas delante de cien testigos que han sido invitados a presenciar el lance, pero van al salón de tiro o a la garconière campestre del amigo rico, donde se cambian una bala delante de cuatro padrinos.

Diferencia: en el segundo caso se levantan actas que son firmadas, y el homicidio queda legalizado. En el primero, el que hiere o mata en el duelo es perseguido y encarado sin apelación. La justicia obra y el pobre gaucho, si logra escapar de su garra, es arrojado en esa vida de vagabundo errante, que hace de él un criminal y un ladrón.” (p. 207).

La justicia (burguesa), actividad que separa lo civilizado de lo bárbaro, es la que provoca la acción instintiva en este caso. Ella, que debería cubrir de igualdad a los hombres sometidos a sus decisiones, es la que provoca la añoranza de un orden previo a su mandato y de la grandeza de sus sujetos sociales. El anarquista Ghiraldo pone al descubierto en su literatura, mediante el artificio instintivo, como lo estatal y su versión de lo justo, en el caso argentino, esconde la clausura de la invención, en el plano cultural, de una tradición autóctona rebelde e igualitaria que se manifiesta en el gaucho como tipo social, representativo de lo criollo.

En otros de los cuentos de este autor, que pertenece a **Gesta** y cuyo título es “Del suburbio”, la concepción del instinto esconde otra forma. La descripción del personaje principal, el sargento Serrano, es formulada también en términos duales:

“Hay en él dos entidades: una que obra por cuenta propia, cuando la voz de la consigna no suena amenazante y fatal en sus oídos y los artículos de ordenanza no cruzan ante sus ojos como cosas incontrastables: cuando obra puramente llevado por el instinto, influenciado por la levadura salvaje de su naturaleza, por la sangre con mezcla indígena, que corre por sus arterias con impulsos homicidas siempre. La otra es la entidad de cuartel, el hombre máquina [...]” (p. 56).

A la maquinal automatización cuartelaria que asfixia al ser humano se le opone la entidad instintiva, es decir aquello que emerge desde el elemento metafórico de la herencia naturalista en la narrativa argentina: la sangre. En las líneas que aparecen aquí el instinto instala una herencia, en este caso más ligada a lo salvaje filogenético que a una reconstrucción repetitivo-histórica de un tipo social, como acontecía con el gaucho. La entidad que obra “por cuenta propia” es la que está ligada a los instintos, lo hereditario aquí obtura la noción de libertad que, en el ideario ácrata, se vinculaba a la opción racional de poseerse a sí mismo. El instinto hace posible una reiteración que no me sitúa en la tradición de aquellos que desconocen la autoridad, como en el caso del emblema social argentino, su consecuencia es la pérdida de la libertad, la imposibilidad de elegir. Funciona en este cuento

otra visión de lo instintivo, más ligada al canon cientificista del naturalismo, que utiliza el tópico de la repetición de conductas para esgrimir una condena moral contra todo sujeto preso de impulsos irracionales. Al final del relato, luego de la acción desencadenada por los impulsos, el sargento es desarmado por su mujer y marcha al cuartel haciendo mohínes “como un niño a quien reprende su madre”.

La visión de lo instintivo como una actitud de desconocimiento del nuevo orden y de la incapacidad de adaptarse a él, que se contempla en las dos historias, tiene dos marcos. Por un lado, en el caso del gaucho, se apela a una dimensión histórica en donde un tipo social está imposibilitado de repetir su modo de vida, el instinto aquí desencadena una destrucción. Por otra parte aparece una dimensión cientificista del instinto mediante la cual no se impide el retorno de un modo de vida, tal como decía Deleuze, sino que se niega la posibilidad al personaje de hacer uso de la racionalidad libertaria que, desde la perspectiva de este sector donde se adivina una lógica positivista, lo aleja de la barbarie.

La aparición de lo hereditario incluye, en este caso, un ámbito familiar más amplio: lo humano. No se plantea entonces el instinto desde una clave ideológica que descubre relaciones sociales asimétricas, como sucedía con la vida gauchesca, sino desde el cientificismo evolucionista que es parte de una escuela literaria: el naturalismo.

Esta segunda noción en torno a lo instintivo se lee en un cuento de Ghiraldo que se conoce como “El enemigo...”, de la colección de relatos **Carne Doliente**. En dicha narración, también protagonizada por un gaucho, se cuenta cómo éste viola a la hija de un colono. El relato termina con la ejecución del protagonista, en el atrio de la iglesia, a manos del grupo de gringos que, contra la valentía del héroe de las pampas, se escuda en su superioridad numérica. Esta ficción deja al descubierto una de las elaboraciones conceptuales en torno al tema del instinto, es el narrador quien, desde una posición privilegiada, discurre sobre “el proceso de aquel estallido bárbaro y primitivo” que causa la violación:

“Sé solo que, para justificarlo, mas bien dicho para comprenderlo, evoqué, mientras marchaba, al hombre rudo de las cavernas apoderándose, violentamente, de la hembra en la noche antigua del mundo, y que mi ser entero —¿por qué no decirlo?— concibió en aquel momento, la brama, el celo, la furia, producto de savia acumulada con exceso en medio de aquella naturaleza salvaje, savia ardiente y bravía, no encontró otro cauce que el extraviado para derramarse, para confundirse en la energía universal.

La fiera, el bruto, también hace suya a la hembra matando, si es preciso, poniendo toda clase de obstáculos a un lado. Era pues, aquel, un caso de regresión.” (p.78)

La figura de la regresión con que culmina este planteamiento trae aparejada, en su desarrollo de la idea de instinto, cierta forma de historicidad que, como ya habíamos mencionado, tiene mucho de filogenético. El estallido, catalogado como una práctica del primitivismo y la barbarie, cuenta entre sus motivaciones



la del ambiente, que aquí se traduce en términos de naturaleza salvaje. Lo instintivo que este planteo del concepto postula tiene que ver claramente con una repetición. El gaucho aquí, a diferencia de aquel que se postula como un heroico tipo social, reitera el proceder habitual del hombre primitivo, cuando esto sucede el narrador lo vuelve a llamar “fiera” y “bruto”. Lo filogenético es el horizonte donde se desarrolla la marca del cientificismo naturalista, su dimensión histórica en este caso no es un despliegue hacia adelante, es una repetición de una conducta pretérita y bárbara.

De este recorrido por la obra ghiraldiana, en lo referido al tema de la regresión, cabe rescatar para nuestra lectura el final de un cuento breve del volumen *Gesta*, más puntualmente del apartado “Mosaico”, y que lleva por título “Cráter”. En él los criterios de la escuela lombrosiana son relativizados, cuando se describe un hombre que porta siempre un arma y va, inevitablemente, hacia el crimen se dice:

“Procediendo a su clasificación la ciencia ahora le indicará con el dedo señalándolo en la frente con la etiqueta respectiva donde escribirá en grandes caracteres: *criminal nato*.”

También podría determinarse de otra manera, diciendo: Es el rencor del hombre por el hombre, acumulado de generación en generación, que estalla en estos organismos feroces, así como el fuego de la tierra irrumpe por la boca de un solo volcán, en una cordillera, aunque se halle latente en las entrañas de cada uno de sus montes.” (p. 134)

En estas líneas se observa la discusión de época en torno al concepto de criminal nato, que había surgido del determinismo genético en la escuela criminológica italiana. A dicho concepto Ghirardo le antepone el tópico de la regresión, un recorrido inverso que tiene a la humanidad como su agente y contexto. El acontecer regresivo es, conjuntamente con la destructiva reiteración de un modo de vida legendario, el mecanismo ficcional mediante el cual se hace presente la herencia, en un caso se exhibe un criterio evolucionista, en otro se instala una operación político-cultural de rescate nacional.

Las dos formas ficcionales que dan lugar a la presentación de lo instintivo ya vistas en la narrativa de Ghirardo tienen un desarrollo común, en ambas lo que esta dimensión impulsiva trae a la superficie del texto es la reiteración de una conducta que, en el presente, hace imposible la libertad, ya sea como forma de vida legendaria o como aquello que me aleja de la barbarie.

Sin embargo, y más allá de esa formulación dual y hereditaria, es de destacar la marca que una pensadora como Agnes Heller imprimió a esta categoría. Ella, cuando comenta las formas con que los instintos han sido seleccionados, señala que esto responde a un “Erlebnis vital”, es decir a una experiencia de época, “proyectado en mitología filosófica”, lo que sería ni más ni menos que “una formulación o reformulación de la explicación ideológica del mundo”.²² La acción de seleccionar los

motivos que están en el origen impulsivo del comportamiento responde, para esta autora, a una clara ideologización del mundo, casi podríamos decir a un ideario en el que se insertan y se clasifican las conductas humanas. En el caso de la literatura ácrata se dan dos direcciones cuando se habla del criterio seleccionador de la dimensión instintiva. Por un lado está la repetición del gesto libertario del gaucho, cuya actualización instintiva repite el conflicto entre él y la autoridad y provoca su destrucción. En este sentido el hecho de elegir un instinto ligado a la rebeldía tiene como fondo el marcado antiautoritarismo del sector anarquista. El modo de vida al que el gesto alude es histórico, responde a un momento de la vida argentina, el intento de reiterarlo origina la imposibilidad de incluir en el orden actual a su sujeto típico. En cambio, en el espacio instintivo cuyo sostén es lo sanguíneo, lo que se reitera tiene que ver más con condiciones genéticas o filogenéticas que con órdenes sociales. El criterio seleccionador de este instinto, que en el caso del gaucho de “La traición” exhibe una marcada tendencia hacia un irrefrenable y bestial deseo sexual, tiende a inscribirse en una concepción del mundo donde se juzgue lo salvaje desde una actitud evolucionista. La brutalidad, aquí puesta en escena, está justificada, fue la abstinencia “en medio de aquella naturaleza salvaje” la que produjo esa repetición del comportamiento primitivo que cobra el nombre de regresión. Se es selectivo, en este caso, desde una visión genético-evolucionista del ser humano.

Ahora bien, la distancia que media entre el retorno trágico de una forma de vida, mediante la que se denuncia la noción de autoridad, y la revisión de lo salvaje, desde un criterio positivista, es la que separa estas dos construcciones del instinto. Una responde a la valoración de la libertad con que el anarquismo estigmatizaba toda relación social autoritaria, la otra es deudora del ideario científico mediante el que el sector ácrata se pretendió enfrentar a toda forma de metafísica o de religiosidad en el ámbito de su batalla ficcional. En ambas la consecuencia es la misma. En los dos casos lo que se reitera se traduce como pérdida de la libertad en el presente de la ficción.

En definitiva podemos decir que el instinto en la literatura ácrata es lo que imposibilita al sujeto su inserción en el nuevo orden, ya sea desde el punto de vista social o en lo referido a las reglas que enmarcan, entre otras cosas, las relaciones sexuales. Lo que su aparición repite se traduce siempre como una forma de lo irracional, ante la persecución dicho sujeto reacciona instintivamente saliendo del orden legal, cuando desea se lee en él una regresión al origen de la especie. La oposición razón versus instinto, o razón como lo opuesto al accionar impulsivo, con la que abrimos este apartado, vuelve con toda su fuerza. El instinto, en tanto reiteración de formas de vida, ya sea para su conservación o para destruirla, o como regresión del individuo hacia un estado de barbarie primitivo, responde a esa figura de lo irracional que está detrás de la enajenación del sujeto a la que el anarquismo se opuso. Razonar es, en el imaginario ácrata, la actitud que hace posible elegir, dicho comportamiento resulta, en el fondo, el germen de libertad con que el sector se enfrentó a toda conducta instintiva desde un ideario claramente vinculado a la modernidad ilustrada.

²² Agnes Heller, *Instinto, agresividad y carácter*, Barcelona, Península, 1980, p. 72.

Resumen

El presente artículo parte de una de las dicotomías con que se construye el perfil del sujeto anarquista: razón versus instinto, para analizar la literatura de un autor emblemático del anarquismo argentino como Alberto Ghirardo. En este análisis aparecen dos formas de lo instintivo: una regresiva, cercana al cientificismo positivista de época y sus derivados y otra vinculada —según Deleuze— a la reiteración de determinados modos de vida. Con la primera nos permitimos acercarnos a la pintura ghirdiana del salvajismo, con la segunda nos adentramos en la construcción de la figura del gaucho y su pertenencia precapitalista. Ambas responden a lo irracional que permite la enajenación del sujeto a la que el anarquismo opuso “la posesión del yo”.

Abstract

This paper originates in one of the dichotomies that construct the profile of the anarchist subject —reason versus instinct— to analyze the literature of a representative author of Argentine anarchism: Alberto Ghirardo. In this analysis, two forms of the instinctive appear: a regressive one, close to the positivist scientificism of that period and its derivations, and another one, linked —according to Deleuze— to the repetition of determined ways of life. With the first one, we get close to the “ghirdian” picture of the savagery; with the second one, we enter into the construction of the gaucho’s figure and his precapitalist belonging. Both respond to the irrational that allows the alienation of the subject to which anarchism opposed “the possession of the self”.

Palabras claves

Ghirardo – anarquismo – instinto

Feroces de lengua y pluma. Sobre algunas escrituras de mujeres anarquistas

Claudia Bacci y Laura Fernández Cordero

“La que habla no sabe quién es ella (...) pero ella habla, ella es la que habla y quiere ser oída en lo que ella dice.”
Françoise Collin

El dilema de la política acerca del sujeto de la revolución y del cambio social se mantiene en la forma de una pregunta nunca resuelta por las diversas organizaciones y expresiones de la izquierda vernácula: ¿liberación de las mujeres y los hombres o liberación de la “humanidad”? Este interrogante no es nuevo ni responde solamente a la complejización de la categoría “sujeto” propia de las filosofías más actuales; fue planteado por algunas mujeres al interior del anarquismo local de fines del siglo XIX. Respondiendo la convocatoria masculina comprometida con la emancipación de la mujer, las anarquistas sostienen un diálogo en el que se evidencia la construcción de un sujeto de la política ineludiblemente generizado. Los términos de ese debate continúan siendo inquietantemente actuales.¹

A fines del siglo XIX el anarquismo se supone una expresión de cambio radical que sin reformas ni atenuantes propone la destrucción general del capitalismo y todas sus expresiones, desde la economía a las formas de relación afectiva. Los teóricos y propagandistas piensan en las mujeres y su necesaria emancipación de los roles a los que la crueldad del sistema las ha condenado: la prostituta, la esposa burguesa, la jovencita seducida, la devota violentada en su buena fe, la obrera sobreexplotada, la madre soltera. A esos modelos le oponen la mujer anarquista y para eso la llaman a dar pelea, a criar sus hijos en la esperanza, a convencer a sus maridos si no están convencidos o a apoyarlos si sufren los desvelos de la lucha y la persecución.

Así, el editorial de la revista mensual anarquista **La Questione Sociale** (LQS) del 15 de julio de 1894, titulado “Chi siamo e che cosa vogliamo”, se propone “demoler” las instituciones burguesas que transforman a la sociedad humana en una “società di servi e di padroni, di sfruttati e di sfruttatori”. Demoler entonces la propiedad individual, el Estado burgués, la patria burguesa, el dios de los curas y todas las religiones con él, y por fin la “familia jurídica”, que se basa “sobre el interés egoísta, sobre la sujeción de la mujer y que hace del amor un contrato venal que da constante ejemplo de corrupción.”

¹ * Versiones preliminares de este artículo se presentaron en las II Jornadas de Historia de las Izquierdas, Cediinci, Fac. Cs. Sociales, UBA, diciembre 2002 y en las II Jornadas de Pensamiento Argentino, Universidad Nacional de Rosario, Rosario, noviembre de 2003

La sociedad anarquista hará de las mujeres miembros responsables en igualdad de condiciones a los varones, y del amor un vínculo espontáneo y libre de ataduras institucionales desnaturalizadoras. No obstante las buenas intenciones de la convocatoria, ello no la exime de la ingenua presunción de que existirían identidades definidas y anteriores a la acción política. Es decir, individuos a quienes bastaría con llamar y convencer para sumarlos a la lucha.

A partir de las críticas al pensamiento de la filosofía política clásica se vuelve difícil pensar un sujeto esencial de la historia, anterior a su entrada a la cultura, y ni siquiera un cuerpo biológico en espera de su significación social o, dicho en términos lacanianos, no habría posibilidad de su constitución pre-discursiva. (Butler et al., 2003) En este sentido, la identidad es una práctica significativa en un campo cultural determinado a partir de ciertas reglas, en parte derivadas de una matriz jerárquica que asocia diferenciaciones de género y heterosexualidad obligatoria. Esta asociación explicaría la centralidad de las discusiones acerca de la procreación, las relaciones afectivas o el ejercicio de la sexualidad tanto en el viejo anarquismo como en las más recientes expresiones anticapitalistas.

La identidad supone, entonces, una inestabilidad radical, ya que sin sustancia previa se encuentra sometida a repeticiones imperfectas y a efectos inesperados. Ese es el resquicio para producir variaciones identitarias subversivas propiciadas por las mismas normas que las regulan y reprimen. Sin sujeto anterior al campo de disputa que lo constituye, la política se expande por sobre la representación o la búsqueda de reconocimiento y de derechos. En este sentido, una actividad política posible sería identificar las estrategias de repetición subversiva válidas para un campo determinado que provoquen desestabilización y desplazamientos.

Sostenemos, entonces, que la escritura por parte de las mujeres en el Río de La Plata del siglo XIX constituye una estrategia de este tipo: un ejercicio propiciado por un campo cultural específico en el cual la prensa anarquista es el medio de difusión, concientización y llamado a la acción por excelencia. En ese contexto, el lenguaje escrito no es un instrumento más de la práctica constitutiva, sino el espacio privilegiado en el cual el ejercicio de la escritura por parte de las mujeres se revela como una práctica subversiva potenciada por el estilo revulsivo del discurso. Sin esa práctica, el debate sobre la construcción de un sujeto político ineludiblemente generizado se hubiera perdido, otra vez, en la falsa estabilidad de un sujeto universal.

Debemos decir que ya otros autores han señalado las tensiones que aparecen en el campo anarquista a partir de las voces de las mujeres. Dora Barrancos (1990) analizó, también, la posición libertaria frente al feminismo de la época mientras que Maxine Molineaux (1997) hizo hincapié en la singularidad de la irrupción de las anarquistas en el periodismo poniendo en contexto la publicación **La Voz de la Mujer**. Por su parte, Juan Suriano (2001) advirtió la impronta paternalista de la apelación masculina respecto de la participación de la mujeres y reparó en las fuertes contradicciones que presentaban sus teorizaciones frente a la práctica cotidiana. El presente trabajo pretende continuar y profundizar esa línea de investigación a partir de la complejización de las nociones de identidad y política.

Política, Sexualidad y Escritura

Entre otras propuestas libertarias, el *amor libre* y su versión institucional que es la *unión libre*, aparecen como una superación de las inconveniencias del matrimonio burgués. Uno y otro se constituyen como reinos del amor virtuoso, y se refuerzan por la espontaneidad y naturalidad del acuerdo voluntario, excediendo la inconstancia del amor sentimental de carácter burgués, tanto como la funcionalidad del matrimonio indisoluble para el sistema de herencia y reproducción capitalista.

En su relato autobiográfico, **Historia de un ideal vivido por una mujer** (1964), Juana Rouco Buela narra las vicisitudes de su participación en el anarquismo argentino de principios del siglo XX. Su crónica intenta ser una historia de militancia sin género ni marcas de una diferencia “femenina”:

“En este relato trataré de excluir mi vida particular, en lo máximo posible, dando un detalle de mi actuación ideológica (...) Comprendiendo esto es que yo he dedicado toda mi vida, con mi actuación, mi pluma y mi palabra, a esclarecer la mentalidad de los hombres y de los pueblos.”

Así, su acción narrada nos habla de los inicios de su actividad política siendo muy joven de la mano de su hermano anarquista. Su “bautismo de fuego” en la militancia fue en 1904, en el acto de la FORA por el 1º de mayo, cuando tenía 15 años. En el Congreso de la FORA de 1905 ya oficia de portavoz de los trabajadores de la Refinería Argentina de Rosario por la corriente comunista-anárquica. En cuanto a estas experiencias no difiere de las de cualquier militante varón de la época. Sin embargo, Rouco Buela desarrolla una actividad anclada en su experiencia como mujer anarquista, como trabajadora e inmigrante, como madre a cargo de la prole.

En 1907 funda, junto a otras anarquistas como María Collazo y Virginia Bolten, el “Primer Centro Feminista Anarquista”, en el cual tenían participación otras 19 mujeres, y que funcionaba en el Centro de Conductores de Carros.² En ese mismo año participa activamente en la Huelga de Inquilinos de Buenos Aires. Finalmente, con 18 años, es deportada a Madrid en enero de 1908.

2 Las demás participantes mencionadas por Rouco Buela en sus memorias son: Marta Newelstein, Violeta García y Teresa Caporaletti.

Allí continúa su actividad e interviene en actos políticos diversos. En uno de ellos, que la tenía como principal oradora con el texto titulado “La represión en la República Argentina, mi deportación y la de mis compañeros, FORA y la amplitud de su movimiento obrero”, es apresada y enviada a Barcelona por la fuerza policial, desde donde logra volver clandestinamente a Buenos Aires en 1910.

Desde su regreso a Argentina la actividad militante no disminuye, si bien los cuidados para no ser deportada se extreman. Cambia su nombre original de Juana Buela por el de Juana Rouco; entre 1922 y 1925 publica un periódico en la ciudad de Necochea (provincia de Buenos Aires) llamado **Nuestra Tribuna** que trata el “sentir anarquista femenino” así como diversos propósitos sociales, propagandísticos y de “elevación mental de hombres y mujeres”, escrito íntegramente por mujeres.³

Pasado ya ese momento de fervor activista, a los 75 años de edad, Juana rememora en algunos pasajes (breves) del libro las dificultades que debió afrontar cuando su compañero, de acuerdo a los principios de la unión libre, abandonó el hogar de improviso, desentendiéndose de ella y de sus hijos, los hijos de ambos. Rouco Buela sale a trabajar más duramente, se muda a Córdoba, se ocupa de los hijos, colabora en la Biblioteca Popular Domingo F. Sarmiento, sufre por el abandono del compañero, y se ilusiona con las noticias de la República en España. Finalmente, le recrimina al ingrato el desapego y la falta de compromiso revolucionario con la compañera de militancia y de amor. Se configura así una forma particular del “pecado” anarquista: la unión libre no resguarda a las mujeres anarquistas de los sufrimientos y vaivenes del amor, ni las libra de imposiciones sociales tales como el cuidado de la prole.

En este sentido, decimos que el discurso eugenésico y la unión libre no se contraponen, más bien se retroalimentan. Limitar los embarazos y los hijos, y sostener una familia aunque sea fuera de la legalidad burguesa, son cuestiones de vital importancia para las mujeres anarquistas de los sectores populares que, aunque obreras, encuentran serias dificultades para sostener sus hogares sin el aporte de un varón. Las amargas quejas de Rouco Buela tras el abandono, son elocuentes al respecto.

Por su parte, **La Question Sociale**, nos acerca un relato titulado **Un episodio de amor en la Colonia Socialista Cecilia** (1896). El relato es atribuido a Juan Rossi, y nos cuenta lo referido por un tal Cardias, acerca de su experiencia en una comunidad anarquista en Palmeira, Estado de Paraná (Brasil) a comienzos de la década de 1890 (Fernández Cordero, 2004).⁴ El cuento es simple: Cardias se enamora de Élide, quien vive en unión libre con Aníbal. Cardias le pide a Élide que comparta su amor. La mujer, sumisa o voluble, habla con Aníbal y se muda a vivir con Cardias. El comprensivo Aníbal queda dolido pero acepta el nuevo pacto ya que se trata de un compañero. Al final del relato los dos

3 Sobre este periódico ver: Dora Barrancos (1996) y la reseña de su reciente edición facsimilar en este mismo número.

4 Para un recorrido más extenso sobre este episodio existen dos versiones muy similares en: **Políticas de la Memoria** nro. 5 y en **Jornadas Fourier**, Comp. Roberto Jacoby, Buenos Aires, Libros del Rojas, 2006.



hombres hablan acerca de sus sentimientos, de Élide y de las posibilidades del amor múltiple en la anarquía. Cardias rescata la hombría de Aníbal quien a pesar de amar a Élide la deja partir “voluntariamente”. Élide, actriz central de este drama romántico, muda de amor, calla, elide su voz. En ese silencio se evidencia la insalvable distancia entre la teorización del amor libre y su puesta en práctica, aun entre los más convencidos.

El mismo grupo publica en 1895 varios folletos destinados a la propaganda anarquista *entre* las mujeres. El folleto N° 1 escrito por Ana Mozzoni **A las hijas del pueblo** sostiene que las mujeres están sometidas a la triple dominación económica, política y religiosa. En el folleto N° 2, dedicado **A las muchachas que estudian**, se recalca el carácter social de la opresión femenina y su enmascaramiento dentro del orden de los asuntos privados. Según el/la autor/a, las sujeciones “privadas” sobre las mujeres proceden de la misma matriz autoritaria que oprime a los hombres, y la revolución anarquista liberará a ambos. Luego de la rigurosa profesión de fe en los valores de la libertad, la independencia económica y la felicidad de las mujeres en el futuro orden social, instituido por la “distribución armónica de funciones diversas y equivalentes”, llama a sus interlocutoras a la tarea revolucionaria:

“Ven con nosotros y sé la madre de las generaciones del porvenir.”

La portavoz anarquista, ha devenido “nosotros”, “Las muchachas” son ahora interpeladas a favor de los *hombres nuevos*, “sus” hijos, quienes son el porvenir de la anarquía. Entonces... ¿la rebelión de las mujeres será siempre una utopía?

En otro folleto, **A las proletarias** de Soledad Gustavo, se advierte una verba filosa y clara dirigida a mujeres sin tiempo para ensañaciones amorosas o fantasías familiares. Las proletarias ya saben de qué se trata ser una mujer en un mundo masculino. Dice Gustavo:

“Están tan avezados los hombres a mirarnos como esclavas que no pueden acostumbrarse a la idea de que algún día podamos ser consideradas como sus iguales y en todas las relaciones de la vida estar a su mismo nivel, y así, toda idea que tienda a reconocernos a nosotras también derechos, necesariamente tiene que ser una utopía.”

La forma femenina del nuevo hombre anarquista, “nosotras”, somos la utopía, dice Gustavo. Y también dice que no será una igualdad moldeada a semejanza del hombre la que libere a las mujeres, colocándose en franca oposición al feminismo burgués y socialista, sino la revolución anarquista la única causa que impedirá

“(...) que ni la mayor fuerza muscular ni el mayor desarrollo cerebral, sean sinónimos de mayores derechos, ni de mayores consideraciones.”

Para Gustavo la lucha de las mujeres debe articularse con la lucha anarquista, “unificarse” en ella a fin de conseguir el ansiado apoyo de los compañeros varones, y constituirse como otro eje en la lucha de todo el colectivo anarquista sin distinción de sexos.

Sin embargo, la distinción de sexos se empeña en aparecer al menos en el propio discurso. La propaganda *entre* mujeres anunciada por los folletos supone la participación de una voz masculina o de una voz femenina masculinizada. El prólogo que antecede el texto firmado por Mozzoni, dice:

“Nosotros los anarquistas, queremos que vosotras seáis nuestras compañeras y amigas (...) queremos emanciparos.”

Aquí firman hombres pero se observan el estilo y las metáforas de Mozzoni. Es en ese juego de los géneros gramaticales donde se construye la “mujer anarquista” y a partir del cual se verifica que las identidades políticas resultan producidas en un diálogo nunca ordenado ni transparente.

La estructura de los folletos se repite: descripción dramática de la penuria, explicación iluminadora acerca de sus causas, llamamiento a la revolución anarquista. A pesar de la denuncia acerca de “los egoísmos sensuales y económicos” de los hombres, la propuesta para la mujer se resuelve en contenerse y temer a sus propios deseos como fuente de disrupción y herejía revolucionaria. O bien, contentarse con participar de las veladas organizadas en los círculos anarquistas, aprovechando la pantalla de la representación teatral o el baile inofensivo, y así encontrar al compañero anarquista ideal que la libere del yugo paterno (Surrano, 2001). Al respecto, nos preguntamos junto a Françoise Collin (1995), “(...) por qué las mujeres sólo pueden afrontar su liberación bajo la máscara de la virtud” y cuán impensable se vuelve la aceptación de los daños eventuales de tal cambio para el feminismo, aún en la actualidad.

Si en la Colonia Cecilia, Élide apenas habla, y si las tardías quejas de Rouco Buela apenas se hacen oír varias décadas después, las feroces columnistas y editoras de **La Voz de la Mujer** (LVM),⁵ en cambio, señalan los problemas de esa alegre forma del amor que intenta incluir a la causa a la mujer anarquista en tanto elemento estratégico dentro del hogar por su influjo afectivo e ideológico sobre el compañero y las generaciones futuras. Recordemos que el discurso libertario se halla entrecruzado con otros discursos, no siempre provenientes de la izquierda, como el discurso positivista y el neomalthusianismo que lo impregnaron, aun con matices. La confianza en la ciencia y el progreso, y la importancia asignada al mejoramiento de la especie por la vía del cuidado de la procreación y la alimentación, marcan los entusiasmos ácratas por las conferencias y debates sobre la salud de la mujer, la maternidad, la sexualidad y las prácticas de control de la natalidad. (Barrancos, 1990, a)

La diferencia principal entre los folletos publicados por diversos medios anarquistas y el periódico **LVM** es que los primeros responden a una iniciativa masculina o, al menos, no exclusivamente femenina. El periódico, en cambio, proviene de las mismas mujeres que vienen a incluir sus reivindicaciones específicas

5 El periódico **LVM** fue editado entre 1896 y 1897, y ha sido reeditado por la Universidad Nacional de Quilmes (1997). El número 6 se encuentra perdido. Se ha vinculado con esta publicación a: Josefa Calvo, Teresa Marchisio, María Calvia, Virginia Bolten, Pepita Gherra, Josefa M. R. Martínez, Carmen Lareva, Rosario de Acuña, Luisa Violeta, entre otras.

en la causa libertaria. Su discurso está destinado a incomodar porque conmueve los supuestos del movimiento hasta en sus versiones más progresistas. Ellas señalan irónicamente:

“ ‘Anarquía y libertad’ y las mujeres a fregar.”

Frente al mandato doméstico y maternal toman la pluma para intervenir en las discusiones que hasta ahora las han tenido como objeto. Hacen suyas las herramientas anarquistas de la pedagogía y la propaganda y sostienen ocho números del periódico que “aparece cuando puede” y comienza con el siguiente párrafo:

“Y bien: hastiadas ya de tanto llanto y miseria, hastiadas del eterno y desconsolador cuadro que nos ofrecen nuestros desgraciados hijos, los tiernos pedazos de nuestro corazón, hastiadas de pedir y suplicar, de ser el juguete, el objeto de los placeres de nuestros infames explotadores o de viles esposos, hemos decidido levantar nuestra voz en el concierto social y exigir, exigir decimos, nuestra parte de placeres en el banquete de la vida.”

Al ejercicio de la tarea propagandística y concientizadora propia del anarquismo de la época, se suman prácticas transformadoras de los roles tradicionales tales como la responsabilidad en la edición del diario, las colectas de dinero, los intercambios epistolares, la toma del estrado en los actos públicos, las disputas con los varones, etc. Se presentan como “la voz de la mujer” —ingenuas respecto a la complejidad de una categoría que años más tarde provocará innumerables intervenciones y varios feminismos— porque para ellas es claro que su voz es lo que falta en el anarquismo. Es una aparición que viene a discutir lo más íntimo (relaciones familiares, sexualidad, maternidad) haciendo estallar su ineludible condición política. En 1896, no en los años setenta del siglo XX.

Decíamos que el ejercicio de la escritura es un desplazamiento respecto a las normas de género y que se refuerza con el estilo de los escritos. Aun con variaciones (incluso hubo un cambio de grupo editor) los ocho números conservados presentan un estilo que combina los modos del manifiesto y del folletín.⁶ Del manifiesto, asumen la novedad y la presentación irreverente; del folletín, el tono melodramático y los relatos por entrega. La primera editorial es una fuerte intervención desde el comunismo anárquico pretendiendo alzar un “girón del rojo estandarte” (sic). En la segunda, la voz se endurece y es más claro el tono revulsivo que caracteriza a la publicación.

Abandonando la corrección y el recato recomendados a las mujeres, se despachan con insultos tales como *maricas*, *estúpidos*, *escarabajos de la idea*, *falsos anarquistas*, *demagogos tiránicos*. Utilizan con soltura la ironía y el sarcasmo. Practican la intransigencia manteniéndose “firmes en la brecha” y, pese a las contrariedades, no piensan en consultar sus decisiones con ningún varón. Entonces la particularidad fundamental de esta empresa será agregar al *mal anarquista* entre las versiones de hombre denunciadas en los folletos de LQS: sacerdote, magistrado, legislador, marido, hijo, libertino, especulador, moralista.

Mientras sus detractores las bautizan como “las feroces de lengua y pluma”, el editorial del N° 3 los denuncia como falsos anarquistas. Esta intransigencia contrarresta el inevitable desgaste que tiende a sufrir cualquier estrategia de subversión del orden a la vez que resiste su incorporación a los discursos aceptables. Pese a las críticas, amenazas y reconveniones, insisten:

“Ojo, pues, macaneadores, ojo cangrejos de la idea.”

En esa advertencia hay temeridad, algo de la audacia que no pueden lucir en ninguna de sus vivencias relatadas en el periódico, y en las cuales aparece siempre un rastro de temor. De todas ellas rescatamos una que en su mínima expresión condensa toda la especificidad y sutileza de la subordinación femenina difícilmente resuelta por la fórmula de la triple opresión:

“Apenas llegadas a la pubertad, somos blanco de las miradas lúbricas y cínicamente sensuales del sexo fuerte. Ya sea este de la clase explotadora o explotada.”

Sólo una mujer puede sentir la promesa de violencia que conlleva esa mirada. Gesto masculino que la convierte en algo más que una mercancía sometida a los vaivenes del mercado de trabajo. Son obreras pero, además, “objetos y máquinas de placer” Y sujetas, sí, “sujetas al capricho de los hombres”. De todos, por eso proclaman la trinidad “Ni Dios, ni patrón, ni marido”, como sintetiza alguien desde las suscripciones. La doble condición —mercancía trabajo/objeto de placer— es una sola para ellas:

“La mirada lasciva y lujuriosa del que anhelando cambiar de continuo el objeto de sus impuros placeres nos ofrecía con insinuante y artera voz, un cambio, un negocio, un billete del banco con que tapar la desnudez de nuestro cuerpo, sin más obligación que de prestarles el mismo.”

La compra y venta del cuerpo es evidente en la prostitución y ellas la denuncian pensando a la prostituta como una mártir, una mujer caída y sometida por la pobreza. Los anarquistas también han criticado el matrimonio burgués en tanto prostitución aceptada, intercambio sin amor, convención vacía. Las redactoras agregan a esa crítica, la molesta aclaración de que un matrimonio anarquista, según el modelo de la unión libre, no garantiza el libre despliegue de los placeres.

La mujer mirada con lascivia y lujuria tiene mucho por resguardar porque es la responsable de su virtud. Ella debe contener los deseos propios y los ajenos. Un desliz, es el popular mal paso de la costurerita que puede derivar en la madre soltera, la esposa por conveniencia, la joven seducida o la mujer pública. Estos modelos femeninos comparten el escarnio, paradójicamente, de los hombres:

“(…) caemos las más de las veces víctimas del engaño en el lodazal de las impurezas, o en el desprecio y escarnio de la sociedad, que no ve en nuestra caída nada, amor, ideal, nada absolutamente, más que la falta.”

Difícil es pensar una alternativa de libertad sexual entre estos estereotipos. La madre soltera parece perder su condición de mujer en la combinación fatal de embarazo, soledad y pobreza (las redactoras no discuten la maternidad sino las condiciones so-

⁶ Para un análisis del lenguaje particular de esta publicación ver: Pablo Ansolabehere (2000).



cioeconómicas en las que ocurre). La esposa resigna sus deseos a cambio de cierta estabilidad que nunca es tal en los míseros hogares de los trabajadores. La señora burguesa puede darse el lujo de la infidelidad donde aparece el deseo, aunque siempre oculto y peligroso. Por su parte, la joven engañada pagará sus debilidades en el juicio de los otros. Si no se convierte en prostituta cuyo sinónimo, mujer pública, demuestra la connotación sexual que supone la salida de una mujer del espacio doméstico. Sexual y violento porque en ninguna de esas circunstancias hay una elección real o sostenible de las mujeres como sujetos sexuales y sexuales, y sí la amenaza del sometimiento.

Así, el recorrido típico de una mujer transcurre en los hogares primero como *juguete* del padre y luego como *capricho* del marido y, más tarde, es el *escarnio* de los hombres. Las consecuencias de esa deriva aparecen también en los casos reales que el periódico difunde: Laura, la sirvienta que se suicida cuando la patrona la descubre respondiendo a los galanteos de un pretendiente; Luisa Violeta, violada por un cura en la Iglesia de la Piedad; Anita Lagouardette, blanco de los cinco disparos de revólver efectuados por su compañero anarquista ante la noticia de que ella daba por terminada su afinidad con él; Manuela Bermúdez, asesina de su esposo e hijos ante la vida intolerable que le daban; Catalina Toninetti, atacada por Francisco Ponza cuyo crimen permanece todavía impune. Estos casos evidencian que, incluso cumpliendo los mandatos sexuales apropiados, las mujeres son sometidas a situaciones cercanas a la muerte. Sin llegar a esos extremos, acechan otras desgracias como la masturbación, la infidelidad y el aborto —considerados vicios de burguesa—, las enfermedades venéreas, la maternidad natural y la prostitución. Acompañadas todas por la pérdida de la virtud y el buen nombre: “¿Adónde irás que la rechifla no te siga?”

Aquello que la sociedad resume como falta no tiene demasiadas palabras para ser nombrado de otro modo. El orden de los deseos y las libertades sexuales encuentra en el término *amor* una manera de aparecer. Y aunque digan que

“(…) nosotras no somos seres que puedan y deban sentir hasta que nos lo permitan, del mismo modo que el cigarrillo no pide que lo fumen y espera a que su poseedor quiera ‘usarlo’.”

Sin embargo, algunas de sus reivindicaciones políticas apelan a esta “situación de las mujeres”, si bien ocultas por las limitaciones del lenguaje, tales como la posibilidad de amar a distintos hombres o a más de uno a la vez, ya que

“La naturaleza te brinda los mismos placeres y las mismas libertades y el alcanzarlas sólo de ti depende.”

Es obvio que estos reclamos sólo aparecerían en un programa anarquista si las mujeres lograran imponerlo. Pero, si bien se percibe la oposición ácrata a una política de reivindicación de sus derechos, a la manera de las propuestas del feminismo liberal y del socialista, comparten con estos movimientos las miradas diagonales y contradictorias sobre el status de la mujer, tales como las reivindicaciones eugenésicas y maternas que las mueven a solicitar protecciones masculinas. Por otro lado, y como forma característica del paso a la agitación directa, su

accionar específico sumaría a la tradicional bomba casera y la huelga general, el envenenamiento de una familia burguesa por parte de su cocinera, la venganza de un violador impune, la castración de un estafador de lavanderas, la exposición pública de la perversidad clerical, la huelga de vientres, etc.

Apuntes Finales

La aparición pública de las mujeres anarquistas a través de una escritura política, y su corta participación en el período de máxima proliferación de los discursos libertarios acerca de la “cuestión de la mujer”, puede ser pensada como un intento, temprano e involuntario, de poner en evidencia la conflictividad inherente a toda pretensión de sutura de una identidad política cifrada en un universal esencializado bajo el uso discursivo de la forma gramatical masculina.

Sabido es que la definición anarquista de la opresión identificaba a la humanidad entera como víctima y se extendía desde la explotación económica a lo más íntimo de la vida familiar. Sin embargo, la pretensión de liberar a hombres y mujeres de las mismas cadenas de sujeción del orden social burgués, que de formas diferentes subordinaban a ambos, constituía un discurso plagado de matices. Frente al reclamo de las libertarias de tomar en serio ese postulado y cambiar también las relaciones de poder entre hombres y mujeres al interior del anarquismo, muchas veces se propició la resignación de la categoría “mujer” por la de “mujer obrera” a pesar de la postura anticlasista generalizada.

Para resumir, en este trabajo intentamos: prescindir del simple rescate histórico, evitar caracterizar los escritos de mujeres como feministas o profeministas, complejizar el concepto de identidad para explicar la búsqueda de las anarquistas, entender su escritura como una práctica subversiva, y verificar en los discursos sobre sus experiencias el encuentro ineludible de la sexualidad y la violencia de género en el campo de la política.

En cierto modo, hablamos del presente. Esas voces nos dicen que todavía es necesaria la denuncia del tibio progresismo y que es preciso revisar justamente *aquí* donde parece posible descansar: en nuestras academias, en nuestras cátedras, en las políticas de lectura y escritura, en la distribución de cargos públicos y tareas domésticas, en los giros del lenguaje, en las barras que nos incluyen en la política como “un hombre/ una mujer/ una persona = un voto”, en la presunta libertad y ausencia de violencia del ejercicio concreto de la sexualidad femenina actual, en la maternidad como destino, en las políticas de “salud reproductiva” inscritas sobre nuestros cuerpos, etc.

Aquellas voces nos recuerdan, sobre todo, la potencialidad de los discursos y acciones revulsivas, en tanto que intervenciones impredecibles y audaces, cuyo vigor incomoda lo establecido hasta hacerlo estallar.

El acercamiento a los estudios feministas provoca en algunas mujeres la inquietud de ser productos exitosos de la opresión. Paradójicamente, lo más liberador de sus apuestas es comprender la omnipresencia de la sujeción y la ausencia de un esperanzador “afuera”, que nos habilita a vivir nuestras identidades

“sujetadas” a la vez como prácticas propiciadoras y creativas. Para lo mejor y para lo peor de nosotras mismas.

La mujer, su voz, es una construcción fantasmática, pero sería un error creer que por ello pierde “realidad” o sustento. Entender esa condición fantasmal, propia de todo devenir-sujeto, permite sortear el esencialismo y jugar estratégicamente *con y en* el género cada vez que sea necesario acompañar una idea, sostener una consigna, establecer una identidad, tanto para escribir como para tener presencia en la lógica de las representaciones. Así, abandonar el viejo sujeto pretendidamente universal, disfrazado en masculino, blanco, adulto, heterosexual, occidental y ciudadano, no significa terminar con la política. Al contrario, supone expandirla y asumir el desafío de vivirla en las diferencias.

Referencias bibliográficas

- Ansolabehere, Pablo (2000), “La voz de la mujer anarquista”, en *mora*, n° 6, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
 - Barrancos, Dora (1990, a), **Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo**, Buenos Aires, Editorial Contrapunto.
 - Barrancos, Dora (1996, b), “Mujeres de *Nuestra Tribuna*: el difícil oficio de la diferencia”, en *mora*, n° 2, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
 - Butler, Judith, Laclau, Ernesto, y Žižek, Slavoj (2003), **Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda**, México, FCE.
 - Collin, Françoise (1995), “Praxis de la diferencia. Notas sobre lo trágico del sujeto”, en *mora*, n° 1, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
 - Feijóo, María del Carmen y Nari, Marcela, “Imaginando las/los lectores de *La Voz de la Mujer*” en Lea Fletcher (comp.), **Cultura y Mujeres en el siglo XIX**, Feminaria, 1994.
 - Fernández Cordero, Laura (2004): “Una utopía amorosa en Colonia Cecilia”, en **Políticas de la Memoria**, n° 5, CeDInCI, Buenos Aires.
 - Fernández Cordero, Laura (2006), “El nuevo mundo amoroso en Colonia Cecilia”, en Roberto Jacoby (coord.), **Jornadas Fourier**, Buenos Aires, Libros del Rojas.
 - Molineaux, Maxine (1986), “No God, No Boss, No Husband: Anarchist Femenism in Nineteenth Century Argentina” en **Latin American Perspectives**, n° 48, reeditado por la Universidad de Quilmes como introducción a la edición del periódico, 1997.
 - Suriano, Juan (2001), **Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910**, Buenos Aires, Manantial.
- Fuentes consultadas**
- **La voz de la mujer. Periódico comunista-anárquico**, 1896-1897, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1997.
 - Rouco Buena, Juana, **Historia de un ideal vivido por una mujer**, Buenos Aires, ed. de autor, 1964.
 - Mozzoni, Ana María, **A las hijas del pueblo**, Folleto n° 1, Biblioteca de La Questione Sociale, Buenos Aires, 1895.
 - Mozzoni, Ana María, **A las muchachas que estudian**, Folleto n° 2, Biblioteca de La Questione Sociale, Buenos Aires, agosto 1895.
 - Gustavo, Soledad, **A las proletarias**, Soledad Gustavo, Folleto n° 4, Biblioteca de La Questione Sociale, Buenos Aires, 1895.
 - Rossi, Juan, **Un episodio de amor en la Colonia Cecilia**, Folleto n° 5, traducido por J. Prat, Biblioteca de La Questione Sociale, Buenos Aires, 1895.
 - Escobar y Carvallo, Alejandro, “La Comuna Libre”, en J. Andreu, M. Fraysse y E. Golluscio de Montoya (comps.), **Anarkos. Literaturas libertarias de América del Sur (Argentina, Chile, Paraguay, Uruguay)**, Buenos Aires, Corregidor, 1990.

Resumen

El dilema de la política acerca del sujeto universal de la revolución y del cambio social se mantiene en la forma de una pregunta nunca resuelta satisfactoriamente por las diversas organizaciones y expresiones de la izquierda vernácula: ¿liberación de las mujeres y los hombres o liberación de la “humanidad”? Este interrogante no es nuevo ni responde solamente a la complejización de la categoría “sujeto” propia de las filosofías más actuales; fue planteado por algunas mujeres al interior del anarquismo local de fines del siglo XIX. Respondiendo a la convocatoria masculina comprometida con la emancipación de la mujer, las anarquistas sostienen un diálogo en el que se evidencia la construcción de un sujeto de la política ineludiblemente generizado. Los términos de ese debate continúan siendo inquietantemente actuales.

Abstract

The question of politics about the universal subject of revolution and social change remains in the form of a question never answered for the local left organizations and expressions: ¿liberation of women and men or liberation of “mankind”? This question is not a new one, neither deals only to the complex category of “subject” in the context of the most recent philosophies; it was already planted by some anarchist women in Argentina from the end of the XXth Century. Addressing to the masculine appeal committed with the women’s emancipation, the anarchist women discourse shows the construction of a political gendered subject. The ways of that debate are still present.

Palabras claves

anarquismo – escritura – mujeres



En unha batalla mais, das suas...

ARCHIVOS DEL SUR

En los últimos tiempos el tema de los archivos ha cobrado creciente importancia. Seguramente esta mayor visibilidad de una problemática hasta hace poco casi totalmente ignorada por las políticas públicas se relaciona con el llamado auge de memorias y con el lugar relevante adquirido por el pasado reciente. La relación entre pasado reciente y archivo es sumamente estrecha, en tanto este último constituye una pieza clave tanto para la reconstrucción de lo sucedido y la parcial reparación del daño, como para fundar las condiciones de posibilidad de los procesos judiciales a los responsables del terrorismo de Estado.

Sin embargo, no parece que la “cuestión archivos” sea solamente motorizada por los requerimientos del pasado reciente, sino que ese inicial impulso ha derivado en un abordaje más general de la problemática. Quizás por ello la revista **La Biblioteca**, órgano oficial de la Biblioteca Nacional, haya decidido dedicar su primer número de esta nueva época al tema de los archivos: “El archivo como enigma de la historia” es el título de un número enteramente dedicado a la temática y sus cuestiones anejas, en el que colaboran destacados intelectuales como Oscar Terán, Horacio Tarcus, Nicolás Casullo, Eduardo Grüner, Patrice Vermeren, Susana Romanos y Horacio González, entre muchos otros.

Y es que la nueva visibilidad del archivo precisa ser acompañada de debates y reflexiones que partan del reconocimiento de la crítica situación de la que se parte hoy día. Desde **Políticas de la memoria**, tal como lo hicimos en números anteriores, queremos continuar aportando a este necesario debate. Por ello el presente dossier “En torno al archivo” reúne tres intervenciones que indagan la problemática desde distintos ángulos.



Roberto Pittaluga, licenciado en historia (UBA), se interna en los vínculos entre archivo e historia, interrogándose, por un lado, por las derivas del principio arcóntico para un archivo de los sectores subalternos, y por otro, reflexionando sobre el lugar del archivo como fase de la escritura de la historia y sobre los desafíos y potencialidades que brindan las nuevas tecnologías. Pittaluga integra la Comisión Directiva del CeDInCI desde su fundación en 1997.

Por su parte, Adriana Petra, doctoranda en Historia (UNLP) y becaria del CONICET reflexiona sobre el interés de los archivos particulares desde una doble perspectiva: como fuentes para la tarea historiográfica y como documentos sujetos a prácticas y políticas archivísticas específicas. Las reflexiones de Petra, que integra la Comisión Directiva del CeDInCI, provienen de una amplia experiencia de campo con la recuperación y catalogación de los archivos particulares de militantes y escritores que se resguardan, precisamente, en el CeDInCI.

Finalmente, el artículo de Mariana Nazar y Andrés Pak Linares diferencia entre archivo y centro de documentación para plantear las especificidades del uso de los documentos de archivo, tanto en lo relativo al ejercicio de derechos como en cuanto a la responsabilidad estatal respecto de la implementación de una política de preservación y accesibilidad. Mariana Nazar es Profesora de Historia (UBA) y docente en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), y Andrés Pak Linares es Licenciado en Historia (UBA). Ambos son Técnicos Superiores en Archivos (ISFDyT N° 8, La Plata) y se desempeñan en el Departamento Archivo Intermedio del Archivo General de la Nación.

Notas a la relación entre archivo e historia

Roberto Pittaluga

“Sufro la clásica desventura de los historiadores [...] haber querido apoderarme de esos documentos para descifrar en ellos la certidumbre de una vida y descubrir que son los documentos los que se han apoderado de mí y me han impuesto sus ritmos y su cronología y su verdad particular”.

Ricardo Piglia, **Respiración Artificial**

“Pero, eso sí, con que una vez algo haya sido puesto por escrito, las palabras ruedan por doquier, igual entre los entendidos que como entre aquellos a los que no les importa en absoluto, sin saber distinguir a quiénes conviene hablar y a quiénes no. Y si son maltratadas o vituperadas injustamente, necesitan siempre la ayuda del padre, ya que ellas solas no son capaces de defenderse ni de ayudarse a sí mismas”.

Platón, **Fedro**

Pensar la cuestión de los archivos en la Argentina implica de modo inmediato, reflexionar sobre su escasez, sobre la falta de repositorios públicos, de forma tal que quien quisiera escribir una “historia del archivo” tendría que ceñirse a una historia de su ausencia, de su liquidación, su emigración o su privatización. O, en otras palabras a una historia de las formas del desplazamiento, del corrimiento del *archivo* como uno de los fundamentos de la vida cultural de nuestro país.¹ En este sentido, la Argentina no parece seguir el “patrón occidental” según el cual los archivos, y el rol del Estado en su constitución y administración, se revelan como instancias destacadas de la política y la cultura nacionales, en tanto instituciones de producción y legitimación de los discursos sobre el pasado de la nación, pero también porque su acceso y tutela constituyen una fuente de poder. Basta echar una mirada a las más grandes bibliotecas para observar que los Estados de los países del primer mundo no sólo adquieren todos los materiales documentales que pueden, sino que hasta compiten entre sí por tener el más grande de los acervos. Por el contrario, las políticas públicas en la Argentina han sido —y mayoritariamente siguen siendo— políticas de restricción del acceso al archivo. En el mejor de los casos, restricción a lo reunido —falta de in-

ventarios, de catálogos, de lugares—; en el peor, destrucción de aquello que fue o pudo ser (temporalmente) archivado. No se trata meramente de negligencia, desidia o incompetencia: lo que parece una yuxtaposición contingente de los peores factores es, en realidad, la expresión de una política en sus diversas prácticas. Y es el reconocimiento de esta situación lo que ha permitido señalar, para decirlo en pocas palabras, que referirse al archivo en la Argentina es hablar del no-archivo. Incluso se ha advertido que esta indiferencia del Estado argentino —pero no sólo del Estado— por la preservación de las huellas del pasado, esta ausencia de políticas de archivo, conlleva la imposibilidad de escribir la historia de este país (Cernadas/Pittaluga/Tarcus, 1997; Tarcus, 2004/2005).

Frente a esta situación, en el universo de los sectores subalternos, hubo —hay— resistencias a la pérdida del archivo, al borrado de las huellas. Resistencias que tienen nombres, como aquellas encarnadas en las bibliotecas anarquistas y socialistas, o en algunas bibliotecas sindicales y populares. Junto a ellas, hubo también resistencias individuales que también tienen nombres: como ejemplo y símbolo de todos esos emprendimientos a contracorriente, quisiera mencionar a José Paniale, músico, integrante de **Insurrexit**, militante comunista y partícipe de la fracción chispista, activo colaborador del POUM en la Argentina, que preservó el primer periódico comunista, **La Internacional**, las publicaciones sudamericanas de la Internacional Comunista, las publicaciones de la izquierda socialista de los años '30, los periódicos antifascistas como **Argentina Libre**, entre una infinidad de materiales, y que dejó, junto a las colecciones, notas en las que advertía: “Este periódico será muy importante para las generaciones futuras”.

Si bien estas distintas formas de la preservación se constituyeron en otros tantos modos de la militancia, igualmente, y a pesar de los sostenidos esfuerzos, no lograron articular otra política de archivo, debilitándose en la soledad. Pues, en la medida en que no alcanzaron a vertebrar una cultura del resguardo sufrieron las prácticas hegemónicas de descentramiento del archivo, las políticas de la insignificancia social del archivo, que se tradujeron en el deterioro de sus propios acervos e instituciones. Esas prácticas hegemónicas no sólo condenaron dichos empeños a la marginalidad sino que también influyeron sobre sus propias dinámicas, de modo que muchos centros documentales promovidos por distintas instancias de los movimientos populares, se convirtieron en cancerberos inexpugnables de segmentos de las tradiciones de las izquierdas y los sectores subalternos, privatizando lo que quiso ser desde siempre público.

¹ Con el término “archivo” se engloban, en este artículo, diferentes inscripciones, textos, impresiones, etc. como también las variadas formas de reunir esas huellas, pues se trata de pensar la cuestión del archivo desplazándose entre sus distintas significaciones. Otro tipo de tratamiento del concepto puede verse en el artículo de Mariana Nazar y Andrés Pak Linares, “El hilo de Ariadna”, publicado en este mismo número de **Políticas de la memoria**.

Hoy parece haber un movimiento en sentido contrario al predominante por más de un siglo, un movimiento que apunta a la recuperación y construcción del archivo sostenido en una preocupación que abarca a más extensos sectores de la sociedad. Este cambio de orientación —habría que decir que todavía muy en ciernes, en potencial— es visible en el creciente número de iniciativas que se han impulsado en los últimos diez años desde la sociedad civil, las cuales han impactado también en la renovación de viejas bibliotecas. Una inclinación nueva que también se aprecia (aunque de forma más incipiente) en ciertas predisposiciones en distintas esferas estatales. Se trata de modificaciones todavía tenues de las actitudes de la sociedad y el Estado (o al menos de algunos sectores), pero en la medida en que se producen abren un campo de debates novedoso que dialoga por un lado con las prácticas historiográficas consagradas y por otro, con el también nuevo campo de producción de memorias sobre el pasado reciente argentino. Este contexto nos obliga a pensar nuevamente la cuestión del archivo. En este texto quisiera entonces bosquejar algunas preocupaciones sobre esta problemática.

Archivo I: autoridad y/o democracia

Como advierte Derrida, en el concepto de *archivo* se guarda la memoria del nombre *arkhé*; pero también el archivo se resguarda en la memoria —o mejor, en el olvido— de lo que guarda ese nombre, *archivo*. Un vocablo que remite al *arkhé* —sea en sentido físico, histórico u ontológico— es decir, a lo originario, a lo primero, al comienzo; pero aun más, archivo remite al *arkhé* en el sentido nomológico, al *arkhé* del mandato. Como su raíz latina —*archivum*— el sentido de archivo viene del *arkheion* griego: un domicilio, la residencia de los magistrados (los arcontes), ciudadanos que tenían una doble competencia sobre los documentos: los resguardaban físicamente y eran los responsables de interpretarlos, autoridad hermenéutica del archivo (Derrida, 1997: 9-11). Archivo remite entonces a un lugar, lugar de la ley, un lugar desde el cual el orden es dado. Archivo y autoridad: la cuestión política del archivo es la cuestión de las políticas de archivo. Por eso es preciso reflexionar sobre el lugar y la ley según las cuales se instituye lo arcontico.

Pensar estos temas implica pensar también la represión del archivo (y, en la Argentina, el archivo de la represión), o como dice Sonia Combe, “el archivo reprimido como poder del Estado sobre el historiador” (en Derrida, 1997: 12); no sólo como la accesibilidad a lo archivado, a lo público, a lo secreto y lo no secreto, sino también como arco de preguntas y formas de escritura de la historia. El Estado tiene siempre una política de archivo —aún cuando parezca no tenerla— porque tiene siempre una política de memoria. Que las instituciones públicas encargadas de preservar y poner a disposición pública el patrimonio bibliográfico, hemerográfico y archivístico de la Argentina se hayan transformado en complejas tramas burocráticas cuyo principio de orden es finalmente la inaccesibilidad del material reunido, habla seguramente de la debilidad de ciertos valores cívicos en la sociedad. Pues, ¿las políticas de archivo no podrían ser consideradas uno de los índices de la democra-

tización efectiva de la sociedad?, ¿la expansión de los fundamentos democráticos de una sociedad, como señala Derrida, no podría medirse por la participación y el acceso al archivo, a su conformación y a su interpretación? Una respuesta positiva a estas preguntas se enfrenta inmediatamente con la historia reciente argentina: se enfrenta a la compleja situación de los archivos de la represión. Cuestión de urgente tratamiento en una sociedad cuyas políticas de archivo siguen básicamente los patrones antes mencionados; cuestión urgente en la cual los planos ético y político y las necesidades de reconstrucción del pasado no siempre resultan fácilmente compatibles. Cuestión en la que ciertas prerrogativas de la producción de conocimiento deben someterse a los tiempos y los derechos de quienes sufrieron el daño.

Además de pensar el lugar clave que el archivo debe tener en una cultura democrática, estas reflexiones de Derrida y Combe nos emplazan frente al panorama casi desolador de lo (no) hecho en la Argentina de las décadas de 1980 y 1990. Como reacción a esa situación, la actual producción testimonial puede ser entendida también, desde este ángulo, como un desafío al *arkhé* en tanto lugar de la ley y del mandato sobre lo decible y lo no decible del pasado, como una activa intervención en la expansión de lo archivado, de lo documentado, como la democratización de su accesibilidad e interpretación.² La actividad archivante no consiste en reunir materiales documentales del pasado que existirían de todos modos, sino que produce aquello que desde ese momento pasa a ser lo archivable. Intervenir en ese proceso de producción es parte de la democratización del archivo.

Si el acceso, la composición y la interpretación del archivo —es decir, sus principios de orden y autoridad— pueden ser tomados como índices de la democratización de una sociedad, del mismo modo la democratización en la construcción, gestión y localización del archivo puede ser pensada como la clave para sostener la crítica del mandato, de la autoridad del archivo, y de sus gestores, los nuevos arcontes. Esa democratización necesariamente debe alcanzar a las políticas del Estado en relación al patrimonio (que incluye la de-signación de aquello que lo compone), pero precisa también —y en este plano avanzan estas líneas— de una práctica de la archivación llevada a cabo en distintas instancias de la sociedad civil. Es esa práctica, democrática, la que puede ser el modo de hacerse cargo de lo que el nombre *archivo* guarda —el mandato, la ley— para sobre-imprimirle (como una suerte de *nueva* impronta) su propia crítica.

La difícil situación de los archivos argentinos se agudiza para los documentos producidos por los movimientos y expresiones de los sectores subalternos, para los movimientos de contestación política y cultural en la Argentina. La vitalidad de esos movimientos populares se ha manifestado de múltiples maneras (Cerna-

² Una rápida recorrida por las investigaciones y narraciones del pasado llevadas a cabo por estudiantes, profesores, investigadores, en distintos lugares del país, desde las grandes ciudades a los más pequeños pueblos, sirve para constatar que el recurso a las entrevistas a los testigos, la construcción de fuentes orales, es el medio para superar —claro que parcialmente— el no-archivo. Una expansión limitada, además, al pasado reciente.

das/Pittaluga/Tarcus, 1997). Aquí me interesa destacar que una de ellas ha sido una vastísima producción editorial y documental, la cual contrasta significativamente con las políticas de archivo desplegadas desde el Estado. Pues desde el Estado ha predominado la ausencia de vocación para conservar y garantizar el acceso público a dichos materiales, como si el mandato, la ley que vertebra el principio arcóntico en nuestro país no tuviera dimensión hegemónica sino una disposición a la pura dominación; como si este principio arcóntico en la Argentina pasara por la negación de la existencia de ese otro contestatario y desafiante de la ley y el orden; como si a su aniquilación en la historia le siguiera su supresión en el archivo.

Si nos desplazamos hacia otra significación del archivo —y uno de los problemas para su tratamiento es su inestabilidad semántica— podríamos ver esta política de Estado argentino, esta política de la intrascendencia o de la supresión del archivo, como la inversión de la emprendida originalmente por los sectores obreros, populares y de izquierda, que decidieron desde sus orígenes emprender la construcción del archivo, en el sentido de dejar su impronta, el *typos*, la marca impresa en un soporte externo, la huella que permita la memoria. No casualmente uno de los ejes de las prácticas obreras y de izquierda es la publicación, la prensa, la imprenta: la sociedad tipográfica como una de las cunas del movimiento obrero. Dejar constancia de la experiencia, de la praxis en la impresión, en la huella que posibilite la construcción del archivo, en tanto se sabe que el archivo estará allí cuando se debilite la memoria, y en tanto se presume además que esa memoria, ese recuerdo, como decía Benjamin, está siempre en peligro. Es por ello que los sectores subalternos y las distintas corrientes de las izquierdas (anarquistas, socialistas, comunistas) prolongaron la *praxis* de la impresión, la hechura del *typos* en la actividad de su reunión, localización y organización. ¿No fueron acaso estas corrientes políticas y las organizaciones del movimiento obrero las que con mayor ahínco construyeron bibliotecas en los barrios o nutrieron con material documental las sedes de las sociedades de resistencias y de los gremios? Incluso, como señalé antes, desde allí se resistió, con desigual suerte, la des-archivación de sus acervos.

En el origen, probablemente sin saberlo pues estaban más bien influidos por la idea de que los documentos, el archivo o la biblioteca, en la tradición iluminista, servían para “poner a la luz”, o sea “concientizar”, estos sectores practicaban una crítica del *arkhé* que no se sostenía en ningún tipo de eliminación de los documentos reunidos (libros, folletos, revistas, diarios, cartas, circulares, estatutos, etc.) sino en su *an-arquización* (como disolución, transitoria y precaria, de su mandato, como puesta en crisis de su principio arcóntico) por medio de una amplia difusión y acceso, es decir, por su socialización. Sin embargo, también las prácticas de estos sectores fueron finalmente colonizadas por los modos hegemónicos de tratar el archivo, lo que dio por resultado la preeminencia de políticas de archivo mayoritariamente matizadas por una cerrada negativa al acceso público, cuando no una manifiesta desidia en la preservación de sus propios pasados, actitudes ambas que terminan confluyendo con las políticas del Estado.

El mandato resguardado en el concepto *archivo* y la autoridad hermenéutica se exponen en lo reunido y en su orden. La archivación se despliega en una triple operación: reunión, consignación, acceso. Reunir los restos que son instituidos como fuentes, establecer una secuencia que las conecte y signifique (con-signar), garantizar su lectura (o prohibirla: *secret files*). En la práctica archivante, al definirse lo *archivable*, se construye inmediatamente un afuera del archivo mientras que lo reunido se configura como un universo cerrado, el *corpus* documental, a partir de alguna técnica de repetición que inscribe cada *typos*, cada huella en la serie. Para un archivo de los movimientos de contestación política y cultural la secuencia, la repetición, es decir, la catalogación o consignación puede estar surcada por distintas tensiones, pues no siempre es posible compatibilizar las normativas profesionales (bibliotecológicas, archivísticas) de las técnicas de catalogación con los propósitos político-intelectuales asociados a las tareas del *rescate* y de una nueva escritura de la historia (Pittaluga, 2002 y 2004; Karababikian et al., 2003/2004).

Una situación que interroga directamente a las prácticas de reunión, accesibilidad y orden/consignación. ¿Se trata, acaso, de prácticas universales, inmunes a los clivajes y conflictos sociales y políticos? ¿No sería preciso pensar cuál/cuáles serían los principios arcónticos de un archivo de izquierdas y de los sectores subalternos? Si todo archivo es, como dice Derrida, instituyente y conservador, revolucionario y tradicional, ¿no habría que reflexionar sobre estos aspectos de lo instituyente y lo conservador en la especificidad de un archivo de izquierdas, no habría que delinear un principio arcóntico específico (o muchos) para las improntas de quienes realizaron el gesto —y a veces más que el gesto— de supresión de los principios de autoridad y dominio en la sociedad? ¿Y ese principio arcóntico no debería ser un principio en crisis permanente, no habría que aplicarle la teoría de la revolución permanente? O, si se me permite el uso de las categorías propuestas por Toni Negri, ¿no deberíamos pensar en la tensión entre el poder *constituyente* y la *constitución* del archivo de izquierdas? Reunión y acceso no constituyen un archivo sin un orden, sin una catalogación, sin consignación. En un archivo de izquierdas, el orden, la disposición del *corpus*, ¿no debería requerir de una permanente reflexión sobre los límites de ese orden, sobre la ley de ese archivo, sobre su(s) mandato(s) y sobre la(s) autoridad(es) hermenéutica(s) del mismo? Pensar esos límites, discutirlos, diseñar un dispositivo que sostenga la crítica del mandato, ¿no podría ser una forma de (des)asegurar el orden, de poner en cuestión —cuestionar, criticar— el principio de autoridad del archivo y el privilegio interpretativo de sus circunstanciales arcontes, aun sabiendo de su necesidad y conociendo que el mandato es un compañero inseparable del archivo? ¿No sería preciso desarrollar un concepto y una práctica de la archivación cuya puesta en crisis le sea inmanente? ¿Cuál es el concepto de autoridad que debe resguardarse en el archivo de izquierdas?

Uno de los caminos posibles para pensar y llevar adelante tal política consiste en afrontar las preguntas por el administrador y el destinatario del archivo, una reflexión que puede partir de las diversas experiencias existentes. Que un archivo de izquierdas,

de los movimientos revolucionarios y transformadores, considerado en sí mismo como elemento ineludible de las políticas emancipatorias sea organizado y administrado por un colectivo afinado en prácticas democráticas, autogestionarias y horizontales, es un paso necesario, un punto de partida ineludible (Pittaluga, 2002 y 2004; Karababikian et. al., 2003/2004). Sin embargo, las características del archivo no se reducen al funcionamiento del colectivo que lo forja y administra, sobre todo si se tiene la voluntad de que el archivo sea colocado como uno de los pilares de una nueva cultura política democrática. El riesgo de limitar la problemática del archivo a la del sujeto administrador es que la autoridad y el mandato del *arkhé* se oculten tras la prédica de la horizontalidad y la autogestión. En todo caso la problemática es más abarcativa, pues si lo que se pretende es sostener un archivo que influya decisivamente en una práctica del rescate de la huella, de los gestos y los anhelos emancipatorios, el sujeto administrador del archivo, sus nuevos arcontes, deberían constituirse junto con esa práctica libertaria de la archivación. Pues como decía Walter Benjamin el peligro no concierne solamente al patrimonio de la tradición, sino también a los sujetos que podrían (podríamos) recibirlo. El colectivo que administra y el principio arcóntico del archivo se constituirían, de ese modo, en el mismo movimiento.

Por otro lado, en tanto el objetivo es forjar un archivo cuya autoridad pueda ser incesantemente reconsiderada, cuyo orden pueda ser constantemente revisado y rediseñado, habría que agregar a las señaladas modalidades autogestionarias del colectivo que lo dirige un conjunto de espacios de intervención para quienes lo utilizan, para quienes hacen uso del archivo, quienes lo consultan, pues los lectores e investigadores construyen con las fuentes otras secuencias, otros órdenes, otros catálogos, forjan otras relaciones entre las huellas documentales que la técnica archivística ha clasificado por ciertos atributos. En su benjaminiano libro **Mundo soñado y catástrofe**, Susan Buck-Morss explica cómo debió afrontar su trabajo con el archivo: “el descubrimiento de hechos y de imágenes conllevaba una constante indiferencia hacia las clasificaciones disciplinarias comúnmente aceptadas. Las ‘palabras claves’ eran demasiado aleatorias y los archivos ‘temáticos’ demasiado rígidos para que se pudiera llevar a cabo el trabajo de investigación a contrapelo. Las estrategias para la organización de bancos de datos no eran apropiadas y por tanto la intuición idiosincrática de la autora ha proporcionado el motor de búsqueda” (Buck Morss, 2004: 18). Y acaso el emprendimiento que mejor manifiesta esta redistribución de las series, de los lugares para los documentos, de las relaciones entre huellas, sea el inconcluso **Libro de los Pasajes** de Walter Benjamin, un extenso conjunto de citas (huellas) extraídas de las más diversas fuentes disponibles en la Bibliothèque Nationale de París y acompañadas de los comentarios del mismo Benjamin, todo ello organizado en nuevos cuerpos temáticos como líneas maestras que posibilitaran al lector la (re)construcción de los orígenes de la industria cultural del XIX y por su medio la comprensión de su propio presente. En un sentido, el **Libro de los Pasajes** funciona como un nuevo archivo.

Constituir un archivo es, como en la impresión, otorgar un lugar, un domicilio, localizar el documento (Derrida, 1997; Ricœur,

2004); es también definir, como decía, lo que será del orden de lo documental y lo que permanecerá como resto. Apostar a que el principio arcóntico pueda ser criticado implica socializar la autoridad hermenéutica sobre el archivo. Una socialización que se relaciona con el lugar del archivo, en tanto la guarda de la impresión escrituraria conlleva siempre un lugar físico. Producir una re-localización del archivo, desplazar lo que Derrida llama su *domiciliación* hacia un espacio de intercambio y reflexión que postule otros parámetros de inteligibilidad de lo archivado es una acción que va en el sentido de la socialización de la autoridad del archivo (Pittaluga, 2002). Las nuevas tecnologías posibilitan hoy avanzar en esa dirección pues lo que permiten la digitalización y el ciberespacio es, precisamente, un nuevo lugar para el archivo, un domicilio al que muchos hoy, todos mañana, podríamos acceder, y una disposición abierta de las huellas documentales que podría habilitar muy diversas formas para su ordenamiento. Es cierto que cuando el documento está alojado en el ciberespacio importan cómo se destaquen aquellos atributos que permitirán a los lectores ir a su encuentro; pero también lo es que los rápidos desarrollos técnicos abren la posibilidad de pensar que en el corto plazo esos atributos estén menos definidos por ciertas características físicas o por palabras clave, o aún por los procedimientos veritativos propios de las técnicas de archivo, y más se afirmen en su propia variedad sígnica al presentar, el documento digitalizado, todas sus especificidades (y generalidades) como potenciales elementos motores de su búsqueda.

Archivo II: la escritura de la historia

En 1978 Michel de Certeau afirmaba que “en historia, todo comienza con el gesto de *poner aparte*, de reunir, de convertir en ‘documentos’ algunos objetos repartidos de otro modo” (de Certeau, 1993: 85; subrayado en el original). La acción de apartar, de juntar determinadas cosas equipara el establecimiento de las fuentes con una redistribución del espacio.³ En este sentido, la primera acción historiadora funda el material que será objeto de su indagación, distinguiendo de la masa de las prácticas sociales y culturales aquello que la misma acción de distinción configurará como dato. Se trata, entonces, de que la *conversión* de un objeto en documento *tenga lugar*, es decir, que se intervenga en el *espacio* social otorgando un *lugar* al objeto que se transforma en documento.

A su vez, la producción de un lugar para el documento requiere de un lugar desde el cual otorgarlo. La distribución del espacio social no incumbe sólo al resto/documento sino también a la práctica/institución que realiza el primer gesto. Localizar un objeto como documento es posible si se cuenta con un lugar —físico y social— que instituye la conversión. Éste es, para de Certeau, un lugar que permite y que prohíbe, cuya doble función “*vuelve posibles* algunas investigaciones, gracias a coyunturas

3 “El establecimiento de las fuentes o la redistribución del espacio” se subtitula, precisamente, el apartado del artículo “La operación historiográfica”, incluido en **La escritura de la historia**. Una versión preliminar de ese artículo se publicó en Jacques Le Goff y Pierre Nora (1974); allí se tituló “La operación histórica”.

y problemáticas comunes”, pero al mismo tiempo “*vuelve imposibles*” otras (*id.*: 81). Es la relación entre lo posible y lo no posible, la combinación entre permiso y prohibición sobre la que se sostiene el discurso histórico, siempre situado: “la historia se define completamente por una *relación del lenguaje con el cuerpo* (social), y por consiguiente por su relación con los *límites* que impone dicho cuerpo, sea al modo propio del lugar desde donde se habla, sea al modo propio del objeto-otro (pasado, muerto) del que se habla” (*id.*: 81; subrayado en el original).

Al retomar las ideas de expuestas por de Certeau en relación a la operación historiográfica, Ricœur incluye la archivación en la fase documental de la escritura de la historia. Con “fase” el autor de **Tiempo y narración** no se refiere a alguna secuencia cronológica, a cierta etapa del escribir historia, sino a lo que podríamos llamar una dimensión de la misma práctica de escritura, fase que tiene lugar en todo momento junto a otras dos, aquella que denomina explicativo-comprensiva y la fase de la representación. El momento del archivo es, de tal modo, “el momento en que la operación historiográfica accede a la escritura” (Ricœur, 2004: 215). La archivación constituye una dimensión de la propia escritura de la historia, y con este enfoque Ricœur se aleja de los tradicionales puntos de vista que reservaban a la tarea historiadora solamente el lugar “eminente” de la interpretación y representación.

Esta fase documental como dimensión de la operación historiográfica comprende un proceso de transformación que hace de la huella un documento, un proceso por el cual aquello que existe como testimonio se convierte en la prueba documental, pues para Ricœur, antes del documento existe el testimonio.⁴ El documento —aun aquél conservado con las nuevas tecnologías como “testimonio oral”, pero que ya está sostenido en una grabación, en un soporte material⁵— surge a partir de ese fondo testimonial que lo posibilita, y el archivo instaura una ruptura respecto del “rumor del testimonio oral” (Ricœur, 2004: 218). Por ello, la fase documental constituye la primera mutación historiadora de la memoria viva, e involucra complejos dispositivos y operaciones técnicas que van desde la inscripción originaria, la conversión de lo hablado (o de lo potencialmente hablado) en una huella material que puede ser preservada, a la constitución de esa inscripción, de ese *typos*, en documento, en prueba. Que el documento remite a la prueba es algo que también se guarda en su nombre, pues etimológicamente, aunque ya en desuso, el significado de documento refiere a una instrucción, a un consejo para el buen obrar, a una indicación de lo que resulta correcto. El documento instruye, alecciona.

A la par, la conversión del resto en documento, el cambio de estatuto del testimonio hablado al testimonio archivado, requiere del archivo como institución que lo sostenga, que lo respalde y

4 Ricœur sigue a Marc Bloch en la distinción entre testimonios voluntarios e involuntarios (entre éstos últimos, el gran medievalista anotaba, por ejemplo, aquellos que le proveía la arqueología, como ser los artefactos o el mobiliario de una casa campesina).

5 Se ha señalado que la oralidad también tiene una inscripción material dada por una secuencia fonética; la distinción estaría dada por el carácter efímero de esta materialidad.

que efectivamente haga de él una “prueba documental”. Como el epígrafe del **Fedro** al inicio de este texto nos advierte, el destinatario de un escrito no está definido y abarca potencialmente a todos aquellos que saben leer. Pero frente al lector el texto está mudo y huérfano al haberse separado de sus emisores y de la situación de interlocución; el archivo ocupa entonces el lugar de autoridad, de respaldo frente a quien lo consulte y construye una nueva situación interlocutiva en la que afirma el carácter aleccionador del resto convertido en documento.

Ahora bien, nada es por sí documento ni un objeto debe poseer una cualidad intrínseca que lo predisponga a serlo; tampoco el resto *puesto aparte* (primer gesto historiador para de Certeau) permanece en soledad sino que es incluido, por el mismo gesto, en un nuevo contexto simbólico. El documento, dice Ricœur, no es dado sino buscado, encontrado, fabricado; es el resultado de un resto que es recortado, circunscripto, constituido en documento. Un proceso creativo que es parte de la construcción historiadora y en el cual se anudan las huellas y los documentos —los dos polos de dicho proceso— con las preguntas del historiador. Antes de las respuestas a las preguntas que se haga el investigador, existe el momento del archivo, la práctica archivante que diseña el espacio social de producción historiográfica. Lugar físico y lugar social, decía de Certeau, pues la institución historiadora —de la cual el archivo es parte central— construye las fuentes a través de ciertos parámetros, en un concatenación de operaciones veritativas que hacen de la huella una prueba documental para uso historiográfico.⁶ Constituir fuentes documentales es resaltar atributos (e invisibilizar otros), establecer conexiones, con-signar (y reasignar), es decir, una tarea interpretativa y escrituraria, participe de un régimen de visibilidad de las huellas, de un conjunto legítimo de procedimientos y técnicas que acreditan el cambio estatutario del resto en documento, y de una autoridad que al certificar y garantizar sostiene al texto como *fuerza*, es decir, como lugar del que emanan sentidos que avalan la narración, como fundamento, origen o principio.⁷ Entonces, las reglas y los criterios de la archivación son ya parte inseparable de la operación historiográfica, y precisamente por ello es que no son insípidos respecto del establecimiento de lo que se considera fuentes para la historia y de las posibles (y no-possibles) narraciones e interpretaciones. Michel de Certeau lo ejemplifica para lo que considera los antecedentes de los archivos modernos, las “colecciones” que promueven las grandes familias nobles y patriarcales deseosas “de apoderarse de la historia”, primero en Italia y luego en Francia, a partir del siglo XV, surgidas a partir de

6 Ricœur presenta una doble posibilidad para la huella en su transformación en prueba: la de su uso historiográfico y la de su uso jurídico.

7 También se sabe que escribir historia consiste en dudar del documento, poner en tela de juicio su relación con lo acontecido, escudriñar sus diferentes sentidos. Podría decirse que esta duda, esta sospecha, más que un elemento exterior a la operación historiadora —como si se tratara de una especie de contratiempo a su despliegue— es por el contrario la condición de posibilidad de la crítica histórica, es la que funda a la historiografía como una escuela de la sospecha (Ricœur, 2004). Duda que es la que permite descifrar en una impresión otros signos, y que hace del documento una mezcla de testimonio e indicio. Duda que se instala en la distancia entre lo acontecido y los hechos narrados; cfr. Ricœur (2004).

la triple combinación de unos lugares (las bibliotecas), unas prácticas (copiado impresión, comunicación, clasificación) y un grupo (los “eruditos”). Tanto el “coleccionar” como la “erudición” del siglo XVII convergen para fundar las condiciones de “una historia que está por hacerse (o por rehacerse)”. Y si la “maquinaria erudita” de los siglos XVII y XVIII desempeñó un papel fundamental en la escritura de la historia, “la transformación de la ‘archivística’ es el punto de partida, la condición de una nueva historia” (de Certeau, 1993: 86-89). La archivación no es meramente una actividad que colabora en lo que luego será la escritura de la historia, no es sólo un terreno sobre el cual otra actividad —la historiografía— actuaría. El arte del archivo es escritura historiográfica.

En la especificidad de un archivo de izquierdas, de un archivo de los oprimidos, de las luchas emancipatorias, de las resistencias ¿cómo podemos pensar su lugar y su configuración sabiendo que ambas cuestiones son relevantes en tanto dimensiones de la “operación historiográfica”? Si esta última exhibe modos hegemónicos en el campo de producción historiográfica, ¿cómo actúan esos modos, y lo que el archivo juega en ellos, en relación a cómo narrar la historia de los vencidos?, ¿cómo relacionar la producción del archivo de izquierdas en tanto ya parte de la escritura de las historias de los oprimidos, con la vocación benjaminiana de “pasarle a la historia el cepillo a contrapelo”?, ¿cuáles serían, si existen, los lazos entre esta problemática y la aspiración —quizá utópica— a que por medios diversos, directos e indirectos, los oprimidos escriban su propia historia? Algunas experiencias intentaron avanzar, no sin tropiezos, tras algunos de estos propósitos y puedan dejarnos hoy sus enseñanzas.. El *History Workshop* apuntaba en esa dirección, buscando una confluencia entre trabajadores e institución universitaria.⁸ En varios casos los programas de historia oral y de construcción de archivos de fuentes orales avanzaron en la misma dirección, aunque con grandes dificultades. Quizás haya que volver sobre esa indicación de de Certeau en relación al archivo como lugar (social y físico).

* * *

Muchas de las utopías de la biblioteca universal —como las desarrolladas por Paul Otlet en la primera mitad del siglo XX— han sido retomadas actualmente de la mano del desarrollo del hipertexto y de la potencialidades del ciberespacio, lo cual puede corroborarse en los emprendimientos enciclopédicos de nuevas y gigantescas dimensiones, como Wikipedia, que ya reúne más de un millón de entradas (Schiff, 2006), o los bancos de imágenes con aspiraciones totalizadoras, sea el Google Earth (como la posibilidad del borgiano mapa de Chi-

na), sea el YouTube (como una nueva edición filmica de los Panoramas del siglo XIX que deslumbraban a Benjamin, pero ahora disolviendo las fronteras entre lo que es o no es paisaje, y redefiniendo aquellas otras que hasta ahora delimitaron lo público, lo privado y lo íntimo). Más allá de las ambiciones totalizadoras y de los debates que rodean estos emprendimientos (en especial los debates en torno a las potencialidades y límites de Wikipedia), sucede que el archivo está siendo sometido a una relocalización: no es extraño entonces que el proyecto Cervantes Virtual o el Proyecto Gutenberg ambicionen alojar en la web enteras bibliotecas, o que el Archivo de Indias localice en la red de redes sus documentos escaneados.⁹ Además, las nuevas tecnologías permiten construir una nueva modalidad de lectura, en la que el lector puede abandonar el lugar de receptor y acceder a un rol más activo. Un escenario también anticipado por la literatura, por Cortázar en *Rayuela* o por Calvino en *Si una noche de invierno un viajero*. Porque lo que más llama la atención de algunas de estas nuevas bibliotecas digitales, sobre todo aquellas que nacieron vinculadas al movimiento *hacker*, al movimiento del *open source* o a las distintas corrientes de libre acceso a la información, es el carácter colaborativo de su gestación, donde el lector es, al menos potencialmente, un editor, un co-organizador, un co-diseñador, y donde la arquitectura del archivo puede ser discutida cada vez. Donde los temas del orden y del mandato, de la autoridad y la democracia, son permanentemente sometidos a crítica. Y donde el lector/editor puede construir, también, su propio itinerario a través de las fuentes digitalizadas, atendiendo a diferentes indicios, armando nuevas series documentales.

Pensar el lugar del archivo de izquierdas hoy implica pensar sobre los nuevos lugares sociales del archivo y sobre las posibilidades que las nuevas tecnologías nos brindan en tanto esas tecnologías intervienen también sobre el diseño del archivo y sobre la propia escritura de la historia. Escribir la historia de las izquierdas, de los oprimidos implica reflexionar sobre esa fase documental que es también escritura de la historia. Es pensar también cómo disponer del patrimonio cultural para el más amplio acceso, es pensar sobre la relación entre autoridad y democracia en el archivo, es pensar y actuar sobre la potencia emancipatoria de los nuevos medios técnicos, para que esa potencia no quede meramente como elemento posibilitador del proceso hegemónico.

Bibliografía citada

- Benjamin, Walter (1995), *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, Santiago de Chile, ARCIS/LOM. Traducción, introducción y notas de Pablo Oyarzún Robles.

8 El grupo *History Workshop* (Taller de historia) fue formado en 1966 en torno a la figura del historiador marxista Raphael Samuel. Publicaron un conjunto de folletos entre 1970 y 1974, y desde 1976 la revista *History Workshop Journal*. Se trata de un grupo de trabajo de “historia popular”, orientado a las problemáticas de la vida de los sectores populares, de los obreros, y desde principios de los años ‘80, de las mujeres y el feminismo, además de temas teóricos y metodológicos. En los talleres se realizó una experiencia que apuntaba que la historia fuera escrita por sus propios protagonistas, las clases oprimidas y explotadas, con la colaboración y orientación de los intelectuales y académicos que se sumaban al proyecto. Cfr. Raphael Samuel (1984).

9 Podrían citarse otros casos de relocalización del archivo. Por ejemplo, el prestigioso Instituto Tecnológico de Massachussets inauguró el proyecto Open Course Ware (Materiales de cursos abiertos) en 1999, y tiene actualmente los materiales correspondientes a más de 1.400 clases disponibles gratis on line, recibiendo más de un millón de consultas anuales (Hax, 2006). El citado Proyecto Gutenberg ya ha dispuesto en internet más de 19.000 libros. La lista podría engrosarse con Universidades como Harvard o el sitio Bartleby.com, por mencionar algunos.

- Buck-Morss, Susan (2004), **Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste**, Madrid, La balsa de la Medusa.
- Cernadas, Jorge; Pittaluga, Roberto y Horacio Tarcus (1997), "Para una historia de la izquierda en Argentina. Reflexiones preliminares", en **El Rodaballo. Revista de política y cultura**, n° 6/7, Buenos Aires.
- de Certeau, Michel (1993), **La escritura de la historia**, México, Universidad Iberoamericana.
- Derrida, Jacques (1997), **Mal de archivo. Una impresión freudiana**, Madrid, Trotta.
- Hax, Andrés (2006), "El futuro del libro", en **Ñ. Revista de cultura**, Buenos Aires, 21 de octubre.
- Karababikian, Graciela; Longoni, Ana; Pittaluga, Roberto; Rot, Gabriel y Horacio Tarcus (2003/2004), "Para una política de archivo. Reflexiones a partir de la experiencia del CeDInCI", en **Políticas de la memoria**, n° 4, Buenos Aires.
- Le Goff, Jacques y Pierre Nora (1974), **Faire de l'histoire**, Paris, Gallimard.
- Piglia, Ricardo (2000), **Respiración artificial**, Buenos Aires, Planeta.
- Pittaluga, Roberto (2002), "Políticas de archivo: la experiencia del CeDInCI", ponencia en las Primeras Jornadas del Núcleo de Estudios sobre la Memoria, Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), Buenos Aires, 8 y 9 de agosto
- Pittaluga, Roberto (2004), "Sobre las políticas de archivo", exposición en el panel de apertura de las 2^{as} Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 19 al 21 de agosto.
- Pittaluga, Roberto (2005), "La cuestión política del archivo. La experiencia del CeDInCI", ponencia en el Seminario Regional "La prensa alternativa. Diarios, revistas y panfletos en América Latina, 1890-1958", FFyL-UBA / SEPHIS / IDAES-UGSM, Buenos Aires, Sede de UTPBA, 15 y 16 de septiembre.
- Platón (1983), **El banquete. Fedón. Fedro**, Buenos Aires, Hyspamérica.
- Ricœur, Paul (1999), **Las lecturas del tiempo pasado: memoria y olvido**, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid / Arrecife.
- Ricœur, Paul (2004), **La memoria, la historia, el olvido**, Buenos Aires, FCE.
- Samuel, Raphael, ed. (1984), **Historia popular y teoría socialista**, Barcelona, Crítica, 1984.
- Schiff, Stacy (2006), "La biblioteca de Babel", en **Radar. Suplemento de Página/12**, Buenos Aires, 1° de octubre.
- Tarcus, Horacio (1996), **El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña**, Buenos Aires, El cielo por asfalto.
- Tarcus, Horacio (2004/2005), "¿El drenaje patrimonial como destino? Bibliotecas, hemerotecas y archivos argentinos, un caso de subdesarrollo cultural", en **La Biblioteca**, n° 1, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, Secretaría de Cultura de la Nación, verano.

Resumen

El artículo parte de describir brevemente la situación de los archivos en Argentina y luego explora algunos tópicos relativos a los vínculos entre archivo e historia, y sus implicancias para un archivo de los sectores subalternos. A partir de los desarrollos de Derrida, de Certeau y Ricœur, el autor reflexiona sobre el principio arcóntico implicado en todo archivo y la democratización del acceso y la gestión del archivo de izquierdas, como también en torno al lugar del archivo como fase documental de la escritura de la historia. De modo sucinto, ubica finalmente estas reflexiones frente a los desafíos y potencialidades que significan las nuevas tecnologías informáticas y digitales.

Abstract

The article starts by briefly describing the current situation of Argentina's archives; it then explores some issues regarding the relationships between archives and history. It also reflects on the implications of those issues for an archive of the subaltern classes. Taking into account some ideas of Derrida, de Certeau, and Ricœur, the author reflects on the archontic principle implied in all archives; on the democratization in the management and access to Left archives, as well as on the role of the archive as documentary phase of the writing of history. Finally, the article briefly confront these reflections to the challenges and potentialities that the new informational and digital technologies bring about.

Palabras clave

Archivo, Documento, Operación historiográfica

Los documentos particulares como fuentes históricas: la experiencia del CeDInCI con los fondos de archivo de las izquierdas argentinas

Adriana Petra

El interés de la historiografía por los fondos particulares y los documentos privados es relativamente reciente.¹ Christophe Prochasson lo ha descrito, refiriéndose a Francia, como una suerte de “gula irreprimible” de los últimos 20 años que podría explicarse por un cambio de rumbo en las prácticas historiográficas: por un lado, el impulso experimentado por la historia cultural, y más específicamente, la multiplicación de trabajos sobre los intelectuales; por el otro, un cambio en la escala de observación de lo social que llevó, por la vía de la microhistoria o de la antropología histórica, a un interés por fuentes menos tradicionales y más cualitativas, como son la correspondencia o los diarios personales.²

Los fondos o colecciones particulares son aquellos generados por un individuo a lo largo de su vida y que pueden reunir documentación relacionada tanto con su esfera íntima o familiar como con sus actividades laborales, políticas, religiosas, económicas, intelectuales, sociales, etc. Este tipo de fondos nacen, a diferencia de los administrativos u oficiales, de una distinta “cualidad de intención”, esto es, no proceden de requerimientos estatales ni de una normativa que obligue, reglamente y tipifique su existencia y evolución. Más allá de la conciencia de sí mismos que puedan tener sus hacedores, un fondo particular proviene siempre de una decisión íntima, de un gesto privado que no supone, como destino *a priori*, su carácter público. Los motivos que llevan a una persona a conservar tramos significativos de su vida a través de documentos escritos, objetos o fotografías no se explican solamente por una vocación de posteridad, y en la mayoría de los casos puede que respondan a estímulos más complejos. Es esa naturaleza distinta la que permite su riqueza y multiplicidad.

Por estas razones los fondos particulares reúnen documentos de orígenes y tipos muy diversos, cuya disposición no tarda en

volverse azarosa y dispersa fuera de su contexto original de significación: desde una carta hasta un souvenir de viaje, desde una pequeña anotación hasta un manuscrito de cientos de páginas, desde una fotografía familiar hasta el carné de un club, desde una circular partidaria hasta un poema. Sus contenidos son, del mismo modo, sumamente heterogéneos: puede tratarse de un intercambio epistolar de alto vuelo político o intelectual, de una solicitud de empleo, de una diatriba personal o de la revelación de un secreto escandaloso. De allí que aquel que trabaja con un archivo particular se sienta muchas veces un *vouyeur*, un extraño que ingresa en un orden ajeno que debe sin embargo descifrar, objetivándolo.

La constitución de un archivo se inicia con el establecimiento de un orden, el otorgamiento de un sentido para aquello que se desea conservar y en cuya elección ya se establece una jerarquía. Cuando una persona construye su archivo personal comienza en el mismo acto a trazar un mapa sobre el territorio de su propia vida: archiva su vida. Claro que no toda, lo que sería imposible, sino aquellos tramos que en principio juzga relevantes, merecedores de una evocación futura. Archivar no es nunca una práctica neutra. Como ha señalado Philippe Artières, es a menudo la única posibilidad que tiene un individuo de construir una imagen acerca de cómo se ve a sí mismo y de cómo quisiera ser visto por otros.

De todas las prácticas puestas en juego en la formación de un archivo personal se destaca lo que podríamos llamar una “intención autobiográfica”. Es sobre todo un movimiento de subjetivación: “escribir un diario, guardar papeles, así como escribir una autobiografía, son prácticas que participan más de aquello que Foucault llamaba una *preocupación por el yo*. Archivar la propia vida es ponerse frente a un espejo, es contraponer a la imagen social una imagen íntima, y en este sentido la formación de un archivo es una práctica de producción de sí mismo y de resistencia.”³

En este artículo me propongo compartir la experiencia de la formación de un área dedicada a la recuperación y cataloga-

1 * Agradezco a Mariana Nazar los comentarios y sugerencias realizados a este artículo, a ella se debe la confección de la nota número tres que acompaña el texto.

2 Christophe Prochasson, “Atenção: Verdade! Arquivos Privados e Renovação das Práticas Historiográficas”, en *Estudos Históricos*, N° 21, Río de Janeiro, 1998 (número especial sobre archivos personales).

3 Philippe Artières, “Arquivar a própria vida”, en *idem*.

ción de archivos particulares dentro de una institución independiente como el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI). Se trata, entonces, de una experiencia de al menos dos planos que es preciso destacar: el proceso mediante el cual una institución especializada en la cultura de izquierdas encara un proyecto de esta dimensión y las implicancias que esto tiene para el estudio de las izquierdas como campo en proceso de consolidación; y, en función de lo anterior, las particularidades que desde la práctica archivística e historiográfica es posible señalar acerca de la naturaleza de las fuentes privadas en base al trabajo realizado sobre los archivos actualmente dispuestos a la consulta pública en el CeDInCI.

El fondo particular como problema

La posesión o custodia de un fondo documental no responde a la constitución de éste en un bien cultural si no es, en algún modo, “descubierto” ante la sociedad de la cual constituye una parte de su historia.

Descubrir, hacer visible un archivo es, principalmente, asumir que éste debe ser accesible a la mayor cantidad de personas que quieran consultarlo propiciando para ello las condiciones e instrumentos adecuados. La cuestión de la accesibilidad es conocida por aquellos que se dedican a la historia de las izquierdas argentinas (aunque no sólo por éstos): muchos documentos de organizaciones, partidos, gremios, sindicatos, formaciones culturales son todavía hoy piezas inhallables, y aun cuando fuera posible hallarlos, la posibilidad de trabajar sobre ellos se topa con barreras difíciles de franquear. En otros casos se han perdido irremediamente. Esta situación responde a problemas y desidias múltiples entre las que puede señalarse, principalmente, las provenientes del Estado, cuya no-política ha sido en sí misma toda una política de persistente destrucción del patrimonio cultural, en algunos casos bastante explícita como fue el vaciamiento y desaparición de bibliotecas y archivos completos producto de la represión y la persecución política. Por otro lado, están las mismas agrupaciones, partidos o simplemente militantes u historiadores “oficiales” que custodian con celosos criterios un patrimonio que queda prisionero de decisiones arbitrarias, coyunturas facciosas o simples simpatías personales.

En este contexto los fondos particulares constituyen un problema específico, tanto para la práctica archivística como para la investigación histórica. Precisamente su definición como “particulares” los convierte en documentos privados, esto es, propiedad de un individuo o familia. Esta diferencia puede no constituir un serio problema, aunque muchas veces también lo es, en el caso de estadistas, gobernantes o artistas e intelectuales consagrados. En este caso, un fondo documental puede ser considerado como parte del dominio público no en función de su origen sino de su naturaleza y ésta es, al menos desde el siglo XVII, la del interés general. Esta concepción se extendió a largo del siglo XIX y XX cristalizando en el caso de muchos países europeos en legislación específica que permitió a los Estados nacionales ex-

tender su derecho de reivindicación sobre numerosas categorías de documentos. En la segunda mitad del siglo XX, el concepto de patrimonio histórico-archivístico nacional reafirmó esta condición de bien cultural de los archivos privados. Sin embargo, el reconocimiento jurídico a menudo no se ha traducido en políticas activas de “patrimonialización” de los fondos o colecciones privadas y la mayoría de las veces su acceso y utilización permanece atado a las condiciones impuestas por sus legatarios, sean familiares, amigos, compañeros, camaradas, albaceas o, lamentablemente también, oportunos apropiadores. En otras ocasiones, su destino es la fatal dispersión, la expatriación y, en el peor de los casos, la pérdida total.⁴

Esta situación tiene graves consecuencias para los investigadores que, si logran localizar un fondo documental, deben luego enfrentarse —salvo loables excepciones— a incómodos controles, informaciones dadas a cuenta gotas, discretos o velados ocultamientos, o a la simple necesidad de los propietarios de sustentar una mitología que creen su deber proteger. El fondo particular pierde así su riqueza y se limita, según el caso, a revelar lo más banal, lo más conveniente o lo más desculpabilizante.

Por esta razón la recuperación de documentos de intelectuales, dirigentes y militantes ligados a las izquierdas es un hecho de fundamental importancia que asume el problema en su doble dimensión: la de los fondos particulares y la del patrimonio político-cultural de las izquierdas. Actualmente el CeDInCI posee veintiséis fondos documentales particulares, algunos parciales, otros completos.⁵

4 La falta de una política de preservación del patrimonio documental en la Argentina puede observarse en el escaso interés tanto por aplicar la legislación vigente, como por adecuarla en aquellos aspectos en que ha quedado desactualizada conforme al desarrollo de la disciplina archivística. La única ley referida directamente a archivos es la N° 15.930 de 1961, la misma rige el funcionamiento del órgano rector el Archivo General de la Nación. Determina, entre otras cuestiones, qué documentos deben considerarse de valor histórico, crea una Comisión Nacional de Archivos para la conformación de un sistema y prescribe que los archivos oficiales deben ocuparse de tener un registro de la documentación histórica perteneciente a individuos particulares e incluye en esta categoría las cartas, diarios, autobiografías, memorias y otros documentos personales.

Esta ley se encuentra reglamentada sólo en parte: los decretos 232/79 y 1571/81 prescriben la modalidad de selección documental para la preservación de la documentación histórica de la Administración Pública Nacional. Pero nunca fueron reglamentadas, ni cumplimentadas las prescripciones referidas a la creación de una Comisión Nacional de Archivos, que pudiera conformar un sistema encargado, entre cosas, de definir qué documentación generada en la esfera privada debiera ser considerada de interés público (o histórico nacional), reglamentar el funcionamiento de cesiones, compras y/o adquisiciones, fiscalizar efectivamente que los documentos de valor histórico no salgan del país, asegurar a los donantes la adecuada preservación y accesibilidad pública (en el caso de que hubiere consentimiento) de los mismos, etc.

5 Además de los fondos descriptos en este artículo el CeDInCI conserva actualmente los archivos particulares (parciales o completos) de: Alba Petrúngaro y Dante Cogolani (1986-2002, 1 caja), Ovidio Richieri (1898-1951, y caja), Fernando Nadra (1938-2002, 6 cajas), Horacio Sanguinetti (1921-1999, 1 caja), Horacio Veneroni (1965-1983, 5 cajas), Macedonio Fernández (1935-1951, 2 cajas), Pascual Bianconi (1969-1971, 1 caja), Roberto Santucho (1959-1972, 1 caja), Samuel Schneider (1941-1991, 2 cajas), Asdrúbal Figuerero/ Comité Acción (1928-1930, 1 caja), Héctor Raurich (1924-1964, 1 caja), Horacio Silvester (1933-1979, 4 cajas), José Paniale (1930-1998, 1 caja), Raúl Larra (1938-1986, 1 caja), Silvio Frondizi (1949, 1 caja), Cayetano Córdoba Iturburu, (10 cajas), Gabriel del Mazo (1956-1959, 2 cajas) y Héctor P. Agosti (c.1950-1970, 9 cajas)

La mayoría de ellos llegaron en forma de donaciones, algunas espontáneas, la mayoría producto de largas y dificultosas gestiones.

La calamitosa situación de los principales archivos y bibliotecas públicas ha diezmando progresivamente la confianza de la sociedad en la responsabilidad y capacidad de estas instituciones de gestionar los destinos de las donaciones. A esta situación general se suma una particular, la tradición de muchos militantes y dirigentes de organizaciones de izquierda de depositar o donar sus archivos a bibliotecas de sus propias formaciones políticas. Lamentablemente, en muchos casos éstas tampoco han podido sostener ese legado. Sujetas a los vaivenes partidarios o los azares de la buena voluntad, en no pocos casos valiosísimos fondos documentales se encuentran arrumbados y humedecidos en algún sótano o diezmadados por la irresistible tentación que ejerce un archivo sin ningún orden o control. Así, tramos enteros de cartas, papeles o manuscritos descansan ahora en la casa de algún súbito heredero, seguramente poco interesado en hacer público su tesoro. Roto el sentido de la más elemental confianza, el trabajo de recuperación emprendido por el CeDInCI ha debido comenzar por recomponer un círculo virtuoso: aquel que une donante y un centro de documentación dispuesto a asumir la responsabilidad por el legado que le es confiado.

Esta tarea, realizada con recursos económicos y humanos escasos y sin apoyo estatal, excede una misión exclusivamente archivística ya que, siendo el estudio de las izquierdas un campo aún en formación, la misma existencia de nuevos archivos se convierte en condición de posibilidad para su expansión y consolidación. La naturaleza de los fondos particulares, los tipos de información que ofrecen sus documentos, los convierten en fuentes extremadamente valiosas que permitirán alumbrar aspectos novedosos o poco transitados de la historia de las izquierdas o bien brindar nuevas perspectivas a viejos enfoques: desde la biografía hasta los estudios sobre sociabilidad, desde la historia política hasta el análisis cultural, la historia intelectual, de las élites, de la vida cotidiana, etc.

Fondos de archivo de los socialistas argentinos: algunas reflexiones

En 2004 el CeDInCI editó, bajo la dirección de Horacio Tarcus, **Los socialistas argentinos a través de su correspondencia. Catálogo de los Fondos de Archivo de Nicolás Repetto, Juan Antonio Solari y Enrique Dickmann (1894-1980)**. En este trabajo —el primero de una serie dedicada a los catálogos de archivos particulares— se realiza una exhaustiva descripción de los 9.984 documentos (la mayoría de ellos correspondencia, pero también manuscritos, recortes periodísticos, papeles partidarios, discursos y fotografías) que fueron reunidos a lo largo de su vida por los tres dirigentes socialistas y donados al CeDInCI por sus familiares.⁶

⁶ A estos se agregan tres colecciones de recortes periodísticos sobre violencia política y lucha armada, sobre el exilio argentino de la última dictadura militar y sobre el mundial de fútbol de 1978.

⁶ **Los socialistas argentinos...** fue posible gracias a la donación de Ada y Herminia Solari del archivo de su abuelo, Juan Antonio, quien a su vez tenía en guarda el

En el catálogo cada fondo es presentado estructurado según el orden original dado por sus hacedores: por un lado, toda la correspondencia ordenada alfabéticamente según el apellido de los corresponsales (se trata, en su gran mayoría, de cartas, esquelas o telegramas recibidos); por el otro, una serie de *dossier* temáticos: material sobre personalidades de la política y la cultura (José Ingenieros, Alberto Ghirardo, Avelino Gutiérrez, Alejo Peyret, David Peña, Germán Avé Lallemand, etc.) homenajes, labor parlamentaria, recortes de prensa, correspondencia de instituciones (Ateneo Liberal Argentino, Fundación Juan B. Justo, Biblioteca Popular El Porvenir), manuscritos, originales y fotografías. Cada parte del catálogo está precedido de una completa cronología bio-bibliográfica que constituye una útil referencia para seguir el itinerario de los documentos descritos. El período que cubren los archivos se abre en 1894 con el manuscrito del primer discurso pronunciado por Enrique del Valle Iberlucea en el centro Juan Bautista Alberdi de Rosario y que Solari utilizó como fuente para su libro **Enrique del Valle Iberlucea, primer senador socialista de América** (1972). Cierra el ciclo el artículo “Democracia, autoritarismo y desarrollo en Latinoamérica”, de José Luis Romero, reproducido como suplemento de la revista **Redacción** y publicado meses antes de la muerte de Solari —quién lo conservó— en agosto de 1980.

Cada documento cuenta con un número de orden, una breve descripción de su contenido, fecha, número de folios y ubicación física. En muchos casos fue necesario reconstruir datos faltantes, descifrar nombres, seudónimos, lugares o completar información que se juzgó necesaria. En estos casos, los datos repuestos están indicados entre corchetes o en nota al pie.

Como instrumento de descripción el catálogo es una herramienta extremadamente valiosa y penosamente poco frecuente para el investigador, sin embargo, no puede aun en su detalle dar cuenta de la riqueza de un fondo de archivo. Por esta razón, creo valioso ensayar una descripción y algunos comentarios en varios niveles, ya que considero que la riqueza documental de los fondos Repetto, Solari y Dickmann deja abierto un camino para futuras investigaciones atentas a las múltiples facetas del desarrollo de la experiencia socialista a lo largo del siglo XX, algunas de las cuales están convirtiéndose en objeto de renovada atención.

El archivo particular de Nicolás Repetto,⁷ cuenta con un total de 2547 documentos de los cuales 2.237 son cartas (incluyendo

archivo de Repetto. El licenciado Jorge Jaroslavsky Dickmann donó el archivo que perteneció a su tío abuelo Enrique Dickmann. A ellos agradecemos la confianza. El proyecto de catalogación contó con el apoyo económico del Programa para Archivos y Bibliotecas latinoamericanas de la Universidad de Harvard.

⁷ Nicolás Repetto (Buenos Aires, 1871-1965) era médico egresado de la Universidad de Buenos Aires. Ingresó al Partido Socialista en 1900 de la mano de Juan B. Justo, junto a quien había integrado la Unión Cívica de la Juventud en 1899 y un año después participado en la Revolución del Parque. Mientras publicaba estudios sobre temas médicos, Repetto se inició en la prensa socialista como colaborador en el **Diario del Pueblo** (dirigido por Justo) y en 1901 se hizo cargo por primera vez de la dirección de **La Vanguardia**. Arduo defensor del cooperativismo participó en fundación de la Sociedad Luz, la Asociación de Socorros Mutuos, la Biblioteca Obrera y la Cooperativa de Consumo, Edificación y Crédito “El Hogar Obrero”. Inte-

un dossier de correspondencia con el director de la revista venezolana **Política**, Alberto Calvo). Entre éstas se destacan los intercambios con el entonces director del semanario **Propósitos**, Leónidas Barletta, con el socialista marplatense Teodoro Bronzini, con los hermanos Ramón y Miguel Ángel Cárcano, con Antonio De Tomasso (durante y luego del viaje de éste a Berna en 1919), con la familia Dickmann, con Torcuato Di Tella, con los dirigentes uruguayos Emilio Frugoni y Ricardo Durán Cano, con Américo Ghioldi, José Ingenieros, Alicia Moreau de Justo, Agustín P. Justo, Tomás Le Bretón, Emilio Coni, Benito Mariannetti, José María Monners Sans, Victoria Ocampo, Arturo Orgaz, Mario Bravo, Alfredo Palacios, César Tiempo, José Penelón, Jacinto Oddone, el socialista español exiliado en México Indalecio Prieto, Franklin Roosevelt, Isaac Rojas y José Evaristo Uriburu. Completan el fondo tres *dossier*: el primer referido al homenaje realizado al cumplirse el primer aniversario de la muerte de Repetto, el segundo que reúne materiales sobre Bolivia, energía atómica, movimiento obrero e industria y colectivización, y un tercero dedicado al médico y cirujano Avelino Gutiérrez.

Los documentos de Juan Antonio Solari,⁸ los más numerosos de la serie, suman un total de 7.376. Su correspondencia recoge gran parte de su labor como escritor y político, siendo particularmente jugosa la mantenida en calidad de “prófugo” del gobierno peronista, época en la que firmaba bajo el seudónimo de Moreira. Entre sus corresponsales es posible encontrar a Diego Abad de Santillán, Pedro Eugenio Aramburu, José Grunfeld, Guillermo Belgrano Rawson, Alfredo Cahn, Octavio Amadeo, Américo Ghioldi, Walter S. Cártey, Edmundo Correas, Bernardo Houssay, Arturo Illia, Sebastián Marotta, Armando Nosedá, Victoria Ocampo, Jacinto Oddone, Jorge Orgaz, Eduardo Pettoruti, Antonio Sanguinetti, Juan José Taccone y Eugenio Troisi. También hay un abundante intercambio con los socialistas españoles en el exilio: Tomás Álvarez Angulo, Juan Losa-

gró por largo tiempo el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista y fue diputado por la Capital Federal en siete oportunidades, desde 1913 hasta 1943. Con el advenimiento del peronismo se exilió voluntariamente en Montevideo (1944-1945) y luego del golpe de 1955, participó en la Junta Consultiva Nacional y fue miembro de la Convención Nacional Constituyente de 1957. Repetto publicó gran cantidad de folletos y libros sobre temas políticos, sociales y laborales, además de biografías, notas de viajes y cuatro volúmenes de tono autobiográfico: **Mi paso por la Medicina** (1955), **Mi paso por la Política** (1957), **Mi paso por la Agricultura** (1960) y **Mis noventa años** (1962). Por tratarse del principal dirigente del Partido Socialista Argentino tras la muerte de Juan B. Justo, la correspondencia por él recibida tiene especial relevancia, ya que fue corresponsal de las grandes figuras del socialismo local e internacional y, más allá de esta corriente, de grandes figuras de la cultura y la política durante varias décadas

8 Juan Antonio Solari (Buenos Aires, 1899 - San Pablo, 1980) dio sus primeras pasos en la política participando, efímeramente, del grupo universitario anarco-comunista Insurrexit, en los '20. Ese mismo año se afilió al Partido Socialista y un año después se casó con la escritora libertaria Herminia Brumana. A los 26 años publicó su primer libro, **Cosas y Tipos** (1925), dando un inicio a una frondosa carrera como escritor y publicista. Fue diputado nacional en tres oportunidades y director de **La Vanguardia**, editorial Bases y miembro de la dirección del Partido Socialista Democrático (PSD) luego de la ruptura de 1958. Amante de la historia, escribió una enorme cantidad de folletos dedicados al tema, además de semblanzas y biografías de políticos, escritores y artistas. Entre sus obras pueden mencionarse **Temas de legislación obrera** (1939), **Parias argentinos** (1940), **Doce años de oprobio** (1956), **Recordación de Juan B. Justo** (1965), **Días y obras de Sarmiento** (1968), y **Recuerdos y anécdotas socialistas** (1976).

da, Andrés Saborit, Indalecio Prieto; con los uruguayos Cano y Frugoni, con el peruano Jorge Luis Recavarren, el escritor boliviano Tristán Marof, con el mexicano Rodrigo García Treviño, el italiano Alfredo Ciccotti, el titular del Secretariado Latinoamericano de la Internacional Socialista, Humberto Maiztegui, y el líder del APRA Víctor Haya de la Torre. El archivo particular de Juan Antonio Solari posee también una importante cantidad de material periodístico, manuscritos y reseñas que utilizaba como fuentes para sus propias producciones, además de un recorrido casi completo por su actividad como articulista en publicaciones partidarias y medios nacionales.

Por último, el fondo de archivo de Enrique Dickmann,⁹ aunque parcial, contiene un interesante tramo de correspondencia referida a su expulsión del Partido Socialista en mayo de 1952, a raíz de la entrevista que mantuvo con el entonces presidente Juan Domingo Perón. La serie se completa con cartas de Adela Chertkoff, Alicia Dickmann, Adolfo Dickmann, fotografías y recortes periodísticos.

Este breve recorrido por los archivos deja ver tanto su importancia cualitativa —casi 10.000 documentos que en su número revelan la centralidad de la letra como eje de una matriz político-cultural ilustrada que el socialismo alentó sin descanso— como su relevancia para reconstruir la evolución de la política socialista y las tramas finales de los vínculos políticos y culturales, las afinidades intelectuales y la trastienda de las rencillas o complicidades más o menos públicas entre estos tres dirigentes socialistas y un amplio grupo de pares provenientes de distintas esferas y de un considerablemente amplio espectro ideológico. Así lo demuestran los intercambios epistolares con figuras nucleares de la política y la cultura argentina e internacional, intercambios que incluyen opiniones sobre los más importantes sucesos políticos del siglo, desde la revolución rusa, pasando por la guerra civil española y el nazismo, hasta la revolución cubana. Por supuesto que los comentarios se extienden a la política local, desde el anarquismo hasta el radicalismo, desde la reforma universitaria hasta los golpes militares, los conflictos internos y los sucesivos fraccionamientos. El peronismo, proveedor de pasiones sin eufemismos, ocupa muchos metros de tenaz escritura.

Por otra parte, los fondos revelan otras dimensiones más difíciles de explicar a modo de inventario. Una de estas es la que conforman cientos de cartas de hombres y mujeres cuyas vidas nos son del todo anónimas: obreros, maestras, empleados, comerciantes, oficinistas, estudiantes, bibliotecarios y otros tantos que no sin menor fervor aparecen interviniendo,

9 Enrique Dickmann (Letonia, 1874, Buenos Aires, 1955) llegó con su familia a la Argentina como parte de un convenio de colonización entre el Barón Hirsch y Julio A. Roca. En 1895 se naturalizó argentino y comenzó su militancia en el socialismo, dos años después asumió por primera vez la dirección de **La Vanguardia**. Médico egresado de la Universidad de Buenos Aires fue diputado nacional por Capital Federal en seis oportunidades entre 1914 y 1943. En 1952, luego de su expulsión del Partido Socialista, fundó junto con su hijo Emilio y otros socialistas disidentes el Partido Socialista de la Revolución Nacional. Escribió un gran número de libros y folletos, entre ellos **Democracia y Socialismo** (1917), **Marx y Bakunin** (1923), **Pensamiento y Acción** (1937), **La infiltración nazifascista en la Argentina** (1939) y **Recuerdos de un militante socialista** (1949)

criticando, preguntando, elogiando o sólo pidiendo un trabajo o una mejor suerte para su jubilación. La importancia de esta correspondencia es extrema para todo aquel que se haya preguntado sobre las formas de circulación de la cultura y las ideas políticas, ya que constituyen originales y no siempre accesibles testimonios acerca de las claves de lectura y los procesos de apropiación, a menudo sutiles, que militantes, simpatizantes, opositores o allegados hicieron de la política socialista, de su prensa, de sus libros, de su organización y de sus líneas programáticas.

En este último caso, claro, el investigador deberá considerar que se trata de un mundo mucho menos homogéneo que el de los políticos o los intelectuales, dando cuenta de algo que, por obvio, no siempre es evidente: que una carta (pero también un manuscrito, un diario o un cuaderno de notas) carece, tanto como un libro o una publicación periódica, de transparencia. Un conjunto de cartas pueden reunirse por su pertenencia a un género pero esto no las homogeniza como fuentes, tanto porque su propia existencia responde a un gesto de selección guiado por, como mencioné al inicio de este artículo, la voluntad de aquel que las conservó y les otorgó un orden en un conjunto mayor y a menudo arbitrario para quien lo manipula desde el presente; como porque en su diversidad no es posible obviar una reflexión acerca de las prácticas y situaciones de escritura, de las fórmulas y modelos epistolares, de los requerimientos de tono y estilo que “reglan” la carta como modo específico de comunicación, así como del tipo de relaciones que se establecen entre el autor y el destinatario de acuerdo a sus pertenencias sociales, formaciones intelectuales o jerarquías políticas. Dos cartas pueden hablar del mismo tema, pero sus procedimientos para presentarlo por escrito en una relación epistolar serán muy diferentes si se trata de Victoria Ocampo o de una maestra rural de Famaillá. Seguramente allí se pondrán en juego competencias, operaciones, omisiones o revelaciones diferentes y de advertir esto depende en muchos casos la formulación de nuevas preguntas y la apertura a enfoques novedosos.

En el mismo sentido, y como lo ha advertido Prochasson, un fondo particular no es por su sola condición una suerte de oráculo que vendría a revelar verdades retaceadas por los documentos públicos u oficiales o por una historiografía poco atenta al papel de los individuos en la sociedad. Los papeles reunidos por un individuo suelen “no bastarse a sí mismos” y a menudo se olvida que éstos son producto de una práctica social que responde a normas y códigos que es preciso descifrar.

Fondo de Archivo de Cavazzoni, Peña y Botana-Onrubia

El fondo de archivo de Pablo O. Cavazzoni fue adquirido por el CeDInCI en el 2003 a través de una compra. Cavazzoni, militante socialista de origen italiano, comenzó su labor política cerca de José Penelón, para luego pasar al Partido Socialista Argentino, donde se mantuvo hasta su muerte.

Este fondo reúne 832 documentos distribuidos en seis cajas de archivos, cinco carpetas y un cuaderno, y descriptos por series documentales. El arco temporal que abarca se inicia en 1896

y se cierra en 1989, aunque la mayor parte de los documentos (en su mayoría recortes extraídos de **La Vanguardia**) están comprendidos entre los años 1900 y 1920. Particularmente interesante es la serie dedicada a los congresos socialistas, entre los que se destacan los materiales referidos al III y IV Congresos Extraordinarios, cuando se produce la escisión, respectivamente, de lo que luego fue el Partido Socialista Internacional y de los “terceristas”. Destacan también las series de manuscritos referidos a la organización interna del Partido, y las correspondientes a la cuestión gremial, movimientos sociales (juventudes socialistas, centros por comunidades idiomáticas, círculos obreros y grupos antimilitaristas), personajes del socialismo nacional e internacional, política educacional, cuestión religiosa y tres *dossier* referidos a las visitas de los socialistas italianos Enrique Ferri, Dino Rondani y Walter Mochi. A estos documentos se le agregan una serie de fotografías e ilustraciones de dirigentes socialistas argentinos y las actas originales del Consejo Nacional del Partido Socialista desde el 15 de setiembre de 1900 hasta el 2 de octubre de 1904.

En cuanto al fondo de archivo de Milciades Peña contiene en su mayoría manuscritos y cuadernos de notas. Existe solo una carta: la que Peña le dirigió al periodista deportivo Dante Panzeri comentando extensamente un artículo de éste en **El Gráfico**, publicado en junio de 1961 a propósito de la actuación de la selección argentina en una serie de partidos amistosos en Europa. ¿Sabe ud. que los mismos problemas —le pregunta refiriendo a las críticas de Panzeri— se plantean en todas las esferas de la vida nacional, y muy particularmente en el Estado, en la esferas privadas?

Entre los manuscritos de Peña se hallan los originales de lo que luego constituiría la **Historia del Pueblo Argentino**, inicialmente concebidos como capítulos pero publicados póstumamente por Jorge Schvarzer como libros individuales bajo el sello Fichas. Completan la serie manuscritos y borradores (en su mayor parte inéditos) sobre imperialismo e industrialización. Especialmente interesantes son sus cuadernos de notas, donde resume, comenta y reflexiona sobre **El Capital** de Marx, sobre la filosofía hegeliana y sobre economía y economía política, incluyendo escritos sobre Adam Smith, Wilfredo Pareto, Gustavo Cassel, Lionel Robbins, J. M. Ferguson, Alfred Marshall, D. H. Henderson y E. von Böhm-Bawerk. Completan el fondo apuntes y listados bibliográficos, material de su consultora “Milciades Peña Investigaciones de Mercado” y una traducción propia del tomo II de la **Crítica de la vida cotidiana** de Henri Lefebvre.

De la escritora y militante libertaria Salvadora Medina Onrubia se poseen trece cartas enviadas por el anarquista Simon Radwitsky entre 1936 y 1941.¹⁰ La primera, escrita apenas dos días después de haber recuperado la libertad luego de estar preso en la cárcel uruguaya de la Isla de Flores; la última, fechada en México el 12 de febrero de 1941 (antes le había escrito desde Barcelona, durante la Guerra Civil, y luego desde Bruselas, después de escapar de un campo de concentración), recién estrenada su ciudadanía mexicana pero imposibilitado de viajar a Estados Uni-

10 Estas cartas fueron reproducidas en el N° 5 de Políticas de la Memoria.

dos por habersele negado la visa “por ser anarquista”. A estas cartas se le agregan otras de Emilio Frugoni (dirigente socialista uruguayo que ejerció la defensa de Radowsky en Montevideo), Carlos Ocampo y Omar Viñole; además de copias de los originales manuscritos de un libro de versos escrito en 1918 y de un tremebundo artículo firmado por Leopoldo Lugones (h) titulado “La virgen roja de **Crítica** y **La Protesta**” publicado en el diario nacionalista **Bandera Argentina**.

El fondo del esposo de Salvadora y dueño del popular diario **Crítica**, Natalio Botana, reúne un total de trece cartas enviadas por Rodolfo Aráoz Alfaro, Ulises Petit de Murat, Federico Cantoni, Edmundo Guibourg, Vicente Huidobro, Omar Viñole, Ángel Falco, Victorio Mosca y el exiliado español Juan Ponce Bastida. Completan el fondo la copia de un manuscrito, presumiblemente de Botana, con apuntes sobre secciones y colaboradores de **Crítica** y una carta de Osvaldo Bayer a Jaime “Tito” Botana, fechada en 1972.

Actualmente el CeDInCI trabaja en la catalogación del fondo de archivo de José Ingenieros, donada en el 2002 por Diana y Horacio Valla Ingenieros, hijos de Amalia Ingenieros, hija a su vez de Julio, hermano de Ingenieros, a cuyo poder pasaron los documentos del médico y filósofo cuando falleció Delia Ingenieros, la hija mayor y primera depositaria del legado de su padre. Delia fue quien estableció un primer orden a estos papeles, distinguiendo lo que eran manuscritos de sus libros, correspondencia, recortes de prensa, tarjeteros de direcciones, etc. También publicó algunos textos inéditos y se proponía editar la correspondencia, pero su muerte, a principios de la década del 90, dejó trunco el proyecto.

El fondo José Ingenieros, que estará disponible a la consulta pública a fines del 2007, está organizado en cinco secciones con sus correspondientes series documentales: Correspondencia, Materiales sobre socialismo y latinoamericanismo (actividades, artículos, folletos, libros, borradores y conferencias, y publicaciones), Trabajos científicos (escritos, revistas, premios, labor institucional y congresos y reuniones), Viajes y Direcciones y Ficheros. Como subfondo anexo a los materiales producidos y/o conservados por Ingenieros, se agregan aquellos documentos que Delia Ingenieros recopiló luego de la muerte de su padre. Se trata sobre todo de recortes y artículos sobre José Ingenieros, y noticias sobre homenajes póstumos.

La consulta y utilización de archivos particulares ha permitido en las últimas décadas realizar importantes avances en los estudios históricos y sociales, expandiendo las fronteras de posibilidad de muchos temas que se consideraban agotados o directamente abriéndolas a nuevos interrogantes y campos de investigación. La experiencia del CeDInCI pretende tanto ser un aporte en este sentido como un llamado de atención y una invitación a la reflexión acerca del destino final de archivos que, sin un compromiso efectivo de recuperación y de recomposición de una conciencia patrimonial, nos estarán vedados para siempre.

Resumen

El artículo se propone reflexionar sobre el interés de los archivos particulares en una doble vertiente: como fuentes históricas y como documentos sujetos a prácticas y políticas archivísticas específicas. A partir de la experiencia del CeDInCI con la recuperación y catalogación de archivos particulares de dirigentes, militantes y escritores de las izquierdas argentinas, se señalan las dificultades referidas a la patrimonialización y accesibilidad de los documentos de archivo de las izquierdas, así como se sugieren algunas líneas de investigación y se describen los fondos actualmente accesibles en el CeDInCI.

Abstract

This article propounds a reflexion about the interest of private archives under two aspects: as historical sources and as documents that could be subject of specific archival practices and policies. Departing from the experience of CeDInCI in the rehabilitation and systematical arrangement of private archives of argentine left activists, leaders and writers, describes the difficulties that involves the accessibility and “patrimonializacion” of that kind of archives, suggests lines of research and depicts the holdings available at CeDInCI today.

Palabras clave

Archivo, Fondos Particulares, Accesibilidad



El hilo de Ariadna

Mariana Nazar · Andrés Pak Linares

“Cuando se habla de confusión,
lo que casi siempre hay es confusos”

Julio Cortázar, **Libro de Manuel**

A modo de presentación

Durante la década del 90 la profundización del modelo neoliberal tuvo su incidencia, también, en materia archivística. La reforma del Estado implicó fuertes reducciones de presupuesto y personal para casi todas las áreas de gobierno; las secciones de archivo no fueron la excepción, viéndose aún más desatendidos y menospreciados de lo que históricamente venían siéndolo. El fenómeno de privatizaciones terminó de colapsar el sistema de archivos a nivel nacional por cuanto se llevó a cabo sin prever que pasaría con los documentos de las instituciones privatizadas o desreguladas, una vez que se entregaran los inmuebles en donde se acopiaban éstos sin mayores cuidados archivísticos, a sus nuevos administradores.

Actualmente, los intentos por reasignar al Estado funciones de responsabilidad social pueden observarse más en declaraciones públicas que en acciones concretas. Mientras que en los archivos las políticas de preservación y difusión del patrimonio documental prácticamente están ausentes, los tópicos referidos a la memoria, los derechos humanos y la verdad histórica pueden encontrarse con frecuencia en las declaraciones mediáticas de miembros del gobierno.

Por otro lado, asistimos al auge de nuevas perspectivas para el análisis de la historia social, en particular los debates historiográficos en torno a las posibilidades, limitaciones y abordajes del pasado reciente. Las problemáticas relacionadas con las formas de análisis, la viabilidad de abordajes intersubjetivos, las formas de interpretación y narración, los planteos en torno a la construcción de la memoria y la utilización de nuevas fuentes tales como testimonios orales, historias de vida, etc. tienen cada día más relevancia en los distintos espacios de discusión académica.

Es en el marco de estos emprendimientos que, preocupados por explorar en forma innovadora viejas fuentes o a la búsqueda de documentos no utilizados, suele aparecer una falta de precisión en la utilización de la palabra archivo. Las diferentes utilidades del término quizá estén relacionadas con las asociaciones que ésta genera: archivo como reservorio de la memoria, como espacio donde se preservan testimonios, como materia prima de la historiografía, como documento.

Esto lleva a que muchas veces sea utilizada como sinónimo de “reservorio de información” (ya sea biblioteca, hemeroteca o centro de documentación) o como sinónimo de testimonio, historia o memoria.

Más allá de las intenciones y los resultados, consideramos que la precisión en la utilización de conceptos es una premisa básica para el desarrollo de actividades intelectuales y una buena forma de empezar a poner en discusión la problemática referida a los archivos, partiendo de una distinción fundamental que suele encontrarse ausente: una tarea es investigar en un archivo y otra es trabajar en un archivo para poner los documentos al acceso del público.

La primera está destinada básicamente a la interpretación y la otra al servicio de la interpretación del otro, del usuario. Si bien para algunos renombrados científicos sociales la tarea pareciera ser la misma, tanto el desconocimiento como la falta de aplicación de la disciplina archivística puede terminar, incluso, atentando contra aquello que se pretende preservar: los documentos.

Muchas veces hemos escuchado que el trabajo de archivo puede hacerlo cualquiera, que es una cuestión de sentido común. Considerando que el sentido común es el menos común de los sentidos, en el presente trabajo intentaremos precisar los alcances de algunos conceptos básicos de la Archivística y explicitar algunas imprecisiones que circulan tanto en publicaciones como en el accionar cotidiano de algunas instituciones.

Marco conceptual. Algunas definiciones

Las siguientes novecientas veinte palabras no aportarán demasiado para aquellos lectores que estén al tanto de los conceptos archivísticos básicos que, aunque sometidos a revisión, rigen (o, por lo menos, deberían regir) la práctica en la materia.¹

Además de poner de manifiesto el corpus de fundamentos intelectuales que guiarán este trabajo, hemos tomado la decisión de incluir esta síntesis dado que, desgraciadamente, nos parece que estos mínimos conceptos prácticamente no están siendo puestos a operar en la mayoría de las instituciones (recientes y no tanto), ni sustentan conceptualmente algunos proyectos y

¹ A modo de lecturas introductorias se recomiendan los textos de Antonia Heredia Herrera, **Archivística General. Teoría y Práctica**, Sevilla, Diputación Provincial, 1986; Ramón Alberch i Fugueras, **Los archivos, entre la memoria histórica y la sociedad del conocimiento**, Barcelona, UOC, 2003 y Vicenta Cortés Alonso, **Manual de Archivos Municipales**, Madrid, ANABAD, 1982.

discusiones académicas a las que hacíamos referencia en la Introducción al presente trabajo.

Esto último no pretende inscribirse ni como una demanda de dogmatismo académico ni mucho menos como una exigencia corporativa para asegurar algún nicho de desarrollo profesional. Por el contrario, pretende impulsar una apertura interdisciplinaria a la revisión de las categorías hoy en vigencia al mismo tiempo que incorporar más y mejores profesionales a un campo que se está revelando cada vez más amplio cuantitativamente y variado en términos cualitativos.

El Consejo Internacional de Archivos contempla tres acepciones para el vocablo “archivo”, a saber:

“1) Conjunto de documentos, sea cual sea su fecha, forma y soporte material, producidos o recibidos por cualquier persona física o moral, y por cualquier servicio u organismo público o privado en el ejercicio de su actividad, conservados por su productor o sus sucesores para sus propias necesidades, o bien transferidos a la institución de archivos competente según el valor archivístico.

2) Institución responsable de la reunión, el tratamiento, el inventario, la conservación y la comunicación de los archivos, también denominada *servicio de archivos*, o *archivo*.

3) Edificio o parte de un edificio donde se conservan y comunican los archivos, denominado también *depósito de archivos*”.²

A los efectos de delimitar claramente los alcances de cada una, en este trabajo utilizaremos, para cada una de estas posibles acepciones los vocablos específicos: archivalía, archivo y depósito. Fondo documental, institución y edificio.

Para el tratamiento, entonces, de las archivalías, la disciplina reconoce dos principios fundamentales: respeto a la procedencia y al orden original.

El primero exige que los fondos documentales sean tratados en forma individual y mantengan su autonomía frente a otros; el segundo, complemento de éste, que no se altere el ordenamiento en el que los documentos fueron creados. En el caso de encontrarse con documentación que ha visto alterados estos principios, el primer objetivo del archivista es la recomposición de los mismos, tarea que, por supuesto, requiere amplios conocimientos en la materia.

La alteración de cualquiera de estos principios puede volver muy dificultoso la recuperación de la información que contienen los documentos, la posibilidad de indagar acerca de las condiciones de producción y la integridad misma de éstos.

Ahora, si por documento podemos entender “todo registro de información independiente de su soporte físico”³, también deberíamos poder entender que los documentos de archivo son de

una especificidad diferente de los bibliotecológicos, hemerotecológicos, arquitectónicos, museológicos, etc...

Su especificidad está dada, entre otras cosas, por su carácter orgánico⁴, seriado, único, original e íntegro; tiene una serie de caracteres externos (soporte, medio para la fijación del contenido, forma, etc..) e internos (autor, contenido, destinatario, lenguaje, etc...) que no deben ser alterados para evitar afectar su validez.⁵

Ningún tipo de reprografía (digitalización, microfilmación, fotocopia, etc...) puede reemplazar, entonces, al original. Lo que no quiere decir que la reprografía no sea una importante aliada a la hora de preservar al original sacándolo de la manipulación constante por parte de los usuarios o de agilizar el trámite en el que éste se halla comprometido.

El carácter seriado de los documentos de archivo acaso sea el más importante a la hora de atender a su tratamiento. Una serie documental refleja la producción orgánica del desarrollo de una actividad concreta, históricamente dada. Sin la noción de serie el documento podrá ser de gran utilidad para museólogos, anticuarios, traficantes de firmas y fetichistas variopintos, pero pierde su valor archivístico, pierde su marco de referencia, su contexto. Y nosotros perdemos la relación que existe entre éste y sus condiciones de producción institucional.

Esta relación entre la producción documental y su contexto de producción se pone de manifiesto en uno de los primeros instrumentos de descripción que el responsable del servicio de archivos debe confeccionar (o, por lo menos, esbozar para una posterior confirmación), el cuadro de clasificación. En él se ve reflejada la estructura orgánico-funcional del organismo productor y su relación con la producción documental.

Otros instrumentos de descripción de los cuales el inventario, como herramienta primera de control e información, debe ser el primero y el índice temático, probablemente el último, permitirán búsquedas más rápidas y efectivas⁶ por parte de los usuarios.

El documento de archivo no es la única fuente para el estudio del pasado, pero es a partir del reconocimiento de la especificidad de cada una de ellas (las conocidas y las por conocerse) desde donde podremos darle un tratamiento técnico adecuado que permita su preservación y utilización.

Así, las características comunes de disciplinas como la Archivística, la Bibliotecología y el Documentalismo no debe difuminar sus diferencias toda vez que, por ejemplo, el tratamiento de documentos de archivo bajo la impronta fuertemente orientada temáticamente de los Centros de Documentación, puede hacer peligrar la integridad de los mismos (reemplazo de originales por copias), el desmembramiento de los fondos documentales en el

4 Ver la primera acepción de la palabra “archivo” en este mismo trabajo.

5 Es importante adelantar que esta validez, por un lado, no está relacionada con su veracidad y por otro, apunta tanto a la utilidad jurídico-administrativa como cultural-histórica del documento.

6 Por supuesto, en forma directamente proporcional a la eficiencia en la confección de los instrumentos.

2 Ramón Alberch i Fugueras, Ramón, *op. cit.*, cap. 1, p.17, cursivas en el original.

3 Antonia Heredia Herrera, *op. cit.*, cap.4, p. 87

marco del cual tienen sentido⁷ (separar físicamente por temas o personalidades los distintos documentos), complicar seriamente el acceso a la información (alterando el orden original que deviene en ininteligibles pseudoinstrumentos de descripción), etc.

En busca de nuevos sentidos

Lo mencionado anteriormente no debería distraernos del hecho de que el desarrollo de una disciplina científica cualquiera, y la Archivística no escapa a esta situación, está inmerso en lo que Foucault denomina “formación discursiva”⁸, está implicada en redes de producción y distribución de enunciados⁹ relacionados con el acontecer social y político de nuestra sociedad en un momento dado.

En resumen, cuando exponemos nuestros anclajes teóricos para el tratamiento de archivalias lo hacemos, como mencionábamos antes, sabiendo que presentamos como una foto algo que se asemeja más a una película que se va montando mientras se rueda.

Si, por ejemplo, el día de mañana, el dispositivo jurídico restara importancia a la originalidad del testimonio en soporte papel, probablemente muchos conceptos de la archivística se pondrán en tensión pero, hoy, la foto revela estos contornos.

Asistimos en la actualidad a fuertes declamaciones orientadas hacia la necesidad de resignificar, reorientar, dar un nuevo sentido a los archivos.

Para ello, se esgrime, es necesario crear nuevos archivos temáticos (de género, políticos, sociales, etc...), reordenar temáticamente el material, priorizar proyectos de reprografía por sobre la incorporación de material, la preservación del existente y su descripción (en algunos casos dentro de esos archivos de reciente creación o como “innovaciones” metodológicas y políticas dentro de instituciones de más de 150 años de antigüedad), agjornar estas instituciones con muestras de arte, encuentros intelectuales, militantes, visitas guiadas, ediciones de fuentes que todavía no han sido tratadas técnicamente y otra gran batería de desaciertos que, bajo el tamiz de lecturas que no serán sometidas a exégesis en este trabajo, parecen confundir resignificar un texto con cambiar el orden en que las palabras se inscriben en él.

Reordenar físicamente una archivalia no debería ser otra cosa que restituirle su orden original en el caso que estuviera alterado, y no darle el orden que, a la luz de nuestras actuales orientaciones políticas, suponemos que debería haberle sido impuesto (disimulando, pero no tanto, una mueca de disgusto muy políticamente correcta frente a palabras como “Servicios” o “Inteligencia”).

Una vez más, no queremos establecer una petición dogmática. El “justiciero” reordenamiento no hace otra cosa que alterar, en algunos casos para siempre, la posibilidad de comprender

el contexto institucional y normativo de producción de ese documento. Amén de las altas posibilidades de que recuperar ese documento entre otros que no son de su misma especie (serie) esté más emparentada con el azar o la exhaustiva lectura de poco eficientes instrumentos de descripción que con un adecuado servicio de archivo.

Los nuevos sentidos que, en un sentido, estamos obligados a dar sobre la documentación no pasa por su reordenamiento (especialmente el físico, pero tampoco el intelectual, en general asociado a índices temáticos) sino, entre otras, por la aplicación de nuevos paradigmas hermenéuticos, la recuperación y puesta en consulta *luego del tratamiento archivístico pertinente* de archivalias condenadas a la destrucción por acción o desidia¹⁰, la utilización de la mirada, la lectura entre líneas y la puesta en cuestión de las jerarquizaciones textuales impuestas.

El problema de la selección documental

Otro de los puntos transitados por los científicos sociales al hablar de archivos, es la preocupación que genera la cuestión referida a la selección documental. En uno de los trabajos pioneros de científicos sociales hablando sobre la cuestión de los archivos para la historia reciente encontramos que “En el mismo juego en el cual archiveros, directores, periodistas y científicos, burócratas y otros seleccionan documentos y los clasifican se descarta y destruye una enorme masa de productos, de objetos”.¹¹ Más allá de volvernos a encontrar con la confusión referida anteriormente sobre lo que es un documento de archivo y lo que no, quisiéramos desarrollar qué se entiende en la disciplina archivística por selección documental.

La guarda de toda la producción documental es imposible e, incluso, indeseable tanto por la imposibilidad de contar con los recursos necesarios como por la inutilidad del gesto. Dejamos a los especialistas en memoria las intervenciones que nos expliquen cómo funciona la selección en la memoria social o individual, la imposibilidad de “Funes, el memorioso”.¹²

El documento es parte de un fondo documental que es generado en el desarrollo de misiones y funciones específicas de la entidad productora y es ésta, justamente, la característica que nos permite como investigadores encontrar una riqueza particular en estos documentos. Por eso, los archivos no preservan solamente documentos para la historia de una sociedad, también preservan derechos y la historia institucional del organismo productor.

Entendiendo que los documentos de archivo pertenecen a un todo orgánico y que son creados no para que los historiadores

7 Alarmante misión que se desprende del decreto de creación del Archivo Nacional de la Memoria.

8 Michel Foucault, *La Arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI 2001, cap. II, p. 62.

9 Michel Foucault, *Microfísica del Poder*, Madrid, La Piqueta, 1992, p. 189.

10 Desidia que sería interesante analizar en su relación funcional con el ejercicio del poder.

11 Ludmila Da Silva Catela, “El mundo de los archivos”, en Ludmila Da Silva Catela y Elizabeth Jelin, *Los archivos de la represión: Documentos, memoria y verdad*, Madrid/Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, p. 201.

12 Jorge Luis Borges, “Funes, el memorioso”, en *Artificios*, en *Obras Completas*, Barcelona, Emecé, 1996, tomo I, p. 485.

los leamos sino como parte de un procedimiento administrativo, la selección archivística se realiza a partir de un proceso de evaluación documental en el cual priman los valores de las series documentales por sobre el simple paso del tiempo.

En el caso de los documentos de archivo el proceso de selección documental más frecuente en la Argentina podría denominarse vulgarmente como "selección natural" que, en realidad, es la determinada por la ignorancia o la desidia.

Uno de los mayores agentes de destrucción documental es el paso del tiempo a través del deterioro de los soportes. Este impacto es minimizable generando las condiciones adecuadas de preservación en los depósitos donde se conserva la documentación y tratando adecuadamente los documentos.

Éste es uno de los procedimientos más delicados de la disciplina y sería ingenuo plantearla como un método aséptico extraño a las relaciones de poder. Llevarla a cabo mediante un procedimiento establecido nos brinda la posibilidad de dejar abiertas al futuro puertas de intervención y reinterpretación hermenéutica que una selección por fuera de la disciplina no nos permite.

En primer lugar el proceso de evaluación documental debe llevarse a cabo por una comisión interdisciplinaria que esté en condiciones de apreciar los distintos valores de los documentos, la cual se forma al interior del organismo productor y tiene por finalidad establecer las tablas de plazos de guarda de la documentación¹³.

La selección documental se realiza en primera instancia diferenciando la documentación facilitativa (aquella que colabora con el funcionamiento de la organización) de la sustantiva (aquella que le da sentido a la organización) y teniendo en cuenta el ciclo vital de los documentos. Se considera que los documentos están en su primera edad cuando aún no han cumplimentado el motivo por el cual fueron creados o sea, no ha finalizado su tramitación. Transitan la segunda edad cuando son conservados por si existiera algún reclamo en referencia a ese trámite, siendo su frecuencia de consulta mucho menor y aconsejable su guarda en depósitos ubicados fuera del organismo productor. En ambos casos, éstos documentos aún conservan su valor primario, que es aquel que va unido a la finalidad inmediata por la que la institución ha producido el documento.

Este valor puede ser: administrativo (el que posee un documento para la administración de origen en tanto engendre derechos y obligaciones y sirva de garantía para justificar situaciones y hechos), informativo (el que sirve de referencia para la elaboración o reconstrucción de cualquier actividad de la administración y que también puede ser testimonio de la memoria colectiva), fiscal y contable (el que tienen los documentos que pueden servir de explicación o justificación de operaciones destinadas al control presupuestario o de testimonio del cumplimiento de obligaciones tributarias) y legal-jurídico (del que se derivan derechos u obligaciones legales regulados por el derecho común o como testimonio ante la ley).

13 Los organismos de la Administración Pública Nacional están bajo el imperio del decreto 1571/81 en esta materia.

El valor secundario surge de apreciaciones que no son la propia finalidad administrativa del documento. Éste puede ser evidencial (utilidad permanente en virtud de su relación con derechos imprescriptibles de las personas físicas o morales), testimonial (utilidad permanente porque refleja la evolución del organismo administrativo que los creó) e informativo (utilidad permanente por aportar datos únicos y sustanciales para la investigación y el estudio de cualquier campo del saber)

La tarea de selección se realiza evaluando los valores primarios y secundarios de cada serie documental y no de cada unidad documental. La documentación que ha cumplido sus plazos primarios de guarda y no posee valor secundario o histórico puede ser destruida.

El proceso, denominado desafectación, no implica tan sólo la destrucción de la documentación, incluye la elaboración de instrumentos que den cuenta para las generaciones futuras de las series desafectadas, la descripción de las mismas, las fechas extremas y el criterio utilizado para decidir su destrucción.

No se puede conservar todo (resabio positivista) y no podemos saber qué interesará en el futuro a los investigadores, pero podemos proveerle los elementos necesarios que les permita saber qué documentos no podrán encontrar y por qué.

Accesibilidad documental

La mera existencia física de los documentos de archivo no garantiza su utilización. Para que un archivo pueda cumplir sus principales funciones: salvaguardar los documentos para la historia de la sociedad, para el desarrollo institucional y para el sostén documental de los derechos de los y las ciudadanas, debe poseer determinadas condiciones de accesibilidad.

Éstas pueden dividirse en dos categorías: las de orden práctico y las de orden legal o jurídico¹⁴.

Las condiciones de accesibilidad de orden práctico giran alrededor de la posibilidad de conservación física de los documentos, la existencia de repositorios, servicios y equipamiento en los archivos, la organización y el respeto de los fondos documentales, la asignación de medios económicos y de personal, la elaboración de instrumentos de descripción y auxiliares, la difusión (de archivos, documentos y descriptores), la posibilidad de realizar reprografías para evitar la excesiva manipulación de los originales, la existencia de maquinaria adecuada para la lectura de documentos audiovisuales o informatizados, etc.

La condición de accesibilidad de orden legal está referida a la normativa que clasifica los documentos permitiendo su consulta.

En los países con régimen democrático, generalmente, el derecho a la libre información ciudadana está garantizado, pero suele regularse la limitación del mismo en referencia a la necesidad de proteger la seguridad del Estado y sus relaciones multilaterales,

14 Michel Duchéin, *Los obstáculos que se oponen al acceso, a la utilización y a la transferencia de información conservada en los Archivos: Un estudio del RAMP*, París, Unesco, 1983.

el respeto a la vida privada (protección de datos sensibles), la propiedad intelectual, el secreto industrial y comercial y el derecho a la propiedad privada de los dueños de archivos¹⁵.

En nuestro país la normativa que restringe el acceso a la documentación no tiene en cuenta el posible valor secundario o histórico de los documentos. Ni para clasificar o desclasificar documentación secreta, ni para proteger los datos personales.

Esta síntesis permite comprender cuáles son las condiciones de accesibilidad de un archivo. Si los documentos se han destruido adrede, si no se han preservado adecuadamente, si están pero se encuentran desordenados o sin instrumentos de descripción, si se han desmembrado fondos, si no hay personal para realizar adecuadamente esas tareas etc. no tendremos documentos para trabajar. Un archivo cerrado, un archivo no accesible, no es un archivo. Es un depósito sin sentido.

En las sociedades modernas el origen de las limitaciones a la accesibilidad documental es un problema político. La existencia de archivos eficientes en una nación, o su no existencia, y, por ende, la valoración de la historia y el compromiso con la memoria es una decisión política que, en gran parte, está relacionada con una política de Estado al respecto.

Que los archivos no cuenten con presupuesto para sostener las mínimas condiciones de preservación de sus documentos, que no cuenten con el mobiliario y cantidad de repositorios adecuados, con el personal idóneo, que no se elaboren instrumentos de descripción, que no se concrete un sistema nacional de archivos, es un problema político.

En la Argentina, la ausencia de una adecuada política de preservación y difusión del patrimonio documental termina instituyendo sentidos para lo pasado, tanto para la investigación en ciencias sociales y las posibilidades efectivas de resarcimiento frente a la violación de derechos humanos, previsionales y sociales como para la protección de los recursos del Estado frente a la depredación por parte de intereses particulares.

Políticas para los archivos

Más acá de las críticas que se le pueden (y, quizás, debiéramos decir deben) hacer a una disciplina como la Archivística, o como cualquier otra, crítica que evidentemente da cuenta de la inscripción de esa disciplina en el reticulado de formación, distribución y jerarquización de enunciados que establecen una relación con otras manifestaciones sociales que desde hace tantos años ya son tema de debate en las Ciencias Sociales, el marco teórico que guía (o debería guiar) la práctica archivística no distingue entre las archivalías producidas por los distintos organismos del Estado y la, llamada, sociedad civil; entre las organizaciones de izquierda y de derecha, funcionales al patriarcado y feministas.

15 Para un estudio de la clasificación de documentos secretos en la Argentina véase Mariana Nazar, "La accesibilidad documental y sus limitaciones legales: los documentos secretos en la Argentina", ponencia presentada en el Vº Congreso de Archivología del Mercosur, Córdoba, 2003, edición digital, disponible en www.farar-argentina.com.ar

Por supuesto, las tensiones entre lo que prescribe la teoría y lo que encontramos en la práctica diaria están a la orden del día y, precisamente allí es donde los que pretendemos dar cuenta intelectual sobre nuestro accionar como profesionales de las Ciencias de la Información encontramos un campo propicio para poner en discusión conceptos que, entendemos, deben acompañar el movimiento histórico de la sociedad en el seno de la cual se produjeron.

Así, nuestro trabajo con organizaciones políticas, sindicales, sociales y culturales nos puso en contacto con material que, indudablemente, sedimentaba en distintos soportes (papel, video, película fotográfica, etc.) la actividad de esa organización; testimonios a transformar en fuentes para el estudio de esas expresiones sociales de las cuales no dan cuenta, excepto a efectos disciplinarios¹⁶, los documentos producidos en la órbita estatal.

Esos documentos, sin embargo, no podían reclamar validez en un marco de aplicación ortodoxa de las definiciones de manual ya que, por ejemplo, difícilmente un militante firmara y sellara e, incluso, datara, un informe detallando el estado de situación política estando su organización proscripta y sus integrantes perseguidos. De ahí a que los cordones del zapato de un señero militante deba ser expuesto en el "Archivo" hay un abismo que no se salva con la reformulación de los conceptos archivísticos sino con la capacitación de los responsables de archivos, museos, bibliotecas y centros de documentación que, estableciendo la importancia de cada disciplina para la salvaguarda del variado número de documentos, en sentido amplio, testimoniales del accionar humano, según los postulados de cada disciplina, puedan avanzar en el camino de la integración de cada una de ellas (con los acervos que conservan y difunden) en un espacio interdisciplinario.

Esta propuesta, por cierto, es una propuesta política que supone, en su base, forzar los límites de la disciplina hasta que, si es necesario, ésta estalle, pero evitando, al mismo tiempo, suponer que evitando la aplicación (por ignorancia o mala fe) de los conceptos archivísticos estamos realizando o bien un trabajo archivístico (lo que ya suena a contradicción lógica) o bien estableciendo parámetros revolucionarios que no pueden sostenerse ni en la especulación teórica ni en los resultados prácticos.

Así como abogamos por la disolución de los compartimentos estancos para el tratamiento de distintas fuentes de información sin que eso implique la negación (teórica o práctica) de los campos particulares en los que cada disciplina es más eficiente, también lo hacemos a favor de la integración, en el área específica de los archivos, de los distintos repositorios sin que éstos pierdan ni su autonomía ni su libertad de acción por estandarizar los procedimientos técnicos referidos a preservación, ordenación, clasificación, descripción y difusión (ésta última con las restricciones, publicitadas, del caso) a los que debe someterse la documentación.

La ley 15930/61 crea un Sistema Nacional de Archivos (SINAR) que nunca se puso efectivamente en funcionamiento. Cierta es

16 Lo que, por otro lado, no es un dato menor para el estudio de esas mismas organizaciones.

que la impronta de ese SINAR era fuertemente centralizadora y estatista, hecho éste que colaboró con las políticas de des-integración que son moneda corriente en el mundo archivístico nacional.

La experiencia brasileña, con la reformulación de su Consejo Nacional de Archivos (CONARQ) ejemplifica, con todas las críticas que puedan hacersele, una línea de acción que sería inédita en la Argentina.

Un SINAR reformulado no tiene por qué ser incompatible con las autonomías de cada jurisdicción (nacional, provincial, municipal, regional, etc...), poder (ejecutivo, legislativo, judicial) u organismo en el sector estatal ni con las de las distintas organizaciones (políticas, sociales, sindicales, religiosas, sociales, culturales, etc...) de la sociedad civil.

De lo que se trata es de confluir en un espacio común en donde establecer de común acuerdo normas elementales y comunes para el tratamiento del material de archivo, generando redes más amplias y veloces de difusión de la información que ese material soporta.

En tanto y en cuanto se mantenga el actual estado de cosas en lo que se refiere (con su amplísima gama de matices) a la función del Estado y su relación con el resto de la sociedad, este SINAR también podría funcionar de forma tal que las organizaciones no concurren a éste para ser monitoreadas por el Estado sino exactamente al revés; una organización conformada heterogéneamente en donde el Estado deba rendir cuentas del tratamiento que le da a la documentación que involucra a la sociedad toda. Hecho que, hoy en día, es absolutamente impensable con un Archivo General de la Nación (órgano rector en materia archivística nacional, según la mencionada ley 15930) olvidado en el presupuesto, sin líneas políticas mínimas de funcionamiento, sin concurso en ninguno de sus cargos directivos, escaso de personal, y presa de una perversa política de Recursos Humanos (tan común, por otro lado, a la Administración Pública toda) en donde el sector archivo es el preferido para destacar personal poco afecto al trabajo, escasamente calificado o directamente castigado.

Cierto es que no hay que ser muy afecto a las teorías conspirativas para entrever la funcionalidad que genera un Archivo General de la Nación en estas condiciones para la difusión de empresas privadas de "Administración de Documentos" que tienen a su cargo, incluso, documentación de Ministerios, la llegada de capitales transnacionales en forma de subsidios para la preservación de archivos y, entre otras cosas, la puesta en medios de comunicación de justificaciones ideológicas y prácticas para la creación de distintos centros de documentación, muchas veces llamados archivos, que, luego, exigirán a ese mismo Estado al que no se le exige activamente que cumpla con sus funciones, que "colabore" con tan desinteresada causa; causa que viene a llenar el vacío que la institución estatal no cumple.

Junto a los demás sectores sociales integrantes del SINAR, la comunidad científica puede incluir su agenda de prioridades para el desarrollo de las nuevas y viejas investigaciones, la aplicación de nuevas y viejas metodologías, el tratamiento de nuevos y viejos problemas bajo nuevas y viejas miradas, sin soslayar una

disciplina que, más allá de sus deseables críticas y necesarias actualizaciones, cuenta con un corpus conceptual y una experiencia práctica de más de 100 años.

A modo de conclusión

Enmarcada por el desafío actual que plantean las reformulaciones metodológicas y las nuevas líneas de investigación de la historiografía social contemporánea, que propone la relectura en otra clave de fuentes conocidas y el rescate de otras, hemos registrado una gran preocupación de parte de la comunidad de científicos sociales con respecto al tema archivos.

La manifestación, en general espasmódica, de esas preocupaciones apunta tanto a la gestión como al acceso de fondos documentales.

Nuestra intervención tiene como propósito el planteo de problemas y limitaciones con los que nos enfrentamos en nuestro quehacer cotidiano¹⁷.

Considerando que el problema, en nuestro país, no se remite a la falta de una cámara digital, la digitalización de un fondo completo, la compra de una escalera o la necesidad de subsidios para gestionar archivos privados (muchos de los cuales ni siquiera son archivos), la solución requiere de una fuerte resignificación política del papel de los archivos para la sociedad.

En este sentido, entre otras, se vuelve de una urgencia crítica la modernización de la normativa que hace al funcionamiento de los archivos estatales en nuestro país; redireccionar las acciones concretas referidas al rol del Estado en la protección y difusión del patrimonio (no sólo del documental, pero también de éste); la implementación del Sistema Nacional de Archivos y, a través del mismo, la asignación de partidas presupuestarias acordes a las necesidades de los mismos ya sea en la órbita del Estado como en el caso de los archivos producidos por la sociedad civil; reformular políticamente el lugar del Archivo General de la Nación como órgano rector nacional en materia archivística y que aún no puede, siquiera, sustanciar un concurso para su Dirección que ya lleva tres años abierto, dotarlo de recursos y personal en cantidad e idoneidad adecuada y reformar tanto los planes de estudio como, probablemente, el nivel de grado de las escuelas de archiveros que hay en el país.

Estas acciones requieren, además, del efectivo funcionamiento de espacios en donde confluyan las distintas disciplinas y actores sociales para acordar y desarrollar políticas comunes en cuanto a la preservación y difusión de esos vestigios de la acción humana que son los documentos, estableciendo responsabilidades y reglas modificables, pero públicamente claras, para su tratamiento.

Sin una solución integral a la problemática de los archivos seguiremos poniendo en peligro aquello que, ingenuamente, pretendemos preservar: los documentos.

17 Ambos autores trabajamos en el Departamento Archivo Intermedio del Archivo General de la Nación.

Resumen

Frente al renovado interés de parte de la comunidad científica y la sociedad en general por temas relacionados con el pasado reciente, la memoria y el papel de los documentos en la construcción tanto de nuevos productos historiográficos como en la posibilidad de establecer jurídicamente las responsabilidades de los distintos actores sociales, los autores invitan a la reflexión en torno a la adecuada utilización de la disciplina archivística en el marco de una resignificación política de los servicios de archivos.

Para ello, repasan sintéticamente los principales conceptos archivísticos, ejemplificando los problemas que trae su falta de aplicación y distinguiendo enfáticamente las diferencias entre un archivo y un centro de documentación, sin menospreciar la utilidad de cada uno de ellos para el desarrollo de investigaciones científicas o jurídicas.

Esto, planteando las especificidades que tiene la utilización de los documentos de archivo, tanto para la historia como para el ejercicio de derechos y la ineludible responsabilidad que le cabe al Estado en la implementación de una política eficiente de preservación y accesibilidad a los mismos.

Abstract

In the light of the renewed interest evinced by the scientific community and general public in issues related to the recent past, memory and the role of documents in both the construction of new historiographic products and the possibility to determine the juridical responsibility of different social actors, the authors would like to mull over the appropriate archiving discipline so as to create a proper framework to assign new political significance to the archiving service.

To that purpose, the main registry concepts are reviewed in order to set examples of those problems caused by the failure to apply said concepts and to state clear differences between archives and documentation centre, without playing down the importance of any of them in the scientific or juridical research.

Moreover, the work states the specificity of the use of registry documents to both history and in the exercise of rights, as well as the State's unavoidable responsibility for the implementation of an efficient policy towards the preservation and accessibility of archives.

Palabras clave

Archivística, Política de archivos, Accesibilidad

Vida del Cedinci



O camiño que aínda quedou

Novedades editoriales

El antifascismo argentino. Selección documental y estudio preliminar de Andrés Bisso

Buenos Aires, CeDInCI/Buenos Libros, 2007

El segundo libro de la editorial del CeDInCI, a través de una selección de documentos del antifascismo argentino, reconstruye un importante trayecto de la producción intelectual de los diversos actores y entidades de este movimiento político y social, durante más de tres décadas de historia.

Tanto por su densidad como por su complejidad analítica, el conjunto de fuentes seleccionadas resulta lo suficientemente representativo del movimiento y la prensa antifascistas de nuestro país en su período de ascenso y apogeo. A través de su lectura, se verán cuestionadas viejas fórmulas cursadas por la memoria política y la historiografía nacional en torno al movimiento antifascista argentino, donde éste quedaba circunscrito a una lucha eminentemente europea y sus apelaciones ideológicas eran tenidas por productos pasivos y acrílicos.

Frente a esa visión, los documentos reunidos en este volumen y la interpretación desarrollada en el estudio preliminar que abre esta

edición pretenden mostrar la originalidad del pensamiento antifascista argentino en su capacidad de recrear, bajo los parámetros internacionales existentes, ciertos patrones novedosos y específicos de "aplicación" a las coordenadas políticas nacionales.

Más allá de ser puntualmente verdaderas o no, las denuncias sobre la influencia del nazifascismo en Argentina apuntaban a una creencia efectivamente instalada en la sociedad, la cual podía ser traducida en movilización política concreta a través de la agitación de mitos movilizadores como el del *fascista criollo* y el de la *amenaza nazifascista*, que funcionaban bajo el supuesto compartido de que la debilidad y alteración de las instituciones democráticas se correspondían con una mayor vulnerabilidad de la Nación frente a las asechanzas extrañas.

El antifascismo argentino estará en las librerías en el primer trimestre del 2007 y será el resultado del trabajo conjunto con la editorial Buenos Libros.

Gráfica Política de Izquierdas (1890-2001)

Guido Indij, Buenos Aires, La Marca Editora, 2006

Como parte de la colección Registro Gráfico, La Marca Editora ha publicado **Gráfica Política de Izquierdas**, libro que reúne el universo de la gráfica política de las izquierdas argentinas a lo largo de 111 años. El libro está realizado casi íntegramente con material de archivo del CeDInCI, que tuvo a su cargo la selección de un enorme caudal de imágenes que van desde las primeras publicaciones obreras hasta las intervenciones gráficas que acompañaron la rebelión del 2001, incluyendo afiches, volantes, carteles, fotografías, graffitis, banderas, almanaques, libros y folletos.

El libro cuenta además con prólogos del historiador Horacio Tarcus y del diseñador gráfico Norberto Chaves, y de una línea de tiempo realizada por Adriana Petra que recorre con detalle la trayectoria de las izquierdas argentinas en relación a su tiempo histórico desde 1864 hasta 2001.

Catálogo de revistas culturales argentinas (1890-2006)

Horacio Tarcus, CeDInCI, 2007

Como parte de la colección de catálogos del CeDInCI en 2007 se publicará el Catálogo de revistas culturales argentinas (1890-2006) con la autoría de Horacio Tarcus. Se trata de una valiosa herramienta de consulta que describe en forma detallada las 1500 publicaciones que integran la colección del CeDInCI, una de las más completas dispuesta a la consulta pública. Aquí presentamos, a modo de adelanto un extracto de la introducción realizada por Horacio Tarcus.

La historia de las revistas culturales argentinas es una de las dimensiones más apasionantes de la vida intelectual de nuestro país. Y no digo “capítulo” sino “dimensión” porque la historia de nuestras revistas no es un capítulo aparte de nuestra cultura, un género que se *añade* a otros géneros culturales, sino que es una dimensión crucial así como un mirador privilegiado desde el cual se pueden seguir los avatares de la vida intelectual de nuestro país.

Es que la producción de revistas atraviesa todos los órdenes de la cultura, porque las revistas han sido (y siguen siendo) los vehículos privilegiados a través de los cuales se expresan los colectivos humanos, ya sean políticos, literarios, artísticos, científicos o filosóficos. Las revistas expresan a un grupo, les dan cohesión y contribuyen a forjar su identidad. Les permiten ir más allá de sí, inscribiendo al grupo en una red de lectores y colaboradores, de avisadores y de vendedores. Se convierten en moneda de cambio con otras revistas que editan otros colectivos, constituyéndose así redes de revistas, tanto locales como internacionales. Y a través de los debates frecuentes entre las revistas —porque las revistas son los vehículos privilegiados del debate cultural— se configura un campo de fuerzas donde los distintos colectivos luchan por la hegemonía cultural y reconfiguran incesantemente sus identidades.

Cada revista construye su identidad y busca su alineamiento en el campo intelectual inscribiéndose en una genealogía. Es así como se suceden las revistas culturales anarquistas, desde la primera **Martín Fierro** hasta **Ideas y Figuras**, desde el **Suplemento de La Protesta** hasta **La Campana**, pasando por **Timón**. Asimismo, hay una larga genealogía de revistas culturales comunistas, desde **Actualidad** y **Nueva Revista** hasta **Hoy en la Cultura**, pasado por **Nueva Gaceta**, **Realidad** y **Cuadernos de Cultura**. También se inscriben en una genealogía las revistas independientes: **Pasado y Presente** se coloca en la línea de **Contorno**, así como los “contornistas” a su vez se habían inscripto en la línea de los “martinfierristas”.

Las revistas constituyen la forma privilegiada de la militancia cultural y su vida es el despliegue periódico de un programa colectivo. Suelen nacer con un manifiesto programático y normalmente mueren cuando ese programa se consume. Pero también pueden desaparecer antes de tiempo, ya sea por penurias económicas, a causa de la censura o la represión, o con motivo de rencillas internas que hacen estallar un colectivo editor.

Las revistas son, por definición, programáticas. Su propósito es de *intervención* en los debates culturales del presente, ya sea fijando posición sobre los tópicos establecidos, ya sea queriendo establecer su propia agenda cultural. Las revistas emergentes descalifican a las viejas escuelas literarias y se presentan como portavoces de las últimas vanguardias; desautorizan los tópicos del pasado y se ofrecen como los portadores de nuevas problemáticas, ya sea el modernismo literario, las filosofías existenciales, el reformismo universitario, el marxismo, el psicoanálisis, el estructuralismo o el posmodernismo. Asimismo, cada revista cuestiona la publicación de los autores consagrados por la tradición y postula sus propios autores clave, como lo hace **El Mercurio de América** con Darío, **La vida literaria** con Waldo Frank y con Mariátegui; **Martín Fierro** con Gómez de la Serna; **Claridad** con Barbusse y con Rolland; **Sur** con Ortega y Gasset; **El escarabajo de oro** con Sartre; **Fichas** con Henri Lefebvre y Wright Mills; **Pasado y Presente** con Gramsci; **Antropología del Tercer Mundo** con Fanon; **Los libros** con Althusser y **Punto de Vista** con Raymond Williams.¹

(...) Hay revistas de larga trayectoria, que logran construir una sólida hegemonía intelectual durante todo un ciclo de la cultura argentina, como **Nosotros**, **Sur** o **Punto de Vista**; hay revistas brevísimas, que no pasan de un solo número, pero que sin embargo dejan una significativa impronta cultural, como **Las ciento y una** o **Literatura y sociedad**. Entre unas y otras, están aquellas que no logran superar los tres o cuatro años de vida, pero que sin embargo constituyen casos emblemáticos de publicaciones emergentes o contrahegemónicas, como **Martín Fierro**, **Pasado y Presente** y **Crisis**.

La mayoría son proyectos colectivos donde los directores juegan un rol activo, pero sobre todo en lograr que a través de sus pági-

¹ Retomo aquí un señalamiento de Beatriz Sarlo, en: Centre de Recherches Interuniversitaire sur les Champs Culturels en Amérique Latine, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, en **Le discours culturel dans les revues latino-américaines (1940-1970)**, Paris, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1992, p. 12

nas se exprese casi toda una generación —**Nosotros, Claridad, Sur y Punto de Vista** son ejemplares en ese sentido. Pero hay revistas fuertemente marcadas por el sello de una gran personalidad, que escribe o edita casi toda la publicación, como Paul Groussac en **La Biblioteca**, Aníbal Ponce en **Dialéctica**, Leónidas Barletta en su semanario **Propósitos**, Milcíades Peña en **Fichas** o Carlos Astrada en **Kairos**. En muchos de estos casos, la sobreabundancia de seudónimos no tiene otro propósito que hacer creer al lector que la revista cuenta con más colaboradores de los que realmente tiene...

La orientación de una revista se expresa, desde luego, por medio de un editorial, pero sobre todo por la selección de sus textos, por la secuencia en que se los ordena (y de algún modo se los jerarquiza), por su tipografía y por su gráfica. Hay revistas que hacen un gran despliegue gráfico, como **Plus Ultra** o **Unidad**; mientras que otras son discretas y tipográficas, como **Contorno** o **Discusión**. En fin, hay revistas ricas y revistas pobres. Hay revistas de vanguardia y de retaguardia. Hay revistas que se anuncian con publicidad en los grandes medios, mientras que otras son casi secretas y sólo circulan por correo y por suscripción. Hay revistas-libro y revistas tabloid; hay revistas de gran formato, que incluso se desdoblaron hasta constituir un gran pliego, como **Malosaires**; otras son minúsculas, como **La Yumba**. Hay revistas murales, como **Prisma**; e incluso orales, como la que leían Alberto Hidalgo y sus amigos en el Royal Keller; hay otras, como **Barrilete** o **Vox**, que respondiendo a la lógica de las “revistas-sobre”, sus páginas sueltas y sin numerar pueden ser leídas en un orden aleatorio. En esta variedad de formatos y diseños podemos leer una variedad de políticas gráficas y tipográficas que nos dicen tanto o más sobre la política editorial que los mismos textos.

Además de detenerse en los lugares relativos que ocupan en el campo intelectual, es necesario atender a sus relaciones diagonales con el campo político. En su gran mayoría las revistas culturales no son órganos de partidos políticos sino expresiones formalmente independientes de movimientos culturales. Sin embargo, como ha señalado Sarlo, “proporcionan instrumentos culturales a diseños políticos más amplios: **Hoy en la cultura**, al Partido Comunista, **Pasado y Presente**, a los disidentes de esa misma organización ocupados en construir una alternativa; **Crisis**, a la juventud peronista dirigida por Montoneros; **Contorno** es el borrador del movimiento político que, años después, dirigirá Ismael Viñas”.²

La colección del CeDInCI, con sus casi 1500 títulos, ha buscado reunir todas estas revistas, en toda la variedad de sus formatos, sus temáticas, sus corrientes y sus ideologías. El presente **Catálogo** nació como una herramienta para su consulta, pero puede proporcionar abundante información adicional sobre las revistas culturales argentinas.

Criterios de catalogación

Cuando se trata de búsquedas hemerográficas referidas a las revistas literarias argentinas, los bibliotecarios e investigadores

felizmente disponemos de un libro de referencia. Se trata de **Las revistas literarias argentinas. 1893-1967** de Héctor René Lafleur, Sergio D. Provenzano y Fernando P. Alonso (Buenos Aires, CEAL, 1968). Años después, José M. Otero actualizó aquel estudio con su libro **30 años de revistas literarias argentinas (1960-1989). Introducción a su estudio** (Buenos Aires, Catedral al Sur, 1990). Si bien no son las únicas consagradas al tema (v. **Referencias bibliográficas, infra**), podemos afirmar que gracias a estas dos obras disponemos de la información básica referida a las revistas literarias argentinas, al menos entre 1893 y 1989. El presente **Catálogo de revistas culturales argentinas (1890-2006)**, en parte intenta recuperar y actualizar estas dos obras, pero guarda con ellas algunas diferencias.

En primer lugar, no pretende constituir un estudio sistemático sobre las revistas culturales argentinas: es apenas un catálogo de las colecciones que posee el CeDInCI y que están en su sede abiertas a la consulta pública. En primera instancia es, pues, una herramienta de trabajo para nuestros referencistas de sala y nuestros lectores. Hay muchas colecciones de las que informan Lafleur, Provenzano, Alonso, así como Otero, que no se incluyen en este Catálogo por el sólo hecho de que el CeDInCI no dispone de ejemplares. Sin embargo, el presente catálogo puede exceder el campo de interés de los usuarios del CeDInCI. En parte, porque el volumen (casi 1500 títulos) y la riqueza de las colecciones que hoy disponemos son por demás significativos. En parte, también, porque gracias al trabajo pionero de los que nos antecedieron, hoy nosotros podemos corregir algunos errores o lagunas de sus obras. Y por otra parte porque nuestro Catálogo llega hasta el presente, actualizando así la información sobre las revistas aparecidas en la última década y media.

En segundo lugar, el objeto no es exactamente el mismo. Lafleur, Provenzano y Alonso presentan a su libro-catálogo como de revistas *literarias*, entendiendo por tales a las exteriorizaciones “de un grupo, conjunto o cenáculo de intelectuales que buscan a través de ellas la difusión de su mensaje, libres de objetivos comerciales y al margen del presupuesto oficial” (p. 9). Aquí, en cambio, preferimos hablar de revistas *culturales*. En efecto, tomando por válida la definición de estos autores, hacemos una explícita ampliación del campo, incluyendo no sólo revistas de literatura (poesía, narrativa, crítica), sino también otros géneros (como revistas teóricas de teatro, de cine, de música), así como publicaciones de otras áreas de la cultura: revistas de antropología, filosofía, historia, educación y ciencias sociales en general. Las revistas abiertamente político-partidarias y las político-periodísticas se han catalogado por separado.³ Se han mantenido aquí, sin embargo, ciertas revistas culturales editadas por corrientes políticas, por ser representativas del campo intelectual argentino. El criterio adoptado fue, pues, incluir toda revista argentina (o editada por argentinos en el exterior) de temática cultural, sin importarnos de si se trata de un proyecto individual, grupal o institucional, independiente o partidario. Las distinciones de género no son siempre nítidas,

2 *Ibid.*, p. 14

3 Ver H. Tarcus, R. Pittaluga, **Catálogo de publicaciones políticas de las izquierdas argentinas. 1890-2000**, Buenos Aires, CeDInCI, 2000.

y este problema no dejó de plantearse a Lafleur, Provenzano y Alonso, quienes incluyeron en su libro revistas que en cualquier sentido exceden el carácter de lo estrictamente *literario*, desde **La Montaña** hasta **Centro**.

En tercer lugar, hemos optado por un criterio de ordenamiento distinto al seguido por Lafleur, Provenzano y Alonso. Estos autores han agrupado las revistas en épocas siguiendo cortes de tipo generacional. Establecen así el período de la primera vanguardia (1893-1914), el de la nueva generación (1915-1939) y el de la generación del 40 (1940-1950), agrupando el período final (1951-1967) bajo el rótulo de “los últimos años”. No podemos entrar aquí en el debate acerca de las “generaciones literarias”, pero quiero al menos dejar consignado que el establecimiento de estas tres generaciones es por lo menos discutible, que los períodos establecidos son muy desiguales (uno se extiende por veintidós años, otro solo alcanza diez) y que, finalmente, no orienta demasiado al lector en sus búsquedas. Por lo tanto, adoptamos aquí el criterio de organización por décadas, el mismo adoptado por Otero, y seguido más recientemente por W. Pereyra. Dentro de cada una de las décadas (1890-1899, 1900-1909, 1910-1919, etc.), el orden es alfabético.

Las pocas colecciones de publicaciones periódicas que dispone el CeDInCI para el período anterior a 1890, en su mayoría ediciones facsimilares, las hemos incluido en el *Anexo I. Revistas del período 1810-1889*. En el *Anexo II. Colecciones seriadas de folletos*, hemos incluido aquellas publicaciones periódicas seriadas, muy populares entre fines de la década de 1910 y la década de 1930, que están en el límite entre el folleto y la revista. Comparan con la revista, además de la serialidad, ciertas características gráficas; pero se parecen al folleto porque comúnmente incluyen un texto de un solo autor. A tal punto es difícil de delimitar el género de las colecciones seriadas de folletos del de las revistas, que por ejemplo un mismo título, **Los Pensadores**, albergó ambas formas a lo largo de su existencia: desde el n° 1 al 100 fue una colección seriada de folletos, desde el n° 101 al 122 fue una revista cultural...

El total, el CeDInCI dispone de 1472 títulos de publicaciones culturales argentinas, todos catalogados en el presente volumen. Las cantidades se distribuyen del siguiente modo: 11 títulos para el período 1810-1889; 11 títulos para el período 1890-1899; 14 títulos para el período 1900-1909; 27 títulos para el período 1910-1919; 46 títulos para el período 1920-1929; 69 títulos para el período 1930-1939; 100 títulos para el período 1940-1949; 134 títulos para el período 1950-1959; 157 títulos para el período 1960-1969; 164 títulos para el período 1970-1979; 236 títulos para el período 1980-1989 (más 15 títulos pertenecientes a revistas publicadas en el exterior por argentinos exiliados); 348 títulos para el período 1990-1999 y 91 títulos aparecidos hasta el momento durante la década en curso. Además, incluimos 49 títulos de folletos seriados.

Presentación de Historia, memoria y fuentes orales

Vera Carnovale, Federico Lorenz y Roberto Pittaluga (comps.), Buenos Aires, CeDInCI/Memoria Abierta, 2006

El jueves 27 de abril de 2006 se presentó en la Feria del Libro el volumen **Historia, memoria y fuentes orales**, editado conjuntamente por el CeDInCI y Memoria Abierta y compilado por Vera Carnovale, Federico Lorenz y Roberto Pittaluga. El libro, que se abre con un artículo de los compiladores, reúne trabajos de Alessandro Portelli, Alejandra Oberti, Elizabeth Jelin, Mercedes Vilanova, Marieta de Moraes Ferreira y Selma Leydesdorff, y fue pensado, también, como un homenaje póstumo a Dora Schwarzsztajn, pionera de la historia oral en la Argentina. En la presentación hablaron Patricia Valdez, Hilda Sabato, Dora Barrancos y Roberto Pittaluga. Aquí ofrecemos a los lectores algunos fragmentos de las intervenciones de Hilda Sabato y Dora Barrancos.

Hilda Sabato

Es un placer estar hoy celebrando la presentación del libro editado por Memoria Abierta y el CeDInCI y producido por Vera Carnovale, Federico Lorenz y Roberto Pittaluga. Y es un gran honor hacerlo en el marco de un homenaje a Dora Schwarzsztajn, historiadora no complaciente, mujer comprometida, amiga entrañable. También es un desafío, que voy a encarar en varios pasos. Abordaré de manera muy breve dos cuestiones que dan sentido a este libro y que lo enmarcan: la cuestión más general de los procesos de construcción de memorias y el lugar que ocupa el Archivo Oral de Memoria Abierta en ese sentido. Y luego me referiré al libro mismo y a sus contenidos.

Estamos viviendo un momento en que el tópico de la memoria colectiva se ha convertido en cita obligada de todo discurso público. Después de tantos intentos por obliterar los recuerdos del traumático pasado reciente, hay que celebrar que finalmente los esfuerzos y las luchas de los organismos de derechos humanos y de otros sectores de la sociedad por abrir ese pasado hayan dado sus frutos y la discusión sobre el tema haya trascendido socialmente. Es cierto, también, que se corre el riesgo de la banalización y aún de la saturación que pueden llegar a vaciar de sentido hasta el propio concepto de memoria colectiva. A veces, cuando escucho a ciertos personajes mediáticos que solo ahora se acuerdan del tema en función del *rating*, temo que estemos bordeando la trivialización. A pesar de todo esto, y parafraseando a Yarushalmi cuando hablaba de las relaciones entre historia y memoria, insistiría en que "Si me es dado elegir, me pondré del lado del 'exceso' de memoria (él decía "de historia"), tanto más poderoso es mi terror al olvido que el temor de tener que recordar demasiado".

En este contexto, entonces, no voy a detenerme en consideraciones sobre las memorias colectivas salvo para plantear una

serie de preguntas y cuestiones que se vinculan con el libro que hoy estamos presentando. Sabemos que la construcción de memorias colectivas es una operación cultural que se funda sobre valores. En esa tarea el pasado se convierte en una cantera para la recuperación de experiencias y materiales ordenados como relato que se quiere "ejemplar" para la constitución de una sociedad o grupo particular. Lo que implica un trabajo permanente sobre los aspectos de ese pasado que se busca conservar y transmitir hacia el futuro.

¿Cuál es el legado que se desea constituir como tradición? ¿Cómo se abordan las experiencias traumáticas para el grupo? ¿De qué manera cada generación revisa y reconstruye ese pasado? ¿Cómo se vinculan las memorias individuales con las colectivas? ¿Cómo se articulan las memorias de grupos parciales dentro de un mismo colectivo? Estas operaciones culturales pueden contribuir a definir y abonar identidades no esencialistas pero pueden también generar encapsulamientos, visiones autoritarias e intolerantes del otro. El terreno es ciertamente riesgoso, sobre todo cuando hablamos de esa comunidad humana particular que es la nación. Porque como ha señalado Hugo Vezzetti: "Dado que la sociedad no es concebible como un actor colectivo homogéneo y no hay un fundamento esencial permanente, coexisten memorias y tradiciones diferentes" que remiten a constelaciones de valor también diferentes.

Reitero aquí algunos interrogantes que me formulo desde hace tiempo. ¿Es posible construir una memoria colectiva nacional que no aplaste la diversidad pero que a la vez reconozca los valores de la democracia como fundantes del pacto colectivo? ¿Es posible entenderla ya no como esencia ni como suma de memorias particulares sino como un relato inestable y en permanente revisión que, sin obturar la diversidad, recupere del pasado hechos que permitan consolidar valores democráticos?

En esta búsqueda, un punto clave refiere a la construcción de la memoria colectiva sobre el pasado reciente del terrorismo de Estado y la dictadura militar. Se ha reflexionado mucho sobre cómo un grupo humano, una colectividad, una nación, recupera, elabora, enfrenta situaciones traumáticas. En nuestro caso, ese trabajo está —como vemos— en pleno desarrollo, con todas las dificultades que una tarea de esa índole plantea. ¿Cómo rescatar del olvido futuro el pasado de la dictadura más sangrienta de nuestra historia e incorporarla a nuestra memoria colectiva?

Por cierto que hay diferentes versiones de ese pasado y que la lucha por dar sentidos específicos a los contenidos de la memoria se multiplican y seguirán multiplicándose. Pero, y vuelvo

a los mismos interrogantes de siempre: ¿Es posible lograr un consenso, amplio, básico, y que será sin duda inestable, en la interpretación del terror de manera tal que se constituya en un núcleo compartido colectivamente por quienes se identifican con la Argentina como comunidad fundada sobre los valores de la democracia, sobre el pluralismo, la vigencia de los derechos humanos, la igualdad y la libertad? ¿Y que ese consenso a su vez habilite la diversidad de memorias?

[...] Reunir documentos, crear archivos para conservarlos y abrirlos al público, todo ello forma parte fundamental de la construcción de las memorias, pero lo es mucho más en este caso, pues estamos hablando de un período durante el cual el poder oficial actuó en las sombras y luego buscó borrar las huellas de sus acciones criminales. Los actores sociales, por su parte, atraídos por el miedo, la complicidad y la culpa también silenciaron. De manera que recuperar el pasado en sus diversas facetas es una tarea ardua, compleja y que requiere de voluntad férrea, de esfuerzo sistemático y también, claro está, de valor personal.

En ese marco, construir un archivo oral ha sido una iniciativa especialmente importante. Reunir testimonios, recuperar voces, fomentar el recuerdo, dar lugar a la reconstrucción de historias personales y colectivas por parte de los protagonistas, registrar el pasado a través de la rememoración de quienes fueron, de diferentes maneras, afectados por el terrorismo de Estado. Todo ello ha implicado un enorme trabajo de construcción, pues de eso se trata este archivo, de construir una documentación que no tenía existencia previa.

[...] Llegamos así a este libro, compilado por Vera Carnovale, Federico Lorenz y Roberto Pittaluga. Todos ellos fueron miembros del equipo del Archivo Oral y participaron de su concepción, diseño y puesta en marcha desde los comienzos. Luego de cinco años de labor, con el apoyo de Memoria Abierta y del CeDInCI, presentan un volumen que tiene, a mi manera de ver, varios propósitos. En primer lugar, rendir homenaje a Dora. Como dicen los autores en su introducción, “el mejor homenaje era hacer una contribución en el mismo sentido en el que ella había orientado su labor como intelectual”. En segundo lugar, reflexionar sobre una experiencia, la del Archivo Oral, a partir de los problemas, los interrogantes y los debates que ellos mismos enfrentaron en su tarea como constructores del mismo. Y finalmente, reunir trabajos que, según los autores: “abordan teórica y/o metodológicamente algunas de las múltiples dimensiones de la problemática de la realización de entrevistas y de su interpretación como fuentes históricas”. Replican así, de alguna manera, un gesto previo de Dora: la compilación del ya clásico volumen sobre “La historia oral” que reunía una selección de textos importantes para incidir sobre el desarrollo de ese incipiente campo historiográfico en nuestro país.

En esas tres dimensiones, el libro no defrauda. Es, sin duda, un homenaje intelectualmente sólido y afectivamente cálido a Dorita.

En segundo lugar, el primer capítulo “Memoria y política en la situación de entrevista. En torno a la constitución de un archivo oral sobre el terrorismo de estado en la Argentina” nos acerca a las dificultades de una tarea inédita en el país, dificultades que abarcan desde las más técnicas hasta las específicamente políti-

cas o las de índole ética, todas ellas estrechamente conectadas entre sí. ¿Cómo definir el terrorismo de Estado? ¿A quiénes entrevistar y por qué? ¿Qué preguntar y qué omitir? ¿Cómo hacerlo? ¿Qué lugar darle a la propia subjetividad del entrevistador? Preguntas aparentemente sencillas; cada una de las cuales, sin embargo, se abre a un abanico de posibilidades con implicancias específicas que fue necesario discutir y desbrozar antes y durante la realización de las tareas concretas.

Los autores despliegan aquí sus propias dudas y los caminos elegidos en cada caso. Más reticentes son, en cambio, en relación con los problemas concretos que pueden haber surgido durante esta experiencia. De todas maneras, en este punto también se puede subrayar el éxito de la estrategia que llevó adelante Dora tendiente a —y cito— “disolver los usos ingenuos de los testimonios orales y replantear el activo rol del historiador en la construcción de la fuente oral”. El capítulo muestra muy bien el grado de elaboración, de artificio construido, que tienen estas entrevistas. En este caso los entrevistadores no están produciendo una fuente en función de un proyecto específico de investigación, como ocurre en otros casos e incluso en algunos de los que están volcados en el resto del libro. Pero de todas maneras, esa fuente que ahora han creado también fue forjada según objetivos y lineamientos previos que sin duda han modelado los resultados. Sería interesante en el futuro rastrear la experiencia de investigadores u otros usuarios que no hayan participado en la producción de esta fuente y que recurran a ella en términos de sus respectivas agendas.

El resto del volumen recoge trabajos muy diversos que van desde un sugerente artículo de Elizabeth Jelin sobre las dificultades de narrar lo “invisible” en el caso de quienes fueron prisioneros en Auschwitz y otros campos hasta un interesante texto de Portelli sobre las representaciones de la pobreza en la cultura apalachense, pasando por trabajos de Alejandra Oberti sobre los relatos de mujeres que participaron en las organizaciones político militares en los años ‘70 en la Argentina, de Marieta de Moraes Ferreira sobre la experiencia de algunos actores de la izquierda durante y después de la dictadura en Brasil, de Mercedes Villanova sobre memoria e historia escrita, y de Selma Leydesdorff sobre los recuerdos de un artesano que pasó por el campo de Mauthausen y sus anexos durante la ocupación alemana.

Más allá de la común referencia a entrevistas y testimonios, me pregunté qué tenían en común estos trabajos. No me convenció la definición de los propios compiladores cuando dicen que ellos “abordan teórica y/o metodológicamente algunas de las múltiples dimensiones de la problemática de la realización de entrevistas y de su interpretación como fuentes históricas”. Pues si bien algo de eso hay, en casi ningún caso ese abordaje es sistemático. Mucho menos, todavía, encuentro en cuanto a la interpretación de las entrevistas como fuentes históricas. En cambio, me parece que lo que hace atractivo a este heterogéneo conjunto de artículos es que cada uno de ellos, a su manera, también da cuenta de una experiencia concreta de producción y utilización de testimonios orales, y con estilo singular, plantea directa o indirectamente nuevos interrogantes en torno a la historia oral y sus usos.

Extraño, sin embargo, algún texto que se pregunte por el lugar del testimonio en la cultura contemporánea, así como por los alcances y límites de la entrevista como fuente historiográfica. También, algún análisis sobre la relación entre memoria individual y memorias colectivas, un concepto que ahora ha sido duramente cuestionado por un pensador de la talla de Reinhardt Koselleck, recientemente fallecido. Por cierto que éstos son simplemente mis deseos, pero quizá los estimule para pensar un nuevo libro.

Para terminar, quisiera volver sobre el primer punto y sobre mi optimismo respecto a la posibilidad de construir memoria colectiva (memorias colectivas) que sirva para el fortalecimiento de la democracia y el pluralismo. Decía que el Archivo Oral y este libro —junto con otras muchas tareas realizadas y en marcha— muestran que aquella meta es posible. En los conflictos por dar sentido al pasado, la apuesta por —cito nuevamente— “construir un universo plenamente abarcativo de las voces y experiencias de los distintos sujetos implicados” contribuye sin duda a esa tarea sin fin de rescatar y poner en circulación historias silenciadas.
Dora Barrancos

En primer lugar me gustaría decir, vivamente, la enorme satisfacción que tuve cuando los autores me invitaron a participar de esta presentación. Tenía obviamente la indicación de Memoria Abierta y del CeDInCI, que están aquí aliados en la conformación del artefacto, en el sentido obligado de la memoria de Dorita Schwarzstein. No pude evitar recordar las circunstancias en que la conocí a Dora; volviendo yo del exilio, ella estaba trabajando en el antiguo CEDES, y fue muy impactante para mí reconocer en Dora algunas de las cuestiones en las que yo misma participaba y un cierto *aire rural* en el sentido de que vi en Dora esa persona abierta, amable, ese estilo coloquial, que me permito señalar como rural, desde todo punto de vista encantador, y además contaba el hecho de tener una discreta humildad y un tono alegre para comunicar la ruta que ya en aquel momento estaba haciendo. Dorita ya pensaba en lo que luego sería su libro **Entre Franco y Perón**. De modo que, memoria por memoria, fui obligada a plantearme las circunstancias en que conocí a Dora. Generalmente, cuando nos encontrábamos, casi siempre en circunstancias académicas, ambas nos arreglábamos para hacer lo “para-académico”, que como ustedes saben es mucho más divertido que lo académico. Y, efectivamente, en esas fronteras abiertas de los coloquios, en esas nervaduras paralelas a los congresos, es donde yo fecundé, creo, una amistad muy especial con Dorita. Por lo tanto quiero celebrar en este texto, la propia idea que seguramente hubiera tenido ella de haber vivido, respecto de la celebración de los asuntos que tanto le importaban y le incumbían y que la tornaron una de las más ricas oficiantes en nuestro medio: el oficio de la historia oral, esto de construir fuentes orales.

Como el libro me fue entregado casi sobre la hora me fue casi imposible dar la debida lectura a todos los textos y privilegié, desde luego, la factura nacional. Es que este libro posee *charme* internacional: convoca a figuras notables, locales e internacionales, y esto lo hace además muy estimulante. Me dedicaré, entonces, a pasar rápido por el trabajo de auscultamiento de las cuestiones que se tratan en el espacio local, y a demorar un

poco nomás —no creo que logre lo que ha hecho Hilda, un trabajo hermenéutico agudo— en ver algunos aspectos que, creo, recorren por lo menos estos textos que se refieren a nuestro gran trauma nacional. Y finalmente voy a proponer una crítica fraterna a una gran intelectual argentina que recientemente ha escrito un texto —me refiero a Beatriz Sarlo y su reciente libro **Tiempo pasado**— con el cual, con mucha fraternidad me propongo disentir sobre algunas cuestiones.

El primer artículo del libro **Historia, memoria y fuentes orales** es el que abre puertas, y corresponde a Federico, Vera y Roberto. Efectivamente toca cuestiones que suscitan alguna inquietud y que podrían ser objeto, tal vez, de un seminario. Por ejemplo, el aspecto, creo, del silencio historiográfico sobre el pasado reciente, y esa escisión entre historia y política; porque me parece que apelar justamente a esta escisión tiene que ver, según mi interpretación, con el tono intelectual un tanto esquivo en lo relativo a la articulación entre política y oficio intelectual. Me parece que esta condición esquiva en que se colocó gran parte del mundo intelectual, y no apenas la historiografía, tiene bastante que ver con que fue una actitud de distanciamiento en orden a que no nos fuera a ocurrir lo que en el pasado nos ocurrió, esa preeminencia de lo político que fue muy alteradora de sentidos, como todos sabemos.

Por otro lado, me parece que hay algo muy inspirador en el texto de los compiladores que permite volver a cierta centralidad que tiene la historia oral en aquellos que han sido victimados directamente por el terrorismo de Estado en nuestro país, y que los autores colocan en el sentido de la multiplicidad de voces. La memoria, aun con el mismo oficiante haciendo uso de la memoria, no es la misma según la condiciones de posibilidad de expresión. Y nos encontraríamos hablando de manera diferente tantas veces como convocados a la entrevista. A menos que ocurra lo que Elizabeth Jelin coloca con tanta pericia: cuando la memoria, a veces, se niega a la subjetividad, cuando a veces la memoria crea una crispación ritual que somete la subjetividad. Es bastante común que haya una ritualización del oficio de memorizar que efectivamente redunde en una crispación ya sin sentido, algo que, diría Lacan, no produce. Yo creo que en este texto de los compiladores, como en el resto de los textos, hay también un sentido muy interesante de renovación erudita en el hecho de que dan cuenta de que hay voces y experiencias, pero hay silencios y omisiones, algo que la historia oral ha venido diciendo. Y que para nosotros, obviamente, todo silencio y toda omisión es un dato, no es una falta de dato. Como también —tal cual aparece en el texto en las citas a Levi, Améry— que el testimonio, en este caso, es un deber moral, que el testimonio es un deber del sobreviviente. Me parece que ahí hay un engarce muy bueno.

Alejandra Oberti en su texto “Contarse a sí mismas” —donde las guerrilleras mujeres hablan— además de instalarse en una perspectiva de género, tiene un momento de agudo debate entre los conceptos que parecen pares, pero son disímiles, referidos a *mismidad* e *ipseidad*. Efectivamente hay formulaciones de la memoria que dan en lo mismo que se repite, pero hay *ipseidad* en el sentido de la cuenta reflexiva que abre la memoria. Alejandra se pregunta: ¿quién es el sujeto que cuenta? ¿aquella? ¿ésta? O

como dice Jerome Bruner, entre lo pasado y lo posible, hay un conflicto que no siempre es explícito. En la página 57, en referencia a las narraciones de las guerrilleras que se introducen en la lucha armada pensando utópicamente que es el tránsito al esperado paraíso, dice Alejandra Oberti apelando a las formulaciones de Ricœur: “hay un momento en que el posicionamiento subjetivo se diluye casi totalmente. Es el momento en que las detenciones, exilios y muertes toman el centro de la escena narrativa. Aquí ya no hay tensión entre aquella ingenuidad originaria y el accionar consciente, no hay deslizamiento entre el pensar y el hacer. La identidad queda, si no perdida, momentáneamente suspendida, y como en los relatos de pérdida de identidad [...] estos momentos se pueden reinterpretar como pura *ipseidad* desprovista del sustento que da la *mismidad*”. He leído esta parte porque creo que es un recorte erudito y al mismo tiempo agudo, colocando conceptos en relaciones, me parece, novedosas.

El trabajo de Elizabeth Jelin está maravillosamente invadido de una erudición amplísima. Creo que Elizabeth no se priva de mencionar a nadie y lo hace con una precisión y una composición de sentidos bellísima. Shevy trabaja con algo que Lanzmann había dicho: ¿No seremos un poco abyectos cuando nos encontramos con la narrativa de lo abyecto? ¿No hay un *voyeurismo* de la abyección? ¿Por qué comprender lo que no es comprensible? Obviamente, como dice Shevy, nosotros estamos inexorablemente situados en un camino interpretativo. Por lo tanto no podemos sino socorrernos con la idea de que tenemos que comprender, aunque corramos el riesgo de cierta abyección. Ese *voyeurismo* efectivamente es necesario para que advengan los sentidos de lo silenciado, de lo derrotado, de lo derrocado. En Jelin hay un juego muy interesante de las oportunidades de acercamiento y distanciamiento en relación a varias dimensiones que me parece que juega muy bellamente en el texto. Y, voy a decir una vez más, hay testimonios que suspenden la subjetividad.

Antes de pasar a la última sección, quisiera decir que estos textos reunidos en el volumen que nos convoca, están cifrados en la elucidación del trauma, que comporta la mayor parte del libro, tal como ha contado Hilda. Pensar sobre el trauma, como en el capítulo de Selma Leydesdorff sobre Mauthausen, es realmente conmovedor, donde se ponen en diálogo los testimonios de Levi y del artesano Paul, y donde los sentidos referidos al brutal cautiverio son efectivamente diferentes; no por nada Paul sobrevivió y Levi no pudo soportar la pregunta inquisitorial sobre sí (¿por qué sobrevivió?, ¿qué hice yo?, algo debo haber hecho), y se terminó suicidando. La multivocalidad de estos textos se nos aparece como una novedad. Quien habla no habla por sí; los otros que hablan son como una polifonía pero el mismo sujeto —arriesgan estos intérpretes— afronta su multivocalidad. Elizabeth lo dice: no hay nadie que hable de sí y para sí. No existe eso: existe la trama, existe la relación. Por supuesto que la posición del entrevistador o la entrevistadora es decisiva, y nosotros sabemos perfectamente que hay gente que está dispuesta a contar algo que luego es capaz de negar, dependiendo de quién es, etc., etc.

Me gustaría finalmente entrar brevemente en algo que he anunciado que voy a hacer y que es plantear una crítica a Beatriz Sarlo. Porque yo creo que en el último texto de Sarlo, **Tiempo**

pasado, hay una colisión justamente con todas estas propuestas en el sentido de que Sarlo desautorizaría la idea de la narrativa en primera persona porque no hay testimonio posible de la verdad. A nosotros creo que no nos interesa *la verdad*, lo que nos interesa es la construcción de sentidos, lo que nos interesa como historiadoras es esta cuestión de cómo se construyen sentidos. La verdad hace mucho tiempo que está con problemas. Sarlo misma dice que no es lo mismo el acto jurídico que necesita de la verdad. Pero la verdad, nosotros sabemos, es la verdad hasta que alguien viene y dice otra cosa. Yo creo, y con esto termino, que el de Sarlo es un texto muy interesante justamente para debatir, pero se engaña cuando cree que es el yo el que habla, el yo tiene muchos problemas. Nietzsche lo dijo, Freud lo dijo, y va a seguir diciéndose. Y lo notable es que justamente Sarlo no deja de advertir esas argumentaciones. Cuando narramos, dice Jerome Bruner, construimos nuestro yo, hay en esa operación un acto de que permite arquitecar un yo. Lo interesante son los yoes que surgen en la construcción narrativa, como también el lugar que estamos dispuestos a dar a los actos ficcionales textuales: plausibilidad para la construcción de sentidos epocales. Si vamos a ciertos géneros de literatura, por ejemplo, cómo no vamos a darle sentido a los testimonios de la oralidad desgarrante, que es su única oportunidad por otra parte, porque como lo dice, creo que también Shevy, la oportunidad de narrar para la justicia es mínima. Entonces, vaya mi crítica fraterna a las posiciones de Beatriz Sarlo. Y colorín colorado el cuento se ha acabado. Gracias.

Archivos

Curso de Archivística general: balance y perspectivas

Durante los meses de mayo, junio y julio se llevó a cabo en el CeDInCI el curso “Archivística General. Lineamientos para la resolución de problemas en archivos y centros de documentación no gubernamentales” El mismo, organizado y dictado por la especialista Mariana Nazar, contó con el apoyo organizativo del CeDInCI y el auspicio y financiamiento de la ONG Archiveros sin Fronteras.

El objetivo general del mismo fue difundir los principios básicos de la disciplina archivística a partir de los cuales se hizo necesario repensar las estrategias de preservación y difusión del patrimonio documental en un contexto de fructífero debate entre la teoría y las diferentes prácticas que resultaran en un mejoramiento cuantitativo y cualitativo de estas estrategias. En este sentido, la difusión de la disciplina y, por ende, de su terminología, pretendió contribuir al establecimiento de diálogos más fluidos entre las distintas organizaciones que intentan preservar el patrimonio documental de organizaciones de la sociedad civil llegando a la elaboración de pautas comunes de manejo de la documentación, preservación, desafectación y/o traslados desde una base de conocimientos y técnicas relacionadas con las más avanzadas de la disciplina y en el intento de construir redes de información más amplias. En este sentido, la evaluación final del curso constó de la elaboración de una guía del archivo de pertenencia

Debido a la gran cantidad de personas que se inscribieron al mismo, se establecieron cupos, dejando en lista de espera para otra oportunidad a varias de ellas. Las organizaciones participantes fueron: Asociación Anahí-Casa Museo Mariani Teruggi, Asociación Trabajadores del Estado (ATE - CTA), Servicio Paz y Justicia (SERPAJ), Biblioteca Popular José Ingenieros, Biblioteca Nacional, Centro de Documentación y Cultura de Izquierdas (CeDInCI), Memoria Abierta, Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora, Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), Fundación Alfredo Palacios, Biblioteca y Archivo de Estudios Libertarios (BAEL - FLA), Centro Documentación de Fábricas Recuperadas Chilavert, Asociación por los Derechos del Hombre (APDH), Partido Comunista Argentino (PCA), CAICYT y Encuentro Memoria, Verdad y Justicia de Berazategui.

De la interacción entre los distintos participantes es de destacar el grado de compromiso mostrado que, sumado a la cordialidad y solidaridad generada en el grupo, permitió un alto grado de colaboración e intercambio de experiencias entre los mismos que incluyó la participación de los asistentes individuales en actividades de algunas organizaciones, la realización de visitas guiadas,

la difusión de otros cursos referidos a temáticas relacionadas con la bibliotecología para quienes trabajan en centros de documentación, la difusión de actividades de estos archivos, etc.

Realizar una síntesis de proyecciones respecto a cada uno de estos archivos se nos hace difícil debido a las diferentes situaciones por las que atraviesan. A nivel general podemos destacar que en la evaluación que realizaron los participantes, todos mencionaron la necesidad de más actividades por el estilo, resaltando la importancia de que fueran en formato taller para permitir la realización de prácticas. Las temáticas que les parecieron necesarias abordar son las relacionadas con la profundización de los temas tratados, en particular las referidas a preservación, selección, descripción y consulta. En referencia a temáticas sólo mencionadas durante el curso indicaron las referidas al tratamiento de fondos particulares, de fondos documentales no textuales y a la formulación de estrategias para conseguir recursos. Por otro lado, la experiencia del curso permitió a los participantes que no tenían diferenciada el área de archivo en su institución tomar conciencia acerca de la importancia de generarla y del valor de los fondos documentales que preservan, transmitiéndolo al resto de los miembros. En ese sentido, la identificación de los fondos y la elaboración de proyectos de desarrollo permitirá, en la medida en que pueda gestionarse financiamiento, garantizar la consulta pública.

Para mantener el vínculo entre los participantes, fomentar la solidaridad creada, el intercambio, la cooperación y permitir la difusión de las actividades que realizan los archivos de estas y otras organizaciones sociales, políticas, sindicales y de defensa de los derechos humanos que quieran sumarse, se creó un grupo de mail denominado **archivos-sociales@googlegroups.com**

Por último, como corolario al mismo, se contó con la visita de dos expertos de reconocida trayectoria internacional en el área que brindaron charlas abiertas. Ambos abordaron las problemáticas relacionadas con la necesidad de respetar los principios de la disciplina para afrontar los nuevos desafíos del siglo XXI, la necesidad de adoptar un código ético en la profesión y la importancia del asociacionismo profesional para preservar los archivos no sólo por su importancia en tanto reservorios de la memoria histórica sino también en función de ser garantes de derecho. El día 17 de agosto Antonio González Quintana durante una charla titulada “Viejos principios para una profesión en transformación”. Y el día 27 de noviembre Ramón Albrech Fugueras durante una charla titulada “Archivos, memoria y derechos”.

Microfilmación 2005-2006

Desde mediados del año 2005 hasta fines del año 2006 hemos llevado adelante un nuevo proyecto de microfilmación, continuando con las tareas de preservación documental que caracterizan al CeDInCI. El material microfilmado en esta oportunidad reunió un amplio abanico de publicaciones culturales y político-culturales editadas en la Argentina desde la década de 1920 a mediados de los años '70, agrupadas por bloques temáticos. Entre las colecciones microfilmadas, vale mencionar, a modo de muestra, las revistas surrealistas como **Ciclo** o **A partir de cero**; aquellas de las vanguardias plásticas de mediados de siglo, como **Arturo**, **Orión** o **Perceptismo**; las de orientación anarquista (como **Timón** o **Reconstruir**) o socialista (como **Cuadernos de Mañana** o **Situación**); las revistas culturales del realismo social como **Metrópolis** o **Conducta**; las vinculadas a la Reforma Universitaria

(como **Valoraciones** o **Sagitario**) o al exilio español (como **De Mar a Mar** o **Cabalgata**); las revistas culturales editadas entre los años '50 y el golpe de 1976, como **Centro**, **Gaceta Literaria**, **La Rosa Blindada**, **Antropología del 3er Mundo**, **Los libros** entre otras; las revistas de Abelardo Castillo (**El grillo de papel**, **El Escarabajo de oro** y **El ornitorrinco**); las revistas de poesía (como **Sed**, **Boletín de Poesía Hoy**, **Poesía Buenos Aires**) y un conjunto de revistas de teatro (**La Máscara**, **Fila 10**, **Gaceta de los Independientes**).

Para concretar el proyecto, el CeDInCI ganó el concurso que organizó en 2005 el CEHIPE, y contó además con el apoyo del Instituto Iberoamericano de Berlín. El equipo de microfilmación está integrado por Roberto Pittaluga, Ethel Ockier y Damián López.

Grupo de Estudios Feministas del CeDInCI

Continuando con las tareas que desarrolla en el marco de las diversas actividades que lleva a cabo el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina, el GEF ha desarrollado actividades de formación e investigación, y de difusión y participación en la Campaña Nacional por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito.

En las áreas de **formación e investigación**, se continuó con el Seminario interno de estudios que se realiza desde hace cuatro años. La renovación del programa es anual, y durante el año 2006 se abordaron los debates referidos a la relación entre derechos públicos y privados, a los alcances de la acción estatal sobre los cuerpos y las capacidades reproductivas de mujeres y varones, y a la articulación entre derechos sexuales-reproductivos, y autonomía y ciudadanía. A partir de estos ejes se avanzó en el Proyecto de Investigación "*Tecnologías de género: estrategias y prácticas discursivas*" (2006-2008), inscripto también en el Programa de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Por otra parte, el equipo desarrolló una propuesta de formación de grado en la Universidad de Buenos Aires, en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales a través del dictado de la materia "Identidades, discursos sociales y tecnologías de género. Debates contemporáneos", a cargo de Alejandra Oberti y parte del equipo del GEF, en la cual se trabajaron los debates contemporáneos en torno a cuestiones como la identidad, discursos sociales y tecnologías de género, así como los aportes a las ciencias sociales realizados desde las nuevas reflexiones acerca de las identidades sociales y políticas.

En cuanto a la **difusión y participación** en las actividades de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito, en octubre de 2005 se organizó la proyección de la película

"Historia de un secreto" de la realizadora francesa Mariana Ortiz, en la sede Ramos Mejía de la Facultad de Ciencias Sociales, y una charla-debate posterior con la participación de Martha Rosenberg, representante por el Foro por los Derechos Reproductivos, y Myriam Pelazas del GEF. Esta actividad contó además con el auspicio de las Carreras de Ciencias de la Comunicación y de Sociología de dicha casa de estudios.

En 2006, en el marco de las actividades realizadas durante el 28 de setiembre, declarado "Día por el Derecho al aborto en América Latina y el Caribe", el GEF participó del Panel "*Mujer y Derechos Humanos: debates actuales*" en el Ciclo "Los Derechos Humanos en la actualidad", coordinado por Maristella Svampa en la Universidad Nacional de General Sarmiento. El Panel contó con la participación de Claudia Bacci (GEF/CeDInCI), Claudia Korol (*Pañuelos en rebeldía*, Equipo de Educación Popular), y Mariana Romero (CEDES).

Integrantes del GEF

Paula Aguilar
Lucía Ariza
Claudia Bacci
Laura Fernandez Cordero
Joaquín Insausti
Alejandra Lapegna
Alejandra Oberti
Myriam Pelazas
Mariela Peller



A sua política

RESEÑAS

A propósito de Andrés Bisso, *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005, 368 p.

A mediados de mayo de 1945, mientras soviéticos, franceses, ingleses y estadounidenses terminaban de ocupar y repartirse Berlín, en el teatro Español del poblado de General Roca, Territorio Nacional de Río Negro, se realizó una cena baile para celebrar la caída de Hitler y “el advenimiento de la paz y la victoria de las naciones unidas” según rezaba el diario local. La misma crónica avisaba a los que no pudieron asistir que a “las 24 hs. la orquesta ejecutó el himno nacional y posteriormente la Marsellesa, que motivó una calurosa ovación”. ¿Cuáles eran los sentidos detrás de esa celebración?, ¿qué vinculaciones establecían esos sujetos entre el advenimiento de la paz en Europa y la situación nacional? Ese tipo de preguntas son las que el libro de Andrés Bisso atiende, aportando numerosas aclaraciones a la comprensión de esta y otras prácticas movilizadoras desplegadas por los miembros del más importante grupo aliadófilo y antifascista del período, Acción Argentina. La intención explícita de Bisso es analizar las causas que posibilitaron el surgimiento de las apelaciones antifascistas liberal-socialistas que eran capaces de demostrar que defender al país de la amenaza nazi-fascista “tenía un correlato directo con la lucha por el control del poder político y podía —por ende— convertirse en una herramienta eficaz de movilización social” (p. 22).

La ventaja crucial del libro de Bisso por sobre los aportes anteriores al tema es que parece ser el primero que se dedica a analizar a Acción Argentina por fuera de las coordenadas ideológicas sobre las que ésta se desarrolló, tanto a favor como en contra. En este sentido, su trabajo es inaugural, en tanto se aleja

de la “mirada nativa”. De allí el esfuerzo permanente realizado por el autor por eliminar toda percepción de identificación o rechazo sobre Acción Argentina, sus intenciones, sus discursos y sus cambios políticos. Eso implicó dejar de lado dos pertinaces leyendas sobre el antifascismo argentino. La primera, la leyenda rosa, fue creada por miembros de Acción Argentina e insistía en el carácter idealista, altruista y prestigioso de esta agrupación y de quienes en ella militaron (lo cual constituía una visión invertida de lo que era la “manipulación” peronista de las masas). En ese relato se destacan sobre todo la carencia de mezquindades políticas y los denodados esfuerzos realizados para evitar la penetración nazi en el país. Esta mirada oscurece la percepción de los intereses políticos menos épicos que siguieron los hombres y mujeres de Acción Argentina y “sobre todo, impide notar las variaciones y diferencias que, a lo largo del tiempo y el espacio, informaban la acción de los diferentes movimientos, autodefinidos como *antifascistas*” (p. 29). La segunda leyenda, la negra, fue promovida por el revisionismo más radicalizado e insistía en que no existió un antifascismo auténtico dado que no existió tampoco fascismo auténtico en Argentina. En esa mirada, Acción Argentina encubría otros propósitos o era vista como una proto-Unión Democrática, anglófila y oligárquica. El autor deja expuesta con largueza la necesidad de evitar cualquier definición esencialista del antifascismo y de estudiar a los discursos y las diversas formas de ser antifascista que circulaban por entonces, algunas enfrentadas entre sí. Un ejemplo a colación de esta idea: un aporte muy significativo proviene de señalar algunos casos de miembros de Acción Argentina que pasaron a formar parte del gobierno instaurado en junio de 1943 (como Juan Cooke, ministro de Interior) e incluso del peronismo (como su hijo John William).

Ello permite romper con la idea de que había una única manera de ser antifascista (la línea Acción Argentina-Unión Democrática-antiperonismo) y complejiza enormemente la percepción sobre la política de la época.

El libro está dividido en dos partes. La primera de ellas se dedica a la historia de la agrupación entre 1940 y 1946, o sea, el tiempo que media entre su creación tras la ocupación de París y su encolumnamiento en la oposición a la candidatura presidencial de Perón. Los cinco capítulos que componen esta mitad permiten conocer con bastante detalle las prácticas movilizatorias y asociativas desarrolladas por Acción Argentina, los discursos sostenidos y las actividades encaradas a lo largo y ancho del país como parte de las campañas permanentes de concientización sobre los riesgos de la “penetración totalitaria”. Los lectores aprovecharían mejor el libro de contar con una mención más detallada de la penetración real del nazismo en Argentina —penetración menos coherente, relevante y peligrosa de lo que Acción Argentina divulgaba por los periódicos—. El autor procura mostrar simultáneamente los límites de la inclusión y la exclusión de Acción Argentina. Así, podemos apreciar cómo el Partido Socialista sistemáticamente pujó porque quedaran fuera de la agrupación los comunistas, de manera tal de quedar como los únicos representantes legítimos de izquierda en el posible Frente Popular al que imaginaban que conducía la prédica “argentinista”.

Bisso logra mostrar a lo largo de su libro que el antifascismo era mucho más que negatividad y que logró incorporar propuestas y lecturas políticas de una manera creativa y, en muchos casos, duradera. Socialistas, radicales y liberales insistían en aquellos puntos que los unían: creyeron encontrar ese míni-

mo común denominador en la tradición liberal y democrática argentina. De allí el esfuerzo llevado adelante por la dirigencia de Acción Argentina por compatibilizar su novedosa prédica anti-fraude con la prestigiosa interpretación cívico-liberal de la historia nacional. El recurso a esta tradición no sólo le “conferiría al movimiento antifascista un anclaje en los orígenes patrios, haciéndolo partícipe de sus figuras y creencias” (p. 58) sino que le permitía competir con otros grupos por mostrarse como verdaderos “nacionalistas”. En esa competencia con grupos autodenominados nacionalistas—muchos de los cuales tenían financiación de la embajada alemana en Buenos Aires— Acción Argentina intentaba mostrar un celo patriótico muy intenso que desmintiera la acusación de los primeros de que eran un mero vehículo de los intereses británicos en el país (de allí el irónico nombre de *Argentine Action* que recibían). Bisso destaca muy claramente el carácter bifronte de la apelación antifascista: simultáneamente mira al pasado a través de la tradición liberal y al futuro, imaginando una refundación del país por vías democráticas, alejadas de toda amenaza de penetración nazifascista. De allí que la exaltación de la Constitución y del ciudadano responsable e ilustrado fuera simultáneamente una necesidad política, pero también de la defensa nacional.

Acción Argentina era un espacio pluri-partidista, pero simultáneamente apartidario, en cuya dirección se encaramaron algunas de las figuras más destacadas de la política argentina. Precisamente, uno de los aspectos más interesantes desarrollados en el libro tiene que ver con el análisis del perfil social de la dirigencia, perfil de evidente aire notable. Especialmente el capítulo que Bisso dedica a analizar el Cabildo Abierto de mayo de 1941 permite ver de una manera asaz creativa la relación entre una dirigencia prestigiosa y las expresiones de los representan-

tes de filiales de todo el país, deseosas de forzar el guión pre-establecido. El notabiliarismo era un modelo cultural que, “a pesar de su carácter restrictivo, resultaba lo suficientemente representativo para movilizar a un numeroso grupo de personas, en torno a ciertos valores civilizatorios, que se consideraba necesario defender y promover” (p. 211). Pero junto con el predominio de los prestigiosos en la cúpula, encontramos ejercicios muy difundidos a nivel social y territorial de movilización social, que indicaban el surgimiento de una política verdaderamente de masas (combinada, no opuesta a la de notables). El péndulo de Acción Argentina giraba, dice Bisso, de la espontaneidad del “pueblo” al prestigio de los “doctores”, de concebirse popular a pensarse refinada, de la manipulación a la espontaneidad.

La segunda mitad del volumen se concentra en la prédica de la agrupación y las apropiaciones originales e imprevistas que de ella se produjeron. Como muestra con solvencia Bisso, el discurso antifascista se caracterizó por la maleabilidad con la que fue asimilado en diversos contextos locales, en apariencia alejada de los intereses más directos de Acción Argentina. El discurso antinazi fue sometido a un constante proceso de ampliación y de alteración por parte de los adherentes ubicados en distintos puntos del país, incluyendo aquellos ubicados en Territorios Nacionales, y por lo tanto carentes de representación electoral. La estrategia promovida por la cúpula de la agrupación, pero retroalimentada también por las dirigencias locales apuntaba a relacionar la prédica antinazi fundacional con otros temas de mayor interés y vinculación en esas regiones, como la ampliación del derecho a voto, la inversión en infraestructura y el desarrollo económico. Al igual que los nacionalistas antiliberales, los nacionalistas de Acción Argentina entendían que era en los Territorios Nacionales

donde había mayor riesgo de una invasión extranjera (especialmente en Misiones), ya que la falta de derechos cívicos y la alta presencia de foráneos habían debilitado la fidelidad a la patria.

El capítulo VII se interroga por la existencia de una “banalidad del bien”, con lo cual el autor pretende demostrar que “más allá de la pretensión originaria de definir al antifascismo como el motor de una decisiva y trascendental lucha del Bien frente a la barbarie nazifascista, las particulares formas en que fue expresado y practicado por Acción Argentina y recreado por los individuos ante los que ella apelaba abrían la posibilidad de usos novedosos, quizás más banales y más alejados de la visión heroica que ideológicamente dicha prédica suponía, pero igualmente atentos a la creación de vínculos sociales y políticos entre las personas” (p. 274). Un examen detallado del accionar de la agrupación en el interior de la provincia de Buenos Aires testimonia la múltiple recepción de las actividades de propaganda y movilización de Acción Argentina, que permitían desarrollar aspectos de la sociabilidad “que suponían un uso menos previsible de la prédica antifascista argentina” (p. 274), como los festivales de motos o danzantes. La flexibilidad de la convocatoria antifascista le permitía atraer a un amplio sector de las sociedades locales y a su vez le aseguraba una permanente resignificación inclusiva de nuevas demandas e identificaciones. Esa flexibilidad es la que ayuda a entender que las filiales locales se multiplicaron como hongos en pocos meses. Tratándose de ámbitos reputados como prestigiosos, los profesionales tendían a coparlos para mostrarse como campeones del civismo. Por otro lado, los partidos políticos “democráticos” apuntalaban el crecimiento de Acción Argentina, que funcionaba como un oasis apartidario en el contexto de fraude o de dictadura militar.

La mirada en esta segunda mitad del libro se concentra en la *gente corriente* que componía Acción Argentina, que participaban de múltiples formas de movilización, que les permitían acercarse a los preeminentes dirigentes de la agrupación. Aquellos que venían reseñados en la prensa como encargados de dar los vítores y aplausos, participaban de múltiples actividades, ámbitos de sociabilidad y comparaban elementos identitarios.

Las conclusiones del libro se concentran en el episodio final en la vida de Acción Argentina, cuando muta en una Unión Democrática derrotada por el coronel Perón en febrero de 1946 en lo que creía que era su mejor juego: elecciones limpias. Las razones del descalabro electoral Bisso cree encontrarlas en la dificultad del antifascismo argentino para traducir en apoyo en las urnas la representatividad social acumulada durante más de un lustro. En momentos en los que el fraude campeaba, Acción Argentina aparecía como un espacio “democrático” y “apartidario” de expresión de intereses ciudadanos, pero una vez que se restableció un sistema electoral con todas las de la ley, el discurso antifascista parece haber perdido atractivo. La Unión Democrática no logró convencer al grueso de la población de que los principios de la justicia social “sólo eran posibles y legítimos bajo la condición de la democracia formal e institucional por cuya restauración tanto se había luchado en las épocas del fraude y la dictadura militar” (p. 314). Los parámetros fundacionales usados ya desde el alzamiento de Franco en julio de 1936 se convirtieron en “un espejismo” de una serie de polarizaciones que el final de la guerra había revelado caducos. El permanente e intenso uso de la prédica antifascista la había sometido a un desgaste que no fue percibido por los “demócratas”, que confiaron en que sería capaz de vencer a quien veían como la encarnación del peligro nazifascista en Argentina, el coronel de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social. El grueso de la sociedad argentina, Perón incluido, entendió más rápido y mejor que Acción Argentina que la guerra había terminado y que desde entonces la política transitaría bajo otras coordenadas. Un triunfo a lo Pirro, por el contrario, parece descubrirse en la construcción y

difusión por décadas de ciertas imágenes históricas motorizadas por Acción Argentina (como la de “Perón nazi”) a las que el muy buen libro de Andrés Bisso viene a impugnar con solidez de trabajo de archivo y apertura intelectual.

Ernesto Bohoslavsky
UNGS

A propósito de Daniel Campione, El comunismo en Argentina. Sus primeros pasos, Buenos Aires, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación, 2005, 176 pp.

Casi una década atrás, llamábamos la atención —con intención a la vez crítica y programática— sobre la notoria escasez de trabajos historiográficos de corte académico acerca de la trayectoria de las organizaciones políticas de la izquierda argentina, escasez extensible también a las producciones de origen partidario. Allí sugeríamos posibles explicaciones de tal borradura, esbozábamos una tipología de la literatura entonces disponible, y algunos apuntes metodológicos orientadores para encarar una tarea productiva de estudio de tales organizaciones.¹ El fenómeno aparecía bien ejemplificado en el caso de una de las más importantes, el Partido Comunista, al que dedicamos, poco después, la elaboración de un estado de la cuestión.² Desde entonces, indudablemente el panorama se ha modificado y enriquecido, aunque, a mi juicio, sólo parcialmente. La mayor disponibilidad de acceso a documentación, la aparición de algunos valiosos estudios y la elaboración en curso de otros, conviven con la perduración de numerosos (y cruciales) vacíos temáticos y de falencias metodológicas, y, sobre todo, con la ausencia de un verdadero *programa* interdisciplinario de estudios sobre las izquierdas argentinas

1 Jorge Cernadas, Roberto Pittaluga y Horacio Tarcus, “Para una historia de la izquierda en la Argentina. Reflexiones preliminares”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, Buenos Aires, N° 6/7, otoño-invierno de 1997, pp. 28-35.

2 Id. “La historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina: un estado de la cuestión”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, Buenos Aires, N° 8, otoño-invierno de 1998, pp. 31-40

(algo por cierto diferente de la sumatoria de contribuciones individuales, a menudo puntuales y sin mayor conexión entre sí, y ello con independencia de su, por otra parte, desigual valor). Esto impide, creo, compartir los diagnósticos prematuramente optimistas que algunos investigadores han vertido recientemente, acerca de la consolidación de un campo de estudios sobre la izquierda argentina.³

En este contexto rápidamente delineado, entre las novedades de la última década debe apuntarse, sin dudas, una cierta revitalización de los trabajos producidos por los propios militantes partidarios, como es el caso del libro de Daniel Campione sobre los orígenes del PCA que aquí nos ocupa, que viene a sumarse a otros aportes, tanto propios como de otros camaradas del autor.⁴ No parece arbitrario señalar que la condición de posibilidad de tales (auto)exámenes puede anclarse en por lo menos dos procesos, casi simultáneos: la fuerte revisión de la línea política partidaria precipitada en el XVI Congreso del PCA (1986), con su estela de debates, rupturas y alejamientos, y la crisis y disolución de los “socialismos reales” a fines de esa década y comienzos de la siguiente, que estimularon una reevaluación de algunas certezas que hasta entonces parecían incommovibles en las izquierdas. Evidentemente, hoy queda poco espacio para una escritura acerca de la trayectoria partidaria del PCA, generada desde su propio seno, que se rija por la soberbia, la autorreferencialidad y las tergiversaciones y omisiones alevosas que caracterizan a un texto fundacional de la “historia oficial” de esta fuerza política, el célebre **Esbozo de Historia del Partido Comunista de la**

3 Cf., por ejemplo, Hernán Camarero, quien, en un balance no desprovisto de lagunas, afirma: “No es aventurado decirlo, asistimos a la consolidación de un nuevo campo de estudios sobre la izquierda argentina, y sobre el socialismo y el comunismo en particular”. “La izquierda como objeto historiográfico. Un balance de los estudios sobre el socialismo y el comunismo en la Argentina”, en *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, Buenos Aires, N° 1, septiembre/octubre de 2005, p. 98.

4 Nos referimos, por ejemplo, a trabajos como el de José Schulman sobre los debates en el seno del comunismo en tiempos del surgimiento del peronismo, o los del propio Campione sobre los antecedentes de la política partidaria de “convergencia cívico-militar” durante la última dictadura, entre otros.

Argentina (1947). En este sentido, buena parte de esta producción reciente de matriz partidaria intenta apartarse de los peores rasgos de ese tipo de literatura, más preocupada por glorificar a las direcciones clarividentes y sus “líneas” siempre correctas, desmarcándolas de los réprobos y sus variadas “desviaciones”, que por dar cuenta con criterio histórico de los complejos avatares de una organización política de extensa actividad en la vida social, cultural y política argentina como es el Partido Comunista. A este respecto, contribuciones como la de Campione vienen intentando marcar una saludable distancia de aquella tradición partidaria (desde luego, no privativa del PCA).

El texto que comentamos se concentra en la reconstrucción de un tema y un lapso bien delimitados, el del surgimiento del Partido Socialista Internacional (PSI, luego Comunista), a partir del agitado año 1917, durante el cual las crecientes disensiones internas en el viejo Partido Socialista (PS) van prefigurando la ruptura, hasta principios de 1918, cuando ésta finalmente se oficializa con la fundación del nuevo partido. Para ello, el autor sigue el curso de esas disensiones y sus principales ejes, en especial, el debate en torno de la posición partidaria frente a la Guerra Mundial (debate que, como recuerda oportunamente Campione, atravesó con intensidad a toda la sociedad y la política argentinas de entonces), fundamentalmente a partir del análisis del órgano partidario socialista *La Vanguardia* y, en menor medida, recurriendo a otras fuentes primarias y secundarias. Los resultados de su investigación se vuelcan en siete capítulos y unas breves “Conclusiones”, que componen la primera parte del volumen. La segunda y más extensa se completa con la transcripción anotada de dos interesantes documentos, ambos de 1919: “Historia del socialismo marxista en la República Argentina”, publicado como folleto por el C. E. del PSI, y “Dos meses de actuación en el Concejo Deliberante de Buenos Aires. Enero y febrero de 1919”, que reproduce las intervenciones (no exentas de fino humor) de Juan Ferlini, ex-integrante de la minoría del C. E. del PS antes de la ruptura, para entonces importante dirigente partidario y concejal capitalino por el flamante PSI, y una de

las figuras más destacadas de los primeros tramos del comunismo argentino, que Campione se propone, con justicia, rescatar de un relativo segundo plano.

A diferencia del **Esbozo** (y también de historias partidarias ulteriores de menor alcance que aquél), el relato y el análisis de las circunstancias que precipitaron la ruptura partidaria presentados aquí evidencian la clara voluntad del autor de atenerse a las normas básicas de una reconstrucción histórica. A este respecto, en la senda de trabajos extrapartidarios pioneros en la revisión de los orígenes del comunismo argentino, como los de Emilio Corbière,⁵ se eluden las groseras omisiones de figuras y situaciones claves que, como se señaló arriba, caracterizaban a aquella narrativa fundacional, pero también a buena parte de la literatura posterior a ésta, tanto proveniente de militantes partidarios, como de no pocos de los “contra-historiadores” críticos del PCA. Para Campione, dos son las problemáticas (que, aunque distinguibles, en parte se solapan) que agudizaron los debates internos en el PS, a medida que avanzaba la interminable “Gran Guerra” iniciada en 1914: la cuestión de la neutralidad o la ruptura con las llamadas “potencias centrales”, y la relativa al carácter “revolucionario” o no del partido (expresado este último como afán de los cuadros dirigentes por afianzar al PS como un confiable “partido de gobierno”). En este sentido, afirma el autor: “el problema de la ruptura de relaciones con Alemania [sobre todo a partir de la guerra submarina adoptada por ésta en 1917] obraba como condensación de buena parte de los cuestionamientos preexistentes al grupo de conducción [del PS] —como la acusación de reformismo, las abdicaciones ante el nacionalismo, la adopción de una política por el grupo parlamentario a espaldas de las resoluciones del partido, etc.— que le hacía una corriente minoritaria pero con presencia importante en la estructura partidaria” (p. 11). Esa corriente “internacionalista” (estimulada en la

5 Emilio Corbière, “Orígenes del comunismo argentino”, en *Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 81, febrero de 1974; “La fundación del PC, 1917-1920”, en *Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 106, marzo de 1976; **Orígenes del comunismo argentino (el Partido Socialista Internacional)**, Buenos Aires, CEAL, 1984.

coyuntura por las conferencias socialistas de Zimmerwald y Kienthal) habría entonces disputado con la mayoría de la dirección partidaria en torno de la cuestión de la guerra, pero también contra “una línea política signada por el crecimiento electoral e incluso por la perspectiva futura de ingresar al gobierno nacional”, prolongando así una acción disidente que, para el autor (al igual que para los redactores del **Esbozo** y de obras posteriores, incluso la de Corbière), se remontaría a 1911 o 1912, a través de iniciativas tales como la fundación del Centro de Estudios “Carlos Marx”, el periódico **Palabra Socialista**, el Comité de Propaganda Gremial, la organización de las Juventudes Socialistas y el periódico **La Internacional**, para culminar con la ruptura y la conformación del PSI en enero de 1918. El libro recorre entonces la actuación parlamentaria del PS a partir de la ampliación del sistema político habilitada por la Ley Sáenz Peña de 1912; la reacción pro-rupturista adoptada por la dirección partidaria ante el hundimiento del buque argentino “Monte Protegido” por Alemania y la subsiguiente condena de esa posición por el III Congreso Extraordinario del PS de abril de 1917; el pronunciamiento abiertamente favorable a la ruptura de relaciones por parte del senador socialista Del Valle Iberlucea en septiembre de ese año (en clara violación de las resoluciones del citado Congreso); la renuncia del grupo parlamentario a sus bancas (maniobra destinada a preservar sus cuestionadas posiciones dirigentes) y el final rechazo de la misma por el método del “voto general” de los afiliados (proceso reconstruido en el capítulo V, uno de los más ricos del libro); la expulsión de los militantes y centros partidarios que persistían en exigir el respeto a las resoluciones del III Congreso Extraordinario, y la ulterior constitución del PSI.

No obstante la corrección, el valor historiográfico e incluso la amenidad de esta reconstrucción (y de los documentos anexados y comentados en la segunda parte del volumen), vale sin embargo apuntar aquí algunos problemas y límites de este esfuerzo, que conciernen, creo, al menos en parte, a la concepción que aún subyace a esa reconstrucción. El primero y tal vez más evidente es que el texto no logra —o no busca— abandonar com-



pletamente los parámetros de las (viejas y no tan viejas) historias “militantes”, tal como las hemos caracterizado en otro lugar.⁶ En particular, aunque el relato aparece afortunadamente desprovisto de la profusión de “provocadores policiales”, “liquidacionistas”, “ultraizquierdistas”, “oportunistas” e incluso “aventureras de vida turbia” que, acechando a la “línea justa” y sus portadores, pueblan las páginas del *Esbozo* y de no poca literatura partidaria, la obra no deja de deslizar la añoranza de esa “línea justa”. Así, por ejemplo, no faltan aquí (bien que caute-losamente entrecomilladas) expresiones acerca de la creciente “desviación parlamentaria” del viejo PS, presuntamente estimulada por sus relativos éxitos electorales de 1912-1916 y por las orientaciones crecientemente dominantes en la socialdemocracia internacional (p. 11), o una evaluación de la actuación de Ferlini en el Concejo Deliberante que incluye la sentencia (respaldada en valoraciones del veterano dirigente del Partido Comunista Revolucionario Otto Vargas, aunque tampoco muy distante de las apreciaciones del *Esbozo* al abordar este periodo y los años ‘20) de que “el socialismo internacional, recién separado del viejo tronco socialista, aún no tenía una línea marxista revolucionaria totalmente definida” (p. 117). Cabe inferir entonces que esa “línea marxista revolucionaria totalmente definida” (si tal cosa fuera posible) habría visto la luz en algún tramo ulterior de la historia partidaria, que no es objeto de este trabajo, aunque tampoco ninguna indicación del autor permite situarlo con precisión (como sí lo hacía abiertamente el *Esbozo*, que ubicó tal adquisición —el preciado *marxismo-leninismo-stalinismo*—, de una vez y para siempre, a fines del turbulento decenio que siguió a la fundación del PSI, con la perdurable consolidación en la dirección de Vittorio Codovilla, Rodolfo Ghioldi y otros maestros del pensamiento marxista local). En sentido similar, vale mencionar los comentarios críticos de Campione acerca de que los “internacionalistas” compartían con los “mayoritarios” un defecto mayúsculo: no ubicar “las consecuencias del arribo del capitalismo a su fase imperialista, las diferen-

cias entre los países del capitalismo avanzado y las colonias y semicolonias [...]” (p. 14), afirmación que, más allá de otras posibles consideraciones, parece susceptible de ser matizada a la luz de las críticas no livianas que los “internacionalistas” dirigían a la bancada socialista a propósito del conflicto mundial, y que el propio autor recoge líneas más abajo: “[...] le reprochan ignorar el carácter clasista de la guerra, subordinarse a los intereses imperialistas, tomar como ciertas las manifestaciones, a su juicio imposturas, que sobre la ‘defensa de la paz y la libertad’ impregnaban el discurso de las potencias aliadas” (p. 15). Pareciera exigirse aquí a la minoría disidente, algo anacrónicamente, que hubiera hecho propios determinados análisis del imperialismo que para la época recién se estaban difundiendo —en competencia con otros— en el seno de la Internacional socialista, y no necesariamente a través de sus voceros entonces más prestigiosos y con mayor audiencia.

También cabe apuntar que, al igual que en las historias de formato más tradicional, el relato se concentra predominantemente —contra las célebres sugerencias metodológicas gramscianas, que el autor conoce bien— en los avatares internos de la organización, y particularmente tal como aparecen expresados a través de las posiciones de sus cuadros dirigentes (incluidos los de la minoría disidente). Por ejemplo, si bien en el relato hay un valioso esfuerzo por referir al proceso histórico local e internacional más amplio que acompaña los conflictos de la vida partidaria, no siempre logra integrarse satisfactoriamente como factor explicativo de los mismos (por caso, cuando se alude a la tendencia de los partidos de la Internacional, incluido el argentino, a pensarse —y en algunos casos a constituirse— como “partidos de gobierno”, se echa de menos alguna reflexión acerca de cómo podría traducirse prácticamente tal tendencia en el caso de un PS débil en la escena política nacional, y que por lo demás abominaba del radicalismo —firmemente consolidado en el gobierno— como una expresión más de los viejos vicios de la “política criolla”, situación ciertamente muy distinta de la que se presentaba contemporáneamente a algunos partidos socialistas europeos).

Las mayores excepciones a este señalamiento crítico se ubican en el capítulo V del libro, que, al recoger y examinar la multiplicidad de reacciones que genera en los centros socialistas la decisión del grupo parlamentario de someter a votación de los afiliados su renuncia a las bancas, es, como ya dijimos, uno de los más valiosos del volumen, precisamente porque opera un relativo descentramiento de la narración, del seguimiento de los cuadros dirigentes al de las bases, en el análisis de la dinámica partidaria. Otro tanto sucede cuando el autor esboza algunas de las diferencias que alejan (y oponen) a los “disidentes” del grupo parlamentario, incluyendo las referidas a extracción social, prestigio y reconocimiento acumulados en el seno de la masa y la estructura partidarias, nivel de instrucción, etc., diferencias que se solapan con (y alimentan a) las estrictamente ideológico-doctrinarias. El propio Campione había formulado, en un trabajo anterior,⁷ interesantes apreciaciones acerca de la necesidad de atender a “la cotidianeidad, a la *sensibilidad*, a los comportamientos y mentalidades” (aunque restringiendo tal necesidad, a nuestro juicio unilateralmente, a las “bases” más que a las estructuras dirigentes partidarias). Esta fructífera premisa metodológica es la que aquí sólo despunta ocasionalmente. En parte ello también sucede en el capítulo VI, cuando el autor registra el deslizamiento del lenguaje empleado por la dirección del PS para referirse a los “internacionalistas”, a partir de la profundización del conflicto interno a fines de 1917. En efecto, la discusión político-ideológica cede lugar a la diatriba, expresada con términos “terapéuticos” que Campione encuentra inficionados por el discurso higienista estatal en boga, con todas las connotaciones de control social que éste acarrea. La sugerencia de un cruce entre ambas series de discursos no deja de ser atractiva, y amerita mayor exploración. No obstante, basta reparar algunos de los términos y de las estrategias discursivas aplicadas por la dirección partidaria (la “infiltración” de “elementos extraños”, la existencia de

6 Ver los trabajos citados en notas 1 y 2.

7 “Los comunistas argentinos. Bases para una reconstrucción de su historia”, en *Periferias. Revista de Ciencias Sociales*, Buenos Aires, Nº 1, octubre de 1996.

un “grupito conspirador y disolvente”, “pústula”, “granos purulentos”, “sustancias mórbidas y extrañas”, “gangrena”, “histriones y mentecatos que forman en todas partes la resaca de la política burguesa”, acusaciones de infiltración de los disidentes por la policía...), para identificar algunos de los tópicos más recurrentes que han acompañado (y racionalizado) los conflictos intestinos de ésta y de muchas otras organizaciones de izquierda, más allá de la vigencia temporal (acotada) del discurso higienista. Acaso ello sugiere la necesidad de una mirada más atenta también a las componentes estructurales e institucionales de “larga duración” de la lucha política en el seno de las izquierdas.

Por último, a pesar de la contribución del volumen que comentamos, subsiste, creo, la falta de nuevas indagaciones y reflexiones acerca del desemboque final del conflicto en la constitución del PSI, desemboque que no debería naturalizarse. Campione analiza acertadamente la sagacidad (e implacabilidad) con que la dirección justista del PS neutraliza a la disidencia “internacionalista” y desactiva los espacios donde gozaba de mayor influencia —el sindical y el juvenil—, hasta lograr su expulsión, al tiempo que sostiene que “para los internacionalistas quedó claro, a su vez, por el desarrollo y resultado de la crisis partidaria, que para seguir planteando un programa revolucionario, realizar un trabajo político dirigido al movimiento obrero, y dotar de visibilidad pública a esas ideas, se requería un nuevo partido” (p. 55). Ello no clausura interrogantes acerca del carácter eventualmente “prematureo” de la ruptura, no en el sentido de que ésta fuera necesariamente “evitable” —posibilidad más bien remota, habida cuenta de la violencia del debate interno que Campione reconstruye—, sino de que, como sugerimos en otro lugar, acaso condujo a una “fundación institucional débil, cuya legitimidad depende excesivamente de un proceso exterior y lejano, por más intenso que fuese su influjo, como el proceso revolucionario ruso”.⁸

8 “La historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina: un estado de la cuestión”, cit., p. 37. Allí se recuerda un dato llamativo sobre este punto (extraído del propio **Esbozo**): en el III Congreso Ex-

A este respecto, la propia imagen que los “internacionalistas” construyen de sí mismos en su **Historia del socialismo marxista en la República Argentina** de 1919 (que concluye reclamando a la Internacional socialista los títulos de única sección argentina de la misma), transcrita en la sección documental del volumen de Campione, no exenta de un cierto tono quejumbroso y “defensivo” ante las astutas maniobras y las arbitrariedades de la dirección partidaria para marginarlos, parece abonar la idea de una ruptura percibida a la vez como inevitable y no deseada.⁹

En síntesis, aunque, como señalamos al inicio de esta reseña, estemos aún lejos de avances decisivos en la reconstrucción de la trayectoria de las principales fuerzas políticas de la izquierda argentina del siglo XX, el volumen de Campione, con sus fortalezas y debilidades, se inscribe legítimamente en ese desafío, a la vez historiográfico y político.

Jorge Cernadas
UBA / UNGS

traordinario de abril de 1917, la moción de la minoría “internacionalista” se impone a la de la mayoría justista obteniendo más de 4000 votos de los *delegados* presentes, mientras que en el congreso fundacional del PSI, celebrado sólo 9 meses más tarde (enero de 1918), estuvieron representados 766 *afiliados*.

9 Por ejemplo, cuando afirman, en un manifiesto difundido para desmentir las calumnias de **La Vanguardia**: “[...] *Como nuestros procedimientos son limpios y correctos, el grupo dirigente del partido, que nunca toleró por mucho tiempo ninguna oposición sería dentro del partido, desea eliminarnos de cualquier modo, por inmoral que sea, para asegurarse así el disfrute tranquilo del poder dentro de la agrupación* [...] Hacía tiempo que el C. E. buscaba un pretexto para asestarnos un golpe de muerte. Su falta de escrúpulos y su sagacidad calculadora lo ha encontrado ahora, en vísperas de una doble elección de candidatos, en la fundación de este ‘Comité pro defensa de la resolución del III Congreso Extraordinario’ (p. 93, cursivas en el original). Otro tanto ocurre en un artículo del órgano de los disidentes, **La Internacional** de febrero de 1918, en el que se afirma: “Los parlamentarios socialistas, autores y actores de esta modalidad conciliatoria (...) *han provocado forzosamente la disidencia*; primero en el seno mismo del partido... y finalmente fuera expulsando del partido a los que con el derecho de pensar y de hablar veníamos señalando la desviación y reclamando que el partido no abandonara su principio fundamental” (cit. en p. 46, cursivas nuestras).

A propósito de Marcelo Larraquy, Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera, Buenos Aires, Aguilar, 2006, 243 pp.

Si hasta mediados de los ‘90 era difícil encontrar ex militantes dispuestos a relatar sus experiencias de vida al interior de las organizaciones armadas, desde hace ya unos años esta tendencia se ha ido revirtiendo y son cada vez más quienes están prontos a narrar su versión de dicha historia. Los motivos de este cambio van desde los denominados “tiempos de la memoria” hasta las últimas políticas públicas de intervención en torno al pasado reciente.

Sin embargo, y a pesar de la creciente circulación de testimonios sobre los setenta, acerca de esta década —ampliamente caracterizada como violenta— casi no existen estudios que pongan el centro de atención en las organizaciones armadas en general y en Montoneros en particular.

El libro que hoy presenta Marcelo Larraquy, periodista de vasta trayectoria, se inscribe en la línea de los trabajos que se interrogan por lo ocurrido en aquellos años convulsos, y es una muestra más de un foco de interés sostenido que anteriormente dio origen a los libros **Gallimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA** (en coautoría con R. Caballero) y **López Rega. La biografía**.

Esta vez, Larraquy se sumerge en una historia muchas veces nombrada y poco o nada investigada: la contraofensiva montonera llevada adelante en dos etapas, durante 1979 y 1980. Ya el clásico trabajo de Richard Gillespie hacía mención al “desastroso intento de retorno” que desembocaría en la muerte y desaparición de todos los militantes que participaron de este operativo, y aún existiendo alusiones en memorias y testimonios, no había hasta el momento un estudio serio de la contraofensiva. El antecedente inmediato lo constituía el libro de Cristina Zuker, llamado **El tren de la victoria**, y se trataba más de un relato novelado sobre una historia familiar que una investigación precisa sobre este episodio.

Larraquy intenta retomar lo que Zuker había apenas esbozado: la necesidad de “recons-



truir la vida de hombres y mujeres sin historia que habían quedado marginados del canon de la memoria *setentista*" (p. 235).

El libro está dividido en dos partes: la primera de ellas —titulada "Fuimos soldados"— narra con detalles la historia de "Lazarte", un integrante de Montoneros que, habiendo sido expulsado de la organización, pretende que lo reincorporen para matar a los miembros de la Conducción. Esta sección termina cuando Larraquy pierde el rastro de Lazarte y ya no puede seguir reconstruyendo su historia. La segunda parte, llamada "Operación Masacre", narra con minuciosidad los sucesos que formaron parte de la contraofensiva hasta llegar inclusive a los procesos judiciales que juzgan a los responsables de las desapariciones en ese marco y que siguen su curso actualmente en nuestro país.

Si la primera parte tiene un estilo novelado, en donde las peripecias de Lazarte atrapan al lector introduciéndolo en una trama no exenta de condimentos similares a los presentes en las clásicas novelas policiales, la segunda parte pierde ese estilo para recobrar el sello que delata los orígenes de su autor: el periodismo de investigación.

Algunos personajes y hechos de la primera parte aparecen reiterados en la segunda, y es el cambio de protagonistas y de objetivos del autor lo que hace que se muestren diferentes: no ya personajes secundarios de la vida protagónica de Lazarte sino miembros de lo que quedaba de Montoneros para esos años.

Así, en la primera parte el relato no hace mención a fuentes y convoca al lector a una especie de pacto de verosimilitud, en tanto lo emplaza a creer en aquello que se narra, utilizando a la vez como estrategia el contar las propias dudas y cavilaciones de quien reconstruye la historia con fuentes escasas. Dice Larraquy: "Puedo sospechar que Lazarte, incluso en la precisión de su relato, manipuló ciertos hechos (...) pero lo que no puedo objetar es la esencia de la historia, no puedo desconfiar del verdadero sentido de su misión" (p. 31).

En el relato sobre Lazarte aparecen las marcas de lo que interpeló a Larraquy: las

preguntas sobre las razones de este hombre, pero también las preguntas sobre las razones de todos aquellos que emprendieron la contraofensiva. El autor intenta algunas respuestas: "La Contraofensiva era un objetivo colectivo, que ofrecía una oportunidad para toda clase de opciones individuales" (p. 60). Pero también dirá más adelante: "Los soldados que volvieron a la Argentina en 1979 y 1980 ya habían *perdido*. Sólo conservaban su utopía o su locura, que era lo único que podían conservar" (p. 233). Hay algo que permanece enigmático para Larraquy y, por ende, lo será también para el lector que espere encontrar allí explicaciones de una acción semejante.

En la segunda parte el magnetismo que provocaba Lazarte no es remplazado por los nuevos personajes ni por el estilo narrativo adoptado, razón por la cual el ritmo del relato decae. Se trata de una exposición más impersonal, en la que casi no hay cabida para las cavilaciones personales y en donde las marcas del autor son, por lo tanto, menos visibles. Al mismo tiempo, el pacto de verdad se reedita en tanto no hay referencias a fuentes, datos, entrevistas o aparato erudito. Es este uno de los signos más notorios de la distancia establecida entre investigaciones de tipo periodístico y relatos de corte historiográfico y/o académico. El lector debe creer en Larraquy y en la veracidad de los datos que utiliza, sin preguntarse cómo llegaron a ellos o qué grado de autenticidad poseen las fuentes con las que él construyó un relato. En esta dirección, es casi inevitable preguntarse por algunas aseveraciones: así, cuando se afirma "quienes se habían alistado para el combate no habían sentido el peso de la dictadura y no tenían conciencia, porque no lo habían vivido, del poder de destrucción masiva que había ejercido el aparato militar sobre las organizaciones guerrilleras" (p. 158), queda a cuenta del lector imaginar de donde proviene tal declaración: ¿se trata de algún entrevistado para la ocasión? ¿Se trata de una afirmación personal del autor? ¿Son interpretaciones en base a qué fuentes o referencias? Estos datos, que no deben hacerse necesariamente explícitos en una narración como la que aquí se presenta, resultan imprescindibles cuando se trata de un producto de la labor historiadora.

El libro de Larraquy llama la atención sobre algunas cuestiones que invitan a la reflexión. La primera de ellas es la escasa presencia de estudios e investigaciones sobre Montoneros, opuesta casi por completo a la proliferación de libros y testimonios que circulan en la esfera pública. Otro problema lo constituye el hecho del supuesto "olvido" de la militancia setentista, la anterior al golpe y la que se sostuvo paralelamente a éste. Larraquy se sitúa entonces como quien pretende devolver por medio de los actos de investigación y escritura parte de lo perdido u olvidado por las "historias oficiales". En esta dirección, afirma: "...no por sentirme protegido en la *moral media* de la sociedad tenía que dejar a los soldados sin historia" (p. 235). Sus afirmaciones en relación a este tema son un tanto temerarias pero no por ello dejan de constituirse como síntoma de una ausencia.

Un tercer grupo de problemas es el concerniente a los modos en que una sociedad se relaciona con su pasado. En otras palabras, y para el tema que aquí nos ocupa, se trata de pensar por qué ciertos hechos son olvidados o relegados en contraposición a otros que no cesan de hacerse escuchar. En el momento en que Larraquy se pregunta por una de las militantes de la contraofensiva diciendo "¿por qué no se podía decir que era un combatiente?" (p. 237), lo que pierde de vista es que hasta hace poco esto no se podía decir —y en ocasiones ni siquiera *pensar*— de la mayoría de aquellos que él denomina "setentistas". En definitiva, omite preguntarse por los denominados "tiempos de la memoria", que no se sustraen de los ritmos de la sociedad en la labor de apropiación del pasado.

Por último, el libro resulta sugerente para examinar dos problemas diferentes pero de estrecha relación entre sí cuando nos proponemos analizar aquellos años: la responsabilidad y la convicción. Sólo recientemente han comenzado a circular debates sobre estos tópicos.

En conclusión, el libro tiene la virtud de proporcionar una agenda de problemas en relación a Montoneros tanto a lectores avezados como a investigadores interesados en la temática. Ilumina una parte de la historia de nuestro país que no ha

sido aún lo suficientemente explorada. Para quienes pretendan adentrarse en la historia de la organización, se tornará en material de consulta ineludible.

Lucía Brienza
UNR / CONICET

A propósito de Pilar Calveiro,
Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70,
Buenos Aires, Norma, 2005, 189 pp.

Se suele reclamar que la memoria y la historiografía sobre “los años setenta” tienen aún por delante la ineludible tarea de adentrarse con mayor sistematicidad (y, por qué no decirlo, sinceridad e irreverencia) en la dimensión de las responsabilidades colectivas. Este reclamo encuentra su legitimidad en la constatación de una generalización aparentemente inmovible de memorias centradas en las bondades imaginarias de una sociedad poco dispuesta a re-conocerse como parte del horror o en relatos glorificadores de militancias y militantes, relatos que han aprendido a conjugar las figuras del héroe bélico y la de la víctima martirizada.

Es en este escenario que la intervención de Pilar Calveiro (**Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70**, un libro que conforma perfecta familia con **Poder y Desaparición**) adquiere su gran aporte y resalta su valor.

La autora propone un ejercicio de memoria sobre la larga trama histórica que condujo al momento de mayor violencia política en nuestro país y, principalmente, al papel que en ella le cupo a las organizaciones armadas. Entiende que un ejercicio de memoria es, sobre todo, una recuperación de sentido; una operación que capture y reinscriba sentidos pretéritos en contexto de época y abra nuevos futuros. El sentido que se intenta reponer para develar ese terrible pasado es el del vínculo siempre íntimo —se sabe— entre *política y violencia* en los años setenta. Y, anticipado desde el propio título del libro (*política y/o violencia*) se presenta el postulado principal del mismo: aquella intimidad estuvo signada menos por

la tensión y la imbricación que por el desplazamiento de uno de los términos en favor del otro. Es finalmente en la supresión de la política, en su abandono, donde pueden encontrarse las claves de la derrota de las organizaciones revolucionarias armadas. [La misma] “no se debió a un exceso de lo político sino a su carencia. Lo militar y lo organizativo asfixiaron la comprensión y la práctica políticas” (p.23). Dicha carencia no puede ser leída sino en el marco de una larga historia que data, por lo menos, de los años treinta y que la autora se aboca a desentrañar: la del lugar que ocupó la violencia en la dinámica político-institucional de la Argentina. La creciente presencia militar y el recurso a la violencia para imponer desde el poder del Estado aquello que no podía consensuarse a través de la política fueron elementos notables en la paulatina instalación de un *poder desaparecedor*. Dentro de esta secuencia es el golpe de 1966 aquello que, para Calveiro, merece particular interés: es a partir de entonces que las Fuerzas Armadas se constituyeron en el *núcleo mismo del Estado*, reestructurándolo a *imagen y semejanza* y proyectando-imponiendo sobre el campo social los principios y la disciplina controladora del orden cuartelario. La configuración resultante fue la *lógica totalitaria*: el conflicto entendido como guerra, lo *no idéntico* como *enemigo* y, por ende, la resolución del conflicto a través de la aniquilación total del otro. Esta violencia militar “comenzaba a reproducirse y a encontrar respuesta, también violenta” (p. 37) desde otros campos de la sociedad. Las resistencias al poder disciplinador no tardaron en manifestarse. Rebeliones populares, surgimiento y accionar de las organizaciones guerrilleras (que disputaban al Estado nada más y nada menos que el monopolio de la violencia), dan cuenta para Calveiro de una *reaparición*, la de la política: “transmutada en sus formas más radicales” (p. 42). Política “y” violencia: transmutación, continuidad y lazo, al menos por ahora.

Inmersos en un contexto internacional signado por vientos de rebelión y un universo de sentidos también ordenados según la lógica binaria de la guerra, los jóvenes revolucionarios argentinos

aprendieron de la sociedad de la que formaban parte el valor político de la violencia y bajo el influjo del foquismo “militarizaron su prácticas revolucionarias” (p. 130). Pero para la autora, entre el surgimiento de las organizaciones armadas y su derrota final, hubo en aquel vínculo (política y violencia) desplazamiento, reemplazo y supresión: “la lucha armada comenzó siendo la máxima expresión de la política primero, y la política misma más tarde” (p. 129). Centrando su análisis en la experiencia de Montoneros, la autora sitúa el punto de inflexión en 1974 con el pase a la clandestinidad. Y entra en juego entonces, la tesis bastante aceptada —al menos en círculos militantes— pero no tan revisada de un *proceso* de militarización. Calveiro se aventura en sus causas y destaca como vertientes principales e íntimamente entrelazadas: 1) el intento de construir un ejército popular que reuniera las mismas características que el ejército regular; y 2) la escalada represiva que fue “obligando a abandonar un trabajo de base”, trabajo que la autora encuentra “particularmente significativo” (p. 131) en el caso de Montoneros, al menos entre 1972 y 1974. Los “mecanismos políticos, militares y organizativos (...) que asfixiaron la práctica de Montoneros” (p. 144) aportaron el resto. *Atrapados* en estos mecanismos y atravesados por un sistema de creencias que no hacía más que confirmarse a sí mismo (articulado en torno a la certeza en el triunfo inexorable de la revolución) los jóvenes guerrilleros encontraron finalmente su derrota y aniquilamiento.

En la exposición de aquellos últimos mecanismos el texto de Calveiro merece particular reconocimiento, puesto que en momentos tan irreflexivamente amables para la reivindicación autocomplaciente de las experiencias militantes, el análisis y la exposición de lo que en ellas había de autoritario, de gesto represivo, de necedad burocrática y ausencia de pensamiento, no puede menos que festejarse por oportuno y valiente. Pero también, porque es allí donde la autora desliza ciertas apreciaciones e inicia, generosa, recorridos posibles que se abren a otros planteos, abordajes, énfasis e interrogantes.

Uno de ellos invita a revisar la idea de *proceso de militarización*, a través del cual, un postulado equilibrio entre el componente militar y el político hubiera comenzado a descomponerse en favor del primero a partir de un conjunto de... ¿decisiones desafortunadas? ¿malentendidos irreparables? ¿apreciaciones equívocas? (siempre agravadas o empujadas por el cerco represivo). La intensificación del accionar armado, la colonización bélica de las prácticas, de la discursividad y de los imaginarios de estas organizaciones son, a estas alturas, fenómenos innegables. Por lo demás, resulta perogrullesco afirmar que éstos no fueron repentinos. La invitación, en todo caso, es a volver la mirada sobre el núcleo original de las formulaciones político-ideológicas, sobre sus connotaciones, sentidos e implicancias más profundos. Porque en ellos, quedaban **anudados con lazo indisoluble** violencia e historia, sacrificio y hombre nuevo, acción, guerra y revolución.

En palabras de Badiou “toda convicción sobre la llegada real del hombre nuevo está marcado por una fuerte indiferencia a sus costos y una legitimación de los medios más violentos”.¹ Y desde las entrañas mismas de esa subjetividad el costo —cualquiera sea éste— se presenta y se vive siempre a partir de lo heroico, de lo épico.

Antes que equilibrio de componentes pareciera haber un **nudo de sentidos** que —con las diferencias del caso— constituyeron el sello identitario de los revolucionarios setentistas. Y en ese nudo la diferenciación/oposición entre política y violencia pierde espesor; toda estrategia, toda valoración y todo símbolo se encuentran subordinados a la semántica de la guerra muy tempranamente. Y entonces es probable que la llamada *militarización* haya sido, *en gran medida*, el resultado ferozmente fiel de aquellos sentidos. *En gran medida*, porque sobre ellos, qué duda cabe, estuvieron los hombres con sus grandezas y miserias, con sus urgencias emancipatorias, y entonces, sí, con sus decisiones desafortunadas, sus malentendidos irreparables, sus apreciaciones equívocas, etc.

1 Badiou, Alain, *El Siglo*, Buenos Aires, Manantial, 2005, p. 53

Otra invitación propone echar más luz sobre las relaciones no tan idílicas entre los movimientos de masas y las organizaciones armadas. Cualquier pregunta sobre el *aislamiento* de las últimas no puede desconocer que, por enriquecedoras que hayan sido las experiencias en los frentes de masas, esos vínculos no desconocieron las tensiones y las conflictividades, la disparidad de expectativas y aún, la confrontación directa.

Calveiro no teme adentrarse en esta problemática. Al abordarla, advierte: “las razones últimas de la desinserción deben buscarse en un trabajo de base muy reciente y, por lo tanto, poco asentado [entre 1972 y 1974] así como en una perspectiva política vanguardista que aducía una dudosa auto-representación del pueblo e impulsaba como parte de su propuesta popular acciones que la base del movimiento no asumían como viables ni deseables” (p. 148). Podría agregarse, también, que mucho antes que el pase a la clandestinidad tirara por la borda buena parte del trabajo hecho, como afirma la autora, la llamada política de masas de las organizaciones armadas conjugó aquella perspectiva vanguardista con un desprecio *de hecho* —y nunca enunciado— de los tiempos, lógicas y esquema de valores de los distintos sectores. Desde los “aparateajes” de asambleas y los “manijazos” en la toma de decisiones hasta el “ajusticiamiento” de dirigentes sindicales (matones, rufianes o pobres tipos, qué más da, representantes por delegación, en todo caso) un conjunto abultado de prácticas dan cuenta de aquel desprecio (quizás diluido tras la noción misma de vanguardia). Y, dicho sea de paso, esas prácticas no eran en absoluto ajenas a un populismo local de vieja data, aunque éste apareciera ahora resaltando sus facetas más idealistas y románticas.

Resultaría, por lo menos poco fértil, que las prácticas de desobediencia y los impulsos contestatarios de los distintos movimientos de masas, su alto grado de organización y combatividad (y aún la celebración genuina con que era recibida gran parte de las hazañas armadas) encandile una mirada que debe interrogarse, una vez más, sobre los postulados y prácticas que matizaron el vínculo entre “vanguardias” y masas.

Resta finalmente, el doloroso interrogante no ya sobre la derrota, sino sobre el fracaso. Pilar Calveiro afirma que la desobediencia armada fue la más radical de las desobediencias. Dicha radicalidad no debiera, empero, calibrarse por la violencia con la que se expresa ni definirse como tal en función de lo que disputa (aún cuando se trate del poder del Estado); sino también —y quizás fundamentalmente— por el universo de referencias al que apela, por los principios que impulsan sus prácticas, por el sistema de valores que conforma, por las subjetividades a las que da lugar.

La misma autora señala que una de los signos más claros de la “derrota política” de Montoneros fue el “no haber podido constituirse en una alternativa de resistencia” de las formas del poder y, más aún, haber generado “su reproducción lisa y llana” (p. 171).

Lo propio y sustantivo de una revolución es su aspecto de instauración de un nuevo orden, de un nuevo comienzo; su promesa y decisión de construir lo nuevo. Advertía Michel De Certeau en 1968 que es ese aspecto el que debe resultar decisivo respecto al uso de la violencia: “es precisamente cuando un hombre es capaz de ordenar la violencia a esta construcción, que se puede decir que ha accedido a la vez al nivel ético y al nivel político”.² Inscribir la violencia en un *nuevo orden emancipador*: es allí donde quizás —y a pesar del clima de fiesta libertaria que tiñó gran parte de aquellas experiencias— las organizaciones armadas encontraron su propio fracaso mucho antes de ser derrotadas.

Vera Carnovale
UBA-CONICET

2 Michel De Certeau: “Construcción revolucionaria y violencia”, en *Cristianismo y Revolución, Teología para el Tercer Mundo. Los cristianos, la violencia y la revolución*, Buenos Aires, Cristianismo y Revolución, 1969, p. 149.

A propósito de Blas de Santos, **La fidelidad del olvido. Notas para el psicoanálisis de la subjetividad militante**, Buenos Aires, *El Cielo por Asalto*, 2006, 394 p. “Prólogo” de Dardo Scavino.

Uno de los obstáculos para reformular una política de izquierda radical consiste en la tendencia a descansar en identificaciones imaginarias, es decir, en la definición de un sujeto autosuficiente y ya-dado en su vocación subversiva. La “vieja izquierda” porque resguarda sus creencias en un suelo de historia que, según defiende, confirmaría el sentido de su política. La historia del sacrificio de sus militantes, de la lucidez de sus dirigentes (probada por la “consecuencia” de su “línea”), o la perfidia de la contrarrevolución, justificarían los fueros de su vocación transformadora. Esto es forzoso porque si el acontecer no convalidara sus tradiciones esa izquierda tendría que repensar sus supuestos fundamentales. La “nuevísima izquierda” porque deposita en sujetos emergentes todas las virtudes de que carecen los fieles al leninismo o al nacionalismo popular. Así se ve que los nuevos agentes revolucionarios inmarcesibles se suceden: piqueteros, zapatistas, altermundialistas, y otros por venir, a quienes hay que hacer reportajes para comprender en su verdad. La razón es que no hay verdad política trascendente; por lo tanto aquellos no podrían ser sometidos a crítica (¿desde dónde se la haría si se trata de casos de inmanencia creativa?). El resultado común para ambas izquierdas consiste en la dificultad de pensar una política de mayorías que torne creíble un proyecto de sociedad diferente.

Sobre ambas lógicas, hay que decir que la segunda tiene la ventaja de que, al menos *prima facie*, explora lo nuevo y rechaza varias lacras de la vieja izquierda, mientras que ésta se halla encadenada a concepciones que han demostrado su inviabilidad histórica (para no hablar de qué consecuencias habría deparado su éxito: basta imaginarse al Roby Santucho o al Loco Galimberti como ministros del Interior para comprenderlo). Ambas, sin embargo, descansan en perspectivas inviables de la noción de sujeto. En sus formatos peculiares, se trata de concepciones esencialistas: sea por el “interés”

revolucionario a que está condenada la clase obrera o la “potencia” democrática y subversiva de los nuevos sujetos. La política está ausente. Lenin o Spinoza, según los casos, garantizan la condición imaginaria de una retórica que se mantiene en su impenitente marginación de las corrientes mayoritarias de opinión. Parece necesario plantear una crítica que concierna a los supuestos teóricos de la izquierda (vieja y nueva).

El libro de Blas de Santos, **La fidelidad del olvido**, constituye una notable contribución política e intelectual a esa crítica necesaria. La reunión de textos aparecidos principalmente en la revista **El Rodaballo** coagulan en un volumen original y polémico que constituye un mojón inevitable para pensar políticamente desde la izquierda. Después de la lectura de **La fidelidad del olvido**, es inaceptable que la intelectualidad de izquierda persevere indiferente y *achanchada* (la palabra suena mal pero es eficaz) frente a los dilemas teóricos que implica refundar una política radical que esté a la altura —y más allá— de la situación contemporánea.

Hay una línea que torna coherente a este conjunto de ensayos: la insubordinación de de Santos ante la complacencia de la izquierda radical respecto a sus prejuicios y, sobre todo, al más contumaz de todos: el de que su actual marginalidad sería el producto de una derrota a manos de un régimen dictatorial sanguinario. Con esa presunción las izquierdas de toda laya idolatran su pasado, dejan sin examen un relato identitario que conserva posiciones que en lo crucial no han cambiado. De allí que la subjetividad de izquierda haga del congelamiento y repetición de los actos de memoria una confirmación anual (los 24 de marzo) de la justeza política de sus orientaciones políticas. Existe, no hay duda, un reconocimiento parcial de algunas fallas, tales como el militarismo, el foquismo, el autoritarismo, el sustitucionismo, y otras que, no obstante, dejan incólume los parantes teóricos fundamentales de la estrategia revolucionaria. Blas de Santos propone que una de las cegueras primordiales de las izquierdas consiste en la persistencia de su noción de sujeto.

Llegamos así al segundo plano de **La fidelidad del olvido**. El autor propone acu-

dir a los conceptos psicoanalíticos para explicar críticamente las versiones de la “subjetividad militante” en la izquierda. En esta vereda de su argumentación, el libro constituye un aporte a la reflexión sobre la relevancia del psicoanálisis para la crítica político-cultural. La batería freudolacanianiana que moviliza lo conduce hacia una interrogación del *deber de memoria* que parece una exigencia ritual del sujeto político de izquierda en la Argentina. En efecto, ante la *teoría de los dos demonios*, el recuerdo reivindicatorio de la militancia setentista se ha impuesto como el gesto defensivo de una actitud comprometida hacia su pasado. Mientras el conformismo democratista intentó olvidar el subsuelo de muerte e impunidad sobre el que se asentaba la democracia liberal-capitalista, un sentido común de izquierda se concentró en la defensa de la militancia revolucionaria de los años setenta, casi siempre virtuosa y heroica: una juventud generosa quiso cambiar el mundo, redimir a los oprimidos, y fue masacrada por los personeros del poder. ¿Qué otra cosa se puede hacer sino rememorar a esa generación utópica diezmada? ¿Cómo no retomar sus armas? ¿Acaso somos cobardes o traidores?

En la Argentina, el deber de memoria, como los derechos humanos, fueron apropiados por la izquierda. Sólo recientemente ha surgido una invocación a la “memoria completa” que oculta mal la resistencia de la derecha al enjuiciamiento de militares beneficiados por la leyes y decretos de impunidad. No obstante, la relación entre memoria del pasado y política de izquierda es compleja. El recuerdo cristalizado puede ser un obstáculo para la renovación de una política radical. Pero está claro que eso no es exclusivo de la izquierda organizada ni de sus “intelectuales críticos”. De Santos avanza con valentía contra el uso “revolucionario” que amparados en la ecuación entre prohibición de olvido y política llevaron adelante organismos tales como Madres (línea Bonafini) e HIJOS. El reproche no es en bloque, pues de Santos reconoce la importancia política que esas agrupaciones supieron tener en momentos concretos de las últimas décadas. El tema es la pretensión de pasar de la denuncia a lo político-estratégico.



La identificación absoluta como instancia de legitimidad de una buena política de izquierda formateada como repetición (“reivindicamos la lucha de nuestros hijos”, “continuamos la lucha de nuestros padres”) es enfrentada por el autor sin caer en los privilegios victimizantes de que esas posiciones han gozado, lo que las ha eximido de un esfuerzo por justificar sus imaginarios políticos.

Quisiera proponer un contraste del libro de Blas de Santos, una confrontación que permite percibir su especificidad. Lo simplifico en una fórmula: **La fidelidad del olvido** es a la intelectualidad y militancia de izquierda socialista lo que el libro de Hugo Vezzetti, **Pasado y presente**, es a la intelectualidad progresista posmarxista.¹ Mientras Vezzetti cuestiona las presunciones de la memoria cristalizada e intenta aportar a la constitución de una relación crítica entre política y memoria en una sociedad liberal, de Santos se rebela contra el conformismo memorial de la izquierda en vista de una rediscusión de sus posibilidades de aspirar a un socialismo de nueva factura. Por eso si el conservadurismo de memoria que preocupa a Vezzetti es el del peronismo de izquierda (los autofestejantes de los “cazadores de utopías”), de Santos arroja sus dardos contra los discursos revolucionarios anticapitalistas. En ambos, la formación freudiana provee la misma suspicacia ante la circulación de los sujetos alrededor de núcleos de memoria osificados. Comparten la convicción de que el automatismo de la repetición es un problema para la subjetividad en general (huella inmovible del iluminismo de Freud), y sobre todo para el sujeto político. Los caminos, sin embargo, son divergentes.

En realidad, la tarea de de Santos es mucho más complicada, porque si aspira a historizar la relación de la izquierda con el pasado (es decir, el lugar de la memoria en su política), hay un resto ineliminable de “fidelidad” que no le permite el sencillo procedimiento de decretar la inanidad de lo ido. De allí que no utilice la historia como galería de monstruos y locuras a las que se contrasta una nor-

malidad democrática. El libro de de Santos todavía no tiene un correlato historiográfico. Su vertebración en el campo del ensayo lo mantiene en debate con la actualidad de los últimos veinte años en que fueron escritos.

La narrativa histórica no protege a Blas de Santos de una implicación subjetiva. El texto sobre la experiencia del Policlínico de Lanús muestra con claridad lo que está presente en el conjunto de los ensayos: que el autor está involucrado en la crítica de la subjetividad. Aunque el ensayista se defiende de antemano contra los denuos que sabe le serán dirigidos, es obvio que no hay nada en **La fidelidad del olvido** que pertenezca al orden de la resignación, el pesimismo o la defeción del deseo de una sociedad mejor. Por eso es preciso ir más allá de la reacción agravada ante la constancia de la crítica que de Santos hace a las variantes de la izquierda obstinada en conservar su imagen del pasado heroico. La centralidad de la polémica contra la complacencia de la vieja izquierda hace que las nuevas fórmulas de la radicalidad tengan un lugar menor: el del asambleísmo porteño y el planteo romántico de John Holloway.

El psicoanálisis es la vara empleada por de Santos en la disección de las “verdades” de la izquierda. El enfoque tiene la virtud de ser coherente, y de allí se derivan algunas de sus dificultades. Por ejemplo, el autor plantea que la repetición del pasado en una izquierda que no quiere “olvidar” se debe a su reacción defensiva ante un trauma. ¿Qué trauma? El de un desarrollo del capitalismo que la privó del sujeto supuestamente revolucionario al transformar el lugar social de la clase obrera industrial y, sobre todo, la desmentida que la realidad impuso ante sus deseos revolucionarios. El modelo de trauma de de Santos toma a la letra al propuesto por Freud, quien partía de la comprensión de un sistema propio de la termodinámica clásica: el organismo posee un monto X de energía, es un sistema cerrado. La aparición de una fuente externa de estímulo provoca una crisis traumática si la capa protectora no puede neutralizarlo. Freud concibe a los síntomas como formaciones de compromiso que manifiestan los efectos de la represión del trauma insoportable para

el sistema psíquico, que por naturaleza tiende a mantener una cantidad constante de energía (el principio Q).² ¿Esta herramienta teórica es adecuada para comprender las tribulaciones defensivas de la izquierda? Parece difícil seguir a de Santos en esa senda. De hecho, incluso para la práctica clínica se ha planteado que es necesario superar ese modelo de trauma en beneficio de un concepto de complejización del “sistema psíquico”.³

Desde luego que esta indicación no es meramente *psi*. ¿Por qué no pensar que la reacción de la subjetividad de izquierda a la crisis de los proyectos revolucionarios del siglo XX no es sólo conservadora, es decir, que repite imaginariamente sus convicciones para consolarse en la observación inmóvil del pasado? Una mirada a la izquierda revela que los cambios aparentes son más diversos que los sugeridos por un diagnóstico de “defensa”. Así, ha habido una colonización “revisionista” de su imaginación histórica, se ha endiosado al Che Guevara incluso en corrientes que en los setenta habían advertido los peligros del foquismo, se ha cuestionado en algunas variantes la noción leninista de partido político, se ha integrado a nuevos sujetos sociales al menú revolucionario del “partido obrero”. La pervivencia de rastros de vieja política en movimientos que se consideran hipernuevos: piqueteros autonomistas adorando a Eva Perón, por ejemplo, o grupos deleuzo-negrinos populistas, ¿no muestran que varias de esas novedades son también reactivas a la crisis de la izquierda? En fin, el modelo conservador del trauma en Freud impide notar la multiplicidad de transformaciones que ha operado sobre la izquierda en las últimas décadas. Esta indicación no desmiente lo profundo del planteo de de Santos, pero sí instituye un panorama bastante más diverso en el mundillo de la izquierda radical, vieja y nueva. ¿No responden todas a la imposibilidad de aceptar que no hay sujeto ya-dado de la acción democrática y revolucionaria? ¿Acaso es morfológi-

1 Vezzetti, Hugo, **Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina**, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002

2 Freud, Sigmund, “Proyecto de psicología” (1895), en **Obras completas**, Buenos Aires, Amorrortu, 1987, t. 1; idem, **Más allá del principio de placer** (1920), en **Obras completas**, t. 18

3 Hornstein, Luis, **Práctica psicoanalítica e historia**, Buenos Aires, Paidós, 1993, cap. 3

camente equivalente la contemplación extasiada del obrero fabril con la dedicada a la comunidad zapatista? ¿Existe una diferencia fundamental entre la ubicación de la praxis subversiva en la determinación del partido proletario o en el centro cultural-productivo de un barrio suburbano? ¿No son todas construcciones intelectuales que se hurtan del dolor de aceptar que no hay garantía subjetiva de la revolución? ¿No se inmunizan así de la tarea de pensar la política en términos simbólicos? No hablo de sentenciar que son lo mismo: planteo justamente lo contrario; es preciso distinguir.

Blas de Santos no se sitúa en una relación de exterioridad con la izquierda. No apostrofa a los otros de sectarios o verticalistas, como si la cultura de izquierda eximiera al yo argumentador de esas mismas tachas. En otras palabras, no decreta de antemano su inmunidad (“crítica”) frente a las hipotecas del fundamento imaginario del horizonte de la izquierda que —sin él saberlo y quizás en su misma puesta en cuestión— podría estar aun hablándolo. Pero sí reclama, en vena lacaniana, la asunción de las vertientes simbólicas y reales de toda trayectoria subjetiva.

Lo simbólico en la política supone concebirla como un hecho social, irreducible a las imágenes simples de un deseo que cobija al sujeto en el reflejo que le devuelve el icono. Por ejemplo, el destino socialista de la clase obrera, la entrega del Che Guevara, la inteligencia de Lenin o la resistencia sin fatiga de los cartoneros. El objeto sostén de la identificación no interesa. El asunto es que la militancia ya no puede descansar en esa contemplación, cuyos fundamentos en la memoria política de Santos ha interpretado sin concesiones. La aceptación de lo social como un cierto orden capitalista que es constitutivo de los sujetos es una primera grieta en la política imaginaria (la década menemista nos enseñó que se puede desear —y votar masivamente— lo infame); la incompletitud de toda subjetividad destruye la ilusión de recuperar una esencia perdida. Eso no significa abandonar la política. El desengaño es el comienzo de la política, pues esta se justifica sólo cuando no hay garantías de una buena comunidad.

Lo real en política implica ir más allá de una mera asunción de lo simbólico, que puede ser graficado en la apuesta por un desencadenamiento objetivo de la revolución. Eso aparecía en un aspecto de la lógica foquista. Esta aceptaba que la revolución no era automática; había que forzarla con la irrupción de la resistencia en un punto que condujera “simbólicamente” a la conflagración final. El foquista aceptaba su “castración”, y la convertía en la mecha de la transformación. Pero no reconocía los efectos que excedían a su narrativa subversiva. No solamente porque hacía caso omiso a las consecuencias políticas de su visión sacrificial de la militancia, sino porque dejaba de lado como desechos históricos las represalias desatadas por la contra-insurgencia que tomaban como blanco primario a las comunidades campesinas. Esa dimensión inesperada de la práctica, lo que es reducible a la simbolización (¿qué producen nuestras “buenas intenciones”?), es el plano de lo real, que pensado políticamente es también el de la ética. Es decir, el horizonte de las consecuencias de nuestros dichos y hechos que debemos asumir y no el de las definiciones *a priori*. El reclamo de de Santos es en lo profundo de carácter ético: los sujetos deben hacerse responsables de sus palabras y de sus acciones.

El psicoanálisis de la subjetividad propuesto por de Santos deja en vilo argumentativo una inquietud teórica respecto a la relación entre psicoanálisis y política. Jacques Lacan señaló que la política era el reverso del psicoanálisis.⁴ En efecto, la política tiene una cuota importante de identificación imaginaria. Si, como he indicado, la aceptación de la condición social (es decir, lingüística, simbólica) de la política cuestiona su forma imaginaria que la aproxima a la religión, persiste de todos modos una dimensión identificatoria ineliminable. Así como Arquímedes pedía un punto fijo para mover el mundo, la acción política exige una cierta complacencia subjetiva. Marx la ubicaba en la clase obrera, Marcuse en el estudiantado, Negri en la multitud; el contenido no interesa: pensemos la forma. Existe allí una

identificación con el sujeto del cambio. Esto no podría ser resuelto distinguiendo lo imaginario de lo simbólico, pues como lo propuso Lacan, ambas dimensiones están anudadas. Por eso Lacan respondía a los estudiantes en revuelta del 68 que su demanda “revolucionaria” era exactamente eso, la aspiración a cambiar un amo por otro. El ideal reemplazante del capitalismo sería Mao o el proletariado. Y el psicoanálisis no podía abstenerse de señalar que el *discurso del amo* así encarnado en la política era una manera de cubrir la vacilación subjetiva. Era otra forma de su “verdad”. Una mirada psicoanalítica de la política parece condenada a revelar a la militancia de izquierda las cadenas y cegueras que encierran las vocaciones revolucionarias, sus consecuencias subjetivas, los deseos inconfesados que camuflan.

No es sólo esa la intención del libro de Blas de Santos. De allí el desgarramiento que atraviesa su pluma, cuya crítica debe ser distanciada de un aleccionamiento olímpico de las contrariedades de la izquierda. La discusión que instala es el de la relevancia del psicoanálisis para la teoría política socialista o el de su reducción a la “crítica” de nuestras ilusiones.

Son varios y disímiles los temas abordados por este libro complejo. Dejo de lado innumerables temas de debate, que por fortuna el texto plantea. Su lectura, un tanto ardua por el empleo de categorías psicoanalíticas —sin embargo— rigurosamente justificadas, es imprescindible para repensar la política radical en nuestros días. Es de desear que su recepción no sea meramente reactiva.

Omar Acha
UBA/ Nuevo Topo

⁴ Lacan, Jacques, *El seminario. Libro XVII, 1969-1970. El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1995



A propósito de Oscar Terán, **De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006,

Una advertencia preliminar —sin querer convocar la idea de un libro autosuficiente— alertaría sobre aquello que cercena este tipo de antologías: estructuradas por un mosaico de intervenciones sueltas, concebidas en tiempos y espacios diversos, no construyen un relato, impiden coronar un sentido. En su envés, pueden conducir a una repetición de ideas, giros y preguntas que invita menos a zambullirse en la lectura que a practicar acercamientos discontinuados.

Sin embargo, es posible desnudar un sentido que recorre esta selección de escritos de Oscar Terán, producidos entre 1982 y 2005. La treintena de textos —artículos, ensayos, entrevistas y participaciones en jornadas y encuentros— está hilvanada por el compromiso de reflexionar críticamente desde las apuestas personales inscriptas en coyunturas político-culturales. “Aquella sociedad de la igualdad de oportunidades que yo conocí en mi infancia y juventud —dice Terán— no existe más. Lo primero que hay que hacer es dar cuenta de esta gigantesca catástrofe (...) Mi generación y alguna otra han defraudado a nuestro país, en el sentido de que les dejamos a nuestros hijos y a nuestros nietos un país mucho peor del que heredamos de nuestros abuelos y de nuestros padres”.

De utopías, catástrofes y esperanzas puede ser leído, entonces, como el derrotero entre la ilusión y el desencanto de un marxista en crisis —jalonado por distintas estaciones articuladas en torno a lecturas, vivencias y acontecimientos—, suerte de autobiografía de una generación que busca pensar el fracaso. Pero es también un relato sobre las transformaciones acaecidas en el país entre dos épocas: la que concluye con los '70, en la que se cumplía aquella maldición china que sentencia “te tocará vivir una época interesante”, y ésta, signada por la anomia, la erosión del lazo social, la marginalidad.

Por esas páginas agrídulces —inscriptas en la colección “El hombre y sus obras”, cuyo próximo título tendrá por protagonista a Tulio Halperin Donghi— circulan

Sartre y el arribo al marxismo por la vía del existencialismo, el deslumbramiento ante la Revolución cubana, el exilio, Aricó, Sarmiento, Foucault, el liberalismo, el movimiento estudiantil actual, el deseo y la palabra. De cuando en cuando reaparece el cuestionamiento a la hipótesis de su libro **Nuestros años sesentas** que ubicaba la radicalización de los intelectuales, el pasaje de una relación cultural-política a otra político-cultural, como consecuencia del golpe del 66; revisión que lo induce a situar esa ruptura en los años 68 y 69, alrededor del Mayo francés y el Cordobazo. Hay, además, operaciones de desmitificación tanto más eficaces que las que practica cierta literatura que abunda en el mercado y conjeturas desafiantes, como la que manifiesta que la persistencia de canales democráticos de participación política en Argentina no hubiese eclipsado la insurgencia de movimientos que, entre otras cosas, impugnaban la democracia representativa de sufragio universal como elemento del sistema de dominación burgués. Pero el problema recurrente que enhebra y tensiona esos años en Terán es la crisis del marxismo. Las utopías, las catástrofes y las esperanzas se pueden leer desde el prisma de la implosión del “socialismo real”, el fracaso de la politización radical de la izquierda argentina, el pasaje de una época de grandes certezas a otra en la que “algunas pasiones se han convertido en recuerdos y tantas evidencias se han tornado preguntas”. Desde esa fractura se organiza el tránsito de un tiempo joven y entusiasta al abrigo de una filosofía de la historia a un presente socialdemócrata que descrece de las respuestas que el socialismo ha brindado pero sabe que persisten las preguntas que lo motivaron. Desde allí, también, es posible enunciar “los funestos errores promovidos por el deseo de revolución en nuestro país” y discurrir sobre las responsabilidades de la izquierda: “Somos responsables de las historias en las que nos involucramos, y por eso debemos responder de la inconmensurabilidad estructural entre la intención y el resultado de la misma”. Se podría aventurar que en esa sugestiva incitación a pensar críticamente la propia responsabilidad en la tragedia hay algo de sintomático, puesto que parece disponer un tiempo dinámico y progre-

sivo (el de los 60-70) en contraste con otro (el nuestro) en el que resta construir los relatos retrospectivos sobre aquellos años en los que algo aconteció. Cierta prescindibilidad política aparecería subsanada por una autocrítica que encauza menos la inmanencia que la trascendencia. No sería más que otra forma de anidar en una sociedad que —tal como diagnóstica Terán— ya no se pregunta hacia dónde va sino cómo volver al pasado para recuperar algo común. Entonces, cuando esa generación “que produjo, padeció y albergó los horrores de esa historia pueda legar una versión justa y sincera de ese pasado a las generaciones recientes (...) habremos aceptado la recomendación sartreana de aceptar vivir y morir con nuestra época”. Y es que, si la recurrencia al pasado puede ser tan estéril por repetición como el olvido por represión, la invitación de Terán quiere amarrarse a una memoria activa sobre el presente, puesta en disponibilidad para originar una heredad. En este sentido, **De utopías, catástrofes y esperanzas** no cercena sino que abre las preguntas de debates renovados (¿Para qué, hasta dónde y cómo recordar? ¿Cuáles son, incluso, los derechos humanos del olvidado?) que interpelan por lo que se resiste a ser sepultado: la esperanza en esta “nuestra endeble pero inestimable democracia”¹ y la recuperación de una heredad que exima del ejercicio de evocar como puro acto melancólico de la madurez. Por eso hay que creer cuando dice: “El optimismo suele ser un sentimiento bobo, y el pesimismo suele ser trivial y convocar a la pereza intelectual. Prefiero la esperanza, y aquí me gusta citar a Octavio Paz cuando decía que quien conoció la esperanza ya no la olvida. La sigue buscando bajo todos los cielos; entre todos los hombres, entre todas las mujeres...”.

Mariana Canavese
UBA

1 Terán, Oscar: “Aquella noche del sesentisésis”, texto leído en el acto conmemorativo de la “noche de los bastones largos” realizado en la Biblioteca Nacional el 29 de julio de 2006.

A propósito de **Nuestra Tribuna. Hojita del sentir anárquico femenino (1922-1925)**. Estudio preliminar de Elsa Calzetta, Bahía Blanca, Editorial de la Universidad del Sur, 2005, 208 pp.

Ser anarquista hacia fines del siglo XIX en Buenos Aires exigía, al menos, dos actitudes: sostener un periódico por suscripción voluntaria y estar a favor de la emancipación de la mujer. Por ejemplo, en una serie de folletos de “Propaganda entre las mujeres”, el grupo editor de **La Questione Sociale** aseguraba: “queremos reivindicar para vosotras la razonable igualdad delante del sexo masculino (...), queremos emanciparos, (...) venid con nosotros, combatid en nuestras filas, sed nuestras compañeras de lucha y de amor.” Casi como en respuesta Pepita Gherra, Luisa Violeta y Virginia Bolten salieron con **La Voz de la Mujer** (1896-97), un periódico cuya voz editorial comenzaba clamando “Y bien. Hastiadas ya...”. Su tono desafiante fue recibido en la propaganda anarquista al grito de: “¡Apareció aquello!”, “¡Son las feroces de lengua y pluma!”. En cambio, los convencidos de **La Questione Sociale**, saludaron cálidamente la iniciativa de “un grupo de arrojadas compañeras”. Si bien con esa calificación ellos hacían referencia al *arrojo* de las redactoras, debemos notar que la acepción de aquel participio implica “resuelto, osado, intrépido”, pero también: “imprudente, inconsiderado.” Más inquietante aun es comprobar que, en los discursos anarquistas, su uso es casi obligado para denunciar los casos en que las mujeres son *arrojadas* al arroyo, la orilla, el fango; es decir, a la prostitución. Cuestiones de pertinencia y de espacio me obligan a dejar para otro momento el análisis de una *semántica sexual* muy estable en diversas publicaciones libertarias.

Según los fragmentados reservorios de la memoria anarquista local, una empresa semejante a **LVM** se repite recién veinticinco años después. En el medio campean los firmantes masculinos, los seudónimos ambiguos y alguna sección reservada a la mujer. De hecho, en 1920 el periódico **Ideas** de La Plata mantenía un espacio para la “Colaboración Femenina” donde escribían Juana Rouco, Esther Flores, Irma C. Penovi, entre otras. Esa página se va desvaneciendo cuando dos

años después, Juana Rouco se muda a Necochea y, con la insólita presencia de un grupo activo de más de diez mujeres, impulsa **Nuestra Tribuna** —“un periódico escrito y dirigido exclusivamente por mujeres”— explicando que “al empuñar la pluma nos vino otro deseo: sacar a rodar a la luz del día una hojita femenina”. Sirva esta reseña para celebrar aquel impulso y la actual edición facsimilar de la Universidad del Sur presentada por Elsa Calzetta, quien rastreó y logró difundir la copia que guardaba el Instituto de Historia Social en Amsterdam.

El “quincenario femenino de ideas, arte, crítica y literatura” parte con un encabezado que, a juzgar por la primera editorial, es una declaración precavida y múltiple: “No hay emancipación de la mujer. La emancipación que nosotras mujeres libres, propiciamos es social, netamente social”. Para esa época esto significa: no somos feministas; no venimos a presentar un nuevo frente para la fragmentación anarquista; no hay quiebre con el objetivo común de la lucha libertaria. Pero, a pesar de los reparos, recibió las mismas críticas que **LVM**. Nuevamente el problema parece ser las plumas y quiénes las empuñan o cómo lo hacen. Otra vez el tenor del escándalo se resume en frases del tipo “¡Apareció aquello!”. Dicen las redactoras que la “crítica sana” (encomillan ellas) proviene de quienes se sintieron incómodos con el anuncio de algo “escrito y dirigido por plumas femeninas”. ¿Era necesario? Si están invitadas a escribir en casi todo periódico que se precie de anarquista; si hasta cuentan con páginas femeninas y secciones exclusivas; si son el tema de una de cada cuatro notas; si hace décadas que reivindicamos para ustedes una razonable igualdad. Es cierto. Y sin embargo, ellas se *arrojan*; otra vez.

Nuestra Tribuna depende de un grupo editor compuesto por Juana Rouco, Terencia Fernández, Fidela Cuñado y María Fernández. Rouco es la dueña de la iniciativa y la directora general, pero el impulso del periódico proviene de la larga lista de colaboradoras; unas pocas constantes: Mercedes Vázquez de Balcarce, Ceferina Sánchez de Pergamino, Teresa Maccheroni de Buenos Aires. Por eso, cuando las colaboraciones no llegan, reclaman: “Para llevar a feliz término la obra que nos he-

mos propuesto realizar, es menester tener mucha constancia. ¡A escribir pues!”

Hoy, recuperar y difundir ese arrojo —y el de todas las mujeres que se empeñaron en escribir y aparecer— resulta valioso pero no suficiente. Si ha llegado hasta nosotros la voz empeñada es para continuar con ella el escándalo de su aparición. Devolverlas al diálogo que las produjo; leerlas a contrapunto de otras voces. Escuchar el trastorno que produce la palabra inesperada. Para este caso en particular, es precisamente en el cruce de discursos entre varones y mujeres anarquistas donde las declaraciones monotemáticas del amor libre y la emancipación se revitalizan. Justo ahí, cuando ser sexualmente libertario se revela más difícil que teorizarlo. Cuando la opresión es más íntima de lo esperado. Cuando ser madre y estar en la brecha se hace imposible sola. Esa voz que surge para traer tanto barullo es “social, netamente social”, pero tan molesta. Aunque con humildad se llame a sí misma hojita del sentir anárquico femenino; periodiquito de las compañeritas, hermanitas, madrecitas. Aunque surja desde un balneario minúsculo durante un par de años, se mude a Tandil perseguida y termine por desaparecer exhausta en Buenos Aires.

En un artículo de hace ya diez años, Dora Barrancos resaltó dos ejes de análisis relacionados con algunos de los destinatarios de **NT**: los conflictos con los compañeros anarquistas y la hostilidad con las feministas. La edición completa de los treinta y nueve números nos permite ahora recorrerlos y confirmar su pertinencia; por ejemplo con la nota de Rouco en ocasión de la muerte de María Álvarez, una reconocida compañera uruguaya. La necrológica deviene fuerte denuncia sobre los varones anarquistas en forma de cuatro verdades: una, “son admiradores y biógrafos de la mujer anarquista... y nada más”; dos, “creen que la mujer anarquista tiene algo de ‘macho’ y es de ‘talla’ inferior”; tres, “no quieren vivir en común con la mujer que, al descubrir el bello tesoro de la libertad afirma paladinamente su para ella inviolable personalidad”; y cuatro, “ellos buscan la ‘arcilla’ que se ‘modela’ a ‘piacere’”. No quería decir tanto ni tan fuertemente, se disculpa la autora, pero la entendemos: es de las últimas no-



tas que escribe para el último de número de la hojita agotada. Los paqueteros que reciben y distribuyen **NT** no pagan, se queja, y publica desafiante el nombre y apellido de los morosos. La indiferencia de los compañeros es criminal, denuncia, y con el resto de aliento propone la edición del folleto “Por la elevación de la mujer” producto de “la pluma reflexiva y viril de José Scalise.” Variaciones de este debate no son raras en cada expresión política en que la presencia de las mujeres se activa; lo que hace del anarquismo un hito peculiar es que sus varones son los promotores de una participación que en la práctica vuelve inestable su propia identidad. El exigente decálogo ético de un anarquista que —como describe Christian Ferrer— suponía no votar, no dar propina, rechazar los feriados patrióticos, preferir las bebidas sin alcohol, enviar a los hijos a escuelas racionalistas, ser un buen trabajador, evitar las apuestas, terminar en el osario común, etc., ahora también debía incluir: escuchar realmente la voz de la mujer y ser en su hogar tan fanáticamente libertario como en la casa del pueblo.

Respecto a las feministas, la lectura demuestra que el enfrentamiento es persistente. El temor a ser interpretadas como separatistas al interior del arco libertario —“No se nos confunda por ‘feministas’”—, la condición burguesa de las principales referentes del feminismo —“Protestamos, señoras feministas”— y su tenaz exigencia de derechos civiles y políticos —“son mujeres calmas, atemperadas y, sobre todo, políticas muy políticas.”—, impidieron que compartieran posiciones respecto a la subordinación en el espacio público y las opresiones de la vida privada. Sin embargo, aunque por caminos distintos, anarquistas y feministas acordaron en desconocer esa falsa distinción de espacios poniendo en discusión temas que la agenda política tendía a soslayar, o a resolver en los gabinetes médicos y criminológicos de la cuestión social.

En ese sentido, propongo aquí un recorrido diferente; se trata de revisar brevemente los modos de argumentación que convocaban la maternidad y el deseo sexual de las mujeres. Tanto en **LVM** como en **NT** las redactoras se presentan como madres. Sufridas las primeras, fecundas las segundas. Es la fuerza poderosa de la vida lo que

habilita su producción de hijos y de periódicos: “Y nuestro segundo deseo de novia y madre se cumplió: nuestra hojita fue un hecho.” Para este período y en Argentina, mujer/madre es una definición unánime. Anarquistas, socialistas, feministas, católicas, sufragistas, librepensadoras y señoras de la beneficencia defendían su capacidad para concebir los hijos de un mundo mejor. Las anarquistas, especialmente embarcadas en una revolución social generalizada, entendían su papel de madres como esencial en la formación de los futuros hombres y mujeres del nuevo orden. Era su responsabilidad, entonces, hacer del hogar anarquista un espacio de libertad y de aprendizaje; tanto a fines del siglo XIX (“Madres, educad bien a vuestros hijos!”) como a mediados de los años veinte (“La misión de la madre”).

Así, la maternidad es utilizada en **NT** como una metáfora omnipresente para explicar la capacidad de procrear y toda acción que emprendieran. El periódico “es un retoño”, “el fruto”, “nuestro vástago”. La misma Rouco cierra su autobiografía escrita en 1963 afirmando que es un “nuevo hijo” que le ha arrancado a la memoria. Sin embargo, algo las diferenció del resto de las mujeres/madres argentinas: la procreación conciente. El anarquismo sostuvo una de las primeras posiciones locales a favor del control de la natalidad. Consideraban irracional someterse a una vida de embarazos sucesivos y generar más hijos de los que podrían cuidar en medio de su pobreza. Por eso, las responsables de **NT** promocionaban los últimos adelantos científicos “que no menoscaban en nada la naturaleza del acto fisiológico” y entre los folletos en venta ofrecían: **Huelga de vientres** de L. Bulffi y **Generación conciente** de F. Sutor. En el mismo sentido, la editorial del número 17 es un alegato en contra de “las mujeres que creen cumplir el deber de la maternidad haciendo de incansables máquinas de parir hijos” y a favor “del santo apostolado de la maternidad ejercida concientemente”.

Tanto entusiasmo por “la sagrada palabra que tendría que servir de apoteosis a todas las mujeres” haría prever que Rouco compartiera su alegría de ser madre primeriza a los 34 años. Encuentro en la autobiografía su relato emocionado y el comentario sobre la suspensión del pe-

riódico por su embarazo y el de Terencia Fernández. Sin embargo, en el número 18 de **NT**, públicamente explican que Juana Rouco y otra compañera del grupo editor “se encuentran enfermas” y que “dejará de aparecer momentáneamente más que por la enfermedad eventual de las dos camaradas mencionadas, por la poca consecuencia que hacia esta modesta hojita han tenido muchos de nuestros paqueteros.” Con el mismo pudor es tratado el aborto pero recibe una decidida y unánime condena. Abortan las burguesas adúlteras, las monjas hipócritas y, a lo sumo, la joven obrera seducida obligada por el deshonra. Curiosamente, se manifiesta cierta comprensión con las infanticidas que, a la manera de las prostitutas, son mujeres empujadas a ese crimen atroz.

Cubierto por la fórmula mujer/madre el deseo sexual de las mujeres es tan esquivo —en estas y otras páginas del ideario anarquista— que es necesario rastrearlo entre sus líneas con entrenada paciencia. Paradoja de una expresión que se ha caracterizado por enunciar la problemática sexual y por insistir en que la liberación hay que llevarla hasta los afectos. Sin embargo, esa enunciación deviene una serie estable de discursos que explican la sexualidad desde la deshonra, el pudor y la violencia. Así, en el estado más pasivo, la mujer es: *mercancía* que se compra en el mercado; *objeto* que se intercambia; *cosa* que se posee; *carne* que se consume. Como resultado acaban: *macilentas, agotadas, tísicas, consumidas, minadas, pálidas*. Y esto les ocurre a causa de su condición de: *ignorantes, esclavas, aletargadas, hembras, católicas*. En un segundo nivel de mayor actividad, pero también de cierta responsabilidad, las mujeres han sido llevadas y/o se han dejado conducir a: la *coquetería*, los *bailes*, la moda de las *melenitas*, la práctica del *chisme*, la cárcel del *qué dirán*. Problemas que tienen las mismas soluciones: *ateneos, bibliotecas, cuadros filodramáticos, concientización social, periódicos y folletos para la elevación mental*. Los énfasis son míos pero las palabras son de ellas.

Por su parte, el deseo sexual masculino, está atado a otra metáfora también esclavizante: la *bestia* incontinente. En medio de estas figuras, el ejercicio de la sexualidad o, dicho por las redactoras de **NT**: “El instante

de dicha amorosa que tiene por misión la perpetuación de la especie humana, resulta un pecado capital y de lesa humanidad para vosotras, mujeres del pueblo!”

Recién en los últimos números comienzan a asomar reclamos que ya habíamos visto surgir con la misma timidez en **LVM**. Las redactoras han incluido textos de Paola J. Cleolleo y Magdalena Vernet que versan sobre el amor supuestamente libre y tienden a radicalizarlo en diferentes sentidos. Por un lado, ponen en duda la igualdad: “Hasta hoy el hombre ha considerado el deseo sensual como cosa para la cual él debe regirse esencialmente, rehusando reconocer en la mujer un ser moral y físicamente organizado como lo sea él mismo (sic).” También, cuestionan las posibilidades de un ejercicio efectivamente libre: “Para la mujer está generalmente admitido que la vida sexual es nula o subordinada a la de su compañero (legal o ilegal) que le ha tocado”. Y por último, perciben el cuerpo como un territorio a liberar: “con el mismo gusto con que efectuaron la unión sexual, separarse como amigos libres cada quien de su cuerpo.” Abrir estas citas y ponerlas en diálogo con otras referencias sobre el tema, permitiría explorar aspectos del anarquismo significativamente vitales.¹

Por supuesto, **NT** ofrece otros recorridos interesantes: el quiebre luego de los hechos de **Pampa Libre**; las polémicas encarnizadas entre compañeros; la relación con los libertarios españoles, la extensión territorial de los periódicos, etc. No obstante, los aspectos hasta aquí esbozados pretenden destacar la vigencia del pensamiento libertario, ya que advertir la furtividad con que el deseo de las mujeres aparece en una de las expresiones emancipatorias más radicales, provoca inquietantes preguntas sobre esa aparición en general. Y no sólo en los discursos pasados; véase cómo que en los debates actuales sobre salud reproductiva, despenalización del aborto y condenas a las violaciones, *japareció aquello!* es un grito que todavía se escucha y apenas con menos escándalo.

¹ Analizar las intervenciones de varones y mujeres en relación a una posible semántica sexual anarquista forma parte de la investigación para mi tesis de doctorado. (CONICET-Ciencias Sociales, UBA)

Laura Fernández Cordero
UBA/CONICET

Para leer con Nuestra Tribuna:

Bacci, Claudia; Fernández Cordero, Laura, “Feroces de lengua y pluma. Sobre algunas escrituras de mujeres anarquistas.”, en este mismo número.

Barrancos, Dora, **Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo**, Buenos Aires., Contrapunto, 1990.

“Mujeres de Nuestra Tribuna: el difícil oficio de la diferencia”, en **Mora, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género** (IEGE), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, N° 2, noviembre 1996.

Ferrer, Christian, **Cabezas de tormenta. Ensayos sobre lo ingobernable**, Buenos Aires, Anarres, 2004.

Nari, Marcela, **Las Políticas de la Maternidad y Maternalismo Político. Buenos Aires, 1890-1940**, Buenos Aires, Biblos, 2005.

Rouco Buela, Juana, **Historia de un ideal vivido por una mujer**, Buenos Aires, edición de autora, 1964.

Fuentes disponibles en CeDInCI:

Nuestra Tribuna. Colección completa.

Ideas, La Plata.

La Protesta, Buenos Aires.

La Voz de la Mujer, Buenos Aires.

La Questionne Sociale, Buenos Aires.

*A propósito de Gabriel D. Lerman, **La Plaza política. Irrupciones, vacíos y regresos en Plaza de Mayo**, Colihue, Colección Puñaladas, 2005, 137 pp.*

Hablar de la Plaza de Mayo en términos políticos implica necesariamente referirse a una multitud de acontecimientos que abarcan casi 200 años de historia, desde los palotes iniciales en la formación de la nación a la más reciente de las protestas sociales motorizadas por la masacre de República de Cromagnon. Suerte de desmentida flagrante de las proclamas federalistas invocadas por la Constitución

del Estado argentino, la Plaza de Mayo es la zona de más alta condensación política del país y los sucesos que en ella se resuelven determinan el porvenir de toda la nación. Como deja en claro el libro de Gabriel D. Lerman, la Plaza constituye el espacio público político por excelencia de la sociedad argentina. Lejano tanto de la, muy en boga, evocación nostálgica de una época de oro de la movilización popular como de la asepsia de los *papers* académicos, el trabajo de Lerman se nutre de una tradición ensayística que en este caso se conjuga con una investigación histórica rigurosa, una combinación que no siempre está presente en los cultores del género.

En la permanencia de la Plaza en la consideración pública como escenario privilegiado de la manifestación de la voluntad popular, no están ausentes las mutaciones hijas de los cimbronazos históricos. Parte inescindible del núcleo duro del imaginario político instituido de la nación, su imantada centralidad es fácilmente constatable en el hecho de que la consigna “todos a la Plaza” exima de ulteriores especificaciones acerca del sitio de la convocatoria. A veces, tal como sucedió en el 2001, hasta esa consigna resulta redundante. Con una sincronía a la cual fue ajena todo planeamiento anticipatorio, sin titubear un segundo, la protesta dirigió sus pasos hacia la Plaza como un río que desemboca naturalmente en aguas abiertas. **La Plaza política** es un detallado inventario de las batallas —tanto las simbólicas como las otras— de apropiación y resignificación del lugar que acompañan cada intento de refundación nacional. El abanico de intenciones abarca desde los ampulosos proyectos del peronismo por dotar al pueblo de una escenografía acorde a su estatura, a los intentos de la última dictadura por imprimirle una dosis de urbanismo represivo, culminando en los usos confrontativos de los sectores subalternos de los últimos tiempos. En su meticulosa cronología histórica, Lerman no deja mojón histórico por relevar. Aún los más vergonzosos sucesos, como la plaza del 2 de abril, tienen su lugar en libro. Queda por saber si ese pueblo que se manifestó patrióticamente el día de la toma de las Malvinas era el mismo que un par de días atrás se había concentrado



en ese mismo lugar para repudiar a la dictadura. Apenas un enigma indescifrable más de la política argentina.

Lerman deja en claro que el peronismo, aunque no haya podido llevar a cabo la disposición colosal que había previsto para la Plaza, fue el primero capaz de salir airoso del desafío de borrar los significados heredados para grabar el sitio histórico con la propia fisonomía. La potencia del peronismo logró transmutar el espacio fundacional de la tradición oligárquica —“la línea Mayo-Caseros”, a la que el justicialismo se mostraba antagónica, fue parida en esa misma plaza— en el hábitat natural de expresión política plebeya. Socialistas, anarquistas y comunistas, habían preferido tradicionalmente concentrarse en otros puntos de la ciudad, menos impregnados con la simbología del régimen. A partir de la entrada en escena de Juan Domingo Perón, toda fuerza política emergente sueña con la reedición de la epifanía de la Plaza llena, el momento hipostático entre un proyecto político y la voluntad popular de la que emanará toda legitimidad posterior.

Durante muchos años, se volvió imposible desligar en la representación social la imagen de la Plaza con la de las populosas jornadas en las que las masas rendían tributo al líder. No fue hasta la aparición de las Madres de Plaza de Mayo que pudo comenzar a desatarse el nudo gordiano que vinculaba al pueblo justicialista con la Plaza. Al desplazar la escena política hacia la esfera mediática, el menemismo aportó su grano de arena a la ruptura del vínculo entre el descamisado, a esta altura una curiosidad etnográfica, y la Plaza. El debut del menemismo tuvo lugar el 6 de abril de 1990. La “Marcha del Sí”, con su concurrencia de atavíos a la moda y un comportamiento pulcro en la antípoda absoluta del “aluvión zoológico”, implicó, como se encarga de destacarlo Lerman, “una oscura despedida del peronismo oficialista de una parte significativa de la vieja liturgia”.

Los noventa fueron una década de aplazamiento de la política. La Plaza estuvo ausente hasta bien entrada la década. Las primeras expresiones de descontento ante la política neoliberal tuvieron lugar en sitios alejados —Salta, Jujuy, Cultral-

Co— que habían sufrido de manera inmediata los efectos del achicamiento del Estado y la recesión económica. Dispersas y puntuales, las protestas sociales tenían escasa resonancia en una Capital nacional que se movía al compás de una modernización dictada por el consumo.

El retorno de la política a la Plaza a fines del 2001, no significó el regreso de un viejo actor que vuelve para hacer valer sus fueros. El pueblo que se hace presente en la noche del 19 de diciembre, no es un dormido sujeto político ahistórico sino que, como señala Lerman al trazar una breve genealogía del “que se vayan todos”, más allá de las señas de parentescos con el 17 de octubre y la revolución del ‘90 lo que prevalecen son sus rasgos novedosos. A partir de aquel momento, la Plaza se convertirá en “un escenario complejo de protesta social, donde alternan organizaciones piqueteras, veteranos de Malvinas, grupos de travestis, vendedores ambulantes, taxistas, recolectores de basura”. El pueblo se disuelve dejando sitio a la reaparición del reclamo sectorial y corporativo: el lobbismo como estrategia de supervivencia.

Setenta años atrás, Ezequiel Martínez Estrada dictaminó que Buenos Aires era la Cabeza de Goliat. Martínez Estrada, que había dedicado un libro anterior al resto de la anatomía del país, se propuso auscultar los males de la nación focalizando su mirada sobre la macrocéfala testa porteña. Más específico, Lerman concentra su análisis sobre la que considera “la frente de Goliat”, una sinécdoque densa en la que se inscriben los síntomas de las febriles dolencias que afectan a la totalidad del cuerpo social. El éxito de la operación delata el sitio supernumerario que, en cuestiones políticas, sigue ocupando el resto de la república. Parafraseando un dicho popular, se podría decir que el pueblo es caprichoso como el mismísimo dios, puesto que al igual que él está en todas partes pero sólo se manifiesta en la Capital.

Ante este pueblo, auténtica bestia negra de las teorías sociológicas, el cientista social se encuentra desarmado como el experto forense ante un cuerpo vivo. Lo que aparece en la Plaza es lo político en su forma pura. Una presencia irreductible a las herramientas conceptuales que encallan

ante cada intento de ser encastradas en el devenir de los acontecimientos. Tal como apunta Eduardo Rinesi en el prólogo, la relevancia de **La Plaza política** reside en haber aceptado el desafío de indagar el terreno en donde mora un “animal político” que promueve la caducidad de los saberes del especialista en ciencias sociales, sin por ello haber abandonado el terreno de la reflexión en beneficio de un discurso celebratorio del fervor popular.

Verónica García Viale
UBA

A propósito de Alfredo Raúl Pucciarelli (coord.), **Los Años de Alfonsín ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, 510 pp.

A pesar de su título, el volumen organizado por Alfredo Pucciarelli no se plantea como meta brindar un panorama abarcativo de los años posteriores al Proceso de Reorganización Nacional (PRN); su objetivo es más restringido y en virtud de ello más interesante: entender la época del alfonsinismo como una continuación de la etapa dictatorial y como un preludio del menemismo. De este modo, **Los años de Alfonsín**, puede —y en cierto modo, debe— ser leído como una continuación de dos trabajos anteriores,¹ en los que Pucciarelli, junto a otros investigadores, presentó su hipótesis de trabajo: la idea de que, en 1976, la Argentina se convirtió en escenario de un agudo conflicto de intereses entre distintas fracciones de la burguesía que terminaría cristalizándose en un entramado liberal-corporativo que, a su vez, ya en los ‘80, desvirtuará la democracia idealizada (el poder de la democracia) en una democracia restringida y restrictiva (la democracia del poder).

Los años de Alfonsín se abre con un breve prólogo que resume algunos de los puntos que se van a tratar a lo largo de más de quinientas páginas y con un artículo de Waldo Ansaldi que repasa

1 Nos referimos a Pucciarelli, Alfredo R. (comp.), **Empresarios, tecnócratas y militares**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004) y a Pucciarelli, Alfredo R., **La democracia que tenemos**, Buenos Aires, Libros del Rojas, Serie Extramuros, 2002

esquemáticamente las relaciones entre los gobiernos civiles y el poder militar en la etapa de transición en Bolivia, Brasil y Uruguay. El resto del libro se divide en dos partes, una dedicada a los aspectos político-institucionales, otra concentrada en la problemática económica.

Paula Canelo inaugura la primera parte con un artículo que repasa la lógica de poder en el último tramo del PRN y el primer período del gobierno de Alfonsín. Canelo explica que los militares se encontraban profundamente divididos entre “duros” y “politicistas”, pero, a la vez, intensamente unidos tras la justificación de la lucha anti-subversiva. Esta unión-desunión militar provocó que los conflictos internos se dirimieran por una sucesión de demostraciones de fuerza y de *putschs* que tienen como resultado la descomposición del poder arbitral (del que los militares gozaban tradicionalmente) en un poder meramente corporativo que, si bien es insuficiente para mantener a las FF. AA. en el gobierno, es lo bastante importante como para enfrentar airoosamente el repudio de la sociedad post-dictatorial. Con respecto al poder civil, Canelo aduce que, en 1983, la dirigencia partidaria estaba colapsada (aunque no se detiene sobre este punto), lo cual ayudaría a explicar la impericia demostrada en el momento de enfrentar al poder corporativo militar en sus intentos de garantizar su impunidad.

El artículo de Pucciarelli continúa la argumentación del de Canelo. Para Pucciarelli, es la ambigüedad de la política militar de Alfonsín la que provoca el “malestar” castrense que desemboca en el levantamiento de Semana Santa de 1987. A la vez, es esa misma ambigüedad la que permite que una importante porción de la ciudadanía se manifieste en favor de la democracia. En este punto, el gobierno radical se encontró ante una opción de hierro: profundizar el pacto incipiente con la corporación militar o desterrar a ese sector del proscenio político para iniciar un pacto democrático que reemplazase la trama corporativa inaugurada en los '70. Desde la óptica del autor, la decisión de Alfonsín de inclinarse ante una vanguardia del poder corporativo militar implicó una derrota expresada, en lo inmediato, por la desmovilización de una ciudadanía activa dispuesta a defender a la democracia y,

en el largo plazo, por el encorsetamiento —político, pero también económico— del poder civil.

La idea del encorsetamiento del poder civil es retomada en el trabajo de Mariana Heredia. La autora (que en un artículo anterior² se había detenido sobre la conformación de una suerte de bloque “liberal” conformado por empresarios y economistas) bucea en una de las “novedades” de los '80: la separación entre “lo económico” y “lo político”. Para Heredia, el rediseño de las fronteras de una y otra esfera está en estrecha relación con el ascenso de un conjunto de economistas y especialistas, caracterizados por su independencia partidaria y su saber “técnico” específico. El encumbramiento de este último grupo (en buena parte apuntalado por la tradicional concentración de poderes en el Ejecutivo que reemprendió el radicalismo) permitió una paulatina colonización del terreno político por parte de las concepciones neoliberales que, presentadas como portadoras de un contenido de verdad indiscutible, fueron naturalizadas con relativa rapidez.

La legitimación de las ideas neoliberales es también el objeto de estudio privilegiado por Gastón Beltrán. Beltrán parte de un interesante estudio de las corporaciones empresarias formales (UIA, UAC, SRA, ADEBA, ABRA...) para dilucidar cómo las dispares visiones sobre la economía nacional de las distintas fracciones de la burguesía terminaron unificándose tras un mismo discurso en los años noventa. Para el autor, si deseamos comprender la hegemonía alcanzada por el neoliberalismo, es fundamental tener en cuenta los puntos centrales que ayudaron a la convergencia de los sectores dominantes. En este sentido, Beltrán destaca que la generalidad del discurso neoliberal (que por su nivel de abstracción impidió que salieran a la luz las cuestiones que separaban a unos intereses empresarios de otros), su carácter aparentemente técnico (y por lo tanto supuestamente por encima de las banderías políticas) así como la sencillez de las propuestas implicadas (que prometían resultados en el corto plazo que

beneficiarían a la población en general) fueron de gran importancia para la formación de un bloque neoliberal durante los años ochenta. Sin embargo, advierte Beltrán, fueron los fracasos de los sucesivos planes económicos (especialmente el estrepitoso final del Plan Primavera) los que posibilitaron que ese bloque se montara sobre la argumentación modernizadora y eficientista de apariencia monolítica (pero que escondía en su seno profundas contradicciones de intereses) que se impuso en los noventa.

El trabajo de Gabriel Vommaro que cierra la primera parte del libro parece, en principio, algo desvinculado del hilo argumental del resto del volumen, pero se revela, a la postre, central. El objetivo del autor es presentar una reflexión sobre las elecciones de 1983 y dar cuenta, entonces, de algunas de sus novedades con respecto a los comicios anteriores. La primera derrota peronista en las urnas es el fondo sobre el que Vommaro traza con claridad ciertas innovaciones que se mostrarán fundamentales a lo largo de la década: el crecimiento de la importancia de las encuestas de intención de voto y la consecuente aparición de dos figuras que marcarán de allí en más el compás de otras elecciones: el “indeciso” y el “independiente”. Para Vommaro, el indeciso y el independiente tienen importancia en más de un sentido. Por un lado reafirman la trascendencia de los estudios de opinión en el trabajo político (que acabará reemplazando a la militancia por el marketing); por el otro, son estas dos figuras las que instalarán a los actos electorarios como “escenarios de incerteza” y como los auténticos momentos de lucha política. Pero, además de eso, el indeciso y el independiente son los principales componentes de “la gente” (democrática pero apartidaria) que terminará por sustituir completamente al “pueblo” (¿más partidario que democrático?) a fines de los ochenta. En efecto, la transformación del *demos* (de pueblo a gente) y el privilegio de los comicios por sobre otros tiempos de la política es quizás uno de los datos más salientes de la época del alfonsinismo y, por sobre todo, un antecedente que nos permite comenzar a comprender de qué modo se transformó “la cosa política” a fines del siglo XX.

2 Heredia, Mariana, “El Proceso como Bisagra. Emergencia y consolidación del liberalismo tecnocrático: FIEL, FM y CEMA” en Pucciarelli, Alfredo R. (comp.), *Empresarios...*, op. cit.

La segunda parte de **Los años de Alfonsín** está abocada a dilucidar algunos de los aspectos político-económicos de los ochenta. Abre esta sección un trabajo de Ricardo Ortiz y Martín Schorr que analiza de modo sucinto los planes económicos del gobierno radical para demostrar que las tendencias prebendarias (y predatorias de la economía general) instauradas durante el PRN fueron continuadas —y en cierto modo legitimadas— durante el alfonsinismo. Para los autores, el contexto de estancamiento con inflación que caracterizó a la Argentina en el período 1983-1989 y la debilidad del gobierno (que lo llevó a pactar sistemáticamente para obtener la colaboración de los “capitanes de la industria”) son los ejes fundamentales para comprender por qué las distintas medidas impulsadas desde el Ministerio de Economía no hicieron más que favorecer a ciertas fracciones de la burguesía nacional, más específicamente a aquellos sectores que representaban al capital interno más concentrado.

La consolidación de un nuevo bloque de poder económico es también el tema abordado por Ana Castellani, quien retoma aquí una serie de conceptos y herramientas analíticas que había utilizado con anterioridad para estudiar el proceso de concentración en la cúpula empresaria durante el PRN.³ El presente trabajo de Castellani estudia el comportamiento de un grupo seleccionado de grandes firmas y analiza los diferentes mecanismos de transferencia de recursos desde la esfera pública a la privada que se desarrollaron durante la redemocratización. De la investigación pormenorizada del desempeño de distintas empresas, la autora extrae la conclusión de que las firmas que se vieron beneficiadas con determinados tipos de transferencias del Estado (sobre todo la promoción industrial y el establecimiento de precios diferenciados) y que estuvieron estrechamente vinculadas al complejo estatal-privado obtuvieron ganancias extraordinarias en “contextos privilegiados de acumulación”. Así, de acuerdo con la autora, la

tendencia a la concentración económica de un grupo de empresas que obtienen beneficios privilegiados como consecuencia del accionar del Estado que se había verificado en la dictadura no sólo se consolidó, sino que se expandió durante la transición a la democracia.

El libro continúa con un artículo de Julieta Pesce cuya meta es analizar la política económica del primer año del gobierno de Alfonsín, período durante el cual el radicalismo intentó encarar los desajustes económicos heredados del PRN recurriendo al “tradicional” enfoque “nacional-desarrollista” del modelo de sustitución de importaciones. El “fracaso de Grinspun” se explica, de acuerdo con Pesce, por una conjunción de factores, tales como la inhabilidad del gobierno en el lanzamiento de ciertas iniciativas fundamentales (el caso paradigmático es el de la reforma sindical) y la ruptura del Consenso de Cartagena; sin embargo, hay dos aspectos que serían claves: el hecho de que la estructura económica argentina realmente había sido transformada durante el PRN (formándose un “nuevo poder económico” con una enorme capacidad de presión) y la virtual miopía del ministerio de Grinspun para percibir los cambios acaecidos y generar, entonces, nuevas alianzas estratégicas para contrarrestar la hegemonía de esa cúpula financiero-empresarial. Según Pesce, Grinspun se encontró en un auténtico *cul de sac* y no tenía fuerzas (ni propias ni ajenas) para resistir el desarrollo de las transformaciones económicas neoliberales.

La “cuestión sindical” y la ausencia de alianzas estratégicas que señala Pesce son analizadas de cerca en el trabajo de Eugenia Aruguete. Para Aruguete, los tres actores principales del período (capital, trabajo y Estado) actuaron de modo corporativo (lo que era de esperarse), pero sobre todo (y esto fue lo definitivo) de manera cortoplacista. De acuerdo con la autora, fue este último rasgo el que impidió avanzar en una agenda político-económica de carácter estratégico que permitiese una recomposición salarial que no fuese carcomida por la inflación (lo que a su vez era un requisito para que el gobierno actuase sobre la economía en lugar de ser atropellado por ella).

Ortiz y Schorr cierran el libro con un interesante trabajo sobre la inflación permanente que caracterizó a los años del gobierno de Alfonsín y que terminaría acabando con él. Ortiz y Schorr aciertan al proponer una mirada política sobre la inflación que vincula su marcha con el devenir de las distintas pugnas de poder en las que el Estado ve cada vez más reducido su margen de acción. Los autores no sólo se detienen sobre las causas (incapacidad de generar crecimiento genuino, ante la falta de inversión provocada por la fuga de divisas, el servicio de la deuda y el reflujo de los capitales externos) y las consecuencias (la transferencia de recursos de una parte de la población a otra) de la inflación, sino que además repasan críticamente buena parte de los discursos sobre ella, para terminar presentando argumentos que contradicen el “relato oficial” que afirma que la hiperinflación de 1989 fue el último suspiro de una economía populista que, de todos modos, debía morir.

En conjunto, **Los años de Alfonsín** es un libro sólido cuyo principal objetivo es dar sustento a una línea de interpretación que sirva para poner en tela de juicio la lectura naturalista del relato neoliberal que —con distintos matices— ha venido afirmando el carácter “inevitable” y/o “saludable” de las reformas de los años noventa. Sin embargo, a modo de cierre, quisiéramos llamar brevemente la atención sobre un aspecto problemático de los argumentos desplegados por los distintos autores: la falta de tratamiento de la cuestión del poder político partidario. Hay varios artículos que parten de la idea de la incapacidad de los partidos (y de sus dirigentes) para afrontar la tarea de reconstrucción que la sociedad argentina requería para frenar o invertir las transformaciones iniciadas durante el PRN; aunque en principio este parece un diagnóstico acertado, haría falta algún trabajo que explicase las razones y el grado de esa incapacidad. Explicitar a qué nivel eran “incapaces” la dirigencia y las estructuras partidarias es central para entender hasta qué punto era inexorable (o no) el curso de los acontecimientos que llevaron una nueva fase de reformas regresivas y a la mayor fragilización del sistema democrático. Por otra parte, estudiar las razones y las características de esa incapacidad podría mostrar qué tipo

3 Castellani, Ana, “Gestión económica liberal-corporativa y transformaciones en el interior de los grandes agentes económicos de la Argentina durante la última dictadura militar”, en *Ibidem*.

de tareas deberían asentarse en la agenda político-institucional para iniciar un proceso que tenga como meta raer la trama liberal-corporativa que comenzó a hilvanarse treinta años atrás.

Sergio D. Morresi
UNGS-CONICET

A propósito de Sheila Fitzpatrick,
La revolución rusa, Buenos Aires,
Siglo XXI (Colección Historia y Cultura),
2005, 237 pp.

La editorial Siglo XXI acaba de editar por primera vez en castellano este clásico publicado originalmente en inglés en 1982, y reeditado en 1994 con cambios importantes. Si uno tiene en cuenta que la autora es una de las figuras más importantes del campo historiográfico a nivel mundial, la publicación de **La revolución rusa** se vuelve un evento digno de celebrar. Sheila Fitzpatrick —actualmente profesora en la Universidad de Chicago y una de las directoras de la prestigiosa revista **Journal of Modern History**— fue una de las historiadoras clave de la llamada “escuela revisionista” que desafió los preconceptos y estereotipos de la “escuela del totalitarismo” dentro de la soviología norteamericana, y es hoy, probablemente, la persona más influyente dentro del campo de la historia rusa a nivel mundial.

En un tono de divulgación y con notable capacidad de síntesis, el libro de Fitzpatrick presenta una serie de hipótesis interpretativas acerca de la revolución rusa, tan sugerentes como bien fundadas en las propias investigaciones de la autora y en las de la bibliografía reciente. La argumentación lleva al lector permanentemente del escenario específico ruso al de la naturaleza general de las revoluciones modernas. Lo primero que llama la atención es la hipótesis central referida a la periodización, según la cual la revolución rusa es el proceso histórico que se desarrolla entre 1917 y mediados de los años '30. Así, 1917 y la “revolución desde arriba” de Stalin aparecen como parte del mismo proceso (independientemente de lo que uno pueda opinar acerca de las similitudes y diferencias de los dos momentos), toda vez que una revolución se define como el

período de trastornos que media entre la caída de un orden y el establecimiento de uno nuevo (p. 14). Interpretando la NEP como un período de quietud momentánea entre dos vendavales, el verdadero “Terminador” se ubica luego del Primer Plan Quinquenal, cuando se trocan los valores revolucionarios e iconoclastas del pasado por el apego a un nuevo orden, una nueva autoridad, y una nueva tradición. Aunque Fitzpatrick tenga una visión claramente desencantada respecto del cambio radical (“terminar en desilusión y decepción está en la naturaleza de las revoluciones” [p. 20]), la hipótesis de la continuidad entre Octubre y el Primer Plan Quinquenal se construye a partir de una argumentación más pragmática que ideológica. En efecto, la intención de la autora no es demostrar que 1917 conducía inevitablemente a Stalin —como sostenía la soviología clásica— sino comprender el ciclo completo de la revolución. En este sentido, Stalin aparece claramente como aquél que *cierra* el proceso abierto en febrero de 1917, antes que como su continuador. En una de las hipótesis más provocativas del libro, Fitzpatrick reflexiona acerca de los modos en que se ha puesto final a las revoluciones modernas. A diferencia de casos anteriores, Stalin halló la forma de *acabar* con el proceso revolucionario sin repudiarlo. ¿Cómo? Declarando que la revolución había finalmente *triunfado* (y que era hora, por ello, de “volver a la normalidad”). Es así que la retórica oficial instaurada a mediados de los años '30 anunció el éxito en la implantación del “socialismo”, presentando al mismo tiempo una distinción entre esa etapa supuestamente victoriosa y la del “comunismo” aún por venir, para sortear así la incongruencia entre la realidad de la URSS de entonces y los pronósticos iniciales del marxismo —por ejemplo, el hecho de que el Estado parecía lejos de estar extinto (pp. 190-96).

La narrativa del proceso histórico así recortado está organizada a partir de una tensión fundamental que es, al mismo tiempo, otra de las hipótesis fuertes del libro. Si la revolución es, por un lado e indudablemente, fruto de los anhelos emancipatorios de los trabajadores, por el otro no dejó de ser por ello entendida como un medio para salir del atraso y alcanzar la “modernización”. Ahora bien: no

va de suyo que los imperativos de la modernización (especialmente el desarrollo económico y la industrialización) puedan coincidir con los de la libertad y la igualdad; de hecho, ambos han sido más bien antagónicos a lo largo del siglo XX en la mayor parte del mundo. El marxismo, en este sentido, habría funcionado en Rusia y en otros países como una “ideología de la modernización”, más que como una de la emancipación (p. 21). Fitzpatrick presenta evidencia difícil de refutar, especialmente cuando sostiene —correctamente— que el motivo del acercamiento inicial de Lenin a aquella tradición de pensamiento reside en que había hallado en ella argumentos en favor de la modernización económica (incluso si era capitalista) contra el populismo imperante, que tendía justamente a rechazar el desarrollo capitalista para preservar el igualitarismo y las tradiciones de autogobierno presentes en el pueblo ruso. Después de todo, la primera obra de largo aliento escrita por Lenin, **El desarrollo del capitalismo en Rusia** (1899), es una larga celebración de la destrucción del “idiotismo rural” (para ponerlo en términos de Marx) a manos del capitalismo (p. 41). Si a esto uno agrega, como Fitzpatrick, una comparación con los usos de las ideas de Marx predominantes en China e India (y podríamos sumar el África negra), la hipótesis según la cual el marxismo fue utilizado en el siglo XX para legitimar programas de modernización —junto con los Estados fuertes que pudieran encararlos— queda suficientemente probada. La ambivalencia de los usos del marxismo y del socialismo en general como ideologías emancipatorias pero *también* modernizadoras constituye un aporte central del libro. Por momentos, sin embargo, la autora extrema la argumentación de modo tal que pierde el justo balance. Por ejemplo, cuando distingue entre un componente igualitarista que sería propio de la revolución como fenómeno popular, y un componente modernizador monolíticamente encarnado por Lenin y sus seguidores. Así, a través de este par binario claramente recortado, Fitzpatrick argumenta que, en realidad, los bolcheviques originalmente no tenían la idea de hacer una revolución igualitaria, libertaria, utópica, y que fue la dinámica de la revolución la que los hizo ser “esporádicamente” igualitaristas, libertarios,

utópicos antes de la época de Stalin (p. 199). De este modo, la vertiente ultrarrevolucionaria, iconoclasta, antilietista, y experimental presente en algunos momentos o zonas del bolchevismo, aparece más como una anomalía en un escenario de autoritarismo modernizador, que como una ambivalencia por derecho propio. Una hipótesis que sostenga la tensión de la ambivalencia *también* dentro del partido de Lenin resultaría más productiva.

Un punto bien logrado en la narración del proceso que nos ocupa es el que refiere a la relación entre bolchevismo, clase obrera, y pueblo ruso en general. Aquí Fitzpatrick argumenta en forma convincente y desprejuiciada, apoyándose en las numerosas evidencias acumuladas en varias décadas de investigaciones. ¿Representaban verdaderamente los bolcheviques a la clase obrera? En su respuesta a este interrogante Fitzpatrick despacha rápidamente las interpretaciones de la soviología clásica, según las cuales toda la revolución de Octubre no habría sido sino un golpe de estado llevado a cabo por un partido férreamente disciplinado y sediento de poder, que aprovechó una coyuntura de vacío de autoridad para imponer su dictadura. Como figura clave de la escuela revisionista, la autora defiende el carácter *social* y auténticamente popular de las jornadas de 1917. Pero la respuesta de Fitzpatrick tampoco es complaciente con la mitología leninista. La autora argumenta que no puede establecerse la cuestión de la “representatividad” de los bolcheviques sin tener en cuenta una periodización mínima. Está perfectamente claro que el partido de Lenin gozaba de la preferencia de los obreros en su momento de mayor radicalización, en el verano y el otoño de 1917. Antes y después de esa fecha las cosas no están tan claras. Es sabido que los bolcheviques eran un partido muy minoritario antes de febrero y durante los primeros meses de la revolución. Por otra parte, hubo signos importantes de descontento obrero a partir de 1918, con su punto mayor en la rebelión de los marinos de Kronstadt (1921), que debió ser aplastada a sangre y fuego por el gobierno de Lenin y Trotsky. Con el inicio de la NEP se restauró la alianza entre el partido y la clase obrera, que estaba a punto de romperse del todo. El divorcio final ven-

dría en la década de 1930, aunque incluso entonces la movilidad social ascendente garantizaba cuotas importantes de apoyo proletario (p. 22). Contrariamente a la imagen que transmiten el **Qué hacer** y la mitología de los partidos leninistas desde entonces, el de Lenin era todavía en 1917 un partido de masas, abierto, bastante democrático, y notoriamente disciplinado. El éxito de los bolcheviques en ganarse la simpatía de los obreros tuvo poco que ver con su supuesta disciplina o su férrea organización. Los nuevos afiliados de entonces —que se sumaron en proporción mayor que a cualquier otra organización— se acercaban atraídos por el radicalismo intransigente de los bolcheviques, que, a diferencia del resto de los partidos de izquierda, no intentaron encauzar el proceso, “se mantuvieron en las calles con la irresponsable y belicosa muchedumbre revolucionaria”, y fueron los únicos en posición de beneficiarse con la desintegración de la estructura del “doble poder” (p. 60).

Si la representatividad proletaria de los bolcheviques en octubre de 1917 es indudable, ¿cuál era la situación respecto del resto de los grupos sociales? Es sabido que en las elecciones para la Asamblea Constituyente realizadas en noviembre de ese año los partidarios de Lenin obtuvieron sólo el 25% de los votos, contra el 40% de sus principales rivales en el campo revolucionario, el partido eserita, favorito del campesinado insurgente. De todos modos, la autora presenta interesantes hallazgos respecto de la distribución geográfica del voto: los bolcheviques ganaron predominantemente en ámbitos urbanos, pero recibieron también un caudal de votos similar al de los eseritas en aquellas regiones rurales en las que los campesinos los conocían, o en las que habían tenido ocasión de hacer campaña. De cualquier manera, los partidarios de Lenin nunca reclamaron para sí otra representatividad que la de la clase obrera. Fue en nombre de esa “vanguardia” que disolvieron la Asamblea Constituyente sin mayores remordimientos (pp. 88-89).

Como quiera que haya sido la cuestión de la *representatividad* bolchevique, Fitzpatrick se ocupa de distinguirla claramente de otra: la de la *legitimidad* de las acciones del partido en Octubre y después. Porque

una cosa es haber gozado de la simpatía de los trabajadores, y otra muy distinta suponer que éstos hubieran aprobado el curso de acción que tomaron entonces inconsultamente Lenin y sus seguidores. En este punto la argumentación de la autora es sutil y contundente a la vez. Cuando la clase trabajadora reclamaba en favor del “poder de los soviets” y con fastidio frente al Gobierno Provisional, lo que estaba en juego en esa consigna era que los obreros eran quienes debían gobernar el país a través de esa democracia obrera *en acto* que eran los soviets locales, distritales y nacionales. Esta conciencia proletaria, según Fitzpatrick (siguiendo en esto la interpretación de Marc Ferro) se aproximaba más al anarquismo que al bolchevismo. En efecto, Lenin no compartía la visión de un gobierno democrático directo basado en asambleas, comités de fábrica y soviets, sino que confiaba en una “dictadura del proletariado” conducida por un (su) partido revolucionario (p. 75). ¿A qué se refería Lenin entonces cuando decidió promover la consigna “todo el poder a los soviets”? Entre abril y agosto la consigna era en su boca una provocación destinada a desafiar a los moderados del soviets que no querían tomar el poder y apostaban todavía a cooperar con el Gobierno Provisional. Pero ese uso necesariamente cambiaría cuando, el 31 de agosto, los bolcheviques ganaron la mayoría en el soviets de Petrogrado (y pronto también en el de Moscú). ¿Seguiría queriendo Lenin la transferencia de todo el poder a los soviets, si se confirmaban las tendencias y su partido obtenía la mayoría en el Segundo Congreso Panruso de los Soviets programado para octubre? Curiosamente, a partir de entonces Lenin comenzó a urgir al partido para que actuara insurreccionalmente por su cuenta. Como es bien sabido, le costó mucho convencer al resto de los líderes de su Comité Central de promover una insurrección armada, y recién el 10 de Octubre el partido votó en favor de tal curso de acción. Finalmente, Lenin ordenó el comienzo del levantamiento en la noche del 24 de Octubre. Pero ¿por qué adelantarse con una jugada tan arriesgada, cuando los acontecimientos parecían evolucionar en su favor? En efecto, se esperaba que el Segundo Congreso, cuya reunión estaba programada para el 25 de Octubre (sólo pocas horas después de la

insurrección), votara de todos modos acabar con el Gobierno Provisional y formar un gobierno soviético puramente revolucionario y socialista. ¿Por qué no esperar unas horas más? Fitzpatrick construye aquí una respuesta basada en evidencias a esta altura abrumadoras de que Lenin quería, precisamente, adelantarse a cualquier decisión que el Segundo Congreso pudiera tomar, presentarle el hecho consumado del derrocamiento del Gobierno Provisional, y pasarse con los bolcheviques como los triunfadores de la jornada. Los bolcheviques contaban con el apoyo de poco menos de la mitad de los delegados del Congreso, y no querían formar un gobierno multipartidista con las demás organizaciones revolucionarias. Desde septiembre Lenin quería un gobierno de su partido, antes que el gobierno de los soviets multipartidistas, y se opuso sistemáticamente a la posibilidad de ampliar la participación de otros partidos socialistas en el nuevo gobierno —salvo a regañadientes durante la breve colaboración con los eseritas de izquierda—, incluso a pesar de intensas presiones en ese sentido de importantes sectores de la clase obrera (pp. 83-86). En otras palabras, Octubre fue una revolución popular toda vez que el derrocamiento del Gobierno Provisional tenía amplio consenso entre los grupos sociales participantes. Pero la forma precisa en que este derrocamiento se llevó a cabo —la acción unilateral y premeditadamente manipuladora de los bolcheviques— constituyó una maniobra de dudosa legitimidad, que dividió el campo revolucionario y comprometió el destino de toda la revolución.

La deriva autoritaria que siguió luego el gobierno comunista, marcada por la supresión de la vida política libre incluso dentro del partido gobernante, es bien conocida. Fitzpatrick presenta en este punto una interesante interpretación: el reforzamiento de la disciplina en lo político fue la contracara de su relajamiento en otros ámbitos a partir de la instauración de la NEP. Según la doctrina explícitamente esbozada por Lenin, un “ejército en retirada” necesita todavía más disciplina que uno que avanza (p. 125). En este sentido, la burocratización y el autoritarismo que comenzaron a profundizarse en el partido están directamente relacionados con

la concepción política del propio Lenin, y con sus propias decisiones en momentos cruciales. Fitzpatrick critica aquí la visión romantizada que presentó hace tiempo otro historiador de la escuela revisionista, Moshe Lewin, según la cual Lenin habría librado su “último combate” contra la burocratización y el autoritarismo mientras su vida se iba extinguiendo. Por el contrario, argumenta la autora, si bien Lenin advirtió antes de morir sobre lo inadecuado del temperamento de Stalin, jamás pensó en revertir la concentración del poder en manos del puesto del Secretario General que él mismo había promovido. Su problema era con la persona que coyunturalmente lo ocupaba, y no con las características autoritarias y burocráticas de su ejercicio (pp. 140-43).

El tratamiento de los inicios del estalinismo contiene menos elementos controvertidos, aunque no carece de hipótesis y comparaciones sugerentes. Aquí la narrativa está dominada por el paso de la “revolución desde arriba” que implica el Primer Plan Quinquenal, a la cristalización de un nuevo orden social que acaba no sólo con los anhelos utópicos de 1917, sino incluso con la iconoclastia renovada que se hizo presente en la llamada “revolución cultural” de fines de los años ‘20. La “gran retirada” de los años ‘30 implicó el abandono del fervor antiburgués propio del bolchevismo, y la adquisición de un nuevo respeto a la autoridad, la tradición, el orden, los incentivos materiales, la conducta cultivada, y la previamente vilipendiada *intelligentsia* (pp. 200-205), junto con un abandono del viejo internacionalismo en favor de un giro “patriótico” típicamente estalinista (p. 165). La ambivalencia se vuelve a hacer presente en el análisis del fenómeno del ascenso social que el Primer Plan Quinquenal alimenta. Si, por un lado, la promoción de importantes cantidades de obreros a posiciones de administración, científicas, técnicas, etc. de mayor jerarquía —la famosa “revolución en el estatus”— podía interpretarse como un triunfo de la revolución proletaria, del mismo modo podía tomarse como otro signo de la “revolución traicionada” en la medida en que estos ex-obreros ascendidos tendían a formar un grupo social escindido de su clase de origen (pp. 198-99). Donde hay menos ambivalencia

es en el destino del campesinado: el reforzamiento de los niveles de explotación y extracción de excedentes por parte del Estado, y la reimplantación de los pasaportes internos invitan a Fitzpatrick a hacer comparaciones sugerentes con dos épocas supuestamente pasadas: la de la servidumbre feudal, y la de los cercamientos en los albores de la revolución industrial (pp. 177-78).

Con todos sus aciertos, el libro de Fitzpatrick no deja de tener algunas debilidades. La definición del concepto de “revolución” con el que implícitamente trabaja es poco productiva y lleva en sí la marca de una operación teórica contrainsurgente. En efecto, la autora define una revolución por lo que no es: se trataría de un período de *ausencia* de orden, antes que de *presencia* de algún fenómeno social valorable en sí mismo. Como es habitual, este tipo de razonamientos oscurece la riqueza de aquello que emerge como parte de un proceso revolucionario —la política subalterna, las experimentaciones de vida emancipada— y que lo define mucho más que el aspecto exterior de inestabilidad y caos que pudiera proyectar.

Por otra parte, el tratamiento del “terror revolucionario” —uno de los ejes centrales del texto— no resulta del todo convincente. La autora intenta aquí comparar los episodios de terror en Rusia con los de otras experiencias revolucionarias, a la vez que someter a rigor crítico la tesis de un “terror totalitario”. En efecto, la aplicación de métodos de terror tanto contra enemigos “externos” (es decir, contrarios a la revolución) como “internos” (militantes caídos en desgracia) es algo característico de ciertas fases de todo proceso revolucionario, no necesariamente ligado al mantenimiento de un régimen totalitario, como prueba el período jacobino en el caso francés. Lo que resulta poco convincente es el intento de considerar las purgas de 1937-38 a la vez como “terror revolucionario” (por su retórica y objetivos) y como “terror totalitario” (por su intención de consolidar un régimen nuevo). La argumentación resulta aquí poco productiva y algo confusa (pp. 15, 24).

Otro problema del libro de Fitzpatrick es la descripción del escenario en el que sucedería la revolución —la Rusia zarista— en

el capítulo primero. Aquí, la autora cae en los clichés liberales y eurocéntricos habituales. En efecto, la sociedad zarista es descrita como la imagen negativa de Europa occidental: nuevamente en este caso, toda la argumentación se contruye explicando lo que Rusia *no era*, antes que lo que *era*. Así, se pone gran énfasis en la *ausencia* de una nobleza independiente capaz de limitar el poder estatal (p. 27), y en la “incompletud” de la modernidad rusa en virtud de la *carencia* de una “clase media” (p. 34). Ambas *faltas* explican la *ausencia* de desarrollo económico verdadero, y los rasgos autoritarios del poder zarista. Por otro lado, el proletariado revolucionario —descrito resaltando su origen campesino reciente— también debe medirse con la vara de la clase obrera occidental: “La clase obrera rusa fue revolucionaria pues no tuvo tiempo de adquirir la ‘conciencia sindical’ sobre la que escribió Lenin, de ser un proletariado industrial arraigado, en condiciones de defender sus intereses a través de procedimientos no-revolucionarios y de entender las oportunidades de ascenso social que las sociedades urbanas modernas ofrecen a quienes tienen un cierto nivel de educación y especialización” (p. 34). Como puede verse, la existencia de una Rusia revolucionaria no se explica a partir de sus características propias, sus tradiciones, sus prácticas, sino a partir de sus carencias. Éstas, a su vez, son las que alimentan la “normalidad” (e implícitamente la superioridad) de las sociedades occidentales. El carácter normativo e ideológico de este tipo de argumentaciones es bien conocido: Rusia se volcó al comunismo por *no tener* una burguesía ni una clase obrera bien desarrollada y reformista, como corresponde a un país verdaderamente moderno (es decir, marcado por una fuerte burguesía y trabajadores bien “educados”). El mismo sesgo elitista se percibe en el apartado destinado a hacer la historia de la “tradición revolucionaria” rusa. Exclusivamente centrado en las desventuras de los grupos de la *intelligentsia*, el apartado margina completamente la larga tradición de luchas sociales radicales de las clases subalternas rusas. Por otro lado, toda la narración apunta a, y concluye con, el protagonismo del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, lo que resulta en un olvido teleológico de los otros partidos

y grupos revolucionarios (pp. 37 ss.). La omisión es particularmente distorsiva si uno tiene en cuenta que el partido eserita fue el principal partido revolucionario a partir de principios del siglo XX y hasta ser suprimido por los bolcheviques en 1918. Su historia no aparece reflejada en la estrategia narrativa adoptada. Por lo demás, la totalidad del libro está estructurada en torno de los sucesos que afectan la esfera estatal, los motivos de su debilidad o de su ulterior deriva autoritaria; la esfera de la política autónoma de las clases subalternas es así invisibilizada.

Objeciones al margen, **La revolución rusa** es un trabajo de indudable calidad académica y gran poder divulgativo, y su publicación es de enorme importancia para el campo de estudios rusos y para el público de habla hispana en general.

Ezequiel Adamovsky
UBA

Normas para el envío de originales

Invitamos a enviar artículos y reseñas originales para su publicación en **Políticas de la Memoria**. Los textos enviados deberán ser inéditos y no ser sometidos simultáneamente a la consideración de otras publicaciones.

Políticas de la Memoria publica trabajos que contribuyan al estudio y reflexión de los debates actuales en torno a los estudios sobre:

- » las izquierdas y los movimientos sociales en la Argentina y en el mundo,
- » las teorías críticas y emancipatorias; y
- » las políticas de archivo, preservación y representación de la memoria colectiva,

desde diversas tradiciones disciplinares.

Las contribuciones recibidas serán evaluadas por el Comité Editorial, el cual puede considerar la necesidad de evaluaciones externas. Del mismo modo, este Comité se reserva el derecho de solicitar contribuciones o reseñas bibliográficas a especialistas cuando lo considere oportuno.

Por otra parte, sólo se considerarán los artículos y reseñas enviados a este Comité que se ajusten a las normas de publicación que se detallan a continuación. El orden de publicación de las contribuciones aceptadas será establecido por este Comité y su publicación estará sujeta a la disponibilidad de espacio en cada número. Los originales no serán devueltos en ningún caso.

Normas generales de presentación de los trabajos

- a. Los trabajos serán enviados a la siguiente dirección: **politicadela memoria@cedinci.org**. Se remitirá una copia en formato electrónico word y dos copias en papel impreso. Los impresos serán presentados en papel tamaño A4, con márgenes usuales, centrado, sin sangrías ni otras especificaciones de formato de párrafo o espaciados. El texto debe presentarse en letra Times New Roman, tamaño 12, espaciado 1 y medio.
- b. En la primera página del trabajo deberá constar:
 - » Título, nombre completo de autora/autor, institución.
 - » Resumen de contenido, en castellano y en inglés, de entre 120 y 150 palabras, seguido de tres palabras clave.
 - » Las aclaraciones acerca del trabajo (agradecimientos, mención de versiones previas, etc.) se indicarán mediante un asterisco en el título, remitiendo a pie de página.
- c. Extensión (en caracteres con espacio)

Intervenciones: hasta 20.000 caracteres;

Notas de Dossier: hasta 50.000 caracteres;

Notas de Investigación: hasta 50.000 caracteres;

Introducciones a Documentos inéditos: hasta 20.000 caracteres

Reseñas críticas: hasta 5000 caracteres.

d. Sistema opcionales de citas:

- » **Sistema cita-nota:** las referencias de las citas deberán estar enumeradas de manera correlativa en el cuerpo del texto, y colocadas las referencias al pie de página/final del documento. A continuación detallamos las especificaciones formales del texto (orden, tipo de letra y puntuación):
- » **Libros:** apellido, nombre del autor, **título**, lugar de edición, editorial, fecha de publicación, volumen o tomo. Ej.: Hammersley, Mike y Peter Alkinson, **Etnografía**, Buenos Aires, Paidós, 1994.
- » **Artículos de revistas y periódicos o capítulos de libro:** apellido, nombre del autor "título del texto", nombre y apellido del/a compilador/a o editor/a del libro o revista, *nombre del libro o revista*, editorial, lugar de edición, número de revista, tomo, volumen y páginas del capítulo o artículo citado, fecha de publicación. Ej.: Stake, Robert: "Case Studies", en N. Denzin (ed.), **Handbook of Qualitative Research**, London, Sage Publications, 1994.

De elegir este formato no es necesario listar nuevamente la bibliografía al final, excepto si se consulta bibliografía no citada en el texto ("Bibliografía consultada").

- » **Sistema autor-fecha:** en el texto se anota la referencia entre paréntesis indicando: (nombre del autor, año de edición: número de página). Ej.: (Velazco, 1997: 27).

Al final se consignarán los datos completos de la obra como "Referencias bibliográficas", en orden alfabético de autores (apellido, nombre) según el ejemplo:

- » Velazco, Hugo (1997), **La lógica de la investigación etnográfica**, Madrid, Trotta.
- e. Se solicita además utilizar:
- » Negritas (bold) para títulos de libros o publicaciones periódicas (**Clarín, Ficciones**)
 - » Itálicas para enfatizar y para palabras extranjeras (*tertium datur*)
 - » Comillas tipográficas "xxx" (y no "xxx". En caso de entrecorillado dentro de citas usar comillas simples ("xxx 'xxx' xx"))
 - » Guiones cortos para palabras compuestas (político-social), y
 - » Guiones largos para frases interpoladas —xxx— (control + alt + -)
 - » Numerales: 1º, 2ª (y no 1ro. ni 2da.)

Evitar los subrayados, los espaciados a fuerza de golpes del pulgar en el espaciador así como todas las formas tipográficas propias de la máquina de escribir.